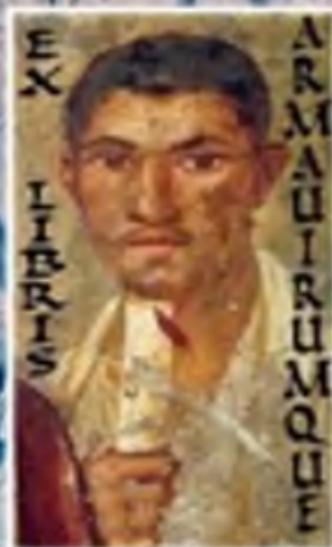




Francesco  
Colonna  
Sueño  
de Polífilo

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN  
DE PILAR PEDRAZA

HABENT SUA  
FATA LIBELLI



FRANCESCO COLONNA

# SUEÑO DE POLÍFILO

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE  
PILAR PEDRAZA

BARCELONA 1999



EL ACANTILADO

PRIMERA EDICIÓN EN EL ACANTILADO *noviembre de 1999*  
TÍTULO ORIGINAL *Hypnerotomachia Poliphili*

Publicado por:  
EL ACANTILADO

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal  
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
www.elacantilado.com  
correo@elacantilado.com  
Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

© por la edición y la traducción: 1999 by Pilar Pedraza  
© de esta edición: 1999 by Quaderns Crema

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 84-95359-05-7  
DEPÓSITO LEGAL: B. 49.036-1999

ELISABET NAVARRO *Corrección de pruebas*  
MARTA SERRANO *Producción gráfica*  
MERCÈ PUJADAS *Producción editorial*  
VÍCTOR IGUAL, S.L. *Composición fotomecánica*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## ÍNDICE

### *Introducción*

1. La obra, 19 — 2. El autor, 27 — 3. La lengua, 33
4. Las fuentes, 36 — 5. Los grabados, 41 — 6. Influencia del *Sueño de Polífilo*, 46 — 7. Ediciones y traducciones, 50
8. Bibliografía, 55

### SUEÑO DE POLÍFILO

LEONARDO GRASSI DE VERONA A GUIDO, ILUSTRÍSIMO  
DUQUE DE URBINO, SALUD. 65

POLÍFILO A POLIA. SALUD 76

#### [I]

POLÍFILO COMIENZA SU «HYPNEROTOMACHIA» DESCRIBIENDO LA HORA Y ESTACIÓN EN QUE LE ACAECIÓ ENCONTRARSE EN SUEÑOS EN UNA TRANQUILA Y SILENCIOSA REGIÓN AGRESTE. LUEGO PENETRÓ INADVERTIDAMENTE, CON GRAN TEMOR, EN UNA SELVA IMPRACTICABLE Y OSCURA. 77

#### [II]

TEMIENDO POLÍFILO LOS PELIGROS DEL OSCURO BOSQUE, DIRIGE UNA ORACIÓN A JÚPITER, SALE DE ÉL ANSIOSO Y SEDIENTO Y, QUERIENDO ALIVIARSE CON

AGUA, OYE UN SUAVE CANTO Y, POR SEGUIRLO, ABANDONA EL AGUA Y LLEGA A UNA CONGOJA MAYOR. 83

[III]

POLÍFILO CUENTA AQUÍ QUE LE PARECIÓ DORMIRSE DE NUEVO Y SE ENCONTRÓ EN SUEÑOS EN UN VALLE CUYO EXTREMO ESTABA ADMIRABLEMENTE CERRADO CON UNA PORTENTOSA PIRÁMIDE DIGNA DE ADMIRACIÓN, QUE TENÍA UN ALTO OBELISCO ENCIMA. Y QUE EXAMINÓ ESTAS DOS COSAS SUTILMENTE, CON CUIDADO Y PLACER. 90

[IV]

POLÍFILO, TRAS HABER HABLADO DE PARTE DE LA INMENSA ESTRUCTURA Y DE LA VASTÍSIMA PIRÁMIDE Y EL ADMIRABLE OBELISCO, EN EL SIGUIENTE CAPÍTULO DESCRIBE OBRAS GRANDES Y MARAVILLOSAS Y PRINCIPALMENTE UN CABALLO, UN COLOSO YACENTE Y UN ELEFANTE, PERO EN ESPECIAL UNA PUERTA ELEGANTÍSIMA. 105

[V]

TRAS HABER DADO SUFICIENTE EXPLICACIÓN DE LA GRAN PUERTA Y DE SU SIMETRÍA, POLÍFILO PROSIGUE SU DISCURSO DESCRIBIENDO ÓPTIMAMENTE SU ACABADO Y TRABAJADÍSIMO ADORNO Y CUÁN ADMIRABLEMENTE ESTABA COMPUESTA. 128

[VI]

POLÍFILO, COMENZANDO A ENTRAR POR LA PUERTA DESCRITA, CONTEMPLABA TAMBIÉN CON GRAN PLACER EL ADORNO ADMIRABLE DE SU INGRESO. Y, QUERIENDO LUEGO VOLVERSE ATRÁS, VE AL DRAGÓN

MONSTRUOSO, INCREÍBLEMENTE ATERRORIZADO POR EL CUAL EMPRENDE LA HUIDA POR LUGARES SUBTERRÁNEOS. FINALMENTE, ENCUENTRA LA DESEADÍSIMA SALIDA Y LLEGA A UN LUGAR AMENO. 145

[VII]

POLÍFILO HABLA DE LA AMENIDAD DE LA REGIÓN A LA QUE FUE A PARAR, VAGANDO POR LA CUAL ENCONTRÓ UNA FUENTE EXQUISITA Y MUY NOTABLE, Y CÓMO VIO VENIR HACIA SÍ A CINCO ENCANTADORAS DAMISELAS, QUE, MARAVILLÁNDOSE DE SU LLEGADA A AQUEL LUGAR, LE TRANQUILIZARON PIADOSAMENTE Y LE INVITARON A SUMARSE A SUS PLACERES. 161

[VIII]

POLÍFILO, TRANQUILIZADO POR LAS CINCO NINFAS, FUE CON ELLAS A LAS TERMAS, DONDE HUBO MUCHO REGOCIJO POR LO QUE OCURRIÓ EN LA FUENTE Y DURANTE LA UNCIÓN. CONDUCTO DESPUÉS ANTE LA REINA ELEUTERILIDE, VIO POR EL CAMINO Y EN EL PALACIO COSAS NOTABLES Y UNA HERMOSA FUENTE. 178

[IX]

POLÍFILO CUENTA COMO PUEDE CUÁN INSIGNE ERA LA MAJESTAD DE LA REINA Y LA NATURALEZA DE SU MORADA Y SU ADMIRABLE LUJO, Y CÓMO ELLA SE EXTRAÑÓ DE SU LLEGADA, Y SU BENIGNA Y AFABLE ACOGIDA Y CUÁN MARAVILLOSO Y ESPLÉNDIDO FUE SU BANQUETE, QUE EXCEDIÓ LA MEDIDA HUMANA, Y EL LUGAR INCOMPARABLE EN QUE TUVO LUGAR. 201

{X}

POLÍFILO SIGUE CONTANDO QUE DESPUÉS DEL GRAN BANQUETE HUBO UN ELEGANTÍSIMO BAILE QUE FUE UN JUEGO, Y QUE LA REINA LE ENCOMENDÓ A DOS DISTINGUIDAS MUCHACHAS, QUE LE CONDUJERON A QUE ADMIRARA COSAS DELICIOSAS Y GRANDES. Y, HABLANDO CLARAMENTE, DISIPARON ALGUNAS DE SUS DUDAS. FINALMENTE, LLEGARON ANTE LAS TRES PUERTAS Y ÉL SE QUEDÓ EN LA DE EN MEDIO, ENTRE LAS AMOROSAS NINFAS. 233

{XI}

LAS LASCIVAS MUCHACHAS LE DEJAN SOLO EN ESTE LUGAR DESIERTO Y UNA NINFA ELEGANTÍSIMA LE SALE AL ENCUENTRO. POLÍFILO DESCRIBE AMOROSAMENTE SU BELLEZA Y SU INDUMENTARIA. 269

{XII}

LA BELLÍSIMA NINFA LLEGA HASTA POLÍFILO, LLEVANDO UNA ANTORCHA EN LA MANO IZQUIERDA. LE TOMA CON LA LIBRE Y LE INVITA A IR CON ELLA. ENTONCES COMIENZA POLÍFILO A SENTIR INFLAMADOS SUS SENTIDOS, ABRASADO POR EL DULCE AMOR DE LA ELEGANTE DAMISELA. 277

{XIII}

POLIA, TODAVÍA NO RECONOCIDA POR EL ENAMORADO POLÍFILO, LE TRANQUILIZA GRACIOSA Y AMABLEMENTE. Y ÉL, A CAUSA DE SUS ADMIRABLES BELLEZAS, SE ENTREGA AL AMOR EN SU MENTE. Y CUANDO AMBOS SE ACERCAN A LOS TRIUNFOS, VE CON MUCHO PLACER A INNUMERABLES JOVENCITOS Y MUCHACHAS SOLAZÁNDOSE. 286

[XIV]

POLÍFILO VE EN EL LUGAR YA DICHO LOS CUATRO CARROS TRIUNFALES EN HONOR DEL SUPREMO JÚPITER, TODOS HECHOS DE DIVERSAS PIEDRAS Y DE PRECIOSÍSIMAS JOYAS, MUY VENERADOS POR LA MULTITUD DE FELICES JÓVENES. 293

[XV]

LA NINFA CUENTA ELOCUENTEMENTE A POLÍFILO DE QUIÉNES SE COMPONÍA LA MUCHEDUMBRE DE LOS JÓVENES AMANTES Y DE LAS ENAMORADAS Y DIVINAS MUCHACHAS Y CÓMO FUERON AMADOS POR LOS DIOSSES. Y VE LOS COROS DE LOS DIVINOS POETAS CANTANDO. 320

[XVI]

LA NINFA, TRAS HABER EXPLICADO DIESTRAMENTE A SU POLÍFILO LOS MISTERIOS TRIUNFALES Y EL AMOR DIVINO, LE INVITA A PROSEGUIR EL CAMINO, POR EL QUE VE CON GRAN PLACER OTRAS INNUMERABLES NINFAS SOLAZÁNDOSE CON MIL ENTRETENIMIENTOS CON SUS GRATÍSIMOS AMANTES POR ENTRE LAS FLORES, LAS FRESCAS SOMBRAS, LOS CLAROS ARROYOS Y LAS LIMPIDÍSIMAS FUENTES. POLÍFILO, MUY ALTERADO POR EL AMOR, ENLOQUECÍA, PERO, TEMPERÁNDOSE CON LA ESPERANZA, SE TRANQUILIZÓ, CONTEMPLANDO EL DULCE ROSTRO DE SU BELLA NINFA. 326

[XVII]

LA NINFA CONDUCE AL ENAMORADO POLÍFILO POR OTROS BELLOS LUGARES, EN LOS QUE VE INNUMERABLES NINFAS QUE SOLEMNIZAN Y FESTEJAN ALEGREMENTE EL TRIUNFO DE VERTUMNO Y POMONA EN TOR-

NO A UN ALTAR SAGRADO. LUEGO LLEGAN A UN MARAVILLOSO TEMPLO, CUYA ARQUITECTURA DESCRIBE EN PARTE, Y CUENTA QUE EN ÉL LA NINFA APAGA CON GRAN SOLEMNIDAD SU ANTORCHA, POR MANDATO DE LA SACERDOTISA, Y LE MANIFIESTA QUE ES SU POLIA. LUEGO ENTRA CON LA SACERDOTISA EN EL SANTUARIO PARA REALIZAR UN SACRIFICIO E INVOKA ANTE EL ALTAR DIVINO A LAS TRES GRACIAS. 338

{XVIII}

POLIA OFRECE DEVOTAMENTE LAS TÓRTOLAS; VUELA SOBRE EL ALTAR UN PEQUEÑO ESPÍRITU Y LA SACERDOTISA DIRIGE UNA ORACIÓN A LA DIVINA VENUS. LUEGO ESPARCE LAS ROSAS Y CUANDO HA HECHO EL SACRIFICIO DE LOS CISNES, BROTA DE ALLÍ MILAGROSAMENTE UN ROSAL CON FRUTOS Y FLORES. LOS DOS COMEN DE ELLOS. DESPUÉS LLEGAN ALEGREMENTE A UN TEMPLO EN RUINAS, CUYOS RITOS EXPLICA POLIA A POLÍFILO, PERSUADIÉNDOLE DE QUE ENTRE EN ÉL A CONTEMPLAR MUCHOS EPITAFIOS ANTIGUOS. VUELVE ÉL ESPANTADO Y ES TRANQUILIZADO POR ELLA, Y CUANDO ESTÁN JUNTOS, POLÍFILO SE INFLAMA DE AMOR VIENDO LAS INMENSAS BELLEZAS DE POLIA. 384

{XIX}

POLIA PERSUADE A POLÍFILO PARA QUE VAYA A VER LOS ANTIGUOS EPITAFIOS EN EL TEMPLO DESTRUIDO. ALLÍ VE POLÍFILO COSAS ADMIRABLES Y, AL CONTEMPLAR POR ÚLTIMO EL RAPTO DE PROSERPINA, TEME HABER PERDIDO INCAUTAMENTE A SU POLIA Y VUELVE A ELLA ASUSTADO. LUEGO VIENE EL DIOS AMOR, QUE INVITA A POLIA Y A POLÍFILO A ENTRAR EN SU NAVECILLA, HABIENDO LLAMADO AQUEL A CÉFIRO,

NAVEGAN FELICES Y LOS DIOSES MARINOS DEMUESTRAN A CUPIDO GRAN VENERACIÓN. 408

[xx]

POLÍFILO CUENTA QUE LAS NINFAS, TRAS HABER FRENADO LOS REMOS, COMENZARON A CANTAR SUAVEMENTE. Y QUE SENTÍA UNA GRAN DULZURA DE AMOR, PORQUE POLIA COMPETÍA CON ELLAS EN EL CANTO. 461

[xxi]

LLEGARON ALEGREMENTE AL DESEADÍSIMO LUGAR, CUYA DIGNA AMENIDAD AFIRMA POLÍFILO, DESCRIBIENDO OPORTUNAMENTE SUS PLANTAS, HIERBAS Y AVECILLAS, PERO ANTES LA FORMA DE LA NAVECILLA. Y CUENTA QUE, AL DESCENDER DE ELLA EL SEÑOR CUPIDO, SALIERON A SU ENCUENTRO PARA HONRARLE MUCHAS NINFAS PORTADORAS DE TROFEOS. 472

[xxii]

CUANDO SALIERON DE LA NAVECILLA, VINIERON A SU ENCUENTRO INFINITAS NINFAS CON TROFEOS, SOBERBIAMENTE VESTIDAS. POLÍFILO DESCRIBE LA MISTERIOSA FORMA DE LOS OBJETOS PROCESIONALES QUE OFRECIERON A CUPIDO Y LA PROCESIÓN DEL CARRO TRIUNFAL, QUE FUE SEGUIDO POR ÉL Y POLIA ATADOS. Y QUE LLEGARON EN MÁXIMO TRIUNFO A LA PUERTA DEL ADMIRABLE ANFITEATRO, EL CUAL DESCRIBE POLÍFILO COMPLETAMENTE POR DENTRO Y POR FUERA. 522

[XXIII]

POLÍFILO DESCRIBE EL ADMIRABLE ARTIFICIO DE LA FUENTE DE VENUS QUE HABÍA EN EL CENTRO DEL ÁREA DEL TEATRO, Y CÓMO FUE ROTA LA CORTINILLA Y VIO A LA MADRE DIVINA EN SU MAJESTAD Y CÓMO ELLA IMPUSO SILENCIO A LAS NINFAS QUE CANTABAN, DE LAS QUE CONSIGNÓ TRES A POLIA Y TRES A ÉL. LUEGO CUPIDO LES HIRIÓ A LOS DOS Y LA DIOSA LES MOJÓ CON EL AGUA DE LA FUENTE Y POLÍFILO FUE REVESTIDO. POR ÚLTIMO, A LA LLEGADA DE MARTE, SE DESPIDIERON Y SE RETIRARON.

564

[XXIV]

POLÍFILO CUENTA QUE, A LA LLEGADA DEL GUERRERO, SALIERON DEL TEATRO CON SUS ACOMPAÑANTES Y LAS OTRAS NINFAS. LLEGARON A UNA FUENTE SAGRADA, DONDE LAS NINFAS HABLAN DEL SEPULCRO DE ADONIS Y DE CÓMO LA DIOSA ACUDÍA A ÉL TODOS LOS AÑOS A CUMPLIR LAS CEREMONIAS SANTAS; Y, CESANDO EN SUS DANZAS Y CANTOS, CONVENCIERON LUEGO A POLIA DE QUE CONTASE SU ORIGEN Y SUS AMORES.

580

[XXV]

CUENTA AQUÍ LA DIVINA POLIA SU NOBLE Y ANTIGUO ORIGEN Y CÓMO TREVISO FUE EDIFICADA POR SUS ANTEPASADOS. Y QUE ERA ORIUNDA DE LA FAMILIA LELIA, Y DE QUÉ MODO, SIN ELLA ADVERTIRLO Y SIN DARSE CUENTA, SE ENAMORÓ DE ELLA DESMESURADAMENTE SU QUERIDO POLÍFILO.

593

[XXVI]

ATACADA POLIA POR LA PESTE, HIZO UN VOTO A DIANA Y, HABIÉNDOSE CONSAGRADO A ELLA, POR CASUALIDAD LA VIO POLÍFILO EN EL TEMPLO, DONDE UN DÍA DESPUÉS LA ENCONTRÓ SOLA ORANDO. CONTÓLE SU PENA Y EL MARTIRIO QUE SUFRÍA AMÁNDOLA Y LE PIDÍO ALIVIO, PERO ELLA, PERMANECIENDO INMISERICORDE, LE VIO DESVANECERSE COMO MUERTO Y EMPRENDIÓ LA HUIDA COMO UN MALHECHOR. 603

[XXVII]

POLIA TERMINA DE CONTAR SU CRUELDAD Y CÓMO, AL HUIR, FUE ARREBATADA POR UN TORBELLINO Y TRANSPORTADA SIN DARSE CUENTA A UN BOSQUE, DONDE VIO QUE DOS MUCHACHAS ERAN DESPEDAZADAS. LUEGO, CÓMO VOLVIÓ EN SÍ ESPANTADA. DESPUÉS, DURMIENDO, LE PARECIÓ SER RAPTADA POR DOS VERDUGOS. ATERRORIZADA POR ELLO, SE MOVIÓ EN SUEÑOS Y SE DESPERTARON ELLA Y SU NODRIZA, LA CUAL LE DIO ÚTIL CONSEJO SOBRE LA RAZÓN DE AQUELLO. 620

[XXVIII]

POLIA CUENTA DE QUÉ MODO LA SAGAZ NODRIZA LE ACONSEJÓ, POR MEDIO DE VARIOS EJEMPLOS Y PARADIGMAS, QUE EVITARA LA IRA Y LAS AMENAZAS DE LOS DIOSES; Y CÓMO UNA MUJER, DESESPERADA POR UN AMOR DESMESURADO, SE MATÓ; Y LE RECOMENDÓ QUE FUERA SIN TARDANZA A LA SACERDOTISA DEL SANTO TEMPLO DE LA SEÑORA VENUS, QUE LE DARÍA UN CONSEJO CONVENIENTE Y EFICAZ. 636

[XXIX]

POLIA, TEMEROSA DE LA IRA DIVINA A CAUSA DE LOS EJEMPLOS DE LA PRUDENTE NODRIZA, COMENZÓ A ENAMORARSE CON BUENA DISPOSICIÓN Y FUE AL TEMPLO DONDE YACÍA MUERTO POLÍFILO Y, LLORANDO Y DERRAMANDO LÁGRIMAS Y ABRAZÁNDOLE, LE HIZO RESUCITAR. Y CUENTA CÓMO LAS NINFAS DE DIANA LOS PUSIERON EN FUGA Y LAS VISIONES QUE VIO POLIA EN SU CÁMARA. Y QUE LUEGO, YENDO AL SANTUARIO DE VENUS, ENCONTRÓ AL ENAMORADO POLÍFILO.

650

[XXX]

POLIA SE ACUSÓ ANTE LA SACERDOTISA DEL TEMPLO DE SU PASADA IMPIEDAD Y DECLARÓ, MOSTRANDO A POLÍFILO PRESENTE, QUE AHORA ESTABA COMPLETAMENTE LLENA DE UN AMOR ARDIENTE. LA RELIGIOSA MATRONA LLAMÓ ANTE ELLA A ESTE, EL CUAL SUPLICÓ QUE LES CONFIRMARA A AMBOS EN SU MEDITADA RESOLUCIÓN. POLIA, A CAUSA DEL AMOR IMPACIENTE QUE CRECÍA EN ELLA SIN CESAR, INTERRUMPIÓ LA RESPUESTA.

665

[XXXI]

APENAS HUBO ACABADO POLÍFILO SU DISCURSO, POLIA LE EXPRESÓ EL VEHEMENTE AMOR POR EL QUE HABÍA SIDO ÍNTIMAMENTE ALCANZADA, ASÍ COMO LA GRAN AVIDEZ QUE SENTÍA DE AMARLE, CON VARIOS EJEMPLOS. Y PARA MANIFESTARLE SU PASIÓN ARDIENTE, LE DIO UN BESO DULCÍSIMO COMO PRUEBA DE SU GRAN AMOR. DESPUÉS CUENTA LO QUE LE RESPONDIÓ LA VENERABLE SACERDOTISA.

671

[XXXII]

OBEDECIENDO LAS ÓRDENES DE LA SACERDOTISA, POLÍFILO ALABA LA PERSEVERANCIA Y CUENTA, SUPRI- MIENDO LO QUE YA HA DICHO DE SUS AMORES, CÓMO VIO A POLIA EN EL TEMPLO DURANTE UNA FIESTA Y CÓMO FUE AGITADO SUMAMENTE POR EL AMOR. LUE- GO SE DUELE DE SU ALEJAMIENTO. LE MANIFIESTA SU TORMENTO TRAS HABER TENIDO LA IDEA DE ENVIARLE UNA CARTA. 677

[XXXIII]

PRIMERA CARTA QUE POLÍFILO CUENTA HABER ESCRI- TO A SU POLIA, Y QUE, COMO ELLA NO SE CONMOVIÓ EN ABSOLUTO, LE ENVIÓ LA SEGUNDA. 689

[XXXIV]

POLÍFILO PROSIGUE SU DOLOROSA HISTORIA Y CUEN- TA QUE, YA QUE POLIA NO SE MOSTRÓ CONMOVIDA POR SUS CARTAS, LE ENVIÓ UNA TERCERA Y CÓMO, PERSEVERANDO ELLA TODAVÍA EN SU CRUELDAD, LA ENCONTRÓ POR CASUALIDAD SOLA Y REZANDO EN EL TEMPLO DE DIANA, DONDE ÉL MURIÓ. LUEGO RESUCI- TÓ ENTRE SUS DULCES ABRAZOS. 697

[XXXV]

POLÍFILO PROSIGUE SU NARRACIÓN Y CUENTA QUE SU ESPÍRITU, AL REGRESAR A ÉL, SE LE APARECIÓ Y LE HABLÓ ALEGREMENTE, DICIÉNDOLE QUE HABÍA ES- TADO EN PRESENCIA DE LA DIVINA PAFIA, PROPICIA Y BENÉVOLA. Y QUE, TRAS HABER OBTENIDO SU GRA- CIA, ESTABA DE REGRESO FELIZMENTE PARA VIVIFI- CARLE. 708

[XXXVI]

POLÍFILO DICE QUE APENAS SE HUBO CALLADO SU ALMA, SE HALLÓ VIVO ENTRE LOS BRAZOS DE POLIA. LUEGO, ROGANDO A LA SACERDOTISA QUE LES UNIERA A AMBOS EN UN AMOR PERPETUO, PUSO FIN A SU DISCURSO. Y POLIA CONCLUYE EL RELATO QUE HIZO A LAS NINFAS DE CÓMO SE ENAMORÓ DE POLÍFILO, Y ÉL DE ELLA.

716

[XXXVII]

CUENTA POLÍFILO QUE CUANDO POLIA SE CALLÓ, HABÍA TERMINADO AL MISMO TIEMPO LA GUIRNALDA DE FLORES, QUE LE PUSO EN LA CABEZA, BESÁNDOLE SUAVEMENTE. LAS NINFAS, QUE HABÍAN ESCUCHADO DURANTE TODO AQUEL TIEMPO LA HISTORIA DE AMOR, VOLVIERON A SUS PLACERES Y SE DESPIDIERON. POLIA Y POLÍFILO SE QUEDARON SOLOS, HABLANDO DE AMOR. Y POLIA, ABRAZÁNDOLE ESTRECHÍSIMAMENTE, DESAPARECIÓ JUNTO CON EL SUEÑO.

718

[XXXVIII]

ACABA AQUÍ POLÍFILO SU LUCHA DE AMOR EN SUEÑOS, LAMENTANDO QUE AQUEL NO FUERA MÁS LARGO Y QUE EL SOL ENVIDIOSO PRODUJERA EL NUEVO DÍA.

722.

EPITAFIO DE POLIA

724

*Notas*

725

## INTRODUCCIÓN

### I. LA OBRA

La *Hypnerotomachia Poliphili* o *Sueño de Polifilo* (Venecia 1499), es uno de los libros más curiosos y enigmáticos salidos de unas prensas. Gnoli se refiere a él como «la mayor obra fantástica, el único poema del siglo xv», en tanto que Croce lo condena con estas palabras: «Si ese libro no hubiera sido tan serio, largo y pesado, se podría interpretar como una caricatura del Humanismo». Quienes lo conocen bien saben que, tras su aparente deformidad, se oculta una rara hermosura y un apasionado anhelo de perfección, sabiduría y belleza absolutas, bajo el signo del Amor. Desde el mismo siglo xvi, el *Sueño de Polifilo* se ha visto rodeado de un aura de esoterismo y preciosismo enfermizo, de la que no es culpable su autor sino sus comentaristas, porque, como señalan Popelín y Mario Praz, una obra semejante atrae las interpretaciones más estrafalarias como un cuerpo débil las enfermedades. Por otra parte, pese a que se trata de uno de los libros más atractivos del Renacimiento, salido de una imprenta ilustre y hermo­seado con abundantes y preciosas xilografías—a las que debe en gran medida su fortuna—, todavía está envuelto en misterios: sólo se conoce su autor por conjeturas, y hay al menos dos candidatos a serlo: un veneciano y un romano; se ignora el nombre del artista que diseñó los grabados y la razón que impulsó al mecenas, Leonardo Grassi, a sufragar la edición. El mismo Aldo el Viejo, el impresor, no dejó su nombre más

que en el último folio, en una fe de erratas que falta en algunos ejemplares.

La obra se divide en dos libros, asimétricos en cuanto a extensión, escritos con distinta técnica literaria y de contenido aparentemente contradictorio, aunque sin duda salieron de la misma pluma. En el primero, el protagonista de ambos, Polífilo, narra en primera persona un complicado viaje en sueños a través de regiones y construcciones alegóricas de carácter amoroso. En el segundo, que se enmarca dentro del mismo sueño del personaje, el relato está en boca de su amada Polia, que cuenta su propia historia y la del propio Polífilo en tanto que amante suyo. Cuando la narración de Polia termina, Polífilo despierta y maldice la luz del nuevo día, que le arrebató las delicias y tormentos del amor.

Preceden al texto los elementos usuales en la época: una dedicatoria del mecenas de la edición, Leonardo Grassi, al Duque de Urbino; unos versos laudatorios de los humanistas Gianbattista Scita y Andrea Marone y, cosa menos común, una dedicatoria del propio Polífilo a Polia, a quien se dirige como si estuviera viva, pese a que en la obra hay tres epitafios que la lloran. No consta el autor, pero uniendo las primeras letras de cada uno de los 38 capítulos que integran el libro, se lee: «Poliam frater Franciscus Columna peramavit» («el hermano Francisco Colonna adoró a Polia.»)

Leonardo Grassi, cuyo nombre aparece latinizado en el proemio como Leonardo Craso, pagó el libro y se lo dedicó a Guidobaldo de Montefeltro, Duque de Urbino, en reconocimiento por su generoso comportamiento con un hermano suyo que había militado bajo su mando en el

asedio de Bibbiena. Se desconoce el nombre de este hermano, pero el dato es útil porque proporciona una fecha, ya que se trata de un episodio de la guerra de 1498 entre Florencia y Pisa, un año antes de la publicación del libro. Para ayudar a los pisanos, los venecianos habían reclutado al Duque Guidobaldo de Montefeltro, que sufrió una serie de graves reveses, perdiendo todas las fortalezas expugnadas salvo la de Bibbiena, en la que se vio obligado a refugiarse.

Grassi procedía de una ilustre familia veronesa. Doctor por la Universidad de Padua, fue Protonotario Apostólico, capitán de la ciudadela de Verona y superintendente de las fortificaciones paduanas. Aunque parece haber sido un hombre culto, no se le conoce más obra literaria que la epístola proemial de la *Hypnerotomachia*, redactada en discreto latín. Muchos estudiosos se han preguntado la razón por la que financió un libro tan caro. Biadego responde que Grassi debía ser, si no arquitecto en el estricto sentido de la palabra, al menos aficionado a la arquitectura y entendido en ella, como lo prueba el hecho de que se encargara de las fortificaciones de Padua. Esto explicaría su interés en asumir la edición del *Sueño*. Podría haber inspirado e incluso dirigido la parte artística del libro. Esta hipótesis, que impresiona como sensata, se muestra enseguida débil. En la *Hypnerotomachia* no hay rastro de preocupaciones en el terreno de la fortificación, contrariamente a lo que ocurre en otras obras de la segunda mitad del siglo xv como el *Tratado de Arquitectura* de Filarete (hacia 1460).

Las investigaciones de Casella y Pozzi arrojan una

luz nueva sobre el problema. Casella recuerda la afirmación de Scaligero de que Leonardo Grassi se ocupaba de antigüedades, rasgo que parece haber sido común en su familia y que puede explicar el atractivo que ejerció sobre él la *Hypnerotomachia*. Como veremos más adelante al ocuparnos del espinoso problema de la paternidad de la obra, si su autor fue el Francesco Colonna propuesto por Apostolo Zeno y por Temanza, veneciano, fraile del convento de SS. Giovanni e Paolo de Venecia y bachiller por Padua, el problema se simplifica. Casella y Pozzi señalan que, puesto que Grassi estaba en estrechas relaciones con Padua, ambos personajes pudieron conocerse en esta ciudad. Si Colonna y Grassi fueron amigos, no es descabellado suponer que se lanzaran juntos a la empresa de editar la *Hypnerotomachia*, obra del primero.

La carta dedicatoria al Duque de Urbino va seguida en el proemio del libro por un poema en el que Giambattista Scita alaba la generosidad de Grassi, al que califica de segundo padre de la obra. Scita, natural de Feltre, era un humanista de cierto renombre, profesor de gramática y poeta, amigo de Pietro Bembo, Giovanni Pico della Mirandola y Aldo Manuzio. Mantenía relaciones con Verona y con los Grassi, de modo que no es de extrañar que pusiera su pluma a contribución en una obra pagada por Leonardo y editada por su amigo Aldo. De sus relaciones con Colonna, por el contrario, no sabemos nada. El personaje que pone fin a los versos proemiales del *Sueño* y que oculta, sin duda sabiéndolo, el nombre de su autor, es Andrea Marone de Brescia, profesor de letras en Brescia y Ferrara, poeta en la corte de León X y amigo del hu-

manista Pierio Valeriano. No se le conocen relaciones con Aldo, pero pudo tenerlas por medio de Pierio.

Tras estos elementos protocolarios comienzan los 24 capítulos de la primera parte del *Sueño*. Constituye ésta en sí misma una novela alegórica, que se inscribe en el conjunto de «visiones» medievales, bajo el signo del amor entendido como lucha. Se trata del relato de una ascensión espiritual desde las vacilaciones, errores y miedos juveniles hasta la conquista del dominio de los sentidos y del libre albedrío, la elección de la vocación vital—desdeñando la vía ascética y la gloria mundana—y la consumación simbólica del matrimonio con la amada por medio de la rotura del velo de Venus con la flecha de oro de Cupido. Este claro hilo alegórico está enmarañado por las minuciosísimas descripciones anticuarias y la morosidad en la exposición retórica de los sentimientos del protagonista, que confieren a la novela su peculiar aspecto de monstruoso pastiche de una Antigüedad imaginaria y casi oriental.

Este libro es, en realidad, un injerto de poema alegórico de estirpe medieval y enciclopedia humanística de vocación totalizadora, ya que contiene una ingente amalgama de conocimientos arqueológicos, epigráficos, arquitectónicos, litúrgicos, gemológicos y hasta culinarios. De la mitología al ajedrez, de la astronomía al arte de recortar setos, en él están vertidos todos los conocimientos del autor, al que no es necesario imaginar experto en una u otra de estas artes, sino sintetizador de una serie limitada de fuentes literarias y de experiencias vitales en un mundo tan rico en estímulos como la Italia de fines del siglo xv, cuando los esplendores del ocaso medieval se confundían con los del alba de una nueva manera de en-

tender las relaciones con la Antigüedad clásica. Sus conocimientos de arquitectura resultan de una asimilación muy personal de los tratados de Vitruvio y Alberti; los de Astronomía, de Higino; los de botánica y piedras, de Plinio y de los herbarios y lapidarios de la época, y así sucesivamente.

El cúmulo de conocimientos que maneja, en su mayoría librescos, está congelado y paralizado en los cristales de una prosa de ritmo lentísimo, que disecciona los menores detalles como un bisturí, haciendo que el lector sea incapaz no ya de ver el conjunto del bosque sino ni siquiera los árboles mismos, porque nos muestra cada hoja, y en cada hoja cada nervio, visto por los ojos ultrasensibles y un tanto espantados del protagonista. Todo, además, es tan precioso como si hubiera sido tocado por Midas. El lector se siente abrumado por tanto esplendor, sobre todo si olvida que lo narrado en el primer libro tiene un carácter paradisíaco y simbólico. Refleja un mundo ideal, envuelto en la bruma de oro de la nostalgia de lo irrecuperable: la Antigüedad y Polia, la amada muerta, fundidas ambas en el alma del amante como una fuente de perpetuo tormento y delicia.

El segundo libro, por el contrario, es una novela que podríamos calificar de costumbrista si no fuera por su estilo pedante. De argumento muy cotidiano bajo el ropaje fastuoso del *estilo*, Polia ya no aparece como una ninfa misteriosa sino como una muchacha algo simple, que en realidad se llama Lucrezia Lelli y se hace monja de Diana para cumplir un voto emitido en el curso de una grave enfermedad. Mantiene una lucha interior un tanto mezquina entre su deseo de no romper sus votos y

la mala conciencia por hacer sufrir al enamorado Polífilo, además de estar asustada por la posibilidad de que Cupido la castigue por su crueldad hacia su amante. Por último, se ablanda y se casa con él.

Puede que ambos libros fueran escritos en distintas épocas y luego ensamblados de una forma un tanto forzada. Ciertamente, todo es soñado, ya que en la primera página Polífilo se duerme y en la última despierta. Y es soñado, además, en breves instantes de un amanecer de primavera. Pero lo que cuenta Polia en el segundo libro no casa con el contenido del primero. Es difícil orientarse en el laberinto que constituyen ambos, si no es recurriendo a expedientes sinuosos como el concebido por Gnoli, según el cual el segundo libro es un todo cerrado que debió ser compuesto antes que el primero y estaba destinado a ser único. El autor decidió luego alargar la visión que tuvo el alma de Polífilo durante su muerte aparente en el templo de Diana, en un trabajo más amplio y de distinto talante, por lo que el espacio en que se mueven los personajes del libro segundo es «real», y el del primero alegórico. De hecho, en ambos alcanzan los amantes la presencia de Cupido y Venus, y en ambos aparecen los castigos del Amor a los mortales que se le resisten. Pero lo que en el segundo libro es cuestión de líneas, en el primero está prodigiosamente ampliado a causa de la hinchazón erudita. Esta explicación, que insinúa una especie de *mise en abîme*, es la más hermosa posible de la estructura del *Sueño de Polífilo* y honra la imaginación de quien la inventó.

El segundo libro parece un relato autobiográfico. Proporciona muchos detalles acerca de Lucrezia Lelli de

Treviso y en él se menciona una peste que realmente tuvo lugar en esa ciudad por aquellas fechas. El cambio de nombre de Lucrezia a Polia ha intrigado siempre a la crítica. Algunos estudiosos, como Temanza y Federici, imaginaron que se trataba de una persona con dos nombres, el primero de los cuales sería Lucrezia y el segundo Ippolita, enmascarado en el literario de Polia. Quienes han considerado a ésta como una alegoría sin existencia real, han buscado significados en la etimología griega de la palabra. B. De la Monnoye, en el siglo XVIII, pensaba que Polia significa lo mismo que la palabra latina *canities* y hace referencia a la Antigüedad. Pero *canities* no es antigüedad sino vejez canosa. Por su parte, A. Zeno la hacía derivar del adjetivo *pollus*, y veía en ella una personificación de la ciencia universal, mientras que para Gnoli se trata de una alegoría de la Verdad, y para Calvesi, de la Sabiduría. En el texto Polia funciona de un modo ambivalente: en el segundo libro es sin duda una tal Lucrezia Lelli, muchacha de carne y hueso. En el primero, una ninfa de belleza tan espléndida como impersonal, misteriosamente dotada de conocimientos anticuarios, conductora erudita de Polifilo a través del país de Venus y con ciertos rasgos alegóricos que la emparentan con las amadas ideales como Laura o Beatriz.

Los dos libros constituyen una glorificación apasionada de Venus y Cupido, vencedor de los propios dioses y dotado de dos armas terribles, inventadas por Ovidio: la flecha de oro que enamora, y la de plomo que causa rechazo. El panerotismo de la novela no es una originalidad del autor, ya que tiene raíces medievales y fue divulgado sobre todo por los filósofos neoplatónicos del

Renacimiento temprano. En el *Sueño* ni siquiera constituye un sistema coherente sino más bien un estado de ánimo, que impregna la visión del mundo sin conformarla por sí mismo. Matices epicúreos brillan de vez en cuando, siendo el más importante el hecho de situar a Baco y Ceres en el cortejo de Venus.

Desconocemos la fecha en que se compuso el *Sueño*. A la vista de la que aparece en un epitafio al final del último capítulo, se ha pensado que puede datarse alrededor de 1467, lo cual es dudoso, ya que hay en él influencias muy claras de obras posteriores, si bien el autor pudo conocer algunas de ellas por manuscritos antes de que fueran impresas. De todos modos, parece que debe pensarse más bien en una fecha tardía, más cercana a la impresión en 1499.

## 2. EL AUTOR

Una de las incógnitas más irritantes de la *Hypnerotomachia* es la que concierne a su autor. El libro no trae ningún indicio claro sobre quién lo escribió, pero uniendo las primeras letras de cada capítulo se lee: «Poliam frater Franciscus Columna peramavit.» Jacques Gohorry citó este acróstico en una edición francesa del siglo XVI del *Sueño*, en el reverso del frontispicio, y relacionó el nombre de Francesco Colonna con la ilustre familia romana de este nombre.

En 1723, Apostolo Zeno creyó haber encontrado la clave del enigma del autor del libro: una nota manuscrita vista por él en un ejemplar de la *Hypnerotomachia* que

se encontraba entonces en el convento dominico veneciano Delle Zattere, que decía así, en latín, con fecha de 1521:

El nombre del verdadero autor es Franciscus Columna veneciano, que fue de la orden de predicadores y que por el amor ardentísimo que tenía hacia una tal Hipólita de Treviso, la llama, cambiándole el nombre, Polia, a la cual dedicó la obra, como indican las letras capitulares de los libros, ya que uniendo la primera letra de los capítulos de cada libro, dicen juntas así: Poliam frater Franciscus Columna peramavit. Aún vive en Venecia en SS. Giovanni e Paolo.

Esta nota un poco fantasmal, ha sido buscada por otros investigadores sin el menor resultado. Puede tratarse de una falsa noticia de Zeno.

Dentro del mismo siglo XVIII, Tommaso Temanza atribuyó también el *Sueño de Polifilo* al Francesco Colonna véneto. La cultura del autor de la *Hypnerotomachia* sobre asuntos orientales le hizo pensar que nuestro autor estuvo en Oriente, ya que a los venecianos de aquel tiempo les resultaba relativamente fácil emprender ese tipo de viajes. Con los mismos argumentos imaginarios, atribuye a Colonna viajes por toda Italia, singularmente a Roma. Conocería en Treviso a Teodoro Lelli, llegado a esa sede episcopal en 1462. Siempre según Temanza, el Obispo Lelli tendría una sobrina llamada Ippolita, de la que Colonna se enamoró. En torno a 1464, la ciudad de Treviso fue atacada por la peste y, encontrándose Ippolita en peligro de muerte, hizo voto de retirarse del mundo y llevar una vida casta si lograba recobrar la salud. El Obispo Lelli gobernó la iglesia de Treviso hasta 1466,

año en que murió. Ippolita murió el mismo año o al menos se marchó de Treviso, lo que provocó la desesperación de Colonna. Temanza llega a preguntarse si éste no sería tal vez marido de Ippolita antes de hacerse fraile, lo cual daría un sentido legítimo y honesto a la ruptura por su parte del velo de Venus en la isla de Citerea, uno de los pasajes más escabrosos del *Sueño*. Fuera como fuese, concluye, ella murió antes que él y Francesco vistió el hábito de Santo Domingo en el convento veneciano de SS. Giovanni e Paolo, donde acabó de escribir el libro.

Siguiendo las huellas de Temanza, Federici y Marchese, la crítica del siglo XIX fue prácticamente unánime al atribuir a un fraile veneciano, llamado Francesco Colonna, la paternidad del *Sueño* de Polifilo, salvo Gnoli (1899), que confiesa no librarse de la duda de que tras los hábitos de fray Francesco se ocultara en realidad un humanista ilustre que quisiera conservar en esta ocasión el anonimato, por el carácter paganizante y algo licencioso del libro. En nuestro siglo esta sospecha ha sido recogida por Ana Khomentovskaia, que propone para el «humanista ilustre» de Gnoli el nombre de Felice Feliciano (1432-1480), al que atribuye el *Sueño* a base de una serie de argumentos esencialmente filológicos y al hecho de que Feliciano había nacido en Verona como Leonardo Grassi. Naturalmente, Khomentovskaia conocía el acróstico de las letras capitulares de la novela, y tiene razón al afirmar que en él sólo se lee que fray Francesco amó a Polia, no que escribiera el libro. La exposición de su teoría es bastante ingeniosa, pero se basa en conjeturas y suposiciones.

Los estudiosos que más reciente y eficazmente han apuntalado la tesis véneta son Casella, Pozzi y Ciapponi. Casella ha reconstruido una apretada biografía del Francesco Colonna de SS. Giovanni e Paolo. Pozzi y Ciapponi han estudiado la cultura de éste y realizado la edición crítica del *Sueño*. Todos ellos conocen la *Hypnerotomachia* y sus fuentes en profundidad. Para Casella, las fechas de nacimiento y muerte de Francesco Colonna son las mismas propuestas por Marchese: 1433-1527. El minucioso trabajo de archivo de la estudiosa nos hace saber que Colonna aparece como sacerdote en Treviso a los 32 años, y figura por vez primera en el convento veneciano de SS. Giovanni e Paolo en 1471. Pozzi reproduce un curioso texto del dominico Felice Fabbri, que describe este convento como un palacio del placer, en el que se comía y bebía regiamente y que era frecuentado por damas muy desenvueltas. En 1501 se pidió a fray Francesco que devolviera una cantidad que el Provincial le había prestado para la publicación de un libro. Casella señala que esto prueba que Colonna era escritor y que además debió de publicar un libro caro, si tuvo que recurrir a un préstamo. Desgraciadamente, se desconoce el título y la naturaleza del libro, pero bien pudiera ser el *Sueño* por las fechas. Por otra parte, si lo fue, quiere decir que Grassi no corrió con todos los gastos de su publicación sino que los compartió con Colonna. Pese a que en toda la documentada exposición de Casella no hay pruebas irrefutables y concluyentes de que el fray Francesco Colonna veneciano sea el autor de la *Hypnerotomachia*, su hipótesis es la que mejor encaja con lo que sabemos de él a través del texto mismo. El *Sueño* parece haber sido escrito por

un clérigo letrado, un gramático de formación aristotélica como la que se recibía en Padua y, por otra parte, los lapsos de la biografía fijada por Casella en que Colonna «desaparece» permiten suponer algún tipo de visitas; sobre todo teniendo en cuenta la frecuencia de los viajes de los intelectuales de la época, y el lógico deseo que debía tener alguien tan amante de la Antigüedad de conocer Roma directamente.

La última hipótesis notable sobre el autor del *Sueño de Polifilo* no es venecianista sino romana, y ha sido formulada por Maurizio Calvesi. Para Calvesi, Colonna no es un fraile veneciano sino un noble romano. Se trataría, según él, de un Francesco Colonna nacido hacia 1453 y muerto en fecha incierta después de 1503, casado con una Lucrecia Orsini y señor de Palestrina (antigua Preneeste, a pocos kilómetros de Roma), feudo que le fue arrebatado por Alejandro VI y restituido por Julio II. Este Francesco habría escrito el *Sueño* y, no deseando dar ocasión a que el Papado pudiera acusarle en un momento dado de impiedad a causa de los contenidos neopaganos del libro, ocultó su autoría y lo publicó en Venecia y no en Roma. La dedicatoria a Guidobaldo de Urbino se explicaría por la tradicional amistad y parentesco que ligaba a las familias Colonna y Montefeltro. Además del sentimiento de solidaridad creado entre ellas por el hecho de enfrentarse ambas a la prepotencia de los Borgia. Calvesi señala que Leonardo Grassi de Verona era amigo de Ermolao Barbaro, humanista y patricio veneciano que vivió en la Roma de Alejandro VI y fue amigo, a su vez, del humanista neopagano Pomponio Leto. Por su parte, Aldo Manuzio procedía de Ve-

lletri, a pocos kilómetros de Palestrina, aunque luego se afincó en Venecia. Las referencias que contiene el libro a Julio Cesar y la omnipresencia de Venus estarían en relación con el mito colonnesco de la procedencia de la familia del tronco de la Gens Iulia. La cultura de Colonna se adscribiría al ambiente de círculos paganzantes romanos como el de Pomponio Leto, que tenía su casa y academia en el Quirinal, cerca de la casa de los Colonna, y cuyos miembros se denominaban fratres, lo que explicaría la denominación del acróstico («frater Franciscus Columna...»). Muchas de las antigüedades romanas que aparecen en el *Sueño* no serían, como quiere Pozzi, de cepa libresca, sino vistas y estudiadas directamente por este cultivado miembro de la familia Colonna, que restauró el santuario de la Fortuna Primigenia en su feudo prenestino, evocado, según Calvesi, en la novela bajo la forma del edificio de la pirámide y el obelisco.

Una de las causas del espeso misterio que envuelve a Francesco Colonna es el silencio que le rodeó a él y a su obra en una época de efervescencia en el mundo literario y artístico donde todos se conocían y florecían los panegíricos y los epigramas, y la gente viajaba y se carteaba con frecuencia. Ignoramos por qué sus contemporáneos respetaron con tanto y tan impertinente—para nosotros—celo su deseo de no exponerse de momento al «livor rabidus» mencionado por Andrea Marone en el último poema del Proemio.

### 3. LA LENGUA

Lo que más ha contribuido a impedir el conocimiento y la difusión de la *Hypnerotomachia*, ha sido la oscuridad de su lenguaje. La mayor parte de la crítica se refiere a él con una irritación más o menos velada, pero pocos se han detenido a estudiarlo en profundidad. Los contemporáneos ya hicieron notar lo anómalo de esta lengua extravagante, algunos alabando su novedad, como Grassi, que en la dedicatoria a Guidobaldo de Montefeltro escribe: «Hay en él una cosa admirable: que, aunque habla nuestra lengua, para entenderle hace falta conocer la griega y la romana no menos que la toscana y vernácula.» Estuvo de moda en ciertos círculos, rebasando el ámbito meramente literario, para pasar a ser jerga hablada por exquisitos, porque Castiglione lo vitupera ásperamente en el *Cortesano* (1528).

En el siglo XVIII el lenguaje del *Sueño* comenzó a interesar como objeto de estudio y especulación. El problema de dilucidar su naturaleza vino a complicarse por el deseo de interpretar unas palabras del autor en la dedicatoria a Polia, cuyo sentido está aún por esclarecer y que ha atormentado a muchas cabezas ilustres, entre ellas la de Apostolo Zeno. En el *Sueño* se lee: «Il quale dono (el libro) sotto poscia al tuo solerte et ingenioso iudicio, lasciando il principiato stilo et in questo ad tua instantia reducto, io il commeto.» Zeno pensaba que el «nuovo estilo» al que Colonna vertió su libro, según él comenzado en lengua vulgar, es una «jerga de latín, griego y lombardo con mezcla de voces hebreas y caldeas.» Temanza también pensaba que se empezó a escribir en

lengua vulgar pero que, a instancias de Polia, el autor lo tradujo a la extraña lengua en que finalmente fue publicado. A la «jerga» descrita por Zeno añade huellas del dialecto de los Abruzzos, que sería la lengua materna de la joven. Otros, entre ellos Popelin y Ephurussi, pensaron que el libro se empezó en latín, pero finalmente se escribió en lengua vulgar, aunque dejando la huella culterana de una sintaxis latinizante y un vocabulario arqueológico. El paso siguiente fue pensar en una lengua culterana y un estilo pedante propio de los humanistas del Quattrocento, del que el *Sueño* no sería sino un ejemplo entre otros. Fabbrini comenzó a poner algo de luz en estas oscuridades precisamente gracias a la hipótesis de que Colonna, utilizando un lenguaje artificial, lo forjó a su capricho, trastocando sus elementos y embelleciéndolo con aportaciones tardo-antiguas y personales, lo que no quiere decir que se tratara de algo completamente nuevo e inventado por él. Para él, la cuestión del abandono del estilo inicial no se refiere a la lengua, sino al paso del verso propio de los poemas alegóricos como la *Amorosa Visione*, a la prosa.

Giovanni Pozzi ha estudiado de forma cuidadosa y científica la lengua de Colonna, realizando una disección de las fuentes y despejando gran número de incógnitas que se debían más a la ignorancia de los estudiosos que al misterio del objeto de estudio. Remitimos a sus libros al lector interesado, pero daremos aquí un breve resumen de sus tesis, por su importancia. El *Sueño* está escrito fundamentalmente en lengua vulgar, empleada como caparazón poco significativo y llena de un contenido expresivo que deriva de otros idiomas, especialmente del latín.

El griego no es esencial y tiene un carácter preciosista, generalmente usado en formas adjetivales que esmaltan el texto, al que se engarzan como raras joyas, o bien como sustantivos que designan objetos o circunstancias antiguos, constituyendo entonces auténticos arqueologismos. La gran masa del cuerpo de la novela es una mezcla, casi a partes iguales, de latín y lengua vulgar, en la que lo vernáculo véneto está ausente. El latín de Colonna, por otra parte, no es el clásico ciceroniano sino el ecléctico y preciosista de fines del Quattrocento, cuyos cultivadores no lo consideraban una lengua muerta sino viva y actual. Los prestamos que toma de los clásicos tardíos, como Apuleyo, son siempre palabras raras y deslumbrantes. De Ovidio no sólo asimiló la mayor parte de su propia cultura mitológica sino también ciertas palabras extrañas. De Plinio aprovechó multitud de vocablos técnicos, singularmente de botánica, arquitectura y lapidaria. De Vitruvio y Alberti, prácticamente toda la terminología arquitectónica que maneja.

Pozzi señala que el autor en lengua vulgar latinizante más cercano a Colonna es A. Vinciguerra, veneciano que trabajó por los mismos años. Por el contrario, no han dado resultado las comparaciones con grandes humanistas como Pietro Bembo o Ermolao Barbaro. Fuera de estas influencias, hay que señalar que es frecuente en Colonna la creación de ciertas criaturas lingüísticas artificiales, que Pozzi califica de «sirenas» y «centauros». En efecto, el autor de la *Hypnerotomachia* toma con frecuencia raíces latinas o vulgares y les añade «colas» absolutamente insólitas y a menudo estrafalarias, pero de gran efecto, obteniendo como resultado palabras nuevas de gran fuerza expresiva.

Los verbos son escasos en la prosa de Colonna, lo que confiere a ésta su peculiar inmovilidad. Los sustantivos, excéntricos y preciosos, avanzan lentamente, flanqueados por cohortes de adjetivos inventados, fluyendo durante varias líneas hasta que, al fin, un verbo da sentido a la frase, que ya casi se desvanecía y se agotaba ante los ojos del lector impaciente; o bien se pierde en una deslavadura sintáctica que no sabemos si achacar al autor o al tipógrafo de Aldo. Esta prosa difícil, oscura y retorcida—tormento de traductores, pueden creerme—cuadra perfectamente con el espíritu de la obra y es el ropaje adecuado para su hermoso cuerpo algo deforme. El mundo congelado y paradisiaco de Polífilo no podía ser descrito con la fluidez de Boccaccio—aunque abundan los préstamos casi literales de éste—, ni con la precisión de Alberti. Por otra parte, el hermetismo de su prosa, a veces casi ininteligible, responde al mismo carácter esotérico de los conceptos de que es vehículo, tal vez encubriendo con su disfraz disuasorio mensajes poco ortodoxos. Como ha señalado Donati, el texto del *Sueño* no fue objeto de censura—al contrario que los grabados, que en algunos ejemplares sufrieron tachaduras y blanqueos—, porque su propia dificultad constituía de por sí una autocensura.

#### 4. LAS FUENTES

La crítica está de acuerdo en reconocer a la *Hypnerotomachia* tres ilustres antepasadas: la *Divina Comedia*, el *Roman de la Rose* y la *Amorosa Visione*. Se ha apuntado también el *Tesoretto* de Brunetto Latini, con el que tiene

en común el tópico de la pérdida del protagonista en la selva y algunas referencias a Cupido. Vladimír Zabughin añade a estos precedentes la *Visio Oeni militis* en su versión vulgar, titulada *Purgatorio di messer Santo Patricio*. Cuenta este poema que el caballero cristiano Oeno penetra en la oscura selva del Purgatorio con la mente ocupada por el nombre de Cristo—como Polífilo con el de Polia—, y sale a un campo, donde encuentra una bella mansión rodeada de muros, con un claustro como el de un convento. Vienen a recibirle unos monjes vestidos de blanco, que le saludan y le dan buenos consejos. En esta imaginaria literaria, realmente sobria, ve Zabughin el embrión de la complejísima marcha de Polífilo desde las tinieblas del interior de la pirámide hasta los ritos del palacio de Eleuterilide. Su elección de la puerta de Venus es comparada por el erudito ruso con la entrada de Oeno en el paraíso, y los cortejos de ninfas y los triunfos paganos del *Sueño* con las procesiones de santos y mártires de la *Visio*. Puede tenerse como precedente, pero en todo caso, lejano.

Mucho más próximo es el de la *Amorosa Visione* de Boccaccio, que es también un *Sueño* de amor y una máquina alegórica. Comprende la elección del camino de la vida, triunfos «a l'antica», el jardín del amor, el hallazgo de la amada ideal y el despertar cuando el poeta va a poseerla. En su estudio de la *Amorosa Visione*, Branca señala que el recurso del sueño es el casi insoslayable canon introductorio a las fantasías literarias de este tipo, por medio del cual se intenta conferir cierta verosimilitud a lo que se cuenta. Sus raíces son muy antiguas. En la Edad Media sirvió de prólogo a casi todas las visiones amoro-

sas, como el *Roman de la Rose*. Boccaccio lo empleó frecuentemente y de él lo tomó el autor del *Sueño de Polifilo*. En este último es, además, un recurso que permite que Polia muerta reviva en la imaginación del protagonista, que sólo puede amarla en sueños porque no es más que un recuerdo. Igualmente tópico es el recurso a las distintas puertas o senderos que el protagonista encuentra en su camino y entre los que debe escoger uno. En él se inscribe un ciclo de temas renacentistas, uno de los cuales es el del *Sueño de Escipión*.

En cuanto a las fuentes de la erudición de Colonna, que hacen del *Sueño* una enciclopedia de los saberes de su época, son diversas pero no inabarcables, y aparecen fijadas en el *Commento* de la edición de Giovanni Pozzi. Pasaremos revista a los aspectos más significativos. La enrevesada arquitectura de Colonna, mucho menos clásica o antigua de lo que él mismo pretendía, depende esencialmente de Vitruvio y Alberti. La edición *princeps* del tratado *De Re Aedificatoria* apareció en Florencia en 1485, algunos años después de la muerte de Alberti (1472), aunque la redacción de la obra data de la época en que éste estuvo en Roma, en la corte de Nicolás V, a quien debió mostrársela ya en 1452. No sabemos si Colonna se sirvió del incunable o de una copia manuscrita, que pudo haber conocido antes que la primera edición. Además de párrafos casi literales, tomó del tratado de Alberti muchos términos que designan elementos arquitectónicos, aunque no siempre los aplicó con propiedad. De Vitruvio, cuya edición *princeps* data de 1486, pero de la que también circulaban copias manuscritas antes, dependen muchos de los términos que emplea. En cuanto a Filarete,

cuyo *Trattato di Architettura* no vio la luz de la imprenta en su tiempo y data de los años sesenta del siglo xv, pudo inspirarle el remate de las cúpulas con estatuas giratorias y la planta del laberinto acuático. Según Pozzi, lo conoció a través de una versión latina adquirida por el convento de SS. Giovanni e Paolo en 1490.

Colonna maneja la terminología arquitectónica de Vitruvio y Alberti libremente, sin importarle contradecirse. Resulta curioso que, tras haber proclamado que lo esencial de una construcción es su estructura y no su ornato, siguiendo a Alberti, recargue las que inventa con una ornamentación abrumadora. La estética de sus edificios guarda relación con la de los fondos de los cuadros de sus contemporáneos, sobre todo los de Mantegna, y en ella domina un colorido deslumbrante y un gran lujo en los materiales. Los elementos decorativos, que emplea con gran profusión para embellecerlo todo, desde los grandes frisos arquitectónicos hasta los bordados de las enaguas de las ninfas, pertenecen al universo estético de los Lombardi, Mantegna, Pinturicchio y Andrea Bregno. No imagina muchas pinturas, y sin embargo prodiga los mosaicos, lo que no es de extrañar en un veneciano, si admitimos la hipótesis del Colonna véneto. Siente una debilidad casi maniática por los materiales preciosos, de los que se revela gran conocedor, en gran parte a través de la lectura de Plinio (edición *princeps*, 1469) y diversos lapidarios, pero seguramente también por experiencia personal. También la Botánica le interesaba mucho a Colonna. En la *Hypnerotomachia* abundan extraordinariamente las plantas más variadas, desde vulgares y conocidas hasta míticas, cuyas fuentes son diferentes herbarios antiguos y modernos.

La erudición mitológica depende de las *Metamorfosis* de Ovidio, *El Asno de Oro* de Apuleyo, las *Saturnales* de Macrobio, la *Genealogia Deorum* de Boccaccio y las *Fábulas* de Higino. Debía de conocer la obra de Ovidio casi de memoria, ya que al utilizarla, incurre a veces en errores de detalle, como si no se hubiera tomado la molestia de cotejar sus recuerdos con el texto. Sus conocimientos astronómicos proceden del *Poema Astronómico* de Higino, publicado en Venecia en 1485. Hay quienes encuentran en el texto del *Sueño* abundantes elementos alquímicos. No faltan, desde luego, y tal vez hay claves alquímicas de carácter metafórico referentes al viaje iniciático del protagonista por las diferentes regiones alegóricas de su itinerario amoroso, pero ello no significa que el *Sueño* sea obra de un alquimista, ni tampoco que se trate de un libro de carácter hermético propiamente dicho. Claves herméticas hay en muchas y muy diversas obras de la época, porque la alquimia formaba parte del corpus de conocimientos y afloraba como un elemento más en cualquier construcción cultural. Lo discutible es pretender una interpretación alquímica de la totalidad de la obra, como en el caso de Fierz-David, cuyo libro, por otra parte, es interesante y sugestivo. El estado de nuestros conocimientos nos permite construir un autor de amplia formación humanística general y gustos personales muy acentuados, pero no necesariamente un mago, un astrólogo o un alquimista. Tampoco vamos a desconocer u olvidar por ello la importancia que estas ramas del saber tenían en su época y que influyeron en la *Hypnerotomachia* sin duda, como han puesto de manifiesto los trabajos de Calvesi y Kretzulesco-Quaranta.

## 5. LOS GRABADOS

La magnífica serie de los 171 grabados que ilustran las dos ediciones aldinas de la *Hypnerotomachia*, es la responsable de la fortuna del libro en todas las épocas. A pesar de su belleza y de que revelan la intervención de un creador de gran talento, su paternidad no está clara. La crítica los ha atribuido a diversos artistas italianos de la segunda mitad del siglo xv, sin el menor apoyo documental. Al pasar revista a la bibliografía, se tiene la impresión de que cada historiador presenta un candidato y se ve obligado a forzar los pocos datos con los que se cuenta para hacerlo encajar en el molde vacío del llamado «maestro del *Polifilo*», como los pies de las aspirantes en el zapato de Cenicienta.

Las incoherencias que una mirada atenta descubre en muchos de los grabados, hacen pensar que el xilógrafo no fue el mismo que el dibujante y que aquél se encontró a veces desorientado a la hora de tallar los diseños. Donati ha señalado estos errores—que generalmente consisten en confusiones en el drapeado de figuras adyacentes—y distingue, en principio, dos personas: el artista y el xilógrafo, pero ramificando incluso a este último en otros dos: uno muy hábil, realizador, por ejemplo, del grabado de Polifilo ante la reina Eleuterilide (n.º 25), y otro menos diestro, que tallaría ilustraciones secundarias como la barca de Cupido (n.º 117). Tal duplicidad de manos no es de extrañar si la obra se encargó a un taller xilográfico, en el que el maestro o algún oficial diestro se encargaría de las piezas más difíciles y dejaría las otras a sus ayudantes.

En cuanto al dibujante o inventor, la cosa se complica si tenemos en cuenta que el manuscrito entregado por Grassi a Aldo debía contener, al menos en esbozo, algunas de las ilustraciones, según se colige de ciertas referencias del texto incluso a figuras que no llegaron a realizarse. Según Donati, pertenecen al autor literario todas las figuras arqueológicas, las geométricas y las alegóricas, todas las arquitecturas y sus partes, y todos los objetos aislados y simbólicos. Piensa que algunos de estos diseños se tallaron sin alteraciones y que otros fueron retocados y corregidos por un maestro, al que denomina «decorador del *Polifilo*», distinto del autor del texto y del artista que realizó los grabados más complejos. Por lo que respecta al autor literario, Donati dice que fue un buen dibujante, pero que sus perspectivas adolecen de simplicidad. En cuanto al «decorador», se caracteriza por la utilización de garras aladas, mascarones de perfil con barbas de follaje, delfines, serpientes esquemáticas de perfil y sirenas o arpías. El maestro de las composiciones más complejas y de las figuras humanas podría haber sido Benozzo Gozzoli (1420-1497), y en efecto, algunos de los grabados recuerdan no sólo la elegancia general de la estética benozziana sino incluso detalles parecidos a los de algunas de sus pinturas. Pero no son suficientes como para, sin negar una posible influencia, atribuirle directamente la ilustración del libro.

Giovanni Pozzi no acepta la atribución a Benozzo ni la distinción de cinco manos diferentes trabajando en un sólo volumen. Según él, intervinieron dos artistas: un dibujante técnico para las arquitecturas y otro más avanzado para las partes más complicadas con paisajes y figu-

ras. El primero podría haber sido Francesco Colonna, aunque Pozzi señala que por aquellas fechas había en el convento de SS. Giovanni e Paolo dos pintores «prospettici» que podrían haberle ayudado. En cuanto al segundo maestro, debió de ser un veneciano que tenía muy presente la obra de Andrea Mantegna (1435-1506). Propone al autor anónimo de una miniatura (códice Marciano it. Z64 (4924), f.23 3r) en la que aparecen, entre otras, una figura de Marte idéntica a la del soldado del carro de Dánae (n.º 53b). Para Pozzi ambas son de la misma mano, y ambas del «maestro del *Polifilo*».

M. Salmi atribuye esta miniatura a Benedetto Bordone, uno de los pintores más interesantes que se movieron en Venecia a caballo entre los dos siglos, pero tampoco la atribución del *Polifilo* a Bordone tiene mucho fundamento. Poppelreuter señala en los grabados del *Sueño* las influencias de la pintura de Mantegna y de Palma el Viejo, insiste en las semejanzas entre algunas de las ilustraciones de éste con pequeñas obras de arte, como piedras incisas, terracotas, monedas y medallas, etc., que abundaban en las colecciones de antigüedades de la época. De la imitación de tales modelos, practicada entre otros por Bellini, poco puede decirse sobre la identidad del artista, ya que se encontraban en todas partes y cualquiera podía servirse de ellas.

Huelsen emprendió sus investigaciones sobre el mundo figurativo del *Sueño* partiendo de la base de las posibles copias e imitaciones de antigüedades, aunque concretando de qué monumentos únicos y existentes en un sólo lugar se sirvió el «maestro del *Polifilo*». Comenzó por el grabado del dios del Sol de la sala del trono de Eleute-

rilide (n.º 26), que Poppelreuter había creído imitado de ciertos relieves del joven y el águila por separado. Huelsen señaló que no era necesario recurrir a estos modelos dispersos, puesto que existe uno en el que ambos aparecen unidos: el bello altar dedicado al dios palmirense del Sol. Se conserva en el Museo Capitolino, y debió salir a la luz hacia 1470 o poco después, probablemente en uno de los numerosos santuarios dedicados a divinidades orientales de Vía Portuense. Otro ejemplo notable de influencia de una pieza romana concreta sería el del grabado que representa un friso del anfiteatro de Venus (n.º 149), que guarda relación con los relieves de sarcófagos sobre el tema del viaje del alma por mar hacia las islas de los Bienaventurados. Se parece especialmente al de las Nereidas del Louvre, que a fines del Quattrocento estaba en la iglesia de San Francesco en Trastevere. Los jeroglíficos del *Sueño* derivan, según Huelsen, de un friso romano que se hallaba entonces en la iglesia de San Lorenzo Extramuros (actualmente en el Museo Capitolino) y que se cree que pertenecía a un templo de Neptuno, porque está adornado con objetos relacionados con el mar y con instrumentos de sacrificio. Por otra parte, el mismo autor hace notar que el anfiteatro de Venus se parece al Coliseo, y que la fuente de las Tres Gracias (n.º 22) es una reinterpretación del grupo que actualmente se encuentra en la Librería Piccolomini de la catedral de Siena, pero que en la época de la *Hypnerotomachia* estaba en el Palazzo Colonna de Roma. Huelsen concluye que el autor del *Sueño* debe de haber tenido a su disposición una serie de dibujos de monumentos antiguos existentes en Roma, pero no aventura una hipótesis de «romanidad» del autor

del texto ni atribuye los grabados a un artista concreto. Calvesi, por su parte, apuntala su hipótesis del Colonna romano con los argumentos de Huelsen, a los que añade algunas observaciones interesantes. Por ejemplo, unos relieves de elementos litúrgicos del arco de los Argentarii en Roma, casi idénticos a los jeroglíficos del *Sueño* que adornan el pedestal del elefante (n.º 40).

Muchas de las atribuciones de los grabados del *Sueño* a autores tales como Bartolommeo y Benedetto Montagna, Benedetto Bordone, Buonconsiglio, Giovanni Bellini, Jacopo de Barbari, etc., se basan sobre todo en el hecho de que en los grabados n.º 3 y 14 aparece una pequeña letra b., que en ocasiones se ha tomado por la firma del artista. Sin embargo, estas marcas, corrientes en la época, son de grabador o de taller xilográfico y no arrojan especial luz sobre el problema de la atribución. En resumen podemos decir que si bien Mantegna no parece haber sido el autor directo de los dibujos de la *Hypnerotomachia*, su estilo es el que más se asemeja por la solidez de sus anatomías, su gusto por los paisajes con ruinas clásicas y el aire solemne de sus composiciones, así como su técnica decorativa. Pudo tratarse de un discípulo suyo, quizá no un pintor de primera fila pero sí un buen ilustrador. Entre muchas de las obras en las que se ha reconocido su mano se encuentran el frontispicio del *Plauto*, publicado en 1511 por Soardis, el marco de fondo negro del *Heródoto* impreso por los hermanos de Gregoriis en 1494, así como la traducción italiana de las *Metamorfosis* de Ovidio de Buonsignore, libro impreso en Venecia por Giovanni Rossi en 1498.

## 6. INFLUENCIA DEL «SUEÑO DE POLÍFILO»

La influencia del *Sueño* ha sido mayor fuera de Italia. En Italia, hasta cierto punto, nació muerto a causa de su excentricidad: demasiado arcaizante y demasiado manierista, demasiado erudito para ser novela y demasiado fantástico para ser tratado. Ningún arquitecto práctico de la época podía sacar provecho de una obra semejante, de carácter eminentemente utópico. Por otra parte, ha influido más en épocas de quiebra del Clasicismo que en el Renacimiento: en el Manierismo y el Preciosismo francés, en el Romanticismo, en el Prerrafaelismo y en el Simbolismo.

Pese al desfase de los ideales del *Sueño* con los de su propia época—no tan grande, por otra parte, como se ha pretendido—, y a que la edición *princeps* parece haber sido un fracaso editorial que proporcionó a Grassi más pérdidas que ganancias, lo cierto es que más tarde debió de tener algún éxito en determinados círculos, ya que los sucesores de Aldo el Viejo hicieron una segunda medio siglo después. La *Hypnerotomachia* estuvo muy de moda durante el reinado de Francisco I en su versión original: el mismo rey poseyó un ejemplar del incunable aldino. Es sabido, por otra parte, que la obra de Colonna interesó a Rabelais, que en el *Gargantúa* se refiere expresamente a ella a propósito de los libros leídos por su héroe. La fortuna de las ediciones francesas se debió a que su traductor, Jean Martin, tuvo el descarado «acierto» de rehacer la obra de Colonna para adaptarla a los gustos de su país y su época. Además de aligerarla considerablemente de su fárrago descriptivo, se saltó con agilidad pasmosa todos los

párrafos oscuros y las mitologías demasiado densas. Su estilo ágil, espiritual y cortesano, hace de la novela una delicia incluso para aquellos que odian la arquitectura. Cualquiera dama francesa cultivada podía seguir las peripecias de la alegoría amorosa de Polífilo sin gran esfuerzo, y además tenía ante sí unos grabados de gracia excepcional, obra de un manierista francés.

A la apreciación errónea de la crítica de que la influencia del *Sueño* en Francia murió hacia 1600, contestó A. Blunt en un brillante artículo en el que demuestra que siguió haciéndose notar en diversos campos: la literatura preciosista, la sátira y la alquimia, la teoría de la arquitectura, la emblemática, la arquitectura de jardines (columnata de Versalles) y la pintura barroca (Simon Vouet). En el siglo XVIII se hizo en Francia una nueva edición, lo que prueba que el interés seguía vivo, y en el XIX interesó a románticos y simbolistas. Charles Nodier poseía un ejemplar de la edición aldina. Inspirándose en él escribió un cuento no muy brillante pero que indica una viva curiosidad hacia la obra y, sobre todo, hacia las figuras enigmáticas de Colonna y Polia, todo ello envuelto en una atmósfera de carnaval veneciano.

En Inglaterra el *Sueño* interesó a los literatos y artistas de la segunda mitad del siglo XIX, entre ellos Algernon Ch. Swinburne, Aubrey Beardsley, William Morris y Edward Burne-Jones. Beardsley se interesó por los grabados de la edición aldina, pero también por el texto de Colonna y por su estilo, cuya huella puede verse en *Venus* y *Tanhauser*. Morris y los prerrafaelistas tenían que sentirse fascinados por una obra que sintonizaba tan bien con su sensibilidad y sus planteamientos estéticos, y

por la belleza del libro como obra de arte. Por sí mismo proporcionaba un modelo ideal para sus propias ediciones de lujo. Burne-Jones, por su parte, resumió de modo magistral las relaciones de la estética del *Sueño* con la suya en un cuadro titulado *Love among the Ruins* (National Trust, Wightwick Manor), en el que vemos a una pareja de amantes melancólicamente enlazados entre ruinas y rosales espinosos, que tienen como fondo una obra arquitectónica ecléctica, clasicista y medieval, en la que destaca una puerta en forma de arco de triunfo con un recargado friso de amores.

En Italia el libro ejerció cierta influencia sobre los artistas posteriores, especialmente sobre los pintores, y está estudiada en unas cuantas obras, como el cuadro de Garofalo de la National Gallery de Londres conocido como *Sacrificio*. En otras más ilustres, como la *Tempestad* de Giorgione y el *Amor sacro y amor profano* de Tiziano, se ha señalado y se reconoce, sin llegar a precisarse satisfactoriamente, sin duda porque se trata de obras muy complejas, que se alimentan de diversas fuentes.

En España la huella del *Sueño* es especialmente notable e indudable en los relieves de uno de los lados del antepecho del claustro de la Universidad de Salamanca, en los que se vertieron literalmente varios de los grabados de las ediciones aldinas, como indicaron Luis Cortés y Santiago Sebastián. Yo misma tuve ocasión de demostrar que se había utilizado también parte del texto mismo de la obra de Colonna. Los grabados números 34 y 35, 45<sup>a</sup> y 45b, 14, 90 y 91, acompañados por sus correspondientes inscripciones, adornan esta joya del arte español del Renacimiento, transmitiendo un mensaje de prudencia y

moderación. El mentor de este programa pudo ser el rector de la Universidad, Fernán Pérez de Oliva, nacido en Córdoba a fines del siglo xv y muerto en Salamanca en 1533, del que se sabe que estuvo en Roma y que además era aficionado al lenguaje pedante latinizado, semejante al de Colonna, en el que escribió algunas obras.

El hecho de que la *Hypnerotomachia* se utilizara en Salamanca con una finalidad jeroglífica no carece de importancia. Generalizando, podemos decir que en el Renacimiento el jeroglífico es una imagen de objeto, animal o planta, de carácter ideográfico simbólico y con equivalencia griega o, más frecuentemente, latina. Deriva directamente de los signos de los obeliscos egipcios que estaban a la vista en Roma, y de ciertos frisos de templos romanos como el de Vespasiano en el foro, adornados con instrumentos litúrgicos como páteras, segures, bucráneos y aguamaniles. Cuando a principios del siglo xv se compró el manuscrito de los *Hieroglyphica* de Horapolo, que pretendía dar las equivalencias de los jeroglíficos faraónicos, pareció que se tenía el instrumento para interpretar la sabiduría contenida en los monumentos más antiguos de la Humanidad, el saber de Adán transmitido a los sacerdotes egipcios. El autor de la *Hypnerotomachia* y Pierio Valeriano ampliaron la interpretación simbólica de animales, plantas y objetos, y crearon un corpus de símbolos que se consideraban dotados de una virtud especial: la de ser vehículo de unos saberes que podían captarse por intuición. Pierio los sistematizó en un libro enciclopédico (*Hieroglyphica*, Basilea 1551), mientras que Colonna se limita a utilizarlos en determinados lugares del suyo. El jeroglífico más notable del

*Sueño de Polifilo* y que más fortuna ha tenido posteriormente es el del ancla y el delfín con el lema *Semper festina lente* (*Apresúrate siempre despacio*), que fue adoptado por Aldo Manuzio como ex libris de su casa tipográfica.

## 7. EDICIONES Y TRADUCCIONES

La primera edición del *Sueño de Polifilo* lleva por título: *Hypnerotomachia Poliphili, ubi humana omnia non nisi somnium esse ostendit, atque obiter plurima scitu sane quam digna commemorat.*

Su fecha y el nombre del impresor aparecen solamente en el folio de erratas, al final del libro: *Venetiis Mense decembri M.ID. in aedibus Aldi Manutii acuratisime.* Es un bello in-folio ilustrado con 171 grabados en madera y cuyas letras capitulares están adornadas. Algunos finales de capítulo o de folio están compuestos en tipografía piramidal, lo que proporciona a la página un singular encanto. Las abreviaturas son muy numerosas en el texto y abundan los errores, no todos registrados en la fe de erratas final.

Los sucesores de Aldo el Viejo publicaron una segunda edición bajo el título de: *La Hypnerotomachia de Polifilo, cioè pugna d'amore in sogno dov' egli mostra che tutte le cose humane son sono altro che sogno: dove narra molte altre cosa digne di cognitione. Venetiis, 1545.*

Es un libro casi idéntico al de Aldo, pero tiene corregidas algunas erratas. Para los grabados se utilizaron las planchas de la edición anterior, salvo los números 6, 7,

19, 20, 81, 105 y 139, que fueron rehechos y son de inferior calidad.

Al año siguiente se publicó la primera versión francesa del *Sueño*, titulada: *Hypnerotomachie ou Discours du Songe de Poliphile, deduisant comme Amour le combat à l' occasion de Polia. Soubz la fiction de quoy l' auteur, montrant que toutes choses terrestres ne sont que vanité, traicte de plusieurs matières profitables et dignes de mémoire. Nouvellement traduit de langage italien en françois. A Paris, par Jacques Kerver, aux cochez, rue Saint Jacques, M.D.X.L.V.I. Avec Privilège du Roy.*

En la última hoja hay un Hermes con la divisa NE ME PRAETERI. El frontispicio está adornado con un grabado en el que un sátiro, una ninfa y amorcillos sostienen la tarja de pergamino que contiene el título. La traducción es de Jean Martin, y el libro fue impreso por Loys Cya-neus para Jacques Kerver, que no era editor-impresor sino editor-librero. Es un magnífico in-folio de 326 páginas, adornado con nuevas xilografías. El texto va precedido por una epístola dedicatoria de Jean Martin al conde de Nantheuil le Haudouyn, Henri de Lenoncourt. Jean Martin había traducido ya otras obras latinas e italianas, entre ellas los tratados de Vitruvio, Alberti y los dos primeros libros de Serlio. En un *aviso al lector* advierte que ha reducido la «prolixité plus qu'asiatique» del libro italiano a «une briefvieté Françoise, qui con-tentera beaucoup de gens.» En efecto, el libro es mucho menos extenso que el original y prácticamente constituye un resumen y una recreación del de Colonna, aligerado de una parte considerable de su erudición mitológica, botánica y arquitectónica. La obra francesa está escrita

además en un estilo flexible y elegante, que facilita la lectura. Sus grabados son bellísimos, más fieles al texto original que los de las ediciones aldinas y más numerosos. Desde el punto de vista temático y compositivo dependen de las xilografías aldinas, pero su estilo es distinto. Los paisajes y las obras arquitectónicas están más elaborados y son mucho más pictóricos, y los atuendos más complicados y acordes con las descripciones. No se conoce con certeza su autor, pero de los nombres que se han barajado—Geoffroy Tory, Jean Cousin y Jean Goujon—el más aceptable es el de Cousin, probable autor de los grabados del libro de la entrada en París de Enrique II, cuyo estilo es semejante a los de la edición del *Songe*. La editorial Les Librairies Associés publicó en 1963 un facsímil, con prefacio de Albert-Marie Schmidt.

El *Songe* francés fue reeditado sin apenas variaciones dos veces en el siglo XVI, ambas por cuenta de Kerver: en 1553, siendo el impresor Marin Masselin, y en 1561 por Jehan le Blanc. Los grabados y las letras capitulares de la primera edición francesa fueron reutilizadas para estas otras dos, sustituyéndose sólo el Hermes del final por un unicornio que sostiene un pergamino con el monograma del editor y la leyenda: «Dilectus quemadmodum filius unicornium.»

En 1600, Béroalde de Verville retomó la traducción francesa de Jean Martin, modificándola ligeramente, y la publicó bajo el título *Tableau de Riches Inventions couvertes du voile des feintes amoureuses, qui sont représentées dans le Songe de Poliphile. Devoilées des ombres du songe, et subtilement exposées par Béroalde. A Paris, chez Mathieu Guillemont, 1600*. Los grabados son los mismos

de las otras ediciones francesas, salvo el del frontispicio, densamente poblado de símbolos esotéricos y alquímicos. Béroalde situó delante del texto de la novela dos elementos de su cosecha: un prólogo dirigido *Aux beaux esprits qui arresteront leurs yeux sur ces projets de plaisir sérieux*, y un curioso *Recueil steganographique, contenant l'intelligence du frontispice de ce livre*, que constituye una obrita por sí mismo y que no tiene nada que ver con el *Songe*. Además, hizo que las capitulares formaran el siguiente acróstico: «François Colonne, serviteur fidele de Polia». Una versión semejante se publicó en París en 1772 bajo el título *Les Amours de Polia ou le Songe de Polyphile traduit de l'italien*.

En 1883 el erudito Claude Popelin realizó la primera versión seriamente literal del *Sueño*, bajo el título *Le Songe de Polyphile ou Hypnerotomachie de Frère Francesco Colonna littéralement traduit par la première fois avec une introduction et des notes...* Salvo algunos errores disculpables, es traducción cuidadosa y exacta, aunque su estilo sea necesariamente infiel al del original. La introducción ocupa 237 páginas y contiene una visión serena y documentada del libro. Fue reimpresa por Slatkine Reprints en Ginebra en 1971.

En 1592 apareció en Londres una traducción inglesa con el título *The Strife of Love in a Dream*, publicada por Simon Waterson, in-4º, con grabados en madera que son una copia tosca de los originales italianos. Se trata de una versión incompleta e infiel. En 1888, también en Londres, se publicó una recopilación de los grabados originales del *Sueño*, precedida por una introducción de T. W. Appell, bajo el título *The Dream of Polyphilus (by*

Francesco Colonna), fac-similes of one hundred and sixty-eight woodcuts in «Poliphili *Hypnerotomachia*», Venice 1499. With an introducing notice and descriptions by T. W. Appell, W. Griggs, 1888. No presenta mayor interés que el de recoger los grabados de la edición aldina.

Dos años más tarde, en 1890, fue editado en Londres un libro que lleva por título: *The Strife of Love in a dream. Being the Elizabethan version of the first book of the Hypnerotomachia of F. Colonna*, London, 1890. Es versión dependiente de la inglesa de 1592, incompleta e infiel como aquella, con grabados escasos y trastocados. Finaliza arbitrariamente tras el sacrificio a Príapo. La editorial Methuen and Co. publicó en Londres, en 1904, una edición facsímil de la aldina de 1944. Otro facsímil notable es el de las Ediciones del Pórtico, en Zaragoza, de 1981, con un extenso prólogo en inglés de Peter Dronke.

La mejor edición moderna de la *Hypnerotomachia* es la crítica de Pozzi-Ciapponi, publicada por primera vez en Padua en 1964 y reimpressa en 1981. Se trata de una obra monumental en dos tomos, el primero de los cuales contiene el texto del *Sueño*—con todas las erratas corregidas, las abreviaturas desplegadas y la puntuación actualizada—ilustrado con los grabados de la primera edición aldina. El segundo volumen es un documentado comentario, que clarifica por vez primera sistemáticamente las fuentes del autor.

A parte de estas ediciones, existen algunas otras fac-similes de las aldinas y ciertos trozos del *Sueño* comentados y anotados en antologías y recopilaciones.

Nuestra versión española apareció por primera vez en dos ediciones sucesivas, una no venal, realizada por el

Colegio de Arquitectos Técnicos de Valencia, en 1981, y otra a cargo del Colegio de Arquitectos Técnicos de Murcia y la galería Yerba, el mismo año. La que ahora ofrecemos es igual en sustancia, pues se trata, como en aquella, de una traducción lo más fiel y literal posible del original aldino, mejorada por el paso del tiempo. Hemos procurado conservar el tono del estilo original, lo que no es, seguramente, más que una ilusión nuestra, porque para una fidelidad total hubiéramos tenido que realizar la misma operación que Francesco Colonna: inventar una nueva lengua, mezcla, en este caso, de español, latín y griego.

#### 8. BIBLIOGRAFÍA

ARGAN, G. C., *Francesco Colonna e la critica d'arte veneta nel Quattrocento*, Torino, 1934.

BARCA, A., *Della Geometria de Polifilo*, Brescia, 1808.

BARRAUD, E., «Essai de bibliographie du *Songe de Poliphile*» en *La Bibliofilia*, xv (1913-1914), pp. 21-29, 121-134, 186-195, 217-220.

BIADEGO, G., «Intorno al Sogno di Polifilo. Dubbi e ricerche» en *Atti dell' Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti*, lv (1900-1901), pp. 699-714.

BLUNT, A., «The *Hypnerotomachia Poliphili* in 17<sup>th</sup>. Century in France» en *Journal of the Warburg Institute*, I (1937-1938), pp. 117-137.

BURNSTEIN, B., «Francesco Colonna e il primo manifesto del manierismo europeo» en *Rivista storica svizzera*, x (1960), pp. 287-291.

- CALVESI, M., «Identificato l'autore del Polifilo» en *L'Europa Letteraria*, xxxv (1965), pp. 9-20.
- *Il Sogno di Polifilo prenestino*, Roma, 1980.
- «Hypnerotomachia Poliphili: nuovi riscontri e nuove evidenze documentarie per Francesco Colonna signore di Preneste», en *Storia dell'arte*, n.º 60, 1987.
- CASELLA, M. T. y POZZI, G., *Francesco Colonna. Biografia e opere*, Padua, 1959.
- CIAPPONI, L., «Francesco Colonna» en *Archivio storico ticinese*, I (1960), pp. 69-76, Véase también POZZI-CIAPPONI.
- CLERICI, G. P., «Tiziano e la *Hypnerotomachia Poliphili*» en *La Bibliofilia*, xx (1918), pp. 183-203.
- CLUZEL, E., «Poliphile et le nombre d'or» en *Bulletin du Bibliophile et du Bibliothécaire*, 1959, pp. 164-173.
- «Le problème des sept colonnes dans le *Songe de Poliphile*» en *Bulletin du Bibliophile et du Bibliothécaire*, 1962, pp. 35-53.
- CROCE, B., «La *Hypnerotomachia Poliphili*» en *Quaderni della Critica*, vi (1950), pp. 46-54.
- DONATI, L., «Diciamo qualcosa del Polifilo!» en *Maso Finiguerra*, III (1938), pp. 70-96.
- «Studio esegetico sul Polifilo» en *La Bibliofilia*, LII (1950), pp. 128-162.
- «Di una copia tra le figure del Polifilo (1499) ed altre osservazioni» en *La Bibliofilia*, LXIV (1962), páginas 163-182.
- «Miscelanea bibliografica. Il mito di Francesco Colonna» en *La Bibliofilia*, LXIV (1962), pp. 247-283.
- «Polifilo in Roma: il Mausoleo di Santa Costanza» en *La Bibliofilia*, 1968, p. 30.

- DOREZ, L., «Des origines et de la diffusion du *Songe de Polyphile*» en *Revue des Bibliothèques*, VI (1896), pp. 239-283.
- DUC DE RIVOLI, «A propos d'un livre à figures vénitien» en *Gazette des Beaux Arts*, XXVII (1885), pp. 273-286, 374-389.
- «Etudes sur le *Songe de Polyphile*» en *Bulletin du Bibliophile*, 1887, pp. 305-338, 401-429, 457-477, 505-523.
- «Notes sur les xilographes vénitiens du xv et xvii siècles» en *Gazette des Beaux Arts*, XXXII (1890), pp. 494-503.
- EPHRUSSI, C., *Étude sur le Songe du Poliphile*, Paris, 1888.
- FABBRINI, F., «Indagini sul Polifilo» en *Giornale Storico della Letteratura Italiana*, XXXV (1900), pp. 1-33.
- FEDERICI, D. M., *Memorie trevigiane sulla tipografia del secolo XV*, Venezia, 1803.
- FERNANDEZ ARENAS, A., «*Hypnerotomachia Poliphili*. Estudio actual en torno al libro escrito por el dominico Francisco Colonna» en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 78 (1960), pp. 641-664.
- FIERZ-DAVID, L., *Der Liebstraum des Poliphilo*, Zürich, 1947.
- GIEHLOW, K., «Die Hieroglyphenkunde des Humanismus in der Allegorie des Renaissance, besonders der Ehrenpforte Kaisers Maximilian I» en *Jahrbuch der Kunsthistorischen Sammlungen des Allerhöchsten Kaiserhauses*, XXXII (1915), pp. 47-79.
- GNOLI, D., «Il *Sogno di Polifilo*» en *La Bibliofilia*, I (1899-1900), pp. 189-212, 266-283.
- GOLDSCHMIDT, E. P., *The Printed Book of the Renaissance*, Cambridge, 1950.

- GOMBRICH, E., «*Hypnerotomachia*» en *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, XIV (1951), páginas 119-122.
- *Imágenes simbólicas*, Madrid, 1983, pp. 175-189.
- GUÉGAN, B., *Notes sur Francesco Colonna et les éditions du Songe de Poliphile*, París, 1926.
- HUELSEN, C., «Le illustrazioni della *Hypnerotomachia Poliphili* e le antichità di Roma» en *La Bibliofilia*, XII (1910), pp. 161-176.
- IGL, A., *Ueber den kunsthistorischen Werth der Hypnerotomachia*, Wien, 1872.
- KHOMENTOVSKAIA, A., «Felice Feliciano comme l'auteur de l'*Hypnerotomachia Poliphili*» en *La Bibliofilia*, XXXVII-XXXVIII (1935-1936), pp. 154-174, 200-212; 20-48, 92, 102.
- KRETZULESCO-QUARANTA, E., *Les jardins du Songe. Poliphile et la mystique de la Renaissance*, París, 1976.
- LIPPMANN, F., *The Art of Wood Engraving in Italy in the XV Century*, London, 1880.
- MANCINI, M., «Intorno alla lingua del Polifilo» en *Roma nei Rinascimento*, Roma, 1998.
- PEDRAZA, P., «La introducción del jeroglífico renacentista en España: los «enigmas» de la Universidad de Salamanca» en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 394 (1983), pp. 1-38.
- ANTONIO AVERLINO FILARETE, *Tratado de Arquitectura*, trad. y notas de P. Pedraza, Efielte, Vitoria, 1991.
- POPPELREUTER, J., *Der anonyme Meister des Polyphilo*, Strassburg, 1904.
- POZZI, G., y CASELLA, M. T., *Francesco Colonna. Biografia e opere*, Padua, 1959.

- POZZI, G., y CIAPPONI, L., *Francesco Colonna e Aldo Manuzio*, Bern, 1962.
- «La cultura figurativa di Francesco Colonna e l'arte veneta» en *Lettere italiane*, XIV (1962), pp. 151-169.
- *Hypnerotomachia Poliphili*, Padua, 1964, edición crítica y comentario, 11 vols. Reimpresión en 1981.
- *Sull'orlo del visibile parlare*, Adelphi, Milano, 1993.
- SEBASTIAN, S. y CORTÉS, L., *Simbolismo de los programas humanísticos de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, 1973.
- TEMANZA, T., *Vite de' più celebri architetti e scultori veneziani che fiorirono nel secolo XVI*, Venezia, 1778.
- VARESE, C., *Prosatori volgari del Quattrocento*, Milano, 1955.
- VOLKMANN, L., *Bilderschriften der Renaissance. Hieroglyphik und Emblematik in ihren Beziehungen und Fortwirkungen*, Leipzig, 1923.

# SUEÑO DE POLÍFILO

LUCHA DE AMOR EN SUEÑOS DE POLÍFILO,  
DONDE SE ENSEÑA QUE TODO LO HUMANO  
NO ES SINO SUEÑO Y DE PASO SE  
EVOCAN DE UN MODO EN  
VERDAD ELEGANTE  
MUCHAS COSAS  
DIGNÍSIMAS

\* \*

\*

SE ADVIERTE  
QUE ESTE LIBRO NO SE  
IMPRIMIRÁ IMPUNEMENTE SALVO  
EN LOS DOMINIOS DONDE  
TIENE LICENCIA  
PARA ELLO

LEONARDO GRASSI DE VERONA A GUIDO, ILUSTRÍSI-  
MO DUQUE DE URBINO, SALUD.<sup>1</sup>

Siempre, Duque invictísimo, te he honrado y respetado por tus singulares virtudes y la fama de tu nombre, pero sobre todo desde que mi hermano militó bajo tu mando en el asedio de Bibbiena. Y ya que él recuerda frecuentemente, refiriéndose a tu benevolencia y humanidad, lo mucho que hiciste entonces por él, nosotros, los Grassi, pensamos que tal cosa nos concierne y que lo que uno recibió de ti lo recibimos todos, y no permitimos que sea más tuyo él de lo que lo somos nosotros. Mis hermanos esperan la ocasión de exponer por ti no sólo todos sus bienes, sino también su vida. En cuanto a mí, que pienso a menudo de qué modo servirte rendidamente en la medida de mis fuerzas, y que lo pensaré mientras no lo consiga, he aquí que ahora tengo alguna esperanza de que mis deseos se realicen. Y como soy consciente de que no se te pueden aumentar los bienes de fortuna, lo que sería (como se dice) echar agua al mar, y sólo pueden moverte las letras y las virtudes, intento dirigirme a tí por el camino de las primeras.

Llegó a mis manos hace poco una obra nueva y admirable de Polífilo, pues éste es el nombre que lleva el libro. Para que no estuviera por más tiempo en el silencio y las tinieblas, sino que se transmitiera oportunamente a los mortales, he cuidado que se publicara e imprimiera a mis expensas. Pero para que este libro, carente de padre, no parezca un pupilo sin tutor ni patrocinio alguno, te hemos elegido como su patrono, de modo que pueda ir con tu nombre con la cabeza bien alta, y para que lo uses a menudo como compañero en

tus estudios y tu grande y rica cultura, sirviéndome a mí al mismo tiempo como ministro y mensajero del amor y el respeto que te tengo. Pues hay en él tal abundancia de ciencia que, cuando lo veas, te parecerá que has visto no sólo todos los libros de los antiguos, sino los mismos misterios de la naturaleza.

Hay en él una cosa admirable, y es que, aunque habla en nuestra lengua, para entenderle hace falta conocer la griega y la romana no menos que la toscana y vernácula. Pues pensó aquel hombre sapientísimo que hablar así era un camino y razón para que ningún ignorante pudiera alegar negligencia, y se cuidó de que, aunque no pudiera penetrar en el santuario de su doctrina quien no fuera doctísimo, no desesperara del todo el que no lo fuese. Y así ocurre que, aunque estas cosas son difíciles por su propia naturaleza, están expresadas con amenidad y dulce discurso, como un vergel que ostenta toda clase de flores, y se presentan a los ojos y se explican con figuras e imágenes. Éstas no son cosas hechas para el vulgo ni para ser recitadas por las callejas, sino sacadas de la despensa de la Filosofía y de las fuentes de las Musas, adornadas por la novedad del lenguaje y dignas de la admiración de todos los ingenios. Acoge, pues, príncipe humanísimo, a nuestro *Polífilo* con el talante que sueles mostrar hacia todos los hombres doctos, y con él mi modesto regalo, de modo que, aconsejado por tu Leonardo Grassi, lo leas de buen grado. Si (como espero) lo haces, no temerá esta censura alguna, ya que ha pasado por la tuya; será leído con más frecuencia por los que piensen que lo has leído tú y yo habré realizado en parte lo que tanto deseo. Adiós y cuenta a los Grassi entre los tuyos como a mí mismo.

Poema de Giambattista Scita al clarísimo  
Leonardo Grassi, Consejero Pontificio  
de Artes y Leyes.<sup>2</sup>

Este librito admirable y nuevo,  
Debe equipararse a los libros de nuestros antepasados,  
Pues trae y refiere todo lo raro y noble  
Que la vida produce en todo el orbe.  
Tantas gracias te sean dadas, Crasso,  
Cuántas a su padre Polífilo.  
Polífilo le dio la vida; tú también se la diste  
Al salvarle de la muerte.  
Pues, cuando yacía en sitio oculto,  
Temiendo ya la proximidad del Leteo,  
Lo das al mundo para que lo lea.  
Y, no ahorrándote gastos y fatigas,  
Sino como el mejor padre,  
Le has hecho nacer de tu mismo seno.  
Dicen que en otro tiempo Lico<sup>3</sup> nació dos veces,  
Y así ocurre ahora con este libro,  
Polífilo se llama su padre,  
Y Crasso es como Jove.

Elegía de un anónimo al lector.<sup>4</sup>

Escucha, buen lector,  
Los sueños que narra Polífilo, enviados por el alto cielo.  
No perderás el tiempo si los oyes ni estarás descontento,  
Tanto abunda esta obra admirable en diferentes cosas.  
Si eres grave y severo y condenas lo erótico,  
Reconoce, te lo ruego, su ordenada disposición.

¿No quieres? Al menos su estilo y la novedad de su lengua  
Y su discurso nuevo lleno de sabiduría,  
Reclaman que les prestes atención.

Y si esto tampoco te gustara, advierte su geometría  
Y date cuenta de los muchos antiguos jeroglíficos del  
Nilo que contiene.

Hay aquí pirámides, termas y enormes colosos  
Y se muestra la antigua forma de los obeliscos.

Brillan aquí también los diversos tipos  
De basas, columnas, arcos, zóforos y epístilos,  
Y capiteles y arquivitrabes y sus cornisas correspondientes,  
Y cómo concibe las cubiertas con simetría soberbia.

Verás aquí también bellísimos palacios de reyes,  
Fuentes habitadas por las ninfas y egregios banquetes.

Hay una danza bicolor de piezas de ajedrez  
Y toda la vida de los hombres figurada como un laberinto  
de tinieblas.

Lee también lo que dice  
Sobre la triple majestad del Tonante

Y lo que hace ante las tres puertas.  
Admira la belleza de Polia y sus gracias

Y luego los cuatro triunfos celestes de Júpiter.  
Más allá, cuenta los diversos efectos y obras del amor  
Y cuán cruel es este dios.

Y cómo triunfa Vertumno junto a Pomona  
Y hacen un sacrificio al dios de Lámpsaco.

Hay también un templo enorme de arte perfecta,  
Cuyos ritos múltiples son sagrados y antiguos.

Verás luego otro templo, roído por los dientes del tiempo,  
Y en él muchas cosas que te serán gratas:

La morada del Tártaro, múltiples epitafios

Y una barca en la que viaja el hijo de Venus por el mar,  
Y los honores que le fueron hechos con gran respeto  
Por todos los dioses que lo habitan.

Vas a ver aquí los huertos y jardines de Citera,  
En cuyo centro hay un teatro curvo,  
Y podrás asistir al triunfo de Cupido.  
Aquí está la fuente de la Pafia y la imagen venerable  
de la diosa,

Y cerca el túmulo de su amado Adonis,  
Cuyas ceremonias anuales,  
Realizadas por Venus y las Náyades, leerás.

Esto es lo que contiene el libro primero  
De las cosas singulares que soñó el divino Polífilo.

El libro siguiente explica dónde nació Polia  
Y cuál era su linaje y quiénes fundaron Treviso.

Aquí se narra toda la larga historia de sus amores,  
Cuya lectura, lector, tengo por cosa grata.

Hay otras muchas cosas que sería enojoso contar;  
Recibe, pues, lo que te da con largueza el cuerno  
de la abundancia.

He aquí qué cosas proporciona y ofrece el libro;  
Si te parece desdeñable, la culpa será tuya, créeme, no suya.

Si deseas, lector,<sup>s</sup> conocer brevemente lo que se contiene en esta obra, sabe que Polífilo cuenta en ella que vio en sueños cosas admirables y que la llama, con vocablo griego, lucha de amor en sueños. En ella finge que ha visto muchas cosas propias de la Antigüedad y dignas de memoria. Y describe punto por punto, con palabras apropiadas y estilo elegante, todo lo que dice haber visto: pirámides, obeliscos, enormes ruinas de edificios, las distintas clases de columnas,

su medida, los capiteles, basas, epístilos o arquitrabes rectos, arquitrabes curvos, zóforos o frisos y cornisas con sus ornamentos. Un gran caballo, un elefante tremendo, un coloso, una puerta magnífica con sus medidas y sus ornamentos, un espanto, los cinco sentidos en cinco ninfas, un baño egregio, fuentes, el palacio de la reina que es el libre albedrío, un banquete regio y superexcelente; la diversidad de joyas o piedras preciosas y su naturaleza; un juego de ajedrez a modo de baile con tres medidas de sonido. Tres jardines: uno de vidrio, uno de seda, uno en forma de laberinto, que es la vida humana. Un peristilo de ladrillo, en cuyo centro estaba representada la Trinidad en figuras jeroglíficas, es decir, sagrados relieves egipcios. Las tres puertas y en cuál de ellas se quedó, y cómo estaba vestida Polia y cuál era su talante. Polia le conduce a ver cuatro admirables triunfos de Júpiter y las amadas de los dioses, las de los poetas y el afecto y efecto de las diversas clases de amor. El triunfo de Vertumno y Pomona. El sacrificio a la antigua de Príapo. Un maravilloso templo, descrito según las reglas del arte, donde se realizaron sacrificios con gran devoción y ritos admirables. Cómo Polia y él fueron a esperar a Cupido a una playa en la que había un templo derruido, donde Polia persuade a Polífilo de que entre a mirar las cosas antiguas. Y ve aquí muchos epitafios y un infierno pintado en mosaico. Cómo salió de allí por temor y volvió con Polia. Y estando en este lugar, viene Cupido con una navicilla en la que reman seis ninfas y, cuando ellos han entrado, el Amor hace velas de sus alas. Y allí le fueron hechos honores a Cupido por los dioses marinos y diosas y ninfas y monstruos. Llegaron a la isla Citerea, que Polífilo describe completamente, detallando sus bosquecillos,

prados, huertos, ríos y fuentes. Y le fueron hechos presentes a Cupido, que los aceptó de las ninfas, y cómo fueron en un carro triunfal a un teatro admirable, descrito todo él, que estaba en el centro de la isla. En su centro se halla la fuente de Venus, que tiene siete columnas preciosas. Y cuenta todo lo que se hizo allí y que, cuando llegó Marte, se marcharon y fueron a la fuente donde estaba la sepultura de Adonis. Y aquí cuentan las ninfas la ceremonia anual que hacía Venus en memoria de este. Después las ninfas persuaden a Polia de que relate su origen y sus amores: todo esto en el primer libro. En el segundo, Polia refiere su genealogía, la edificación de Treviso, las dificultades de su amor y su final feliz. Y, contada ya la historia con dignísimos pormenores y detalles, se despertó Polífilo al canto del ruiseñor.

Leonardo Crasso, doctor al que venero,<sup>6</sup>  
prelado culto en artes liberales  
y dotado de todas las virtudes nobles,  
que mereces, entiendo, suma e inmortal alabanza  
por el gasto y esfuerzo realizados  
para dar a la luz una obra semejante.

Lector bienintencionado, escucha, pues, escucha,  
los sueños que cuenta Polífilo,  
enviados por el cielo con dulzura suma.

No perderás tu tiempo vanamente,  
más bien te alegrarás de haber oído  
una obra llena de maravillas.

Si, adusto, despreciaras su contenido y novedad erótica,  
no desprecies su buen orden  
ni lo exquisito de su bello estilo.

Y si no te gustara el grave discurso  
y la bien compuesta ciencia, mira las figuras  
y su hermosa geometría: es cosa que cuesta poco,  
y los muchos signos, con sus medidas,  
hechas cerca del Nilo por los egipcios,  
las pirámides, los sepulcros antiguos coronados  
por obeliscos  
las termas y los baños y estatuas de colosos,  
que quien los mira no queda descontento.  
Hay aquí diversas basas y grandes arcos,  
columnas variadas, proporcionadas a ellos,  
coronadas por capiteles y arquitrabes  
y las cornisas que les corresponden,  
las simetrías, los zóforos y epístilos  
que muestran sus soberbias cubiertas.  
Verás aquí palacios bellos y admirables  
de reyes y señores, y las fuentes ninfales  
y los banquetes propios de su rango.  
Verás también diferentes escaques  
en juego de ladrones, y los hechos humanos  
unidos en un laberinto en las tinieblas.  
Leerás aquí sobre gestos triples y no vanos  
y la majestad del gran Tonante  
en las tres puertas y sus sanos consejos.  
Y quién fue Polia, bella y triunfante;  
luego verás cuatro celestes triunfos  
del supremo Júpiter altitonante.  
Después te cuenta, con finos y diversos afectos,  
la obra de amor,  
y cómo hiere éste a los mortales.  
Aquí triunfa Vertumno con Pomona gozosa

y Príapo con el asno y el pene monstruoso.  
Aquí hay un gran templo,  
perfecto y realizado con admirable arte,  
con ritos apropiados y diversos.  
También podrás ver en estas páginas  
otro templo roído en muchas partes,  
todo echado a perder por su mucha vejez,  
como podrás ver en los grabados.  
Y otras cosas que te serán muy gratas:  
las simas infernales, incontables epitafios  
y la barquilla del hijo de Venus.  
Los honores que le fueron hechos  
con suma reverencia por los dioses  
que habitan en los ríos y los mares.  
Prados, jardines y huertos citereos,  
y en medio un teatro hermoso donde triunfa Cupido.  
Y la fuente de la Pafia con su figura venerable y bella  
y el túmulo del fallecido Adonis,  
al que amó en este mundo tanto aquella  
y cuyo aniversario es celebrado ahora  
por las Náyades y la pobre Venus.  
Esto es lo que contiene el primer libro  
de los sueños del excelente Polífilo,  
en delicioso estilo, transparente y diverso.  
En el segundo narra la stirpe de su Polia  
y dónde fue su cuna y quiénes fueron  
los primeros que fundaron Treviso,  
y la historia, después de sus amores.  
Es libro digno y de diverso ornato,  
que no dejará descontento a quien lo lea.  
Hay en él tal cantidad de cosas,

que me sería ingrato referirlas.  
Acepta tú la obra que la abundancia envía,  
porque no está en tu mano el enmendarla.

*Fin*

Andrea Marone de Brescia<sup>7</sup>

Dime, Musa, ¿de quién es esta obra?  
Mía es, y de mis ocho hermanas.  
¿Vuestra? ¿Y por qué se le ha dado el nombre de Polífilo?  
Porque lo mereció, por ser alumno nuestro.  
Pero, decidme, ¿cuál es el verdadero nombre de Polífilo?  
No queremos que se conozca.  
¿Por qué?  
Porque antes hay que ver si la rabiosa envidia se atreverá  
a morder incluso las cosas divinas.  
Si las respeta, ¿qué ocurrirá?  
Se sabrá.  
¿Y si no?  
Entonces no revelaremos el verdadero nombre de Polífilo.

Eres, Polia, la más feliz de los mortales,<sup>8</sup>  
Ya que, viviendo muerta, vives mejor:  
Pues Polífilo, sumido en elevado sueño,  
Te hace velar a la vista de los doctos.

LUCHA DE AMOR EN SUEÑOS DE POLÍFILO,  
DONDE SE ENSEÑA QUE TODO LO HUMANO  
NO ES SINO SUEÑO Y ADEMÁS  
RECUERDA HÁBILMENTE  
MUCHAS COSAS  
DIGNÍSIMAS

\* \*

\*



UCHAS VECES HE PENSADO, POLIA, QUE los autores antiguos dedicaban astutamente sus obras a los príncipes y hombres magnánimos, unos por dinero, otros por favores, tales por consideración. Yo, esta mi *Hypnerotomachia*, no encontrando más digno príncipe para dedicársela que a ti, alta emperatriz mía, te la ofrezco por la segunda razón. Porque tu elevada condición e increíble belleza y venerables y máximas virtudes y maneras preclarísimas por sobre cualquier ninfa de nuestro siglo, me han inflamado, hecho arder y consumido en exceso en tu insigne amor. Recibe pues, extenso esplendor de bellezas, adornada de toda hermosura y notable por tu ínclita apariencia, este regalillo que tú misma has pintado industriosamente en mi enamorado corazón con doradas flechas y condecorado con tu angélica efigie y fabricado, para que como dueña única lo poseas. Se lo confío a tu agudo e ingenioso juicio, abandonando el estilo que había comenzado y traducéndolo a éste según tu ruego.<sup>9</sup> Por ello, si aparece en alguna parte estéril y vacuo y lo encuentras poco digno de ti, tú serás acusada, óptima artífice y única portadora de las llaves de mi mente y de mi corazón. Como premio de mayor peso y precio no estimo ni deseo otra cosa que tu gracioso amor y tu favor benévolo hacia esta obra. Adiós.

POLÍFILO COMIENZA SU «HYPNEROTOMACHIA» DESCRIBIENDO LA HORA Y ESTACIÓN EN QUE LE ACAECIÓ ENCONTRARSE EN SUEÑOS EN UNA TRANQUILA Y SILENCIOSA REGIÓN AGRESTE. LUEGO PENETRÓ INADVERTIDAMENTE, CON GRAN TEMOR, EN UNA SELVA IMPRACTICABLE Y OSCURA.

## LUCHA DE AMOR EN SUEÑOS DE POLÍFILO

### DESCRIPCIÓN DE LA AURORA



A HORA EN QUE LA FRENTE DE MATUTA Leucothea palidecía,<sup>10</sup> Febo, saliendo ya de las ondas del Océano, no mostraba aún las ruedas girando por los aires de su carro. Pero, apareciendo diligente con sus veloces caballos, primero Piroo y luego Eous, pintando de purpúreas rosas la luminosa cuádriga de su hija, no se demoraba en seguirla velocísimo, y centelleando ya sobre las cerúleas e inquietas olillas, sus radiantes cabellos se rizaban. Por su llegada a este punto de cielo, Cintia, sin cuernos,<sup>11</sup> desaparecía, fustigando los dos caballos que arrastraban su vehículo, (uno blanco y el otro oscuro), alcanzando la línea extrema del horizonte que divide los hemisferios, donde, huyendo, cedía el paso a la estrella que precede al sol para renovar el día. Por entonces, los montes Rifeos estaban apacibles y no soplaban con tanto rigor el helado y frío Euro con su compañero, ni le mandaba sacudir las ramas tiernas ni inquietar los flexibles retoños y los puntiagudos juncos y débiles cañas, ni

agitar los flexibles mimbres y los lánguidos sauces e inclinar los frágiles abetos, bajo los lascivos cuernos del toro, como solía hacer en el invierno cuando soplaba. Igualmente, el jactancioso Orión dejaba de perseguir llorando el hombro del toro adornado por las siete hermanas.<sup>12</sup>

A aquella misma hora, las flores multicolores no temían aún el nocivo calor proveniente del hijo de Hipérion, sino que los verdes prados estaban húmedos y regados por las frescas lágrimas de la Aurora. Y los alciones, apareciendo sobre las olas tranquilas y parejas de la bonanza y el plácido mar, venían a hacer sus nidos en las arenosas playas. A la hora, pues, en que la doliente Hero suspiraba ardientemente en las escarpadas orillas la dolorosa e infausta muerte del nadador Leandro, yo, Polífilo, yacía en mi lecho, oportuno amigo del cuerpo fatigado. No había nadie conmigo en la cámara familiar sino mi querida y meditabunda Agrypnia.<sup>13</sup> La cual, tras haberme dado variada conversación para consolarme, pues yo le había hecho conocer claramente la causa y el origen de mis profundos suspiros, me invitaba tiernamente a temperar semejante perturbación y, pensando que ya era hora de que me durmiera, pidió licencia para retirarse. Así que, a solas con los altos pensamientos del amor, consumiendo insomne la larga y tediosa noche, desconsolado y suspirando a causa de mi estéril fortuna y mi adversa y mala estrella, llorando por un importuno y desgraciado amor, recapacitaba sobre lo que representa un amor no correspondido y cuánto puede hacerse amar quien no ama y con qué protección puede un alma tan inerme, siendo principalmente interna la sediciosa lucha, y tan asiduamente enredada en solícitos, nuevos y

caprichosos pensamientos, resistirse, asediada por inusitados y frecuentes asaltos y envuelta en una lucha hostil.

Habiéndome dolido amargamente durante largo rato de este hecho y de tan desgraciado estado y ya cansados mis errabundos espíritus de pensar inútilmente, me nutría de un falaz y falso placer ocasionado justamente y sin duda por un objeto no mortal, sino antes bien divino: Polia, cuya Idea venerable vive profundamente impresa en mí, íntimamente grabada como mi invasora. Y ya comenzaba a palidecer el esplendor de las trémulas y centelleantes estrellas, cuando, en silencio, mi corazón herido solicitaba impaciente a aquel enemigo deseado del que procede esta lucha tan grande e incesante, y lo llamaba a menudo como remedio útil y eficaz. Y semejante remedio no era sino una renovación cruel de mi tormento incesante, pensando en la condición de los desgraciados amantes, cuya suerte es desear morir dulcemente por el placer ajeno y viven malamente y se alimentan del lacerante deseo y de laboriosas fantasías y suspiros. Con que, como hombre fatigado por los trabajos del día, habiéndose calmado un tanto mi llanto exterior y frenado el curso de las líquidas lágrimas, con las mejillas hundidas de amoroso abatimiento, deseaba el natural y oportuno reposo. Entonces, entrecerrados los húmedos ojos con los párpados enrojecidos, fluctuando entre la áspera vida y la suave muerte, fue invadida y ocupada sin demora por el dulce sueño aquella parte que no está unida con la mente ni con los espíritus amantes y despiertos ni es partícipe de tan altas operaciones.

Oh, Júpiter que resuenas desde lo alto, ¿cómo calificaré yo a esta inusitada visión, que no se encuentra en mí áto-

mo que no tiemble y arda al meditar sobre ella? ¿Feliz, admirable o aterradora? Me pareció estar en una amplia llanura que se presentaba muy adornada, toda ella verdeante y pintada de diversos colores por muchas clases de flores. Y acariciada por suaves brisas, reinaba en ella el silencio y ningún ruido ni voz alguna llegaba a mis atentísimos oídos y el tiempo era dulce bajo los gratos rayos del sol.

Vagando por este lugar con temerosa admiración, decía yo entre mí: «Aquí no aparece ningún ser humano a la descosa mirada, ni animal salvaje, selvático, silvestre ni doméstico, ni se ve alquería alguna, ni vivienda campesina, ni cobijo de pastores, ni cabaña ni choza.» Igualmente, en aquellos herbosos lugares no veía ni pastores, ni cabreros, ni boyeros ni yegüerizos, tocando sus rústicas siringas de dos cañas y sus flautas de corteza, ni vagaban por allí reba-



ños ni manadas. Pero, confiado a causa de la tranquilidad de la región y la benignidad del lugar y casi sin temor, miraba, caminando de acá para allá, las tiernas frondas que reposaban inmóviles, sin ver ninguna otra cosa.

Y así mi viaje sin meta me llevó a una espesa selva, en la cual, apenas entré, perdí mi camino no sé cómo. Mi corazón en suspenso fue invadido de repente por un súbito temor que se difundió por mis pálidos miembros junto con los apresurados latidos, y mis mejillas perdieron su color. A mis ojos no se ofrecía huella alguna ni sendero y en la espinosa selva no aparecían sino densas zarzas, punzantes espinos, el fresno salvaje desagradable a las serpientes, rudos olmos gratos a las fecundas vides, alcornoques, cuya corteza es empleada como ornamento por las mujeres;<sup>14</sup> duras encinas silvestres, fuertes robles y encinas llenas de bellotas y de ramas tan abundantes que no permitían llegar completamente los gratos rayos del sol al suelo cuajado de rocío, sino que, formando una cúpula de frondas, no dejaban penetrar la luz vivificante. Y de este modo me encontré en medio de la fresca sombra, en el aire húmedo y en el oscuro bosque, por lo que comencé enseguida a sospechar con fundamento y a creer que había llegado a la vastísima selva Hercinia, y que allí no había otra cosa que guaridas de fieras dañinas y cubiles de animales salvajes y de bestias feroces. Por ello, sentía gran terror al pensar que, estando indefenso e ignorante, podía ser destrozado por un hirsuto y colmilludo jabalí, como Charidemo, o por un uro furioso y hambriento o una silbante serpiente, y ver mis carnes consumidas vorazmente por lobos aullantes que podían asaltarme y desmembrarme de un modo miserable. De-

sorientado y despavorido, me propuse, desechando toda pereza, no demorarme más en aquel sitio, encontrar la salida y huir de los peligros que me amenazaban, y apresurar mis ya indecisos y desordenados pasos.

Iba tropezando frecuentemente en las raíces que sobresalían del suelo, vagando perdido de acá para allá, ora a la derecha, ora a la izquierda, ora retrocediendo, ora avanzando, no sabiendo a dónde encaminarme, porque había llegado a un lugar espeso, lleno de malezas y espinos, y me encontraba completamente arañado por las ramas y con la cara herida por las espinosas zarzas y por los frutos silvestres. Y mi toga,<sup>15</sup> lacerada y retenida por los agudos cardos y otras plantas espinosas, impedía mi fuga retrasándola. Además, como no veía indicio alguno de pisadas humanas ni trazas de sendero, no poco desconfiado y temeroso, aceleraba más mis pasos. Y, sea por la rapidez de mi marcha, sea por el calor del mediodía o por el movimiento de mi cuerpo, me sentía muy sofocado, bañado de sudor mi frío pecho. Entonces, no sabiendo qué hacer, tenía la mente trabada y ocupada solamente en pensamientos terribles. Y a mis gritos mezclados con suspiros sólo Eco, singularísima émula de la voz, se ofrecía como última respuesta, perdiéndose mis resonantes gemidos entre el chirriante canto del tonco amante de la aurora<sup>16</sup> cubierta de rocío y el de los estridentes grillos. Finalmente, en este escabroso e impracticable bosque, sólo deseaba el socorro de la piadosa cretense Ariadna, cuando entregó el hilo conductor al engañoso Teseo para que, luego de matar a su monstruoso hermano, saliera del intrincado laberinto. Y yo deseaba algo semejante para salir de la oscura selva.

TEMIENDO POLÍFILO LOS PELIGROS DEL OSCURO BOSQUE, DIRIGE UNA ORACIÓN A JÚPITER, SALE DE ÉL ANSIOSO Y SEDIENTO Y, QUERIENDO ALIVIARSE CON AGUA, OYE UN SUAVE CANTO Y, POR SEGUIRLO, ABANDONA EL AGUA Y LLEGA A UNA CONGOJA MAYOR.



I INTELIGENCIA COMENZABA A OFUSCARSE y mis sentidos a obnubíarse, hasta el punto de no saber qué opción debía elegir, si afrontar la odiosa muerte o esperar en el sombrío y oscuro bosque una salvación incierta, y corriendo de acá para allá intentaba con todas mis fuerzas salir; pero, cuanto más penetraba en él al azar, más se oscurecía. Y enloquecido por un gran pavor, ya solamente esperaba que cualquier crudelísima fiera, asaltándome desde alguna parte, comenzara a devorarme. O bien yendo a ciegas y sin darme cuenta, caerme en una profunda fosa o en un hoyo, o precipitarme en alguna vasta abertura de la tierra y terminar para siempre la fastidiosa vida, como Anfiarao y Curcio, engullido en un abismo mefítico de la tierra, y despeñarme desde mayor altura que el impío Pyreneo. De este modo, mi mente estaba desconcertada y casi sin esperanza, y yo vagaba sin rumbo y buscaba la salida por caminos extraviados. Por eso, más tembloroso que las móviles hojas en el vinoso otoño, que sin verdor y sin el jugoso peso de su zumo son agitadas por los furiosos aquilones, decía entre mí, orando: «Oh, Diéspiter máximo, óptimo y omnipo-

tente y auxiliador, si la humanidad merece por justos ruegos la ayuda divina y ser escuchada con benevolencia, ahora, doliente por haber cometido alguna ligera ofensa, te ruego, sumo padre y eterno rector de los dioses superiores, intermedios e inferiores, que plazca a tu inmensa divinidad librarne de estos mortales peligros y del horror presente, y terminar con esta vacilante vida mía por un medio mejor.» Y allí, como Aqueménides, que, horrorizado por el terrible Cíclope, se dirigía implorante a Eneas con voz ansiosa y suplicante, deseando antes morir por manos de hombres enemigos que de aquella muerte horrenda, así y no de otro modo oré yo.

Apenas habe terminado la devota oración, sinceramente vertida con el corazón puesto en ella, agotado y agitado, llorando, pensando firmemente que los dioses socorren a los hombres de buena voluntad, sin demora me encontré inadvertidamente fuera del espeso, áspero y umbrío bosque. Y como si, procedente de la húmeda noche, hubiera llegado a un nuevo día, tenía los ojos nublados porque hacía tiempo que no contemplaban la amable luz, y me encontraba lívido, apesadumbrado y ansioso. La deseada luz me hizo sentirme como si hubiera salido de una ciega cárcel, liberado de unas pesadas y molestas cadenas, y abandonado caliginosas tinieblas. Estaba muy sediento, lacerado, con la cara y las manos ensangrentadas y cubiertas de pústulas por las mordientes ortigas y, a pesar de lo agradable que me era la luz recuperada, no la tenía en nada. Era tal mi sed que las frescas brisas no podían refrescarme y en vano trataba de satisfacer mis secas vísceras tragando ávidamente saliva, porque ésta se me había secado. Sin embargo, me serené

un tanto y me volvió un poco de ánimo, aunque tenía el pecho abrasado por frecuentes suspiros y por la ansiedad del alma y la fatiga del cuerpo, y pensé de qué modo podría apagar mi árida sed. Así que anduve por aquel lugar buscando con atención algo de agua y, después de explorar durante largo tiempo, se me ofreció muy oportunamente una alegre fuente que surgía con una gruesa vena de agua fresca. En aquel lugar descubrí plantas palustres como gladiolos, llantén, la lisimaquia en flor y la angélica.<sup>17</sup> Allí nació una clarísima corriente que, discurrendo en arroyuelos de caprichoso y tortuoso lecho por en medio de la desierta selva, se ensanchaba incrementada por la adición de otros muchos riachuelos que iba recibiendo. Sus fluidas y sonoras ondas saltaban sobre los obstáculos de las piedras y de los troncos caídos. Y recibía gran aumento, además de los impetuosos y ondulantés torrentes que fluían de la nieve derretida de unos alpinos y helados montes que no parecían muy distantes, tan blancos como si estuvieran bajo el frío signo de Pan.<sup>18</sup>

En mi temerosa huida había dado con ella muchas veces y encontraba allí algo de oscura luz, porque los altos árboles se abrían un poco en sus copas sobre el río cenagoso y se veía el cielo lacerado por las ramas, unas frondosas y otras secas: terrible lugar para un hombre que se encontraba solo y perdido, viendo la otra orilla todavía más oscura e inextricable que ésta. Aquí me espantaba oír algunas veces la silbante ruina de los árboles y un fragor de ramas y un romperse crepitante de troncos, que resonaban con redoblado y horrísono estrépito durante largo rato en medio de la densidad de los árboles y del reducido espacio.

Y queriendo yo, Polífilo, aterrado y afligido, huyendo de tanto horror, sacar las deseadas aguas, sobre las verdes orillas, hincándome de rodillas y cerrando los dedos hice un gratísimo vaso para beber, que introduje en la fuente y llené de agua para ofrecerla a la exasperada y anhelante boca y refrescar la sequedad de mi pecho ardiente. Aquellas gratísimas y frescas orillas me eran entonces más agradables que el Hypane y el Ganges a los indios, el Tigris y el Éufrates a los armenios, el Nilo a los etíopes y su inundación, que empapa la tierra tostada, a los egipcios, y el Eridano a los pueblos ligures. Y no fue tampoco tan agradable al padre Liber la fuente que le mostró el carnero que huía. Ocurrió que apenas tuve la apetitosa agua encerrada en el hueco de mis manos y la aproximaba ya a mi boca abierta, en aquel mismo instante oí un canto dorio, que no me parece posible que lo inventara ni el mismo Thamiras, el Tracio, que, penetrando por el cavernoso laberinto de mis orejas, se metió, dulce y armonioso, en mi inquieto corazón. Sus voces no eran terrestres y su armonía, su increíble sonoridad y su desacostumbrada proporción eran mayores, ay de mí, de cuanto se podría imaginar, porque sin duda aquello superaba las posibilidades de la narración. Su dulzura y el deleite que procuraba me parecían más placenteros que la bebida que iba a llevarme a los labios.

Casi fuera de mí, con la inteligencia

estupefacta y el apetito adormecido,

abrí los dedos que retenían

el agua, que cayó

al húmedo

suelo.



Entonces, como un animal que, cegado por el dulce cebo, no percibe la trampa oculta, posponiendo mi necesidad natural, marché sin demora hacia aquellas notas sobrehumanas, caminando a toda prisa. Pero, cuando pensaba razonablemente que ya había llegado a ellas, las oía en otra parte, y cuando rápidamente alcanzaba aquella, parecían estar en otra. Y así como yo cambiaba de lugar, del mismo modo cambiaba, cada vez más suave y deliciosa, la voz con sus celestiales armonías. A causa de esta vana fatiga y de haber corrido tanto y de estar tan sediento, me sentí tan débil que apenas podía mantener en pie mi cansado cuerpo. Mis ánimos agitados no eran ya capaces de sostener por más tiempo el cuerpo gravemente fatigado y por el miedo pasado, por la urgente sed, por la grave ansiedad y por el calor, y, abandonado por mis

fuerzas naturales, no deseaba ni apetecía otra cosa que dar tranquilo reposo a mis debilitados miembros, maravillado de lo que me estaba ocurriendo, idiotizado por la meliflua voz y mucho más por encontrarme en una región desconocida y salvaje, aunque hermosa.

Además, me causaba un profundo dolor el haber perdido de vista aquella fuente tan laboriosamente encontrada y que había buscado con tanto ahínco. Por todas estas cosas, permanecí con el ánimo perplejo y muy pensativo. Finalmente, habiéndose apoderado de mí un gran cansancio, con todo el cuerpo estremecido por escalofríos y abatido, me acosté sobre la húmeda hierba bajo una encina ruda y viejísima que tenía abundantes frutos harinosos y encerrados en cápsulas, desdeñados por la fértil Caonia, y frondosas ramas nudosas y amplias que daban fresca sombra, y el tronco hueco, y que crecía en medio del espacioso y herboso prado. Yaciendo sobre el costado izquierdo, aspiraba débilmente con los labios agrietados las frescas brisas con más ansias que el ciervo fugitivo que, mordido en los flancos por los feroces perros y con el pecho herido por una flecha, apoyada entre los hombros la poderosa cabeza con los cuernos como ramas, incapaz ya de sostenerse en pie, cae de rodillas cansado y moribundo. Así, yaciendo en semejante agonía, meditaba profundamente sobre los hilos intrincadísimos de la voluble Fortuna y los encantos de la maléfica Circe, preguntándome si no habría sido hechizado por sus fórmulas o si se habría usado contra mí la rueda mágica.<sup>19</sup> Ante tales y tantos espantos que me asaltaban, pensaba cómo podría hallar allí, entre hierbas tan diversas, la mercurial moly<sup>20</sup> con su negra raíz, como ayuda y

medicamento. Y luego decía: «Esto no es la muerte, pero ¿qué es sino una maligna dilación de ella, tan deseada por mí?»

Sumido así en estas perniciosas agitaciones, mis fuerzas eran escasas y no pensaba encontrar salvación alguna sino en recibir y aspirar frecuente y profundamente las frescas brisas, reunir las y calentarlas en el pecho, donde todavía palpitaba un poco de calor vital, y exhalarlas luego hacia afuera con la ávida garganta. Y manteniéndome de este modo semivivo, como último refrigerio cogía las hojas que se habían conservado húmedas de rocío bajo la frondosa encina y, llevándolas a los pálidos y ásperos labios, las lamía y las chupaba con gran avidez para refrescar un poco mi paladar sediento, y deseaba entonces que Hipsípila me mostrara la fuente Langia, como había hecho con los griegos. Sospechaba, pensativo, que tal vez sin darme cuenta me había mordido la serpiente Dipsa<sup>21</sup> en la vasta selva, tan insoportable era mi sed. Por último, renunciando a la fastidiosa vida y condenándola, perplejo y enajenado por gravísimos pensamientos, casi enloquecí.

De nuevo, bajo la sombra de la encina, la anchurosa opacidad de cuyas ramas era muy atractiva, fui preso de un gran sueño y, habiéndose esparcido por mis miembros un dulce sopor, me pareció que me dormía otra vez.

\*        \*

\*



[III]

POLÍFILO CUENTA AQUÍ QUE LE PARECIÓ DORMIRSE DE NUEVO Y SE ENCONTRÓ EN SUEÑOS EN UN VALLE CUYO EXTREMO ESTABA ADMIRABLEMENTE CERRADO CON UNA PORTENTOSA PIRÁMIDE DIGNA DE ADMIRACIÓN, QUE TENÍA UN ALTO OBELISCO ENCIMA. Y QUE EXAMINÓ ESTAS DOS COSAS SUTILMENTE, CON CUIDADO Y PLACER.



ALIDO DE LA ESPANTOSA SELVA Y del espeso bosque, y habiendo abandonado los otros lugares a que primero me referí, con el dulce sueño que se había difundido por mis fatigados y abatidos miembros,

me encontré de nuevo en otro lugar, pero más agradable que el anterior. No estaba rodeado de montes ásperos y rocas salientes, ni interrumpido por riscos y zarzales, sino, con gran armonía, rodeado de colinas de altura moderada, cubiertas de jóvenes encinillas, de robles, fresnos, abedules y encinas frondosas y tiernos avellanos y alisos y tilos y arces y acebuches, dispuestos según la altura de las colinas. Y en la llanura había gratos bosquecillos de otros arbustos silvestres, y floridas retamas y diversas clases de hierbas muy verdes. Aquí vi cítisos, carrizos, cerintas, panaceas almizcladas, floridos ranúnculos, hierbas de ciervo y rudas, y otras varias hierbas y flores igualmente nobles y muchas otras útiles y desconocidas, esparcidas por los prados. Toda esta alegre región se ofrecía abundantemente adornada de verdor. Luego, un poco más allá de su mitad, encontré una playa de arena y guijarros sembrada dispersamente de algunos matojos de hierba. Aquí se presentó a mis ojos un alegre palmeral, con las hojas apuntadas y lanceoladas de tanta utilidad para los egipcios, con gran abundancia de su dulcísimo fruto. Las palmeras, cargadas de racimos, eran de distintos tamaños: algunas pequeñas, muchas medianas y otras rectas y altas, símbolo elegido para representar la victoria por la resistencia que ofrecen al peso agobiante. Tampoco en este lugar encontré habitantes ni animal alguno; pero, paseando solitario entre las hermosísimas palmeras, que no estaban apiñadas, sino guardando intervalos entre sí, pensando que las de Arquelaida, Fasélida y Libia tal vez no se podían comparar con éstas, he aquí que se me presentó por la derecha un hambriento y carnívoro lobo con la boca llena. Su vista hizo que se me erizaran los cabellos al instante y, aun-



que quería gritar, no tenía voz. Pero él huyó súbitamente.

Y yo, habiéndome repuesto un tanto, levantando los ojos hacia la parte donde las colinas parecían juntarse, ví a lo lejos una increíble altura en forma de torre o de altísima atalaya y una gran construcción que, aunque todavía aparecía imperfectamente, semejaba obra y estructura antigua. Los graciosos montículos del valle se elevaban cada vez más en la dirección de este edificio y los veía unidos con él, que cerraba el espacio entre dos de ellos. Y estimando aquello muy digno de ser visto, emprendí hacia allí el camino sin tardanza y, cuanto más me aproximaba, tanto más descubría que era obra ingente y magnífica y se multiplicaba mi deseo de admirarla, aunque ya no me parecía elevada atalaya, sino tal vez un altísimo obelisco erigido sobre un enorme montón de piedras.

Su altura excedía sin comparación las cimas de los montes que la rodeaban y la de cualquier monte célebre que haya existido, sea el Olimpo, el Cáucaso o el Cileno. Cuando llegué ávido a este lugar desierto, embargado por el indecible placer de poder contemplar libremente tan gran atrevimiento de la arquitectura y la inmensidad de la construcción y su maravillosa altura, me detuve a mirar y considerar todo el volumen y el grosor de esta fragmentada y medio destruida estructura de cándido mármol de Paros. Sus sillares cúbicos y rectangulares estaban unidos sin cemento y dispuestos y colocados con perfecta igualdad, tan pulidos y señalados de rojo sus bordes que nada más perfecto podría haberse hecho, en tanto que entre las juntas no habría podido penetrar el objeto más sutil y afilado. Allí encontré columnas tan nobles, de toda clase de formas, lineamentos y materias, como no cabe imaginar, unas rotas y otras preservadas intactas en su sitio, con capiteles y arquitrabes de eximia invención y arduo trabajo de escultura; cornisas, zóforos o frisos, arquitrabes curvos, grandes fragmentos de estatuas privadas de los broncíneos y perfectos miembros; nichos, y conchas y vasos de piedra húmeda, y de pórfito y de distintos mármoles, grandes pilas, acueductos y otros casi infinitos fragmentos de noble escultura, cuyo primitivo estado era prácticamente imposible reconstruir en su integridad, casi reducidos como estaban a su materia primitiva apenas desbastada, caídos y esparcidos por el suelo aquí y allá.

Sobre estas destrozadas ruinas y entre ellas, habían crecido muchas hierbas silvestres, principalmente el altramuz, difícil de romper, con sus semillas en forma de

habichuela, y las dos clases de lentisco y la garra de oso y el cinocéfalo y la asafétida y la clemátide y la rubia centaúrea y muchas otras de las que suelen germinar en las ruinas y en los rotos muros muchas hierbas, y la colgante cimbalaria y pequeños arbustos de punzantes zarzas. Entre ellas reptaban algunos grandes lagartos, y muchas veces también sobre los muros cubiertos de arbustos en aquellos desiertos y silenciosos lugares, asustándome al principio no poco, porque estaba muy nervioso. En muchos lugares había fragmentos de superficie curva de ofita y de pórfido y de color de coral y de otros muchos tonos agradables y pedazos de figuras de bulto redondo y en mediorrelieve, indicando su excelencia y declarando, sin hacer injusticia a nuestra época, que aquellos antiguos habían alcanzado la perfección en tal arte. Cuando me hube aproximado a la parte central del frente de la grande y notable obra, vi una puerta intacta, admirable y conspicua, proporcionada al resto del edificio, situado entre uno y otro de los montes rotos, cuya dimensión podía conjeturarse a ojo que era de seis estadios y veinte pasos.

Las laderas de estos montes estaban igualadas perpendicularmente desde la cima hasta el pie, lo cual me tuvo muy pensativo sobre qué clase de instrumentos féreos y con qué fatiga y número de brazos de hombres fue realizado, con semejante vigor, tal y tan grande artificio, increíblemente trabajoso y que debió de suponer un inmenso gasto de tiempo. Aquí, como digo, esta admirable construcción se unía, con calculada adhesión, a uno y otro monte, y por esta unión se cerraba el valle, de modo que nadie podía salir de él y tenía que retroceder o entrar por la puerta abierta. Sobre esta ingente obra de

fábrica, cuya altura desde su coronamiento hasta la base o estereóbato calculé que podía ser perfectamente de un quinto de estadio, se alzaba una pirámide en forma de punta de diamante, que era portentosa. Al verla pensé razonablemente que nunca se pudo concebir y levantar tan increíble artefacto sin inconmensurable gasto de dinero y tiempo y una enorme multitud de hombres. Por lo que, si yo consideraba imposible juzgar su inmensidad, que era tal que al mirarla se fatigaba la vista y se obnubilaban los demás sentidos, ¿cuánto más difícil y agotador no habría sido construirla? Ahora trataré de describirlo todo brevemente de la mejor manera de que sea capaz mi inteligencia.

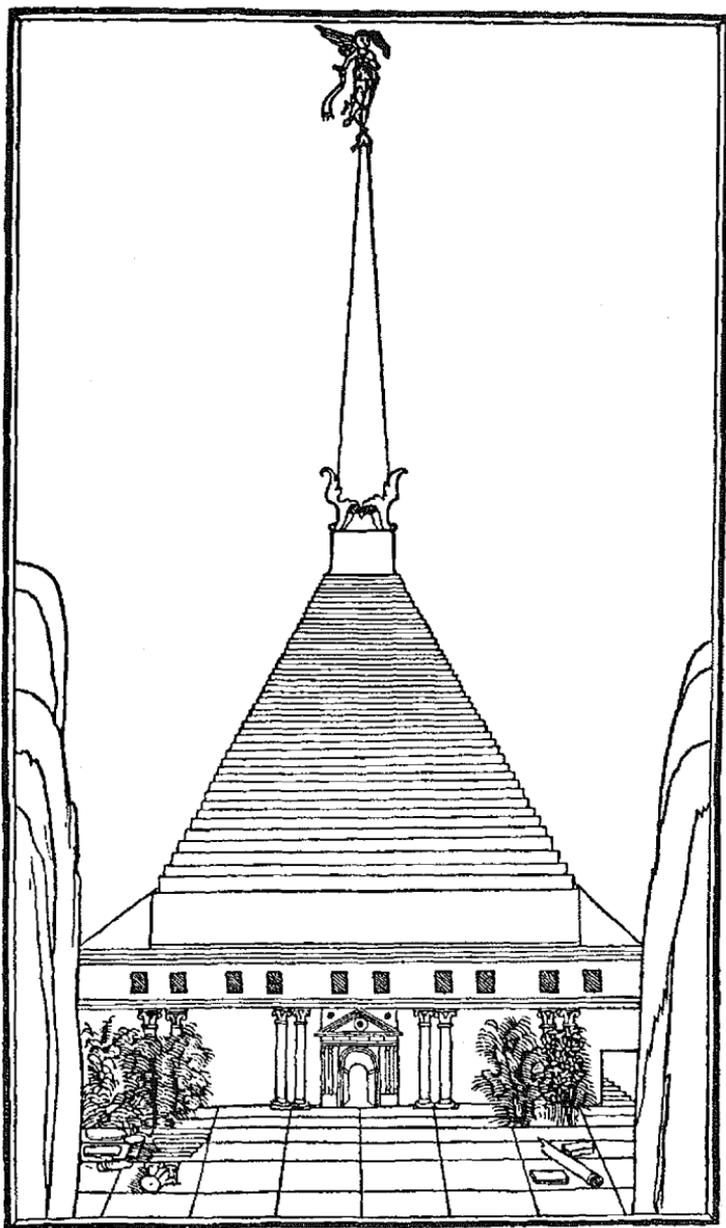
Cada una de las caras del perímetro del plinto situado bajo el arranque de las gradas de la admirable pirámide colocada sobre el edificio que antes mencioné, medía seis estadios de longitud, que multiplicados por los cuatro lados dan veinticuatro estadios, dimensión de todo el perímetro del plinto. En cuanto a la altura, trazando desde cada ángulo las líneas con la misma medida que la línea inferior del plinto y reuniéndolas convenientemente en el vértice superior, constituían la figura piramidal perfecta: la perpendicular sobre el centro de las diagonales del plinto medía cinco sextos de las líneas ascendentes.

Esta inmensa y terrible pirámide se alzaba a punta de diamante en gradas de admirable y exquisita simetría y tenía mil cuatrocientos diez escalones, menos diez de ellos destinados a terminar la punta. En lugar de éstos estaba situado un maravilloso cubo sólido y estable de monstruosa magnitud, inverosímilmente colocado a se-

mejante altura, de la misma piedra de Paros que las gradas, que era basa y soporte del obelisco. Esta desmesurada piedra, mayor que el disco arrojado por el Tídida, descendía en un perímetro de seis partes; dos en bajada y una en el plano de la parte superior, de una anchura de cuatro pasos de diámetro. En su cara superior se alzaban cuatro pies de arpa de metal fundido, con pelos y uñas en las zarpas, fijos y firmemente aplomados en los ángulos sobre las líneas diagonales, de una altura de dos pasos y una anchura proporcionada. Éstos, entrelazándose bellísimamente, fundidos con admirables follajes y frutos y flores de tamaño adecuado, formaban un anillo que unía el cubo a un gran obelisco. Sobre ellos se alzaba el obelisco, firmísimamente superpuesto. Su anchura era de dos pasos y su altura de siete, adelgazándose hacia la punta según las reglas del arte. Estaba hecho de granito rojo de Tebas y en sus caras había jeroglíficos egipcios notablemente esculpidos; y era liso, terso y lustroso como un espejo.

En su punta, sobrepuesta con gran habilidad y arte, descansaba una basa de oricalco en la que además había una máquina giratoria en forma de cupulilla fijada sobre un perno o eje que retenía la imagen de una ninfa, obra elegante de la materia antes mencionada, capaz de llenar de estupor a quien la miraba atentamente y con mirada insistente. Sus proporciones eran tan estudiadas que permitían verla de tamaño natural en el aire, mirándola desde abajo. Además del tamaño de aquella estatua, era cosa que llenaba de admiración considerar con qué atrevimiento había sido elevada y puesta en el aire a tanta altura. Su vestidura volante dejaba al descubierto parte de

las carnosas pantorrillas y dos alas abiertas estaban aplicadas entre sus hombros, figurando el acto de volar. Su bellísima cara y mirada benévola estaban vueltas hacia las alas. Tenía el cabello situado en la frente, en trenzas que volaban libremente, y la parte del cráneo y la nuca calva y sin pelo; y sus cabellos se extendían en el sentido del vuelo. En su mano derecha, según se la miraba, sostenía una artística cornucopia llena de todos los bienes, vuelta hacia la tierra, y con la otra mano se apretaba el desnudo pecho. Esta estatua giraba fácilmente de un lado a otro según soplabla la brisa, con tal chirrido del roce de la vacía máquina metálica como nunca se oyó en el erario romano. Y donde sus pies rozaban el pedestal que tenían debajo, se producía un tintineo superior al de la campanilla de las termas de Adriano y al de aquella situada sobre las cinco pirámides. No creo de ninguna manera que este altísimo obelisco pueda compararse ni igualarse con ningún otro, ni siquiera con el vaticano, el alejandrino o los babilónicos. Tenía en sí tal acumulación de maravillas, que yo estaba absorto en su consideración, lleno de un estupor insensato, y sobre todo me maravillaba la inmensidad de la obra y la abundancia y la sutileza del fecundo y agudísimo ingenio y el gran cuidado y la exquisita diligencia del arquitecto, pues ¿con qué temeraria invención artística, con qué valor y fuerza humana y orden y gasto increíble, pudo elevar en el aire tal peso, rivalizando con el cielo? ¿Con qué palancas, con qué redondas poleas, con qué grúas y polispassios y otras máquinas tractoras y bien tramadas armaduras? Guarde silencio ante esta cualquier otra increíble y grandiosa construcción.



Volvamos, pues, a la vastísima pirámide, bajo la cual yacía un ingente y sólido plinto o basamento o prisma cuadrangular de catorce pasos de altura y seis estadios de extensión o longitud, sobre el que se alzaba el escalón inferior de la enorme pirámide. Yo pensaba que no había sido traído aquí por la industria humana, sino esculpido en el monte mismo por el trabajo de ésta, y reducida su gran mole a aquella figura y esquema en el mismo lugar. El resto de los escalones estaba hecho hábilmente con bloques de piedra.

Aquel inmenso prisma no se adhería a las montañas colaterales del valle, sino que a una y otra parte del plinto, a mi derecha, había sendos espacios vacíos de diez pasos cada uno. En su mitad estaba atrevida y perfectamente esculpida la cabeza con serpientes de la espantosa Medusa, figurada vociferante y gruñona como una furia, con los ojos terroríficos hundidos bajo las contraídas cejas y con la frente surcada de arrugas y la boca grande y completamente abierta. Esta boca estaba excavada por una calle recta y abovedada, que penetraba hasta el centro o hasta la línea media perpendicular trazada desde el vértice de la ostentosa pirámide, de la cual era amplísimo ingreso y entrada. A esta abertura de la boca se subía por sus enmarañados cabellos, realizados por el artífice con impensable sutileza del intelecto y el arte y derroche de imaginación, con tanta regularidad y perfecta adaptación, que hacían de perfectos escalones para subir a la boca abierta. Y en lugar de las crenchas rizadas como zarcillos, veía con admiración que las víboras y retorcidas serpientes, con vivaces e ingentes espirales, se enrollaban en torno a la monstruosa cabeza confusamente,

formando magníficos tirabuzones. El rostro y las pendencieras serpientes escamosas estaban figurados con trabajo tan perfecto, que me produjeron no poco horror y espanto; en sus ojos habían incrustado piedras duras muy relucientes, de modo que, si yo no hubiera estado seguro de que la materia era mármol, no me hubiera atrevido a aproximarme con tanta despreocupación.

La calle de que he hablado, esculpida dentro de la roca, conducía a una tortuosa escalera de caracol situada en el centro, por la que se subía a la altísima cima de la pirámide, a la superficie del cubo donde se alzaba el obelisco. Aparte de toda esta notable y maravillosa obra, juzgué excelentísimo que el antedicho caracol estuviera iluminado por todas partes claramente, ya que el ingenioso y agudísimo arquitecto había hecho astutamente algunas aberturas para la luz, con grande y exquisita invención, en tres partes, inferior, media y superior, que correspondían a la posición del sol en su curso: la inferior estaba iluminada por las aberturas de arriba, la superior por las de abajo; y algunos reflejos de luz iluminaban suficientemente las partes opuestas. Tan bien calculada fue la regla de la exquisita disposición del sabio matemático en las tres caras, oriental, meridional y occidental, que a cualquier hora del día la escalera estaba iluminada y clara, ya que las aberturas estaban establecidas y distribuidas en diversos lugares de la enorme pirámide aquí y allá simétricamente.

Llegué a la parte de la mencionada abertura de la boca subiendo por otra sólida y recta escalera que estaba excavada en la misma roca en el basamento inferior del edificio, a la parte derecha, al lado del monte cortado,

donde estaba el intervalo de los diez pasos, subí por ella ciertamente con más curiosidad de la que tal vez era lícita. Cuando llegué finalmente al paso de la escalera a la boca, subiendo por innumerables escalones no sin gran esfuerzo y vértigo por la altísima escalera de caracol, mis ojos no soportaban mirar abajo y todas las cosas inferiores me parecían imperfectas. Y por esto no me atrevía a salir del centro. Y aquí, alrededor de la salida superior o final y abertura de la sinuosa escalera, estaban dispuestos y fijados en círculo muchos balaústres de metal en forma de huso de medio paso de altura y de un pie de intervalo de centro a centro. Estaban ceñidos por arriba con un remate ondulado,<sup>22</sup> que daba la vuelta, del mismo metal. Estos husos rodeaban y cerraban el borde de la abertura y el vacío de la salida superior de la escalera, salvo en la parte por la que se salía a la superficie, de modo que ningún incauto se precipitara por el agujero de la sinuosa caverna, cosa fácil, ya que la desmesurada altura producía vértigo. Bajo la base del obelisco había fijada una tablilla de bronce con una antigua inscripción en caracteres nuestros, griegos y árabes que me hizo comprender que aquél estaba dedicado al Sol supremo. Incluso las medidas de toda la gran estructura estaban anotadas y descritas, y en el obelisco el nombre del arquitecto, en griego:

ΛΙΚΑΣ Ο ΛΙΒΥΚΟΣ ΑΙΘΟΔΟΜΟΣ  
ΟΡΘΟΣΕΝ ΜΕ.

LICHAS LIBYCUS ARCHITECTVS ME  
EREXIT.<sup>23</sup>

Volvamos a la lastra o pedestal situado debajo de la pirámide, en cuyo frente vi la elegante y magnífica escultura de una cruel gigantomaquia a la que únicamente faltaba el soplo vital, relieve excelente de admirable trabajo, con tal movimiento y tanta vivacidad en sus magníficos cuerpos, que superaba todo lo que se puede contar. Lo fingido, émulo de la naturaleza, estaba expresado con tanta propiedad, que los ojos y los pies se fatigaban, corriendo ávidamente de una parte a otra. No de otro modo<sup>24</sup> ocurría con los vívidos caballos: unos estaban tendidos en el suelo, otros cayendo en su carrera; otros, heridos y golpeados, parecían despedirse de la agradable vida y, clavando penosamente los cascos sobre los cuerpos caídos, estaban furiosos y desbocados. En cuanto a los Gigantes, tras lanzar las armas arrojadizas, se abrazaban estrechamente unos con otros; algunos eran arrastrados con los pies enganchados en los estribos, otros pisoteados pesadamente bajo sus cuerpos, y algunos se caían de sus caballos heridos; otros, derribados, protegiéndose boca arriba con el escudo, luchaban; muchos llevaban corazas y cinturones de los que pendían espadas, algunas de ellas como las antiguas usadas por los persas, y múltiples instrumentos de aspecto mortífero. La mayor parte eran de infantería y luchaban confusamente con lanza y escudo; algunos llevaban lóriga y casco, con la cimera decorada con insignias variadas; y otros iban desnudos, gritando con el corazón valeroso, dispuestos a morir; otros, con corazas adornadas con diversos y nobilísimos ornamentos militares. Muchos estaban representados gritando formidablemente; otros, con aire obstinado y furioso; otros, moribundos, con un silencio

que expresaba el efecto de la naturaleza; y, por último, otros muertos, todos con múltiples y nunca vistas máquinas bélicas y mortíferas. Estaban de manifiesto los robustos miembros y los músculos hinchados y presentaban a los ojos la acción de los huesos y los huecos donde se estiraban los duros tendones. Esta lucha parecía tan espantosa y horrible, que se diría que el cruel Marte, poderoso con las armas, estaba presente allí, luchando con Porfirión y Alcioneo, y venía a la memoria la fuga que emprendieron al oír el rebuzno del asno. Todas estas imágenes eran de tamaño y altura superiores al natural y destacaban perfectamente. El relieve de la talla era de clarísimo mármol resplandeciente y el plano del fondo de piedra negrísima, introducido para mayor belleza y gracia de la piedra blanca y para destacar la obra escultórica. En resumen, había aquí infinitos cuerpos magníficos, esfuerzos supremos, actos violentos, atavíos militares y diversas clases de muertes y una victoria incierta. Ay de mí, el espíritu exhausto, la inteligencia confundida y los sentidos obnubilados por tanta variedad son incapaces no sólo de narrar el conjunto, sino de expresar cabalmente una sola parte de tan perfecta obra de escultura.

Y, además, ¿dónde nació tanta audacia y tan ardiente deseo de juntar y amontonar piedras en semejante montón, cúmulo y altura? ¿Y con qué medio de transporte, con qué porteadores, con qué carros, con qué ruedas fue arrastrada tal cantidad de piedras? ¿Y sobre qué base fueron reunidas y apiladas? ¿Y sobre qué cimientos fueron erigidos el altísimo obelisco y la inmensa pirámide? Jamás Dinócrates se mostró más pretencioso ni propuso a Alejandro Magno semejantes medidas para su al-

tísima invención en el Monte Athos. Porque esta amplísima estructura sobrepasa sin duda la insolencia egípcia y supera los maravillosos laberintos. Calle Lemnos, enmudezcan los teatros, no se le iguale el alabado mausoleo, porque esta obra sin duda no fue conocida por el que describió los siete milagros o maravillas del mundo, ni nunca en siglo alguno se vio ni imaginó cosa semejante, ante la cual hay que guardar silencio incluso sobre el admirable sepulcro de Nino.

Por último, consideraba atentamente qué opuesta y obstinada resistencia tendrían que ejercer las bóvedas inferiores para sostener y soportar tanta pesadez y peso tan intolerable o qué clase de pilares hexagonales o tragonales o qué columnas enanas de sostén habría debajo. Por esa consideración, juzgué razonable pensar que o bien todo formaba parte de la masa del monte mismo, o bien que estaba constituido por una mezcla de hormigón y cascajo y gruesas piedras. Para averiguar dónde estaba la verdad, miré por la amplia puerta y vi que en el fondo había una densa oscuridad y una concavidad. En el siguiente capítulo describiré brevemente la noble disposición de esta puerta, junto con el admirable y soberbio edificio, cosas dignas de memoria eterna.

\*

POLÍFILO, TRAS HABER HABLADO DE PARTE DE LA INMENSA ESTRUCTURA Y DE LA VASTÍSIMA PIRÁMIDE Y EL ADMIRABLE OBELISCO, EN EL SIGUIENTE CAPÍTULO DESCRIBE OBRAS GRANDES Y MARAVILLOSAS Y PRINCIPALMENTE UN CABALLO, UN COLOSO YACENTE Y UN ELEFANTE, PERO EN ESPECIAL UNA PUERTA ELEGANTÍSIMA.

**N**ÍCITA Y JUSTÍSIMAMENTE PUEDE PERMITÍRSEME que diga que en todo el mundo jamás fueron concebidas ni vistas por mirada humana otras obras semejantes a éstas en magnificencia. Y casi me atrevería a decir que tal atrevimiento en la edificación y tales artificios no pudieron ser ejercitados, ni aun concebidos, por el saber y las fuerzas humanas. Mis sentidos estaban tan cautivados y estupefactos en el placer de esta intensa y obstinada contemplación, que a mi rapaz memoria no acudían sino pensamientos placenteros y alegres. Estaba mirando con aplicación y curiosidad todas las partes que tan bien correspondían al hermoso conjunto, examinando la purísima factura de aquellas excelentes y eximias estatuas de piedra, cuando, súbitamente excitado, suspiré sollozando cálidamente.

Y mis suspiros amorosos y sonoros resonaban en este lugar solitario y desierto y de aire enrarecido al acordarme de mi divina y desmesuradamente deseada Polia. Ay de mí, poco tiempo transcurría sin que aquella amorosa y celestial Idea acudiera como un fantasma a mi mente y

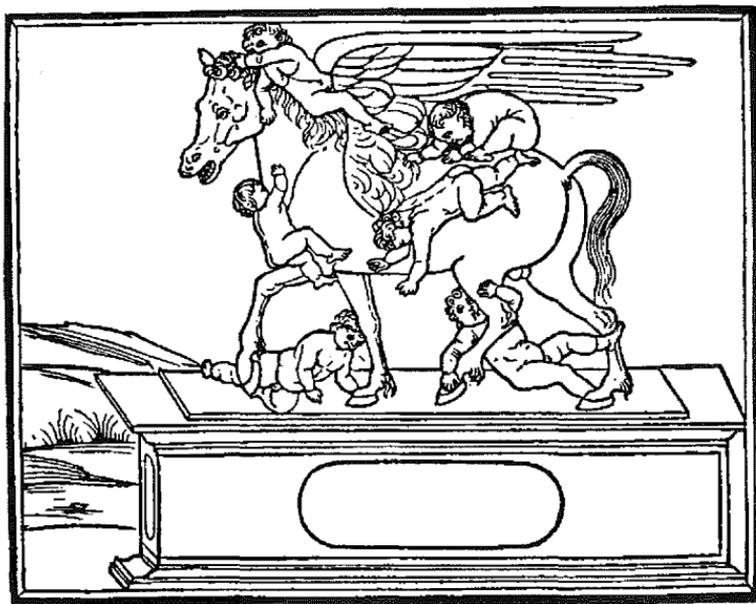
acompañara mi desconocido camino. En ella anidaba mi alma arduosamente, sintiéndose segura como en una guarnición protegida o en un asilo inviolable. Y habiendo llegado de este modo a semejante lugar, donde mis ojos estaban arrobados y ocupados en la contemplación de las abundantes y nobles obras antiguas, admiré sobre todo una bellísima puerta, tan maravillosa, de tan increíble arte y de unas líneas tan elegantes, que nunca pudo construirse y acabarse cosa igual. No tengo la suficiente sabiduría como para poder describirla perfectamente, principalmente porque en nuestra época los términos vernáculos, familiares y nativos peculiares de la arquitectura están muertos y enterrados con los hombres verdaderos. Oh, execrable y sacrílega barbarie, ¿cómo has invadido y expoliado la parte más noble del precioso tesoro y sagrario latino, y hecho que el arte, antes juzgado tan digno, esté ahora ensombrecido y ofendido por una injuriosa ignorancia? Esta ignorancia, asociada con la murmuradora, insaciable y pérfida avaricia, ha cegado al arte en aquella parte que hizo a Roma sublime y peregrina emperatriz.

Delante de esta egregia puerta (pienso que debo decir esto primero), había una plaza cuadrangular a cielo abierto, de treinta pasos de diámetro, pavimentada admirablemente con lastras cuadradas de mármol que estaban separadas unas de otras por cintas de otra piedra de distinto adorno, y que formaban diversos dibujos y entrelazos de distintos colores. Este pavimento estaba arruinado en muchas de sus partes y cubierto de matorros. En los extremos del patio, a derecha e izquierda, paralelos a los montes, había dos órdenes de columnas al

mismo nivel, con el justo intervalo entre columna y columna exigido por el orden arcóscilo,<sup>25</sup> que había sido observado exquisitamente. El primer orden se iniciaba en ambas partes al borde o extremo del pavimento en la metopa<sup>26</sup> o frente de la gran puerta; y entre una columnata y otra había un espacio de quince pasos. La mayor parte de las columnas estaban intactas, con los capiteles dóricos o en forma de almohadón, con los vórtices o volutas en forma de caracol pendiendo a uno y otro lado, sobresaliendo de los equinos en forma de anillo y con los astrágalos aplicados debajo, midiendo esta parte un tercio del capitel, la anchura del cual era un semidiámetro de la columna. Sobre los capiteles descansaba el epístilo o arquitrabe recto continuo, en su mayor parte fragmentado e interrumpido. Muchas columnas estaban despojadas de sus capiteles y sepultadas bajo las ruinas hasta su parte superior y saliente del astrágalo, el hipotraquelio y la hipótesis.<sup>27</sup> Siguiendo el curso de la columnata, aún subsistían antiguos plátanos y laureles silvestres y cipreses y espinosas zarzas. Suponía yo que aquello fue un hipódromo o un pórtico o pista de carreras o un paseo porticado o ambulacro o una amplia extensión de pórticos hípetros o tal vez el lugar de un canal temporal como los de los circos.<sup>28</sup>

En esta plaza, a diez pasos de la puerta, vi un caballo alado y saltador, con las alas de bronce abiertas, de enorme tamaño. Su casco ocupaba sobre la superficie del pedestal cinco pies en círculo; y desde el círculo inferior del casco hasta debajo del pecho, nueve pies, con debida proporción. Tenía la cabeza libre y sin freno, con dos orejas pequeñas, una adelantada y otra hacia atrás, y sus crines onduladas y abundantes caían sobre la parte derecha de su

cuello. Muchos niños intentaban cabalgar sobre su lomo y ninguno era capaz de mantenerse en él, a causa de su velocidad y de sus violentas sacudidas: unos se caían y otros estaban caídos ya, unos de bruces y otros de espaldas, y otros subían agarrándose; algunos se aferraban vanamente con las manos a las largas crines; otros, caídos, intentaban levantarse bajo el cuerpo del que los había arrojado.

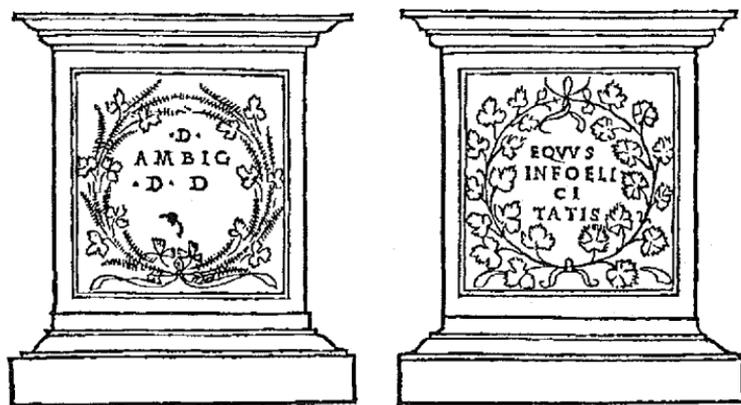


En la superficie del pedestal estaba fijada con plomo una plancha del mismo metal, que contenía los cascos del caballo y los muchachitos caídos: toda la composición y masa fue fundida conjuntamente con admirable arte de fundición. Ningún jinete había sido capaz todavía de montar semejante montura, por lo que las estatuas parecían doloridas y cansadas. Y si no se podían oír sus

lamentos era solamente por ser inertes, porque el artifice no pudo inspirarles el aliento vital: tan óptimamente imitaban la verdad de la naturaleza. Ceda, pues, ante ésta, la obra del agudo ingenio del imprudente Perylao y la del judío Hiram<sup>29</sup> y la de cualquier otro gran bronceista. Daba a entender que los niños entraban de un modo desgraciado por la puerta abierta.

El pegma o pedestal era maravilloso: de anchura, altura y longitud adecuadas para sostener la máquina que tenía encima, estaba hecho de un sólo bloque de mármol con vetas de distintos colores y manchas sueltas, gratas a la vista, dispuestas confusamente en infinitas mezclas. En el frente de dicha piedra que daba a la puerta, vi sobrepuesta una corona de mármol verde, de hojas del amargo apio mezcladas con otras de hinojo. Dentro de ella había un círculo de piedra blanca incrustado, que tenía grabada esta inscripción en mayúsculas latinas: igualmente, en la cara opuesta, había una corona de hojas del mortal acónito, con esta inscripción:

En el lado derecho estaban cinceladas algunas figuras



de hombres y muchachas danzando, cada uno con dos rostros: el de delante risueño y el posterior llorando. Y bailaban en corro, cogiéndose de la mano, hombre con hombre y mujer con mujer, un brazo de cada hombre pasando por debajo del de la mujer y el otro por encima. Y así enlazados, marchaban uno tras otro, de modo que siempre un rostro alegre estaba vuelto hacia el triste de la persona precedente. Eran siete hombres y siete mujeres, tan perfectamente esculpidos, con sus vivaces movimientos y el revuelo de sus ropas, que no acusaban a su hábil artífice de otro defecto que el de no haber dado la voz a unos y las lágrimas a otros. Este corro estaba egregiamente tallado dentro de una figura delimitada por dos semicírculos.<sup>30</sup>



Bajo esta figura oval vi escrita la siguiente palabra: TEMPVS. Vi luego que en otro lado había muchos adolescentes que se dedicaban a coger flores entre diversas hierbas y arbustos, y con ellos muchas hermosas ninfas que bromeaban con alegría y se las arrebatában cariñosamente. Era obra perfecta del mismo artífice que la anterior y enmarcada en la misma figura, bellísimamente moldurada, y las molduras de ambas estaban revestidas de exquisita hojarasca. Debajo de ella, de la manera que ya dije, había algunas mayúsculas grabadas que formaban esta sola palabra: AMISSIO. Eran letras eximias, cuya anchura estaba sacada de la novena parte y un poco más del diámetro del cuadrado.

No poco estupefacto, meditaba y miraba con curiosidad y sumo placer aquella máquina ingente, fundida en forma de animal por el ingenio humano, dignísima invención en la que cada miembro participaba perfectamente en la egregia armonía y compaginación del conjunto. Mirándola, me vino a la memoria el funesto caballo Sejano.<sup>31</sup>

Luego, estando ofuscado por tan artificioso misterio, se ofreció a mis ojos el espectáculo no menos admirable de un enorme elefante y sentí un gran deseo de dirigirme hacia él. Pero he aquí que entonces oí en otra parte un gemido humano como el de un enfermo y me detuve, con los cabellos erizados. Apresurando mis pasos hacia el gemido sin otro pensamiento, subí por un montón de ruinas y de grandes fragmentos de mármol. Al acercarme, vi un enorme y admirable coloso con los pies descalzos y horadados y las piernas agujereadas y vacías, y yendo a su cabeza con horror para inspeccionarla, conjeturé que la brisa que se introducía en sus abiertas plantas, divina invención, pro-



vocaba el gemido que lanzaba. El coloso yacía en el suelo boca arriba y estaba fundido en metal con admirable habilidad. Era de edad mediana y estaba un poco elevado por una almohada que sostenía su cabeza. Tenía cara de enfermo, con la boca abierta que daba a entender suspiros y gemidos, y su altura era de 60 pasos. Se podía trepar por sus cabellos hasta el pecho, y por los rizados y revueltos pelos de su espesa barba a la boca abierta en un lamento. Todo él estaba horadado completamente y vacío, así que, estimulado por la curiosidad y sin más consulta, me introduje en su boca, bajé los escalones de su garganta hasta el estómago, y luego llegué, un tanto despavorido, por oscuros conductos, a

todas las demás partes de las vísceras interiores. ¡Qué admirable invención! Vi todas las partes internas abiertas, como en un cuerpo humano, cada una con su denominación, escrita en tres idiomas, caldeo, griego y latín: intestinos, nervios y huesos, venas, músculos y carne, y la enfermedad que en cada una de ellas se genera y su causa y su curación y remedio. Había acceso y cómoda entrada a todas las retorcidas vísceras, con respiraderos diversamente distribuidos por todo el cuerpo para iluminar los lugares oportunos, y no constaba de una sola parte menos que el cuerpo natural. Cuando me dediqué al corazón, leí cómo se generan los suspiros del amor y dónde daña el amor gravemente. Aquí, muy conmovido, extraje de lo más hondo de mi corazón un mugiente suspiro, invocando a Polia, que oí retumbar con no poco horror por toda la máquina de bronce. Su arte exquisito enseñaba cómo es el hombre, aun sin saber anatomía. ¡Oh, preclaros ingenios pasados, oh edad verdaderamente áurea, cuando la virtud estaba de acuerdo con la fortuna, para este siglo dejaste sólo como herencia la ignorancia y su rival la avaricia! Dirigiéndome a otra parte, ví la frente de una cabeza femenina, del tamaño que antes dije, algo descubierta entre las ruinas y con el resto sepultado entre grandes bloques. Y juzgando que sería de factura semejante al coloso, no me detuve a mirarla y regresé al primer lugar, temeroso de aquellas ruinas descompuestas y desniveladas.

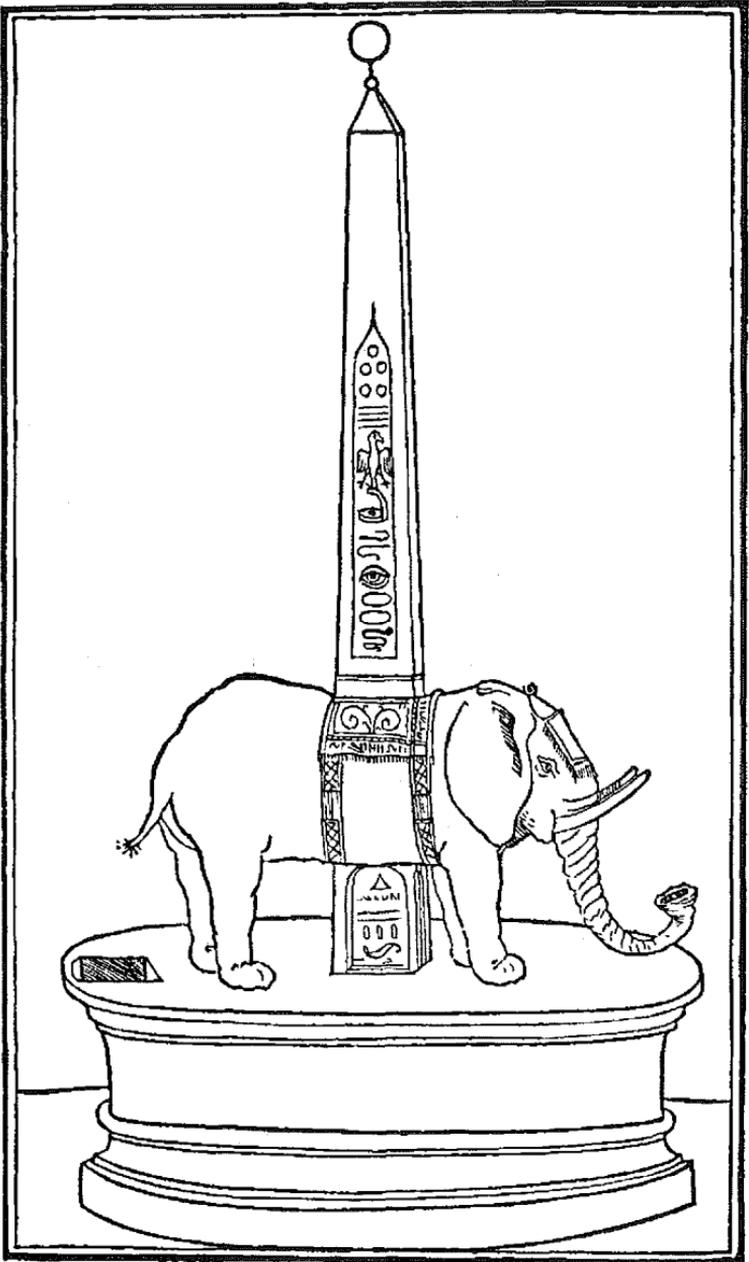
Allí, no muy distante del gran caballo y a su mismo nivel, se ofrecía a la vista un enorme elefante de una piedra más negra que la obsidiana, sembrada copiosamente de partículas de oro y plata como polvillo resplandeciente. Su claro lustre era testimonio de su dureza, porque reflejaba

los objetos como un espejo, excepto donde el metal había difundido su verdoso orín, ya que en la parte superior de su amplísimo lomo tenía una maravillosa gualdrapa de bronce con dos cintas que ceñían estrechamente su monstruosa corpulencia. Entre estas grandes ligaduras, con anclajes puestos en la misma piedra, se sostenía un pilar cuadrangular que correspondía a la anchura del obelisco situado sobre el lomo, ya que ningún peso perpendicular debe tener debajo aire o un espacio vacío, si quiere ser sólido y duradero. El pilar estaba bellamente inscrito en tres de sus caras con caracteres egipcios. Este monstruo, cuyo lomo servía de peana al obelisco, estaba figurado y realizado maravillosa y hábilmente, según las reglas del arte de la escultura. Sobre la gualdrapa, convenientemente adornada con muchas figurillas y clavos y escenas e invenciones, se alzaba, firmísimamente asegurado, un obelisco de piedra lacedemonia verdosa. Su diámetro inferior era de un paso, que multiplicado por siete daba la altura, hacia la cual las caras se adelgazaban hasta acabar en punta. En ésta sobresalía fijada una redondísima esfera de materia transparente y lustrosa. La enorme bestia estaba noblemente situada sobre la lisa superficie de un gran pedestal de durísimo pórfido cuidadosamente diseñado, con sus dos grandes colmillos sobrepuestos y unidos, hechos de una piedra blanquísima y brillante. De la gualdrapa de bronce colgaba prendido un egregio pectoral de su misma materia, ricamente decorado, en medio del cual estaba escrito en latín: «El cerebro está en la cabeza.» Y de manera semejante, la unión del cuello y la gran cabeza estaba rodeada por una magistral ligadura de la que pendía sobre la amplísima frente un atrevido adorno sumamente notable, de bronce, compuesto por dos cuadra-

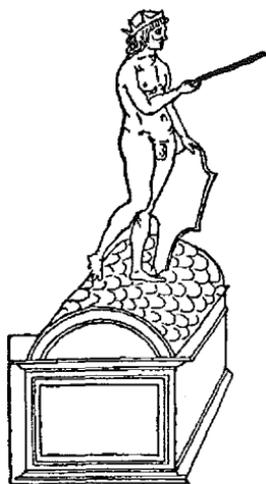


dos y de líneas elegantes. En su superficie, rodeada de molduras revestidas de follaje, vi algunas letras jónicas y árabes, que decían así:<sup>32</sup>

Su voraz probóscide no tocaba la superficie del pedestal, sino que estaba levantada, algo vuelta hacia la frente, y las orejas, surcadas de arrugas en forma de red, eran larguísimas y estaban gachas. La imagen era un poco menor del tamaño natural. En el oblongo perímetro del pedestal estaban cincelados jeroglíficos, es decir, caracteres egipcios. Se mostraba provisto adecuadamente del debido areóbato, plinto, gola, toro y escocia, con sus astrágalos o néxtrulos y la cima inversa. En la parte superior tenía gola y collarino, escocias y denticulos y astrágalos, maravillosamente proporcionados a la anchura. Su longitud, anchura y altura eran, respectivamente, de doce, cinco y tres pasos, y tenía los extremos redondeados. En la parte posterior semicircular de este pedestal encontré una escalera de siete escalones que subía hasta su parte superior, por la cual subí, ávido de novedad; y en el pilar cuadrangular que estaba situado bajo la gualdrapa vi excavada una puertecilla, cosa de gran admiración en una materia tan dura. Conducía a un túnel ascendente excavado con habilidad y provisto de algunos barrotes de metal a modo de escalones, por los que se podía subir cómodamente y penetrar en el cuerpo vacío del elefante.



Lleno de ávida curiosidad, entré y subí. Encontré que el grande y prodigioso monstruo estaba completamente vacío como una cueva, excepto que el mismo pilar que lo sostenía por debajo continuaba por dentro y permitía el paso de un hombre hacia la cabeza y la parte posterior. Aquí ardía una lámpara inextinguible, suspendida con cadenas de bronce en la parte convexa del lomo, que proporcionaba una luz semejante a la de una celda. Gracias a ella pude ver en esta parte posterior un antiguo sarcófago excavado en la misma piedra, sobre el cual había una perfecta imagen viril desnuda, de tamaño natural, coronada, de piedra negrísima, pero con los dientes, ojos y uñas cubiertos de plata reluciente. Estaba en pie sobre la cubierta del sarcófago, que era abovedada, revestida de escamas y con otros exquisitos adornos. Señalaba con un cetro de cobre dorado hacia adelante y sostenía en la mano izquierda un escudo cóncavo



אם לא כי הנהמה כסתה את כשרי  
אזו ויהי ערום הפס וחטא היחסי

ΓΥΜΝΟΣ ΗΝ, ΕΙ ΜΗ ΑΝ ΘΗΠΙ-  
ΟΝ ΕΜΕΚΑ ΑΥΥΕΝ, ΖΗΤΕΙ ΕΥ-  
ΡΗΣΗ ΔΕ ΕΒΑΣΟΝ ΜΕ.

NVDVSESSEM, BESTIANIME  
TEXISSET, QVAERE, ET INVE-  
NIES. MESINITO.

vo en forma de calavera de caballo, que tenía escrita en tres idiomas, hebreo, ático y latín, en pequeñas letras, esta sentencia:<sup>33</sup>

NUDVS ESSEM, BESTIA NI ME TEXISSET.

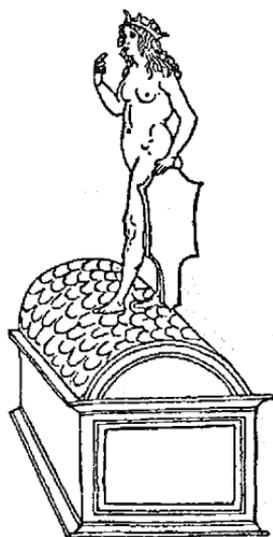
QVAERE ET INVENIES. ME SINITO.

Este objeto inusitado hizo que permaneciera no poco estupefacto y un tanto horrorizado. No me demoré allí demasiado y, volviéndome hacia la salida, vi arder y alumbrar en el otro lado una lámpara semejante a la que he descrito, de modo que, atravesando el hueco de la subida, me dirigí hacia la cabeza del animal. En este lado encontré una antiquísima sepultura del mismo tipo que la anterior, y sobre ella otra escultura, pero de reina. Tenía ésta levantado el brazo derecho, señalando con el índice el lugar situado a sus espaldas, y con la otra mano sostenía una ta-

היה מי שתזוהי קח סן האגיר חזח כאת נפשך  
אבל אזויר אותך הסר וראש ואל תיגע בגופו

ΟΣΤΙΣ ΕΙ. ΛΑΒΕ ΕΚ ΤΟΥΔΕ  
ΤΟΥ ΘΗΣΑΥΡΟΥ, ΟΣΟΝ ΑΝ Α  
ΡΕΣΚΟΙ. ΠΑΡΑΙΝΩ ΔΕ ΩΣ ΛΑ  
ΒΗΣ ΤΗΝ ΚΕΦΑΛΗΝ. ΜΗ Α  
ΠΤΟΥ ΣΩΜΑΤΟΣ.

QVISQVIS ES, QVANTVN  
CVNQVE LIBVERIT HV  
IVS THESAVRI SVME AT  
MONEO. AVFER CAPVT.  
CORPVS NE TANGITO.



blilla que se apoyaba sobre la cubierta del sarcófago; en ella estaba escrito en tres idiomas este epigrama:<sup>34</sup>

QVISQVIS ES, QVANTVN CVNQVE LIBVERIT  
HVIVS THESAURI SUME. AT MONEO: AVFER CAPVT.  
CORPVS NE TANGITO.

Maravillado por tan gran novedad, digna de relato, y habiendo leído los enigmas varias veces, quedé completamente ignorante y muy dudoso de su interpretación y oscuro significado. Por esto, no me atrevía a hacer nada y me sentía casi atemorizado en este lugar terrible y oscuro a pesar de la luz de las lámparas. Además me acuciaba el deseo de contemplar la puerta triunfal, lo cual constituía la causa más legítima de que no me entretuviera allí. Así que, con el pensamiento y propósito de volver tras la contemplación de la puerta, y dedicarme con más tranquilidad a calibrar esta magnífica invención del ingenio humano, me dirigí rápidamente a la abertura y, bajando, salí del monstruo sin vísceras. ¡Qué invención impensable, qué exceso incalculable de trabajo y qué temerario atrevimiento humano! ¿Qué clase de trépano o de otras máquinas de trabajo fueron capaces de perforar la gran dureza y resistencia de esta piedra y vaciar materia tan tenaz, haciendo concordar el hueco interior con la forma externa?

Cuando por fin regresé a la plaza, vi en el pedestal de pórfido, dignísimamente cincelados alrededor, estos jerglíficos: primero un bucráneo con dos instrumentos agrícolas atados a los cuernos; y un altar sostenido sobre dos pies de macho cabrío y con una llama ardiendo encima, y



Cuando abandoné esta excelentísima, misteriosa e impensable obra, volví a mirar de nuevo el prodigioso caballo: tenía la cabeza huesuda y flaca y proporcionalmente pequeña, y parecía una óptima representación de la inconstancia y la impaciencia; veíase casi el temblor de sus carnes y se diría que era antes vivo que fingido. Tenía una palabra griega incisa en la frente: *GENEA*,<sup>56</sup> Había muchos otros grandes trozos y fragmentos de diverso diseño, entre grandes montones de ruinas destrozadas. Y, de todas, el tiempo voraz y volador sólo había respetado y dejado intactas estas cuatro cosas: la puerta, el caballo, el coloso y el elefante. ¡Oh, padres santos, antiguos artífices! ¿Qué clase de crueldad invadió vuestra gran virtud, que os llevasteis con vosotros a la tumba tantas riquezas, que debieran haber sido nuestra herencia?

Cuando llegué a la antiquísima puerta, obra sumamente admirable, exquisitamente ajustada a las reglas del arte, adornada con notables esculturas y maravillosamente construida con diversidad de lineamentos, siendo yo estudioso y estando inflamado por el deseo de entender el fecundo concepto y aguda invención del perspicaz arquitecto y sus dimensiones y lineamentos, hice así: primero medí cuidadosamente un cuadrado situado bajo las columnas, dos a cada lado de la puerta, y por esta medida comprendí fácilmente toda su simetría, que explicaré ahora brevemente. Un cuadrado, dividido por tres líneas rectas y tres trasversales equidistantes,<sup>37</sup> da como resultado dieciséis cuadrados. Añadiendo al cuadrado grande su mitad y dividiendo lo añadido del mismo modo, se obtienen veinticuatro cuadrados. Esta cuadrícula es útil y oportuna para transportar en pequeño y hacer segmentos

en trabajos delicados o en pintura. Tirando en la primera figura *ABCD* dos diagonales y luego otras dos líneas, una recta y otra trasversal, de modo que todas ellas se corten, se generan cuatro cuadrados. Uniendo los puntos medios de los lados de la figura añadida, se construye un rombo.

Trazando de esta manera las figuras que he dicho, me preguntaba qué razón tienen los ciegos modernos para estimarse hábiles en el arte de construir, cuando no saben ni qué es, haciendo fuera de toda regla sus edificios falsos sagrados y profanos, públicos y privados, no observando la perfecta simetría y olvidando la que enseña la naturaleza. Pues es regla de oro y enseñanza celeste, como canta el poeta, que la virtud y la felicidad consisten en la justa medida. Y cuando esto se abandona y se negligé, necesariamente viene el desorden y todas las cosas resultan falsas, porque es torpe cualquier parte incongruente con su conjunto y, sin orden y normas, ¿qué cosa puede resultar cómoda, grata y digna? Pues la causa de un error tan inconveniente nace de la ignorancia negativa y tiene su origen en la carencia de educación. Y además, la perfección de una obra de arte digna no es enemiga de la rectitud, sino que el arquitecto hábil y cuidadoso, para favorecerlas con un agradable aspecto, puede caprichosamente su obra con aumentos o disminuciones, pero conservando sobre todo íntegro lo sólido y en armonía con todo el conjunto. Llamo sólido a todo el cuerpo de la fábrica, que es la principal atención, invención, pensamiento y simetría del arquitecto. Bien estudiada y llevada a cabo sin accesorio alguno, indica, si no me equivoco, la excelencia de su ingenio, porque adornar después es cosa fácil, aunque el arquitecto deba co-

nocer dónde ha de ir colocado el adorno y colocar la corona en la cabeza y no en los pies; y, así, las ovas y dentículos y otros ornamentos se deben destinar a sus lugares adecuados. La ordenación y la principal invención es cosa de la que participan pocos, en tanto que los ornamentos se prestan al trabajo común incluso de muchos vulgares e idiotas. Pero los artífices manuales son servidores del arquitecto. Éste no debe sucumbir de ningún modo a la maldita y páfida avaricia. Y, además de tener instrucción, ha de ser bueno, no locuaz, benigno, benévolo, dulce, paciente, amable, fértil, investigador curioso, universal y lento: digo lento, porque no debe precipitarse en el error. Y ya basta de esto.

Para terminar, reduciendo las tres últimas figuras obtenidas a una sola, comprendiendo la dividida en 16 cuadrados y la añadida, se producirá esta figura,<sup>38</sup> de la cual se retiran el rombo y las diagonales, dejando las tres perpendiculares y las tres rectas, salvo las partes de la línea media que son cortadas por las perpendiculares, y de este modo se obtienen dos rectángulos perfectos, uno superior y otro inferior, cada uno de los cuales contiene cuatro cuadrados. Trazando una diagonal en el rectángulo de abajo y dirigiéndola perpendicularmente hacia la línea *AB* se encontrará hábilmente, por lo que le falta para alcanzarla, el grosor del arco y de las antas. La línea *AB* será el lugar conveniente para el arquitrabe. El punto medio de la línea truncada *EF* será el de inflexión del arco, que debe medir tanto en sus cuernos invertidos cuanto es el semidiámetro de su anchura. De otro modo, si esto falta, no lo juzgo perfecto, pues fue exquisita y cuidadosamente observado por los óptimos y expertos

antiguos en sus arcos para darles elegancia y la resistencia adecuada y evitar la ocupación de la proyección de los ábacos.

El pedestal o podio situado bajo las dobles columnas a uno y otro lado de la puerta comenzaba por un plinto de un pie de altura al nivel del pavimento, que se continuaba a modo de escalón en el espacio en que se abría ésta. Sus cimas reversas, toros, canaliculos y astrágalos subían en escalones hasta el pedestal y, con el ligamento debido y requerido, constituían los zócalos o bases de las antas. Y, del mismo modo, sobre el podio corría la cornisa con la cima recta y los otros lineamientos.

Encontré que el espacio comprendido entre la línea *AB* y la superior de toda la figura, *MN*, estaba dividido en cuatro partes, tres de las cuales correspondían al arquitrabe, friso y cornisa. La cornisa constaba de una parte más que el arquitrabe y el friso: es decir, que, si fueran asignadas cinco partes al arquitrabe y otras tantas al friso, la cornisa ocuparía seis. Y excedía este límite tanto más cuanto que el sabio y hábil artífice había dado a su cimacio una inclinación de medio pie: esto no lo hizo por capricho, sino para que la parte inferior de las esculturas situadas encima no fuera ocultada por la prominencia de la cornisa, aunque hubiera podido agrandar las partes siguientes de los ornamentos, como el friso, y salirse de este modo de la simetría que se había impuesto. Sobre este primer remate continuaba un cuadrado perfecto, construido con esta regla: la longitud de sus lados correspondía a la unión del friso con la vertical de las columnas y era el doble de la anchura de la cornisa superior. Este cuadrado se repetía a cada lado de la puerta. El

espacio restante sobre ésta estaba dividido en siete partes reservada la de en medio para un nicho, en el que estaba colocada una estatua de ninfa; luego, había tres a cada lado.

El saliente de la cornisa superior es fácil de trazar: se construye un cuadrado con los lados del mismo tamaño que la anchura de ésta, se traza la diagonal y ella da la medida del saliente.

Ahora, tomando en conjunto toda la figura de los veinticuatro cuadrados, se halla la sesquiáltera, *OPQT*, que contiene cuadrado y medio. Este último medio cuadrado se divide en seis partes iguales por medio de cinco líneas horizontales. El punto medio de la quinta y última proporciona el vértice del frontón; trazando desde él la línea oblicua hasta el punto en que se corte con la que determina la cornisa, aparece su inclinación conveniente. Sus bordes o extremos se unían justamente con los cimacios del saliente de la cornisa rampante. Finalmente, el frontón participaba con exquisita correspondencia de los lineamentos de la elegante cornisa: en su parte inferior usurpaba su primera parte sobre el plano del rectángulo, y, en la superior, una parte de la cornisa denticulada, quedando dentro contenido su plano triangular.

La puerta, cuya materia era brillante y agradable, fue cuidadosísimamente construida con bloques de piedra cortados con perfecta regularidad, combinándose perfectamente los miembros de los ornamentos con las uniones de las piedras y en correspondencia con las esculturas sobrepuestas. A uno y otro lado del espacio que ella ocupaba, con dos pasos de intervalo, se alzaban orgullosamente dos grandes y soberbias columnas, sepul-

tadas en fragmentos de ruinas hasta el zócalo. Yo, apartando los detritus, puse al descubierto sus basas de bronce, cuya materia era la misma en que estaban notablemente fundidos los capiteles. El diámetro del grosor inferior de la columna era el doble de la altura de una basa, y su altura de más de treinta y dos codos. Las dos cercanas a la puerta eran de finísimo pórfido y las otras de agradable ofita; estaban estriadas o canaliculadas y magníficamente ejecutadas. Más allá de éstas había otras dos parejas a derecha e izquierda, con moderado éntasis, de durísima piedra lacónica.

El radio de la circunferencia inferior de la columna era la altura de la basa, que constaba de toros, escocia o troquilo y plinto. Dividida esta altura en tres partes, el plinto ocupaba una, y su anchura era de diámetro y medio. Dividiendo las otras dos partes en cuatro, una correspondía al toro superior; divididas las tres restantes en dos, una era para el toro inferior y otra para el troquilo cóncavo, cuyos astrágalos medían un séptimo de su altura. Encontré que tales medidas habían sido observadas por los sabios artífices. Sobre los capiteles de las columnas se extendía un egregio arquitrabe o epistilio, con la fascia inferior adornada con esferillas o perlas; la segunda, con largos husos partidos, y entre uno y otro dos vértebras intercaladas engarzadas en hilos; la tercera estaba hermosamente revestida de orejuelas con noble follaje y caulículos de perfectísima factura. Sobre el arquitrabe corría el friso, que estaba adornado con sinuosas frondas, con los tallos formando grandes espirales y follaje de pámpanos profundamente esculpidos, en los que anidaban muchos pájaros. Luego seguía una exquisita línea de

mútuos, con armoniosos intervalos, sobre los cuales comenzaba la gradación inversa de una gruesa cornisa. Más arriba de este remate la mayor parte del edificio estaba destrozado y ruinoso, con huellas de grandes ventanas gemelas desprovistas de sus ornamentos, que apenas daban una idea de cómo fue la obra entera y perfecta. Bajo el arquitrabe descrito se alzaba el frontón de la intacta puerta. Entre su declive y la línea del arquitrabe quedaba un espacio en forma de escaleno, es decir, de triángulo de lados desiguales. El arquitrabe, en el espacio entre las columnas, estaba soportado por maravillosos modillones con el intervalo requerido por las reglas del arte. En la figura escalena, ocupando el mayor espacio posible, había excavados dos círculos en forma de plato, con los bordes contorneados de úndulas, pequeñas golas y escocias; en medio de las molduras destacaba un toro noblemente revestido de hojas de encina, compaginadamente puestas una sobre otra, envueltas en cintas excavadas, con algunos frutos diseminados. En el interior había dos venerables figuras de busto en relieve, con palio anudado en el hombro izquierdo a la manera antigua. Tenían hirsutas barbas y las frentes laureadas y su aire era digno y majestuoso. En el saliente cuadrado del friso sobre las columnas que he descrito antes, había este relieve: un águila con las alas extendidas posaba sus garras sobre una gruesa guirnalda de hojas y frutos, que colgaba en el medio y cuyos delgados extremos estaban sostenidos a un lado y otro por cintas volantes casi exentas.

La notable puerta estaba situada sobre el suelo de losas de mármol entre las columnas del muro con suma perfección. Y, puesto que ya he dado la explicación de

los principales miembros de esta puerta magnífica, pareceme oportuno describir en el siguiente capítulo sus gratos y hermosísimos adornos. Porque para un arquitecto es más difícil hacer que hacer bien. Y para ello, lo primero es disponer y concebir, como antes se dijo, lo sólido de toda la obra antes que los ornamentos, que son accesorios de lo principal. Para lo primero se requiere la fecunda habilidad de uno sólo, pero para lo segundo son necesarios muchos artesanos manuales ignorantes (llamados por los griegos obreros), los cuales, como se ha dicho, son los instrumentos del arquitecto.

[v]

TRAS HABER DADO SUFICIENTE EXPLICACIÓN DE LA GRAN PUERTA Y DE SU SIMETRÍA, POLÍFILO PROSIGUE SU DISCURSO DESCRIBIENDO ÓPTIMAMENTE SU ACABADO Y TRABAJADÍSIMO ADORNO Y CUÁN ADMIRABLEMENTE ESTABA COMPUESTA.



UEGO A LA NOBLE MUCHEDUMBRE de los que se dedican al placentero amor, que no se sienta molesta porque me haya demorado tanto en el anterior relato. Tal vez no les ha agradado, deseosos como están de que se trate de aquello que, aunque en sí mismo es amargo, constituye el alimento del que se nutren con ánimo paciente sus corazones, alegremente dedicados a ello. Pero no sea yo inculpada por eso, pues tiene la culpa la variabilidad natural de los afectos hu-

manos: el pan, grato al paladar sano, algunas veces es desagradable al enfermo, pero enseguida vuelve a gustarle cuando, habiéndolo comido, se siente mejor. Lo hice para expresar la finalidad propia de la arquitectura, que es la consecución de la armonía de lo sólido del edificio. Después, el arquitecto es libre de reducirlo a divisiones menudas, como el músico, que habiendo concebido el tono y medido el tiempo en una máxima, luego lo divide en menudas particiones cromáticas y lo refiere al conjunto. De modo semejante, tras la invención, la principal regla peculiar al arquitecto es la cuadratura, que con sus pequeñísimas divisiones le permite mantener la armonía y el ritmo del edificio y distribuir en él los adornos convenientes sin dañar el conjunto. Gracias a la observación de estas reglas, la puerta que digo era bellísima por su admirable composición y por su excelente invención, y, teniendo unidas en sí tanta elegancia extraordinaria y tan cuidadosa distribución, parecía irreprochable hasta en sus menores detalles. Por lo tanto, estimo ahora adecuado describir su perfecta composición.

Lo primero que se presenta a la derecha es el estilopodio o columnipodio<sup>39</sup> bajo las basas de las columnas. Este, si se le quita la cornisilla de arriba con sus molduras, permanece más ancho que alto, según las reglas del arte, es decir, cuadrangular. Me conviene utilizar términos conocidísimos, aunque no vernáculos, porque se ha corrompido y mermado aquel tesoro nuestro de palabras con las que podríamos explicar adecuadamente todas las particularidades de esta obra. Pero con los que no entienden estos términos, tendremos que razonar aparte.

Así pues, en esta, como yo la llamo, ara, se había conservado la superficie frontal, con delicados relieves en alabastro transparente, discretamente rebajada entre golas cubiertas de hojas. En ella había sido esculpido con gran cuidado un hombre de edad madura,<sup>40</sup> robusto y de aspecto rústico, con espesa barba cuyos pelos se rizaban en el mentón a causa de su difícil salida a través de la dura piel. Estaba sentado sobre una piedra y cubierto con una piel de macho cabrío que, pelada en su parte posterior, había atado en torno a sus caderas, mientras que la parte anterior pendía, con la pelambre hacia dentro, entre sus piernas musculosas. Delante de él, entre sus gruesas pantorrillas, había un yunque fijado en un nudoso tronco. Inclinado sobre éste con el martillo en alto, fabricaba un par de candentes alitas, forjándolas a golpes. Enfrente estaba sentada una nobilísima matrona que tenía sobre los hombros delicados dos plumosas alas. Sentado en su regazo había un niño desnudo, su hijo, con las nalguitas sobre la carnosa pierna que la diosa madre tenía un poco levantada, ya que su pie desnudo estaba apoyado sobre una piedra, unida con el asiento del martilleante artesano simulando un montículo, que contenía también una cuevecilla con una pequeña fragua en la que ardía un fuego semejante al carbúnculo. La matrona tenía las abundantes crenchas lindamente levantadas sobre la amplia frente en torno a la cabeza, y estaba tan delicadamente representada que no sé cómo las restantes figuras que presenciaban aquella obra de artesanía no se movían hacia ella. Había también un guerrero de rostro airado, cubierto con una antigua coraza con la égida, con la espantosa cabeza de la Medusa en el pecho y otros nobles adornos; un

tahalí atravesaba su ancho pecho, y sostenía con el musculoso brazo, algo levantado, una lanza. Su cabeza estaba protegida por un casco con cimera y penacho y su otro brazo no se veía, porque estaba oculto por las figuras de delante. Detrás de la cabeza inclinada del artesano, aparecía un joven del que sólo se veía del pecho para arriba, vestido de paño fino. El artista había realizado cuidadosamente esta obra y la había introducido en el marco ondulado del ara sobre un fondo de piedra de color coral, que estaba colocada bajo los cuerpos y los miembros desnudos de las figuras. Su color se difundía a través de la piedra traslúcida y daba como resultado un tono rosado que contrastaba con el rojo del espacio vacío entre aquéllas. Todo el lineamiento de este subcolumnio se repetía en el otro, cambiando sólo la escena representada.

En el subcolumnio izquierdo estaba esculpido un hombre desnudo de edad viril, de mirada benévola y con el aire de tener una gran rapidez. Estaba sentado sobre un asiento cuadrado adornado con antiquísimos cincelados. Calzaba coturnos cuyas cintas envolvían sus piernas hasta la pantorrilla y tenía dos alas en cada pie. Y figuraba allí la misma matrona que en el relieve anterior, representada desnuda a la manera de las diosas, de cuyo pecho delicado brotaban dos firmes senos, duros y redondos, y tenía anchas caderas. Una y otra eran tan semejantes que se deducía claramente que representaban a la misma persona, pero ésta ofrecía su hijo al hombre para que lo educara. Éste mostraba astutamente tres flechas al niño, ya alado, que, andando sobre sus piecitos, se inclinaba hacia él; por tal acto se conjeturaba fácilmente en qué arte le iba a adiestrar. La divina madre sostenía un carcaj va-

cío y un arco sin tensar. A los pies del maestro yacía un caduceo con serpientes. También aquí se encontraba el guerrero, y una mujer con casco, vestida con una volante camisa que dejaba al descubierto sus pechos. Llevaba ésta sobre una lanza un trofeo que consistía en una coraza colgada del asta y una esfera con dos alas en la punta; entre una y otra ala estaba escrito: *NIHIL FIRMVM*.<sup>41</sup>

Las dos columnas dóricas de pórfito reluciente y terso, de siete diámetros de altura, que estaban situadas sobre estos cuadrados, eran de un oscuro color púrpura, con manchitas redondas más claras confusamente diseminadas. Cada una tenía veinticuatro estrías entre los bien dispuestos astrágalos o cordones; pero de sus tres partes, sólo la inferior estaba reforzada con junquillos. La razón por la que estaban estriadas así y con el tercio acanalado, pensé que era el hecho de que esta excelente fábrica o templo debía estar dedicada ritualmente a un dios y una diosa, ya fueran madre e hijo, padre y madre, padre e hija o algo similar. Porque los sabios padres antiguos atribuían al sexo femenino mayor parte de acanaladura que al masculino a causa de que su lúbrica naturaleza excede a la viril en lascivia.

El origen de todas las columnas estriadas fue el estar destinadas a templos de diosas, indicándose por medio de las estrías el plegado del vestido femenino: y sobre ellas pusieron el capitel con las volutas pendientes hacia abajo para imitar la retorcida cabellera de las mujeres y sus adornos. Aquellas cariátides que tienen como capitel una rizada cabeza de mujer, fueron situadas en el templo de aquel pueblo rebelde cuando fue reconquistado, para perpetua memoria de su inconstancia, semejante a la femenina.

Estas altas y exentas columnas a que me refería se alzaban sobre basas de bronce; sus toros, o cimbrías que descansaban sobre plintos, estaban estrechamente rodeados por una faja de hojas de encina con sus frutos, que les daba la vuelta. Los capiteles que las coronaban eran de la misma materia que las basas, de la forma conveniente y requerida por la armonía del conjunto, mejores que los que hizo Calímaco Catategnos para expresar la belleza del acanto que había germinado sobre el cestillo en la sepultura de la virgen corintia. Estaban cubiertos por ábacos u opérculos curvos adornados en el centro con el lirio. Su vaso estaba egregiamente revestido por dos filas de ocho hojas de acanto al modo romano o corintio. Fuera de las hojas brotaban las hélices menores, que, adelantándose hasta el centro del vaso, levantaban el lirio, adherido bellísimamente a la parte cóncava del ábaco, y luego los caulículos se enroscaban en espiral bajo el saliente de éste. Parecían las columnas que puso Agripa con tanto acierto en el pronaos del Panteón. Su altura era igual al diámetro íntegro de la parte inferior, guardando la simetría en todas sus partes y accesorios.<sup>42</sup>

El umbral de la puerta era una enorme piedra durísima de color verde, sembrada de máculas blancas, negras y amarillas y de otras diversas manchas imprecisas. Sobre él se alzaban las rectas jambas, destacadas en la entrada y relucientes. Su anchura era de un paso, como el umbral, pero su cara externa sobresalía notablemente. No había señal alguna de goznes ni en el umbral ni el dintel, ni indicio de las cabezas de hierro de las grapas que sostienen los semicapiteles de piedra. Desde allí subía el arco, con las molduras requeridas y los mismos or-

namentos que las fascias del arquitrabe, es decir, bolas o perlas, husos partidos y ensartados y orejuelas de perro y úndulas a la manera antigua, sinuosas o desflecadas, y los caulículos. Su espina o fíbula o clave<sup>43</sup> era notabilísima, admirable, de invención sutil y atrevida y elegante acabado: pues vi atónito un águila casi de bulto redondo, con las alas abiertas, hecha de piedra dura y negrísima. Tenía agarrado amorosamente por sus vestiduras a un niño noble y delicadísimo, con tanto cuidado que las puntiagudas y ganchudas uñas, volviéndose hacia abajo, no dañaban las tiernas carnes. Y arrastrándole con las garras por los bordes de las ropas, abrazando con las patas el gordezuelo y redondo pecho, desnudaba al niño que colgaba de ella, del ombligo para abajo: las tiernas nalguillas se retorcían entre los muslos cubiertos por las plumas del ave. Este hermosísimo niño, digno de quien lo había rapado para sí, presentaba en su carita muestras de estar asustado por lo que ocurría. Tenía abiertos los bracitos y se había agarrado estrechamente con las gordezuelas manos al hueso remero, (que es el que une el cuerpo a las alas abiertas para el vuelo de forma que puedan moverse). Y, echando hacia atrás las piernas turgentes e infantiles, había puesto los piecitos sobre la ancha cola. Ésta, que era bellísima, descendía por debajo de la clave del arco. El niño estaba esculpido hábilmente en la capa blanca del ágata u ónice, y el ave en el sardónice, que es la otra capa de la piedra. Esta exquisita escultura me dejó estupefacto, pensando con qué perspicacia imaginó el elegante artista una aplicación tan adecuada de la naturaleza de esta piedra a tal función y propósito. Al ver que el águila tenía erizadas las plumas cercanas al pico y

éste entreabierto, mostrando la lengua como jadeando, conjeturé que estaba llena de amoroso deseo. Seguía con su espalda la vuelta del arco, y también la espalda del niño colgado.<sup>44</sup>

El intradós del arco tenía un sofito dispuesto en pequeños casetones cuadrados egregiamente diseñados, en cuyo centro colgaban en altorrelieve rosetas por toda la anchura de las jambas hasta la altura de los capiteles, desde los que se iniciaba la curvatura del arco sobre el hueco de la puerta.

En los triángulos que generaba el arco había sendas pastóforas<sup>45</sup> de nobilísima escultura, con la técnica que el vulgo llama de camafeo. Los paños revoloteaban en torno al cuerpo virginal, dejando al descubierto parte de las bellas piernas, pecho y brazos. Estas ninfas, con el cabello suelto y descalzas, tendían hacia el vano el trofeo de la victoria. Eran lechosas y blanquísimas, y ocupaban todo el espacio triangular, cuyo fondo era de piedra negrísima que imitaba metal. Detrás de las columnas se veían las blancas placas adheridas de excelente mármol.

Sobre el arquitrabe se asentaba el friso, en medio del cual había sujeta una tablilla de metal dorado, con un epigrama de egregias mayúsculas griegas grabadas en plata incrustada, que decía así:

ΘΕΟΙΣ  
ΑΦΡΟΔΙΤΗ ΚΑΙ ΤΩΙ  
ΥΙΩΙ ΕΡΩΤΙ ΔΙΟΝΥΣΟΣ  
ΚΑΙ ΔΗΜΗΤΡΑ  
ΕΚ ΤΩΝ ΙΔΙΩΝ  
ΜΗΤΡΙ ΣΥΜΠΙΑΘΕΣΤΑΤΗ

«Diis Veneri et filio Amori, Bacchus et Ceres de propriis (scilicet substantiis) Matri pientissimae.»<sup>46</sup> Sostenían la tablilla de bronce por sus extremos dos niños o espíritus alados, tan perfectamente formados que el diligente escultor de los célebres niños portadores de la concha ravenata no vio semejante modelo, uniendo las gordezuelas manos a la tablilla, la sostenía cuidadosamente; eran de bronce y estaban desnudos, destacando sobre un fondo de piedra azul (de color más intenso que aquella que, en forma de pastillas, segrega el azul perfecto) que brillaba como el vidrio.

En el frente del friso que se extendía sobre las columnas de pórvido, había despojos de corazas, lórigas tejidas con múltiples mallas, clipeos, gáneas, fascas, segures, hachas, aljabas, dardos y otras muchas máquinas bélicas, aéreas, marítimas y terrestres, de factura dignísima y situadas a ambos lados. Simbolizaban sin duda las victorias, potencias y triunfos del amor, que hicieron que el tonante Júpiter se metamorfoseara y que los mortales perecieran por su causa.

Ordenadamente seguía luego la admirable cornisa, con todos los lineamentos que decentemente concurren a la elegancia de la obra: porque, de otro modo, así como cuando en el cuerpo humano están discordes unas cualidades con otras sobreviene la enfermedad, y como cuando no hay armonía en el conjunto y los accidentes no están sabiamente distribuidos en el debido lugar, se produce la deformidad, así ni más ni menos, es deforme y enferma la fábrica en la que no se halla la debida armonía y el orden adecuado. Esto lo confunden los modernos ignorantes, porque desconocen la justa distribución. Pero

nuestro sapientísimo maestro compara el edificio con un cuerpo humano bien proporcionado en sus partes y vestido decorosamente.<sup>47</sup>

Encima de esta corona de gradación inversa, se alzaban cuatro cuadros, dos sobre el orden de las columnas estriadas o cariáticas y dos entre ellas. En medio de estas últimas había una ninfa de excelente escultura, de oricalco, con dos antorchas, una vuelta hacia la grave tierra, apagándose, y otra encendida, hacia el sol. Tenía la ardiente en la mano derecha y la otra en la izquierda. En el cuadro de la parte derecha vi a la celosa Clímene, con los cabellos convertidos en móviles frondas, y a Febo enfurecido. Ella lloraba por no poder seguirle y él huía, fustigando a los cuatro velocísimos caballos de su rápida cuádriga, ni más ni menos que quien corre perseguido por un enemigo mortal.<sup>48</sup> En el recuadro situado sobre el orden de columnas izquierdo se contenía, en inusitada escultura, la escena de Cipariso<sup>49</sup> elevando en el aire los tiernos miembros, desconsolado por haber asaeteado a la cierva, y Apolo llorando ardientemente.

El tercer cuadrado de la izquierda, vecino a éste, ofrecía este bellísimo relieve: Leucótoe, muerta impíamente por su propio padre, mudaba las blancas y juveniles carnes en tiernas cortezas, móviles frondas y flexibles ramas.<sup>50</sup>

En el cuarto cuadrado se mostraba la displicente Dafne, que, sorda a los ardientes deseos del melenudo Delio, tendía dolorosamente hacia los cálidos cielos las carnes virginales transformadas en follaje perenne.<sup>51</sup>

Con el orden debido, sobre el cimacio, que así se llama la última línea de cualquier contorno, de estas esce-

nas que he descrito, se extendía sobresaliendo una corona de dentículos y ovas, intercalados los rayos o dardos entre una y otra ova, y hojarasca, ímbrices, verticilos y conchas y otros adornos y obras eximias, y mútulos con los astrágalos sin defecto alguno, y por último la sima, adornada con bella labor de acanto. Su escultura era tan excelente que no aparecía el menor estigma del corrosivo trépano, propio de las obras esculpidas groseramente.

Volviendo al frontispicio o frontón, en cuya disposición, como ya he dicho antes, se resumen todas las molduras de las cornisas del conjunto, con excepción de la nacela, que en esta parte falta, ahora corresponde explicar su superficie triangular, semejante al coronamiento de un templo, cuya contemplación me dejaba admirado. Allí fue situada, ocupando el mayor espacio posible entre los ángulos, una corona cuidadosamente tejida y realizada con diversas hojas, frutos y tallos, de piedra muy verde, atada en cuatro de sus partes por cintas enroscadas entre los haces, sostenida por dos escilas semihumanas con la parte inferior de pez, que la sujetaban con un brazo arriba y otro abajo. Extendían sus colas de monstruo marino, revueltas en espirales, a una y otra parte de los ángulos sobre el cimacio de la cornisa, y tendían hacia el extremo de esta escamosa cola las aletas. Tenían rostros de doncella y los cabellos en parte retorcidos sobre la frente, en parte sueltos, rizándose sobre las sienas, y los restantes femeninamente dispuestos alrededor de la cabeza. De sus hombros brotaban alas de arpía, extendidas hacia los remolinos de la revuelta cola, y de sus monstruosos flancos aletas de foca allí donde comenzaban las escamas, que iban extendiéndose paulatinamen-

te hacia el extremo de la cola. Los pies, dirigidos hacia la corona, eran de ternera marina, que repele la ira celeste.

En el interior de la corona vi una cabra hirsuta y fecunda que amamantaba a un niño que estaba sentado debajo de ella, con una de las carnosas piernecitas extendida y la otra algo retraída hacia sí. Agarrándose con los bracitos a los colgantes y rojizos pelos, tendía el rostro hacia las ubres hinchadas para chuparlas. Una ninfa se inclinaba cariñosamente y sostenía levantada una pata de la cabra con la mano izquierda, mientras que con la otra acercaba las hinchadas y pesadas ubres hacia la boca chupona del lactante. Bajo ella se leía: *AMALTHEA*. Y otra ninfa, que estaba en pie ante la cabeza del animal, con un brazo le rodeaba complaciente el cuello y con la otra mano le frenaba con destreza por los cuernos. Había otra en medio, con frondas en una mano y sosteniendo con la otra una antiquísima taza de asas exquisitas; a sus pies estaba escrito: *MELISSA*.<sup>52</sup> Dos ninfas más, entre una y otra de las tres ya dichas, bailaban saltando ágilmente con instrumentos propios de los coribantes, cubiertas con vestidos ninfales que imitaban en la escultura el movimiento de la forma agitada. ¡Cuán hábilmente había sido figurado su misterio en su noble factura! Aquellos bajorrelieves sin duda no eran del escultor Policleto, ni de Fidias ni de Lisipo; ni siquiera Scopas, Briaxis, Timotheos, Leocares y Theon sirvieron con tan magistral cincel a la piadosa Artemisia, reina de Caria, porque esta obra estaba maravillosamente hecha, más allá del ingenio humano y de las posibilidades de cualquier escultor.<sup>53</sup>

Finalmente, en el mismo frontón del templo o frontispicio, bajo la cornisa superior, en la parte plana, apa-

recían incisas en perfectas mayúsculas áticas estas dos palabras: ΔΙΟΣ ΑΙΓΙΟΚΟΙΟΣ<sup>54</sup> Tal era la admirable composición y excelente disposición que se observaba en esta conspicua y bellísima puerta. Si toda su admirable armonía no quedara suficientemente explicada, debe achacarse a mi temor hacia la prolijidad y a la carencia de los vocablos adecuados para describirla completamente. Y puesto que el tiempo devorador había dejado intacta solamente ésta, no juzgué oportuno pasar adelante sin haber dicho y tratado algo de ella en particular.

Está claro que las ruinas del edificio que dije por todas partes hacían gran ostentación de construcción admirable, y esto se apreciaba a simple vista porque había aquí y allá algunas obras que se habían conservado intactas, como en las partes inferiores algunas columnas enanas, concebidas para resistir un tremendo peso. Otras eran corintias, de éntasis nunca visto, con la moderada hinchazón que requería la simetría y según las exigencias del peso y el adorno, ingeniosamente extraída su hábil proporción a semejanza con el cuerpo humano. Igual que a un hombre que tiene que sostener un gran peso, le conviene tener anchas plantas bajo piernas robustas, así en una construcción armoniosa se atribuye el peso a las columnas enanas y el adorno a las corintias y jónicas, que son gráciles. Todas las partes tenían una laudable elegancia, según requería la armonía de la construcción. El reparto de la coloración de los mármoles era adecuado a dar gracia a los objetos, y así había pórvido, ofita, piedra nùmda, alabastro, piropecile, piedra lacedemonia y mármol blanco y rojo sembrado de blanquísimas manchas, y otras piedras de diversos colores confu-



samente mezclados; y columnas cuya altura se calculaba por otra regla que la del diámetro inferior. Encontré también una rara especie de basas en forma de almohadón, que tenían sobre el plinto dos escocias separadas por una interposición de hipotraquelios y astrágalos, con el toro encima.

En diversas partes las ruinas estaban ocultas por la colgante y densa yedra, que serpeaba del suelo hacia arriba, con sus dispersos racimos abundantes en negras bayas y su verdosa pelusa. La madera de esta planta, convertida en copa, separa a Baco de Tetis;<sup>55</sup> y aquí y allá, ocupando muchos lugares del antiguo edificio, había muchas otras plantas de las que crecen sobre los muros. En las hendiduras crecía la vivaz digital, y en otras partes colgaban el cotiledón; y el erogenetón, que lleva un nombre tan grato, pendía hacia abajo en las cortaduras. Y en otras roturas crecían la parietal y la diurética alsinia y el helecho y el adianto y el asplenión, a franjas, con el reverso del color de la herrumbre, y la nudosa selenita menor y otras plantas que gustan de la vetustez de los muros y de las piedras, y el culantrillo y la verdosa oliveta, habitantes de las ruinas; de modo que muchas dignas obras estaban cubiertas y escondidas.

Y las grandes y torneadas columnas que estaban caídas parecían más bien un confuso montón de troncos derribados en el suelo. Entre las ruinas aparecían restos de notables estatuas de diversas formas y actitudes: muchas estaban desnudas, algunas vestidas con túnicas arrugadas que se adherían al cuerpo desnudo, dejando adivinar los miembros cubiertos por ellas; unas se apoyaban en el pie izquierdo y otras sobre el derecho, teniendo la cabe-

za perpendicular sobre el centro del talón de apoyo y el otro pie libre y despojado de todo peso, extendido; con una altura de seis pies o cuatro codos. Algunas estaban aún íntegras, en pie sobre sus pedestales, y otras sentadas en tronos con modesta disposición. Vi innumerables trofeos, botines de saqueos e infinitos ornamentos y bucráneos y cráneos de caballo dispuestos con el debido intervalo; de sus cuernos colgaban restos de guirnaldas con ramas y frutos, más gruesas en el centro que en los extremos, con niños que jugaban a cabalgar. De todo ello se infería inmediatamente cuán fértil era el ingenio del docto arquitecto en cuidado, estudio y aplicación y cuán fecunda se mostraba su inteligencia en vigilancia y con cuánto placer había llevado a cabo laboriosamente su propósito. Y también cuán grande era la euritmia que demostraba la talla de la piedra y cuánto arte mostraba la escultura; pues tanta era la facilidad del artífice, que su materia parecía ser antes blanda arcilla y creta que duro mármol; y cuán estrechamente habían sido unidas las piedras unas a otras y qué bien ordenadas estaban, niveladísimas y regularmente situadas.

Este fue el arte auténtico, que pone al descubierto nuestra confiada ignorancia, detestable presunción y manifiesto y dañosísimo error. Esta es la clara luz que dulcemente invita a su contemplación para iluminar nuestros ojos ofuscados, porque ninguno permanece ciego con los ojos abiertos si no es que, resistiéndose a ella, la rehuye. Esta es la que acusa a la nefanda avaricia, rapaz y devoradora de toda virtud, gusano que roe continuamente el corazón de quien es su cautivo, maldito obstáculo y óbice para los ingenios dotados, enemiga mortal

de la buena arquitectura, ídolo execrable del siglo presente, tan indigno y tan venerado para nuestro daño; veneno funesto, que haces la desgracia de quien es herido por ti, ¿cuántas obras magníficas arruinas e impides? Estando arrebatado y preso de un amable e impensable placer con estas cosas, admirando tanto la santa y venerable Antigüedad, me encontré lanzando miradas indeterminadas, vacilantes y ávidas. Mirando aquí y allá con gran gusto, llena mi mente de admiración hasta rebosar, examinaba las escenas esculpidas meditando su significado, especulando profundamente sobre ello con espontáneo placer, con la boca abierta durante largo rato. No faltó allí nada que pudiera satisfacer mis ojos ávidos y mi insaciable apetito de mirar y remirar aquellas obras excelentes y antiquísimas. Despojado, pues, de todo otro pensamiento, sólo me acordaba a menudo de mi amada Polia, gratísimamente conservada en mi tenaz memoria. Pero, por todo esto, con un sonoro suspiro la relegaba un tanto, no sin dificultad, y volvía a mirar aquellas gratísimas bellezas.

\*

POLÍFILO, COMENZANDO A ENTRAR POR LA PUERTA DESCRITA, CONTEMPLABA TAMBIÉN CON GRAN PLACER EL ADORNO ADMIRABLE DE SU INGRESO. Y, QUERIENDO LUEGO VOLVERSE ATRÁS, VE AL DRAGÓN MONSTRUOSO, INCREÍBLEMENTE ATERRO- RIZADO POR EL CUAL EMPRENDE LA HUIDA POR LUGARES SUBTERRÁNEOS. FINALMENTE, ENCUEN- TRA LA DESEADÍSIMA SALIDA Y LLEGA A UN LU- GAR AMENO.



INDUDABLE Y GRANDE COSA SERÍA SIN duda poder narrar y describir con facilidad y detalle la factura increíble e in- expresable composición de la vastísima es- tructura, la magnitud del edificio tan grande y la belleza de la puerta, convenientemente situa- da en un lugar patente y visible. El placer que yo experi- mentaba al contemplarla era mayor que mi sorpresa, porque, por Júpiter, pensaba que ninguna tarea resulta difícil a los dioses y casi me inclinaba a creer que ningún artífice ni ninguna sabiduría humana eran capaces de componer tal vastedad, expresar ideas tan amplias, con- cebir tanta novedad, adornar con tal elegancia y dispo- ner con tan singular simetría, y, sin añadidos ni correc- ciones, definir perfectamente la noble e impensable os- tentación de aquella obra.

Por esta razón, no dudo que si el historiador de la naturaleza<sup>56</sup> hubiese visto u oído esto, habría tenido en poco a Egipto, aunque el trabajo y el ingenio de sus artí-

fices era admirable, los cuales, distribuidos en distintos talleres y elegida la parte que iban a esculpir cada uno y anotadas las dimensiones, guardaban tanto la simetría cada uno en su pedazo, que luego eran capaces de componer un coloso enorme tan perfectamente como si hubiera sido realizado por un sólo artífice. Y hubiese tenido en poco asimismo la sagaz habilidad del arquitecto Satyro<sup>57</sup> y de los otros artífices famosos, y principalmente en el Simandro la obra magnífica del excelente Memnón, consistente en tres grandes estatuas del supremo Júpiter esculpidas en una sola piedra, una de las cuales, que estaba sentada, tenía los pies de más de siete codos.<sup>58</sup> Igualmente habría quedado pequeño aquí el maravilloso prodigio de la estatua de la magnánima Semíramis esculpida en el monte Bagistano, que medía diecisiete estadios. Y guardando silencio sobre la insolente magnitud de las pirámides de Menfis, los escritores hubieran escrito más ampliamente sobre esta y habrían olvidado los teatros famosos y los anfiteatros y las termas y edificios sagrados y profanos y acueductos y colosos; y habrían<sup>59</sup> dejado de lado el maravilloso y estupendo Apolo trasladado por Lúculo y el Júpiter dedicado al César Claudio y el que fue hecho por Lisipo para Tarento y la maravilla de Cares Lindio en Rodas, y los colosos realizados por Zenodoro en Galia y en Roma y el increíble Serapis de nueve codos hecho de esmeralda y el famoso laberinto de Egipto y la estatua de una sola pieza de Hércules en Tiro. Y aplicando su elocuencia a la suma alabanza de lo que antes he descrito, lo habrían proclamado lo más admirable de todo, aunque en el templo de Júpiter se encontrara la maravilla inestimable del obelisco de cuarenta codos de

alto, cuatro en un frente y dos en otro, hecho de cuatro fragmentos.<sup>60</sup>

Mirando, pues, insaciablemente unas obras y otras, todas bellísimas y enormes, pensaba: «Si los fragmentos de la santa Antigüedad y sus pedazos y ruinas y sus escombros me producen tan estupenda admiración y tanto placer al mirarlas, ¿qué no produciría su integridad?» Y dije así entre mí razonablemente: «Tal vez en el interior está la venerable ara de los misteriosos sacrificios y las llamas sagradas o la estatua de la divina Venus o Afrodiseo, o la de su hijo arquero y sagitario.» Y cuando puse el pie derecho en el sagrado umbral, me salió al encuentro un ratón blanco que huía. Y habiendo entrado con curiosidad rápidamente y sin otro pensamiento en el brillante y abierto acceso, se presentaron a mis ojos escrutadores cosas dignas de eterna atención. Allí, a derecha e izquierda, la pared estaba cubierta de planchas de mármoles pulidísimos, y en medio de cada muro había incrustado un gran círculo, rodeado por una frondosa corona, en notable asociación de relieves: el círculo era de piedra negrísima, resistente al duro hierro, de brillo espejo. Cuando pasé entre ambos (sin darme cuenta de su existencia) fui repentinamente asustado por mi propia imagen. No menos prestamente fui repuesto por un inesperado placer, porque en ellos se ofrecía claramente el juicio de las escenas de mosaicos admirablemente pintadas; y en las dos partes inferiores, bajo los brillantes espejos, había a lo largo de las paredes asientos de piedra. El pavimento estaba limpio y sin polvo y hecho con un agradable trabajo cerámico; el coloreado sofito se hallaba libre de las detestables telarañas porque pasaba por

allí continuamente el soplo de una brisa fresquísima. Este sofito alcanzaba las paredes cubiertas con las planchas de mármol bajo una ligadura, de invención sutilísima, que se extendía desde los capiteles de las derechísimas antas hasta el otro extremo del acceso, en una longitud que estimé aproximadamente de doce pasos.

Sobre la elegante ligadura comenzaba a ascender en arco el sofito, según la curvatura del arco de la puerta. Su fecunda invención se mostraba en sus hermosos relieves, que consistían en monstruillos acuáticos nadando en el agua simulada y tritones en las moderadas olas; y mujeres con retorcidas colas de pez, que se sentaban en hermosas actitudes sobre sus espaldas, algunas de ellas desnudas, enlazadas a los monstruos en mutuo abrazo; algunos tocaban flautas; otros, instrumentos fantásticos, algunos iban montados en extrañas bígas arrastradas por pacientes delfines, coronados con la fría flor del nenúfar, algunos vestidos con las hojas de esta planta; algunos tenían multitud de vasos llenos de frutos y cornucopias rebosantes; otros se azotaban mutuamente, con manojos de lirios y flores de barba silvana; algunos se protegían con cardos; los de la otra parte luchaban montados en caballos marinos y otras bestias diversas y nunca vistas, protegidas por caparazones; y aquí se daba curso a la lascivia y tenían lugar juegos y fiestas; estaban óptimamente esculpidos y figurados con sus gestos vívaces y sus movimientos, y adornaban completamente uno y otro lado.

En la vuelta de la bóveda vi una cuidadosísima obra de mosaico compuesta por exquisitas teselas de vidrio, unas con la superficie dorada y otras de colores diversos

y gratísimos. Lo que primero se advertía era un friso de dos pies de anchura que daba la vuelta a todo el espacio de la bóveda, desde la ligadura para arriba, y corría por la mitad del techo en dos bandas. Era de colorido muy vivo y las hojas que lo componían tenían el verdor de las esmeraldas, con el envés purpúreo y sus flores eran azules y rojas, todo ello con graciosas curvas y entrelazos. Entre estas bandas, a un lado, vi pintada esta historia antigua: Europa jovencita nadando hacia Creta sobre el fingido toro; y el rey Agenor que mandaba a sus hijos Cadmo, Fénix y Cílice que siguieran a la seducida hermana para encontrarla; y cómo ellos, al no hallarla, mataron en la fuente al escamoso dragón con gran arrojó. Y cómo, tras haber consultado a Apolo, determinaron junto con sus compañeros edificar la ciudad allí donde se detuviera la mugidora ternera: por eso aquel país hasta hoy conserva su nombre, derivado del mugir de los toros. Edificaba, pues, Cadmo, Atenas, el otro hermano, Fenicia y el tercero, Cilicia.<sup>61</sup> Esta pintura musivaria expresaba oportunamente la historia y estaba óptimamente dispuesta y realizada con esmerado cuidado, con las ficciones, las representaciones y los colores naturales que exigían los hechos y los lugares.

En el rectángulo de enfrente vi, realizado de un modo semejante, cómo la lasciva Pasífae, encendida por su amor infame, escondida y encerrada en la falaz máquina de madera, se unía con el robusto toro en abrazo secreto. Y luego al Minotauro, de forma monstruosa, preso y encarcelado en el fatigoso y extraviado laberinto. Por último, al sagaz Dédalo, habiendo huido ingeniosamente de aquel encierro, fabricando para sí y para Ícaro

las alas: y a este pobre infeliz, sin hacer caso del mandato y el ejemplo del padre, precipitándose en el ancho mar—al morir dio su nombre a las aguas icarias—; luego al padre, que se había mantenido incólume, colgando, para cumplir su voto, la máquina voladora de plumas en el templo de Apolo.

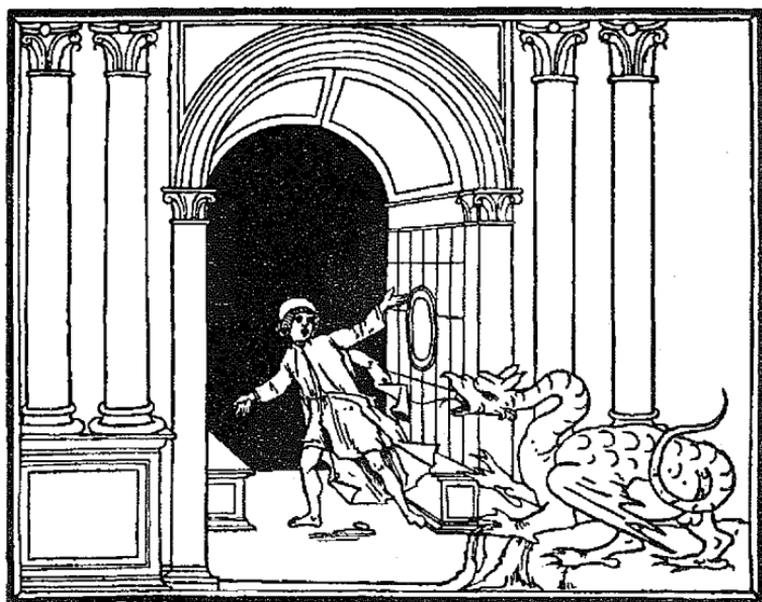
Sucedió que yo miraba y remiraba, con la boca abierta y sin pestañear, con el ánimo arrebatado, prestando sólo atención a aquellas historias bellísimas, tan bien dispuestas y perfectamente ordenadas y pintadas con sumo arte y elegantemente expresadas, que se habían conservado intactas. Tan tenaz era el material de unión, que las teselas de vidrio, colocadas de forma compacta y unidas permanentemente, estaban intactas hasta entonces y ninguna fuera de su sitio, porque el magnífico artífice había puesto sumo cuidado en esta obra excelente. Y allí caminaba yo paso a paso, examinando con atención con cuánta habilidad en el arte de la pintura había tenido cuidado de colocar con meditada distribución las figuras más cercanas en los planos adecuados y cómo las líneas de los edificios arrastraban hacia el objeto y cómo algunos lugares casi se perdían de vista y las cosas imperfectas se reducían poco a poco a lo perfecto y llegaban a los ojos como en la realidad; con los exquisitos adornos, aguas, fuentes, montes, colinas, bosquecillos, animales. El colorido se degradaba con la distancia y con la incidencia de la luz y con los oportunos reflejos en los pliegues de los vestidos y en los otros detalles, con no poca emulación de la ingeniosa naturaleza. Tan admirado y absorto estaba en contemplación, que casi me hallaba fuera de mí.

De este modo, había llegado al final del corredor, donde terminaban las graciosas escenas, y más allá la oscuridad era tan densa que no me atrevía a entrar. Pero cuando me volvía hacia la puerta para salir, iba oyendo un incesante fragor de huesos y crepitar de follaje por las abruptas ruínas. Me quedé de repente en suspenso y arrancado de mi dulce entretenimiento. Y luego oí más claramente aún como si arrastraran un gran buey muerto por aquel lugar lleno de abrojos y por las hacinadas ruínas desniveladas, acercándose a la puerta con un estrépito cada vez más próximo y mayor. Y oí el enorme silbido de una serpiente desmesurada. Me quedé estupefacto y sin habla, con los cabellos erizados, y no me resolvía a huir introduciéndome por aquellas tenebrosas oscuridades.

¡Oh, desgraciado e infortunado de mí! He aquí que de repente veo con toda claridad alcanzar el umbral de la puerta, no cual Androcles en su cueva, a un león cojeando, sino a un espantoso y horrible dragón que tenía una temblorosa lengua trífida vibrante, las mandíbulas rechinantes provistas de dientes puntiagudos y en forma de sierra y la gruesa piel cubierta de escamas. Se deslizaba sobre el pavimento de conchas recorriendo con las batientes alas el lomo rugoso y enroscaba la larga cola con movimientos de serpiente, con grandes nudos capaces—¡Ay de mí, que estaba medio muerto!—de espantar al belicoso y acorazado Marte y de hacer temblar al temible Hércules, vencedor de Caco, a pesar de su nudosa clava tomada a Molorquio, y de hacer a Teseo volverse atrás en su temeraria empresa, y de aterrorizar al gigante Tifón más de lo que los dioses superiores fueron aterrorizados por él, y de reblandecer el corazón más endure-

cido, obstinado e impenetrable que haya existido jamás. ¡Ay de mí, si era capaz incluso de arrancar de su puesto a Atlas, que sostiene la bóveda de los cielos, qué no haría con un hombre joven y de poco ánimo, solo en lugares desconocidos y que se encontraba inerme y asustado! Percibí que de sus fauces brotaba un aliento humeante, asqueroso y funesto, y, desconfiando de cualquier huida y de escapar del mortal peligro, sintiendo que las fuerzas abandonaban mi ánimo, invoqué temblando y aterrizado a cada una de las divinas potencias.

Y, dando media vuelta sin demora, penetré en la oscuridad y emprendí la fuga rápidamente por la parte interior, para mí desconocida, de aquel lugar tenebroso, y huí por diversas y oscuras revueltas y pasajes sinuosos. Allí pensé firmemente que había llegado a la inextricable



fábrica del sagaz Dédalo o al laberinto de Porsena, que contenía tantas intrincadas vueltas y revueltas y numerosas puertas para fingir la salida y hacer regresar a los mismos caminos equivocados; o a la caverna llena de antrós del terrible Cíclope o a la oscura cueva del rapaz Caco. Y hasta que mis ojos no se acostumbraron un poco a la oscuridad, no era capaz de ninguna manera, desgraciado de mí, de ver nada, sino que caminaba con los brazos extendidos ante el rostro para no toparme, al correr, con algún pilar, asumiendo la función de mis ojos ciegos. Como un caracol, con su casa auestas, que extiende sus carnosos cuernecillos para tantear el camino y los contrae ante los obstáculos, lo mismo hacía yo con los brazos, palpando para no chocar con los enormes sostenes de la montaña y de la pirámide. Y cuando me volvía a mirar si el cruel y espantoso dragón me seguía, la luz había desaparecido completamente.

Me encontraba, pues, en las ciegas vísceras e impracticables caminos de las cavernas sombrías y en mayor terror y mortal espanto que Mercurio cuando se convirtió en ibis y Apolo en cuervo y Diana en la avecilla oropéndola y Pan en imagen doble;<sup>62</sup> y en mayores que los de Edipo, Ciro, Creso y Perseo; y en mayor terror y ruina que el ladrón Trasileo convertido en oso, y en mayores angustias que Psiquis y en peligros más trabajosos que los de Lucio convertido en asno, cuando oía el conciliábulo de los ladrones sobre su muerte, sin ninguna opción que seguir, sin saber qué hacer y desesperado.<sup>63</sup> En este punto, además de todos los miedos antedichos y de los terrores y espantos que me habían puesto asustadísimo y nervioso, el vuelo frecuente en torno a mi cabeza de

las lucífugas lechuzas me llenaba de temerosa angustia. Y a veces su chirrido incesante me hacía creer que ya estaba firmemente apresado entre los dientes puntiagudos del venenoso dragón y entre sus apretadas fauces, dentadas como una sierra. Igualmente, para redoblar mi peligroso y grave terror y acrecentar mi pesar, me venía a la memoria el lobo que había visto, que tal vez había sido funesto presagio y anuncio de mi desgraciada aventura. Erraba, vagando de acá para allá, como la hormiga cargada de grano cuando pierde el olor de su camino, con los oídos atentos a escuchar si se acercaba a mí, desgraciado, el horrible monstruo con su veneno, peligroso como el de la hidra de Lerna, y su horrible crueldad, para devorarme espantosamente. Cualquier cosa que me salía al encuentro pensaba que era él.

Y como me encontraba aquí inerte y privado de toda ayuda en tan mortal angustia y dolor aniquilador, aunque naturalmente la odiosa muerte no es en ningún modo agradable, sin embargo en este momento la encontraba grata. Y aunque yo podía quererla, allí no valía quererla o no, y me alentaba a esperarla sin desmayo, a causa de lo incierto, infeliz y agitado de mi vida. Sin embargo, ay de mí, mi espíritu vacilaba y me resistía a ella y la rechazaba y luchaba justamente contra su funesta llegada, porque me abrasaba pensando que debía morir sin haber recogido los frutos de mi inmenso amor, aunque si se me hubiese presentado entonces de repente, la habría acogido bien. Pero, regresando a punto a mi idea fija y habitual, lloraba la pérdida de dos cosas tan deseables como eran Polia y la preciosa vida, invocándola a menudo con voces entrecortadas por suspiros y sollozos que

resonaban en el pesado aire encerrado bajo las bóvedas ingentes en aquel oscuro lugar, y decía entre mí: «Si muero aquí, de esta manera desgraciada y dolorosa, privado de todo consuelo, ¿quién merecerá ser el heredero de tal y tan apreciada gema? ¿Quién poseerá un tesoro tan inestimable y de tantos talentos? ¿Qué sereno cielo recuperará luz tan clara? Oh, desgraciado Polífilo, ¿a dónde vas tan perdido? ¿Hacia dónde emprendes la fuga? ¿Dónde esperas volver a ver algún bien deseado? He aquí brutalmente destrozados e interrumpidos todos tus agradables placeres, fabricados por el dulce amor en la enredada mente. He aquí truncados y aniquilados en un momento todos tus amorosos y elevados pensamientos. Ay de ti. ¿Qué inicua suerte y mala estrella te han conducido tan funestamente a estas espantosas oscuridades? Y, expuesto y arrojado a abundantes y fatales abatimientos y destinado a ser destruido por la cruelísima voracidad y apresurada glotonería de este terrible dragón, ¿seré arrojado entero a las vísceras sucias e inmundísimas llenas de estiércol para corromperme en ellas? ¿Y luego expelido de allí por una salida en la que más vale no pensar? ¡Oh muerte deplorable e inaudita, desgraciada salida de la vida! ¿Dónde habría ojos tan estériles, agotados y carentes de humor que no se deshicieran completamente ante esto en abundantes lágrimas? Pero he aquí que, casi moribundo, le siento a mis espaldas. ¿Quién vio nunca revolverse hacia sí más atroz y monstruosa crueldad de la fortuna? Heme aquí en presencia de la desgraciada y violenta muerte y de la hora suprema y del punto maldito, en esta tenebrosa oscuridad; mi cuerpo y mi carne humana saciarán a esta horri-

ble bestia. ¿Qué crueldad, qué furor, qué desgracia más espantosa pueden soportar los mortales que ver arrebatada la dulce luz a los vivos y negada la tierra a los muertos? ¿Y qué sombría calamidad y enorme miseria no sería abandonar tan dolorosa e inoportunamente a mi agradabilísima y purísima Polia? ¡Adiós, adiós, pues, excelente luz de las virtudes y de toda verdadera y real belleza, adiós!»

Excitado por esta aflicción tan grande y por tal perturbación, consumiéndome de un modo impensable, mi alma se exasperaba amargamente. Sobre todo intentaba con todas mis fuerzas escapar del temible peligro y salvar mi vida impura, breve e insignificante, pero al mismo tiempo deseaba morir sin más dilación si esta violencia no tenía remedio alguno, de modo que estaba muy confuso y no sabía qué hacer, huyendo por lugares inciertos y extraviados rodeos, con las piernas debilitadas y torpes, sin fuerzas, desfalleciente, exánime, enloquecido y casi fuera de mí.

Pero, encontrándome en este lamentable estado, invoqué con mis súplicas (como recurso extremo) a los dioses superiores y omnipotentes y a mi genio bueno, ya que me sentía libre de culpa, por si me socorrían con su perenne piedad en esta situación desgraciada, y he aquí que comencé a vislumbrar un poco de luz. Cuando me dirigí hacia ella a la mayor velocidad posible, vi suspendida allí una lámpara que ardía eternamente ante un altar. Tenía este, según pude calibrar en aquel momento, cinco pies de alto por el doble de ancho y sobre él descansaban tres imágenes de oro. Aquí, decepcionado por la naturaleza de aquella luz, no sin religioso horror fui

presa de espanto en estas tinieblas, en las que se veía poco aunque ardiese la luminosa lámpara, porque el aire cargado y malsano es enemigo de la luz, y permanecía con el oído atento y sin que el espanto me abandonara. A pesar de la oscuridad, se vislumbraban las ennegrecidas estatuas y se ofrecían en torno vastas e inciertas extensiones y pavorosos caminos subterráneos, situados bajo los montes, sostenidos aquí y allá por multitud de enormes pilares cuadrados y hexagonales, y en algunos sitios octogonales, distribuidos en infinitos lugares como puntales, apenas distinguibles a la débil luz, adecuadamente concebidos para soportar la excesiva magnitud de la pirámide que había encima. Aquí me detuve un poco para orar, aunque luego reemprendí sin demora la ciega huida. Y ya exánime, apenas había dejado atrás el ara santísima cuando me pareció de nuevo que brillaba un poco de la deseada luz, que se veía por un estrechísimo agujero de embudo. ¡Con cuánta alegría lo miraba y cómo se regocijaba mi corazón!

Sin pensarlo un momento, me dirigí hacia allí con alegre apresuramiento, corriendo más sin duda que Canistío y Filónides, y apenas lo vi con mi alegría desenfrenada y gran deseo, dejé de repudiar la vida ingrata y molesta, ahora gratísima, serenándose poco a poco mi perturbada mente y mi ánimo agitado. Y un tanto repuesto y casi vuelto en mí y con mi corazón, que estuvo durante aquel tiempo ayuno y vacío de amor, ya algo restablecido, vivificado y completamente lleno de amor renaciente, perdido y desterrado todo otro pensamiento, volví a disponerme a mi primitivo intento. Ahora me encontraba más ligado a mi amable Polia, atado más estre-

chamente con renovados lazos, y acariciaba la firme esperanza de conseguir en el futuro con honor aquel amor que, si hubiera muerto de modo prematuro, pensaba perder dolorosamente. ¡Hasta qué punto me atormentaba todo esto! No rechazaba, sin embargo, cualquier nuevo y ardiente brote de amor que se renovara en mi sufrido y ocupado corazón para consumirlo, sino que, desechado cualquier obstáculo que pudiera disuadirme y removida toda barrera, le daba magnífico paso y amplia entrada.

Cuando la vivificante luz me hubo consolado un tanto y recuperé mis ánimos disminuidos y casi perdidos y mis abatidas fuerzas se restauraron plenamente, me exhortaba a proseguir mi camino suspendido e impracticable y mi huida, porque cuanto más me aproximaba a aquella, tanto mayor la veía. Finalmente llegué a ella, acompañado por el favor divino y con mi enamorado pecho vigorosamente dominado por mi amadísima Polia, y bendije mercedamente a los dioses y a la complaciente Fortuna y a mi Polia de cabellos de oro. Encontré amplia salida y, huyendo de allí rápidamente, mis brazos, antes extendidos para evitar el choque contra los enormes pilares, se volvieron alas para la fuga. Al salir me encontré a salvo en una región agradabilísima. Dudé si debía descansar en ella y detenerme como deseaba, porque aún estaba atemorizado por el horrible monstruo, el cual se había grabado tanto en mi mente que continuamente creía oírle a mis espaldas, de modo que no era capaz de alejar ni desechar tan gran terror en un momento. Todavía pensaba que tal vez me seguía, pero me sentía impulsado a entrar en aquel nuevo lugar y a adentrarme en él por

muchas razones: primero, por su amenidad, ya que era bellissimo; luego, por mi desmesurado deseo de huir de la cueva lo más rápidamente posible, y principalmente porque siempre estaba ansioso por ver y encontrar cosas poco comunes entre los mortales. Todas estas consideraciones me incitaron a entrar y avanzar lo más posible y a alejarme de la salida hacia un lugar donde pudiera tranquilizarme completamente y olvidar el temor pasado. Me acordaba, además, de la aparición en el corredor de la puerta del ratón blanco, lo cual me animaba bastante, porque siempre fue señal grata en los auspicios y agüero propicio y bueno.

Me exhortaba, pues, a mí mismo a entregarme a la benevolencia de la Fortuna, que algunas veces era generosa conmigo y cuyo mechón de cabellos me suministraba cosas prósperas y favorables. Animado y empujado por estas consideraciones, avancé un poco en el camino sin entusiasmo, con las piernas fatigadas y debilitadas, temeroso ahora de que mi llegada a aquel lugar no fuera conveniente. Porque pensaba que tal vez la entrada fortuita y la apresurada llegada a esta región desconocida no era lícita, sino atrevimiento abominable y puede que mayor abuso que el de haber entrado por la magnífica puerta. Y así, con el pecho latiéndome agitadamente y el ánimo doliente, decía entre mí: «¿Qué razón hay para que vuelva sobre mis pasos? ¿No es acaso más fácil huir por aquí y no es la fuga más libre? ¿No considero yo mucho mejor exponer mi dudosa vida bajo esta luz y al aire libre que perecer cruelmente en las ciegas tinieblas? Además, difícilmente sabría regresar a aquella abertura de la salida.» Y al momento, suspirando y gimiendo des-

de lo más profundo de mi triste corazón, me acordaba de cuánto placer y gusto habían perdido mis sentidos, porque aquella obra estaba llena de cosas maravillosas y admirables. Reflexionaba sobre la mala manera como se me había privado de ellas y me venían a la mente los leoncillos de bronce del templo del sapientísimo judío, que para espantar a los hombres les hacían caer en el olvido.

Y pensando que tal vez el dragón había hecho conmigo lo mismo, casi temí que aquellas elegantes y maravillosas obras y estupendas invenciones, que no parecían humanas y que eran dignísimas de relación, y a las que yo había mirado tan cuidadosamente, fueran a escaparse ahora de mi seca memoria y que yo no fuera ya capaz de describirlas ordenadamente. Decía: «Por cierto que no es así. No siento en mí ninguna perturbación letárgica, sino que todo lo tengo conservado fresquísimo y pintado indeleblemente en mi mente y en mi memoria; y realmente viva y no fingida era aquella fiera, cruel y espantosa tal como nunca la han visto los mortales y peor que la de Régulo.» Y al acordarme de ella de nuevo, se me erizaban los cabellos y aceleraba mis ligeros pasos. Luego, volviendo enseguida en mí, decía: «La benignidad de este lugar me hace pensar que no debe de habitar en él sino gente humana, o más bien que sus guardianes son tal vez espíritus divinos y héroes y que es lugar de recreo de ninfas y antiguos dioses.» Y el deseo de conocerlo aceleraba mi paso y me aconsejaba seguir el viaje que había emprendido. Por esto, seducido por semejantes estímulos, me propuse seguir con ánimo resuelto por doquier a la juguetona Fortuna, aunque me condujese a otra desgracia.

Pues, considerando la belleza y amenidad de la región y lo agradables que eran aquellos lugares, me congratulé de semejante invitación y dejé a mis espaldas todos los temores y las dudas y tristes miedos, y avancé. Pero antes invoqué en mi ayuda a la divina luz y a los genios prósperos, para que, guiando esta entrada mía, se hicieran presentes y acompañaran mi errante estancia de extranjero y fueran generosos conmigo en sus dominios.

[VII]

POLÍFILO HABLA DE LA AMENIDAD DE LA REGIÓN A LA QUE FUE A PARAR, VAGANDO POR LA CUAL ENCONTRÓ UNA FUENTE EXQUISITA Y MUY NOTABLE, Y CÓMO VIO VENIR HACIA SÍ A CINCO ENCANTADORAS DAMISELAS, QUE, MARAVILLÁNDOSE DE SU LLEGADA A AQUEL LUGAR, LE TRANQUILIZARON PIADOSAMENTE Y LE INVITARON A SUMARSE A SUS PLACERES.



UANDO SALÍ DEL HORRENDO ABISMO y de aquellas tinieblas interiores y de aquel lugar casi infernal, aunque en él estuviera el santo y sagrado Afrodiseo, y llegué a la deseadísimá luz del día y al ansiado aire libre, me dí la vuelta para mirar por dónde había salido y el punto en que había visto en peligro mi enojosa vida y en el que no la había tenido en nada. Vi una montaña desconocida de moderada pendiente, completamente cubierta de árboles de verdísimas y te-

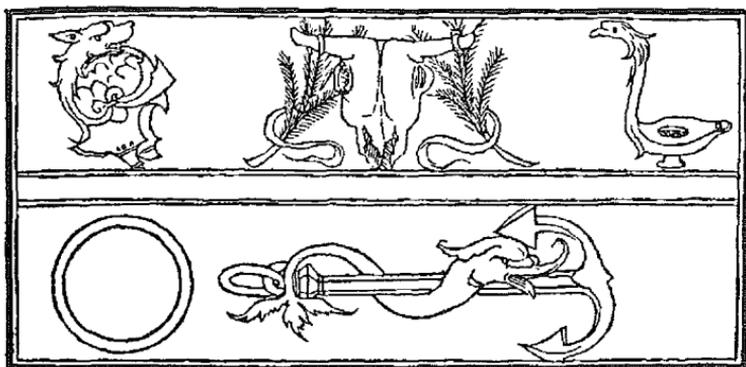
naces frondas: robles que producen bellotas, hayas, encinas, quejigos, carrascas, castaños de las Indias y acebos, de dos clases: el esmilace o aquifolia y el cambrón. Luego, hacia la llanura, se adensaban en ella los cornijos, avellanos, olorosos y floridos ligustros y perfumadas flores blancas, y aligustres de dos colores: rojos en la parte septentrional y blancos en la meridional; abedules, fresnos y otros árboles de aspecto semejante, que crecían envueltos en el trepador y voluble lúpulo y daban sombra fresca y opaca; bajo ellos había ciclámenes, nocivos a Lucina, y el enredado polipodio y la escolopendra tridentada o asplenón, y los dos melampodios, que reciben su nombre del pastor, y la trifoliada tora o triangular y la senícula y otras hierbas que crecen a la sombra de los árboles del bosque, unas floridas y otras no.<sup>64</sup> Aquel lugar era abrupto y quebrado y estaba completamente cubierto de árboles.

La abertura por la que salí de aquellas profundísimas cavernas estaba situada a cierta altura en la montaña completamente cubierta de matorrales, en la parte trasera, según pude conjeturar, de la puerta de fábrica. Comprendí que también ella había sido una magnífica abertura: la posterior, ya que la interior era la otra puerta. Pero la vejez envidiosa y celosa la había arruinado y cubierto de vegetación y privado de acceso con arbustos murales, especialmente hiedra y otros ramajes, hasta el punto de que apenas se veía que allí hubiera salida o abertura alguna; lugar solamente de salida, pero no de regreso, puesto que ni siquiera era claramente visible, salvo entonces para mí que lo sabía, ya que estaba todo alrededor espesamente cubierto de ramas y escondido,

por lo que era difícil poder regresar a él, y además oscurecido continuamente por los vapores que se producían entre las fauces del valle de enormes rocas. En este lugar la luz me pareció más oscura que en el parto de Delos.<sup>65</sup> Me alejé de esta puerta cubierta de ramas y cegada, resbalando por la pendiente, y llegué a un denso bosquecillo de castaños que crecía al pie. Sospeché que se trataba de la residencia de Pan o de Silvano, pues tenía húmedo pasto y grata sombra, bajo la cual caminando con placer encontré un antiquísimo puente de mármol de arco bastante grande y alto. Sobre él, a cada lado de los pretiles, se habían construido cómodos asientos, en los que no estimé oportuno detener mi rápida marcha, aunque se me ofrecían oportunamente porque la salida me había agotado.

En medio de los pretiles, sobrepasándolos un poco, había, al nivel de la parte superior del arco, una piedra cuadrada de pórfido. Tenía un notable cimacio de hermosas líneas, correspondiendo parejamente por cada lado, pero hecho de piedra ofita. En la parte derecha al sentido de mi marcha, vi estos nobilísimos jeroglíficos egipcios: un antiguo casco rematado por una cabeza de perro, un bucráneo con dos ramas de hojas menudas atadas a los cuernos y una hermosa lúrcerna. Estos jeroglíficos, excepto las ramas, que no sabía si eran de abeto, de pino o de alerce o enebro o cosa parecida, los interpreté así:

PATIENTIA EST ORNAMENTVM CVSTODIA  
ET PROTECTIO VITAE.



En la otra parte vi este elegante relieve: un círculo, y un ancla sobre cuya caña se enroscaba un delfín. Y los interpreté así sin problemas: ΑΕΙ ΣΠΕΥΔΕ ΒΡΑΔΕΟΣ, «Semper festina tarde.»<sup>66</sup>

Bajo este puente antiguo, sólido y egregio discurría una ancha vena de clarísima agua viva que, dividiéndose, daba lugar a dos riachuelos, uno a la derecha y el otro a la izquierda. Discurrían estos susurrando fresquísimos por sus lechos rotos y roídos y entre mordidas y escarpadas riberas, con las umbrosas y pedregosas orillas cubiertas de árboles: en estas aparecían al descubierto las serpeantes raíces y sobre ellas colgaban el trichomanes y el adianto y la cimbalaria y estaban guarnecidas por otras plantas a modo de cabelleras, que son amantes de las riberas de los ríos. Este bosque, fresco y abundante en árboles, era agradable a la vista y muy espacioso y rico en frondas, lleno deavecillas propias de las selvas y las montañas. Se extendía más allá del puente hacia una

agradable llanura, resonando por doquier con suaves gorjeos. Aquí saltaban las inquietas ardillas y los soñolientos lirones, y estaba habitado por otros animalitos inofensivos.

Del modo que digo se mostraba esta comarca boscosa cerrada por la montaña cubierta de árboles, muy grata a los ojos, y la llanura tapizada por doquier de gran variedad de hierbas. Los clarísimos riachuelos corrían susurrando al pie de las montañas en el valle, adornados con el amargo oleandro y con juncos y el tusilago y la lisimaquia, sombreados por altos álamos negros y blancos y el fluvial alisio y olmos, y en los montes veía el alto abeto de un sólo tronco y los lacrimosos alerces y pinos y otras nobles especies de árboles semejantes.

Por esto, considerando la amenidad del lugar y juzgándolo comodísima residencia y refugio grato a los pastores—pues invitaba ciertamente a entonar canciones bucólicas—estaba yo no poco estupefacto y con el ánimo perplejo viendo que tan agradable región se hallaba desierta e inculta. Y dirigiendo luego los ojos a la hermosa llanura, dejando atrás el lugar antedicho, vi una construcción de mármol que aparecía entre los árboles y cuyo tejado asomaba sobre las tiernas copas. Muy alegre, pensando haber llegado ya finalmente a algún refugio o morada, me encaminé contento hacia ella sin tardanza.

Encontré un edificio octogonal con una fuente notable y admirable que ofreció invitación no vana y dulce a mi sed, retenida durante tanto tiempo y todavía insatisfecha y no apagada.

Esta fábrica, coronada por un tejado octogonal cubierto de plomo, mostraba en uno de sus frentes una las-

tra de mármol blanco y brillante, cuya anchura juzgué de seis pies y que tenía de altura lo mismo más la mitad. De esta noble piedra habían sido hechas cuidadosamente dos semicolumnas estriadas, con las bases provistas de una ancha sima y una gola a la que se habían añadido dentículos y cordoncillos. Sus capiteles sostenían un pequeño arquitrabe, el friso y la cornisa, sobre la cual se había añadido un frontón de un cuarto de altura: todos estos elementos eran de la única y misma piedra y estaban desnudos de ornato, menos la superficie triangular y plana del frontón, en cuyo centro ví una pequeña guirnalda que contenía dos palomitas que bebían en un vasito. Bajo la sima estaba el otro cuarto, que formaba el basamento, con úndulas, toros, collares, escocias y el plinto. Luego, todo el espacio incluido entre las columnillas, golas y arquitrabe estaba vacío y excavado y contenía una elegante ninfa esculpida.

Esta bellísima ninfa yacía durmiendo cómodamente sobre un paño desplegado que se amontonaba bajo su cabeza en forma de nudo, a guisa de almohadón, y una parte de él estaba dispuesta adecuadamente de manera que cubriera aquello que conviene que esté oculto. Descansando sobre el costado derecho, tenía el brazo de este lado doblado y apoyaba ociosamente en él la cabeza, con la mano bajo la mejilla; el otro brazo, libre y sin tarea, pendía en el costado izquierdo y la mano abierta descansaba en la carnosidad de la pierna. Por los pezones de sus pechos (como si fueran pequeños caños) brotaban sendos hilos de agua: fresquísima del derecho e hirviente del izquierdo. Los dos caían en un vaso de pórfito que constaba de dos recipientes unidos en una sola pieza, colocado a seis

pies de la ninfa delante de la fuente sobre un pavimento de piedra. Entre uno y otro recipiente había un alveolo en el que las aguas se vertían, y sus bordes tenían una incisión en la mitad por donde salía el agua. Las aguas caían luego mezcladas y juntas en un reguero o canalillo y, templadas una con otra, hacían germinar toda la verdura. El chorro hirviente brotaba tan alto, que no era obstáculo para quien quería beber del fresco chupando el pecho derecho.

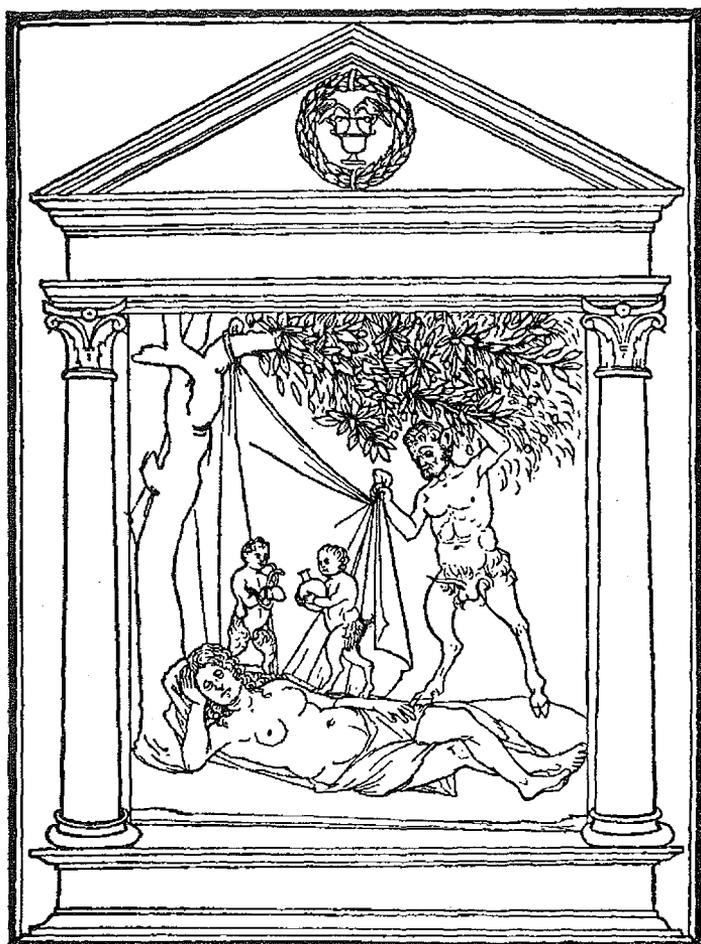
El artífice realizó tan perfectamente esta notabilísima estatua, que verdaderamente dudo que fuera semejante la Venus esculpida por Praxiteles: que para adquirirla (como quiere la fama) Nicomedes, rey de los Gnídios, empeñó todo el haber de su pueblo; y tan hermosa la hizo que los hombres, excitados por ella a una sacrílega concupiscencia, profanaron su imagen con sus manos. Pero, por lo que yo podía apreciar, dudaba con razón que fuera más perfecta que esta, simulada por el cincel de tal manera que casi pensé que había estado viva y se había convertido en piedra en este lugar.

Tenía los labios ligeramente abiertos para respirar y casi se le veía la garganta hueca y excavada desde la boca hacia abajo. De la cabeza descendían las trenzas sueltas cayendo sobre el paño puesto debajo y los finísimos cabellos seguían la forma arrugada y plegada de la tela recogida. Las piernas eran debidamente gordezuelas, con las carnosas rodillas un poco dobladas hacia adentro, mostrando unos piececillos que incitaban a ponerles la mano encima y a tocarlos y apretarlos, y el resto del hermosísimo cuerpo era capaz de provocar a cualquiera, aunque fuese también de piedra.

Un frondoso madroño de hojas perennes aparecía detrás de su cabeza, copioso en suaves y redondos frutos, y en avecillas que parecían trinar y ser la causa del dulce sueño de la ninfa. A sus pies había un sátiro conmovido por la lascivia y la comezón, plantado sobre sus patas de cabra, con la boca pegada a la nariz en forma de hocico, de rostro caprino y chato, con la barba dividida en el mentón en dos mechones como los machos cabríos. Tenía los flancos hirsutos como aquellos, y en la cabeza orejas peludas y estaba coronado de hojarasca. Su figura era entre caprina y humana. Pensé que el habilísimo artífice había tenido presente la Idea de su naturaleza y la había plasmado con suma destreza al realizarlo.

Este sátiro tenía fuertemente agarrada una rama del árbol con la mano izquierda y, doblándola sobre la ninfa dormida, parecía darle agradable sombra. Con el otro brazo tiraba del extremo de una cortinilla que estaba atada a las ramas próximas al tronco. Entre la fronda del árbol y el sátiro estaban sentados dos satirillos niños, uno con un vaso en las manos y el otro con las suyas envueltas en dos serpientes enroscadas.

No soy capaz de expresar suficientemente lo delicada, elegante y perfecta que era esta representación, a cuya belleza contribuía el lustre de la piedra, semejante a marfil pulido. Me admiraba mucho también el arte con que habían sido vaciadas a trépano las ramas y las hojas de cedro y las avecillas, con sus patas realizadas con perfecta exactitud y lo mismo el sátiro. Bajo esta admirable escultura, en la parte plana entre las golas y las úndulas, vi incisas estas palabras misteriosas en hermosos caracteres áticos: ΠΑΝΤ ΟΝ ΤΟΚΑ ΔΙ.<sup>67</sup>



Por eso, no sabría expresar si lo que allí me arrastraba era la larga y áspera sed padecida desde hacía tanto tiempo o la belleza del instrumento que se me ofrecía para apagarla, cuya frialdad me indicó que era realmen-

te de piedra. Alrededor de este plácido lugar y por los riachuelos rumorosos florecían el vacinio, los lirios del valle, la florida lisimaquia, la caña olorosa, la cedoaria, el apio, el hidrolápato y otras apreciadas hierbas y nobles flores amantes del agua. Luego el canalillo emisario de la fuente entraba a regar un seto o clausura de altura no exagerada, entretejido ordenadamente de rosales adornados con diversas clases de perfumadas rosas, y bañaba, desparramándose, un campo de plátanos con enormes hojas desgarradas por las brisas, con montones de racimos de su dulcísimo fruto, y estaba provisto de otros frutales gratuitos. Había también allí la alcachofa, grata a Venus, y la verde colocasia, con las hojas en forma de escudo, y otras plantas cultivadas. Y volviendo a mirar la llanura, la vi por todas partes muy verde, adornada con la pintura de una gran variedad de flores diseminadas en ella, las amarillas del ranúnculo y de la pata de rana o buftalamo y las pavonadas del satirión; las de la centáurea menor y de la corona real, las diminutas de la eufrasia, las doradas de la escándice y de los ranúnculos floridos y las azules de la salvia silvestre y de los gladiolos que crecen entre el trigo, y fresas con flores y frutos y la menuda aquilea con sus blancas sombrillas y la betónica y el pancúculo y otras infinitas florecillas bellísimas. Perdido en aquella maravillosa amenidad, me sentía consolado. Aquí y allá, con medida distancia e intervalo, ordenadamente, con agradables espacios y al mismo nivel, había verdes naranjos y limoneros y árboles de limas, con las ramas igualadas suspendidas a un paso del suelo, con densas copas de color verde intenso en forma de trompo, es decir, algo alargadas y con la parte inferior redondea-

da, con abundantes flores y frutos que exhalaban un olor suavísimo con el que mi corazón, tal vez infectado por el pestilente hedor y corrupto aliento del dragón, se restablecía y revivía.

Asombrado y lleno de estupor a causa de todas estas cosas, me preguntaba en qué lugar me encontraba ahora, tan delicioso a mis sentidos, principalmente después de haber observado con atención la maravillosa fuente, la variedad de hierbas, el color de las flores, el bosquecillo, la noble y cuidada disposición del lugar, el suave e incesante canto de los pajarillos y la purísima tibieza del aire. Me habría sentido muy contento de todo esto si hubiera encontrado aquí algún habitante. Me angustiaba un poco el atrevimiento de caminar por aquel lugar, que me parecía cada vez más ameno, pero todavía no había logrado arrojar y erradicar de mi tenaz memoria el terror que había pasado, y por esta sola razón me detuve, no sabiendo adónde encaminarme.

Estando, pues, en tal suspensión de mi ánimo, muy conmovido pensando en el terrorífico dragón y que había entrado en un sitio desconocido, acudieron de repente a mi memoria los jeroglíficos del lado izquierdo del puente y temí que me ocurriera alguna desgracia y que no estuviera puesto vanamente ante los que pasaban semejante monumento, digno de ser cincelado en oro: «Apresúrate siempre despacio.» Entonces oí de repente a mis espaldas un fragor y un estrépito semejantes al entrechocar de las óseas alas del dragón, y por delante el sonido de una trompeta. Muy asustado, desgraciado de mí, me vuelvo y veo muchos árboles de la silicua egipcia, con los maduros frutos alargados y pendientes, que, agi-

tados por el viento, habían chocado unos con otros. Volví en mí enseguida y, riéndome, me fui de allí.

Entonces invoqué religiosamente a los benévolos dioses Yugantino, Colatina y Valonia para que, puesto que recorría lugares consagrados a ellos, me fueran propicios, porque casi temí encontrarme con un ejército a causa del sonido de la trompeta. Pero, pensándolo mejor, juzgué que se trataba de un cuerno pastoril de corteza, y decidí no hacer de nuevo el ridículo. Pero poco después no tardé mucho en oír que venía cantando una comitiva que, a juzgar por las voces tiernas y jóvenes, pensé que se compondría de encantadoras damiselas, y así era. Se trataba de lindas muchachas que jugueteaban y se solazaban por las hierbas floridas y bajo las frescas sombras, libres de cualquier recelo, y vagaban por entre las hermosas flores batiendo palmas. La increíble dulzura de su armoniosa voz, llevada por brisas tibias y portadoras de rocío, se difundía por el delicioso lugar acompañada por el dulcísimo sonido de la lira.

Para observar esta novedad, me incliné por debajo de las ramas bajas y las vi venir hacia mí con paso gracioso, con las juveniles cabezas envueltas en bellísimas cintas de hilo de oro y coronadas y ceñidas con guirnaldas de mirto florido y de diversas flores. Y por sus niveas frentes revoloteaban los rizos dorados y temblorosos y luego por las espaldas fluían las crenchas abundantes, dispuestas con la perfección y el elegante arte propio de las ninfas. Vestían lujosas túnicas de seda de distintos colores y texturas. Cada una llevaba tres túnicas, una más corta que la otra y diferentes: la inferior teñida de rojo, luego una de seda de color verde intenso tejida con

oro y por último una de seda sutilísima, teñida de amarillo y rizada; ceñidas con un cinturón de oro bajo los redondos pechitos. Los carnosos brazos iban cubiertos por la última túnica de seda y su color se transparentaba gratamente debajo. Y junto a las manos gordezuelas, las mangas estaban atadas con cordoncillos de fina seda convenientemente pasados por presillas de oro con refinada invención. Algunas de ellas calzaban sandalias dobles, con los piececillos elegantemente envueltos en múltiples cintas de oro y de seda púrpura; otras llevaban calzados de paño verde y escarlata sobre las tirantes cáligas, otras de cuero suave y brillante sobre la piel desnuda y otras de tiras teñidas de bellísimos colores, sin que se vieran los dedos. Los zapatos tenían bordes de oro y estaban cerrados estrechamente sobre los níveos empeines,



abrochados con correíllas pasadas con fibulas de oro o bien con cordones hechos del mismo metal, atados con exquisitos lazos en el extremo. Al soplo de las suaves brisas, muchas veces quedaban al descubierto las redondas y marfileñas piernas.

Cuando se dieron cuenta de mi presencia, detuvieron su paso ninfal y el dulce canto, y quedaron inmóviles, repentinamente sobrecogidas por la novedad de mi llegada a aquel lugar, y se hacían mutuos gestos de sorpresa, observándome curiosas en silencio, ya que les parecía desacostumbrado e insólito que hubiese llegado a aquella ilustre región un hombre ajeno y extraño. Por eso, durante un breve espacio permanecieron cuchicheando quedamente entre sí y mirándome y remirándome, inclinándose a observarme, como si yo fuera un fantasma. Ay de mí, yo sentía en aquel momento que todas mis vísceras eran agitadas como las hojas de las cañas por los impetuosos vientos; porque, apenas repuesto del espanto anterior, pensaba que su condición era sobrehumana y temía algo semejante a la divina visión que se le apareció a Sémele, que fue convertida en cenizas, cuando fue engañada por la mentida forma de la epidaura Béroc.<sup>68</sup> Comencé a temblar, ay de mí, de pies a cabeza, más intimidado que los cervatillos cuando ven con espanto a la rojiza leona que ruge de hambre, pensando entre mí si debía arrodillarme suplicante en el suelo o volver la espalda y alejarme o permanecer allí quieto, porque realmente lo que tenía delante eran clementes muchachas menos humanas que celestiales. Por último, decidí exponerme al peligro y arriesgarme a lo que pudiera suceder, persuadido de que en ellas no podría encontrarse la me-

nor inhumanidad ni crueldad y sobre todo porque el inocente lleva en sí su propia protección, de modo que rehíce mi ánimo, aún refrenado por una torpe timidez, pensando que había llegado indignamente a este delicioso y tal vez santo lugar de reunión de ninfas delicadísimas y divinas. Todavía no tenía el ánimo completamente sereno y tranquilo, porque temía haber entrado con temerario atrevimiento en lugares tal vez prohibidos y en una región vedada. Estaba dando vueltas a estos pensamientos, cuando una de ellas, más confiada y audaz que las otras, me dice vivaracha: «¿Quién eres tú, eh?» Entonces, muy turbado por el miedo acostumbrado y una súbita vergüenza, no sabía qué decir ni responder y, con la voz y el espíritu trabados, permanecí medio muerto y semejante a una estatua. Pero aquellas buenas muchachas, advirtiendo que mi figura era real y humana, aunque estaba aterrado y espantado, se aproximaron a mí todas, diciendo: «Oh, joven, ¿quién, quién eres? Nuestros aspectos y presencias no deben asustarte; no tengas miedo, porque aquí no se acostumbra a hacer maldad alguna, ni encontrarás nada desagradable. Así pues, ¿quién eres? Habla, no temas.»

Ante semejante petición, recuperé un tanto la voz, vivificada por la seducción de ellas, semejantes a ninfas, y, repuesto por sus dulces palabras, respondí: «Divinas ninfas, yo soy el más desgraciado e infeliz amante que pueda encontrarse en el mundo. Amo, y no sé dónde está aquella a la que amo tan ardientemente y deseo de todo corazón. Ignoro también dónde me hallo yo mismo. He sido conducido aquí y he llegado a través del mayor y más mortal peligro que pueda decirse.» Y ya con tiernas lágrimas en los ojos y postrado en el suelo ante sus vir-

ginales pies, grité suspirando: «Suplico piedad, por el Dios supremo.» De pronto, muy movido su tierno corazón a la misericordia y la piadosa dulzura y casi llorando como yo, me levantaron del suelo entre sus brazos cortésmente, y con dulcísima y suave expresión y gracia me dijeron: «Pensamos, pobrecillo, que aunque es como dices, por el camino que tú has recorrido pocos pueden entrar. Ante todo, da las gracias a la divina potencia y a la benevolencia de tu estrella, porque has escapado de un gran peligro. Pero ahora no debes temer que te ocurra cosa alguna perturbadora y molesta, y tal vez por este camino puedas hallar la felicidad fácilmente. Tranquilízate, pues, y reconforta tu ánimo, ya que este, como ves claramente, es lugar de placer y de amor y no de dolor ni de temor alguno, porque el clima uniforme, la inalterable seguridad, el tiempo que no transcurre, el alegre bienestar, la agradable y amistosa convivencia, seductora y perpetuamente nos inclinan a estar aquí en paz. Y también debes saber que si una de nosotras es agradable, la otra lo es más y que la deliciosa asociación de nuestras partes está intensamente unida en perpetua comunión.»<sup>69</sup> Y una de ellas añadió: «Cada una induce a solazarse en toda extrema dulzura y agradabilísimamente.» Y agregó: «Aquí hay un campo saludable, amplísimo, grato a la vista por su variedad de hierbas y plantas, fecundo en toda clase de frutos, provisto de numerosas colinas, habitado por todos los animales inofensivos y dotado y colmado de todos los placeres, abundante de todo fruto con universal exuberancia y adornado con purísimas fuentes.» Otra dijo: «Lo contiene todo, querido huésped. Esta región feliz es más fértil que el fecundo monte Tauro en su vertiente norte, del que es

fama que produce racimos de uvas de dos codos y que cada higuera suya da setenta modios de fruto»; añadiendo luego la tercera graciosamente: «Esta región sagrada excede en fecundidad a la isla Hiperbórea que se encuentra en el océano Índico y no se le igualan los Lusitanos ni Talge en el monte Caspio.» A continuación la cuarta añadió con más fervor: «Vana es la abundancia egipcia en comparación con la nuestra, aunque se llama a Egipto el granero común de todo el mundo.» Por último una sumamente atractiva, agregó con elegante pronunciación: «No se encuentran en esta región los pantanos que hacen el aire insalubre, ni encierra montes abruptos sino amenísimas colinas, y por otra parte está defendida y rodeada por ásperos e impracticables precipicios. Y eliminada así toda tristeza, se encuentra aquí todo lo que puede dar placer y su feliz seguridad es asilo de los dioses. Además de todo lo que hemos dicho, has de saber que formamos parte del séquito de una reina ínclita e insigne, liberalísima y de amplísima generosidad, llamada Eleuterilide, piadosísima y clemente, que reina aquí con suma y eficaz sabiduría y enorme autoridad e impera feliz con suma gloria. Le será muy grato que te conduzcamos a su venerable y majestuosa presencia. Si por casualidad sus otras siervas y cortesanas supieran tu llegada, correrían en tropel para mirarte, pues es raro ver aquí seres humanos. Pon, pues, en fuga cualquier aflictiva tristeza y rehaz tu ánimo alegrándote con nosotras y, desechado todo temor, entrégate al placer.»

[VIII]

POLÍFILO, TRANQUILIZADO POR LAS CINCO NINFAS, FUE CON ELLAS A LAS TERMAS, DONDE HUBO MUCHO REGOCIJO POR LO QUE OCURRIÓ EN LA FUENTE Y DURANTE LA UNCIÓN. CONDUCIDO DESPUÉS ANTE LA REINA ELEUTERILIDE, VIO POR EL CAMINO Y EN EL PALACIO COSAS NOTABLES Y UNA HERMOSA FUENTE.



L AFABLE RECIBIMIENTO DE LAS piadosas ninfas me tranquilizó y me confortó mucho, y el espíritu fugitivo me volvió a su lugar por obra de la amabilidad de estas muchachas, de modo que todo me parecía grato y me mostré presto al placer y me entregué a ellas llanamente y sin reservas. Llevaban en sus delicadas manos alabastrones llenos de unguento y vasos de oro y piedras finas con jabones, y lustrosos espejos y peines de oro y cándidos lienzos de seda plegados y camisas para el baño. Ofreciéndome a llevar yo su carga, rehusaron y me dijeron que habían llegado a este lugar porque iban camino del baño; e inmediatamente añadieron: «Queremos que tú vengas con nosotras. Está aquí cerca, donde mana una fuente: ¿no la has visto?» Yo contesté respetuosamente: «Hermosísimas ninfas, no sería capaz de dar merecidas gracias a vuestra familiar amabilidad aunque tuviera mil lenguas, ya que me habéis devuelto la vida muy oportunamente. Y, puesto que no aceptar tan graciosa invitación, proveniente de unas ninfas, se tendría por rústica vileza, me sentiré más feliz

siendo siervo vuestro que señor de otros, porque, por lo que veo, sois albergues y compañeras de toda amistad y de todo bien. Debéis saber que vi la maravillosa fuente y que, tras haberla contemplado cuidadosamente, confieso y afirmo que es la obra más noble que jamás han visto mis ojos; y tanto ocupó mi ánimo con su seducción que, después de que la hube mirado atentamente y bebido en ella con avidez para apagar saludablemente mi grave y larga sed, no fui más allá a atisbar.»

Una de ellas, muy graciosa, respondió diciendo tranquilamente: «Dame la mano: sé ahora nuestro huésped y bienvenido. Nosotras somos, como ves, cinco amigas y compañeras: yo me llamo Afea; y ésta que lleva los peines y los blanquísimos lienzo tiene por nombre Osfresia; y esta otra que lleva el resplandeciente espejo, nuestra delicia, se llama Orassia; la de la lira sonora, Achoé; y esta última, que es portadora de este vaso de licor preciosísimo, tiene por nombre Geussia.<sup>70</sup> Vamos juntas a las termas templadas a solazarnos. Y también tú, ya que la fortuna propicia te ha hecho llegar hasta aquí), vendrás alegremente con nosotras. Luego volveremos todos juntos al gran palacio de nuestra insigne reina, que, como es clementísima y sumamente generosa, te dará algún hábil consejo para tus íntensos amores y ardientes deseos y elevados pensamientos. Ten ánimo y consuelo. Vamos.»

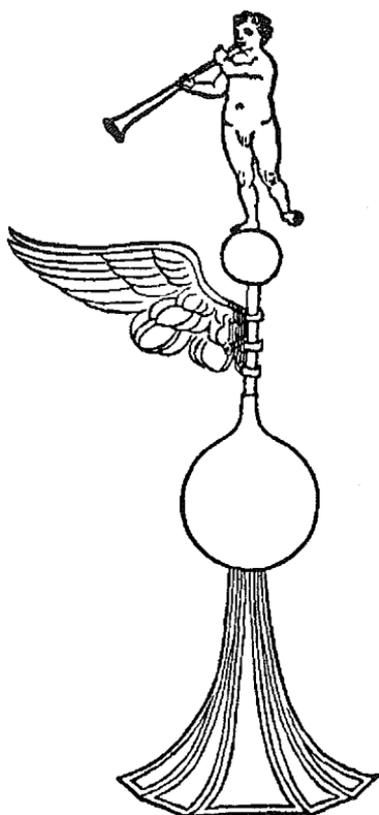
Confortándome con movimientos voluptuosos, con gestos virginales, con persuasivos semblantes, con caricias juveniles, con miradas lascivas, con suaves palabritas, me condujeron cariñosas a solazarnos en el baño. Yo estaba contento con todas aquellas cosas, aunque pa-

ra alcanzar la felicidad suprema me faltaba mi Polia de cabellos de oro, que hubiera sido junto con éstas la sexta que hacía falta para constituir el número perfecto. Por otra parte, estaba descontento porque mi indumentaria no era la adecuada a tan deliciosa compañía. Pero, calmándome un tanto, comencé a danzar con ellas amistosamente: y ellas se reían dulcemente, y yo con ellas.

Finalmente, llegamos al lugar, en el que vi un maravilloso edificio termal octogonal. En cada uno de sus ángulos exteriores había dos pilastras; al nivel del suelo comenzaban los areóbatos, que, puestos uno al lado del otro, daban la vuelta a todo el edificio. Sobre ellos, sobresaliendo un tercio de su anchura de la pared, se asentaban las pilastras, coronadas por capiteles, y el arquitrabe, el friso y la cornisa, que rodeaban el edificio íntegramente. El friso estaba adornado con un magnífico relieve de niños desnudos, situados a iguales distancias, con las manos enredadas en nudos que sostenían turgentes guirnaldas hechas con ramitas frondosas atadas juntas con cintas. Sobre la cornisa se alzaba con elegante curvatura la cúpula octogonal, que yo desde lejos había juzgado cubierta de plomo. Estaba maravillosamente horadada con formas caprichosas y nobles cerradas por laminillas de puro cristal.

La remataba una punta octogonal que seguía su propia forma y sobresalía un tanto y que sostenía inmediatamente una bola vacía, atravesada por una rectísima espiga. Acababa esta en un pivote móvil y giratorio al que estaba unida un ala que, cuando era empujada por el menor soplo del viento, lo hacía girar junto con otra bola colocada encima y cuyo tamaño era de un tercio del de la

inferior. Sobre esta última había un niño desnudo que la pisaba con el pie derecho, mientras que su otra pierna estaba levantada en el aire. Su nuca estaba vacía en forma de embudo hasta la boca, junto a la que sostenía con una mano una trompeta. El otro brazo, paralelo al ala, cogía también la trompeta, pero más cerca de su extremo. Toda esta obra era de bronce fundido delgadísimo y brillantemente dorado. El ala hacía girar fácilmente a la bola y al niño y los colocaba en la dirección del viento, que, entrando por el agujero de la nuca, hacía sonar la trompeta. Enton-



ces me di cuenta de que, del mismo modo que había agitado las silicuas egipcias, aquel había hecho sonar la trompeta, por lo que pensé riéndome que, cuando el hombre se encuentra solo y asustado en un lugar desconocido, se turba fácilmente por cualquier sonido.

En la cara opuesta a la fuente de la bellísima ninfa, vi la entrada del edificio, que era una hermosísima puerta que juzgué obra del mismo escultor de la ninfa durmiente. En su friso vi esta inscripción en caracteres griegos:

ΑΣΑΜΙΝΘΟΣ.<sup>71</sup> Estas termas no tenían menor amplitud que las de Tacio.

Dentro había en torno asientos unidos entre sí en forma de cuatro escalones de piedra, completamente guarnecidos de jaspe y calcedonia de todos los colores; el agua tibia cubría dos de los escalones llegando hasta la superficie del tercero. En cada uno de los ángulos se levantaba sobre el escalón superior una columnita corintia exenta, de jaspe de diversos colores, sembrado de las agradables manchas con que suele cubrirle con su arte la naturaleza; con sus basas adecuadas y los capiteles óptimamente compuestos bajo un arquitrabe sobre el que descansaba el friso. Este estaba adornado con niños desnudos que jugaban en el agua con monstruillos acuáticos, peleando infantilmente, con los juegos y movimientos vivaces y la rapidez propios de su edad. Encima corría la cornisa. Sobre el orden y el saliente de las columnitas, perpendicularmente, se extendía desde cada una de ellas hasta la clave de la cúpula un toro de hinchazón moderada, cubierto de hojas de encina compactamente superpuestas, con los bordes sinuosos y dentados, con cintas doradas atadas alrededor. Ascendían y se encaminaban por el convexo cielo de la cúpula hacia un círculo que la coronaba y que estaba ocupado por la cabeza de un león de rizada melena. Tenía éste mordido entre sus fauces un anillo, al que estaban unidas unas cadenas de oricalco pendientes y excelentemente enlazadas, que retenían un bellissimo vaso de boca ancha y poco fondo, de la misma materia brillantísima, suspendido a dos codos del agua. El resto de la parte cóncava de la cúpula que no estaba cerrado con cristales, era todo de co-

lor azul, pues lo cubrían planchas de piedra de Armenia,<sup>72</sup> y estaba sembrado aquí y allá de bolas de oro que brillaban magníficamente.

No muy lejos había en la tierra una fisura que vomitaba continuamente materia ardiente: cogiendo algo de esta, llenaron la concha del vaso, pusieron encima algunas gomas y maderas aromáticas e hicieron una gran humareda de fragancia semejante a la de las mejores pastillas. Luego, cerrados los dos batientes de la puerta, cubiertas de metal horadado y cristales relucientes, la luz se alegraba y se coloreaba en muchos lugares: por esa misma abertura de entrelazos vacíos se iluminaban claramente las olorosas termas y se impedía que salieran fuera el calor y el perfume, que permanecían encerrados en ellas.

La pared lisa entre las columnas era de piedra negrísima, muy brillante y de dureza superior a la del metal, rodeada por una banda de un cuarto de anchura de jaspe color coral adornada con una moldura de dobles golos o bayas. En medio de cada una de estas paredes, entre una columna y otra, había una elegante ninfa desnuda, cada una en distinta actitud, de piedra galactita,<sup>73</sup> que brillaba como el marfil. Estaban colocadas firmemente sobre pedestales adecuados cuya forma redonda hacía juego con las basas de las columnas. ¡Cuán exquisitamente estarían esculpidas estas ninfas, que yo muchas veces desviaba mis ojos de las verdaderas y reales para posarlos en ellas, que eran fingidas!

El suelo se veía bajo el agua, pavimentado con varios emblemas de piedras duras que formaban maravillosos dibujos de mosaico de diversos colores. Porque el agua

limpidísima y no sulfurosa, sino perfumada y moderadamente caliente sin necesidad de hipocausto ni horno, era purísima sobre toda ponderación y no resultaba un obstáculo entre la vista y el objeto, de modo que los diversos pececillos de mosaico hábilmente realizados y puestos en los frentes de los asientos y en el fondo imitando la naturaleza, parecían estar vivos nadando. Eran salmone-tes, lampreas y muchos otros, pero no importaba su naturaleza, sino la belleza de la pintura. Las piedras negrísimas de las paredes estaban taraceadas con lustroso nácar formando una bellísima composición de entrelazos y ligaduras de hojas y flores antiguas, agradabilísimas a la vista.

Encima de la puerta vi un delfín encorvado sobre plácidas ondas, cabalgado por un adolescente que tocaba la lira, de piedra galactita.<sup>74</sup> Enfrente, sobre una graciosa fuente, había del mismo modo otro delfín nadando, cabalgado por Poseidón armado con su puntiagudo tridente. Estas escenillas, sacadas de la misma piedra, habían sido llevadas sobre el fondo negrísimo. Alabé mercedamente al arquitecto y no menos al escultor. Y por otra parte ensalzaba la hermosa dignidad de las bellas y agradables muchachas; porque, si establecía una comparación entre el espanto pasado y el presente solaz, impensable y casual, no sabía cuál era mayor, cada uno en su especie; pero sin duda me encontraba en un extremo placer. Cuando entramos aquí muy contentos, la fragancia era tal que nunca podría producir Arabia una parecida. Ellas, usando los asientos de piedra como guardarropa, se despojaron de sus vestiduras de seda ante mis ojos y envolvieron sus bellísimos cabellos ru-

bios en redecillas tejidas con hilos de oro. Dejaban contemplar libremente, sin ninguna vergüenza, sus hermosas y delicadas personas completamente desnudas, sin perder la honestidad. Sus carnes tiernas y sin defecto alguno eran de nieve temprana teñida de rosa. ¡Ay de mí! Yo sentía que mi corazón saltaba agitado y se abría y se llenaba de una alegría voluptuosa. Me juzgué entonces feliz sólo de ver tantas delicias. Y no podía impedir que me incomodaran los ardientes incendios que danzaban nocivamente en mi corazón, convertido en horno. Por ello, algunas veces apartaba mi vista, para preservarme, de las incitadoras bellezas que se acumulaban en aquellos cuerpos divinos; ellas, advirtiéndolo, se reían de mis gestos candorosos, divirtiéndose como niñas; y yo me sentía contento de servirles de diversión y agrado. Aun en medio de tal ardor, tenía bastante paciencia y me contenía dentro de los límites del pudor, sabiéndome indigno de semejante y bella compañía. Fui invitado y, aunque rehusé con excusas al principio, no pude por menos de entrar en el baño; cual corneja entre cándidas palomas, estaba un tanto ruboroso, moviendo los ojos tras aquellos objetos seductores.

Entonces Osfressia, muy alegre, me dijo con desenvoltura: «Dime, joven, ¿cómo te llamas?» Y yo le respondí con respeto: «Polífilo, señora». «Me gusta—dijo—, si el efecto corresponde al nombre.» Y luego añadió: «¿Y cómo se llama la mujer que amas?» Yo respondí modestamente: «Polia». Y ella dijo: «Ay, yo creía que tu nombre quería decir 'que ama mucho'; pero, según lo que ahora oigo, quiere decir amigo de Polia.» Y enseguida dijo: «Si se encontrase aquí presente, ¿qué harías?»

«Aquello, señora mía—respondí—, que conviniera a su pudor y fuera digno de vuestras divinas presencias.» «Dime, Polífilo, ¿la amas mucho?» «Más que a mi vida, ay de mí», dije suspirando. «La llevo en mi traspasado, incandescente y abrasado corazón y la estimo sobre todas las delicias y sobre el tesoro más precioso del mundo.» Y ella: «¿Dónde has dejado una cosa tan amable?» «No lo sé, como tampoco sé dónde estoy.» Dijo sonriendo: «Y si alguno te la encontrara, ¿qué precio le darías? Pero, alégrate y entrégate al placer, porque encontrarás a tu amada Polia.» Y con estas agradables palabritas y otras semejantes, aquellas muchachas dulcísimas y amables se bañaron con gran solaz y yo con ellas.

Al lado opuesto de la hermosa fuente de fuera con la ninfa durmiente, había dentro del baño otra, realizada hábilmente con esculturas de óptimo metal de brillo áureo como de espejo. Estas estatuas estaban fijadas sobre una plancha de mármol cuadrada y acabada en frontón, con una semicolumna a cada lado y unos pequeños arquivitrabes, friso y cornisa tallados en la misma piedra. La notable composición se ofrecía como resumen de toda la obra, maravillosamente realizada con arte e invención magníficos. En la parte vaciada de la piedra aparecían dos ninfas perfectas, un poco menores que el natural, desnudas hasta más arriba de las piernas, donde se abría la raja de la camisa que llevaban puesta, un tanto volante a causa del movimiento que les imprimía lo que estaban haciendo, con los brazos igualmente desnudos, excepto del codo a los hombros. En el brazo que sostenía al niño, el vestido estaba levantado y echado hacia atrás. Los piecillos del niño pisaban una mano de cada nin-

fa; los rostros de los tres eran sonrientes. Y con la otra mano las ninfas apartaban los bordes del vestido del niño y descubrían hasta su costado y el ombligo. Él sostenía con las dos manos su pequeño miembro y orinaba sobre las aguas calientes otra fresquísima, que las entibiaba. En este lugar delicioso y excelente me encontraba muy alegre y contento, sólo interrumpido el placer de mis sentidos por la constatación de que yo era como un extraño entre ellas y me veía entre tanto rocío cuajado en escarcha casi como un egipcio o un negro.

Una de éstas, llamada Achoé, me dijo afablemente, sonriendo: «Polífilo nuestro, coge aquel vaso de cristal y tráeme un poco de aquella agua fresca.» Sin demora y sin pensarlo un momento, me apresuré a complacerla al instante, mostrándome no sólo obsequioso, sino incluso servil. Apenas hube puesto un pie sobre el escalón para acercarme al agua que caía, el orinante elevó su priapillo y arrojó sobre mi cálido rostro el agua fresquísima, que en un instante casi me heló. Ante esto resonó bajo la cúpula una risa femenina tan aguda, que, (vuelto en mí) yo también comencé a reírme tanto que me sentía morir.

Enseguida comprendí el engaño de aquel artificio concebido habilísimamente, y era que poniendo sobre el escalón cualquier peso, descendía y levantaba el instrumento del niño. Examiné cuidadosamente la máquina y el curioso artificio y me fue muy grato: en el friso había esta inscripción en elegantes letras áticas: ΓΕΛΟΙΑΣΤΟΣ<sup>75</sup>

Después de aquel baño y lavatorio tan jocoso y risueño, salimos fuera del agua y subimos a los escalones secos con grandes saltos y alborozo. Allí se ungieron con los fragantes aromas de los unguentos y se perfumaron y



me ofrecieron a mí también un botecillo, con el que me ungi. Bastante oportuna me fue esta lenitiva y saludable unción, porque, además de que su aroma era exquisito, vino bien a mis fatigados miembros después de mi peligrosa fuga pasada. Luego que nos hubimos vestido todos

y habiéndose ellas demorado un tanto en su ninfal arreglo, detenidas en su aderezo y adorno, abrieron alegremente unos vasos de delicadísimos dulces y comieron de ellos para reanimarse y yo también, siguiendo después una excelente bebida. Cuando se sintieron restauradas suficientemente, volvieron a sus espejos para examinar escrupulosamente sus divinos aspectos y envolvieron en limpios lienzos sus cabelleras húmedas, de las que se escapaban ricillos colgantes que sombreaban sus brillantes frentes.

Finalmente me dijeron alegremente: «Polífilo, vayamos ahora con el ánimo contento a nuestra ínclita y sublime reina Eleuterilide, donde sentirás mayor deleite.» Añadiendo risueñas: «Eh, el agua te golpeó la cara.» Y renovaban sus dulces risas sin ningún comedimiento, burlándose alegremente de mí, haciéndose señas unas a otras con un juguetón brillo en los ojos y con miradas lascivas y oblicuas. Salimos agradablemente de allí, yo andando en medio de las divertidas muchachas, que comenzaron a canturrear rítmicamente en tono frigio una graciosa metamorfosis: queriendo un enamorado transformarse enavecilla con un unguento, se equivocó de botecito y se transformó en rudo asno; concluyendo que algunos creen que las unturas tienen un efecto y luego tienen otro. Volvían sus semblantes burlones hacia mí, por lo que sospeché que la canción me concernía, pero deseché la idea porque pensaba que aquel unguento me había sido dado para reanimar mis fatigados miembros.

Pero he aquí que de repente comencé a excitarme con lascivo prurito y exasperado deseo, tanto que me retorció completamente, y aquellas taimadas se reían sin

vergüenza, conociendo mi accidente. Mi excitación crecía cada vez más, con tal violencia, que no sé qué bocado o freno impidió que me lanzara contra ellas como un águila rabiosa y hambrienta se precipita desde el aire sobre una bandada de perdices. Y sintiendo que semejante excitación crecía por momentos, me atormentaba la lubricidad y la comezón y me inclinaba a la pasión venérea sin medida, tanto más cuanto que se me ofrecían tan oportunos y apropiados objetos, estimulado por el aumento de una perniciosísima peste y un desacostumbrado prurito.

Una de estas ardientes ninfas, de nombre Afea, me dijo juguetona: «¿Qué te pasa, Polífilo? Hasta el presente bromeabas contento y ahora te veo alterado y demudado.» Yo le dije: «Perdonad que me retuerza más que la copa de un sauce: estoy (con perdón) ardiendo de lascivia.» Movidas todas a desenfrenada risa por mis palabras, me dijeron: «Vaya, y si tu deseada Polia estuviese aquí, ¿qué harías?» «Ay de mí—dije yo—, por la divinidad a la que servís, os suplico que no echéis leña y resina a mi increíble incendio, no avivéis más las llamas de mi corazón, no me hagáis destruirme, os lo ruego, porque me pierdo y me derrito completamente.» Ante mí quejosa y afligida respuesta, se excitaron sin moderación, y los gritos y risas que llenaban sus boquitas de coral llegaron a tal punto, que ni ellas ni yo éramos capaces de dar un paso a causa de la risa, que iba en aumento. Sofocadas por ella, caían y se arrojaban al suelo herboso sobre las olorosas flores, donde aflojaron y soltaron un tanto sus apretados ceñidores. Y de este modo se detenían, yaciendo medio muertas bajo los umbrosos y frondosos árboles y la amplia opacidad de las ramas. Aquí les dije con

gran confianza: «Oh, mujeres ardientes y maléficas, ¿qué me estáis haciendo? Me dais consentida ocasión de precipitarme y caer sobre vosotras y haceros una violencia que sería excusable.» Y corría hacia ellas haciendo ademán de querer cogerlas, fingiéndome capaz de aquello que de ningún modo me atrevía a llevar a cabo, y ellas con renovadas risas se pedían auxilio unas a otras y corrían huyendo, dejando aquí y allá las doradas sandalias y los lienzos y los vasitos abandonados entre las flores y permitiendo que las frescas brisas les arrebataran las cintas. Y yo corría detrás y no sé realmente si no se derretían de amor como yo y por qué, abandonando toda virtud, no nos entregamos a satisfacer el capricho de nuestros excitados deseos.

Este placentero juego y pasatiempo lúbrico duró un rato y, cuando estuve plenamente satisfecho en mi agitación, recogidas las sandalias y las otras cosas que estaban diseminadas por allí, cerca de las verdeantes y húmedas orillas de un riachuelo, se calmaron un tanto sus suaves risas y se apiadaron de mí. Aquí, en esta ribera adornada de pequeños y flexibles juncos y valeriana y enredadera, rodeada de abundantes y vivaces plantas acuáticas, una de ellas, complaciente, llamada *Geussia*, se inclinó y arrancó la heráclea ninfea y una raíz de arón y amela, que crecían a poca distancia una de otra: me ofreció riendo que cogiera la que me pareciese y la comiera para librarme de mi excitación. Yo rechacé el nenúfar, condené el dragoncillo por su causticidad y acepté la amela, que, una vez limpia, ella me aconsejó comer. No transcurrió mucho tiempo sin que, yéndose el venéreo, lúbrico e incitante estímulo, se apagara mi intemperancia libidinosa.

Extinguidas de este modo las tentaciones carnales, las festivas y alegres muchachas continuaron sus juegos y llegamos sin darnos cuenta a un hermoso lugar sumamente ameno.

Había aquí una avenida de cipreses rectos y altos, con sus conos puntiagudos, de follaje tan denso cuanto daba de sí su naturaleza, ordenadamente colocados a las distancias convenientes. El nivelado suelo estaba cubierto por todas partes de verdísima pervinca en la que abundaban sus florecillas azuladas. Este bello camino, de cuatro estadios de longitud y de anchura adecuada, conducía directamente a una verde clausura; los cipreses estaban distribuidos al mismo nivel hasta su abertura. Cuando hubimos llegado alegremente a aquel claustro, encontré que tenía los lados iguales, con tres alas semejantes a un muro recto, tan alto como los más altos cipreses del camino. Estaba completamente formado por hermosísimos cidros, naranjos y limoneros de gratísimo follaje, muy juntos y hábilmente unidos; juzgué que su anchura era de seis pies. Tenía en medio una puerta cuyo arco estaba formado por los propios árboles curvados por el artífice con tan cuidadosa industria que no cabía más. Encima, en su lugar adecuado, había ventanas ordenadamente distribuidas. En su superficie no sobresalía ningún tronco o rama, sino que sólo se veía el alegre y grato verdor de las floridas frondas. Entre las hojas hermosas, densas y vivaces, había muchísimas flores blancas que exhalaban un perfume suavísimo de azahar y a los ojos deseosos se ofrecían copiosos frutos muy agradables, maduros y verdes. Luego vi, no sin estupor, que en la anchura interior las ramas estaban unidas con tal maestría que se

podía caminar por ella cómodamente por todo el conjunto, y los que deambulaban por el interior no podían ser vistos, a causa de la consistencia de las ramas unidas.

Cuando entramos en esta verde y gratísima clausura, sumamente bella a los ojos y digna de estimación para la inteligencia, vi que había un elegante claustro frente a un palacio admirable y amplísimo, notable por la simetría de su arquitectura y sumamente magnífico, que constituía la cuarta ala del patio vegetal. Su longitud era de sesenta pasos, y este espacio era un patio hípetro cuadrado a cielo abierto.

En medio de este área notabilísima vi una eximia fuente de aguas muy claras, que se elevaban casi hasta la altura de la verde clausura por medio de caños delgadísimos, cayendo en una amplia taza de finísima amatista. Su diámetro era de tres pasos, su anchura de tres pulgadas y se adelgazaba en los bordes hasta una pulgada. Estaba adornada en torno por un excelente relieve de eximia fundición de pequeños monstruos acuáticos, mejores de lo que nunca ningún artífice antiguo pudo fingir en materia dura, obra admirable y digna de Dédalo; y no se jacte Pausanias de haber puesto su crátera de bronce en el Hippanis.<sup>76</sup> Esta taza estaba hábilmente colocada sobre un egregio balaustre de jaspe cuyas manchas se mezclaban una con otra hermosamente, entreverado de diáfana calcedonia de color de agua marina turbia: de nobilísima factura, se componía de dos vasos de cuello estrecho, uno sobre otro, separados por un nudo eximio. Se erguía fijo sobre un plinto circular de ofita verdosa que tenía una altura de cinco pulgadas, igual que la tina que lo rodeaba, que era de pórfido y estaba moldurada

cuidadosamente con bellísimas úndulas. Alrededor del balaustre, bajo la taza, descansaban sobre el plinto de ofita cuatro arpías de oro con sus garras. Estas, dando la espalda al balaustre y oponiéndose directamente entre sí, simulaban sostener con sus alas desplegadas la taza o concha de color violeta; tenían rostro de doncella y los cabellos les caían por los hombros; no alcanzaban la taza con la cabeza; sus colas de serpiente, enroscándose y convirtiéndose en la punta en follaje antiguo, se enlazaban con el vaso inferior sin torpeza, de un modo armonioso.

En medio de la taza de amatista y siguiendo la línea del balaustre, se alzaba un vaso boca abajo, que sobresalía del nivel de los bordes tanto como estos del fondo. Sobre él había un lindo pedestal y sobre este las tres Gracias desnudas de oro finísimo y tamaño natural, unidas unas con otras. De los pezones de sus pechos surgía el agua sutilmente en forma de varillas de plata cenicienta,

tersa y reluciente, como si fuera destilada por la

blanquísima piedra pómez de Tarragona. Cada

una sostenía con la mano derecha un retorcido

cuerno de la abundancia que sobresalía

un poco por encima de su cabeza: los

tres se unían elegantemente en una

única circunferencia y abertura,

y estaban abundantemente

colmados de variados

frutos y hojas que

pendían fuera

de sus bordes

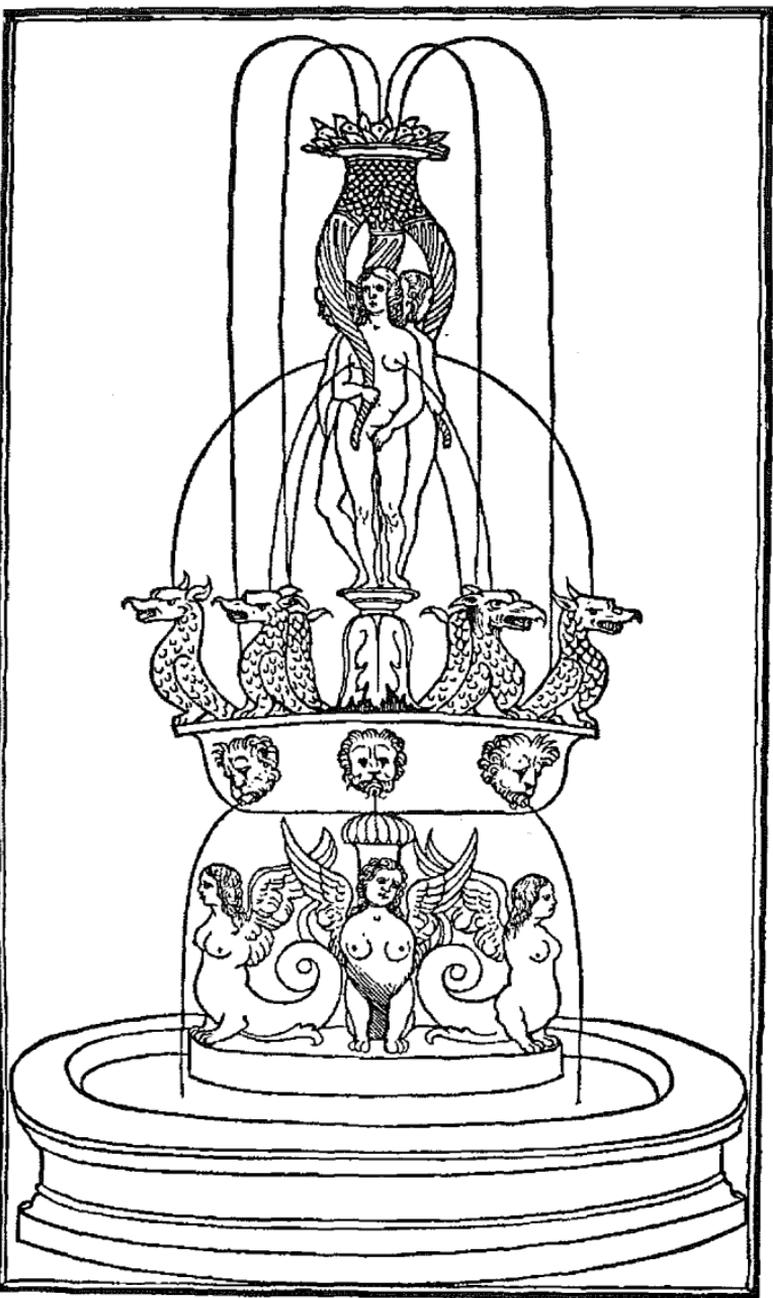
o labios.

Ordenadamente dispuestos entre los frutos y las hojas, sobresalían un poco seis pequeños caños, de los que manaba el agua por una salida finísima. El habilísimo artífice, para que un codo no tocara a otro y también como signo de castidad, hizo que las estatuas ocultaran con la mano izquierda la parte que debe cubrirse. Sobre los bordes de la concha, el diámetro de cuya circunferencia medía un pie más que el subyacente zócalo de ofita, descansaban seis escamosos y relucientes dragoncillos de oro con apropiadísima disposición, con la cabeza levantada sobre sus patas de reptil, con tan rebuscado artificio, que el agua que manaba de los pechos de las Gracias caía directamente en sus cráneos vacíos y abiertos; tenían las alas cerradas y los dientes apretados; y ellos la vomitaban por unos caños y la mandaban más allá del zócalo de ofita, entre este y otro de pórfido, sobresaliendo ambos igualmente del pavimento lo que antes he dicho; entre ellos corría un canalillo de pie y medio de ancho y dos de profundidad; la pieza de pórfido tenía tres pies en su superficie plana, con un zócalo de notables úndulas sobre el pavimento.

El resto del cuerpo de los dragoncillos se deslizaba por la moderada convexidad de la taza y luego se reunían todos, transformados los extremos de sus colas en follaje antiguo, en una feliz unión con el pedestal de las tres imágenes, con altura proporcionada, sin ocupar torpemente la concavidad de la taza. La reverberación del verdor de los naranjos, el brillo de la lustrosa materia y las purísimas aguas provocaban en la niebla de la noble, soberbia y elegante taza una agradable coloración, a modo de arco iris. Luego, en la corpulenta convexidad de la

concha, entre uno y otro dragoncillo, a iguales espacios y fundidas de lo mismo, había cabezas de melencidos leones, de exquisito relieve, que arrojaban, vomitándola por un caño, el agua destilada por los seis caños pequeños hermosamente situados en la cornucopia. Este agua saltaba con tanto impulso, que caía ente los dragoncillos en la amplia y sonora concha, produciendo un gratísimo sonido a causa de la altura desde la que caía. Yo no sería nunca capaz de explicar, y menos de describir completamente, esta obra rarísima, diseñada con tan agudo ingenio, con aquel insólito vaso y las cuatro perfectísimas arpias y de cuán eximia dignidad era el pedestal donde descansaban las tres figuras de oro resplandeciente, y con qué arte y perfección estaba realizada: no era obra de ingenio humano y puedo atestiguar libremente, jurando por los dioses, que en nuestro siglo no hubo escultura alguna o equivalente ni se pensó otra más grata y admirable. Y, estupefacto, consideraba también con qué facilidad, ni más ni menos que si la materia hubiera sido tierna cera, estaba compuesto con aquellas piedras durísimas el basamento de la gran taza, es decir, el balaustre, con sus dos vasos de cuello estrecho superpuestos: aquellos delicados detalles no se pudieron esculpir con la mordiente aspereza del esmeril durísimo, ni tales triglifos tan egregiamente tallados, sino con cinceles y buriles de un temple ignorado por nuestros artífices modernos, a lo que debían su notable brillo.

Todo el espacio cerrado, en cuyo centro se había levantado el notabilísimo artificio de la excelente y suntuosa fuente, estaba pavimentado de piedra en cuadrados de finos mármoles de distintos colores y formas.



Tenían estos incrustados en el centro, y sin ocupar todo su espacio, bellísimos discos de jaspe de color distinto, nivelados con suma igualdad, y los ángulos que dejaban estaban llenos de hermosas frondas en espiral y lirios. Luego vi entre los cuadrados anchas listas o bandas de óptimo mosaico de teselas finas, formadas por piedras de colores gratísimos que dibujaban hojas verdes y flores rojas, azules, purpúreas y glaucas, tan íntimamente unidas y con tan firme cohesión cuanto yo no sabría explicar. Era este mosaico hermosísimo por su hábil composición y brillantísimo, de nobles formas y cuidadoso pulimento, de coloración más fluctuante que la que produce un cristal cuando lo atraviesan los rayos del sol, porque los colores de alrededor se reflejaban en aquellas tersas piedras con hermosísimo congreso, no acusándose la menor diferencia de altura en las teselas, que tenían la forma de circulitos, triángulos o cuadrados y estaban igualadísimas.

Por todas estas cosas, yo tenía los sentidos casi alucinados y estaba estupefacto, examinando cuidadosamente en silencio aquella obra, de una grandeza desacostumbrada para mí. Y me hubiera gustado detenerme un poco más, puesto que habría sido conveniente investigar con más detenimiento una obra de tal perfección y contemplarla con algún mayor cuidado, pero no podía, porque tenía que seguir con diligencia a mis alegres compañeras y conductoras.

El aspecto de este palacio suntuoso, magnífico y soberbio y su perfecta situación o colocación y la simetría de su maravillosa composición, desde el primer encuentro me llenaron de especial alegría, y la dignidad de su

factura me provocó el deseo de contemplarlo más de cerca, y pensaba con razón que su expertísimo arquitecto estaba por encima de cualquier otro que jamás hubiese construido. Pues ¡qué perfecta viguería, qué armoniosa disposición de habitaciones, cámaras y estancias, qué paredes cubiertas y revestidas de maderas preciosas, qué admirable orden en el adorno, qué duradera coloración de las pinturas murales, qué regularidad de columnas e intervalos! Y por esto, que no se ensalce la vía predestinada por el edificio gordiano ni por sus doscientas columnas, repartidas entre númeridas, claudianas, simiadas y tistias. ¡Qué mármoles, qué esculturas! Allí vi los trabajos de Hércules admirablemente esculpidos en piedra reluciente en medio relieve, y adornos, estatuas, inscripciones y trofeos maravillosamente cincelados. ¡Qué propíleo o vestíbulo, qué regio pórtico! Ante esto debe ceder debidamente el César Tito con sus piedras fenicias espejantes y tersas; tanto había allí y de tal especie, que cualquier fecundo ingenio quedaría pobre y se condenaría si quisiera contarlos. También merece mención la dignidad de las ventanas y de la conspicua puerta y del nobilísimo podio, expresión insigne del arte de construir. No menos excelente parecía el maravilloso techo, bellísimamente artesonado, con artesones cuadrados y redondos entre la molduración cubierta de follaje, con exquisitos diseños de oro puro y elegantemente pintados de azul. Olvídense aquí cualquier otro admirable edificio.

Cuando llegamos a la abertura de la admirable puerta vi que la entrada estaba cerrada por una cortina maravillosa, tejida con hilos de oro y seda, con dos figuras dignísimas: una de ellas estaba rodeada de toda clase de

instrumentos de trabajo y la otra tenía el virginal rostro elevado y contemplaba el cielo atentamente; su hermosura era digna del preclaro pincel de Apeles.

Aquí mis alegres, hermosas y encantadoras compañeras unieron sus manos derechas a la mía amistosamente para introducirme y recibirme, diciendo: «Polífilo, hay que guardar cierto orden para entrar a la venerable presencia y sublime majestad de nuestra reina. Por esta cortina primera y principal no puede entrar ninguno que no tenga el permiso de su única y vigilante portera, que se llama Cinosia.»<sup>77</sup> Y esta, cuando oyó nuestra llegada, se presentó enseguida y corrió la cortina cortésmente, y nosotros entramos. Aquí había un espacio cerrado y dividido por otra cortina, de arte y composición nobilísimos y teñida de varios colores, en la que vi signos, formas, plantas y animales de singular bordado. Al llegar a este lugar, se nos acercó inmediatamente una mujer igualmente curiosa, llamada Indalomena,<sup>78</sup> y habiendo descornado libremente su cortina, nos dejó pasar. También aquí había un intervalo igual entre la segunda y la tercera cortina, tejida noblemente con admirable invención, bordada con infinitos lazos y ligaduras e instrumentos antiquísimos de enganchar y retener sólidamente. Sin demora, en este lugar se nos presentó una tercera matrona hospedera y receptora, cuyo nombre era Mnemosyne.<sup>79</sup> Esta nos dio libre acceso también. Por último, aquí mis compañeras me presentaron ante la venerable majestad de la reina Eleuterilide.

POLÍFILO CUENTA COMO PUEDE CUÁN INSIGNE ERA LA MAJESTAD DE LA REINA Y LA NATURALEZA DE SU MORADA Y SU ADMIRABLE LUJO, Y CÓMO ELLA SE EXTRAÑÓ DE SU LLEGADA, Y SU BENIGNA Y AFABLE ACOGIDA Y CUÁN MARAVILLOSO Y ESPLÉNDIDO FUE SU BANQUETE, QUE EXCEDIÓ LA MEDIDA HUMANA, Y EL LUGAR INCOMPARABLE EN QUE TUVO LUGAR.



UANDO LLEGUÉ ANTE LA PRIMERA portera, esta me miró no sin estupor, pero habiéndola saludado y cumplimentado debidamente, recibí de ella la amable invitación a entrar y favorable acogida, y lo mismo me ocurrió con las siguientes guardianas de las cortinas. Luego vi un excelso pórtico tan largo como todo el palacio. Su bóveda estaba cubierta de oro y con frisos de mosaicos de follaje verde con distintas clases de flores y ramas entrelazadas yavecillas volando. El elegantísimo pavimento era como el de fuera, en el patio cerrado; las paredes, de suntuosas piedras hábilmente dispuestas y con mosaicos incrustados.

En la última cortina, la matrona Mnemosyne me aconsejó con mucho afecto que no temiera nada y que recibiera los saludables consejos de la reina y los pusiera en práctica con perseverancia, porque luego conseguiría sin duda un agradable resultado. Y cuando se me concedió la entrada, se ofrecieron a mis ojos cosas más divinas que humanas. Principalmente el ambiciosísimo aparato

de un estupendo y espacioso patio perfectamente cuadrado, opuesto al anterior y situado al otro lado del palacio. Su brillantísimo y precioso pavimento, rodeado por una tira de mosaicos, estaba dividido, según vi, en 64 cuadrados, cada uno de tres pies de diámetro, alternando unos de resplandeciente jaspe de color coral con otros de color verde intenso sembrado como de gotas de sangre, con casi imperceptible unión del conjunto, como un juego de ajedrez. Todo alrededor había un friso de un paso de ancho de sutil mosaico de piedra, hecho con partículas pequeñas de piedras finas como si fuera una pintura, cortadas a igual altura y bien compaginadas, sin unión visible, tersísimas y brillantes como espejos. Era tanta la uniformidad de su nivel, que un cuerpo circular y esférico puesto encima se habría movido por el mosaico incesantemente. Más allá de este, el pavimento acababa en una admirable obra de tres pasos de anchura de nobilísimos entrelazos de jaspes, praxinas, calcedonias, ágatas y otras notables clases de piedras finas. En los muros de este espacio vi algunos dignísimos asientos de madera de sándalo eritreo y amarillo, cuidadosísimamente realizados y cubiertos de terciopelo verde intenso, relleno a la manera de un almohadón de convexidad moderada de lana u otra materia suave, que resultaba comodísima para sentarse; el terciopelo estaba fijado a los bordes de los bancos con clavos de oro con la cabeza en forma de bola, sobre una ancha cinta o cordoncillo de plata.

Vi que los muros que cerraban aquel espacio estaban revestidos de láminas de oro purísimo y resplandeciente, con el trabajo de cincelado correspondiente y conveniente a tan preciosa materia. En el centro de la igual y

tersísima superficie de cada una de estas planchas, que estaban separadas por algunas pilastrillas de dimensiones adecuadas, había una corona redonda moderadamente hinchada, a manera de toro cubierto de hojas estrechamente unidas unas a otras, de grosor adecuado a la capacidad del espacio. Estaban ceñidas por cintas con los extremos en forma de úndula, que las adornaban perfectamente. Entre las hojas se habían distribuido habilísimamente frutos realizados con piedras preciosas talladas en formas diversas según lo que representaban. En el espacio interior delimitado por la turgente corona vi con gran placer, perfectamente pintados a la encáustica, los siete planetas con sus propiedades innatas. La superficie que quedaba fuera de la corona estaba animada con infinitos y elegantes adornos de orfebrería, embellecidos maravillosamente con multitud de inestimables gemas. Ví que la pared de la izquierda estaba adornada igualmente con los intervalos y coronas de forma, ornato y número como he dicho, es decir, había siete coronas y en ellas estaban pintados habilísimamente con la misma técnica los triunfos de los sujetos a los planetas dominantes. En la parte derecha vi realizadas del mismo modo las armonías de aquéllos y el viaje del alma con la recepción de las cualidades de las esferas, con increíble narración de las operaciones celestes que acontecen en este tránsito.

La cuarta pared correspondía al cuerpo del palacio y estaba distribuida como las antedichas, pero con una puerta ocupando el centro del intervalo medio: en el espacio inferior de las coronas de los otros seis, con regular correspondencia y armonía con la parte opuesta, que

era la de los planetas, y guardando la simetría, estaban figuradas las operaciones virtuosas que de ellos dependen en forma de elegantes ninfas, con signos y rótulos para expresar su efecto; la séptima de ellas, colocada en el frontón o frontispicio de la puerta de en medio, estaba situada directamente enfrente de la séptima corona que contenía el planeta sol, algo más elevada que las otras por la colocación del trono de la reina.

Por esta distribución, toda parte de materia, de número o de forma se correspondía cuidadosísimamente hasta en el menor detalle, y su colocación era exacta y nivelada, de modo que la parte derecha y la izquierda, y la del trono y la otra se convenían mutuamente con exquisita precisión. Cada muro de este lugar excelentísimo tenía una extensión de veintiocho pasos. Tal era la disposición de este patio en forma de terraza, cubierto todo alrededor de perfectísimo oro, obra admirable e inefable. Las pilastrillas o semicuatrángulos, distantes entre sí cuatro pasos, tenían sus proporciones basadas en el número siete, gratísimo a la naturaleza. Eran de finísimo lapislázuli oriental de color profundo y muy agradable, decoradas con menudas chispas de oro diseminadas. Su frente, entre los bordes de úndulas, estaba admirablemente esculpido con candelabros, con admirable asociación de guirnaldas, cornucopias, monstruillos, cabezas con cabelleras de follaje, niños rematados en cola de pez, avecillas y vasos en forma de balaustre, con notable invención, desde el zócalo de abajo hasta lo alto del fuste, en relieve muy alto. Constituían, con armonioso y gratísimo acuerdo, los elementos de separación entre los espacios de las láminas de oro. Los capiteles eran de fac-

tura adecuada al resto de los elementos. Por encima de ellos se extendía el arquitrabe, con los ornamentos requeridos, con pequeños cilindros o bastoncillos y billetes intercalados binariamente. Sobre él, el adornado friso contenía alternando las siguientes figuras:<sup>80</sup> bucráneos con cintas atadas a los cuernos con bayas pendientes y dos ramas de mirto unidas en la mitad con cintas volantes, y delfines con las aletas y la cola terminadas en follaje; en las espirales que formaban sus colas había algunos niños que cogían con las manos el extremo, rematado por una flor antigua. La cabeza del delfín tenía una protuberancia, una parte de la cual se volvía hacia el niño y la otra hacia un vaso de ancha boca, y terminaba en una cabeza de cigüeña con el pico vuelto hacia la boca abierta de un monstruo que estaba con el rostro hacia arriba: entre el pico y el rostro había una sarta de perlas. Estas cabezas de monstruo, con la cabellera de follaje, estaban situadas a ambos lados del vaso, oponiéndose, y hacían que su borde apareciera como cubierto de hojas. En los extremos de la boca del vaso estaba anudado un lienzo antiguo cuyos finos extremos pendían bajo los nudos, con toda la belleza de factura conveniente a tal lugar y materia; y en medio, sobre las espirales, había una cabeza de niño sobre unas alas abiertas.

Tal era el adorno que corría sobre el friso, que estaba cubierto por una hermosísima cornisa, compuesta perfectamente según todas las reglas del arte. Sobre el extremo plano de la cornisa, perpendicularmente al orden de las pilastras, había sendos vasos de formas anti-  
quísimas, situados con distancias uniformes y de una altura de más de tres pies; unos eran de calcedonia, otros

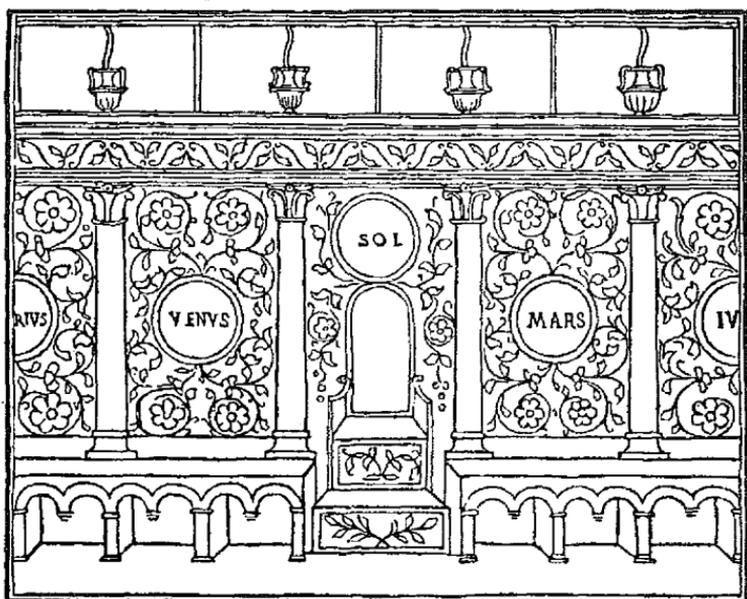
de ágata, otros de amatista rojiza, algunos de granate y otros de jaspe, alternando los colores; estaban trabajados finamente, con la panza notablemente decorada con acanaladuras rectas y curvas, y sus asas eran magistrales y excelentes.

También sobre la cornisa, perpendicularmente a la línea de cada corona, se habían fijado hábilmente unas varillas de sección cuadrada, huecas, de oro, de siete pies de altura, cubiertas por otras semejantes a modo de vigas rectas y otras transversales, como en las obras de jardinería, con regular correspondencia. De los vasos brotaban alternadamente una vid y una enredadera, de diferente clase de oro (de los vasos de los ángulos brotaba al mismo tiempo una varilla y una vid), que ascendían apoyándose en las varillas trasversal y extendían sus ramas copiosamente, enredándose una planta con otra con suma elegancia. Tal era el techo de esta sala, cubierta con el hermosísimo adorno de estas plantas de oro cuyas hojas estaban hechas de espléndida esmeralda escita agradabilísima a los ojos, mejor que aquella en que estaba esculpido Amymone.<sup>81</sup> Sus flores imperecederas eran de zafiro y berilo y estaban distribuidas aquí y allá, y los frutos estaban formados de gruesas piedras preciosas o en fingidos racimos de piedrecillas amontonadas, perfectamente dispuestos entre las verdes hojas con gran habilidad, de colorido semejante al natural. Todas estas cosas excelentísimas, de precio incalculable, increíble y casi impensable, refulgían por doquier, preciosas y admirables no sólo por la nobilísima materia con que estaban hechas, sino igualmente por la calidad exquisita de su factura. Yo estaba maravillado y examiné todo aquello



agudamente; pensaba en la vasta extensión que cubrían aquellas intrincadísimas ramas de grosor proporcionado, y me preguntaba con qué arte y temerario atrevimiento había sido resuelta semejante extensión, si por medio de soldadura o forja o fundición: pero me parecía que era imposible realizar tan perfectamente una cobertura de tal anchura y tan buen ensamblaje con cualquiera de estas tres formas de obrar y trabajar el metal.

Frente a la puerta por la que entramos estaba la reina, de aspecto divino y con una magnanimidad admirable reflejada en su rostro, sentada con venerable e imperial majestad en un trono real provisto de gradas de factura asombrosa, cubierto de ardientes piedras preciosas: no fue tan hermoso el sitial hecho en el templo de Hércules Tirio en piedra eusebes. Estaba suntuosamente vestida de paño tejido con oro obligado a hacerse hilo, con la majestuosa cabeza cubierta por el ambicioso tocado de una mitra femenina y real de seda purpúrea bordeada en la frente con perlas raras, lisas y luminosas. La mitra retenía parte de los cabellos negrísimos, más brillantes que el ámbar indio, que se ondulaban sobre las



níveas sienes. En la nuca la exuberante cabellera se dividía en dos crenchas cuidadosamente trenzadas que cubrían, una a un lado y otra al otro, las pequeñas orejas y luego se encontraban y se unían en lo alto de la cabeza en un nudo o borla de gruesas y redondísimas perlas tales como no las produce el promontorio indio de Perimula. El resto de los largos y abundantísimos cabellos descendía cubierto por un velo sutilísimo unido a una diadema de oro sujeta por el nudo de perlas, que luego caía sobre los delicados hombros. En medio de la mitra, en el arranque del cabello, sobresalía un preciosísimo broche. La redonda garganta, de blancura de nieve, estaba rodeada por un collar de valor inestimable con un pinjante que caía sobre el surco del pecho blanco como la leche; consistía este en un diamante incomparable engastado en

filigrana de oro, con la tabla en forma oval, resplandeciente y de tamaño monstruoso.<sup>82</sup>

Colgaban exquisitamente de sus orejas dos riquísimos pendientes inestimables con dos gruesos carbúnculos puros de brillo sin igual. Tenía los pies enfundados en seda verde y calzados con zapatos adornados con muchas joyas y cerrados con cordones que pasaban por ojete de oro, reposando sobre un escabel con un mullido almohadón relleno de plumas. Este almohadón era de terciopelo brocado, con bordes de perlas orientales como no se encontrarían en Arabia en el golfo Pérsico y cuatro borlas cubiertas de fulgurantes gemas en los ángulos, cuyos flecos eran hilos trenzados de oro y seda purpúrea. A su derecha e izquierda estaban sentadas en los bancos de sándalo las cortesanas, con honesta y sumisa gravedad, vestidas de paño de oro tan ricamente como pienso que no se ha visto nunca en el mundo. En medio de ellas se sentaba esta ínclita y soberana reina con gran pompa, sumo fasto y dignidad impensable, con la orla de sus lujosas vestiduras cubierta de riquísimas joyas de colores alternados, en tal abundancia que se diría que la naturaleza había derrochado aquí todas las más finas clases de gemas con aparatoso desenfreno.

Cuando llegamos ante tan imperial y sublime presencia, nos arrodillamos reverentes y todas las servidoras y cortesanas se levantaron de sus asientos, excitadas por semejante novedad y espectáculo, maravillándose mucho de que yo hubiera llegado a aquel lugar. Pero yo sentía que mi triste corazón se dilataba inquieto, reflexionando ansiosamente sobre las cosas pasadas y presentes, oprimido e invadido por un gran estupor, por un temor re-

verencial y por una honesta vergüenza. A causa de la novedad, las mujeres que estaban sentadas llamaban, curiosas, a mis compañeras y les preguntaban en voz baja quién era yo y qué me había ocurrido, y todas tenían los ojos fijos en mí.



Estaba yo en esta presencia excelentísima atónito y vergonzoso y casi sin vida; y cuando la reina preguntó cómo había llegado a aquel lugar y cómo entré, mis compañeras lo contaron todo en público con gran desenvoltura. Conmovida, la dulce reina hizo que me levantara y

comenzó a hablarme afablemente por mi nombre, diciendo: «Polífilo, tranquilízate y dime: ¿cómo has entrado aquí sin daño? ¿Y cómo has escapado del funesto y terrible dragón? ¿Cómo encontraste la salida de aquellas odiosas tinieblas y ciegas cavernas? Ya lo he oído todo perfectamente, pero estoy muy asombrada, porque pocos, mejor dicho, poquísimos, son capaces de llegar aquí por semejante camino. Ahora, ya que tu Fortuna de abundante cabellera te ha traído aquí incólume, pienso que es justo que no te rehúse de ningún modo mi favor generoso y gratuito, así que voy a hospedarte liberalmente y me mostraré contigo muy benévola.»

Agradecí con palabras devotas y deferentes tan generosa invitación y recibimiento de la reina y le conté punto por punto, aunque brevemente, mi huida del terrible monstruo y luego con cuántas fatigas llegué al lugar grátísimo, de lo que se maravilló bastante, y las otras venerables mujeres con ella, y cómo las cinco compañeras me encontraron aterrado y errante. Y luego el placer con que me había dedicado a la contemplación de tanta magnificencia. Entonces ella, sonriendo de un modo encantador, dijo: «Bueno es que alguna vez un mal comienzo tenga un remate feliz; y, antes de que te haga hablar sobre tu firme amor y ardiente deseo, quiero que, para alivio de tus molestos afanes, te sientes a la mesa con esta noble compañía para un banquete, ya que los cielos, al socorrerte, han demostrado que mereces nuestra generosidad y hospitalidad piadosa y te han traído a nuestra triunfal morada. Así, pues, Polífilo mío, acomódate aquí y siéntate sin embarazo alguno, porque vas a ver parte de nuestra suntuosísima disposición y la abundante diver-

sidad de mis regias delicias y el notable decoro de mi elegante servicio y el esplendor de mi casa y la inestimable preciosidad de mis enormes riquezas y el amplio efecto de mi generosidad.»

Cuando ella dio fin a sus palabras elocuentes y benévolas, obedecí humildemente su llana y santa orden y, tomando al punto un poco de audacia y ligero atrevimiento, me senté en el lado derecho de aquellos deliciosos bancos, teniendo todavía pegada a mi túnica de lana espinas y algunas hojas<sup>83</sup> de la entrada, en medio de las cinco compañeras, el segundo entre Osfressia y Achoé, detrás de la reina. Otras seis compañeras se sentaron al otro lado, y estábamos tan separados unos de otros, que ocupábamos toda la longitud de la pared. Y ella se sentó regiamente en su elevado trono situado en el centro de la grada inferior, con augusta dignidad.

La corona que había sobre el trono contenía pintada a la encáustica una hermosa imagen de busto de un joven imberbe, aureolada de rubios cabellos, con el pecho cubierto por un paño, puesta sobre las alas abiertas de un águila que tenía la cabeza levantada y le miraba fijamente.<sup>84</sup> Su cabeza estaba ceñida con una diadema azul adornada con siete rayos, y a los pies del águila había a cada lado una rama de verde e inmortal laurel. De igual modo, vi en cada corona la imagen correspondiente a su planeta.



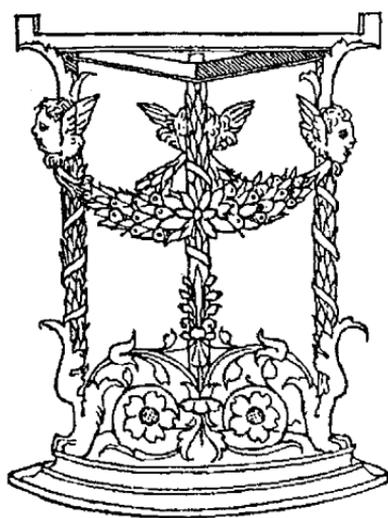
Sucedió que por casualidad se encontraba a mis espaldas la corona que contenía la historia de Mercurio, de alados pies, y vi, volviéndome, que su benignidad disminuía cuando se encontraba en la maligna cola del venenoso escorpión. Yo pensaba lo miserablemente vestido que estaba, en medio de indumentarias tan suntuosas, ni más ni menos que aquella bestia deforme y vil entre los nobilísimos signos del zodiaco.

En los bancos que circundaban a derecha e izquierda los muros de aquella corte, estaban sentadas con sumo orden las nobles mujeres, riquísimamente adornadas y con tocados insólitos y elegantes, con los ornamentos femeninos más hermosos del mundo y los cabellos trenzados y arreglados en nudos de distintas clases. Algunas tenían la rubia cabeza con los cabellos rizados, a la manera de Popea,<sup>85</sup> justamente separados y moderadamente ondulados sobre las rosadas y altas frentes y sobre las sienes lisas. Otras mostraban el pelo negrísimo, como obsidiana no latina ni hispana sino india, hermosamente adornado con perlas muy blancas y llevaban en las gargantas collares de precio increíble. Estaban tan atentas que, cuando las que servían las mesas hacían una reverencia doblando las rodillas, ellas se levantaban todas a la vez de sus cómodos asientos y hacían lo mismo. Vestían de oro resplandeciente, tejido y trabajado de manera admirable, y no participaban del banquete.

Enfrente de la triunfante reina se encontraba la abertura de la tercera cortina, que era una puerta grande y egregia, no de mármol, sino de cambiante y durísimo jaspe oriental, digna y admirable, construida con gran arte a la manera antigua. A cada lado de esta puerta excelen-

tísima, frente a las mujeres que se sentaban a la mesa, había siete muchachas músicas, con dignísimas y preciosas vestiduras ninfales, que a cada cambio de la mesa del banquete variaban sus melodías e instrumentos.<sup>86</sup> Y algunas de ellas cantaban suavemente con acentos como de sirenas y ángeles mientras se comía. En un momento fueron colocados trípodes de ébano y mesas sin confusión ni estrépito, ya que cada servidora conocía perfectamente la labor a que estaba destinada y se entregaba a ella con eficiencia y perspicacia.

En primer lugar fueron colocados ante la reina trípodes de esta forma: sobre un pedestal circular de jaspe excelente, adornado con notables molduras, había fijas tres patas cuya parte inferior descansaba sobre él en forma de garra de león de oro. Las patas estaban revestidas de exquisito follaje y cada una tenía adherida en la mitad una cabecita de niño sostenida por dos alas abiertas. De una



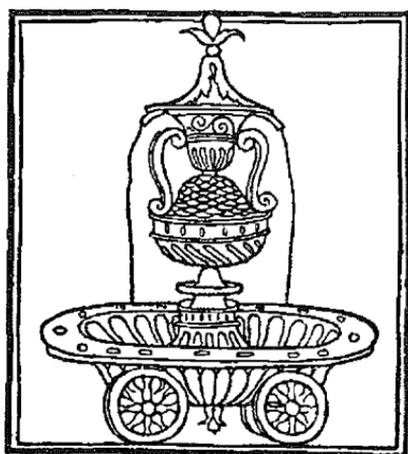
a otra cabecita pendía una guirnalda más gruesa en el centro que en los extremos, cubierta de frutos; en la parte de arriba de las patas había un saliente adecuadísimo para sostener la redonda mesa delante de la reina. Este soporte no cambiaba, pero sí las tablas redondas de las mesas, que se retiraban tras de cada plato y cuya materia era la misma que la de los vasos.

En un abrir y cerrar de ojos fue puesta sobre este trípode una mesa de oro redonda de superficie uniforme, de tres pies de diámetro y una pulgada de grosor; de la misma forma y medida fueron todas las siguientes. Y sobre las mesas de marfil fue desplegado un perfumado mantel de tejido de seda verde, casi hasta el suelo de largo, rodeado por una banda o friso, de un sexto de su anchura, sutilmente tejida y adornada con abundantes perlas, y luego por un fleco de sus propios hilos, trenzados y mezclados con otros de oro y plata. Estaba suspendido a un palmo del suelo por todos los lados. Y de esta forma eran todos los manteles, orlados en su extremo y bellamente adornados.

Enseguida vino una muchacha hermosa y ágil con una ancha cestilla de oro llena de violetas de color amatista y blancas y amarillas, de olor primaveral, que esparció por todas las mesas, excepto la de la reina, siempre desnuda.

La sagrada majestad de la reina se había despojado del manto real, tan fastuoso como nunca lo vio la romana Lolia Paulina, y se quedó con un suntuosísimo vestido de brocado de terciopelo purpúreo, todo él tejido con avecillas y otros animalitos, frondas y flores, adornos resaltados con brillantísimas perlas; sobre él llevaba una finísima vestidura de seda ligeramente teñida de color azafrán, que dejaba ver a través de su sutileza el brocado de debajo. Esta indumentaria era de suma e imperial belleza.

Vinieron luego dos elegantes muchachas que llevaban una artística fuente continua, que recuperaba hábilmente el agua que arrojaba. De oro reluciente, estaba hermosamente fundida en forma de concha. La pusie-



ron primero delante de la reina. Apenas la dejaron sobre la mesa, hicieron juntas una graciosa reverencia, inclinando al mismo tiempo la linda cabeza y haciendo una genuflexión que llegó hasta poco menos de una pulgada del terso pavimento. Parecida reverencia hacían a un tiempo las sirvientas de rango inferior que servían a la mesa sucesivamente, antes y después de ofrecer alguna cosa y, de nuevo, al retirarla. Otras tres adolescentes siguieron a aquellas, una con un aguamanil de oro, otra con una jofaina muy reluciente y la tercera con una delicada toalla de seda blanquísima.

La divina reina se lavó las manos, ayudada por las muchachas. La que llevaba la jofaina recibía el agua para que no volviera a la fuente, la que llevaba el aguamanil añadía tanta agua perfumada cuanta se gastaba, para que el contenido de la fuente de admirable invención no se vaciara; la tercera le secaba las manos cortésmente. La ancha taza de la fuente estaba puesta con habilidad sobre cuatro ruedecillas y era llevada sobre las mesas para que todos los que estaban sentados a ellas se lavaran las manos. En medio de la taza, sobresaliendo por encima de sus amplios bordes tachonados de piedras preciosas redondas, había una prominencia con diversos adornos sobre la que se asentaba un nobilísimo vaso, y sobre este

otro aun, los dos unidos por las asas, obra exquisitamente elegante y de precioso ornato, porque, entre otras inestimables joyas, tenía en la punta, rematada por una flor, un diamante resplandeciente de tamaño impensable y nunca visto, en forma de pera con la punta fijada en la flor. Y según mi sentido del olfato, pensé que el agua, que olía agradablemente, era de rosas, mezclada con jugo de corteza de limón y un poco de ámbar o benjuí con adecuada dosificación.

En medio de esta estupenda sala fue colocado un pibetero admirable, no sólo por su noble y perfecta materia, que era oro puro y óptimo, sino por lo notable de su antigua factura. Lo soportaban tres garras de funesta arpía que se unían a la base triangular por medio de hojas. La base estaba copiosamente adornada de escenitas como se usa en los objetos de tal materia; sobre sus ángulos había en pie tres amorcillos desnudos ordenadamente colocados, de dos codos de alto, dándose la espalda uno a otro; pisaban con el pie derecho y el otro quedaba libre y la pierna flexionada hacia la de apoyo de su compañero. Cada uno sostenía, con los codos levantados, un par de columnillas abalaustradas, delgadas en la parte inferior y abriéndose en la superior en una copa ancha y poco



profunda, con los bordes muy abiertos. Eran seis en círculo, una pegada a otra. En el espacio que quedaba entre los niños alados, desde el centro de la base triangular subía una columna en forma de candelabro antiguo, que tenía en su parte superior su correspondiente concha, semejante a las otras, tan ancha como convenía para llenar el vacío que quedaba entre ellas. Las sirvientas habían llenado las conchas con brasas, que luego habían cubierto de ceniza; y sobre las cenizas hervía en cada concha una ampolla de oro llena de licor o agua con una materia olorosa mantenida en infusión todo un día; pensé que en cada ampolla había un agua distinta: de rosas, de azahar, de mirto, de hojas tiernas de laurel, de flores de saúco y otras semejantes muy conocidas, con variada y adecuada mezcla de materias olorosas. Y al hervir dejaban escapar por doquier una fragancia poco común y deliciosa.

Asistían siempre a la magnífica reina tres muchachas respetuosas y elegantes, vestidas con telas de oro y seda tejidas de un modo maravilloso, que cambiaban de color de manera muy agradable a la vista según el color de los manteles, que era el suyo. Pues, así como se mudaban los manteles, del mismo modo sucedía con el color de los vestidos de las sirvientas. Eran estos como de ninfa, con un lindísimo nudo de telas bajo la fina cintura, dando la vuelta por sus carnosos y niveos hombros y cayendo sobre sus abundantes senos de modo que ponían de manifiesto el surco entre ellos, de una manera tan extremadamente voluptuosa, que los que miraban no conocían la saciedad. Su ornato de mil collares y cordoncillos de oro y seda, cuidadoso arreglo femenino, arrebatada de voluptuosidad a las miradas seducidas y amorosas, y su

dulzura superaba en sabor a cualquier alimento, por apetecible y delicioso que fuera. Calzaban sobre los pies desnudos unos zapatos de oro con abertura en forma de luna, cerrados voluptuosamente con broches de oro. Sus cabelleras rubias y espesas eran tan largas que les llegaban a las pantorrillas, y ceñían las blanquísimas frentes diademas de perlas gruesas y uniformes. Estas tres asistían a la reina con respeto singular y devoto, ya que eran muy hábiles y bien dispuestas para esta función, que cumplían servicialmente, y sólo atendían a una mesa. Cuando se levantaban los manteles, se quedaban allí de pie, con los brazos cruzados con gran respeto; y así hacían sucesivamente todas las demás, renovándose siempre el mismo número de ellas. De las tres muchachas que servían a cada comensal, la del centro le ofrecía el alimento, la de la derecha ponía bajo el alimento un platillo para que no cayera nada, y la de la izquierda le limpiaba cortésmente los labios con una servilleta blanquísima, fina y muy limpia. A cada acto seguía una reverencia. La servilleta no servía más que para una vez y luego era arrojada al suelo por la muchacha y rápidamente recogida por las que estaban de pie, que la retiraban. Y para cuantos bocados se daban, eran traídas otras tantas servilletas de seda, plegadas, olorosas y perfumadas, de tejido maravilloso. Observaban cuidadosamente este orden en la mesa con cada comensal, de modo que nadie se llevaba nada a la boca, sino que era oportunamente alimentado por los sirvientes, excepto en la bebida.

Después que hubo pasado por la primera mesa, todos se lavaron con la fuente que ya dije, cuyo agudo arteficio hacía que, a causa de la fuerza del aire incluido en

su interior, saltara de ella el agua y luego fuera reabsorbida. Pensé que, a este efecto, el vaso estaba dividido por dentro por un tabique horadado en el medio y que el agua era impulsada a subir por unos conductos gemelos desiguales; lo cual, habiéndolo comprendido, tras detenida investigación, me fue muy grato. Después del lavatorio de todos, fue dada a cada uno, comenzando por la reina, por las refinadas muchachas una bola de oro adornada con piedras preciosas en forma de pera, hueca y rellena de una pasta de perfume admirable, para que las manos ociosas de cada uno se ocuparan en tocarla y los sentidos en mirarla y olerla.

Para todo cambio de los platos, dos camareras arrastraban en medio de la regia corte, con gran dignidad, un estupendo repostero con cuatro ruedas que se deslizaban suavemente; tenía la parte anterior en forma de barquilla o nave y la posterior de carro triunfal; era de oro purísimo, adornado con muchas escilas y monstruillos acuáticos y diversas figuras exquisitamente trabajadas, cubierto todo él, con elegante distribución y como magnífico ornamento, de piedras riquísimas. El centelleo de estas resplandecía por todo el ámbito y cuando se unía con el rutilar de las otras joyas colocadas por doquier y su fulgor se encontraba, se habría dicho con razón que Febo se peinaba allí los relucientes cabellos. Iba sentada en el carro una ninfa cuyo rostro, con los ojos no menos luminosos, resplandecía de belleza. No se podía encontrar cosa que superara o igualara el continuo brillo y esplendor de tantas obras inefables, ni siquiera el de las tres estatuas de oro del templo babilónico. Dentro del repostero estaban todas las cosas condimentadas y las

salsas y los utensilios oportunos para cualquier exigencia de la variada mesa: manteles, flores, copas, servilletas, vasos, tenedores, bebidas, alimentos y condimentos. La ninfa del carro se los distribuía, tras su preparación, a las que tiraban de él, y cuando se quitaba la mesa para otro cambio, todas las cosas volvían a través de ella al carro. Cuando esta desaparecía, comenzaban a tocar juntas inmediatamente las flautistas y las trompetistas, que tenían unos instrumentos cuales no los inventaron el tirreno Piseo ni Maletto, rey de Etruria; siempre lo hacían de este modo: cuando el repostero desaparecía, tocaban hasta que volvía a aparecer, y luego cesaban. Y cuando se cambiaba la mesa, también ellas cambiaban sus instrumentos musicales. Cuando estas callaban, comenzaban a cantar las cantoras al modo eolio, tan dulcemente como para adormecer a las sirenas, acompañadas por flautas simples y dobles, mejor de lo que inventó el dárdano Trozenio. Y de este modo ordenado se oían continuamente gratísimos sonos, se escuchaban encantadoras armonías, se aspiraban agradabilísimos aromas y se recibía dulcísima saciedad al comer, y todas las cosas se convenían mutuamente para proporcionar un deleite al que nada faltaba.

En la primera y espléndida mesa todos los utensilios o instrumentos fueron de oro finísimo, del mismo modo que la redonda tabla de la reina. Y fue presentado un preparado medicinal, que, según pude conjeturar, era una saludable y óptima composición de raspaduras de cuerno de unicornio, las dos clases de sándalo, perlas molidas en alcohol y hervidas al fuego y consumidas por él hasta el último fragmento, maná, piñones en agua de rosas, almizcle y oro en polvo, todo pesado y compuesto

con mucho cuidado y reducido, tras mezclarlo con finísimo azúcar y almidón, a tabletas. Nos fue servido dos veces con moderado intervalo a cada uno y sin bebida, para impedir cualquier fiebre perniciosa o molesta debilidad.

Hecho esto, al instante fueron levantadas y retiradas todas las cosas y arrojadas al suelo las perfumadas violetas y quitada la mesa. Y enseguida fue cubierta esta de nuevo con un mantel del color del mar y la adornaron con flores olorosísimas, como la primera, pero de cidro, naranjo y limonero, y presentaron en recipientes de berilo, y de esta gema era la mesa real y los utensilios, excepto los tenedores, que eran de oro, cinco buñuelos o fritillas de pasta dorada, amasados con azúcar y agua de rosas hirviendo, regadas con finísima agua de almizcle y escarchadas de azúcar en polvo. Estas bolitas, tan dulces y de sabores tan variados, habían sido cocidas cuidadosamente de distintas formas: la ofrecida en primer lugar, en aceite de azahar; la segunda, en aceite de clavo; la tercera, en aceite de flores de jazmín; la cuarta, en finísimo aceite de benjuí; la última, en aceite de almizcle y ámbar. Cuando hubimos degustado con placer y con ávido apetito este manjar delicioso, nos presentaron un solemne cáliz de la piedra que dije antes, con tapa y cubierto con un finísimo paño de seda bordado de oro, echado sobre el hombro de la portadora y luego algo pendiente a su espalda. Todos los vasos de bebidas y condimentos se presentaban cubiertos de este modo. Dentro del vaso habían vertido un vino tan excelente que me hizo pensar que el dios que vendimia en los Campos Elíseos había puesto su divinidad en licor tan dulce.<sup>87</sup> Ceda ante este el vino de Thasos y cualquier otra bebida preciosa.

Después de la gratísima bebida, fue quitada sin demora esta mesa suntuosísima y esparcidas sobre el brillante pavimento las olorosas flores. Se extendió presuntamente un mantel de seda purpúrea sobre el que diseminaron rosas carneas o moloquinas, blancas, rojas, mosquetas, damascenas, tetráfilas y giebedinas. Enseguida trajeron las nuevas sirvientas, vestidas de la dicha tela y color, a cada uno seis trozos de capón engordado por medio de la ceguera, empapado de su propia grasa fundida mezclada con agua de rosas, azafrán y zumo de naranja, óptimamente asado y luego cubierto con hojas de oro.<sup>88</sup> Con él depositaron seis barritas de níveo pan de bodas. El capón llevaba un condimento compuesto de jugo de limón endulzado con azúcar fino, piñones mezclados con su hígado, agua de rosas, nuez moscada, azafrán y cinamomo escogido; los condimentos estaban compuestos y mezclados con notable y exquisito cuidado y óptimamente sazonados. Todos los vasos eran de topacio, así como la tabla de la mesa.

Esta tercera mesa, a la vez sobria y magnífica, fue quitada como la anterior y renovada. Se cubrió sin demora la nueva con un mantel de raso amarillo brillante—las servidoras iban vestidas de lo mismo—y se adornó con fragantes lirios del valle y narcisos. Inmediatamente se ofreció este manjar: siete albóndigas de carne de perdiz asada con rapidez, y otros tantos bocados de pan esponjoso y blanco como la leche. Salsa: agraz, almendras mezcladas con azúcar cocido tres veces, almidón, sándalo amarillo, nuez moscada y agua de rosas. Los vasos y la mesa eran de crisólito. Por último ofrecían la bebida, y el mismo orden se observó en las mesas siguientes.

Quitada la bien provista mesa, la tabla de la quinta fue revestida con mantel de seda purpúrea, lo mismo que el vestido de las ninfas. Flores: violetas amarillas, blancas y de color amatista. Manjar: ocho trozos de carne de faisán magnífico y grasiento y otras tantas barras de pan ligero y blanquísimo. Condimento: huevos frescos con piñones, zumo de naranja y de granada, azúcar de Colossi<sup>89</sup> y cinamomo. Los vasos y la mesa de la sublime reina eran de esmeralda.

Cuando se cambió esta mesa, fue extendido inmediatamente un mantel de seda violeta, e iguales eran los vestidos de las ninfas. Flores: las tres clases de jazmín, púrpura, amarillo y blanco. Manjar: nueve bocados de la pechuga del pavo real, que se conserva durante mucho tiempo, asado, gordo y caldoso. La salsa era muy verde y algo ácida, de pistachos triturados, azúcar de Chipre, almidón, nuez moscada, tomillo, sérpil, orégano blanco y pimienta. Los vasos de zafiro azul, y la mesa real.

En el séptimo opíparo cambio trajeron una tabla de mesa suntuosa, de taracea de blanquísimo marfil sobre preciosa madera de áloe bellísimamente rehundida con nobilísimos entrelazos vegetales, flores, vasos, pequeños monstruos y avecillas, y rellena de pasta negra compuesta de almizcle y ámbar. La tuvo por obra elegantísima y suntuosa, y además exhalaba un delicioso perfume. El mantel, blanquísimo y muy fino, era de tela de Carysto, y de lo mismo los hermosos vestidos de las muchachas que servían. Flores eran ciclamen y toda clase de olorosos claveles. No me atrevo a expresar quién sería capaz de comprender la gran suavidad de tantas y tan gratas fragancias, tan continuamente renovadas y abundantes, sumamente deleitosas a los sentidos. Los bocados eran de

óptima composición: pulpa de dátiles con pistachos triturados en agua de rosas y azúcar insular y almizcle, todo mezclado con precioso oro en polvo, de modo que los pedazos parecían de oro. Se nos dieron tres a cada uno. Los vasos y la tabla de la mesa eran de jacinto, piedra conveniente a una disposición tan excelente de la mesa divina y suntuosa, no sujeta a la ley Licina.

Tras la alegre y gratísima degustación de este manjar admirable y de ser arrojadas las flores al suelo, se trajo sin tardanza una gran taza de oro llena de brasas a las que fueron echados el mantel y las servilletas de tejido de Carysto. Los dejaron en el fuego tanto tiempo, que ardieron completamente, pero sacados después y enfriados, viose que estaban tan ilesos y limpios como antes. Y esta fue una ostentación notable y nunca vista. Por último, los trípodes y las tablas fueron quitados con presteza y sacados de allí.

Cuanto más reflexionaba yo sobre todas estas excelentísimas pruebas de riqueza, tanto más ignorante y estupefacto me quedaba, pero ciertamente me deleitaba en extremo, sobre todo al ver con intensa admiración, tantas y tan grandes y triunfantes y numerosísimas suntuosidades de increíble precio y fasto, hasta el punto de que pienso que es mejor callar que decir poco sobre ellas, a no ser que aquí parecían de poca monta los banquetes sículos, los ornamentos de Atalo, los vasos corintios, las delicias chipriotas y los festines de los salios. Tan supremo y excesivo gozo y cordial deleite y sumo y extremo placer, en medio de tantas delicias, me era interrumpido, sustraído y alterado por una de las tres muchachas que servían delante de mí en este cambio de la mesa, porque tenía casi el bello semblante y el dulcísimo

aspecto exterior de Polia y sus mismos gestos excitantes y su atractiva mirada.<sup>90</sup> Esto me disminuía un poco la dulzura suprema y notable de los copiosos y abundantes alimentos y del larguísimo banquete, pues a menudo hacía que retirara mis ojos excitados y seducidos de la contemplación de las preciosísimas gemas que relucían por doquier, de aquella diversidad de bellezas nunca vistas y de los notables adornos, y casi los había hecho esclavos de ella, a causa de mi inmoderado deseo de sorprender la correspondencia de aquella suma belleza con la de Polia. Finalmente, quitadas las mesas por el orden antes dicho, me hicieron señal de que no me moviera de mi sitio, porque iban a seguir los riquísimos y dulcísimos postres.

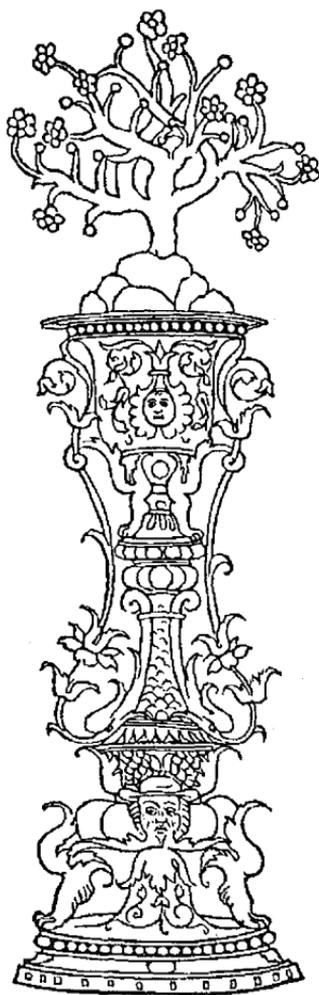
Entonces se presentaron, primero ante la presencia venerable y divina de la reina y luego ante cada uno de nosotros, cinco hermosas servidoras juntas, vestidas de seda azul bellísimamente tejida con hilos de oro. La de en medio sostenía un arbusto nunca visto, de coral rojo tan intenso que no se encontraría semejante en las islas Orcadas, de un codo de altura, fijado en la parte superior de un montículo de esmeralda. Este montículo descansaba sobre la boca de un vaso antiguo de oro purísimo parecido a una copa, tan alto como el montículo y el ramificado coral juntos, cubierto de un maravilloso adorno de hojas como no se conoce en nuestra época. Entre el estrechamiento del pie y esta copa, estaba interpuesta con máxima perfección una bola de maravillosa factura; la base y la copa estaban adornados igualmente con nobles relieves de hojas, monstruillos y pequeñas escilas de dos colas, realizados con una exquisitez nunca alcanzada por artífice alguno, adaptados armoniosa-

mente a la forma circular. El borde que rodeaba el mon-tículo estaba adornado con piedras incomparables talla-das en cabujón, que también estaban adecuadamente colocadas por toda la base, donde replandecían fulgu-rantes. A las ramas del arbusto se habían aplicado con arte algunas florecillas abiertas en forma de rosas de cin-co pétalos, unas de resplandeciente zafiro y otras de bri-llante jacinto o de berilo. De cinco de estas flores, como si fueran producidos por ellas, sobresalían cinco frutillos de color de la acerola, unidos con un tallito de oro. La muchacha que lo llevaba hincó la rodilla derecha en el suelo y mantuvo la otra levantada, sosteniendo cuidado-samente sobre ella este admirable coral; el cual, además de las ramas ocupadas por las flores mencionadas, tenía en la parte superior otras con monstruosas perlas.

Otra de estas llevaba un vaso lleno de precioso licor, mejor que el que dio la soberbia Cleopatra al capitán ro-mano. Las tres restantes realizaban la tarea de arrancar uno por uno con un tenedor de oro de dos dientes aque-llos frutillos, desconocidos y nunca vistos por mí, y nos los ofrecían y los degustamos con placer. Sentí una ines-perada dulzura, como si en la complaciente materia se hubiera separado la entrada de la deseada forma. Y en-tonces nos fueron dadas otra vez las peras de oro de los perfumes de las que hablé antes.

Por último apareció una obra milagrosa: otra fuente permanente de raro artificio, de la materia que dije, pero de otra dignísima forma y apariencia, maravillosamente torneada, basada sobre un eje firme en el que daban vueltas las ruedas giratorias. Afirmado sobre este eje, ha-bía un plinto cuadrado de lados desiguales, de tres pies

de largo, dos de ancho y un tercio de alto. En cada uno de sus extremos se asentaba una arpía con las dos alas extendidas hacia un vaso superior, que descansaba en el plinto, rematado con pequeñas golas, ondas y adornos vegetales que lo rodeaban; cada una de las caras se di-



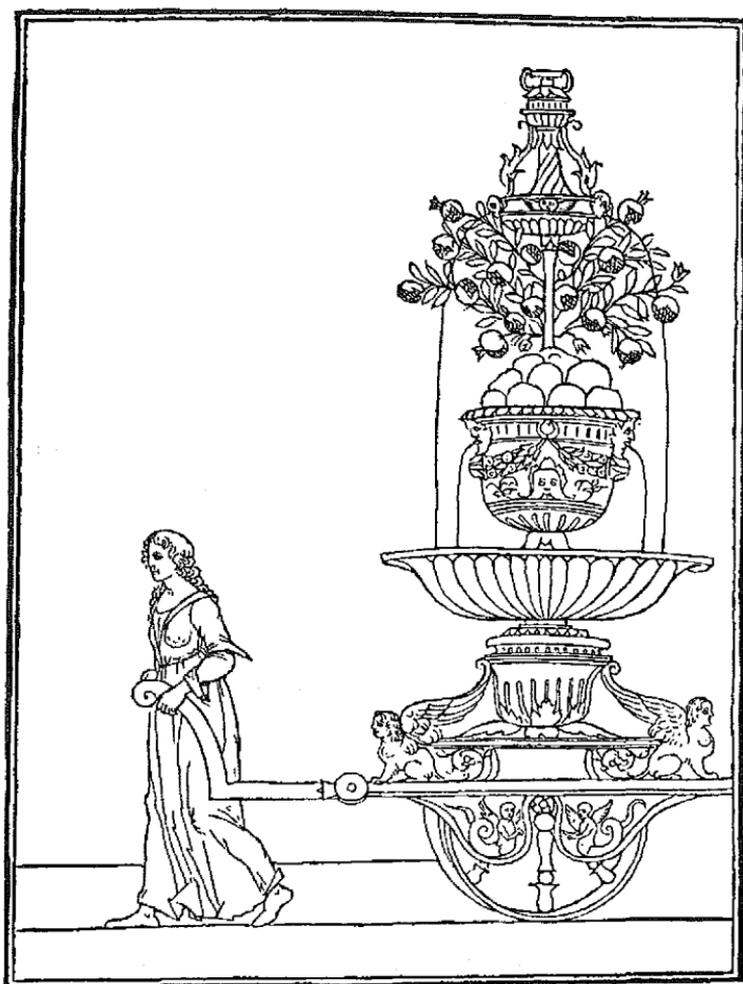
vidía en tres partes: un friso rodeado por arriba y por abajo por una franja de úndulas. Las caras anterior y posterior eran curvas y en lugar de friso tenían un adorno circular rodeado de úndulas, el primero conteniendo magníficamente esculpido un pequeño sacrificio ante un altar antiquísimo, y el otro algunas figuritas y otros hechos; en los frisos había mediorrelieves de triunfos de sátiros y ninfas, con trofeos y exquisitos movimientos. El resto del pedestal no ocupado por estas escenas estaba noblemente envuelto por las colas de las arpías, bífidas y convertidas aquí y allá en hojarasca. En el centro del plinto se elevaba sobre follaje antiguo un vaso antiquísimo y muy bello, cuyo perímetro no excedía del suyo. Este, como

el resto de la obra, tenía las proporciones de altura, anchura y grosor perfectas y estaba adornado con las molduras propias de los vasos. En su boca cerrada nacía una taza cuya circunferencia excedía la suya; estaba adornada con canalículos y tenía una gran boca de labios muy anchos, como nunca la pudo cincelar un torno. De su centro surgía otro vaso admirable de increíble factura, con el tercio interior adornado con acanaladuras; luego le rodeaba una hilera de diversas e inestimables gemas redondas, cuyo colorido era alternado, sobre las que estaba fijada una monstruosa cabeza viril, de la que salía a un lado y a otro un exquisito follaje que se unía al de la cabeza del otro lado, decorando hermosamente toda la superficie del vaso. En el borde, encima de la cabeza, había un anillo que sostenía, atada a un lado y a otro, una guirnalda de ramitas, flores y frutos, más gruesa en la mitad que en los extremos, y lo mismo en la otra parte. En medio de su curva, bajo el saliente del borde, había fijada una cabeza de viejecillo, con la barba convertida en hojarasca, que mordía un pequeño caño por el que salía el agua de la fuente perpetua y caía en la taza de abajo.

Colmaba la boca de este vaso un preciosísimo montículo, admirablemente formado por innumerables gemas redondas de forma irregular, que se amontonaban apretadamente una junto a otra y que hacían de modo encantador que el monte resultara pedregoso, centelleante de diversos y fúlgidos colores y de altura bien proporcionada. En su vértice o cima nacía un pequeño granado, con su tronco y sus ramas, todo él hecho de oro resplandeciente; sus hojas, sobrepuestas, eran de cente-

lleante esmeralda; los frutos, de tamaño natural, estaban diseminados y eran de oro, abiertos, mostrando los granos, que estaban formados por ardientes rubíes de una pureza incomparable y del tamaño de habas; además, el ingenioso artífice de esta obra inestimable, dotado de gran imaginación, había separado los granos con una tenuísima hoja de plata a modo de membrana. Y había fingido algunas granadas rotas e ímaduras, con la increíble exquisitez de figurar los granos por medio de perlas de blanco oriente. Las flores estaban hechas de perfecto coral, con los cálices llenos de hilillos de oro. Más arriba, de la parte superior del eje hueco salía una varilla giratoria y libre cuya parte inferior estaba fijada en un perno en medio del eje y que ascendía por el tronco vacío.

Esta varilla, firmemente sujeta, sostenía un conspicuo vaso de topacio de forma antigua, cuya base era ancha y dotada de acanaladuras; su boca estaba ceñida por una coronita bajo la que había una cinta que la separaba de otra igual. A esta cintilla a modo de friso, estaban unidas en las cuatro caras cuatro cabecitas aladas de niño con cuatro pequeños caños en la boca, por los que manaba el agua. El resto del vaso, que tenía una altura del doble del diámetro inferior, se estrechaba hacia un remate en forma de hojas invertidas; sobre este estaba superpuesto otro pequeño vaso de forma casi circular, rematado por sutilísima hojarasca, coronitas y un artístico orificio; desde su fondo arrancaban sendas floridas colas de delfín, unidas al estrechamiento del vaso inferior; las cabezas descendían coronadas de fronda sobre el círculo formado por la de los niños; y los cuerpos, en moderada curva desde la cabeza hasta la cola, constituían unas



elegantísimas asas. Toda esta parte en pendiente estaba esculpida con exquisitas molduras.

El vaso colocado en la parte superior fue fabricado con tal perfección que cuando el carro se movía, la varilla daba vueltas con él y arrojaba el agua más allá del es-

pacio ocupado por el árbol, y cuando las ruedas se detenían, cesaba de girar. Pensé que su movimiento giratorio recibía su impulso de una de las ruedas, que contenía otra dentada que daba vueltas hacia el huso, el cual tenía los receptáculos de los dientes y movía el eje del vaso. Las ruedas estaban cubiertas hasta la mitad por dos alas abiertas adornadas con algunas escilas. Esta obra admirable discurrió delante de nosotros, arrastrada con mucha habilidad por las muchachas, y nos refrescamos y lavamos la cara y las manos con su agua perfumada, cuyo aroma era tal como nunca se presentó a mis sentidos. Luego las sirvientas nos ofrecieron con gran generosidad una copa en forma de navicilla, cuyo dulcísimo néctar bebió en primer lugar la reina, habiendo brindado por todos afablemente, y luego solemnemente todos nosotros, saludándonos unos a otros con graciosas y mutuas reverencias. Fue este un óptimo broche y sello de todos los favores recibidos y de la excelente comida.

Por último, se barrieron y recogieron diligentemente todas las olorosas flores y se retiraron todos los restos, y el suelo quedó limpio y reluciente como un tersísimo espejo que reflejaba nuestros cuerpos y las piedras preciosas; cada uno se sentó en su lugar correspondiente y la ninfa de la fuente desapareció.

Finalmente, la magnánima y excelsa reina ordenó un baile nunca visto, que se realizó sobre las losas de jaspe, exactamente delimitadas, tersas y brillantes: los mortales nunca vieron ni imaginaron cosa igual.

POLÍFILO SIGUE CONTANDO QUE DESPUÉS DEL GRAN BANQUETE HUBO UN ELEGANTÍSIMO BAI-LE QUE FUE UN JUEGO, Y QUE LA REINA LE EN-COMENDÓ A DOS DISTINGUIDAS MUCHACHAS, QUE LE CONDUJERON A QUE ADMIRARA COSAS DELI-CIOSAS Y GRANDES. Y, HABLANDO CLARAMENTE, DISIPARON ALGUNAS DE SUS DUDAS. FINALMEN-TE, LLEGARON ANTE LAS TRES PUERTAS Y ÉL SE QUEDÓ EN LA DE EN MEDIO, ENTRE LAS AMORO-SAS NINFAS.



O SE EXTRAÑEN LOS CURIOSOS SI NO he expresado conveniente, distinta y com-pletamente la grandeza e incomparable gloria de aquella felicísima y riquísima reina, sus triunfos e impensable tesoro, sus sobrias delicias y sumas pompas y el suntuoso ban-quete; porque ni siquiera uno dotado de agudo y fácil in-genio y lengua fecundísima y elocuente sería capaz de expresarlo claramente y en conjunto, y mucho menos podría yo describir punto por punto todo esto ní divul-garlo dignamente, porque sin cesar padecía además en los escondrijos de mi hirviente corazón el continuo asal-to de mi señora Polía que, aunque estaba ausente, ocu-paba, saqueaba y devastaba todas mis fuerzas, y además porque estaba alucinado y fuera de mí por la contempla-ción excesiva de las muchas maravillas de inaudita exce-lencia y por la diversidad de cosas inusuales y distin-tas, inestimables y sobrehumanas de aquella corte. Pues,

¿quién podría imaginar las ricas vestiduras y exquisitos adornos y curiosísimo ceremonial de las cortesanas; la perfecta, ostentosa y ambiciosa belleza sin defectos, la suma sabiduría, la elocuencia comparable a la de Emilio, la generosidad más que regia de la reina; la notable disposición de la arquitectura y la constante y perfecta simetría de este edificio, la nobleza del arte de sus mármoles, la recta dirección de las columnas, la perfección de las estatuas, el adorno de las paredes, la variedad de las piedras, el vestíbulo regio, el amplísimo peristilo, los artísticos pavimentos? ¿Quién creería el lujo y derroche con que estaban dispuestos con majestuosa magnificencia y solemnemente distribuidos los adornos, los preciosísimos tapices, el atrio espacioso y alto, los ambiciosísimos comedores interiores, las habitaciones íntimas, las alcobas, los baños, la biblioteca y la pinacoteca?

Aquellos amplios y maravillosos receptáculos del arte, de precio increíble, cantaban extraordinariamente alabanzas de sus ilustrísimos artífices y ostentaban por doquier una elegante armonía en su egregio diseño. Entre otras cosas vi con singular placer un artesonado sumamente hermoso e incomparable, extendido con absoluta igualdad: cubría soberbiamente un techo muy extenso, con casetones de formas diversas, de noble composición y gran relieve, con su molduración adecuada de cornisillas, fasciolas, pequeñas golas y ovas, óvolos o frutos de rosa alineados regularmente, hojas de acanto desplegándose por los ángulos de los casetones cuadrados y rectangulares, rosas con los pétalos guardando el orden debido, menores los de dentro, y otras diversas figuras, para mayor relieve todo cubierto de oro resplandeciente

y de exquisito color azul:<sup>91</sup> retírense ante este todos los techos de Salauces, rey de la Cólquide.

Admiré luego la voluptuosa amenidad de los ordenados jardincillos, los huertos bien regados y abundantes en árboles frutales y las fuentes vivas de increíble factura, de las que partían arroyuelos que corrían por canales de mármol; la hierba húmeda, siempre fresca y florida a causa de las dulces brisas veraniegas y los vientos primaverales que allí soplaban, llevando los trinos de las ave-cillas; la pura serenidad y perenne bonanza del cielo desprovisto de nubes y purísimo, y la salubridad de las brisas; los prados sin rocas ni piedras, nunca barridos por los vientos cargados de escarcha ni quemados por un sol desapacible y ardiente, sino favorecidos por un tiempo agradable y benigno y dotados en todo de moderación y medida; los campos fértiles y productores de todos los bienes sin necesidad de cultivo; las colinas soleadas y los frondosos y frescos bosquecillos, dotados de abundante sombra.

Y luego, el inestable ajuar, la habilidad y elegancia del variado servicio, compuesto por gran número de jovencitas de bellísima presencia: porteras, cortesanas y siervas reales, de aspecto venerable y majestuoso, magníficas vestiduras, adornos regios y una belleza más encantadora de lo que nadie podría expresar.

De tan infinitas riquezas, supremas delicias e inmensos tesoros no pudo jactarse jamás el pontífice Hircanio, ni Darío ni Creso ni otro opulento mortal alguno. He aquí, pues que, llegado a este lugar, donde me detuve con sumo placer sin sentir la menor molestia ni saciarme de las cosas que se me ofrecían, no puedo concluir adecuada-

mente sino diciendo que estaba perplejo y estupefacto y fuera de mí, preguntándome qué hado me había conducido y destinado a estos felices lugares. Pero, puesto que me encontraba así, en medio de tanta gloria, en lugar tan sano y región tan feliz y placentera, y restablecido con moderada saciedad en el abundante y triunfal banquete, mejor que los del actor trágico Clodio y no sujeto a las leyes Tapulla ni Licinia, y muy tranquilizado por la promesa de la reina de favorecer mi amoroso deseo, me consolé, dando por muy bueno lo que hasta entonces me había ocurrido; y de todo di gracias a la fortuna con gozosa alegría.

Además de todo lo que hasta aquí he dicho, quiso la reina, para mayor ostentación, mostrar la grandeza y la abundancia del universo en toda clase de excelentes y rarísimas magnificencias, así que, estando todos sentados en nuestros sitios, después de la maravilla del suntuoso banquete, ordenó sin tardanza un juego admirable, digno no sólo de verse sino de recordarse eternamente, que además fue un hermoso baile, con el siguiente modo y procedimiento: por la puerta de las cortinas entraron treinta y dos muchachitas, de las que dieciséis estaban vestidas de tejido de oro—ocho de ellas iguales—; a una de las vestidas de oro le fue puesto un manto real y a otra un vestido de reina y estaban acompañadas de dos capitanes de fortaleza, dos muditos o secretarios y dos caballeros.<sup>92</sup> Las otras estaban vestidas de plata y llevaban la misma jefatura. Todas se dispusieron según su oficio, colocándose sobre los cuadrados del pavimento; es decir, las dieciséis vestidas de oro en una parte y las dieciséis de plata en la opuesta. Las muchachas músicas comenzaron a tocar con consonancia suavísima y entonada melodía

tres instrumentos de osada invención y que armonizaban perfectamente. Al tiempo medido por el sonido y según ordenaba el rey, se movían en sus cuadrados las ágiles y saltarinas bailarinas. Haciendo reverencia al rey y a la reina, saltaban con graciosísimas vueltas sobre el otro cuadrado, realizando una elegante inclinación. Cuando la música comenzó de nuevo, el rey de plata mandó a la que estaba delante de la reina que se pusiera enfrente de aquella. Esta, avanzando con los mismos gestos de respeto, hizo el movimiento y se detuvo. Por este orden, según la medida del tiempo musical, se cambiaban así de lugar o bien, permaneciendo en su cuadrado continuamente, bailaban hasta que, tomadas o arrojadas, salían, siempre por mandato del rey. Las ocho que estaban vestidas igual, invertían cada tiempo del sonido en trasladarse a otro cuadrado; no podían retroceder sino por haber saltado inmunes sobre la línea de los cuadrados donde residía el rey, ni avanzar más que diagonalmente.

Un secretario y un caballero atravesaban en cada tiempo tres cuadrados, el secretario diagonalmente, el caballero dos en línea recta y uno en transversal, y podían trasladarse por todos lados. Los custodios de la fortaleza podían traspasar muchos cuadrados en línea recta y libremente, es decir, en un tiempo podían desplazarse tres, cuatro o cinco cuadrados, guardando la medida y apresurando el paso. El rey podía situarse sobre cualquier cuadrado no ocupado o indefenso y le estaban vedados los cuadrados a los que otros pudieran saltar y, si lo hacía, debía ceder, precediendo una advertencia. La reina, por el contrario, podía moverse por cualquier cuadrado del color donde primero se asentó, aunque lo me-

jor era que permaneciera siempre al lado de su marido.

Cada vez que los oficiales de uno u otro rey encontraban a uno del contrario sin custodia ni protección, le hacían prisionero y, besándose ambas muchachas, el vencido salía fuera. Siguiendo estas reglas, hicieron al mismo tiempo un notabilísimo juego y un elegante baile, danzando y jugando festivamente según la medida del sonido con alegría, solaz y aplauso, quedando vencedora la plata. Esta solemne fiesta duró, entre los encuentros, huidas y defensas, una hora, y fueron tan armoniosas las evoluciones, reverencias, pausas y modestas inclinaciones, que me invadió tal deleite que pensé, no sin motivos, que había sido llevado a las supremas delicias e inaudita felicidad del Olimpo.

Terminado el primer juego en forma de baile, todas volvieron a su correspondiente cuadrado; y, vueltas a sus lugares ordenadamente, hicieron lo mismo que la primera vez, pero las que tocaban los instrumentos aceleraron el ritmo, de modo que los movimientos y gestos de los bailarines-jugadores eran más rápidos, aunque observaban el tiempo del sonido de un modo tan hábil y con tan apropiada gesticulación y arte, que no cabía pedir más. Muy expertas, las damiselas saltaban, la cabeza coro-

nada de olorosas violetas y las abundantes trenzas  
acompañando el movimiento, bien sobre los  
delicados hombros, ya a las espaldas.

Cuando alguna era aprisionada,  
levantaban los brazos y  
entrechocaban las palmas de  
las manos. Así, jugando y bailando,  
volvió a ganar por segunda vez el primer color.

Cuando todos estuvieron distribuidos de nuevo en sus lugares correspondientes para el tercer baile, los músicos apresuraron aún más la medida del tiempo, con un tono y modo frigio tan excitante como nunca supo inventar el propio Marsias de Frigia. En el primer movimiento, el rey vestido de oro hizo correrse a la jovencita que estaba delante de la reina sobre el tercer cuadrado. Por esta causa, comenzó inmediatamente una gran lucha, un torneo delicioso, a una velocidad cada vez mayor. Se inclinaban hasta el suelo, dando luego un salto repentino y dos revoluciones en el aire, una al contrario de la otra, y luego sin interrupción, puesto el pie derecho en el suelo, daban tres vueltas y después cambiaban de pie. Todo esto lo realizaban en un tiempo, tan hábilmente y con tanta agilidad y con profundas inclinaciones, compuestas vueltas, fáciles saltos y hermosos gestos, que nunca se pudo ver ni fue inventada cosa mejor. No se obstaculizaban entre sí, pero quien era apresado, tras haberle dado el raptor al instante un beso dulce como el mosto, salía del juego. Y cuanto menor número quedaba, tanto más graciosa habilidad había en el mutuo engaño. Este orden y modo tan dignos fueron observados por cada uno sin falta, tanto más cuanto mayor era la rapidez de la medida de las sabias y excelentes muchachas y músicas, e incitaba incluso a tales movimientos a todos los que estaban presentes, a causa de la armonía del sonido con el alma, sobre todo porque había aquí sumo y concordante consenso de la buena disposición de los cuerpos. Por esta razón, pensé cálidamente en el poder de Timoteo, habilísimo músico que con su canto había obligado al ejército del gran macedónico a tomar de nue-

vo las armas; y luego, bajando la voz y el tono, les había incitado a que, abandonándolas, desistieran todos. En este tercer juego triunfó gloriosamente la muchacha vestida de rey de oro.

Terminada esta fiesta sumamente alegre con gran regocijo y máximo placer, todos se sentaron. Y entonces se me hizo levantar y acercarme ante el venerable trono de la divina majestad y, habiéndome arrodillado modestamente, tras hacerle una reverencia profunda, ella me dijo: «Polífilo, olvídate ahora de las cosas pasadas que te han sucedido y de las ideas penosas y del peligro que has corrido, pues estoy segura de que ya estás completamente restablecido. Y, ya que quieres proseguir intrépido en las amorosas llamas de Polia, pienso que es cosa conveniente que vayas a las tres puertas donde habita la alta reina Telosia.<sup>93</sup> Sobre cada una de ellas verás escrito su título e indicación. Léelo cuidadosamente: pero, para tu mejor gobierno y para tu protección, yo te daré dos de mis amables servidoras, que son muy hábiles, las cuales te conducirán a aquel lugar y serán tus compañeras inseparables. Ve, pues, con ánimo alegre y que tengas buena suerte.» E inmediatamente, sacando con regia generosidad de su dedo anular un anillo de oro con una piedra diamantina, dijo: «Coge esto y llévalo alegre en recuerdo de mi amistosa generosidad para contigo.» Ante esta exhortación y precioso regalo yo, casi mudo de estupor, no sabía qué decir en correspondencia ni cómo agradecerse. Pero ella, dándose cuenta bondadosamente, se volvió con gesto de matrona y con natural prestancia y majestuosa gravedad hacia dos muchachas distinguidas y nobles que la asistían cerca del trono imperial. Ordenó a

una que estaba sentada al lado derecho: «Logística,<sup>94</sup> tú serás una de las que irán con nuestro huésped Polífilo»; luego se volvió con movimiento santo, religioso y venerable al lado izquierdo, diciendo: «Thelemia,<sup>95</sup> tú irás también con él, y dadle las dos a entender claramente en qué puerta debe quedarse. Polífilo, te presentarán ante otra reina muy espléndida y venerable: si te es benigna y favorable, serás feliz; si no, serás desdichado. Nadie puede leer nada en su rostro, porque algunas veces se muestra con noble y natural cortesía y alegría encantadora, y otras parece horrible, maligna y despreciable, pues tiene una gran inestabilidad. Ella es la que todo lo acaba, y por esta oscura naturaleza suya se la llama con razón reina Telosía, y no vive en una mansión tan fastuosa y opulenta como la que ahora ves que habito yo. Pues quiero que sepas que ni el Sumo Hacedor ni la ordenada naturaleza te han podido dar mayor tesoro que llegar a esta mi divina presencia y gozar de mi amplia generosidad; porque la artificiosa naturaleza no sería capaz de acumular mayores riquezas de las que representa el obtener y conseguir mi benigna gracia y ser partícipe de tanto bien. Tienes razón al pensar que nunca se podría encontrar en el mundo un tesoro tan grande como el que se halla en mí, que es riqueza celeste obtenida por los mortales. Por el contrario, la reina Telosía permanece en un sombrío lugar de tinieblas y su casa tiene las puertas y ventanas cerradas, porque no consiente de ningún modo que los hombres vean cuánta y cuál es su belleza, ni hay licencia ni permiso para que aparezca su divina hermosura a los ojos corporales; y, por esta razón, su llegada permanece oscura y ella se muestra, con admirable habilidad, versá-

til y multiforme, rehusando manifestarse cuando se la desea. Cuando las antiquísimas puertas se te abran, se presentará ante tus ojos en cada una y sin embargo no la conocerás, si la razonable prudencia no la vislumbra enigmáticamente y la considera con juicio recto, sincero y rápido; a causa de esta peligrosa incertidumbre, el hombre permanece muchas veces defraudado sin remedio en lo que espera.»

«No obstante, Polífilo, estas dos muchachas mías, autorizadas y dignas de crédito, te sugerirán por qué puerta deberás entrar, y podrás hacer caso libremente a la que más te guste oír y escuchar, porque te concedo este permiso libremente como don excelentísimo y gratuito y porque estas tienen alguna noticia de aquella.» Y, dicho esto, hizo una señal a las dos, Logística y Thelemia, que al punto obedecieron humildemente. Y yo entonces le di las gracias por su gran generosidad por gestos, ya que no me atrevía a hablar ni sabía hacerlo ante una presencia tan sublime.

Las dos compañeras que habían sido delegadas me cogieron una de la mano derecha y otra de la izquierda con familiar prontitud y gesto virginal, y, habiéndonos despedido respetuosamente primero de la reina y luego de todas, salimos por las mismas cortinas y la misma puerta. Yo, ávido e insaciable todavía, me volví hacia la bellísima puerta a mirar el conjunto del artístico palacio, admirable por su arquitectura y perfecto. La sutileza de su obra no podría ser imitada por ningún pensamiento de mortal y sospechaba con razón que la sabia naturaleza la había fingido singularmente para que se admiraran sus grandes delicias; estaba dotado de todas las comodi-

dades y placeres y realizado para durar eternamente. Por eso, me hubiera detenido allí un poco de muy buen grado, pero no pude, porque debía seguir a las dos guías y compañeras que se me habían destinado; pero en una rapidísima ojeada al friso de la puerta vi esta inscripción: Ο ΤΗΣ ΦΥΣΕΩΣ ΟΛΒΟΣ<sup>96</sup>

Y acepté con gran placer todo lo que mis atentísimos sentidos podían captar, hallando en este tránsito mayor deleite del que se puede decir y creer. ¡Feliz aquel al que le fuera concedido quedarse para siempre en semejante lugar como patricio o huésped!

Cuando llegamos al espacio cerrado por el seto de naranjos, Thelemia me dijo con singular afabilidad: «Además de las cosas excelentísimas y maravillosas que has visto, Polífilo, aún te quedan por ver cuatro que son admirables.» Y me condujeron a un vergel notabilísimo, de gran invención y sutilísimo artificio, en el que debió de emplearse mucho tiempo y que estaba al lado izquierdo del incomparable palacio. Tenía tanta extensión como aquel en el que estaba la residencia real. Alrededor, siguiendo los muros, se extendían unas jardineras cuyas plantas, en lugar de ser naturales, estaban hechas todas de purísimo vidrio, con una belleza superior a todo lo que se puede imaginar y creer; contenían recortados bojes de un paso de altura, con los troncos de oro y las hojas de la materia que dije, entre uno y otro de los cuales alternaba un ciprés cuya altura no excedía dos pasos; había además hierbas de muchas clases, realizadas con admirable ejercicio imitando de modo elegante a la naturaleza, y alegres y variadas flores de distintos y gratísimos colores. El borde de la boca o abertura cuadrada de las

jardineras era de oro y estaba adornado con finísimas molduras; sus caras eran bellísimas láminas de pasta vítrea, doradas en su interior y con maravillosos dibujos de curiosísimas escenas, unidas entre sí con bastidores de oro que las sujetaban y puestas sobre un zócalo inferior de un sexto de altura. El área del jardín estaba cerrada con columnas con éntasis, situadas a las distancias convenientes, de la misma materia, envueltas en floridas enredaderas de pleno relieve; a un lado y a otro había pilastras de oro estriadas sosteniendo los arcos, y encima corrían el arquitrabe, el friso y la cornisa, proyectándose debidamente sobre el capitel de vidrio de las columnas, cuyo fuste, envuelto en enredaderas, estaba hecho de jaspe brillante y polícromo. Las enredaderas sobresalían un poco y se proyectaban fuera del fondo. Decoraban los intradoses de los arcos rombos de vidrio purísimo que medían la tercera parte de su diámetro y se circunscribían entre canalillos gemelos, rodeados de diversas pinturas a la encáustica gratísimas a los sentidos.

Todo este espacio estaba pavimentado con círculos de vidrio y otras figuras apropiadísimas, sin mezcla de follaje, que armonizaban mutuamente y tenían una cohesión firme y un notable lustre como de piedras preciosas. De las flores se desprendía una extraordinaria fragancia, porque estaban untadas y humedecidas con esencias. Aquí la elocuente Logística formuló algunas palabras de gran sabiduría: alababa con mucha sutileza la hermosa factura y la nobleza de la materia y su arte e invención, pues no se encontraría cosa semejante ni siquiera en Murano, pero vituperaba su naturaleza.<sup>97</sup> Luego dijo: «Polífilo, subamos a esa elevada atalaya próxima al jardín.» Y,

quedándose abajo Thelemia, subimos por una escalera de caracol a la parte superior, donde se mostró, hablándome con divina elocuencia, un huerto de amplísima extensión en forma de intrincado laberinto redondo, cuyos caminos circulares no se podían pisar, sino que eran navegables, porque en vez de haber calles aptas para el paso, corrían riachuelos de agua. Este misterioso lugar era de por sí un paraje saludable, ameno, feraz, provisto de abundantes y diversos frutos y adornado con fuentes exuberantes y cubierto de un verdor florido y sumamente placentero. Y dijo: «Pienso yo, Polífilo, que no entiendes la naturaleza de este lugar admirable. Escucha: quien entra, no puede retroceder; como ves, aquellas atalayas distribuidas aquí y allá, distan siete vueltas unas de otras, y el mayor daño que sufren los que penetran aquí es que en la entrada de la atalaya central mora un dragón mortífero, voracísimo e invisible; y es muy peligroso, porque las personas que navegan confiadas por una y otra parte no lo pueden ver y, por tanto, circunstancia terrible, no lo pueden evitar. Este a veces está a la entrada o bien en el camino, donde lo quiere la casualidad, y devora a los que entran; pero si no los mata entre una atalaya y otra, pasan seguros las siete vueltas hasta la atalaya siguiente.

»Los que entran por aquella primera torre—mira el título escrito en caracteres griegos y medítalo profundamente: ΔΟΣΑ ΚΟΣΜΙΚΗ ΟΣ ΠΟΜΦΟΛΥΣ—<sup>98</sup> van en la barquilla sin ninguna preocupación ni trabajo: los frutos y las flores caen dentro del barquichuelo y ellos discurren con sumo placer y como por juego por las siete revoluciones hasta la segunda atalaya. Date cuenta, Polí-

filo, de que en el principio la claridad del aire crece hasta la atalaya mediana y desde ella decrece paulatinamente y se oscurece y declina hacia el centro.

»En la primera torre habita eternamente una matrona piadosísima, benigna y generosa, ante la cual hay una urna de echar suertes muy antigua, adornada con siete letras griegas, como ves: ΘΕΣΓΙΟΝ,<sup>99</sup> en la que se amontonan futuros fatales. Amabilísima y generosa, esta mujer da una a cada uno de los que entran, sin tener en cuenta su condición, al azar. Cuando ellos la reciben y salen de la torre, comienzan a navegar por el laberinto, cuyos caminos están bordeados de rosas y de árboles frutales. Y, pasada la primera larga circunferencia de las siete vueltas, desde Aries hasta el extremo de la cola de Piscis,<sup>100</sup> llegan a la segunda atalaya y encuentran innumerables muchachas de diversa condición, que piden a todos que les enseñen sus suertes. Cuando se las muestran, ellas, que son muy expertas, conocen el destino apropiado, aceptan al huésped, abrazándolo, y le invitan a navegar con ellas durante las siete revoluciones siguientes. Y según sus inclinaciones y con diverso ejercicio, conducen a cada uno a la tercera atalaya. Quien quiere continuar con su compañera en este lugar, no la abandona ni deja nunca, pero encuentran aquí otras muchachas más voluptuosas y muchos repudian a las primeras y se juntan con estas. Al partir de la segunda atalaya para llegar a la tercera, hallan las aguas algo desfavorables y es necesario remar. Cuando alcanzan la tercera y marchan desde ella hacia la cuarta, encuentran el agua más removida, y en estas siete vueltas oblicuas alcanzan un placer grande pero variable e inconstante. Cuando llegan a la cuarta atalaya,

ven a otras jovencitas, atléticas y luchadoras, que, examinando las primeras suertes, se quedan con los que son adecuados para el ejercicio de las armas y permiten marcharse con sus damas a los que no tienen semejanza con ellas; y en estas vueltas hallan el agua todavía más hostil y necesitan mayores esfuerzos y deben remar más.

»Llegados a la quinta atalaya, ven el agua tranquila como un espejo y contemplan en ella cuán bella es su compañera. Con la mente entretenida en este alegre y deseable deleite, pasan con una marcha aún más laboriosa. En este lugar se discute profundamente aquel dicho áureo de 'medium tenuere beati',<sup>101</sup> que no tiene un significado espacial ni local sino temporal, y que se refiere a este paso y término donde con sincero examen se comprende el medio con que se han reunido las riquezas o los conocimientos, que, si no los tienen ya consigo, no podrán adquirirlos en los lugares siguientes.

»Más allá de este punto, las aguas describen círculos más pequeños y comienza la perniciosa carrera hacia el final, y desde aquí son llevados a la sexta atalaya, remando poco o nada. Aquí encuentran elegantes matronas de aspecto célibe y púdico, entregadas al culto divino; a causa de su apariencia celeste, los huéspedes, cautivos en su amor y condenando el primitivo y asqueándose de él, tienen con estas tranquilo comercio y pacífico tránsito en las siete revoluciones siguientes.

»Pasadas estas atalayas, en el trecho siguiente el aire se ensombrece y sobrevienen muchas incomodidades y el viaje se hace brusco y la carrera muy rápida, porque cuanto más se aproxima a la figura del centro la revolución de las vueltas, tanto más breves son y tanto más se

resbala con rapidez ineficaz y con vueltas escurridizas hacia la vorágine de la atalaya central. Aquí sufren una suprema aflicción de ánimo por el recuerdo de los bellos lugares y de la compañía que han abandonado, y tanto más cuanto que saben que no pueden volver la proa de su nave, porque continuamente están a su popa las proas de las otras, y además les aterra el espantoso rótulo que hay sobre la entrada de la atalaya central, con esta expresión ática: ΘΕΟΝ ΛΥΚΟΣ ΔΥΣΑΛΓΗΤΟΣ<sup>102</sup> Y aquí, considerando la desagradable inscripción, casi deploran haber entrado en este jardín laberíntico, que encierra en sí tantas delicias y a la vez tanta miserable e inevitable fatalidad.» Luego sonrió Logística, la inspirada por los dioses, y añadió: «Polífilo, en esta boca voraz hay una severa y vigilante pesadora que juzga a los que entran y que pesa escrupulosamente, con balanza equitativa, las acciones por las que podrán salir mejor o peor librados. Y ya que sería largo decirlo todo, acabaré aquí mi discurso por ahora.»

Entonces descendimos hasta donde estaba nuestra compañera Thelemia, que nos preguntó la causa de nuestra tardanza. Le respondió Logística: «No era suficiente a nuestro curioso Polífilo sólo el ver, sino que yo debía explicarle aquello que, no pudiendo experimentarlo por sí mismo, podría al menos conocerlo si yo se lo interpretaba.» Y dicho esto, dijo Thelemia: «Vamos a deleitarnos a otro jardín no menos placentero y lleno de delicias que el de vidrio y que está al lado del ala derecha del soberbio, grande y regio palacio.»

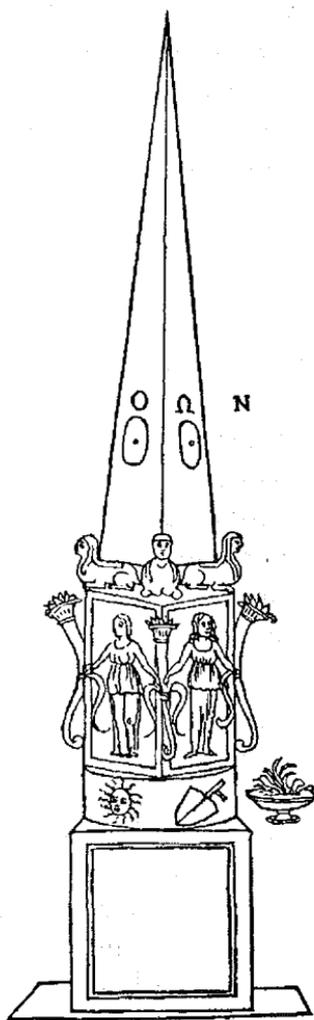
Cuando entramos allí me quedé completamente alucinado y muy admirado de ver aquella obra no sólo difícil de creer sino también de contar. Era semejante al jardín de vidrio en extensión y tenía igualmente dispuestas alrededor jardineras con los bordes adornados de molduras y con zócalos de oro, pero la obra, las paredes que lo cercaban y su materia eran diferentes, porque todo estaba maravillosamente realizado en seda: los bojés y cipreses eran de seda, con los troncos y las ramas de oro, no sin gran cantidad de gemas diseminadas. Las jardineras estaban llenas de hierbas, émulas de la madre naturaleza, sembradas de bellísimas flores de colores exquisitos y perfumadas, como las de vidrio; las paredes que lo rodeaban, de obra admirable y gasto increíble, eran todas de labor de perlas. Quiero decir que vi todas sus caras cubiertas de brillantísimas perlas de tamaño mediano, unidas apretadamente. Germinando bellísimamente fuera de las jardineras, trepaba por las pilastras una tortuosa yedra intensamente verde, cuyo follaje estaba un poco separado de las perlas y colgaba, y cuyos troncos de oro estaban artísticamente retorcidos y de ellos sobresalían pequeñas raicillas que erraban entre las perlas y racimos de joyas; las pilastras estaban provistas de capiteles de oro, con magistral y adecuada secuencia de arquitrabe, friso y cornisa de oro.

Las caras de las jardineras eran de tapiz tramado con hilos de oro, plata y seda, representando escenas de amor y de caza, que se asemejaban completamente a una pintura. El suelo del área se veía cubierto gratamente de terciopelo verde, como si se tratara de un prado, y en su centro había una pérgola redonda cerrada con una ele-

vada cúpula y cubierta por las ramitas de oro de muchos rosales floridos de seda, cuya materia casi juzgaba yo más aceptable por los sentidos que la natural. Dentro había alrededor asientos de jaspe rojizo y el suelo estaba pavimentado con un sólido disco de jaspe amarillo en el que diversos colores se mezclaban confusamente hasta parecer uno sólo, con tanto brillo, que reflejaba todos los objetos. Nos sentamos aquí para descansar un poco y la amabilísima Thelemia comenzó a tocar la lira que llevaba consigo con melodía celeste y suavidad inaudita y a cantar el origen de tantas delicias y el poder de su reina y cuánto le agradaba la compañía de su amiga Logística: tan grande era la armonía que producía la muchacha, que me maravillaba de que Apolo no viniera a escucharla; y tanto me agradaba, que en aquel momento no hubiera apreciado ninguna otra cosa. Después de cantado el divino poema, Logística, la amada por Dios, me tomó de la mano y me condujo fuera de aquel lugar, diciendo: «Polífilo, quiero que sepas que son más placenteras las cosas propias del intelecto que las que sólo atañen a los sentidos. Por eso, entramos aquí a satisfacer las dos operaciones del conocimiento.»

Y me acompañó noblemente a un jardín cercano a este, cerrado por una arquería areóstila de cien arcos, que medía cinco cuartos desde el suelo hasta la clave superior y tenía tres de luz. Todo era de ladrillo, bellísimamente cubierto de verde yedra, de modo que no estaba a la vista el menor vestigio de las paredes. Bajo cada uno de los arcos había una peana de pórfido rojizo óptimamente moldurada, que sostenía la estatua de oro de una ninfa bajo la forma de diosa, con los vestidos y los toca-

dos diferentes, y todas las vueltas con gesto reverente hacia la parte central del jardín.<sup>103</sup> En su centro descansaba misteriosamente un pedestal de calcedonia diáfana la forma cúbica y sobre él un cilindro de dos pies de altura y de paso un medio de diámetro, de jaspe intensamente rojo. Encima de él se alzaba un prisma triangular de piedra negrísima de un paso y medio de altura, cuyos ángulos no sobrepasaban sus bordes. En cada una de sus pulidas caras había una bellísima imagen de aspecto divino, grave y venerable, con los pies sobre la parte libre entre el prisma triangular y el cilindro, de la misma altura que la piedra negra, a la que estaban unidas por la espalda. Con los brazos extendidos a derecha e izquierda hacia los ángulos, sostenían una cornucopia fijada a ellos; sus dedos estaban situados a una altura de un pie y un sexto; tenían las manos envueltas en cintas desatadas que volaban por la superficie de la piedra e iban vestidas de ninfas; las cornucopias, ataduras y estatuas eran de oro purísimo y resplande-



ciente: obra no humana, sino divina. Por eso, el sepulcro de Tarina, reina de los Saces, no tenía comparación con ella.

En la figura de abajo, en cada uno de los lados cuadrados, estaban inscritas letras griegas, tres, una, dos y tres, con este orden: ΔΥΣ. Α. ΛΟ. ΤΟΣ.<sup>104</sup> En el cilindro vi tres caracteres jeroglíficos bajo los pies de cada imagen: primero estaba impresa la forma del sol; luego, bajo la otra, un antiguo timón; por último aparecía un platillo con una llama dentro.

Sobre cada ángulo de la piedra oscura vi que yacía un monstruo egipcio cuadrúpedo de oro; uno de ellos tenía el rostro completamente humano, otro semihumano y semianimal, y el tercero completamente bestial. Llevaban la frente ceñida con una cinta, con dos lemniscos tapando las orejas y pendiendo por el cuello y el pecho, y otro descendiendo por la espalda. Sus cuerpos eran de leona y sus rostros miraban hacia adelante.

Apoyada en sus lomos, ascendía una pirámide triangular de oro macizo de una altura de cinco diámetros de la cara inferior. En cada uno de sus frentes estaba esculpido un círculo y encima de él la letra griega Ο; en la otra cara, un círculo y encima la letra Ο; en la tercera, un círculo y sobre él la letra Ν.<sup>105</sup>

Comenzó aquí Logística, la inspirada por Dios, a decir: «En estas figuras se encierra la armonía celeste. Advierte, Polífilo, que en ellas, con perpetua afinidad y conjunción, hay nobilísimos monumentos antiguos y jeroglíficos egipcios que quieren decir: 'Divinae infinitaeque trinitati vnivs essentiae.'<sup>106</sup> La figura de abajo está consagrada a la divinidad, porque es producida por la unidad y es igual por todos los lados y origen primario

de cualquiera otra figura y su base constante y permanente. La circular puesta encima está libre de principio y fin. En su superficie se contienen, directamente debajo de cada una de las imágenes, los tres símbolos que se atribuyen a la divinidad por sus propiedades: el sol todo lo puede con su alegre luz, y su naturaleza es atributo de dios; el segundo es el timón, que expresa el prudente gobierno del universo con su infinita sabiduría; el tercero es el vaso de fuego, símbolo de la participación en el amor. Aunque las tres imágenes sean distintas, contienen sin embargo una sola cosa que está eternamente unida y comunican benignamente su bien, como se expresa en las cornucopias que están en los ángulos de la figura superior.»

Y continuando su discurso Logística, la que es capaz de predecir el futuro, siguió diciendo: «Date cuenta de que en la imagen del sol está la palabra griega ΑΔΙΗΓΗΤΟΣ; en la del timón ΑΔΙΑΚΟΡΙΣΤΟΣ; y en la del vaso de fuego está escrito ΑΔΙΕΡΕΥΝΗΣ.<sup>107</sup> Debajo del obelisco de oro se hallan aquellos tres animales, que son tres máximas y célebres opiniones de aquellas figuras; y así como la figura humana supera notablemente a las otras, así, ni más ni menos, su opinión. En la pirámide hay tres lados con tres círculos que significan cada uno un tiempo: pasado, presente y futuro. Date cuenta de que ninguna otra figura puede contener estos tres círculos invariables sino ellas; y que ninguno de los mortales es capaz de distinguir perfectamente y ver juntos dos lados de esta figura, sino sólo uno íntegramente, que es el presente; y por eso fueron grabados con gran sabiduría aquellos tres caracteres: OON. Por esto, Polífilo, no me acuses de prolija en mi narración, sino más bien de demasiado

concisa, y sabe que la primera figura de la base puede ser sólo conocida por sí misma y, aunque diáfana, para nosotros no resulta totalmente clara. Aquel que está dotado de genio sube más arriba y considera profundamente el color de la figura superior. Investigando más, asciende a la tercera figura, que es de color oscuro y está cerrada y rodeada por aquellas tres imágenes de oro. Por último subiendo más arriba, considera una figura de aspecto trino, y, contemplando el adelgazamiento hacia el vértice, aunque sea instruídísimo, no percibe más que lo que se ve, pero permanece ignorante sobre su naturaleza, impotente para comprenderla y estupefacto.»

Habiendo expresado Logística de un modo excelente y con absoluto conocimiento estas estimabilísimas enseñanzas, arrancadas con sagaz ingenio del amplísimo seno de la naturaleza divina, comencé yo a sentir mayor deleite con esto que con cualquier otra obra admirable que hubieran examinado mis ojos con complacencia, pensando en aquel obelisco tan misterioso, tranquilo e íntegro en su firmeza y perpetuidad, sólido y eterno y de una igualdad indestructible e incorruptible, alzado permanentemente en aquel espacio amplio y circular, donde soplaba el hálito gratisísimo de una brisa invariable y lleno de árboles frutales doblados por el peso de toda clase de frutos dulcísimos y saludables, perpetuamente verdes, plantados con orden exquisito e iluminados sin cesar por el precioso oro.

Cuando calló Logística, salimos fuera del muro de yedra por la abertura de uno de los arcos y nos marchamos de allí, yendo yo muy contento en medio de ellas, que me llevaban de la mano. Dijo Thelemia alegremente: «Vayamos ahora a las puertas como se nos ha ordenado.» Entonces, caminando a buen paso por la amena región, veía el cielo limpio de toda nube oscura y, como estaba ávido de entender el conjunto de aquellas inestimables riquezas, inexpresables delicias e inigualable tesoro de la santísima reina, mayor que los dos templos de oro fabricados por Osiris y dedicados uno al Júpiter celeste y otro al real, les hice estas preguntas: «Decidme, felices muchachas, si no os desagrada mi curiosidad: entre todas las piedras preciosas que he podido ver, había una que juzgué más hermosa y de mayor peso y precio que el jaspe que contenía la efigie de Nerón impresa en relieve y que el centelleante topacio de la estatua de Arsínoe, reina de Arabia, y que la gema por la que fue proscrito el senador Nonio. Se trata del esplendoroso e incomparable diamante, de belleza y tamaño nunca vistos, que pendía del riquísimo collar sobre el níveo pecho de nuestra divina reina: ¿qué escultura era aquella? Porque a causa de su gran fulgor y como estaba lejos, no pude verlo perfectamente; esto es lo único que me queda por saber y tiene mi ánimo ansioso y en suspenso.»

Logística, dándose cuenta de la honestidad de la pregunta, respondió inmediatamente, diciendo: «Has de saber, Polífilo, que en esa gema está tallada la imagen del supremo Júpiter sentado en un trono y coronado. Y bajo su majestuoso y santo escabel están vencidos los gigantes que querían subir hasta su sublime trono y cetro e igua-

larse a él, y a los que él fulminó. En la mano izquierda sostiene una pequeña llama y en la derecha una cornucopia repleta de bienes, y está con los brazos abiertos. Esto es todo lo que se contiene en esa preciosísima joya.» Entonces dije: «¿Qué significan aquellas dos cosas tan diferentes que tiene en sus manos divinas?» La graciosa Thelemia respondió: «Por su infinita bondad, el inmortal Júpiter da a elegir libremente a los habitantes de la tierra cualquiera de las dos cosas que tiene en las manos.»



Y yo añadí sin demora: «Ya que nuestra agradable conversación ha llegado hasta este punto, gratísimas compañeras, y que no está del todo apagado mi deseo de comprender y no os

molesta mi atrevimiento, decidme otra cosa, os lo ruego. Antes de mi horrible espanto, vi un monstruo de piedra de tamaño y arte atrevidísimos, que era un elefante. Al entrar en su vientre vacío, hallé dos sepulcros con escrituras de ambigua interpretación sobre cómo encontrar un tesoro y que yo, rechazando el cuerpo, debía quedarme con la cabeza.» Logística, sin dudar ni un momento, respondió al punto: «Polífilo, sé muy bien lo que preguntas y quiero que sepas que aquella ingente máquina fue fabricada por el ingenio humano con gran trabajo e increíble cuidado, para perplejidad del intelecto y alcan-

zar un divino placer en entenderla. Recuerda que sobre su frente pende el adorno con la doble inscripción, que en lengua materna y vulgar quiere decir «trabajo e industria», porque quien quiera tener un tesoro, debe abandonar el lánguido ocio, simbolizado por el corpa-chón, y tomar la cabeza; esto es lo que quiere decir aquella escritura: que tendrá tesoros el que se fatigue con industria.» Apenas terminó sus dulces y eficaces palabras, le di las gracias por su afable bondad, ya que había entendido completamente lo que me dijo. Pero, deseoso todavía de investigar todo lo que antes no había comprendido perfectamente, tomando familiar confianza con ellas, hice esta tercera pregunta: «Sapientísima ninfa, a mi salida de la caverna subterránea encontré un puente antiguo y hermoso en cuyos pretils, uno de pórvido y otro de ofita, vi esculpidos unos jeroglíficos y los interpreté ambos. Pero quedé ignorante sobre los ramos que estaban atados a los cuernos, puesto que no los reconocí, y tampoco supe por qué una parte era de pórvido y la otra no.»

Me respondió al punto amistosamente: «Uno de los ramos es de abeto y el otro de alerce. Es cosa sabida que uno no hace fácil comercio con el fuego y que el otro, cuando lo convierten en viga, no se arquea con el peso. Simbolizan la paciencia, que no se enciende de ira fácilmente ni se ablanda en las adversidades: la piedra de pórvido se suma con notable misterio a este símbolo, pues se afirma que es de tal naturaleza, que no sólo se quema en el horno, sino que vuelve incombustibles a las otras piedras que están cerca. Así es la verdadera paciencia, que no sólo no se enciende, sino que apaga a los que están encendidos. La piedra de ofita tiene una propie-

dad conocidísima, que conviene igualmente a aquella inscripción. Haces bien en preguntar, Polífilo, porque es cosa laudable escudriñar todo, considerarlo y medirlo.» Alabé entonces sumamente la sabiduría de aquella mujer elocuentísima y le di las gracias calurosamente. Y así, entretenidos en esta honesta y excelente conversación, llegamos muy alegres a un bellissimo río, en cuyas orillas vi un agradable platanar y otros verdes arbustos y plantas acuáticas, situados y dispuestos con orden inmejorable. Estaba atravesado por un soberbio puente de piedra de tres arcos, apoyado en los extremos sobre firmísimos pilares, con los pilones en forma de quilla por ambas partes y nobilísimos pretiles.



bas partes y nobilísimos pretiles.

Sobre estos, en la vertical de la clave de cada arco de abajo, sobresalía a uno y otro lado una lastra cuadrada y con frontón, que contenía un jeroglífico en relieve. En la de nuestra derecha vi una matrona coronada por una serpiente, sentada sobre una sola nalga, y con la otra pier-

na en acto de levantarse. En la mano de la pierna sentada sostenía un par de alas y en la otra una tortuga. En la otra parte había un círculo que contenía dos amorcillos que, dando la espalda a la circunferencia, sostenían su centro. Entonces Logística me dijo: «Polífilo, yo sé que no entiendes estos jeroglíficos, pero vienen muy al caso para los que se dirigen a las tres puertas y están oportunamente colocados como advertencia para los que pasan por aquí. El círculo dice: 'Medium tenuere beati'; el otro: 'Velocitatem sedendo, tarditatem tempera surgendo.'»<sup>108</sup>

El puente tenía una ligera inclinación, que demostraba la sagaz perspicacia y el arte y el ingenio de su habilísimo artífice e inventor; era de alabar en él la eterna solidez, que no es conocida por los cegatos modernos y pseudoarquitectos, que no tienen cultura ni medida ni arte y que, aunque disfrazan sus obras cubriéndolas de pinturas y molduras, todo lo que hacen resulta sin gracia y deforme. El puente que digo estaba construido completamente con bellissimo mármol de Himeto.

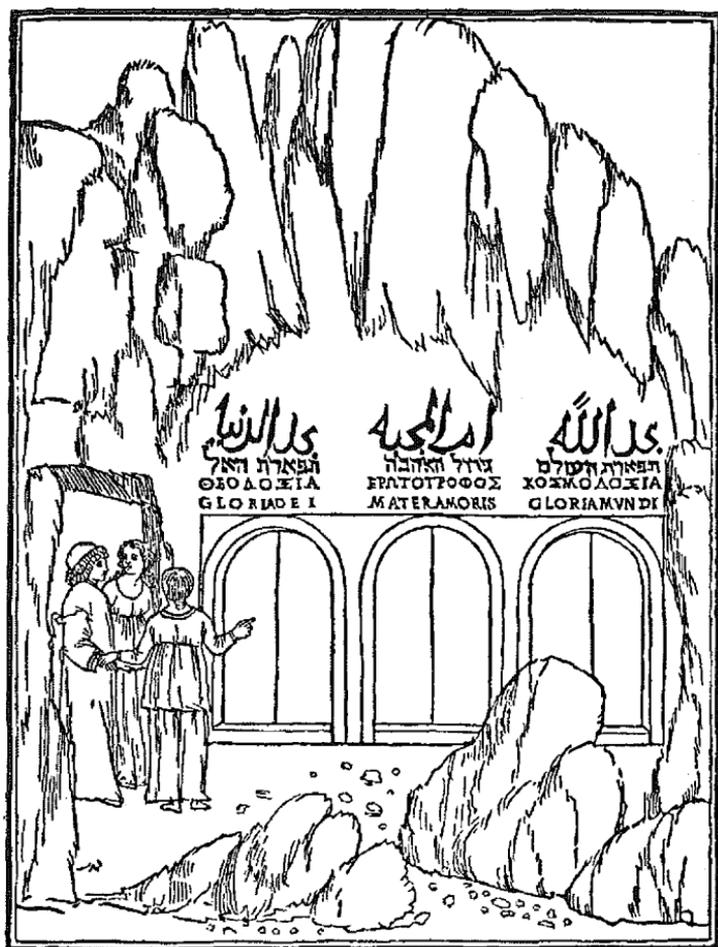
Cuando lo hubimos atravesado, fuimos caminando bajo las frescas sombras, dulcemente animadas por el vario trino de los pajarillos. Llegamos a un lugar pedregoso y áspero, en el que se elevaban montes altos y escarpados, y desde allí nos dirigimos a una montaña contigua que era abrupta, impracticable y escabrosa, completamente roída y llena de pedruscos, alta hasta el cielo, puntiaguda, desnuda de todo verdor y desprovista de árboles. En este lugar sumamente áspero estaban las tres puertas de bronce, rudamente empotradas en la piedra viva, obra increíblemente antigua. Vi sobre cada una de ellas, en caracteres jónicos, romanos, hebreos y árabes, la inscripción que la



divina reina Eleuterilide me había predicho y pronosticado que encontraría. La puerta derecha tenía esculpida esta palabra: ΘΕΟΔΟΣΙΑ; la izquierda, ΚΟΣΜΟΔΟΣΙΑ; y la tercera, ΕΡΟΤΟΤΡΟΦΟΣ.<sup>109</sup> Apenas llegamos aquí, mis compañeras comenzaron a interpretar y dilucidar hábilmente las inscripciones y llamaron a las resonantes

hojas de metal, atacado por un óxido verdoso, de la puerta derecha, que fue abierta sin demora.

Y he aquí que se nos presentó una mujer anciana, de aspecto célibe, que, saliendo por una pequeña puerta, sobre la cual estaba escrito ΠΥΛΟΥΡΑΝΙΑ,<sup>110</sup> de una choza de cañas con el techo y las paredes ennegrecidas de humo, venía con un casto cortejo de matronas; su morada estaba situada en un lugar solitario, en una gruta oscura y podrida, de piedra desnuda y deleznable. Ella estaba lacerada, escuálida, macilenta y pobre, tenía los ojos clavados en el suelo y su nombre era Theude. Traía consigo seis compañeras que la servían, también pobremente vestidas y consumidas, una de las cuales se llamaba Parthenia, la segunda Edosia, la tercera Hypocolinia,



la cuarta Pinotidia y cerca de ella estaba Tapinosa, y la última era Ptochina.<sup>111</sup> La venerable matrona señalaba el alto Olimpo con el brazo derecho desnudo. Vivía al comienzo de un camino fatigoso, difícil, obstaculizado por espinos y zarzas, en un lugar escabroso y desagradable,



con el cielo lluvioso y tormentoso y con una niebla oscura que entenebrecía el sendero.

Logística, dándose cuenta de que yo lo aborrecí a la primera mirada, me dijo con cierto enfado: «Polífilo, esta senda no se conoce hasta el final», y al punto la venerable Thelemia me dijo agudamente: «Oh, Polífilo, el amor de una mujer tan fatigosa no es adecuado para ti todavía.» Como yo estaba completamente de acuerdo con Thelemia, salimos fuera y cuando la puerta se cerró, llamaron a la de la izquierda. Fue abierta sin demora y cuando entramos se nos acercó una mujer esplendorosa de ojos fieros y aspecto decidido, que llevaba en la mano una espada de oro vibrante y resplandeciente, en medio de la cual había una corona de oro atravesada con una palma; ella tenía los brazos hercúleos y fuertes, gesto magnánimo, vientre fla-

co, boca pequeña y hombros robustos; en su rostro se leía que no la atemorizaba ninguna acción ardua y difícil, sino que tenía un ánimo feroz y gigantesco; su nombre era Euclelia<sup>112</sup> y la acompañaban respetuosamente seis nobles jovencitas obedientes: el nombre de la primera era Merimnasia, el de la segunda Epítide, el de la tercera Ergasilea; la cuarta se llamaba Anectea, y la quinta Statia; la última, Olistea.<sup>113</sup> Aquel lugar me pareció muy trabajoso. Logística, dándose cuenta de ello, tomó la lira de manos de Thelémia y, tocando suavemente, comenzó a cantar al modo dorio, diciendo: «Oh, Polífilo, no temas esforzarte virilmente en este lugar, porque, cuando la fatiga desaparece, permanece el bien.» Tan vehemente fue su canto, que ya estaba a punto de consentir en quedarme con estas muchachas, aunque su forma de vivir me parecía fatigosa. Al



punto, la cortés y cariñosa Thelemia me dijo con dulce semblante: «Antes de que te detengas aquí, queridísimo Polifilito mío, me parece razonable que veas de todas formas la tercera puerta.» Yo asentí y cuando salimos de esta fue corrido el cerrojo de las hojas de bronce y Thelemia llamó a la tercera, la de en medio, que fue abierta sin tardanza. Cuando entramos se nos acercó una doble mujer, cuyo nombre era Filtronia.<sup>114</sup> Sus miradas atrevidas y volubles y su aspecto gratísimo me arrastraban hacia su amor desde el primer momento. Habitaba en lugar placentero, cubierto de hierba y de flores, regado por el agua de fuentes limpidísimas y riachuelos que se deslizaban susurrando, con campos soleados y refrescados por la sombra de los frondosos árboles. Como las otras, traía consigo seis hermosísimas servidoras, iguales en edad y de aspecto encantador, vestidas con suntuosidad y hermosamente adornadas. En cuanto a sus nombres, la primera era Rastonelia, la segunda se llamaba Chortasina, la tercera Idonesa, la cuarta Tryphelea, la quinta Etiania y la última Adia.<sup>115</sup> Semejante aparición fue sumamente grata y placentera a mis atentos ojos. Por eso, la sincera Logística, viendo que ya me disponía, claudicando, a dedicarme a su amor de un modo servil, dijo prestamente con voz enfadada:

«Oh, Polifilo, falsa y simulada es la belleza de estas, engañosa, insípida e insulsa, y si quisieras mirar atentamente a sus espaldas, tal vez comprenderías asqueado cuánta indecencia hay en ellas y cuán despreciables son, fétidamente repugnantes y abominables, elevadas sobre un alto montón de basura. La voluptuosidad y el placer son frágiles y siempre huidizos, y luego queda superviviente la vida mi-

serable, llena de pesares, esperanzas vanas, placeres brevísimos, llantos perpetuos y ansiosos suspiros. ¡Oh, dulzura mezclada con la desgracia, que contiene en ti tanta amargura como las mieles que destilan las hojas en Colcos! ¡Oh, pésima y sucia muerte, cómo te cubres de dulce veneno, con qué mortales peligros e inquietudes eres buscada imprudente y precipitadamente por los ciegos amantes, que, aunque estés ante sus ojos no te pueden ver, los desgraciados! ¡Oh, de cuántos dolores y amargas penas y sufrimientos eres portadora! ¡Oh, depravado, impío y execrable apetito; oh, locura detestable; oh, sentidos engañados, por vuestra culpa se arruinan los desgraciados mortales por un placer semejante al de las bestias! ¡Oh, sórdido amor; oh, absurdo furor; oh, desordenada y vacía concupiscencia, que induces a tantos errores y tormentos a los corazones en los que anidas; oh, malvada y mortal destrucción de tantos bienes; oh, monstruo fiero, cómo velas y nublas, astuto y taimado, los ojos de los infelices amantes! ¡Desgraciados de los que son apresados por ese pegajoso sentimiento, tan abundante en males, tan venenoso, tan escaso en placer y cuyos bienes son tan engañosos!»

Diciendo Logística estas palabras y otras semejantes, muy agitada e indignada y con el ceño fruncido, arrojó al suelo la lira y la rompió. Entonces Thelemia, sin hacer caso de semejantes discursos, me hizo señas riéndose de que no escuchara a Logística, por lo que esta, sabiendo mi inícuca inclinación y encendida de desdén, volvió las espaldas suspirando y echó a correr hacia la salida. Y yo quedé con mi vencedora y querida Thelemia, que me dijo cariñosa, riendo: «En este lugar, Polífilo, no tarda-



rás en encontrar la cosa que más amas en el mundo, que tu corazón desea sin descanso y que es tuya.» Entonces, meditando profundamente, encontré que en mi corazón desgraciado no había cosa más deseable que mi Polia, semejante al sol. Alegrado por estas placenteras, gratísimas y divinas palabrillas, me sentí extraordinariamente confortado. Thelemia se dio cuenta de que la matrona, sus muchachas y aquel lugar me eran sumamente agradables y, besándome como una paloma y abrazándome estrechamente, se despidió y se marchó.

Cuando las hojas metálicas se cerraron, me quedé entre aquellas hermosas ninfas que, encantadoras y lascivas, comenzaron a jugar a mi alrededor y, rodeándome voluptuosas, a provocarme con sus seducciones a concupiscencias tentadoras. Experimentaba un comienzo de comezón, ya que sus rostros descarados me provocaban un aumento del fuego del amor y de la excitación. Tal vez el frío y supersticioso Xenócrates se habría enamorado con amor impetuoso de Friné y habría caído en la lujuria y no hubiera sido acusado por ella de ser como una estatua, si se hubiese tratado de una de estas, que tenían los rostros lascivos, los corazones desvergonzados, los



ojos risueños, relucientes y juguetones en su cara rosada, las formas exquisitas, los vestidos provocativos, los movimientos juveniles, las miradas mordientes y un aderezo elegantísimo. En ellas nada era simulado, sino todo perfecto y exquisito naturalmente; nada deforme, sino todo proporcionadísimamente armonioso. Sus cabezas doradas tenían las rubias trenzas bellísimamente entrelazadas con cordoncillos y ataduras de seda tejida con hilos de oro, con una habilidad sobrehumana, enrolladas alrededor de la cabeza y sostenidas con horquillas; su frente estaba abundantemente sembrada de rizos en forma de zarcillos, que colgaban con juguetona inconstancia; sus elegantes vestiduras estaban ideadas para el placer. Iban todas muy perfumadas, exhalando una desconocida fragancia como de almizcle. Su conversación era capaz de turbar y violentar cualquier resistencia y la dureza del corazón más salvaje y menos dispuesto, de corromper cualquier virtud, de atrapar al hombre más libre y suavizar toda inoportuna rusticidad y debilitar cualquier pétreo dureza. Por eso, habiéndose inflamado mi alma completamente de nuevos deseos y arrojada ya a un extremado incendio de concupiscencia, excitado todo mi arrebatado y lúbrico apetito e inmerso en el deseo, me hallé invadido e infectado por el ígneo contagio e hirviendo en el fuego que había brotado en mí. Así encendido, las amables muchachas me dejaron solo sin que me diera cuenta en una amenísima llanura.

LAS LASCIVAS MUCHACHAS LE DEJAN SOLO EN ESTE LUGAR DESIERTO Y UNA NINFA ELEGANTÍSIMA LE SALE AL ENCUENTRO. POLÍFILO DESCRIBE AMOROSAMENTE SU BELLEZA Y SU INDUMENTARIA.



NO SÉ SI ENTONCES DELIRABA, HERIDO mi tierno corazón en exceso por amorosas punzadas, porque me quedé estupefacto por el modo en que la gratísima compañía desapareció de mi vista, tan repentinamente como si se hubiera desvanecido en el aire. Arrebatado y casi fuera de mí, levanté un poco los ojos y vi ante ellos una artística y elevada pérgola abovedada, cubierta de florido jazmín completamente pintado por sus olorosas florecillas de tres colores. Penetré bajo ella, gravemente alterado por la inesperada privación de compañía y reflexionando sobre las diversas, grandes y estupendas cosas que me habían sucedido y esperando firmemente encontrar a mi Polia de cabellos de oro, como la reina me había prometido. «Ay de mí, Polia», decía suspirando, de modo que los amorosos suspiros que se formaban dentro de mi corazón encendido resonaban bajo aquella bóveda de verdor. Agitado por esta angustia y absorto, llegué enseguida, sin darme cuenta, al final de la florida cobertura y ví que en una llanura amplísima una inmensa muchedumbre de jóvenes de ambos sexos se divertían en grupos, festejando animadamente, cantando con sonoras voces y diversas melodías, bailan-

do danzas hermosas y juguetonas y batiendo palmas con gran regocijo. Admirado por esta grata novedad, me detuve sin saber si debía proseguir mi camino.

Y he aquí que se separó de ellos una noble y alegre ninfa, con una antorcha encendida en la mano, y dirigió



hacia mí sus pasos virginales, por lo que, viendo claramente que era una muchacha de carne y hueso, no me moví sino que esperé contento. Vino hacia mí sonriendo, con juvenil rapidez y modesto continente y con el rostro resplandeciente como una estrella, y con tal prestancia, elegancia y hermosura como tal vez no se apareció al be-

licoso Marte la amorosa Idalia,<sup>116</sup> ni a ella el hermoso pastor Adonis, ni el delicado Ganimedes al supremo e inflamado Júpiter, ni la bellísima Psiquis al ardiente Cupido. Por lo que, si yo hubiese visto a esta entre las tres diosas discordes como la cuarta y hubiese sido puesto como juez por el supremo Jove, cual en las umbrosas selvas de Mesanlonia el pastor frigio, sin duda la habría juzgado más digna por su hermosura de la manzana con la inscripción, sin respeto alguno por las otras.<sup>117</sup> A primera vista sospeché que era Polia, pero lo desacostumbrado de su atavío y del lugar me disuadieron y por eso estaba indeciso y permanecí en una duda llena de respeto.

Vestía esta ninfa, semejante al sol, su cuerpecito virginal y divino con una sutilísima tela de seda verde tejida con oro, formando un color encantador como el de las plumas del cuello de los ánades, sobre una camisa blanca y de tejido rizado, más hermoso que el que tejió nunca su inventora Pánfila, hija de Platis, en la isla de Cos,<sup>118</sup> que cubría la carne resplandeciente y delicada y la lechosa piel. Esta camisa parecía velar graciosamente rosas blanquísimas y encarnadas y estaba finamente plegada. Sobre ella el vestido se adhería a las anchas caderas y a los pequeños pechos, ceñidos apretadamente con una cuerdecilla de oro, que retenía un poco levantados los pliegues del finísimo paño sobre el pecho delicadamente turgente. Llevaba por encima del cinturón lo que sobraba de la larga vestidura, cuyor bordes orlados quedaban igualados a la altura de los carnosos talones.

El cordoncillo de oro que ceñía esta vestidura, manteniéndola elevada, era como el sagrado cinturón de la santa Cítrea: el elegante bullón rodeaba el púdico estó-

mago con una grata hinchazón y caía sobre las nalgas prietas y trémulas y sobre el redondo y pequeño vientre. El resto del vestido volaba con finísimos pliegues al soplo de las brisas suaves y cambiantes y a causa del movimiento del cuerpo, cayendo hasta las lechosas pantorrillas. A veces, empujado por el templado aliento de un viento suave, acusaba las púdicas y hermosas formas, lo cual no daba ningún reparo a la muchacha. Llegué a sospechar, no sin fundamento, que su naturaleza no era completamente humana. Tenía los brazos llenos y las manos largas, adornadas por delgados y torneados dedos, con uñas largas, rosadas y brillantes, cuales nunca fueron dedicados a Minerva, la que provee de botín; los brazos parecían casi desnudos a causa de la transparencia de las mangas, y una tira de oro puro, tejido y copiosamente adornado con relucientes joyas, rodeaba hermosamente el arranque de uno y otro, cerca de las blancas axilas.

Todas las orlas del vestido eran semejantes a esta y estaban adornadas con finísimos flecos de oro que colgaban sueltos, distribuidos bellísimamente en diversos lugares. A uno y otro costado, el vestido estaba rasgado y su hendidura se unía en tres lugares con tres botones que eran gruesas perlas cosidas con seda azul, más hermosas que la que Cleopatra disolvió en su poción; y aquella separación estaba unida de manera que se podía ver la vestidura de debajo entre una y otra perla.

En torno al recto y lechoso cuello daba la vuelta una franja de oro retorcido, tejido a gusanillo y copiosamente adornado de piedras preciosas, que se separaba sobre el pecho, estrechándose luego agudamente y volviéndose-

se a unir después en horizontal. Debajo de esta prenda, como ya he dicho, la finísima camisa rizada de seda blanca minuciosamente trabajada cubría aquella preciosa carne, semejante a las purpúreas rosas, al comienzo del amplio y delicioso pecho, más grato a mis ojos que las frescas aguas al ciervo agotado y fugitivo, más deleitoso de lo que le era a Cyntia la navecilla de pescador de Endimión y que la suave cítara a Orfeo.

Las mangas de la camisa eran convenientemente anchas y estaban atadas a las muñecas con cintas de oro, cada una rematada por una gruesa perla de candor oriental. Además de todas estas cosas sumamente agradables, yo miraba con especial deseo, con miradas rapaces y atentas, los orgullosos y turgentes pechos, que desbordaban la opresión del finísimo vestido: pensé de ellos, no sin razón, que su artífice los había formado con tanta belleza solamente para su propio placer y que había reunido en ellos toda la fuerza del amor. Tal vez las cuatro aves de oro de la basílica real de Babilonia, llamadas la lengua de los dioses, no arrastraban con tanta fuerza los ánimos de los súbditos hacia el amor del rey como a mí estos, que apenas habrían llenado el hueco de la mano y que estaban separados con el más bello intervalo, ay de mí, que la naturaleza fue capaz de producir.

La blanquísima garganta, más cándida que la nieve escitia, estaba ceñida con un collar más precioso que el de la cierva del César, e incluso dudo que fuera semejante el que indujo a la criminal Erifile a revelar el escondite de Anfiarao. Consistía en una sarta de piedras preciosas y de perlas redondísimas, dispuestas en este orden

exquisito: en el surco del blanco pecho, a guisa de pinjante, había un rutilante rubí redondo, engarzado entre dos gruesas perlas. Más allá de las perlas de los lados relucían dos zafiros y después otras dos perlas orientales; más allá de las cuales, a una y otra parte seguían dos resplandecientes esmeraldas y dos perlas más, y luego dos relucientes jacintos: todas estas gemas, en forma de cabujones, eran perfectas y del tamaño de aceitunas y estaban distribuidas armoniosamente.

La rubia cabellera se derramaba suelta sobre el gracioso cuello, abundante, rizada y resplandeciente, con los cabellos como sutilísimos hilos de oro que brillaban de un modo inconstante. Su nacimiento estaba ceñido por una guirnalda de perfumadas violetas semejantes a amatistas, que pendía un poco sobre la alegre frente, cual nunca fue dedicada al Genio, y formaba una voluptuosa separación triangular. Por debajo de la guirnalda brotaban los cabellos formando tirabuzones, algunos de los cuales sombreaban temblorosos las hermosas sienas, sin ocultar las diminutas orejas, más bellas que las que nunca se dedicaron a la Memoria. El resto de la rubia cabellera se extendía tras el resplandeciente cuello y pendía por los hombros redondos, derramándose inquietamente sobre la hermosa espalda y llegaba más abajo de las ágiles rodillas con moderada ondulación: el pájaro de Juno no extiende tan ampliamente sus plumas adornadas con ojos, ni Berenice ofreció cabellos tan hermosos en el templo de Venus por su Tolomeo, ni el matemático Cono los vio semejantes colocados en el triángulo.<sup>119</sup>

En la alegre frente, bajo dos cejas delgadas, negrísimas, arqueadas y separadas, cuales nunca se han visto en

las abisinias de Etiopía ni las tuvo Juno bajo su tutela, resplandecían dos ojos alegres y radiantes, capaces de fundir a Júpiter en lluvia de oro, luminosos, con la oscura niña sobre la lechosa córnea. Junto a ellos, las mejillas purpúreas, noblemente agraciadas por hoyuelos cuando se reía, tenían el color de las rosas frescas cogidas al nacer la aurora y colocadas en vasos de purísimo cristal de Chipre: no de otro modo se transparentaba en ellas el color bermejo.

Bajo la nariz se extendía un lindísimo vallecito hasta la boca pequeña, de forma gentil, cuyos labios, delgados y purpúreos, cubrían la uniforme sucesión de los dientes pequeños y marfileños, que no sobresalían uno de otro, sino que estaban dispuestos en orden uniforme; el Amor exhalaba entre ellos un aroma delicioso. Pensaba yo por eso que entre los graciosos labios no tenía dientes, sino lustrosas perlas, y ardiente almizcle por aliento y por voz la de Thespis y sus nueve hijas.<sup>120</sup>

Todas estas cosas me encantaron, pero entre mis encendidos sentidos y mi desordenado y ardiente apetito nació una excitación y una tensión amarga que no había experimentado ante las anteriores presencias y enormes y variadas riquezas. Porque, mientras los errantes y ladrones ojos consideraban una parte como la más bella, el deseo, arrebatado por otra de las partes de aquel cuerpo divino, les contradecía y prefería esta. La causa y principio de tan tensa y turbada conmoción fueron mis ojos insaciables, a los que yo sentía sembrar y suscitar tantas penas en mi corazón triste y herido. Por culpa de su obstinación perdí yo entonces este y no los podía satisfacer con nada. Mi estremecido deseo prefería con mucho y

sin comparación el delicioso pecho y mis ansiosos ojos estaban de acuerdo y decían: «Si al menos lo pudiéramos descubrir todo». Luego, arrebatados violentamente de allí hacia el rostro hermosísimo, hallaban en él una extrema voluptuosidad. Y entonces, robustecido mi deseo por su contemplación y tornándome desmesuradamente audaz, susurraba: «¿Quién podría llegar a convencerme de que haya habido alguna vez en algún lugar una cabellera tan abundante y digna del Genio, tan hermosamente trenzada y arreglada, con sus rizos como zarcillos, adornando una frente tan bella y resplandeciente? Nunca gustó más por su cabellera Hesperie a Esaco<sup>121</sup> ni fue más deseada. Y estos dos ojos clarísimos y flechadores, luminosos como estrellas matutinas en el cielo puro, que han herido profundamente mi corazón como un dardo clavado por el airado Cupido, adornan tal cabeza y frente con más hermosura que los esplendorosos rayos de los Acintanos al belicoso Neco.<sup>122</sup> Casi me atrevo a decir que Delos no produjo luminarias más agradables a los mortales,<sup>123</sup> más luminosas y hermosas que las fijadas en la divina frente de esta imagen celestial, donde relucen amorosamente.» Agitado mi triste corazón por tales que-  
rellas y tan discrepantes controversias de los apetitos, sostenía una lucha tan formidable como si entre mis sentidos se hubiera colocado una rama del laurel que crece en el túmulo del rey Beblyx y la riña no pudiera cesar,<sup>124</sup> de modo que pensaba que el litigio no se aplacaría más que si obtenía displacer de su belleza mi corazón, cosa imposible. Y por esta razón, mis voluptuosos deseos no podían ponerse de acuerdo y yo estaba como el hombre atormentado por el hambre que, teniendo delante múlti-

ples y variados alimentos y no sabiendo cuál escoger, no puede contentar con ninguno su cruel apetito y permanece hambriento.

[XII]

LA BELLÍSIMA NINFA LLEGA HASTA POLÍFILO, LLEVANDO UNA ANTORCHA EN LA MANO IZQUIERDA. LE TOMA CON LA LIBRE Y LE INVITA A IR CON ELLA. ENTONCES COMIENZA POLÍFILO A SENTIR INFLAMADOS SUS SENTIDOS, ABRASADO POR EL DULCE AMOR DE LA ELEGANTE DAMISELA.



UANDO TUVE ANTE MÍ, COMO OBJETO real e inteligible, aquel ser de tan bella presencia y divino aspecto, copioso acervo y universal conjunción de belleza nunca vista y sobrehumana hermosura, estimé en poca cosa y pobres y sin comparación con ella todas las increíbles delicias y riquezas y magnificencias que había visto antes. Feliz aquel que pudiera poseer semejante tesoro de amor en paz; pero no sólo consideraba feliz al que la poseyera, sino más feliz todavía al que, sucumbiendo humildemente a todos sus deseos y a su imperio, fuera obtenido y poseído por ella. ¡Oh, altísimo Júpiter, he aquí una huella de tu divina imagen dejada impresa en esta nobilísima criatura, a la que Zeuxis habría elegido oportunamente y con justicia sobre todas las muchachas de Agrigento y de todo el mundo como singular ejemplo de suma y absoluta perfección si hu-

biese podido contemplarla! Esta ninfa hermosa y celestial se me acercó alegremente y, cuando pude contemplar de cerca y con más claridad sus rarísimas bellezas, que ya había visto de lejos, me quedé estupefacto y sorprendido.

Apenas su amoroso rostro y su gratísima presencia pasaron a través de mis ojos a las partes íntimas, mi memoria, que la recordaba, se despertó y, excitando al corazón a admitirla y ofreciéndole a aquella que había hecho de él taller donde se forjaban sus punzantes flechas y la aljaba que las contenía y familiar y permanente morada de su dulce efigie, yo la reconocí como la que había consumido la mayor parte de mi juventud con sus cálidos, primeros y fortísimos amores. Ya desbocado mi corazón, lo sentía yo saltar sin descanso y golpear constantemente como un ronco tambor mi pecho herido, porque, a causa de su hermoso y gratísimo aspecto y de las rubias trenzas y los rizados cabellos que temblaban juguetones como zarcillos sobre su frente, aquella me pareció Polia, la de la cabellera de oro, a la que yo amaba extremadamente y por la que mi vida no había podido salir de las llamas incendiarias ni cambiar de rumbo, pero el insólito vestido, propio de una ninfa, y lo desconocido del lugar hicieron que permaneciera en suspenso, lleno de dudas e irresoluto. Sostenía ella con el níveo brazo izquierdo, apoyada sobre el cándido pecho, una antorcha encendida y fulgurante que sobresalía un poco sobre la dorada cabeza, empuñando la parte inferior, que se adelgazaba paulatinamente. Alargaba graciosamente el brazo libre, más blanco que el de Pélope,<sup>125</sup> en el que las sutiles ramificaciones de las venas y arterias

parecían líneas de sándalo trazadas sobre blanquísimo papiro. Y tomó modestamente con la delicada mano derecha la mía izquierda, volviendo hacia mí la frente dilatada y espléndida y la risueña boca, que olía a canela, y las mejillas agraciadas por los hoyuelos, y con voz exquisita y dulce, dijo: «Polífilo, ven conmigo sin temor ni vacilación.» Entonces yo, admirándome de que ella supiese mi nombre, sentí mi ánimo estupefacto y todo mi interior abatido, abrasado por una llama amorosa, y la voz trabada por el temor y al mismo tiempo por un pudor respetuoso. No era capaz de encontrar palabras con que responderle dignamente ni cómo reverenciar la divina antorcha, de modo que lo único que pude hacer fue ofrecerle prestamente la indigna e inconveniente mano que, al ponerla en la suya, sentí estrechada entre cálida nieve y bajo un coágulo de leche, y me parecía, y así era efectivamente, que tocaba algo que no era de naturaleza humana. Cuando hube hecho esto, quedé muy asombrado, tembloroso y receloso, no sabiendo qué hacer ante estas cosas nunca vistas por los mortales ni qué iba a ocurrir después. Mi vestido plebeyo de paño y mis maneras rudas y vulgares hacían que me considerara muy diferente a ella, torpe e indigno de semejante compañía, y pensaba que no era legítimo que un ser mortal y terrestre gozara de semejantes delicias.<sup>126</sup> Por eso, me dispuse a seguirla con la cara encendida de vergüenza, deplorando la bajeza de mi condición.

Pero luego, aunque todavía no había vuelto en mí completamente, comencé a desechar mis temores y mi turbación, diciéndome a mí mismo que era una gran suerte haber encontrado un objeto tan hermoso y divino en semejante lugar. La hermosura de su aspecto habría



bastado para arrastrar y hacer salir de las llamas eternas a las almas perdidas y para devolver su integridad a los cuerpos deshechos de las tumbas, y, por tenerla siempre a la vista, Baco habría olvidado su insigne borrachera de los vinos gaurano, faustiano, falerno y pucino o pictano, y la hubiera seguido con el corazón inquieto y palpitante de amor, más agitado que un pajarillo atrapado y como la tímida presa llevada por el lobo rapaz entre los dientes por la garganta.

Aquí fui alcanzado cálidamente por ardores agradables que, creciendo paulatinamente, comenzaron a calentar y encender mi helado pavor y a adecuar mi alterado calor al de un amor sincero. Y ya casi superado y vencido por un deseo creciente e íntimo, meditando entre mí calladamente, disputaba conmigo mismo del siguiente modo: «Sería el más feliz de los amantes quien poseyera el amor de esta, si no completamente, al menos participando de él en parte.» Luego, reprochándome mis impíos deseos, decía por el contrario: «Ay de mí, apenas puedo creer que semejantes ninfas se dignen escuchar a los hombres inferiores y terrestres, tan distintos de ellas en todo. Sin duda, esta es digna de los estrechos abrazos de los dioses superiores y su delicioso amor sería capaz de arrancarlos de los altos cielos, haciéndoles despojarse de la forma divina y transmutarse y adoptar otra.» Por otra parte, me consolaba pensando que si yo le ofrecía mi alma enamorada—pues no tenía otro regalo más digno de ella—, aunque ella era divina, tal vez no lo despreciaría, como Artajerjes, rey de los persas, que se inclinó a beber el agua que le ofrecían en el hueco de las manos. Por eso, sentía agitarse y conmoverse grandemente con tibios suspiros las partes más íntimas de mi pecho invadido, que se adaptaba de buena gana a tal ministerio y se preparaba para encenderse, mejor dispuesto que la caña seca cuando, habiéndole aplicado una pequeña chispa, arde completamente si los euros soplan con violencia.

Del mismo modo, sentía crecer en mí, sujeto apto para ello, rápidamente una pequeña llama agradable y familiar, que se incrementaba por causa de las amorosas miradas de ella, que eran para mí golpes perniciosos y mortales,

como el tonante rayo que desgaja los fuertes robles con violencia. Y ya no me atrevía a mirar sus relucientes ojos, arrebatado por la increíble belleza de su gratísima presencia, porque cuando alguna vez lo hacía y se encontraban por casualidad sus radiantes ojos con los míos, durante un rato todas las cosas me parecían dobles, hasta que parpadeaba y restablecía en ellos la visión primitiva.

Por esta causa, saqueado, despojado y totalmente vencido, estaba dispuesto a coger un puñado de las frescas hierbecillas y, ofreciéndoselas suplicante, decir: «Me rindo (Herbam do).»<sup>127</sup> En vista de que ya había confirmado en mi mente mi amor y le había dado libre entrada y expuesto ampliamente mi alma, mi cálido pecho se abrió paulatinamente como el rojo y maduro fruto de la momórdica o carancia.<sup>128</sup> Y cuando recibió en sí las acostumbradas y familiares (aunque un tanto intermitentes) llamas, inmediatamente el hogar deteriorado y reducido a pedazos reconoció su calor y su fuego, que penetraron en las ardientes vísceras que ya lo habían experimentado otras veces, junto con el aspecto virginal de ella, adornado en grado sumo por una elegancia increíble. Porque este, que se había introducido dulcísimamente en mi mente con mis primeros amores—lleno de insidias, como el caballo de Troya—dio lugar a una lucha implacable y eterna para permanecer fijado en mi tenaz y simple corazón. El cual, seducido fácilmente por el dulcísimo semblante, no tardó en romperse y abrirse ampliamente a los amorosos ardores y encenderse de buen grado con los placenteros fuegos y rendirse completamente.

En mi interior se hacía cada vez más fuerte la excitación de los frecuentes e íntimos ardores, cuyo socorro

por parte de ella tenía entonces por remedio más digno y oportuno que el de Tifis con sus sutilísimos instrumentos de navegación<sup>129</sup> y la estrella de Cástor a las cóncavas navecillas que se encuentran entre las rápidas y fluctuantes ondas del mar cuando hay tempestad; más grato aún que el de Mylicta al herido Adonis, y a Afrodita el de Peristera, la complaciente ninfa;<sup>130</sup> y más aún que el díc-tamo del monte Ida, llevado por la hija de Dione con la flor purpúrea, a la herida del piadoso Eneas. Y sintiendo yo mi pecho ya abatido y lleno y colmado de íntimas asperezas y oprimido y sosteniendo encontrados pensamientos, meditando sobre aquel penoso amor, mi incurable herida se ensanchaba y aumentaba. Con el ánimo disminuido, completamente perdido en un ciego deseo, sin poder resistir aquellas cáusticas ebulliciones, casi me atrevía a manifestar y expresar mis intensos ardores y amorosas ideas, y hubiera querido vociferar diciendo:

«Oh delicada y divina damisela, quienquiera que seas, no uses conmigo antorchas tan capaces de hacer quemarse y consumirse mi triste corazón. Ahora arde completamente en un incendio constante y creciente, pues siento que me traspasa y penetra en el centro de mi alma un dardo punzante, agudísimo y llameante.» Hablándole así, deseaba poder atreverme a descubrirle mi oculto fuego para que disminuyera la exasperación que padecía y esta terrible y rabiosa inflamación de amor que se hinchaba cada vez más, porque permanecía oculta, pero me contuve pacientemente. Y, de este modo, yo ocultaba todas estas fervientes y graves agitaciones y temerarios pensamientos y lascivos y violentos apetitos, impedido por la pobreza de mi toga, que tenía todavía engancha-

das las espinas de las mordientes zarzas que se me habían adherido en la selva; y así como el pavo real, viendo sus patas feas y despreciables, depone su redonda cola, así, ni más ni menos, reprimía yo las incitaciones de la voluptuosidad y frenaba mis obstinados deseos y vanos pensamientos, considerándome indigno de objeto tan divino.

Por esta razón, estaba dispuesto con todas mis fuerzas a sobreponerme y reprimir mis apetitos y a refrenar mi mente vacilante y a subyugar mi indisciplinada voluntad, pensando que no podía hacer otra cosa. Por último comencé a pensar, en lo oculto de mi encendido corazón, que sin duda mi presente y continua pena podía compararse con la del impío Tántalo, a cuya garganta seca y ardiente se ofrecían las heladas, purísimas y dulces aguas y a cuyo violento apetito se presentaban hasta la boca abierta los frutos sabrosos, pero que permanecía finalmente sin comer ni beber de unos y otra.

Ay de mí, no de otro modo se me ofrecía una ninfa bellísima, de aspecto noble y edad florida, indeciblemente adornada con vestiduras angélicas, notable por su indudable honestidad, muy benévola conmigo y cuya contemplación excedía a cualquier exquisito y delicioso placer humano, dotada de todo lo que sirve a los placeres del amor y provocadora de los apetitos. Ella despojaba a la inteligencia de cualquier otra ocupación y la acaparaba, pero no satisfacía el anhelante y voluptuoso deseo que despertaba. Puesto que yo no podía apagar con ella mis ardientes concupiscencias, procuraba tranquilizar mi lánguido corazón inflamadísimo y lo colmaba con una amorosa y placentera esperanza, pensando que

nunca está un carbón tan apagado que no se encienda si se lo acerca al fuego, porque su naturaleza le inclina a ello, pero mis ojos estaban cada vez más desenfrenados y las notables y divinas bellezas que percibían inflamaban con un deseo cada vez más insolente mi corazón inerme e impotente, pues ella se mostraba cada vez más bella, más elegante, más hermosa, más apetecible y extremadamente apta para el amor.

Pero también pensaba yo ingenuamente: «Si por ventura los dioses supremos se dan cuenta de mis deseos e impíos apetitos de unos placeres tal vez vedados en este santo lugar y con esta persona, ¿no podría ocurrir fácilmente, como sucedió a muchos otros que les ofendieron con su impudor, que atrajera sus frías e inquebrantables iras, usadas con justicia con el audaz e insolentísimo Ixión? De igual modo, el Tracio, no habría encontrado la profunda sede de Neptuno si no se hubiera atrevido a adular al puro y sabroso Baco, mezclándolo con la líquida Tetis, y si no se hubiera entrometido indignamente en los actos de los dioses; y Galantide, la esclava real, no pariría por la boca si no hubiera engañado a Lucina.<sup>131</sup> Tal vez esta divina ninfa está reservada a su genio o a algún otro héroe sublime y, si yo intentara la indignidad de semejante sacrilegio, podría volverse, indignado con razón, contra mí.» Meditando profundamente estas razones, pensé que aquellos que se guardan poco perecen fácilmente y que no es difícil que se engañen y cometan errores y que, contrariamente a lo que suele decirse, la falaz y juguetona Fortuna no se ofrece fácilmente a los audaces; y además es arduo investigar el corazón. Por esto, del mismo modo que Calisto, aver-

gonzada al sentir que el vientre se le hinchaba cada vez más, evitaba la presencia de la casta Diana, así yo, impulsado por el pudor, frenaba semejante impulso y mis voluptuosos e inconvenientes deseos. Pero examinaba con ojos de lince y sin descanso, sintiendo gran placer y maravilloso afecto, a la bellísima ninfa, disponiéndome totalmente a asumir su gratísimo amor con obstinación y firmeza.

[XIII]

POLIA, TODAVÍA NO RECONOCIDA POR EL ENAMORADO POLÍFILO, LE TRANQUILIZA GRACIOSA Y AMABLEMENTE. Y ÉL, A CAUSA DE SUS ADMIRABLES BELLEZAS, SE ENTREGA AL AMOR EN SU MENTE. Y CUANDO AMBOS SE ACERCAN A LOS TRIUNFOS, VE CON MUCHO PLACER A INNUMERABLES JOVENCI-TOS Y MUCHACHAS SOLAZÁNDOSE.



ITUADO HÁBILMENTE EL SAETERO cupido como tirano en mi corazón cautivado y ligándome fuertemente con solidísimas cadenas de amor, sentía yo que me punzaba dañinamente y que atacaba con violencia su sangrienta y persistente mordedura y que ya estaba yo sujeto al arbitrio de sus duras, aunque placenteras, leyes, y lleno de un amor ambiguo, suspirando sin medida, me derretía. Sin demora, la hermosísima ninfa pronunció con su boca purpúrea y meliflua unas fogosas y atractivas palabras para tranquilizarme

tiernamente y arrojó de mi espíritu los temores, reconfortándome con su aspecto olímpico y refrescando con su elocuente discurso mi alma ya ardorosa; con amorosa y atrevida mirada y graciosa sonrisa, me dijo:

«Polífilo, quiero que sepas que el amor verdadero y virtuoso no repara en las cosas externas, y por eso tu vestido no disminuye ni aminora el valor de tu alma tal vez magnánima y gentil y digna de estar en estos lugares maravillosos y santos y de ver los admirables triunfos. Por eso, no permitas que ocupe tu mente temor alguno; por el contrario, mira atentamente los reinos que poseen los coronados por la santa Venus, quienes, luchando valerosamente y perseverando en el servicio de sus amorosas aras y sagrados fuegos, han alcanzado legítimamente su gracia, que está siempre al alcance de quienes la merecen.»

Cuando hubo terminado su corto y dulce discurso, caminamos ambos con pasos mesurados, ni rápidos ni lentos, y yo iba diciendo entre mí: «Oh fortísimo Perseo, habrías luchado con más ardor con el horrible monstruo por esta, para conseguir su dulcísimo amor, que por tu Andrómeda.» Y luego: «Oh Jason, pienso con fundamento, y lo juro por Júpiter, que si te hubieran propuesto los legítimos himeneos de esta, habrías luchado por ella más ferozmente y te hubieras puesto en mayores peligros que el de conseguir la lana de oro, y habrías preferido a esta», pues la juzgaba superior a todas las joyas y preciosos tesoros del ancho mundo e incluso más preciosa y de mayor valor que la riquísima reina Eleuterilide. Parecía cada vez más hermosa y de aspecto más bello y se me ofrecía más grata que a Hipodamía y a los rapaces y ansiosos avaros el oro abundante y que a los navegantes la

entrada a un puerto tranquilo y seguro y los palos de las amarras para anclar sus barcos cuando son sacudidos por las tempestades invernales y que a Cresos la lluvia que cayó a sus ruegos; esta ninfa era más alegre y querida a mis ojos que al furioso Marte las luchas sanguinarias, a Dionisos el mosto de la gran Creta y al melenudo Apolo la cítara que murmura dulcemente, y más grata aún que a Deméter los campos feraces y las crasas espigas y las ofrendas sagradas y las fiestas tesmoforias.<sup>132</sup>

Cuando marchaba caminando junto a ella, muy contento, por la llanura cubierta de hierbas y flores, algunas veces volvía mis ojos escrutadores y curiosos hacia sus delicados piecillos calzados lindamente de cuero rojo, sobre los que el calzado se adhería con voluptuosa tensión. Y a veces, cuando el vestido de seda era movido un poco por las suaves brisas y volaba sobre sus miembros virginales, se mostraban al descubierto, surgiendo exquisitamente, las blanquísimas piernas, de las que pensaba sinceramente que estaban teñidas de una grana más fina que la que nunca se recogió en el Peloponeso y hechas de blanquísima leche cuajada y mezclada con fragante almizcle.

Encadenado por estas cosas deliciosísimas con los difíciles e inextricables lazos del vehemente amor, más intrincados que el nudo de Hércules y que el que Alejandro Magno cortó con su espada, atrapado amorosamente en complicadísimas redes, esclavizado mi corazón por ardientes y molestos pensamientos y armado de fervientes deseos que me apretaban cada vez más, sentía en mi corazón enamorado más punzadas y más clavos que el fiel Régulo cuando fue apresado en África y metido en el

tonel forrado de ellos.<sup>133</sup> Nada refrescaba mi ardiente espíritu, exasperado por el ardor amoroso y por los exquisitos tormentos, sino absorber los frecuentes sollozos que ardían resonando en mi pecho, jadeando como si hubiera huido de un peligro. Estando, pues, caído en esta ansiedad y viéndome completamente arrebatado por el violentísimo amor de esta, decía entre mí:

«Oh Polífilo, ¿cómo puedes dejar el amor que se encendió una vez en ti hacia tu dulce Polia por otra cualquiera?» Y queriendo desatarme con todas mis fuerzas de este mordiente lazo, que me oprimía con mayor tenacidad que las pinzas de un cangrejo, no me era posible, y sentía que mi alma atormentada se enredaba cada vez más molestando en este afecto a causa de que ella era completamente semejante a mi dulcísima Polia en su aspecto corporal, su hermoso semblante y sus gestos. Pero sobre todo me martirizaba atrocemente la idea de dejar a mi amadísima Polia y, llenos mis ojos húmedos de cálidas lágrimas, me parecía despreciable y penoso cambiar el objeto de mi corazón herido y arrojar de él a su antiguo dueño para introducir uno nuevo, desconocido y cruel. Luego decía para consolarme: «Tal vez esta sea Polia, según el divino oráculo y las altas y veraces predicciones de la reina Eleuterilide, y no se manifiesta, pero a mí me parece, si no me equivoco, que es ella.» Y haciéndome estas amorosas reflexiones, sin otro deseo, tenía puesto el corazón y la mente sólo en la insigne ninfa, estrechamente aprisionado en su gran amor, y me atrevía a mirar a menudo y con admiración desusada su rara belleza. Mis ojos se hacían absorbentísimos tifones de sus ninfales e incomparables hermosuras; y tras haber

sido excitado tan cálidamente a agotar la suprema dulzura de una presencia tan benévola y noble, tomaron eterna fuerza para retenerla, aliados para tan voluptuoso ministerio con todos mis demás sentidos cautivados, consintiendo con agrado que yo buscara en ella, y no en otra parte, consuelo y aplacamiento para mis encendidas llamas. Así, vacilando, herido y afligido de este modo por un amor exasperado, llegamos a la parte derecha de aquel espacioso campo.

En este lugar estaban situados ordenadamente verdes árboles frutales muy frondosos, cargados de suavísimas flores y que alegraban el corazón de quienes los miraban, con sus múltiples clases de follaje y su perenne verdor.

La ninfa, bella como Afrodita, se detuvo y yo con ella. Y aquí, contemplando la benignidad de la amena región con la mitad de mi potencia visual, porque mis ojos no podían separarse totalmente de su amoroso objeto, vi que se aproximaba un numeroso coro de delicadísimos y nobles efebos, festivos y danzantes, apenas adolescentes, con las largas cabelleras sueltas y rizadas sin ningún artificio, coronados con guirnaldas de diversas flores y rosas bermejas y frondoso mirto y purpúreo amaranto mezclado con melilotos. Les acompañaba una gran muchedumbre de bellísimas muchachas, más hermosas y delicadas que las que nunca hubo en Esparta. Tanto unos como otras iban vestidos soberbiamente con trajes no de lana milesia sino de riquísimas sedas o de paños ondulados, no sujetos a las leyes Opias, o de lino sutilísimo, blanco y rizado, mejor que el que produce Egipto; unos eran de colores cambiantes que escondían el verdadero, otros de selecta púrpura de múrice o de otros colores innumera-

bles: unos de azul cerúleo, otros de púrpura, muchos de verde y rojo, otros teñidos de rojo y azul, en unión suntuosa; muchos tenían un tinte azafranado mejor que el que produce el monte Córico y el Centúripe,<sup>134</sup> sumamente agradables a la vista, entretejidos con hilo de oro y adornados noblemente en los bordes, cerca de los talones, con relucientes gemas cosidas con oro purísimo; algunos llevaban sagradas ínfulas y ornamentos divinos; otros, traje de caza.

La mayoría de estas egregias ninfas llevaban sus rubios cabellos trenzados, anudados con exquisitos cordones y dispuestos en forma de rodete; otras iban con las trenzas sueltas y sus cabellos se esparcían libremente tras el lechoso cuello; algunas tenían las copiosas cabelleras envueltas en velos sutilísimos y cintas tejidas de oro con orlas de brillantes perlas, dejando la alegre frente graciosamente sombreada por rizos, elaborados sólo por la maestra naturaleza; otras llevaban la cabeza adornada con riquísimas diademas. De sus rectas gargantas pendían preciosas gargantillas y collares y de las menudas orejas diversas joyas como estalagmitas. La parte superior de sus frentes, altas y hermosas, estaba rodeada por hilos de perlas gruesas y redondísimas. Todas estas cosas excelentes, junto con aquellas elegantísimas personas, habrían alterado fácilmente el corazón más agreste, feroz, obstinado e inhumano.

Sus cándidos pechos estaban descubiertos voluptuosamente hasta el nacimiento de sus redondos y pequeños senos; y los cuerpos virginales se alzaban sobre rectas piernas y pies diminutos, que algunas llevaban desnudos sobre sandalias antiguas atadas con cuerdecillas de oro

que surgían entre los dedos pulgar y corazón y junto al meñique y, rodeando el talón, se reunían sobre el empeine del pie en una artística lazada. Algunos llevaban zapatos estrechamente cerrados con ganchitos de oro, otros cáligas purpúreas y de otros colores alegres, más hermosas de las que nunca llevó Cayo Calígula; otros, hermosos coturnos atados a las blancas y carnosas piernas; algunos, sandalias con bellos cierres de oro y seda, y muchos, zapatos sicionios y algunos hermosas zapatillas de seda y ligas de oro adornadas con gemas.

En las lindas cabezas, bajo las despejadas frentes rodeadas de volantes velos de tela de araña, brillaban ojos mordaces y alegres, más claros que las luminosas estrellas en el cielo purísimo, bajo las finas y arqueadas cejas, y la naricilla entre mejillas redondas, bermejas como manzanas en otoño, con los rientes hoyuelos en medio. Los dientes, ordenadamente dispuestos, pequeños e iguales, lucían como plata pura entre los labios dulces como el mosto, semejantes a finísimo coral. Muchos traían sonoros instrumentos como no se encontrarían en Ausonia ni en manos de Orfeo y entonaban dulcísimos sonos por los prados floridos y la llanura, y cantaban dulcemente y luchaban entre sí en broma, con alegres y agradables ademanes, y danzaban en círculo alrededor de cuatro preciosísimos y divinos triunfos nunca vistos por miradas mortales, con gran alegría y batiendo palmas.

\*

[XIV]

POLÍFILO VE EN EL LUGAR YA DICHO LOS CUATRO CARROS TRIUNFALES EN HONOR DEL SUPREMO JÚPITER, TODOS HECHOS DE DIVERSAS PIEDRAS Y DE PRECIOSÍSIMAS JOYAS, MUY VENERADOS POR LA MULTITUD DE FELICES JÓVENES.



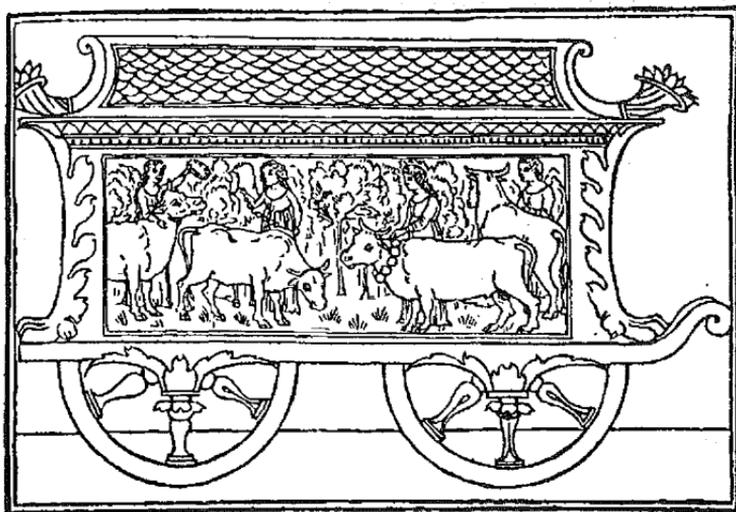
REO SINCERAMENTE QUE A LOS DIOS superiores no les es difícil realizar ninguna cosa, sino que cualquier efecto resulta factible a su deseo en cualquier lugar, por lo que se les llama con justicia omnipotentes. Puede que algunas veces se oiga hablar de cosas maravillosas y estupendas como obras divinas que imitan las de la naturaleza por medio del arte, que es émulo suyo, pero sin duda las que son realmente divinas, aunque hechas por un ingenio y una inteligencia creadas, no pueden simularse ni fingirse sin la actuación e inspiración de los dioses. Por eso, nadie debe dudar, sino, reconociéndolo tranquilamente, creer que son obra de los dioses las cosas de factura insólita entre nosotros, como esto que yo vi.

DESCRIPCIÓN DEL PRIMER TRIUNFO

El primero de los cuatro admirables y divinos triunfos tenía sus cuatro rápidas ruedas de finísima esmeralda escita<sup>133</sup> muy verde, moteada de chispas de color de cobre. Vi atónito que el resto del carro estaba hecho todo él de

tablas de diamante, no árabe ni chipriota sino indio, de centelleo acerado, burlador del duro esmeril, vencedor del hierro y resistente al fuego, pero maleable por medio de la cálida sangre del macho cabrío y grato a las artes mágicas. Estas tablas, divinamente trabajadas, llevaban esculpidas escenas y estaban admirablemente unidas y engastadas con oro purísimo. En la tabla derecha vi figurada una ninfa noble y egregia<sup>136</sup> que, junto con muchas compañeras de su edad, coronaba en un prado a los toros victoriosos con muchas guirnaldas de flores; y uno, acercándose a ella, se le ofrecía con particular mansedumbre.

#### PRIMERA TABLILLA



En la tabla de la izquierda se veía que la misma ninfa había montado sobre el manso y blanco toro y que él se la llevaba, atemorizada, por el mar embravecido.

SEGUNDA IZQUIERDA



En el frente anterior del carro vi a Cupido con una innumerable caterva de gente de ambos sexos, todos heridos, que se admiraban de que el niño disparara su arco hacia el alto Olimpo. En la parte posterior, vi a Marte ante el trono del gran Júpiter, lamentándose de que el niño hubiera atravesado su impenetrable coraza; y el benigno señor le mostraba su propio pecho herido con la otra mano, extendiendo el brazo, sostenía el siguiente letrero: NADIE.<sup>137</sup>



La forma de este carro era cuadrangular, de dos cuadrados perfectos, y tenía seis pies de largo, tres de alto y lo mismo de ancho, con una cornisa que sobresalía por encima y por debajo del plinto, y desde aquí hacia arriba había una cubierta de pie y medio de altura, dos pies y medio de anchura, y cinco y medio de longitud, que descendía en pendiente y estaba cubierta de preciosas piedras de colores diferentes a modo de escamas. En los cuatro ángulos había fijadas unas cornucopias invertidas, con la boca sobre el saliente de la cornisa, colmadas de diversos frutos y flores hechos con gruesas gemas y variado follaje de oro. Vi que estos cuernos estaban revestidos con maravillosa habilidad de hojas de adormidera y de acanaladuras en espiral, y que su estrechamiento, enroscado en la punta, acababa en una hoja antigua que caía bellísimamente sobre el dorso de la elegante cornucopia y estaba hecha de la misma materia. En

cada ángulo, desde la cornisa hasta el plinto, el saliente se apoyaba en un pie de arpía de moderada curvatura, que se convertía hermosamente a un lado y otro en follaje de acanto. Las ruedas estaban metidas dentro del carro, apareciendo sólo su mitad; y el plinto, es decir, la parte extrema inferior de la máquina, elevándose un poco en el frente cerca de los pies de arpía, se adelgazaba con elegancia y se convertía en una voluta en forma de caracol, en la que estaban los lazos o correas para arrastrar el carro. A la altura del eje, unida al plinto, descendía una placa apuntada cuya anchura donde se unía con él era doble que su altura. Y aquí comenzaban exquisitamente dos bandas de follaje que, dividiéndose, se introducían bajo el plinto. En medio de su separación sobresalía una rosa de cinco pétalos, en cuyo centro giraba el eje de la rueda, como aparece en la figura primera. Sobre la cubierta que antes dije yacía un toro divino, blanquísimo y manso, adornado con muchas flores como si fuera un buey de sacrificio. Una regia virgen estaba sentada sobre su ancho lomo, agarrándose casi desfavorida con los largos y desnudos brazos a la papada colgante; vestía como una ninfa un traje de fina tela de seda verde, maravillosamente tejida con oro, y los extremos de un pequeño velo cubrían apenas sus pequeños pechos. Iba adornada con abundantes joyas y una corona de oro sostenía su elegantísima y áurea cabellera.

Arrastraban este triunfo seis lascivos centauros, hijos del semen caído del audaz Ixión,<sup>138</sup> con los lomos robustos y equinos ceñidos con lisas cadenas de oro, cuyos eslabones se unían uno a otro armoniosamente, y que eran retenidas con broches dorados y luego sujetas a las ani-

llas; los seis marchaban al mismo paso: ni siquiera Erictonio encontró mejor modo de unir los feroces caballos a las cuádrigas veloces.<sup>139</sup> Cada uno era cabalgado por una noble ninfa, sentadas dándose mutuamente la espalda, tres con las lindísimas caras vueltas a la derecha y tres a la izquierda, tocando instrumentos musicales que armonizaban entre sí de un modo celeste. Su cabellera abundantísima y dorada se extendía por sus hombros y tenían la cabeza adornada con toda clase de frutas. Las dos más próximas al carro vestían de seda azul, de un color semejante al lustroso y eximio de las plumas del cuello del pavo real; las dos de en medio, de fulgurante carmesí, y las de delante de raso de color verde esmeralda. Llevaban los adornos propios de las ninfas y cantaban con las redondas bocas una melodía tan suave como para alimentar y conservar siempre viva el alma hambrienta. Los dos centauros más cercanos al carro, coronados de hojas de roble y de yedra, llevaban en las manos, una en la parte inferior y otra rodeándolos, unos vasos de forma antigua de topacio de Arabia, piedra de un fúlgido color dorado, grata a Lucina y ante la cual se serenaban las olas. Tenían una altura de dos pies y eran obra de arte admirable, sin asas, con la base grácil que se ensanchaba paulatinamente hacia arriba hasta la mitad del vaso, desde donde su corpulencia se adelgazaba hasta la boca, de los que salía y se esparcía un nebuloso humo de fragancia incomparable. Los dos centauros siguientes tocaban trompetas de oro, que tenían colgando unido con triple atadura un sutil paño de seda tejida con oro. Los otros llevaban cuernos antiquísimos. Cada uno armonizaba con el otro y ambos con los instrumentos de las ninfas que los cabalgaban.

En la mitad de la parte inferior del carro se encon-



traba el eje, al que estaban fijadas las ruedas, cuyos radios tenían forma abalaustrada, adelgazándose en los extremos y con un ensanchamiento en la circunferencia; este eje era de oro purísimo y pesado, resistente a la mordedura del óxido y al ardiente Vulcano, veneno fatal para la virtud y la paz. El carro era muy celebrado por el coro de jóvenes, que saltaban a su alrededor dando repentinas y armoniosas vueltas y solemnes palmadas, con los vestidos ceñidos por cintas que revoloteaban, alabando amorosamente el triunfo con extremado júbilo, melodiosas y armoniosas voces y cantos la causa santa y el divino misterio.



El siguiente triunfo no era menos maravilloso que el primero, porque tenía las cuatro ruedas y sus radios y su espacio intermedio de ágata oscura sembrada aquí y allá de pequeñas vetas blancas. Ciertamente no fue tan bella la que llevaba el rey Pirro, que representaba a las nueve musas y a Apolo tocando en medio de ellas y que había sido trabajada por la naturaleza. Su eje y su forma eran como las del primer carro, pero tenía las tablas de zafiro azul oriental, sembrado de chispitas de oro, piedra gratísima a las artes mágicas y muy estimada por Cupido si se lleva en la mano izquierda. En la tabla derecha vi esculpida una noble matrona que había parido dos huevos en la alcoba regia de un palacio admirable, acompañada por las parteras estupefactas y por muchas matronas y

ninfas que estaban allí presentes; de uno de los huevos salía una llamita y del otro dos hermosísimas estrellas.

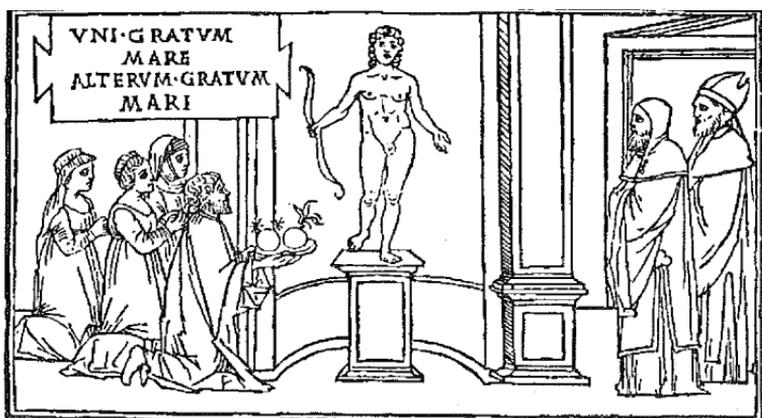


#### TABLILLA DERECHA

En la otra tablilla los padres curiosos, no sabiendo el significado del prodigio, interrogaban devotamente por medio del oráculo a la imagen de Apolo en su templo. El benigno numen les respondía oscuramente: «A uno le será grato el mar, el otro será grato al mar.» A causa de esta ambigua respuesta, los huevos fueron conservados por los piadosos padres.<sup>140</sup>

#### TABLILLA IZQUIERDA

En el frente anterior se veía un bellissimo niño Cupido volando por el aire y grabando fuertemente con la hiriente



punta de una flecha de oro, en el cielo cuajado de estrellas, varias figuras de animales, cuadrúpedos, reptiles y aves. Y en la tierra estaban los humanos admirando el gran efecto de una flechita tan frágil.<sup>141</sup> En el frente posterior, el gran Júpiter ponía en su lugar como juez a un ingenioso pastor, al que había despertado de su sueño junto a una bellísima fuente, donde estaba juzgando a tres hermosísimas diosas desnudas. Y el pastor, seducido por el artero Cupido, concedía la manzana a la bellísima madre de este.<sup>142</sup>

#### PARTE ANTERIOR Y POSTERIOR

Arrastraban este carro triunfal, unidos por parejas, seis elefantes blancos cuales no se encontrarían en la patria de Agisina ni entre los Gándaros, ni animales semejantes arrastraron el carro triunfal africano del gran Pompeyo ni los del triunfo del padre Liber cuando subyugó la India. Tenían la trompa armada por los ebúrneos y peligrosos colmillos, y con suave bramido arrastraban el carro por



medio de ligaduras de fina seda teñida de azul, trenzada bellísimamente con hilos de oro y plata unidos en apretadísimos nudos en forma de espigas como las que se ven en el monte Gargano, que pasaban a través de unos anillos de oro sujetos a las gualdrapas, que eran asimismo de oro y cubiertas por multitud de relucientes y diversas gemas. También estos eran cabalgados por seis tiernísimas muchachas semejantes a las primeras, que tocaban diferentes instrumentos, armonizados en una óptima melodía. Dos de ellas iban vestidas de rojo, dos de reluciente amarillo, como el color interno de la flor del ranúnculo, y dos de púrpura violácea. Las gualdrapas de los elefantes eran de oro y estaban orladas de gruesas perlas y adornadas lujosamente con otras gemas. Rodeaban sus cuellos redondas y grandes piedras preciosas, y sobre la amplia frente colgaba una magnífica borla de perlas admirables con un gran fleco de hilos de seda de oro, que se movía al caminar.

## TRIUNFO SEGUNDO



Sobre este vehículo soberbio y triunfal vi un cisne blanquísimo entre los amorosos brazos de una ilustre ninfa, hija de Teseo,<sup>143</sup> de increíble belleza, que besaba el divino pico del pájaro; este, situado entre las delicadas y níveas piernas, con las alas gachas tapaba las partes desnudas de la noble señora, y ambos estaban plácenteramente unidos, entregados a deleites divinos y voluptuosos. Ella se sentaba cómodamente sobre dos almohadones de tejido de oro, exquisitamente rellenos de suave lana, con todos los adornos adecuados. Llevaba un sutil vestido de ninfa, de seda blanquísima tejida con oro, resplandeciente, adornado elegantemente en los lugares convenientes con piedras preciosas. A este carro no le faltaba

nada que contribuyera al incremento de su belleza y era sumamente hermoso y grato a quienes lo veían, digno de alabanza y aplauso, con todas las partes que fueron descritas en el primero.



Le seguía el tercer triunfo celeste, con las cuatro ruedas de crisólito etíope llameante de chispas de oro, piedra que pone en fuga a los demonios malignos cuando se pasa sobre la piel de un asno, y es favorable al que la lleva en la mano izquierda. Sus tablillas, unidas a su alrededor del modo que ya dije, eran de verde heliotropo de Chipre, punteado de gotitas de color de sangre, que tiene poder sobre las luces del cielo, protege al que lo lleva y le confiere la facultad de la adivinación.

La tablilla derecha tenía esculpida la siguiente es-

cena: un hombre noble, de porte regio, preguntaba en un templo a una imagen divina por el porvenir de su hermosísima hija. Oyendo que por su causa sería arrojado del trono, hizo una gran torre de recia estructura y la encerró en ella, poniéndole gran vigilancia para que nadie la preñase. La muchacha, estando ociosa en ella, veía con gran placer que unas gotas de oro caían en su seno virginal.<sup>144</sup>



En la otra tablilla estaba figurado un noble joven, que recibía con gran devoción la protección de su escudo de cristal y, valeroso, decapitaba con su cortante espada a una mujer espantosa y en señal de victoria llevaba orgullosamente su cabeza, de cuya sangre nacía un caballo alado, que, volando a la cumbre de una montaña, hacía brotar con el casco una fuente misteriosa.<sup>145</sup>

En la cara anterior se veía al poderoso Cupido que, dirigiendo su flecha áurea hacia los cielos estrellados, hacía llover amorosamente gotas de oro, contemplado por una estupefacta muchedumbre de personas de toda



condición, heridas. En la parte opuesta vi a Venus airada, liberada junto con un guerrero<sup>146</sup> de una red mágica, que había cogido a su hijo de las alas para vengarse y le quería desplumar; ya tenía un puñado de plumitas en la mano y el niño lloraba. Un dios con alas en los pies, enviado por el excelso Júpiter, que estaba sentado en su trono, le liberaba de los castigos de su madre y luego se lo presentaba al dios. Y el benévolo Jove le decía en lengua ática estas palabras, que estaban egregiamente esculpidas cerca de su boca divina: ΣΥ ΜΟΙ ΓΛΥΚΥΣ ΤΕ ΚΑΙ ΓΙΚΡΟΣ,<sup>147</sup> y lo cubría bajo su celeste clámide.

#### PARTE ANTERIOR Y POSTERIOR

Arrastraban a este carro con gran pompa seis ferocísimos unicornios, que tienen la cornuda frente de ciervo y reverencian a la gélida Diana,<sup>148</sup> atados por el vigoroso pecho equino con un adorno de oro y abundantes pie-



dras preciosas, al que se unían unos cordones trenzados en bellísimos nudos de plata y seda amarilla, con los hermosos accesorios antes descritos. Los cabalgaban seis jóvenes vírgenes semejantes a las otras, vestidas con trajes de oro tejido con finísima seda azul, formando diversas flores y hojas, llevando seis instrumentos de viento admirables y antiquísimos que tocaban con increíble habilidad. En medio de su cubierta había un precioso asiento de jaspe verde, piedra excelente cuando se une con la plata, favorecedora del parto y medicina del hombre casto. Este asiento tenía un pie hexagonal que ascendía, adelgazándose, hasta una concha plana. La parte inferior del pie estaba estriada hasta su mitad y luego subía lisa, curvándose en los bordes de la concha en forma de astrágal. La concavidad de este, poco profunda para que resultara cómoda al que se sentara en ella, estaba rodeada de molduras hermosamente talladas. Iba sentada en él una bellísima ninfa, cuyo vestido de oro tejido con seda azul, era sutil y juvenil, adornado con múltiples gemas.

Miraba amorosamente una lluvia de oro celestial que caía sobre su seno; estaba sentada con la abundante cabellera extendida por la espalda, coronada con una diadema de oro y de piedras de diversas formas.

#### TRIUNFO TERCERO



#### TABLILLA DERECHA

Las ruedas del cuarto triunfo eran de ferruginoso asbesto de Arcadia, que una vez encendido no puede apagarse. El resto era de la forma antedicha, de fulgurante carbúnculo tragoditano, que no teme las más espesas tinieblas, formando tablas tan largas que habría que preguntarse de qué modo,

## SEGUNDA IZQUIERDA



en qué lugar y por qué artífice fueron fabricadas. La cara derecha mostraba esculpida óptimamente esta escena: el sumo Júpiter se aparecía en forma divina, en medio de rayos y truenos, como suele hacer con la diosa Juno, a una venerable matrona embarazada, y mientras ella ardía y se reducía a cenizas, extraían del fuego a un niño nobilísimo y divino.

### PARTE ANTERIOR Y POSTERIOR

En la otra vi a Júpiter, el favorecedor, que entregaba aquel mismo niño a un hombre celeste que tenía alas en los pies y que llevaba un caduceo, el cual luego lo encomendaba a muchas ninfas en una cueva para que lo nutrieran.

En el cuadrado anterior vi a una gran cantidad de personas de ambos sexos, heridas con saetas, que se maravillaban de que Cupido arrojara al alto cielo su nociva flecha e hiciera que Júpiter fuera contemplado en plena



divinidad por una muchacha mortal. En la parte posterior se veía al máximo Júpiter sentado en un tribunal como juez, y a Cupido, vencido, llamando a juicio a su bondadosa madre y quejándose de que por su culpa se había herido a sí mismo gravemente con el amor de una lindísima muchacha, y que su divina piernecita había sido quemada por la chispa de una lámpara. Estaba también presente la bellísima ninfa acusada, con la lámpara en la mano. Júpiter decía, riéndose, a Cupido: «Llévate esa lámpara, que vas a quemar el cielo y a todos nosotros.»<sup>149</sup>

Este monóstico estaba esculpido en nuestros caracteres en una tablilla frente al rostro del venerable numen. El resto del carro era como los descritos. Arrastraban este triunfo misterioso, con paso moderado, seis tigres de Hircania, que brillan con manchas doradas y son velocísimos en el ataque, atados hermosamente con vastagos flexibles de una fecunda vid, llenos de tiernas frondas y con volubles zarcillos, adornados con verdes racimos de yedra.

Sobre él, en medio de la cubierta, había un pedestal de oro de un pie y tres palmos de diámetro inferior y de tres palmos de altura. Su parte baja era redondeada y tenía una gola recta y un astrágalo que ocupaban medio pie. El resto se distribuía entre el tróquilo y la gola reversa, con los astrágalos accesorios o régulas y cuerdecillas. Tenía la parte superior vacía para hacer sitio a las colas de cuatro águilas colocadas sobre la superficie plana del pedestal; eran estas de preciosa etita roja de Persia y se oponían una a otra por el dorso, teniendo sus garras, armadas de uñas de oro, fijadas al pedestal y las alas levantadas tocándose. En la curvatura de estas se apoyaba un admirable vaso de jacinto etíope, piedra reluciente, resistente al buril y huésped agradecido. El vaso estaba surcado de un modo increíble por vetas de esmeralda y de otras muchas gemas. El diámetro de su panza era de un pie y medio, y su circunferencia tenía tres diámetros. Sobresalía un tercio en la parte inferior, asentada sobre las alas de las águilas y su boca estaba rodeada por un friso de un palmo de anchura. Desde este hasta el comienzo de un vaso de cuello estrecho que había sobre él, había un palmo. En suma, hasta aquí, pie y medio. Sobre él se alzaba un vaso de la forma que he dicho, de un pie de altura y palmo y medio de anchura. Este medio palmo estaba distribuido en un exquisito friso de roleos de flores y frondas, casi todas talladas en relieve en el mismo jacinto; el diámetro era de dos palmos y medio. Bajo este frisillo resaltaban en círculo algunas estrías de poco relieve y leve redondez, gruesas en la parte superior y adelgazándose hacia el fondo hasta desaparecer. Ascendían luego bellísimamente hasta la boca los dos palmos y me-

dio restantes, notablemente adornados con estrías en espiral. Tenía la boca en forma de concha, y de la misma anchura que el pie, rodeada por una elegante gola y gollillas y ondas y pequeños toros: estas mismas molduras rodeaban, arriba y abajo, los frisos. En el friso del vaso de cuello estrecho había dos argollas mutiladas o medios anillos, uno opuesto al otro, mordidos por las fauces de dos lagartos o dragoncillos. Estos dragoncillos, perfectamente fabricados en una veta de esmeralda, yacían con sus cuatro patas de reptil sobre la tapa del vaso de abajo, la cual sobresalía un palmo y descendía, adelgazándose, rematada con una moldura de gola inversa hasta el borde de la boca, donde se encontraba con el friso. Este remate en pendiente estaba escrupulosamente escamado en el jacinto, dejando solamente la veta de esmeralda para los dragoncillos, que tenían los vientres serpentinos sobre la parte escamada, así como sus cuatro patitas. Estos dragoncillos, esculpidos uno por cada lado del remate que digo sobre la cornisita, volvían su cola hacia la espina dorsal y hacían una espiral circular vuelta hacia arriba, y luego otra hacia abajo: estas volutas servían de asas. La espiral inferior, cuando se unía con el vaso, se dividía en dos partes divergentes, que se convertían, a derecha e izquierda, en follaje admirable y penetraban medio pie en el friso con gran elegancia. Estas frondas eran de relieve alto sacado del jacinto y ocupaban completamente la boca del vaso inferior.

Queda por decir que el intervalo entre las colas era de pie y medio por cada lado. Juzgué la panza del vaso, desde el pie hasta arriba, obra estupenda y más divina que humana, pues vi que toda ella estaba cubierta por

una vid en relieve, cuyos troncos o brotes eran de una veta de mejor topacio del que se encontraría en la isla Ofiade.

Su follaje estaba hecho en una veta de finísima esmeralda, y los racimos en una de amatista. ¡Qué alegre resultaba a la vista y qué grato a la inteligencia contemplarla! El fondo al que estaba unida y del que resaltaba esta vid era el cuerpo de reluciente jacinto, más terso y redondeado del que podría conseguirse trabajándolo con un torno. Sólo bajo las hojas había una pequeña unión que las retenía al jacinto, tan fina que parecían completamente separadas. Las sinuosas hojas y todos sus accesorios estaban realizadas perfectamente con atrevida imitación de la naturaleza, y no menos los frutos, pámpanos y errantes zarcillos. No se igualaron a esa obra admirable las copas del divino Alcimedón ni la de Alcón. El vaso estaba lleno de finas y santas cenizas.

Volvamos al adorno o cinturón que había alrededor del preciosísimo vaso a modo de friso superior. En el espacio vacío dejado entre las colas, vi esculpidas dos escenas dignas de gran admiración. En la cara delantera del vaso estaba figurado óptimamente el tonante Júpiter, que tenía en la mano derecha una cortante

espada dorada hecha por una veta de crisó-

lito etíope centelleante, y en la otra un

reluciente rayo de veta rojiza. Su ros-

tro amenazador era de veta de

galactita y estaba coronado

de estrellas centelleantes

de la misma veta que

el rayo, y se alzaba sobre

un sagrado altar de zafiro.

Ante su tremenda y divina majestad vi un festivo coro de siete ninfas de blancas vestiduras, que parecían cantar ante él con devoción y respeto, y que estaban transformándose en verdes árboles de transparencia esmeraldina, cubiertos de relucientes florecillas azules, y se inclinaban devotamente ante el supremo numen. No todas ellas estaban convertidas completamente en árboles, sino sólo la última, pues su cuerpo era un arbusto y sus pies raíces. La siguiente sólo tenía los pies exentos, y la tercera de la cintura para arriba y el comienzo de los brazos, y así cada una de las siguientes. Pero en la parte superior de sus cabezas virginales se indicaba la metamorfosis que todas debían sufrir sucesivamente.<sup>150</sup>

Al otro lado aparecía esculpido un festivo y alegre numen con semblante de lasciva muchacha, coronado por dos largas serpientes que se entremezclaban, una blanca y la otra negra, anudadas en vivaces espirales. Descansaba él voluptuosamente bajo una fecunda vid que formaba como una pérgola, sobre la que saltaban, con cara risue-



ña, algunos bellísimos amorcillos desnudos, que cortaban los pendientes y pesados racimos maduros: unos se apresuraban a ofrecérselos al divino numen en los cestos y él, al darse cuenta, los recibía plácidamente; otros yacían boca arriba en el suelo verde, dulcemente amodorrados por el zumo de las uvas; otros hacían diligentemente el trabajo del vinoso otoño; otros tocaban graciosamente los tensos panderos y canturreaban.<sup>151</sup> Según la exigencia de los colores de estas figuras, el trabajo y la inteligencia del artífice habían aprovechado oportunamente las vetas naturales de la preciosa piedra. Y aunque estas figurillas eran pequeñas, no tenían defecto alguno en su más mínima parte, sino que todas se distinguían perfectamente.

Fuera del vaso descrito crecía una frondosa vid de oro con los pámpanos rizados, adornada con racimos cuyos granos eran de amatista roja india. Su follaje era de la santa selenita verde de Persia, no sujeta a los movimientos lunares y agradable a Cupido, protectora del que la lleva; y daba sombra al carro.

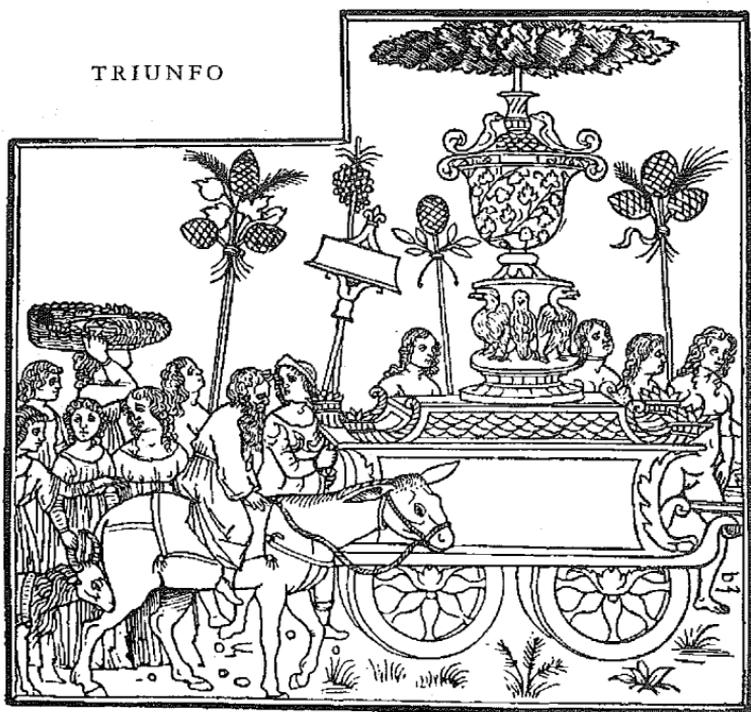
Colocado en cada ángulo de la cubierta del carro triunfal, resplandecía un precioso candelabro basado sobre tres pies en forma de cuerno, de coral, que es favorable a los labradores, repelente de los rayos, tifones y tempestades, y amuleto beneficioso para el que lo lleva; y era más hermoso que el que encontró Perseo debajo de la cabeza de la Gorgona<sup>152</sup> y no lo hay semejante en el mar Eritreo, ni en el Pérsico ni se le igualaba el drepanico.

El vástago de uno de los candelabros era de ceraunio lusitano azul, enemigo de la tempestad y amigo de Diana, de anchura moderada y forma de balaustre, de dos pies de altura.

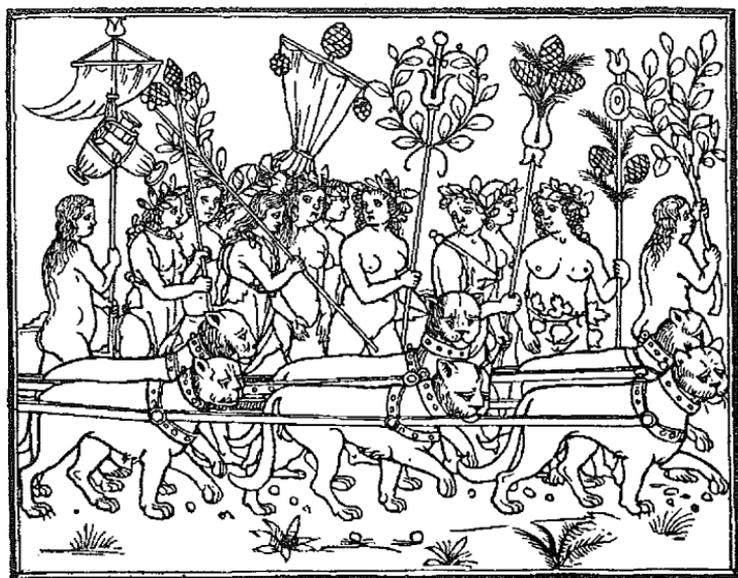


El otro era de finísima piedra dionisia negra con manchas rojizas, que cuando se frota huele a vino. El tercero, de óptima medea, de color oscuro sembrado de oro, con sabor a néctar. El último, de preciosa nebrida, dedicada al numen, de notable negro mezclado con blanco y verde. En la concha de estos candelabros ardía perpetuamente una llamita piramidal de fuego inextinguible. Con el resplandor de su luz y el de las fulgurantes piedras preciosas, no era necesario esforzarse para ver las eximias obras e imágenes.

TRIUNFO



Cerca de este triunfo divino marchaban con gran respeto, pompa y veneración, infinitas ninfas Ménades con los cabellos al viento, algunas desnudas, con ninfales velos resbalando de sus hombros, otras vestidas de pieles de gamo de diversos colores, y no había entre ellas ningún hombre. Tocando címbalos y flautas, vociferando y danzando como en las fiestas trietéricas, celebraban las orgías sagradas, llevando tirsos con hojas de pino y de vid atadas a la piña. Seguía inmediatamente al triunfo el viejo Sileno, montado en el asno. Luego, tras este jinete, era conducido festivamente, adornado de pompa sacrificial, un hirsuto macho cabrío, acompañado por una nin-



fa que llevaba una criba de uvas. Este cuarto triunfo iba seguido y honrado por los mimallones, sátiros, bacantes, leneas, tíades, náyades, títiros y ninfas, que se reían desordenadamente, hacían gestos furiosos y corrían, exclamando a gritos, con rito santo y antiquísimo: «¡Evohé, Baco!»<sup>153</sup>

\* \* \*  
\* \*  
\*

LA NINFA CUENTA ELOCUENTEMENTE A POLÍFILO DE QUIÉNES SE COMPOÑÍA LA MUCHEDUMBRE DE LOS JÓVENES AMANTES Y DE LAS ENAMORADAS Y DIVINAS MUCHACHAS Y CÓMO FUERON AMADOS POR LOS DIOS. Y VE LOS COROS DE LOS DIVINOS POETAS CANTANDO.



ADIE QUE HABLARA DE LOS MISTERIOS divinos tendría la infatigable elocuencia que le sería necesaria para narrar con un lenguaje adecuado cuánta divina pompa, incesantes triunfos, perenne gloria, festiva alegría y feliz danza había en torno a estos carros nunca vistos y de contemplación memorable, además de los nobles adolescentes y la apiñada multitud de innumerables ninfas, más prudentes, graves y sabias de lo que era normal para su tierna edad, que se divertían alegremente con sus bellísimos amantes juveniles e imberbes, a algunos de los cuales se les extendía por las mejillas, haciéndolas brillar, la primera pelusilla. Vi que muchas llevaban antorchas encendidas y ardientes, algunas estandartes, otras rectas lanzas adornadas con despojos antiguos y otros diversos trofeos y, en buen orden, mezcladas con los muchachos, precedían a los misteriosos triunfos, entonando cantos de alegría que resonaban hasta el cielo. Algunos de ellos tocaban instrumentos de viento de variado sonido y forma, como trompetas curvas y rectas y sonoras flautas, algunas de las muchachas arrancaban de la cítara notas celestiales, y todos se entretenían en inefa-

bles placeres y eternos deleites que excedían lo que el ingenio humano puede imaginar, glorificando los sempiternos triunfos, recorriendo aquella florida y fecunda tierra y feliz región y los campos primaverales, lugar santísimo dedicado a los bienaventurados, cuyo suelo, cubierto de flores, no estaba obstaculizado por ningún arbusto, sino que todo él era un prado único y llano de hierbas olorosas cubiertas de infinitas flores de formas bellas y variadas y perfume agradabilísimo, más de lo que es posible decir. Estos lugares amenísimos no temen la ardiente invasión de Febo, porque él no los recorre con sus velocísimos caballos cuando marcha hacia Hesperia, sino que su aire es siempre purísimo y desprovisto de humosas nieblas, y hay en él un tiempo eternamente claro e invariable y la tierra está constantemente cubierta de hierba y flores perfumadas como una graciosa y noble pintura, siempre fresca de rocío y conservando sus colores sin el obstáculo del tiempo. Crecían aquí las cuatro clases de violetas, prímulas, melilotos, anémonas azules, neguillas, ciclámenes, vatraquios, aquileas, lirios del valle y amarantos, nardos, salincas, ambrosías, mejorana, menta, albahaca de olor a limón y todas las especies de cariófilas, rosales persas con gran cantidad de sus diminutas rosas fragantes y de muchos pétalos y de todos los colores, y otras innumerables, con todas las hierbas aromáticas y notables, que estaban distribuidas hermosamente por la fértil naturaleza sin ningún orden humano ni cultivo alguno, constituyendo su verdor florido y su gran amenidad un sumo placer para los sentidos.

Aquí, entre las nobles y hermosas muchachas de belleza célebre, vi a la árcaide Calisto, hija de Lycaón, que

jugaba alegremente con la fingida Diana;<sup>154</sup> a Antíope, hija de Nycteo, de la que nacieron el músico Anfión y el rústico Zeto, con el ilustre sátiro;<sup>155</sup> a Issa, hija de Macareo, con su amado pastor;<sup>156</sup> a Antiquia,<sup>157</sup> hija de Acco, y a la pequeña Cánace;<sup>158</sup> y también a la hija de Atasio<sup>159</sup> y a Asteria,<sup>160</sup> hija del titán Ceo; y a Alcmena con su fingido esposo.<sup>161</sup> Luego vi a la deliciosa Egina solazándose con el claro río y el fuego divino;<sup>162</sup> y a la madre de Filio<sup>162</sup> y a la de Menefrón<sup>164</sup> regocijándose con el falso padre, y a Díode, con el regazo cubierto de bellísimas flores y reverenciando a la tortuosa serpiente;<sup>165</sup> y a la linda muchacha que ya no se quejaba de sus cuernos;<sup>166</sup> y a Astioquia<sup>167</sup> y a Antígona, hija de Laomedonte, solazándose voluptuosamente con sus plumas;<sup>168</sup> y a Curifis, inventora de las primeras cuádrigas;<sup>169</sup> y a la ninfa Garamántide, retenida por el cangrejo de muchas patas mientras lavaba sus delicados pies en las claras aguas del Bagrada.<sup>170</sup> Luego vi una codorniz que huía volando de un águila de terribles garras que la perseguía.<sup>171</sup> Y también a Erigone, que tenía el reluciente pecho cubierto de sabrosas uvas;<sup>172</sup> y a la hija del rey Cholón, deleitándose con un robusto toro;<sup>173</sup> y a la mujer de Enipeo, contenta con su transformado marido;<sup>174</sup> y a la hija de Alpe, solazándose plácidamente con un hirsuto y lanudo carnero;<sup>175</sup> y a la virgen Melanta con la bestia nadadora;<sup>176</sup> y a Filira, hija del antiguo Océano, con el padre de Quirón.<sup>177</sup> Luego vi a Ceres, la legisladora, con la frente coronada de rubias espigas, unida con la escamosa hidra en deleitoso placer;<sup>178</sup> y a la hermosísima Lara, ninfa tiberina, recreándose con Argifonte; y a la bella Juturna<sup>179</sup> y a muchas otras que sería largo enumerar.

Contemplaba yo entonces atentamente, con gran placer y ánimo aplicado, la celestial muchedumbre y los divinos triunfos, rodeados de tales coros, y los deliciosos campos, pero permanecía ignorante sobre su naturaleza y desconocía completamente quiénes eran aquellas personas, hasta que la divina ninfa, mi fiel compañera y conductora, advirtiéndome mi ignorancia y sin que yo se lo preguntara, me decía sobre los amorosos misterios, con rostro expresivo y dulces palabritas: «Polífilo mío, ¿ves aquella?—mostrándome las que habían sido mortales—. Fue ardientemente amada por el alto Júpiter, y lo mismo aquella otra; y esta fue tal y tales númenes fueron atrapados en su dulce amor». Y de este modo, notificándome al mismo tiempo la noble y regia estirpe y el nombre que yo desconocía, me lo decía afablemente y con gran placer, y me señalaba a la muchacha. Luego me mostró una venerable multitud de jovencitas vírgenes, que todavía no habían experimentado el amor, a cuya cabeza marchaban tres santas matronas con divinos objetos de culto, guías de tan gran deleite. Y, con el semblante angelical un poco alterado, añadió mi ninfa amorosamente: «Polífilo mío, quiero que sepas que aquí no puede entrar ninguna mortal sin su antorcha encendida por su ardiente amor y con sumo trabajo, como ves que yo la llevo ahora, o bien en la segura compañía de aquellas tres matronas.» Y suspirando profundamente, dijo: «Como verás, voy a llevar esta antorcha al templo santo por tu amor, y allí la ofreceré y la apagaré.» Este razonamiento atravesó mi inflamado corazón, tan agradable y delicioso me resultaba que me llamara «Polífilo mío», por lo que comenzaba a sospechar firmemente que ella era Polia.

Por esto, agitado de pies a cabeza por una suprema dulzura, sentía que mi abrasado corazón renacía y que huía hacia ella. Mi rostro y los suspiros que lanzaba me acusaban de este vehemente efecto, y ella, sagaz, se dio cuenta y, para interrumpir mi nuevo accidente, comenzó a decirme plácidamente y con cariño: «¡Oh, cuántos quisieran poder entrever lo que tú ves ahora abiertamente! Pon tu mente en las cosas elevadas y mira con atención, Polífilo, cuántas otras nobles e ilustres ninfas se muestran respetuosas y generosas con los enamorados adolescentes que las acompañan, los cuales las alaban a ellas y a los amantes infatigables con amorosas y dulces notas y medidos versos y, ensalzando incesantemente y con gran placer los triunfos supremos, cantan junto con el gratísimo gorjeo de múltiples y diversas avecillas, llenando el espacio con sus elogios.»

En el primer canto y alegre coro que realizaba la ovación y excelsa alabanza del primer triunfo, salmodiaban las santísimas musas, precedidas por el divino tocador de lira.<sup>180</sup> Seguía a este triunfo celeste una elegante muchacha árcade, que se llamaba Leria,<sup>181</sup> con la frente coronada de inmortal laurel, acompañada de la bellísima Melanthia,<sup>182</sup> abrazada a su divino padre, de notable hermosura, cuyo vestido y manera de hablar indicaban que era griega y sobre la cual Alejandro el Macedonio colocaba siempre al dormir su poderosa cabeza. Esta, más dulce que las otras en voz y canto, llevaba una lámpara resplandeciente que comunicaba su luz con generosidad a las compañeras que la seguían. Aquí me mostró la preclara ninfa a la antiquísima Ifianasa<sup>183</sup> y luego al antiguo padre Himerino,<sup>184</sup> cantando dulcemente con sus ama-

das hijas, y con ellas a la fértil y liberal Lícoris<sup>185</sup> y a una matrona que cantaba entre dos hermanos tebanos y a la bella Silvia.<sup>186</sup> Todas estas y algunas otras precedían magníficamente al primer carro, tocando celestes liras e instrumentos de dulce sonido y danzando con gran agilidad.

Daban altisonante e inmortal alabanza al segundo triunfo la insigne Némesis junto con Corina, Lesbia, Delia y Neaera y la sícula Crocale<sup>187</sup> y otras muchas, más amorosas y lascivas que las anteriores.

De igual modo, mostrándome la ninfa el esplendor del tercer triunfo, dijo: «¿Ves aquellas? Quintilia<sup>188</sup> y Cinthia,<sup>189</sup> Nauta<sup>190</sup> y otras cantan versos deliciosos. Va con ellas Violantila<sup>191</sup> con su paloma y aquella otra que llora por su pajarillo.»<sup>192</sup>

Precedían al cortejo del cuarto carro la noble Lide, Cloe, Lidia, Neobole, la hermosa Filis y la bella Lycia y Tiburna y Pirra,<sup>193</sup> que cantaban sus alabanzas voluptuosamente acompañadas por resonantes cítaras. Tras este cuarto triunfo, iba entre las ménades una notable muchacha que pedía con sus cantos que se añadieran cuernos a la bella cabeza del amoroso Faón.<sup>194</sup> Por último, la ninfa me mostró una honestísima matrona vestida de blanco y otra de inmortal color verde,<sup>195</sup> que cantaban detrás de todas las demás cantoras.

De esta manera recorrían todos en círculo la florida y amenísima llanura, unos coronados de laurel y otros de mirto y con muchas cintas y diversos adornos, marchando en religiosa y triunfal procesión y entonando solemnísimas oraciones, sin término ni final, sin fastidio ni cansancio, gozando gloriosamente hasta la su-

prema saciedad de todos los placeres y disfrutando de las presencias divinas y poseyendo tranquilamente, sin obstáculo alguno, aquellos reinos felicísimos y la santa patria.

[XVI]

LA NINFA, TRAS HABER EXPLICADO DIESTRAMENTE A SU POLÍFILO LOS MISTERIOS TRIUNFALES Y EL AMOR DIVINO, LE INVITA A PROSECUIR EL CAMINO, POR EL QUE VE CON GRAN PLACER OTRAS INNUMERABLES NINFAS SOLAZÁNDOSE CON MIL ENTRETENIMIENTOS CON SUS GRATÍSIMOS AMANTES POR ENTRE LAS FLORES, LAS FRESCAS SOMBRAS, LOS CLAROS ARROYOS Y LAS LIMPIDÍSIMAS FUENTES. POLÍFILO, MUY ALTERADO POR EL AMOR, ENLOQUECÍA, PERO, TEMPERÁNDOSE CON LA ESPERANZA, SE TRANQUILIZÓ, CONTEMPLANDO EL DULCE ROSTRO DE SU BELLA NINFA.



NO SÓLO SE CONSIDERARÍA FELIZ, SINO que sería el más dichoso de todos aquel al que le fuera concedido, por gracia especial, contemplar continuamente las pompas divinas, los triunfos celestes y las gloriosas diversiones y los benignos lugares y las bellísimas diosas, semidiosas y hermosas ninfas y relacionarse con ellas, pero sobre todo tener como compañera, guía y sincera conductora a aquella noble joven de sobresaliente belleza y atavío exquisito, divino y ninfal. Pensaba yo que esto no era pequeña parte de felicidad y, tras haber

visto realmente todas estas cosas, permanecí durante largo rato pensativo, sumamente alegre y admirado sobre toda medida. Luego la tierna y deliciosa muchacha que me conducía, me dijo cariñosa: «Polífilo, vayamos ahora más allá». Y partiendo sin tardanza, emprendimos placentero camino hacia unas fresquísimas fuentes vivas de aguas cristalinas y graciosas ondas, de las que nacían los riachuelos que circundaban los campos floridos. En sus límpidas linfas espejeaba ardientemente el purpúreo y florido hijo de la ninfa Liríope fuera de las tiernas hojas,<sup>196</sup> y la roja menta acuática y, repartidos aquí y allá, floridos gladiolos. Todas las bellas orillas estaban cubiertas de otras hermosas flores que crecían entre la hierba verde y alegre. Este agradable lugar era de gran extensión y estaba rodeado de colinas de moderada altura cubiertas de arbustos, abundando en ellas el verde laurel, frondosos árboles frutales y pinos copudos y altísimos y abetos y blanco mirto; los clarísimos arroyuelos tenían el lecho de guijarros y arena, y en algunos lugares sólo la rubia arenilla; en ellos fluía el agua con dulce murmullo y crecía el loto acuático de tres hojas.

También había aquí gran número de ninfas delicadas y divinas de tierna edad, dotadas de la olorosa flor del decoro, más bellas de lo que es posible creer, acompañadas de sus amantes impúberes, como perpetuos huéspedes y patricios de este lugar dignísimo. Algunas de estas ninfas se entretenían acercándose a las límpidas aguas con rostro atrevido y, habiéndose recogido los finos y relucientes vestidos de seda de variados y alegres colores y llevándolos amontonados en sus niveos brazos, ofrecían la elegante forma de las carnosas caderas bajo los vivos

pliegues, descubrían las blanquísimas piernas y las torneadas pantorrillas hasta las rodillas carnosas y bañaban sus redondos talones en la corriente de las aguas purísimas. Sentí que esto era capaz de despertar el deseo incluso de aquel que fuese poco apto para el amor e inepto y apagado. Las aguas reflejaban la blancura de los nítidos y brillantes miembros y los rostros celestiales entre sus calmadas ondas como un espejo resplandeciente y tersísimo. En los lugares donde no había mucho caudal, se distinguían bajo las aguas sus piececillos, que rompían el líquido, rizándolo y produciendo sonoros murmullos. Algunas se divertían corriendo por el agua, abrazadas a los nadadores, domésticos y palmípedos cisnes y luego se arrojaban el agua unas a otras riendo, usando las manos como recipiente. Otras permanecían fuera de los riachuelos, sobre la tierna hierba, y tejían guirnaldas con las perfumadas y polícromas flores, que ofrecían con familiaridad a sus amigos más queridos. No les negaban tampoco el regalo de sus besos sabrosos y succulentos, sino que los besaban abrazándoles más estrechamente que las espirales de los tentáculos de los pulpos y más que las conchas adheridas a las rocas ilíricas y a las islas Plote. Al besarse, jugaban a juntar las lenguas perfumadas de almizcle entre los labios risueños y húmedos, y algunos muchachos mordían las blanquísimas gargantas de ellas con sus dienteitos, sin causarles dolor. Otros se habían sentado sobre la verde hierba y las flores multicolores en las verdes orillas, no cubiertas de juncos sino floridas, en las que las nítidas línfas, más claras que el Axio en Migdonia, resonaban al romperse a los pies de las rojas adelfas, y bajo la sombra de los árboles se abra-

zaban unos a otros como los cabellos de serpientes de Medusa y la intrincada enredadera y se estrechaban más fuertemente que la sinuosa yedra a los olmos antiguos y a los edificios viejos. Ellas no se mostraban crueles ni esquivas con sus queridos amigos, sino que, con cariñoso amor, consentían a sus deseos y les mostraban con gesto amoroso los pechos desnudos y turgentes, los cuales se ofrecían más deliciosos y agradables a los ojos que las lágrimas al cruel y despiadado Cupido y mucho más que los frescos arroyos y el rocío matutino a los prados de hierba y más que a la materia la deseada forma. Algunos muchachos cantaban de modo admirable, con voces lánguidas que se mezclaban con los suspiros de sus pechos inflamados, versos amorosos llenos de suaves acentos, capaces de enamorar los más fieros corazones de piedra y ablandar la aspereza del intransitable monte Cáucaso y de quitar su virtud a la lira de Orfeo y la maldición a la mirada de Medusa y de volver agradable y tratable a cualquier horrible monstruo y de apaciguar el continuo movimiento de la rabiosa Escila. Algunos, reposando ociosamente sobre el casto seno de las muchachas sentadas, contaban las amables picardías del alto Júpiter y ellas rodeaban diestramente sus rizadas cabelleras con guirnaldas de perfumadas flores y hierbas aromáticas y les coronaban con gran regocijo. Igualmente, algunos eran rechazados en broma, fingiendo las muchachas huir de aquello que uno y otro deseaban intensamente, y corrían uno tras otra, persiguiéndose, lanzando ellas gritos risueños y femeninos, con las rubias trenzas deshechas derramándose sobre los lácteos hombros y brillando como hilo de oro, ceñidas con guirnaldas de verde mirto.

Algunas se las habían atado elegantemente, con ninfal cuidado, con bandas que revoloteaban, y otras con cintas tejidas con hilo de oro y adornadas con gemas. Luego, cuando se daban alcance, se inclinaban y cogían las bellas flores y, llenándose de ellas las manos gordezuelas, se las arrojaban con gestos amorosos a los hermosos rostros, divirtiéndose con gran placer y bromeando. Otros aun, colmaban con donaire el seno descubierto de las muchachas de pétalos de rosa y luego se daban dulces besos o se pegaban con la mano sin hacerse heridas ni cardenales, dándose cachetes suavemente en las mejillas favorecidas por los hoyuelos, más rojas que el luminoso Febo en las ruedas de la fresca Aurora, y emprendían las más insólitas y nunca vistas luchas que jamás Amor supo inventar, todas ellas festivas, alegres y placenteras, con gestos, movimientos infantiles y virginal simplicidad, juntándose con amor sincero, sin ofensa de la honestidad ni de la virtud, libres de aflicciones y de la envidia de la voluble Fortuna, bajo las templadas sombras de las llorosas hermanas del impío Faetón<sup>197</sup> y de la inmortal Dafne<sup>198</sup> y de los frondosos pinos de menudas y punzantes hojas y del árbol teñido por la sangre de los infelices esposos babilonios,<sup>199</sup> y de los rectos cipreses y verdísimos naranjos y cedros y otros árboles notables y tupidísimos y fecundos en flores y frutos, de verdor perenne, bellos y olorosos sobremanera, que, ordenadamente dispuestos sobre las graciosas riberas y por la llanura, ocupaban con moderada distancia e intervalo la herbosa tierra revestida de la verde pervinca con sus flores cerúleas. Ay de mí, pues ¿qué corazón sería tan frígido que no se encendiera rápidamente al ver en su presencia tan reales

y deliciosos actos de amor igual y recíproco? Pensé con fundamento que incluso la cazadora Diana se habría encendido fácilmente y también la glacial Hélice,<sup>400</sup> perseguida por ella. Por eso me atreveré a decir una tontería: que las almas de los condenados no padecen otro tormento que la envidia que tienen de estos, que viven eternamente felices en placeres y triunfos, con gran deleite, sin cansancio alguno de las cosas presentes ni hastío de ellas. Por lo cual, encendido mi corazón y ardiendo de extrema dulzura, mi alma enamorada salía hasta mi balbuciente boca y, con la mente fija en los deliciosos placeres y viendo aquellos estrechos besos y los abundantes galardones del alado Cupido, me pareció sentir en aquellos instantes el tránsito del alma encendida y su emigración a los extremos y últimos términos de la felicidad. Me encontraba vacilante, exánime sobremanera, tan obnubilado como si estuviera drogado, viniéndome a la tenaz memoria los ungüentos de la maléfica Circe, las poderosas hierbas de Medea, los nocivos cantos de Birrenna y los sepulcrales conjuros de Pánfila,<sup>401</sup> porque dudaba razonablemente de que los ojos corporales pudieran ver más allá de la naturaleza humana y de que un cuerpo abyectísimo, innoble y pesado estuviera en el mismo lugar que los felices inmortales.

Pero luego, ahuyentando las largas y angustiosas meditaciones e imaginaciones fantásticas, rememorando con deleite todas las cosas admirables, santas y divinas que hasta aquí vi desnuda y abiertamente, me convencí por fin de que no se trataba de prodigios engañosos ni mágicas falacias, sino de cosas que no comprendía perfectamente.

Así, mirando atentamente junto con estas a la ninfa

que tenía junto a mí, hería sin cesar mi triste corazón moribundo con los ojos, llenos de amorosos dardos, con los que excitaba mi peregrino y errante pensamiento y, haciendo de ella su objeto fijo y concreto, exhortaba vigorosamente a mi alma mortificada a renovarse en sus primeros fuegos. Padecía acerbamente por no atreverme a preguntarle si era mi divina y deseadísima Polia, aunque ella me había dado antes alguna ambigua y dudosa noticia; y temiendo con razón que mi rudo e inculto hablar la ofendería con su atrevimiento, reprimía mi voz, que muchas veces había llegado a mis labios. Envuelto en un maravilloso estupor, como Sosias, engañado por el falso Atlantiade,<sup>202</sup> me encontraba en suspenso, examinando con mirada penetrante y profundas meditaciones aquellas operaciones celestes, invadido por un ardiente deseo de participar en ellas, diciendo entre mí: «De buena gana quisiera contarme aquí como perpetuo habitante y, con tal de conseguirlo, ningún trabajoso afán me parecía pesado, ningún peligro eminente me atemorizaría, aunque la falaz Fortuna me fuera adversa. Expondría entonces mi querida y apreciada vida completamente sin pensarlo un instante, no rehusando tomar la laboriosa y grave decisión de las dos puertas mostradas al hijo de Anfitrión,<sup>203</sup> ni consumir la dulce juventud y los años placenteros en los mortales peligros del maligno mar y los espantosos lugares de Trinacria, aunque sufriera mayores terrores que el peregrino Ulises cuando estaba en la oscura e impracticable cueva del horrible cíclope Polifemo, hijo de Neptuno, y veía las transformaciones que la amiga de Calipso<sup>204</sup> realizaba con sus compañeros, y no ahorraría la grata vida ante cualquier cosa que se me pre-

sentara aunque debiera sostener una servidumbre más larga y dura que el enamorado pastor hebreo<sup>205</sup> y más terrible que la del esclavo Androcles, porque cualquier fatiga disminuye donde arde el amor. Y me expondría a la misma prueba que sufrieron el enamorado Milanión e Ileo por la bella Atalanta<sup>206</sup> y lucharía como lo hizo por su amada Deyanira el fornido y robusto Hércules, cuando venció virilmente al portentoso Aqueloo. Yo haría lo mismo para conquistar tan grandes placeres y entrar en mi vejez en estos lugares santos y feracísimos, dotados de toda delicia y solaz, y sobre todo para conseguir el precioso amor y conquistar la deseada benevolencia de esta, que es más bella, sin comparación, que Casiopea y más hermosa que Castianira,<sup>207</sup> y lleva, ay de mí, mi vida y mi muerte en su voluntad. Y si por ventura fuese indigno de tal compañía y amor, me conformaría con que me fuera concedido, por especial don y privilegio y gracia, contemplarla eternamente.»

Luego, hablando conmigo mismo, me decía: «Oh, Polífilo, si por ventura te amedrentara la sofocante y molesta gravedad de este amoroso peso, la dulzura de su fruto te induciría a asumir cualquier triste trabajo, y si los terribles peligros te atemorizan, la esperanza del patrocinio y ayuda de tal ninfa debería persuadirte a tener valor.» Luego, alejando mis vacilaciones, decía: «Oh, supremos y máximos dioses y vosotras, excelsas diosas, que tenéis poder sobre los mortales, si esta que veo es aquella deseadísima Polia que he llevado impresa sin interrupción en mi corazón ardiente y tenaz con unión perpetua y como cosa preciosa desde los primeros años del amor hasta el momento presente, me contento del

todo y no pido más; pero sólo os ruego esto: que la encadenéis del mismo modo a mis fervientes amores, que arda en el mismo fuego que tan duramente me alimenta por ella y en el que me consumo, y haced que ambos tengamos las mismas armas o bien liberadme a mí, porque ya no soy capaz de ocultar el incendio que crece en mi corazón. Ya no vivo y, si vivo, no siento la vida. Me alegro entristeciéndome y me entristezco alegrándome y peno continuamente. Me consumo en la llama que me alimenta y esta exuberante llama aumenta y, ardiendo como oro en el fuerte cemento, me encuentro convertido en sólido hielo. Ay, desgraciado de mí, este amor agobiante me molesta más que la pesada Inarime a Tifón,<sup>208</sup> me disgrega más que los rapaces buitres a las ovilladas vísceras de Ticio,<sup>209</sup> me enreda más que un intrincado laberinto, me inquieta más que los vientos tormentosos al tranquilo mar, me pone más en fuga que los mordientes perros a Acteón, y más perturban mi espíritu y mi atormentado corazón sus ojos rapaces que la horrible muerte a la dulce vida y le tengo roído más dañinamente que las vísceras del cocodrilo devoradas por el icneumon,<sup>210</sup> y se halla tan increíblemente golpeado como un yunque y más que los montes Ceraunos por los rayos celestes. Y tanto más cuanto que ni con todo el poder de mi inteligencia soy capaz de comprender en qué parte del mundo me encuentro y sólo sé que estoy en presencia del suave fuego de esta semidiosa, que me consume sin dañar mi cuerpo, cuya abundante y rubia cabellera es una intrincada trampa tendida a mi corazón para cercarlo. Su amplia frente cubierta de rizos, blanca como un lirio, me retuerce como una ramita ligada en una guirnalda. Sus

miradas son como dardos que me quitan la vida y me incitan a afligirme dulcemente. Las rosadas mejillas me invitan suavemente a exasperarme. Su roja boca hace que apetezca un dulce tormento, y luego el delicioso pecho, tan blanco como nieve invernal en los montes Hiperbóreos, aunque en sí es de extrema dulzura, me resulta un acerbo y dañino flagelo, y su semblante sobrehumano y su hermosa persona, que excitan la imaginación, provocan mi deseo y me consumen terriblemente. Mi corazón retado, aunque se convierta en valeroso y fuerte atleta, no puede resistirse a todos estos martirios escarnecedores y a tan peligroso combate y al impío e insidioso Cupido, que tiene como armas todas estas partes de su dulce cuerpo. Por el contrario, preso de ella como Milón del árbol,<sup>211</sup> con toda mi fuerza adormecida, me encuentro despedazado y no soy capaz de desasirme, cual si hubiera penetrado en el pantano babilónico. Mi único remedio digno y capaz y adecuado y oportuno medicamento sería sentir que soy aceptado, con todas estas acerbas e intolerables penas mías, por esta diosa, si es que es Polia, que me ha encendido a escondidas y me abrasa sin tregua y me quema completamente con las llamas del inflexible Cupido, ni más ni menos que como Minerva encendió la imagen de Prometeo arrancando con su ligero báculo el fuego de las rápidas ruedas del luminoso Febo. ¡Oh Ticio, no creo que sea menor mi tormento que el tuyo cuando los buitres rasgan tu cálido pecho y te arrancan el corazón vivo y humeante y, cogiéndolo con las garras, lo devoran con sus picos agudos para, cuando poco después se ha restablecido, volver rápidamente a realizar la misma carnicería, recomenzándola desde el

principio! Del mismo modo, dos ojos crueles abren mi pecho inflamado y arrancan mi enamorado corazón duramente y sin piedad para devorarlo, mordiéndolo terriblemente; luego no transcurre mucho tiempo sin que sus alegres miradas lo sanen, como si no hubiera sufrido ninguna lesión, y al poco vuelven a reiterar sus brutales heridas.» Después de decir esto entre mí calladamente, me puse a suspirar y a verter copiosas lágrimas y a volver a desear la muerte aborrecible, y así permanecí durante un rato, rabioso por aquel excesivo y funesto amor que me agitaba fuera de toda medida y me martirizaba con un hervor de sollozos. Entonces, oprimido por esta angustia, me vino a la mente varias veces el deseo de decir a voces: «Oh ninfa bellísima, diosa mía y mi principal y única esperanza, apiádate de mí y auxiliame, porque estoy a punto de morir.» Luego, volviendo en mí, rechazaba este pensamiento como falaz, falso y frívolo, pero al instante, rabioso y arrebatado, me contradecía pensando: «¿Por qué titubeas, Polífilo? Que uno muera de amor es cosa laudable, pero ¿no sería una triste desgracia que tu dolor, tus graves ardores y tu noble amor por esta ninfa fueran arrojados en una fosa y sólo manifestados después de tu muerte por el susurro de las cañas que crecieran sobre tu tumba?» Pero luego, dándome cuenta de la desvergüenza de mis errantes pensamientos, decía sensatamente: «Puede que esta, como parece, sea una diosa venerable, y si demostrara hacia ella alguna indecencia en cualquier gesto, podría sucederme fácilmente algún grave daño: la locuaz Siringa<sup>212</sup> de Arcadia no se encontraría en las húmedas y pantanosas orillas del río Labdón ni sería agitada por los Euros desencadenados ni por el

tumultuoso y gélido Bóreas ni por el Austro, cargado de nubes, ni por el turbulento y lluvioso Noto, si hubiera frenado su charla inoportuna e inconveniente en presencia de los dioses, y la respondona Eco tampoco habría sido convertida en voz si hubiera hablado sensatamente,<sup>213</sup> pues los dioses, aunque son muy benévolos, montaron en cólera y se vengaron severamente de semejante atrevimiento, despreciable y negligente. Por lo mismo, los compañeros del lento y meditativo Ulises se habrían librado del peligro mortal del naufragio si no hubieran robado imprudentemente como malhechores, el sagrado rebaño de Apolo, vigilado por las ninfas hermanas Fetusa y Lampetia, y Orión no habría experimentado la horrible venganza si no hubiera hecho imprudentes proposiciones a la fría y casta Diana. Igualmente, el hijo del ardiente Febo fue arrojado del supremo Olimpo y relegado eternamente a las ondas estigias por utilizar la hierba peonía.<sup>214</sup> A mí podría sucederme fácilmente algo parecido o peor.»

Así pues, abandonando este combate de mis pensamientos, me tranquilicé, aceptando el placer que entonces se me ofrecía y contemplando la hermosura de aquella ninfa noble y preclara, lo cual me consolaba completamente. Pues ella tenía todo lo que puede deleitar en el amor y es susceptible de ser amado dulce y vehementemente, y dispensaba tanta bondad con sus ojos alegres que, arrojando de mí mente aquellas reflexiones perturbadoras e irrefrenables, las temperé un tanto, dando fin a mis resonantes suspiros. Con persuasiva esperanza —¡oh amoroso alimento de los amantes, muchas veces mezclado con la bebida de las lágrimas!—, puse mordien-

te freno a mis impetuosos pensamientos, contemplando con reflexivo placer aquel cuerpo gratisimo y sobrehumano, recreándome en sus rosadas mejillas y en aquellos miembros puros y resplandecientes. Consolado por estas bellezas de mis arrebatados deseos, mitigué suavemente sus rabiosas iras y me liberé del excesivo ardor y del fuego amoroso, tan próximo, que se habían encendido en mí más de lo conveniente.

[XVII]

LA NINFA CONDUCE AL ENAMORADO POLÍFILO POR OTROS BELLOS LUGARES, EN LOS QUE VE INNUMERABLES NINFAS QUE SOLEMNIZAN Y FESTEJAN ALEGREMENTE EL TRIUNFO DE VERTUMNO Y POMONA EN TORNO A UN ALTAR SAGRADO. LUEGO LLEGAN A UN MARAVILLOSO TEMPLO, CUYA ARQUITECTURA DESCRIBE EN PARTE, Y CUENTA QUE EN ÉL LA NINFA APAGA CON GRAN SOLEMNIDAD SU ANTORCHA, POR MANDATO DE LA SACERDOTISA, Y LE MANIFIESTA QUE ES SU POLIA. LUEGO ENTRA CON LA SACERDOTISA EN EL SANTUARIO PARA REALIZAR UN SACRIFICIO E INVOCA ANTE EL ALTAR DIVINO A LAS TRES GRACIAS.



O ERA CAPAZ YA DE LUCHAR CONTRA los asaltos celestes y violentos del amor, y la elegantísima ninfa, que había adquirido por ellos sobre mí, desgraciado amante, un dominio irrevocable, me con-

dujo a una espaciosa ribera que estaba contigua al valle florido donde morían las pequeñas montañas y las colinas cubiertas de viñedos que rodeaban esta región áurea, llena de increíbles deleites. Estas colinas tenían bosquesillos cultivados por festivas Oréadas, de notable densidad, pero con los árboles distribuidos regularmente, compuestos de tejos cirneos y árcades, pinos silvestres, infructuosos y resinosos; pinos, rectos abetos que no se curvan y que resisten el peso, musgosos alerces y aéreos pinastros amantes de las colinas. Caminábamos ambos por la verde y florida llanura, yo ardiendo de amor y la insigne ninfa guiándome, bajo altísimos cipreses, grandes hayas, fructíferas y verdes encinas cupuladas, gratas al tonante Júpiter, cargadas de frutos nuevos; duros robles de áspera corteza, punzantes enebros que aman la eternidad, frágiles avellanos, fresnos, con los que se hacen las lanzas, laureles olorosos, umbrosas encinas, nudosos abedules y tilos, movidos por el fresco soplo del suave céfiro, que agitaba dulcemente las tiernas ramas.

Todos estos árboles no estaban amontonados unos junto a otros, sino separados por distancias convenientes y distribuidos en lugares adecuados, sumamente gratos a los ojos y cubiertos de un follaje primaveral. Frecuentaban el lugar las ninfas campestres y las errantes dríadas, con los cuerpos ágiles ceñidos de tiernas y retorcidas frondas y las cabelleras echadas hacia atrás sobre las frentes amplias, y los cornudos faunos coronados con cañas huecas y medulosas férulas y vestidos con ramas de pino; y saltarines, lascivos y rápidos sátiros, que celebraban las fiestas de Fauno, procedentes del venerable y ameno bosque sagrado, cuyas frondas eran más tiernas,

verdes y nuevas que las que verdeaban en el bosque de la diosa Feronia cuando sus habitantes querían trasladar su imagen a causa del incendio.<sup>215</sup>

Entramos, pues, en un lugar en el que los húmedos y floridos prados estaban distribuidos en espacios cuadrados regulares, rodeados por setos densísimos a modo de muros, compuestos por cinacanto o uva espinosa, enebros y bojés, anchos y rectos, de un paso de altura. En línea con los setos vi que estaban plantadas simétricamente altas palmeras, símbolo de la victoria, cargadas de racimos de dátiles negros, rojos y amarillos, como no los produce el regado Egipto ni Arabia ni Jericó. Alternaban con verdes limoneros, naranjos, serbales, pistachos, granados, melocotoneros y otros muchos frutales, nobles y fecundos, de aspecto primaveral.

Vi aquí, en el verdor de los floridos prados y bajo las frescas sombras, una gran multitud de extrañas gentes de ambos sexos, rústicamente vestidas, unos con pieles de cervatillo moteadas de blanco, de lince o de leopardo, otros de hojas de lampazo, de pulguera, de colocasia, de mixa, farfugio mayor y otras frondas, con sus diferentes frutos y flores, sobre la piel desnuda. Calzaban coturnos de hojas de acedera y llevaban guirnaldas de flores, como las ninfas hamadriadas y las himénidas, que veneran a las perfumadas flores. Festejaban con danzas sagradas, batiendo palmas y dando gritos de júbilo, saltando alegremente alrededor, el triunfo del florido Vertumno. Iba este sentado en un carro antiquísimo tirado por cuatro sátiros cornudos, atados con guirnaldas de ramas frescas, y llevaba la frente ceñida de rosas purpúreas y olorosas y el seno colmado con flores hermosísimas y perfu-

madas que aman la estación del lanudo Aries. A su lado se sentaba su amada y bellísima esposa Pomona, coronada de frutos y con los rubios cabellos sueltos, llevando en la mano una cornucopia repleta de flores, frutos maduros y hojas. A sus pies había una clepsidra de arcilla cocida. Precedían el carro, junto a los sátiros que lo arrastraban, dos hermosas ninfas abanderadas, una de las cuales portaba sobre una lanza un trofeo de azadones, horquillas, escardillos y hoces y una tablilla pendiente con esta



INTEGERRIMAM CORPOR. VALITVDINEM, ET STABILE ROBVR,  
 CASTASQVE MENSAR. DELITIAS, ET BEATAM ANIMI  
 SECVRITATEM CVLTORIB. M. OFFERO.



FLORIDO VERI. S.

drangular, religiosamente situada en el centro del prado herboso, florido y regado por clarísimas fuentes.

Era esta de mármol blanco y brillante, con todas las exquisitas molduras de factura excelente, y en cada una de sus caras destacaba, casi exenta, una elegante imagen.

\* \* \* \*  
 \* \* \*  
 \* \*

inscripción: «Integrísima salud del cuerpo y estable fuerza y castas delicias de la mesa y feliz seguridad de ánimo proporciono a los que me dan culto.»<sup>216</sup> La otra llevaba un trofeo con algunos retoños verdes e instrumentos de labranza. Saltaban y batían palmas con ritual antiguo, dando vueltas solemnemente en torno a un ara sagrada cua-

La primera era una hermosísima diosa con las trenzas volando, ceñidas de rosas y otras flores, y cubierta con un velo sutilísimo que dejaba ver sus hermosos miembros; con la mano derecha sobre un antiquísimo vaso de sacrificio del que salían llamas, arrojaba en él devotamente flores y rosas, y con la otra sostenía un ramo de mirto oloroso adornado de bayas. Junto a ella había en pie un niño risueño, alado y lindísimo, con sus hirientes atributos,<sup>217</sup> y también había dos palomitas. Bajo los pies de la figura estaba inscrito: «Consagrado a la florida primavera.»<sup>218</sup>

En el lado contiguo vi el admirable relieve, obra laudable del artista, de una muchacha de rostro virginal y majestad de matrona, coronada de espigas, con los cabellos fluyendo elegantemente y vestida como una ninfa; sostenía en la diestra una cornucopia llena de grano maduro y llevaba en la otra mano tres espigas. A sus pies yacía un haz de ellas, atado con una cinta, con



FLAVAE MESSI .S.



MVSTVLENTO  
AVTUMNO .S.



HYEMI AEOLIAE S.

esta inscripción debajo: «Consagrado a la rubia mies.»<sup>219</sup>

En el tercer frente había la divina imagen desnuda, realizada de modo admirable y con sumo arte, de un niño coronado de pámpanos, con aspecto risueño y juguetón, que llevaba en la mano izquierda un racimo de uvas con sus hojas y en la otra una cornucopia llena de uvas que pendían fuera de los bordes con sus hojas y zarcillos; a sus pies había un lanudo macho cabrío y esta inscripción: «Consagrado al otoño que trae el mosto.»<sup>220</sup>

La última cara tenía la imagen, de notable escultura, de un rey de rostro duro y severo que llevaba en la mano izquierda un cetro y miraba al cielo, en el que el aire era oscuro, turbulento y proceloso; con la otra mano tocaba las nubes, que parecían crecer. A ambos lados el aire estaba igualmente lluvioso y nublado. Iba vestido de pieles sobre la carne desnuda y tenía debajo esta inscripción:

«Consagrado al ventoso invierno.»<sup>221</sup> Para esta noble obra el hábil artífice había elegido con cuidado un mármol que además de ser muy blanco, tenía vetas negras, en los lugares adecuados, para expresar el aire oscuro y nublado del que caía granizo.

En la parte superior de este altar venerable se alzaba la ruda imagen del guardián de los huertos, con todos sus atributos propios y adecuados.<sup>222</sup> El misterioso altar estaba cubierto por un umbráculo en forma de cúpula, afirmado y sostenido por cuatro troncos clavados en el suelo. Los troncos estaban diligentemente revestidos de follaje florido y con frutos, y la parte superior cubierta de diversas clases de flores. Entre cada uno pendía de la mitad de cada arco del umbráculo una lámpara encendida, y alrededor hojas de oro que, al ser sacudidas de modo inconstante por las brisas frescas y primaverales, resonaban con chasquidos metálicos. Sobre esta imagen, con gran devoción y antiguo rito campesino, eran rotos vasos o ampollas de vidrio que contenían la espumosa sangre de un borriquillo sacrificado y leche todavía caliente, y chispeante vino puro, y además le arrojaban frutos, flores, ramas y coronas de follaje. En este glorioso triunfo conducían, con antigua y selvática ceremonia, al viejo Jano,<sup>223</sup> atado con cuerdas de ramas y flores trenzadas, entonando rústicas canciones de boda y cantos himeneos y fesceninos,<sup>224</sup> tocando instrumentos campesinos, saltando alegres, batiendo palmas solemnemente y lanzando agudos gritos femeninos. Por todo ello, no faltó placer y recreo y, al ver ritos tan solemnes y fiestas tan célebres, me invadió tanto estupor como admiración cuando contemplé los triunfos precedentes.

Luego, cuando nos hubimos alejado un poco de este lugar, miré todavía con indecible placer las claras y frescas fuentes de los prados cubiertos de hierba y los bosques umbríos, en los que retozaban ociosamente las húmedas napeas danzando, las agradables náyades jugando



y las marinas nereidas,<sup>225</sup> llegadas desde las playas guijarrosas, cantando, algunas de ellas vestidas con pieles de ternera marina, que no teme las iras del supremo Júpiter, y llevaban en las manos grandes caracolas llenas de flores y frutos y verdes tirsos que tenían atadas en la punta ramas de naranjo con flores y hojas tiernas, rosas egipcias amarillas, rosas persas y flores de narciso, y las rojas y olorosas del ciclamen. Estaban allí presentes el árcade y selvático Pan, los semidioses silvanos y las drímodas<sup>226</sup> de los montes y otras muchas ninfas, y Céfiro con su amada Cloris, a la que había concedido el poder sobre las flores, y muchos pastores, expertos en rivalizar con sus cantos, armados con sus cayados, que entonaban alabanzas juntos, dando gritos de júbilo y batiendo palmas, entre juegos y bromas, tocando antiquísimos instrumentos hechos con tallos y cañas y trompetas de corteza en forma de serpiente, de extraño sonido, en loor del amoroso y omnipotente Júpiter y de la santa agricultura y haciendo devotísimas las fiestas de Flora.

Dejo juzgar a quien pueda imaginarlo el placer que me producía todo esto. Así pues, vagando con mi gratísima compañera lleno de alegría, continuamos nuestro feliz camino y amoroso paseo. Y he aquí que, retirando algunas veces mis ojos de su dulce atadura y prisión, y mirando por encima de las tiernas y verdes copas de los árboles, vi un alto pináculo que se elevaba sobre una cúpula y calculé que no distaba mucho de la playa murmurante a la que ella me conducía, en la que desembocaban todos los riachuelos que discurrían por el valle al pie de las colinas y montañas, en parte adornadas de hierba y en parte de árboles, formando canalillos por los que corría

velozmente el agua clarísima sobre el lecho arenoso y cubierto de hierba, separándose aquí unos de otros. Además del pináculo vi una cúpula soberbia y eminente que me pareció revestida de pálido plomo, que tenía en la parte superior una linterna octogonal con columnas y cubierta por otra cúpula, y luego, sobre ocho pilares cuadrangulares, un remate de forma abalaustrada sobre el que se alzaba una espiga que tenía fijado un cono de oro resplandeciente. Semejante aparición fue muy de mi agrado y deseé con no poco ardor poder contemplarla entera más de cerca, sospechando con razón que había allí un edificio grande y antiguo, por lo que estuve a punto de rogar a mi benigna guía que me condujese a él, aunque nos dirigíamos hacia allí. Pero, condenando semejante deseo, decía entre mí: «Ay, si no me atrevo a pedirle aquello que deseo con más punzante anhelo y celoso impulso, aquello que, si lo consiguiera, pienso que me haría el más feliz de los amantes, y sin embargo reprimo y rechazo y sofoco su sola idea por vana, no solicitando auxilio en un tormento tan largo y que se alimenta constantemente de los suspiros que salen de mi corazón, ¿cómo voy a pedirle esto que no necesito tanto? Ay, apasionado corazón del que participo y que sin embargo no eres del todo mío, ¿cómo es que sigues de buena gana al águila rapaz que te quita la vida?» Y mi corazón, enredado en estos lazos lascivos y malos pensamientos, latía violentamente, saltando en mi inflamado pecho como el del lloroso faisán cuando siente que se acerca el cruel halcón bajo las frondas. Y así, agitado frecuentemente por estos pensamientos amorosos, proseguí con mi ninfa el camino con paso moderado, conversando dulcemente

sobre las cosas maravillosas que había visto con mis ojos gracias al favor divino, llegando finalmente a poca distancia de la playa bañada por las hermosas olas del mar inquieto. En este lugar de excelente situación, encontramos un templo suntuoso de hermosísima arquitectura, obra antigua y de gran riqueza, consagrado a Venus, la que produce la vida.

Este sagrado templo era redondo y estaba construido dentro de una figura cuadrada, situado en un espacio cuidadosamente nivelado y tenía la altura del diámetro de su circunferencia; en esta, el sabio arquitecto había trazado un cuadrado, llevando uno de sus lados sobre el diámetro de la circunferencia, dividiendo este espacio en cinco partes y añadiendo una más hacia el centro. Trazando con esta medida otra circunferencia, había elevado esta egregia estructura y soberbio edificio en sus partes principales y había podido encontrar la medida y la dimensión de todo el ámbito y la anchura de los muros y de los pilares externos y, entre un círculo y otro o entre el muro principal y el anillo interior de columnas o peristilo, la cubierta. Diez radios que partían del centro de la circunferencia, la dividían en diez puntos, en los que situó diez arcos apoyados sobre columnas de piedra serpentina, y en el frente del pilar entre los arcos, cuya cara medía dos pies, colocó una columna corintia de terso pórfido, de altura jónica,<sup>227</sup> de nueve diámetros sin contar el capitel, que era de bronce y sobre el que corrían el arquitrabe, el friso y la cornisa, que coronaban los arcos. El arquitrabe, friso y cornisa sobresalían tanto del centro de las columnas corintias cuanto lo requería la línea perpendicular de las antedichas de pórfido, cuyas basas y

capiteles eran de fino metal dorado al fuego y resplandeciente y que tenían elegantes éntasis o engrosamientos. La prominencia del orden estaba regularmente observada por todas las de pórvido, equilibradas y bien dispuestas, que descansaban sobre el pedestal adecuado. Pero el excelente arquitecto, para dar al espacio un paso más expedito, hizo el intercolumnio abierto. Los arcos, introducidos sus extremos en los ábacos de los capiteles, descansaban sobre las columnas de ofita, redondas, pulimentadas y provistas del debido plinto sobre el capitel, para dar a estos una base firme y que no estuviera al aire. Las basas de todas las columnas de ofita descansaban firmemente también sobre un pedestal.

Las columnas corintias se apeaban sobre un subcolumnio de forma semicilíndrica, adecuadamente unido con los pedestales y cuya altura era de dos diámetros de la columna medidos en su parte inferior: una tercera parte quedaba, arriba y abajo, para los ornamentos correspondientes, que consistían en úndulas, toros, astrágalos, golas y otras molduras semejantes, adecuadamente unidas con las de las basas de las columnas. Las claves de los arcos estaban adornadas elegantemente con niños que alternaban con conchas y ornamentos florales. En cada enjuta relucía como un espejo un círculo de jaspe de color diferente, rodeado de follaje vegetal brillantemente dorado.

En lo redondo de los arcos opuesto a la columna corintia, sobresalía una pilastra de un tercio de su grosor, con la base sobre el pavimento, y frente a esta, otra igual, fijada en el muro bajo la bóveda del deambulatorio. La distancia entre una y otra pilastra venía proporcionada por los radios que dividían el círculo, que pasaban por

ellas; sobre los medios capiteles de las pilastras interiores corría una graciosa ligadura.

Las medias cañas y los pedestales eran de alabastro amarillo, hermosamente adornados con guirnaldas formadas por múltiples frondas y frutos de lacteris y tallos de adormidera y eran más gruesas en la mitad de su caída que en los extremos, atados a unas anillas con cintas moteadas.

Bajo la ligadura que dije más arriba, entre una y otra de las pilastras internas estriadas, había en el primer muro una ventana rectangular sesquiáltera, como en los templos antiguos.<sup>228</sup> Su hueco estaba hábilmente cerrado por una lámina espejeante y diáfana de piedra de Segóbriga, invulnerable al paso del tiempo. En total había ocho ventanas, porque uno de los huecos lo ocupaba la puerta del templo y el otro, frente al pronaos, la puerta de hojas doradas del verdadero sacro santuario, cuya descripción se tratará en lugar más oportuno.

En la línea de las pilastras que dije, fijadas al primer anillo mural, sobresalían los pilares externos, del mismo grosor que el muro y cuya separación venía dada también por las líneas de los radios de la circunferencia. Dividida esta distancia, una porción de ella estaba ocupada por la anchura de la pilastra; la otra, dividida en dos, una a cada lado de la pilastra, por dos pilastras más pequeñas que soportaban los arcos, adosados al muro entre una y otra de las grandes. La prominencia del conjunto de las tres pilastras, la mayor y las dos menores, estaba ocupada en un tercio por las menores y en dos tercios por la mayor; los arcos y las pilastras formaban parte del muro. Los arquitectos elegantes<sup>229</sup> alababan estas reglas exquisitas, gracias a las cuales no se daba al muro tanta anchu-

ra que las ventanas quedaran sofocadas, se le proporcionaba ligereza y se podía realizar la decoración externa. Todo estaba bellamente ordenado, de modo que los arcos se volteaban a distancias iguales, uniéndose de un modo óptimo con las pilastras menores del muro.

En el intervalo vacío entre una y otra pilastra o entre las fauces de los arcos, había una ventana vaciada en el lienzo del muro. La arquería iba coronada por una primera cornisa exterior que corría en círculo y rodeaba la primera cubierta. Había diez pilastras o huesos en el edificio y otros tantos arcos ciegos sobre el muro, excepto en la cara donde estaba el santuario. La cornisa que dije, abrazando a este, que era redondo, lo unía con el templo, más allá de la unión ascendía su cubierta, una cúpula ciega, distinta y separada de la mayor.

Volvamos ahora a la ligadura situada sobre el peristilo interior sobre el arquitrabe, friso y cornisa, extendida perpendicularmente sobre las columnas de pórfido, donde nacían unas pilastrillas de noble ofita, rectangulares y estriadas. Sobre su medio capitel corría una cornisa de hermosa molduración, de la que arrancaba la convexidad de la alta cúpula.

Entre una y otra de estas pilastrillas que acabo de describir, vi una ventana proporcionada, situada en un lugar adecuado y cerrada con una lámina de piedra de la Bolonia de la Galia y colocada en un fondo dorado de artístico mosaico. En estos espacios,<sup>230</sup> con distribución medida y reparto simétrico, vi figurada noblemente con mosaico de obra vermiculada la propiedad y los efectos de cada mes del año, y encima el Zodíaco con el influjo del curso del sol y las fases de la luna—nueva, creciente,

menguante y llena—y su carrera, por la que se miden los meses, y la revolución del sol en el solsticio, la secuencia de la noche y el día, el movimiento cuádruple de las estaciones y la naturaleza de las estrellas fijas y las errantes y sus efectos. Sospeché que toda esta ciencia había sido vertida aquí por el nobilísimo matemático Petosiris o por Necepsó.<sup>231</sup> La vista de estas cosas atraía al espectador a una placentera y noble reflexión, sin olvidar la excelencia del arte que se ofrecía a los ojos, la elegante representación y hermosa distribución de las figuras, de bellos colores y sombras y adecuadas luces con las que se representaba con dignísima expresión el modelado de los cuerpos, laudable y alegre objeto para los sentidos del alma y obra sin duda la más digna de profunda reflexión de cuantas se pudieron imaginar jamás. En un recuadro estaba escrito su significado con elegantes letras antiguas. Los espacios dispuestos entre las pilastrillas estaban rodeados por bandas hermosamente esculpidas.

Los espacios situados entre las pilastras tenían incrustadas franjas de mosaicos de formas múltiples y variadas, de mármoles preciosos, aplicados por el sabio arquitecto de la mejor manera que supo para la magnificencia de la obra, probablemente mejor que la realizada para Amón. Sobre el orden de las columnas corintias, colocadas en la prolongación de las pilastrillas de la ligadura circular sobre apropiados pedestales, destacaban, de bulto redondo y hechas de piedra pilates<sup>232</sup> unas perfectísimas esculturas de Apolo tocando la lira y las musas, exquisitamente realizadas por el artista con sus oportunos gestos y atributos.

La ingente cúpula mostraba máximo indicio de ser más operación divina que ostentación humana y, si era

humana, demostraba asombrosamente el máximo atrevimiento en el arte de la fundición, porque, considerando que semejante magnitud estaba realizada en una sola pieza de metal, como yo pensaba, me dejaba absolutamente admirado y alucinado, condenándola casi a la imposibilidad. Semejante obra de bronce consistía en una vid cuyos troncos nacían de bellísimos vasos del mismo metal, situados perpendicularmente a la columnata, y que se difundía en ramas, pámpanos y zarcillos enredados en espirales, adecuándose admirablemente a su tarea de formar la concavidad de la cúpula, con la frondosidad requerida, con hojas, racimos, niños que trepaban para arrancarlos, avcillas voladoras y lagartos que reptaban, tan óptimamente hechos que parecían naturales. Todo el resto estaba vacío.

Esta obra, tan maravillosamente realizada que se acomodaba al espacio sin perder el aspecto natural, era de perfecto metal brillantemente dorado. Las aberturas, es decir, los espacios vacíos entre el follaje, los frutos y los animales, estaban cubiertas de placas de cristal teñidas de diversos colores, cual relucientísimas gemas.

Para la congruencia de la estructura es oportuna la integridad de la armonía, porque todo miembro interno pide el extremo correspondiente. Los pilares externos continuaban, pues, la base del zócalo con tres escalones que rodeaban toda la parte inferior del templo y se elevaban del suelo tanto cuanto lo estaba el pavimento interior. Sobre los areóbatos o estilóbatos o escabeles había, en lugar de basa, un adorno de toros, estrías, bandas, golas y cuartos de círculo, que daban la vuelta incluso en torno al santuario y recorrían todo el templo, adecuados a la medida del pie humano. Y lo mismo sobre las pilastras, que

estaban taladradas o acanaladas y agujereadas por un canalón u orificio para recoger el agua de la lluvia, que caía al suelo por unas cañerías introducidas en estos agujeros, unidas unas con otras por medio de lengüetas. Esta disposición era óptima, porque en los edificios no deben colocarse al aire escaleras ni canalones o gárgolas, en primer lugar por el peligro de que se caigan; en segundo, porque quien orina cerca de sus pies estropea y mancha sus zapatos, por lo que debe evitarse este inconveniente. Cuando el canal está al descubierto, el muro es atacado por el agua y cuanto más resistencia opone la piedra, tanto más sube el agua por el basamento y las paredes, con grave daño y perjuicio, porque las gotas que empuja el viento golpean los muros, carcomiéndolos y haciéndolos deleznable, y penetran por las ventanas, llevándose y desvaneciendo todo el enlucido. Además, la humedad hace crecer entre las juntas hierbajos como el cotiledón o cimbaria, el culantrillo, la digital, la parietaria y el polipodio, y se producen matojos y cabrahigos, ruina de los muros, porque sus fibras y raíces, devastadoras y tenaces, hacen que las paredes se vuelvan frágiles y se agrieten.

Volvamos a nuestro edificio. La altura de su muro externo estaba al nivel de la clave de los arcos situados sobre las columnas de serpentina y de la bóveda del deambulatorio. Sobre la superficie de este muro, es decir, en la ligadura de la cornisa de alrededor, había un canalillo excavado, contra cuyo borde interno moría la pendiente del tejado de bronce, dorado y cubierto de escamas. La parte superior de este tejado comenzaba al nivel de la línea superior de la cornisa, friso y arquitrabe internos, y estaba excavada sobre el muro por el canalillo que he dicho en la parte supe-

rior de la cornisa. Las aguas de la lluvia que corrían sobre este tejado inclinado se vertían en las concavidades de las pilastras y, reunidas así, se precipitaban por agujeros ocultos o conductos subterráneos y caían en la cisterna, que tenía un desagüe por el que salía el agua sobrante, permaneciendo en ella la suficiente para los sacrificios.

El frente de las pilastras estaba adornado con candelabros, hojas, frutos, flores, avicillas y otras diversas y notables obras, entre una óptima molduración de úndulas. Más allá del borde del muro continuaban las pilastras hasta encontrar el resto de la parte superior de la cornisa interna, donde estaba el pedestal o peana de las Musas, sobre la que comenzaba a hincharse la gran cúpula. Desde esta altura hasta la parte superior de las pilastras había una inclinación paralela a la del tejado, que estaba cubierto de escamas y dorado, mejor que el realizado por Catulo en el Capitolio y que el del Panteón. De este modo, entre la abertura del muro bajo la cúpula y este contrafuerte añadido sobre el circuito del muro externo, nacía un arco arbotante, guarnecido de las mismas molduras que el arquitrabe. Uno de sus extremos descansaba en el muro y otro en la pilastra, sobre las partes superiores de dos pilastrillas embebidas en cada uno de ellos y salientes un tercio, la interior contra el pilar de ofita y la otra contra la pilastra de enfrente. La cara externa de cada uno de estos contrafuertes era un nicho o solio en el que, sobre la parte superior de la pilastra, estaba situada una nobilísima estatua, todas ellas en diferentes actitudes. A su lado izquierdo y derecho se veían los mismos ornamentos que los esculpidos en los frentes de las pilastras. La parte inferior del apoyo del arco coin-

cidía con la de la pilastra externa al mismo nivel. Una lastra colocada sobre el arco comenzaba al nivel de la corona de la cúpula y caía sobre el contrafuerte, uniéndose a toda la molduración que había bajo la cúpula, y su peso era soportado por el arco. Este estaba rodeado por un remate con todas sus molduras perfectamente dispuestas, de dentículos, equinos y ovas, con la parte inferior acanalada y adornada con rosas de cinco pétalos entre bayas.

En el plano de la superficie de esta ligadura o coronación descansaba el comienzo de la cúpula, en cuyo saliente había un canal excavado, por el que corrían las aguas que caían en ella, que se precipitaban ruidosamente en las pilastras por los canalillos.

Sobre la lastra en pendiente situada encima del arco, desde la cúpula hasta el contrafuerte, había una voluta o cartela que formaba al abrirse dos espirales contrarias: una junto a la cúpula hacia abajo y otra sobre el contrafuerte hacia arriba, con las espirales en forma de caracol. Entre las curvas de su vuelta nacían legumbres cargadas de frutos, habas o altramuces. La voluta estaba cubierta de graciosas escamas. De la espiral boca arriba surgía una hoja de alcachofa que serpenteaba y caía sobre las úndulas cubiertas de escamas. Esta voluta en forma de caracol se traza fácilmente con compás, fijando primero el pie estable de este y trazando un semicírculo. Se pone luego el estable entre el semicírculo trazado y el punto, abriendo el compás y uniendo el pie inestable con el extremo del semicírculo; girando así y abriendo el compás y cambiando el centro, esta figura se traza correctamente.

Por último, sobre el extremo superior de cada contrafuerte había sido colocado un reluciente candelabro de oricalco de admirable factura, cuya boca se dilataba en forma de concha; ardía en esta incensantemente un fuego inextinguible, que no se apagaba con el viento ni con la lluvia. Estos admirables candelabros eran de altura proporcionada e igual, con sus asas correspondientes. Del asa de uno a la del otro colgaba una magnífica guirnalda de hojas y flores y diversos frutos, con el debido engrosamiento en el centro, atada con cintas y desatada en algunos lugares, pero manteniéndose con sutilísimo artificio y esculpida al aire. Sobre las fajas trenzadas como los cestillos, en el engrosamiento central de su caída, se posaba un águila vivaz y vacía, con las alas abiertas en el aire, con perfecta imitación de la naturaleza, fundida de la misma materia que los candelabros en lámina finísima, hueca y lastrada con arena. El sofito de la bóveda del deambulatorio, entre la columnata y el muro externo, estaba cubierto con mosaico de teselas doradas y multicolores, que formaban dibujos de un arte de ordenadísima geometría.

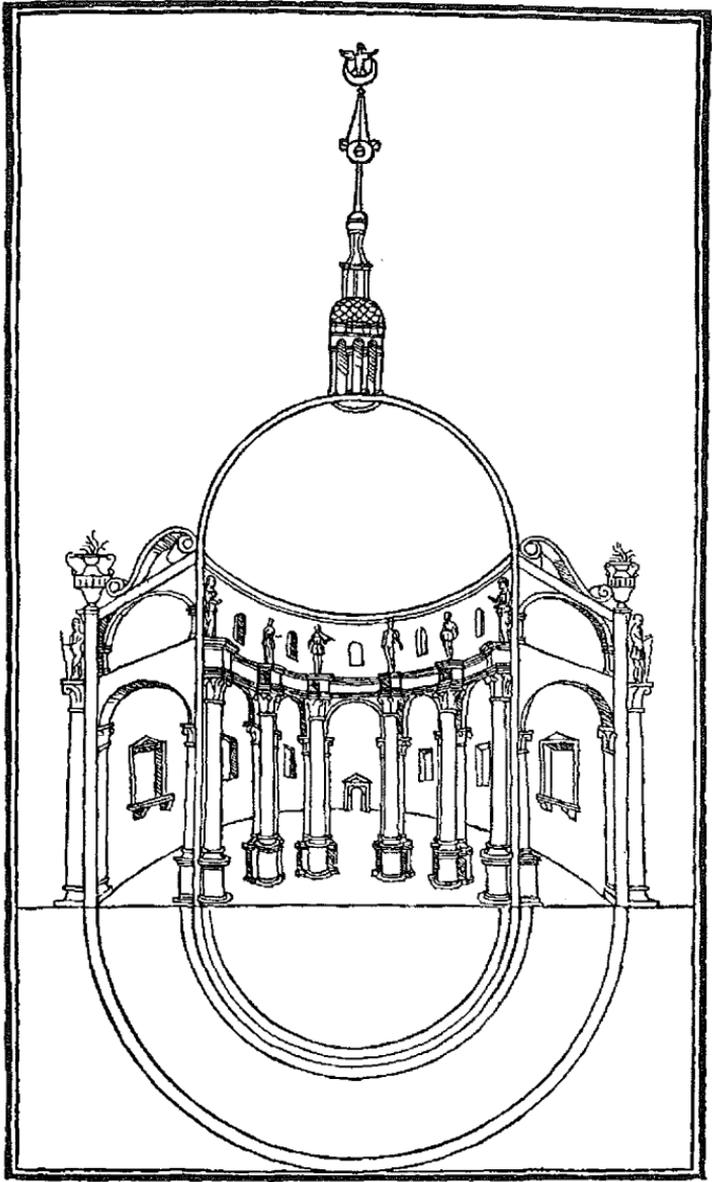
En cuanto a la altura, no puede decirse sino que se observó la regla universal de elevar un templo redondo con la dimensión de su diámetro, pero hay que encontrar también la altura de la ligadura que está sobre el peristilo, es decir, de la línea superior de la cornisa. Es esta el radio del primer círculo o bien cuatro sextas partes del círculo grande, que darán igualmente la altura de la ligadura superior. La regla del descenso del tejado no se debe olvidar: se divide el intervalo entre un muro y otro, donde se debe colocar aquel, y con esta medida se trazan

dos cuadrados perfectos; trazando la diagonal de estos, se obtiene una pendiente de gran belleza.

La simetría de esta fábrica admirable había sido dispuesta elegantemente por el sabio arquitecto en todas sus partes, con correspondencia entre los miembros externos e internos, y no había el menor error en la disposición de los muros, que eran completamente rectos, lo mejor que se podía hacer, sin inclinación o restitución alguna y de anchura adecuada como lo era cualquier mínima partícula y línea hasta los cortes. ¡Qué tiempo y edad tan infelices los nuestros! ¿Cómo esta invención, tan bella y digna, es ignorada por los modernos, usando el término apropiado? Porque nadie debe imaginar que semejantes arquitrabes, frisos, cornisas, basas, capiteles, columnas, semicolumnas, pavimento, cimientos y toda la compaginación, dimensión y proporciones de este edificio no dejaran de acusar la huella de los agudos y notables ingenios antiguos. Y lo mismo digo de las delicadas y notables labores de mármol, que tenían un brillo como el que no se consigue siquiera con la espuma del estaño fundido ni con el albayalde calcinado.

En el centro del templo sobresalía el brocal del pozo de una cisterna sagrada, de alabastro, esculpido con un bellissimo coro de ninfas en círculo con los vestidos y velos flotando, de altorrelieve, obra maestra de la escultura a la que sólo faltaba el aliento.

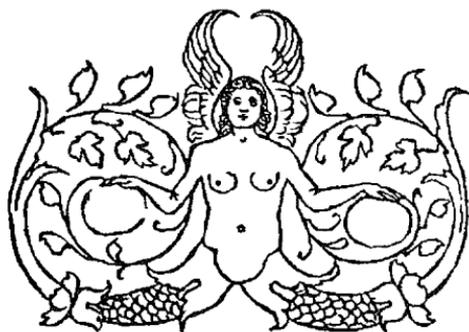
En la clave de la excelsa cúpula había una corona de follaje denso de las vides metálicas de las que antes hablé, que terminaban en esta parte uniéndose tan perfectamente una con otra que no se podía imaginar nada mejor, dejando en medio el mismo espacio que mostraba la



abertura del vaso de cuello largo invertido. Ocupaba este espacio hermosísimamente la viperina cabeza de la airada Medusa, fundida con habilidad de la misma materia de la cúpula, situada perpendicularmente sobre la cisterna del centro, aureolada de serpientes, con la boca vociferante, el semblante furioso y la frente arrugada. De su boca salía una argolla de la que descendía perpendicularmente sobre el orificio del pozo una hermosísima cadena de nudos.

Esta cadena, de oro macizo, remataba en un anillo unido a otro que se unía al fondo grácil de una concha invertida, es decir, con la abertura hacia abajo y el fondo adelgazándose hacia arriba y penetrando en el anillo. En el borde superior de esta concha, de un codo de diámetro, había cuatro broches que sostenían cuatro ganchos de los que pendían cuatro cadenillas. Sostenían estas, suspendida en equilibrio, una lámina circular plana en cuyo borde superior se alzaban cuatro esculturas de metal fundido de muchachas monstruosas, con la cabellera suelta, la frente coronada, y las ingles y las carnosas piernas abiertas y convertidas en antiguo follaje de hojas de acanto. Estas frondas se unían una con otra y luego se enroscaban en voluta, cuyos extremos, a nivel de las caderas de las muchachas, eran cogidos por ellas con el puño cerrado. Unidas a los hombros tenían alas de arpía que se extendían hacia la cadenilla; en el punto donde se encontraban las sinuosas y enredadas frondas de una y otra muchacha había por detrás un gancho de unión. En la parte media de la unión de las espirales brotaban algunas espigas llenas de grano y medio abiertas, y debajo de la unión tres hojitas, cuatro ligaduras y cuatro ganchos.

Pendían de estos últimos otras cuatro cadenillas, que sostenían la maravillosa lámpara de forma esférica y de un codo de circunferencia. En el disco de la lámima redonda que antes dije había cinco orificios circulares, uno en el centro y los otros cuatro en los diámetros, entre una muchacha y otra, de menos de dos palmos de circunferencia. De estas cuatro bocas colgaban otras tantas esferas vacías, que se sujetaban a ellas por medio de sus propios bordes exteriores, con tanto arte que casi toda su panza estaba libre y aparecía colgada por debajo. Estas lamparillas, obra incomparable, fueron talladas en piedras preciosas: una era de rubí malva, otra de zafiro,

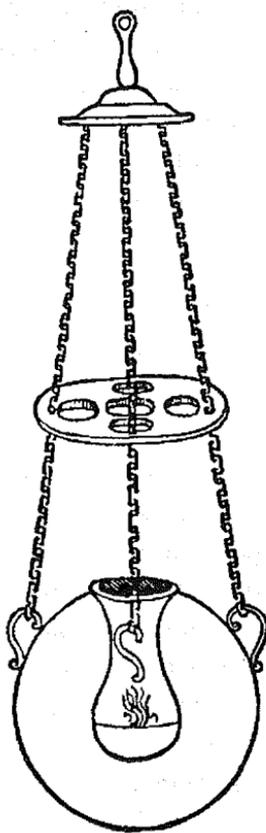


la tercera de esmeralda y la última de topacio.

La lámpara mayor, como ya se ha dicho, era esférica, de cristal purísimo, finamente tallada sin envidia del torno, obra exquisita y de

increíble factura. Alrededor de su orificio tenía cuatro anillas distribuidas adecuadamente en cuatro lugares, de las que colgaba sujeta por la boca, que tenía medio codo de anchura, por esta boca se había introducido en ella otro vaso, en forma de orinal o calabaza, hecho igualmente de cristal purísimo. Pendía dentro con tal precisión, que la luz ardía en el centro de la lámpara. Todo el cuerpo de la esfera mayor estaba lleno de agua ardiente destilada cinco veces, como su efecto me hizo sospechar,

ya que todo el cuerpo redondo parecía arder, al estar colocada la lámpara en su centro. Por eso, la mirada no podía detenerse en ella, como ocurre con el sol, porque la materia era de admirable transparencia y de factura sutil. En el fondo del vaso en forma de calabaza se veía también el licor inconsumible, que era limpidísimo. El mismo licor ardía en las cuatro lamparitas de arriba, que reflejaban los cambiantes colores de las piedras preciosas en la lámpara mayor, y la mayor en ellas, produciendo un brillo inconstante que reverberaba por todo el sagrado templo y se reflejaba en los tersísimos mármoles, pulidos como espejos, con más hermosura que el arco iris que se pinta en el aire tras la lluvia. Pero, sobre todo, se presentaba a la vista en esta obra una cosa maravillosa y es que el escultor había tallado sabiamente en círculo sobre la superficie redonda de la lámpara de cristal una hermosísima lucha de niños montados en gruesos y pacientes delfines, con las colas en espiral, realizando diversas acciones y juveniles movimientos, como si lo hubiera fabricado la misma naturaleza. No parecían tallados, sino en relieve, y estaban realizados con tal perfección, que desviaban mis ojos de la dirección



del delicioso objeto que era mi ninfa compañera, y el parpadeo de la luz parecía conferir movimiento a la escultura.

Finalmente, para terminar con la magnífica estructura del templo, queda por decir brevemente que estaba hecho con sillares en parte de piedra augústea y en parte del mármol ya dicho, unidos perfectamente, sin hierro ni madera, con más sutil cantería de la que nunca en nuestro siglo se pudo hacer ni imaginar, ni cosa semejante edificó al dios Apis el egipcio Psamético.

En el muro principal interno, bajo las basas de las pilastras—y también en la parte superior dando la vuelta sobre los capiteles—, había en el suelo una lista o banda de finísimo pórfido que sobresalía tanto como aquella y a su lado, casi sin separación, otra de ofita. Bajo el pedestal de las columnas había igualmente, de la misma anchura, una banda de pórfido con otras dos colaterales de durísima serpentina, dando la vuelta a todo el peristilo. Lo mismo se veía en el pavimento que rodeaba el orificio de la cisterna: una banda de pórfido y otra de ofita.

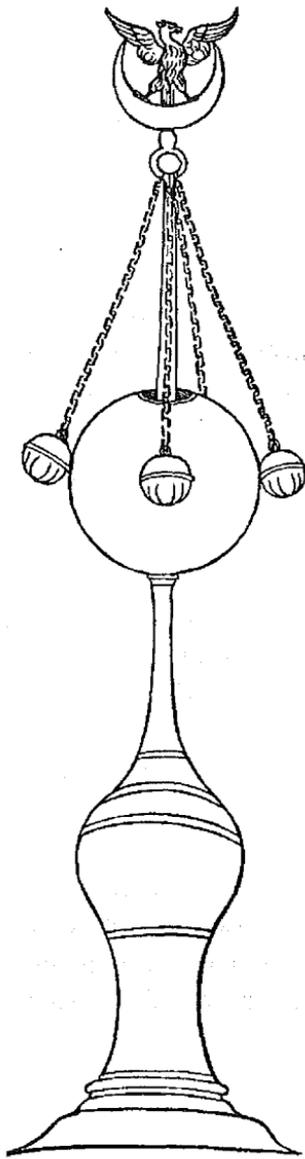
El resto del hermosísimo pavimento, entre el orificio del pozo y el peristilo era de admirable mosaico de menudas teselas de piedras finas. Daban la vuelta en esta banda diez círculos de un pie de diámetro, cada uno de una clase y color: estaban alineados, uno frente a otro, dos de jaspe rojizo, sembrado agradablemente de diversas manchas; dos de piedra de Armenia sembrada de chispas de oro resplandecientes, más pequeñas que átomos; dos de jaspe verde, con vetas de calcedonia y manchas rojizas y amarillas; dos de ágata en la que ondulaban confusamente hilos blancos como la leche; por último, dos de calcedonia limpidísima. A causa del estrecha-

miento de las distancias de los radios hacia la cisterna, las figuras circulares iban decreciendo. Bajo la bóveda del deambulatorio el pavimento era de mosaico de menudísimas teselas de piedra, pulidas e igualadísimas, formando follajes, animales y flores, con tal arte que no tenía comparación con los pavimentos de Zenodoro en Pérgamo ni con el mosaico del suelo del templo de la Fortuna en Preneste.

Volvamos al remate o pináculo de la magnífica cúpula, que era también de bronce dorado con oro puro. Sobre el cielo de esta estupenda cúpula se alzaban ocho altas columnas estriadas y vacías, dotadas de nobles basas, unidas por arcos formando un espacio cilíndrico. Sobre ellas, con exigente armonía sesquiáltera de altura y lineamiento, corrían el arquitrabe, el friso y la cornisa, y luego una pequeña cúpula cubierta de escamas. En el saliente de la cornisa había, sobre cada columna, la imagen de un viento con las alas desplegadas en los hombros y elegante expresión de su naturaleza. Estaban fijados hábilmente a un perno o varilla giratoria y, cuando soplabá cualquier viento, la figura correspondiente se volvía y daba la espalda a su soplo.

En la parte superior de la cúpula que digo surgían aún ocho pequeñas pilastras de altura doble que la anchura, sobre las que reposaba un vaso de cuello estrecho invertido; todo aquello ascendía con medidas exquisitas y matemáticamente proporcionado desde el punto de vista del espectador.

Sobre el fondo del vaso guturnio—lo llamo así por su forma—, bellísimamente estriado todo alrededor en forma de rodajas de melón, estaba inserta una espiga



del mismo metal, que comenzaba con la misma anchura que el pie del vaso y luego se adelgazaba. En su mitad sostenía una gran bola vacía, artísticamente fundida con la espiga en cuya parte superior había una abertura redonda y en el medio estaba horadada en cuatro lugares. Conjeturé que era hábil ocurrencia del previsor artífice, para que el agua que se introducía en ella por causa de la lluvia o del hielo no la apartase de su función, y también para evitar el peso. Por su agujero superior salía, libre entre sus bordes, la espiga que dije o huso, adelgazándose en la punta. Desde la salida hacia arriba tenía tanta altura como desde el pie del vaso hasta la bola.

En su extremo había fijada una luna de bronce que parecía de ocho días, con los cuernos hacia el cielo. Un águila marina con las alas extendidas se alzaba en su concavidad. Bajo la luna había en la espiga cuatro ganchos sólidos y firmes que sostenían cuatro cadenillas fundidas

en una sola pieza, del metal que antes dije. El hábil fundidor, como alarde, había fundido la cadena entera sin eslabones separados. Haciendo un molde de cuatro partes, con un orificio en medio en el que se mete el primer anillo y, aplicando luego la parte formada en uno a todos los demás, se pueden fundir todos, uno detrás de otro, indefinidamente.

Las cadenillas descendían sobre la mitad de la bola de bronce, todas a igual altura, y cada una tenía unido a su extremo un cascabel de bronce. Estos, desde su mitad hacia abajo, estaban estriados como por un peine y contenían en su interior una bolita saltarina de fino acero, que los hacía tintinear. Cuando los cascabeles eran agitados lo suficiente por el soplo del viento, golpeaban la bola hueca y producían un sonido intenso, suave y agradable, resonando con el golpe el agudo tintineo de las bolitas de acero y el de la esfera metálica, curiosa invención y calculado descubrimiento, probablemente mejor que el que producían en el templo de Jerusalén los vasos de bronce que pendían de cadenas, que hacían huir a las aves.

Por último, para concluir, falta una regla para comprender todas las dimensiones del ilustrísimo templo. El muro donde estaban las ocho ventanas tenía una anchura de pie y medio, otro tanto el muro de los nichos, o sea, el que daba la vuelta, y lo mismo el saliente de los pilares, que ocupaban, sin contar la cornisa, la cuarta parte de esta anchura, es decir, tres pies por cada lado.

La puerta del santo y magnífico templo tenía las jambas muy adornadas, de forma y obra dórica, y era toda ella de jaspe óptimo. En su dintel había esta inscripción en antiguas letras griegas mayúsculas de oro: ΚΥΛΟΠΕΡΑ.<sup>233</sup>

Las doradas hojas de esta puerta, de pulidísimo adorno de metal, eran de obra admirable y bellísima, tan hermosas que no podrían encontrarse otras semejantes, relucientes, cerradas con un cerrojo exterior, que la ninfa que me conducía no se atrevía a descorrer si antes no lo abría, con religiosa ceremonia, la divina sacerdotisa del templo venerable y sagrado junto con sus compañeras, que eran siete vírgenes nobilísimas e iniciadas en los misterios. Estas vírgenes sagradas, instruidísimas en el culto, servían con toda honestidad a la sacerdotisa, que era quien realizaba los sacrificios y la única que podía conceder la entrada en el templo. Las vírgenes nos miraron con benevolencia y nos aceptaron amablemente, y cuando oyeron de labios de mi ninfa conductora el motivo de nuestra llegada, se mostraron amistosas y agradables con nosotros y nos hicieron subir con ellas por los siete escalones de pórvido de la egregia puerta, unidos al basamento por un magnífico y elegante propíleo.

Encontramos allí un noble lugar donde reposar o rellano, hecho con una lastra de piedra negrísima indestructible, cual no se encontraría en la región euganea, igualada y pulimentada, adornada con bellísimos mosaicos embutidos. Delante del santo umbral de las hojas de la puerta, esta lastra se presentaba vaciada y con las cavidades rellenas de concha de Citera, formando dibujos más bellos que los que nunca se ofrecieron a ojos humanos. En este lugar se detuvieron todas las vírgenes y también Polia y yo. La santa sacerdotisa comenzó a entonar una plegaria y nosotros dos nos inclinamos, haciendo una reverencia. Ellas dos hablaron entre sí y yo ignoro lo que se dijeron, porque, con la cabeza gacha, puse

mis ojos rápidos y curiosos en la insólita blancura y perfección de los hermosísimos pies de mi ninfa compañera e incluso en una pequeña parte de la reluciente pantorrilla derecha, que estaba al descubierto porque su movimiento había hecho que se le deslizara el borde del vestido hacia arriba, poniendo de manifiesto una blancura semejante a la de la cabeza cana del Bóreas, portador de nieves y que hace tiritar.

Me vino a la cálida memoria que la blancura, por su naturaleza, disgrega la potencia visual, y me admiré profundamente de que esta, por el contrario, atrajera la vista con tanta fuerza y la retuviera clavada con gran placer en aquel objeto precioso. Por ello, cuando terminaron las oraciones de la sagrada mujer a los dioses Fórculo y Limentino y a la diosa Cardinea,<sup>234</sup> y la ninfa se levantó, yo permanecí todavía con los ojos fijos en la voluptuosa tarea de mirarla, y no me habría movido de allí por nada del mundo si el sutilísimo paño no hubiera vuelto a cubrir aquellas delicias divinas.

Luego, cuando la sacerdotisa de las libaciones descrorió rápidamente el cerrojo, se abrieron las dos hojas de la puerta, no con estrépito estridente ni con grave gemido, sino con un murmullo armonioso y grato, que se extendió por toda la bóveda del templo. Supe la causa de este sonido porque vi que bajo la parte extrema de las poderosas hojas, había un cilindro giratorio y liso que, fijado por el eje en cada hoja, daba vueltas sobre una tersa lastra de purísima ofita y la fricción producía un agradable tintineo. Además, me quedé estupefacto al ver que cada una de las hojas se abrió por sí sola, sin que nadie la empujara. Intrigado por esto, cuando hubimos

entrado todos me detuve un momento, queriendo investigar si las puertas habían sido puestas en movimiento por medio de un contrapeso o de cualquier otro instrumento, y vi una divina invención, porque en la parte en que las hojas de la puerta se unían en una cerradura dentada, había en el interior una lámina de fino acero muy terso, soldada sobre el metal.



En los lugares contiguos a las antas de la artística puerta, perfectamente fijadas sobre el muro de mármol había también dos tablillas de un tercio de anchura de óptima magnetita india, semejante al diamante, amante de Calisto, excelente para los ojos humanos, cuyo efecto es anulado por el ajo, y singularmente útil a los



marinos, lisas y brillantes, mostrando su color cerúleo. Las láminas de acero eran atraídas por estos imanes y, por consiguiente, las hojas de la puerta se abrían por sí solas con lentitud majestuosa; aquella obra excelente y exactísima era digna no sólo de ser vista, sino también de que se meditara sobre ella profundamente, por la difícil-

tad que tuvo su artífice en su invención. En la tablilla de magnetita situada a la derecha de la entrada, estaba inscrita en exquisitas letras latinas antiguas aquella célebre máxima de Virgilio: «A cada cual le arrastra su placer.»<sup>235</sup> La tablilla de la izquierda llevaba inscrita con elegantes mayúsculas griegas antiquísimas: ΠΑΝ ΑΕΙ ΠΟΙΕΙΝ ΚΑΤΑ ΤΗΝ ΑΥΤΟΥ ΦΥΣΙΝ; en latín: «A cada uno le conviene actuar según su naturaleza.»

Alzando luego los ojos, estimulados por la curiosidad, para contemplar la magnificencia de tan gran templo y la vastedad de la admirable y celeste cúpula, junto con las otras partes armoniosas, de notables lujo y arte, de divina invención y soberbio trabajo, realizado admirablemente con estupenda ostentación, juzgué sin embargo mucho más admirable la increíble belleza de la ninfa divina, que atraía mis ojos hacia su contemplación y tenía mi ánimo tan prisionero, que era capaz de desviarme de la comprensión correcta de la obra y me impedía contemplarla con estupor y maravilla. Perdóname, pues, lector, si no he descrito con propiedad alguna parte de ella.

Así pues, la sagrada sacerdotisa penetró en el templo con la noble y distinguida ninfa y con ellas yo mismo y todas las demás vírgenes sagradas, cuyas esplendidas cabelleras caían hermosamente en torno a sus lácteos cuellos y que iban vestidas de púrpura escogidísima y llevando encima unas finas túnicas de algodón más cortas que la primera vestidura. Me condujeron devota y alegremente al orificio sagrado de la misteriosa cisterna, en la que, como se dijo, no penetraba más agua que la que se introducía libremente por los pilares horadados desde los compluvios del techo, sin daño de la obra. La suma



sacerdotisa hizo aquí una seña a las vírgenes, que se fueron hacia el santuario y nos dejaron solos a los tres.

Y helas aquí ordenadamente, con suma veneración, con las hermosas cabezas adornadas con flores. Una traía con sosegado paso el libro ritual, convenientemente forrado de terciopelo de seda azul y adornado con una paloma volando, bordada noblemente con perlas redondísimas, y con los herrajes de oro. Otra portaba dos velos blancos finísimos, adornados con oro, y dos bonetes rojos. La tercera llevaba la sal sagrada en un vaso de oro. La cuarta sostenía el cuchillo ritual de largo mango de marfil, redondo y sólido, unido a la hoja con plata y oro y con clavos de bronce chipriota, y un vaso de sacrificio. La quinta era portadora de un vaso de precioso jacinto, lleno de agua de una fuente. La sexta portaba una mitra

de oro con riquísimos colgantes, completamente cubierta de abundantes y relucientes piedras preciosas. Precedía a todas estas una niña sacerdotisa ceriferaria, que llevaba encendida una vela de cera blanca, purísima y virgen. Estas delicadas vírgenes, educadas para realizar las cosas sagradas y divinas, escrupulosas en su ministerio, más expertas que los conocedores de los ritos etruscos, evidentemente aptas para los sacrificios sacrosantos y obedientísimas a la sacerdotisa pontificia, se presentaron respetuosamente y con firme devoción.

Y entonces, devotamente y con hermoso ritual, la sabia sacerdotisa tomó en primer lugar uno de los bonetes y, cuando se hubo atado la cinta, se puso encima de él la soberbia mitra y sobre ella se ató el sutilísimo velo, cubriéndose de este modo la santa cabeza.

Dio a la ninfa el otro bonete y el otro velo y ella, adornándose sin tardanza la rubia cabeza con el primero, se puso encima el segundo. Las dos puntas de los velos se unían por medio de una joya soberbia, de purísimo zafiro el destinado a la ninfa y de ananquita el de la sacerdotisa.

Así que estuvieron devotamente ataviadas de esta manera, me hicieron acercarme al orificio de la cisterna y la sacerdotisa, tomando una llavecita de oro, abrió con religiosa ceremonia el pozo cerrado: la niña entregó la blanca vela que llevaba a la virgen que antes sostenía la mitra y cogió respetuosamente el libro y, abriéndolo, se colocó ante la profetisa suprema, que comenzó enseguida a leer en voz baja en lengua etrusca. Tomó luego cuidadosamente la sal santificada y la arrojó, con muchos gestos sacerdotales, con la mano derecha, a la resonante

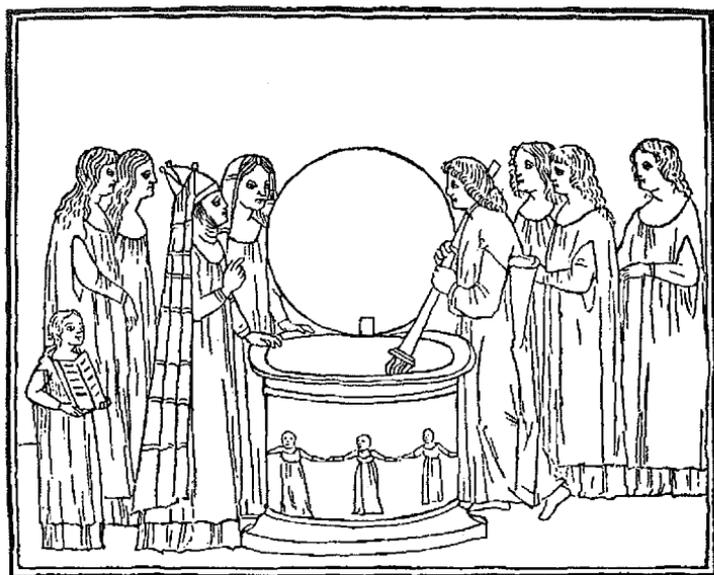
cisterna; después hizo encender la vela pura con la antorcha encendida que llevaba la ninfa.

Hecho esto, introdujo la ardiente antorcha con su llama en medio del orificio e interrogó a la ninfa con estas palabras: «Hija, ¿cuál es tu petición y tu deseo?» Respondió ella: «Santa sacerdotisa, pido gracia para este, para que ambos podamos llegar al amoroso reino de la madre divina y beber de su santa fuente.» Y a mí me dijo: «Y tú, hijo mío, ¿qué pides?» Respondí humildemente: «Yo, santísima señora, no sólo suplico la gracia eficaz de la madre suprema, sino, sobre todo, no ser retenido de esta manera en tan amoroso tormento de dudas por esta, que creo que es mi deseadísima Polia, pero no lo sé con certeza.» La divina sacerdotisa me dijo: «Toma, hijo, la antorcha encendida de sus manos puras y, sosteniéndola así, di conmigo tres veces sinceramente esto: “Así como el agua apagará esta antorcha encendida, que del mismo modo encienda el fuego del amor en su pétreo y helado corazón.”» Cuando hube terminado de pronunciar, con el santo ritual, las palabras que me dijo la hierofante, todas las expertas sacerdotisas vírgenes respondieron con devoción: «Así sea.» La última vez, la sacerdotisa me hizo sumergir con reverencia la ardiente antorcha en la fría cisterna.

Apenas hube cumplido este santo mandato, ella, tomando el precioso vaso de jacinto y sumergiéndolo en el agua de la cisterna con una cuerdecilla hecha para tal función, de oro y seda roja y verde, sacó de ella agua bendita y se la ofreció solemnemente sólo a la ninfa, y ella la bebió enseguida con gran devoción. Inmediatamente después, la hierática sacerdotisa cerró cuidado-

samente la tapa de la cisterna con la llavecita de oro y, leyendo aún algunas oraciones santas y eficaces y exorcismos, mandó enseguida a la ninfa que me dijera tres veces estas palabras: «Que la divina Citera escuche tu ruego, que me sea propicia y que su hijo se nutra de mí.» Las vírgenes respondieron: «Así sea.»

Terminadas religiosamente estas ceremonias, al punto la ninfa se arrojó reverente a los pies de la sacerdotisa, calzados con sandalias de púrpura tejida con oro y adornadas con múltiples gemas, que la hizo levantar rápidamente y le dio un santo beso. Luego la ninfa se volvió hacia mí con el hermoso rostro sereno, lleno de una expresión cariñosa y, suspirando cálidamente desde lo más profundo de su encendido corazón, me dijo así: «Deseadísimo y amadísimo Polífilo mío, tu ardiente y gran deseo y tu ce-



loso y obstinado amor me han arrancado completamente del casto colegio y me han hecho apagar mi antorcha. Por eso, aunque tú sospechabas con razón que yo era aquella, hasta ahora no habíamos hablado de este asunto, y yo también he sufrido cálidamente por tenerlo oculto y velado y reprimido tan largamente. Pero, efectivamente, yo soy sin duda alguna la Polia que tanto amas. Es justo que un amor tan grande, lleno de tales vicisitudes, consiga reciprocidad y compensación. Por ello, heme aquí, completamente dispuesta a satisfacer tus inflamados deseos. He aquí que siento crecer y chispear por toda mi persona el fuego del ardiente amor, he aquí el fin de tus suspiros amargos y frecuentes, heme aquí, amadísimo Polífilo, como saludable y adecuado remedio de tus graves y molestos dolores; heme aquí como copartícipe principal de tus amorosas y acerbas penas, heme aquí pronta a apagar tu amoroso incendio con mis lágrimas y a morir por ti. Y en prueba de todo esto, toma»; y estrechándome entre sus brazos, me dio en los labios un beso mordiente y devorador, lleno de divino jugo, y una singular ternura provocó en sus ojos celestes algunas perlas en forma de lagrimillas. En cuanto a mí, sus palabras amorosas y el húmedo y gratísimo beso me alteraron de pies a cabeza, haciéndome inflamarme, derritiéndome en lágrimas dulcísimas y amorosas y perdiendo la razón. Y del mismo modo, la sacerdotisa y las otras que estaban presentes, conmovidas de ternura, no pudieron contener las lágrimas y los dulces suspiros.

Mi lengua estéril y vacua no sería capaz de reunir ni pedir prestadas las palabras que necesitaría para expresar adecuadamente algo de lo que le sucedió a mi cora-



zón, encendido en una dulcísima llama que lo cubrió por todas partes. Permanecí, pues, como arrebatado por la epilepsia. Los últimos santos y amorosos actos y las ceremonias realizadas con tan singular y notable dulzura e increíble amor, hicieron que me encontrara en la inopinada experiencia de morir de alegría.

La hierofante dijo: «Prosigamos, Polia, hasta el final los misteriosos sacrificios que hemos comenzado.» Entonces todas marcharon ordenadamente hacia el santuario redondo y ciego que se encontraba en el extremo opuesto a la puerta del magnífico templo, hábilmente unido a él y fabricado con obra antigua y noble materia.

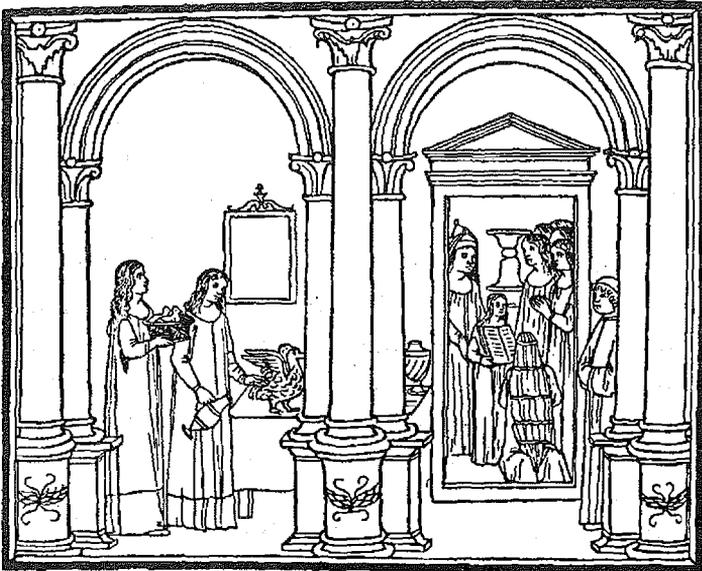
Estaba hecho completamente de sillares diligentemente tallados en preciosa fengita y cubierto por un techo cupulado y redondo de esta piedra de una sola pie-

za: no fue tan maravillosa la cubierta del santuario de la isla Chennim en Egipto, ni el célebre santuario ravenata.<sup>236</sup> Esta piedra es de naturaleza tan milagrosa, que, aunque no había allí ventanas y su única abertura era la puerta de oro, todo estaba iluminado completa y claramente. Tal propiedad se escapa a nuestro conocimiento y por ella se llama así la piedra. Dos de las vírgenes salieron por mandato de la sacerdotisa y trajeron reverentemente una de ellas un par de cisnes machos, gratos en los auspicios, y un antiquísimo vaso lleno de agua marina, y la otra dos tórtolas blancas, atadas entre sí por las patas con seda carmesí, en un cesto de mimbre lleno de rosas bermejas y de conchas, y los colocaron devotamente sobre un altar cuadrado situado junto a las puertas de oro.

Se abrieron estas y todas entraron por ellas menos yo, que me detuve en el santo y venerable umbral y teniendo mis ojos vigilantes inmóviles y fijos en el objeto de mi amor, vi que la sacerdotisa mandaba a mi Polia o Myropolia<sup>237</sup> que se arrodillara sobre el suntuoso pavimento y se prosternara con sincera devoción.

Este pavimento era admirable, todo él hecho de mosaico de gemas compuesto en círculo con sutil factura, rodeado hermosamente de múltiples y elegantes entrelazos, que encerraban una obra de teselas menudísimas, dispuestas formando verdes hojas, flores, avecillas y otros animales, según el color de las piedras preciosas, que relucían espléndidas, perfectamente niveladas y tan lustrosas que en ellas se veía doblada la imagen de los que entraban allí.

Mi valiente Polia, descubriendo respetuosamente sus lácteas rodillas, las más bellas que se dedicaron jamás a



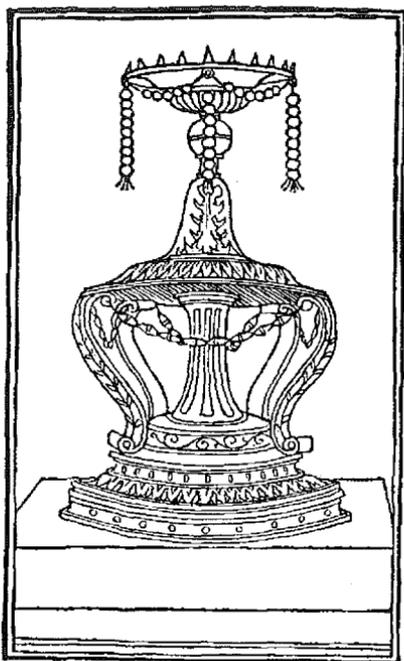
la Misericordia, se arrodilló sobre él con suma elegancia. Yo permanecí allí en pie, en atento silencio, porque no quería interrumpir los santos sacrificios ni mancillar las ofrendas ni interferir en las solemnes preces, y el misterioso ritual y las ceremonias del altar, y reprimí los desmesurados suspiros que me provocaba mi amor impetuoso.

Ahora estaba ella humildemente arrodillada ante un santo altar situado en mitad del santuario y ardiendo con divina llama.

Haré una breve descripción de este altar, porque admiré mucho la notable invención de su insólita factura. Su parte inferior, sobre una escalonada base de mármol, era un plinto redondo sobre el que había una moldura adornada con follaje, de bordes delicados y notablen-

te embellecida con caulículos, acabando la parte inferior, más ancha, en una régula situada sobre el plinto. Del mismo modo, había en el nacimiento del follaje otra régula, y entre esta y otra una escocia cóncava redonda con una pequeña gola encima, sobre cuyo centro descansaba una columnilla estriada, más ancha en la parte de abajo que en la superior, ya que el diámetro de la circunferencia inferior era superior en un tercio al de arriba, que tenía tres pequeñas golas. Sobre la columnilla había un disco que sobresalía al mismo nivel que los extremos de la escocia inferior, adornado en la parte superior por una cima inversa cubierta de admirable follaje, que surgía lindamente de una notable cornisilla. Sobre la superficie circular de esta cornisilla descansaba hermosamente el cáliz de una hermosa flor abalaustrada, cubierta por cuatro hojas de acanto verticales, en cuya separación había otra hoja hábilmente esculpida. En la parte superior de la flor, tras las debidas molduras, se hinchaba una gola de bella escultura, unido a la cual y extendiéndose ampliamente sobresalía un antiguo platillo de oro purísimo, de bordes anchos y escasa profundidad. Estos bordes estaban rodeados por incomparables diamantes alternando con carbúnculos, hermosamente tallados en forma piramidal y de increíble tamaño. Olvídense ante este el vaso del fortísimo Hércules, el cántaro del alegre Baco y la copa dedicada al inmortal Júpiter. En el plano inferior de la cima inversa, en su borde y a distancias iguales, había cuatro bellísimas asas que descansaban en la escocia y estaban unidas a ella; sus volutas comenzaban bajo la cima inversa y acababan sobre la escocia, alcanzando su mayor curvatura el nivel del plin-

to. La voluta superior se curvaba hacia dentro y la inferior hacia afuera. Esta maravillosa obra de escultura estaba hecha en una sola pieza de jaspe finísimo de muchos colores que se unían de hermosa manera, y se hallaba increíble y exquisitamente moldurada por todas partes: ciertamente no se consiguió esta obra con el trabajo del cincel o del escalpelo sino con un artificio desconocido.



Desde su marmórea base escalonada hasta el inicio de la columnilla, tenía un codo de altura; la columnilla medía lo mismo; el resto hasta el platillo de oro, pie y medio; desde allí hacia arriba, un palmo. De una a otra de las volutas superiores de las asas colgaba un hilo de oro con centelleantes balajes, zafiros relucientes, destellantes diamantes y esmeraldas primaverales en forma de bayas, perforadas y ensartadas, alternando armoniosamente con perlas inestimables y monstruosas, sin duda mayores que las que Octaviano ofreció a Júpiter Capitolino.

En el borde del platillo de oro pendían perpendicularmente cuatro hilos de siete gemas cada uno, mayores que avellanas redondas y horadadas. Estaban ensartadas de un hilo de oro y retenidas y ligadas por medio de broches. Del extremo del hilo colgaba un elegante fleco de seda mezclada con oro y plata. De un broche a otro pendían igualmente hilos de oro con el mismo orden, pero con nueve gemas cada uno, curvándose en el medio graciosamente. El platillo estaba copiosamente adornado por dentro y por fuera con excelentes mediorrelieves de niños, pequeños monstruos, flores y follaje, y el conjunto daba la impresión de ser una obra de arte notabilísima y admirable.

Ante este altar sacratísimo, de increíble precio y arte, la niña sacerdotisa se presentó respetuosa ante Polia, que iba a realizar el sacrificio, con el libro ritual abierto, y todas (excepto la sacerdotisa) se arrodillaron con la cabeza inclinada hacia el suntuoso y resplandeciente pavimento, y oí que invocaban, leyendo, con voces devotas y trémulas a las Tres divinas Gracias de este modo:

«Oh alegre Aglaia, oh verdeante Talia, oh deliciosa Eufrosina, Cárites divinas, hijas queridísimas del tonante Jove y de Eurydomene y seguidoras fidelísimas y servidoras infatigables de la diosa del amor, partid juntas y benévolas de las ondas de la fuente acidalia de Orcómenos en Beocia o de vuestro lugar junto al venerado trono de Apolo y, como divinas Gracias, acudid propicias a mis devotas preces, haced que plazcan estas religiosas ofrendas mías a su divina presencia y venerable majestad y que, movida de maternal afecto, preste atención benévola a mis sacrificios puros y devotos y a las súplicas que le dirigimos.»<sup>238</sup>



Acabada la oración santa y sincera, contestaron todas cantando: «Así sea». Yo escuché respetuosamente y entendí claramente la santa oración y permaneciendo en pie atento y con suma sinceridad de corazón, contemplaba con escrupuloso cuidado y ojo inquisidor los misterios. Y habiéndome arrodillado como ellas, observaba la pericia de la divina sacerdotisa en las ceremonias sagradas antiguas, admirando sobre todo con qué elegancia y presteza se adaptaba Polia a semejante liturgia, y permanecía atentísimo a lo que debía seguir.

\* \* \* \* \*  
\* \* \*  
\*

[XVIII]

POLIA OFRECE DEVOTAMENTE LAS TÓRTOLAS; VUELA SOBRE EL ALTAR UN PEQUEÑO ESPÍRITU Y LA SACERDOTISA DIRIGE UNA ORACIÓN A LA DIVINA VENUS. LUEGO ESPARCE LAS ROSAS Y CUANDO HA HECHO EL SACRIFICIO DE LOS CISNES, BROTA DE ALLÍ MILAGROSAMENTE UN ROSAL CON FRUTOS Y FLORES. LOS DOS COMEN DE ELLOS. DESPUÉS LLEGAN ALEGREMENTE A UN TEMPLO EN RUINAS, CUYOS RITOS EXPLICA POLIA A POLÍFILO, PERSUADIÉNDOLE DE QUE ENTRE EN ÉL A CONTEMPLAR MUCHOS EPITAFIOS ANTIGUOS. VUELVE ÉL ESPANTADO Y ES TRANQUILIZADO POR ELLA, Y CUANDO ESTÁN JUNTOS, POLÍFILO SE INFLAMA DE AMOR VIENDO LAS INMENSAS BELLEZAS DE POLIA.



NO PUEDO DEJARME PERSUADIR DE ningún modo de que Numa Pompilio ni los etruscos a su diosa Cerite de Tuscia, ni el santo judío<sup>239</sup> inventaron ritos, ceremonias y sacrificios como los que allí tuvieron lugar, ni los adivinos de Menfis en Egipto hicieron sus sacrificios con tanta minuciosidad al dios Apis cuando sumergían en el Nilo la pátera de oro, ni con tan religiosa devoción fue venerada Ramnusia<sup>240</sup> en la ciudad de Rhamniss de Eubea, ni Júpiter Anxuro<sup>241</sup> fue adorado con tal observancia, ni inventaron ritos semejantes aquellos que, según se dice, caminaban sin daño sobre carbones ardientes en honor de Faronia.<sup>242</sup> Ni fueron tan

inspiradas por los dioses las tracias, las edónidas, las codanas ni las mimalonas<sup>243</sup> como las que yo vi claramente sacrificando en aquel templo, y juzgo mi alabanza merecida. La ninfa Polia de cabellos como el oro, digna de esta ceremonia, imbuida e iniciada en las cosas sagradas, apenas vio la señal de la sacerdotisa, se levantó presta y religiosamente del purísimo pavimento sin decir nada ni hacer ruido alguno, y sin que se moviera ninguna otra. Y fue conducida por la sacerdotisa hasta una admirable urna de jacinto colocada a un lado en el santuario, de tal arte que Mentor<sup>244</sup> no la habría sabido hacer igual.

Y yo, contemplándola con gran atención, observaba inquisitivamente todos sus actos y vi entonces el rostro de Polia semejante al brillantísimo de Febo cuando colorea con el nuevo día a la fresca Aurora. Polia sacó ceremoniosamente de la urna con manos puras y diligentes un licor que olía a rosas purpúreas y se lavó con él el rostro blanco como la leche y bermejo. Purificada así devotamente, con mayor pureza que la virgen Emilia,<sup>245</sup> permanecía ante la grada del santísimo altar, en la que había un admirable candelabro de oro que era de factura perfectísima y notabilísima y estaba adornado elegantemente con gruesas gemas en forma de bellota. En su parte superior sobresalía bastante la abertura circular de una concha o platillo de menos de un codo de circunferencia.

Fue puesto sobre él el suavísimo esperma de los enormes cetáceos,<sup>246</sup> oloroso a almizcle, cristalino y etéreo alcanfor, perfumada resina de la gran Creta, tomillo y almáciga, las dos clases de estoraque, el almendrado benjuí, el apreciado áloe, el blactebisante o uña índica y los felices perfumes de Arabia. Todas estas materias pre-

ciosas estaban óptimamente graduadas y con su peso medido. La solícita Polia, obedeciendo a la sacerdotisa, les aplicó con exquisita diligencia y veneración la ardiente vela y, después de haber encendido estos perfumes, la apagó y la devolvió a su lugar.

En la llama, que humeaba con incomparable fragancia, encendió una ramita de mirto seco y luego, volviéndola encendida hacia el altar del que la había tomado, prendió con ella las otras ramas colocadas sobre él, tras de lo cual arrojó a este fuego, atenta y tiernamente, el par de blancas tórtolas, que antes habían sido degolladas y desplumadas sobre el altar y desolladas con el cuchillo y atadas juntas con hilos de oro y seda purpúrea, habiéndose reservado con gran veneración la cálida sangre en el vaso. Arrojadadas, pues, las tórtolas sacrificadas a la olorosa llama y mientras se quemaban, la sabia directora de los ritos comenzó a cantar y salmodiar y todas las demás, alternando, con ella, dos de las vírgenes, presididas por la sacerdotisa, marcharon delante con flautas lidias que tocaban dulcísimamente con modo y tono lídio, mejor que el inventado por Anfión. Les seguían Polia y las demás, una detrás de otra, llevando cada una en la mano una rama de mirto florido y oloroso, danzando con movimientos mesurados alrededor del ara encendida, conservando distancias uniformes y saltando con solemnes y religiosos tiasos, lanzando voces entonadas, producidas en sus pechos virginales y reflejadas con increíble concierto bajo la cerrada cúpula, diciendo rítmicamente: «Oh fuego santo de olor, funde el hielo de todo corazón, aplaca a Venus con amor y no aventajes su ardor.»

Mientras humeaba el sacrificio y la llama se extinguía, danzaban dando vueltas en torno suyo con este misterioso canto y sonido de flautas. Pienso que aquellos perfumes eran para sofocar el olor de la carne quemada y que superaron este propósito. Apenas se extinguió el fuego, todas (menos la sacerdotisa) se postraron en el suelo en silencio. Y entonces enseguida vi claramente, fuera del humo santo, un hermosísimo y pequeño espíritu milagroso y de forma sobrehumana, tan bello cuanto podría imaginar un pensamiento ingenioso. Llevaba en los divinos hombros un par de alitas arqueadas, que lanzaban una luz inusitada y nunca vista que, al mirarla yo ávidamente no sin daño de mis ojos, la sentía herir mi corazón con más fuerza que el rayo fulminante, hecho de agua, fuego, nube y viento. Entonces, acercándose a mí, la sacerdotisa me hizo señas de que no me asustara y permaneciera callado.

El hermoso niño llevaba en una de sus gordezuelas manos una corona de mirto y en la otra una saeta chispeante de ardiente fuego, y tenía la divina cabeza rizada de cabellos de oro, rodeada por una preciosa corona de diamantes esplendorosísimos. Voló tres veces sobre el altar encendido y humeante y a la última se disolvió y se deshizo como el humo en el aire y se separó al instante de mis ojos, ofuscados por tan brillante fulgor.

Tras haber visto, temblando, estas cosas místicas y divinas, permanecí pensativo, reflexionando sobre ellas y lleno de horror sagrado.

Poco después, la valerosa monitora hizo que se levantaran todas las vírgenes y, tomando en sus manos purificadas una varita de oro, ordenó a mi noble Polía que

recogiese las cenizas del sacrificio, mientras ella leía en el libro ritual abierto ante sí y sostenido por la niña. Cuando ella las recogió con singular veneración, las cribó con una criba de oro, preparada para ello, sobre el escalón del ara, con tanta habilidad y presteza como si nunca hubiera hecho otra cosa. Entonces la eruditísima sacerdotisa, contrayendo los dedos de la mano izquierda, hizo sobresalir su anular y ella escribió con gran exactitud sobre la santa ceniza algunos caracteres, copiándolos del libro ritual. Cuando la diligentísima Polia hubo hecho esto, la sabia sacerdotisa les ordenó a ella y a todas las demás que se arrodillaran de nuevo en el suelo humildemente y, tras haber mirado con cuidado en el libro ritual, trazó con la varita de oro en aquella misma ceniza algunas misteriosas figuras.

Esto me dejó estupefacto y totalmente enajenado y temeroso, y no quedó en mi cabeza cabello alguno que no se erizase, porque temía que con este solemne y sagrado ritual me fuera robada mi noble Polia cual Ifigenia y transformada en un animal o en otra muchacha, perdiendo así en un momento todo mi deseado bien. Y así, con el corazón ansioso y desfalleciente, me encontré casi sin aliento vital y temblaba tanto como las móviles cañas agitadas por las brisas impetuosas y desencadenadas, y más trémulo que las ramas y con la mente vibrando más que los frágiles cañaverales, que se doblan en los pantanos empujados por los vientos. Pero, fuera como fuera, mis ojos vigilantes no se apartaban de mi Polia cuando realizaba otros sacrificios sino que observaba obstinadamente, con temerosa admiración, lo que tan hábilmente hacían ella y la suma sacerdotisa.

Esta, terminado el ritual, exorcizó con muchos signos y gran cantidad todas las cosas que constituyeran un impedimento y fueran en detrimento del amor piadoso, y asperjó todo el lugar y a todas las muchachas y a mí mismo con una ramita de ruda sagrada que le presentó una de las servidoras, mojada en el licor con que Polia se había lavado la hermosa cara en la urna de jacinto. Cuando terminó la santa aspersion y fueron recogidas las ramas de mirto y la de ruda, una de las servidoras, a quien la sacerdotisa entregó la llavecita de oro, abrió devotamente el pozo de la cisterna, sumergió en él las ramitas y las plumas de las tórtolas sacrificadas y, manteniendo el pozo abierto, esperó. Aquella, tras haber leído algo concerniente a maldiciones sagradas, bendijo con resuelta ceremonia aquellas santas cenizas, las recogió en un montoncito con una escobilla de oloroso hisopo atada con hilos de oro y seda purpúrea, y las colocó con solemnidad en una cajita. Primero ella y luego Polia y las demás marcharon ordenadamente hacia el brocal abierto de la cisterna sagrada, en la que fue sumergida entre ceremonias y humos de incienso la cajita mientras las ninfas cantaban himnos apropiados. Luego la boca del pozo fue cerrada.

Cuando la sacerdotisa hubo realizado esta inmersión, volvieron todas en el mismo orden al admirable santuario, donde ella golpeó tres veces el divino altar con la varita, pronunciando muchas palabras misteriosas y conjuros, y haciendo señas de que todas se postraran en el suelo. Permaneció ella en pie teniendo ante sí el libro abierto, sostenido por la devota niña arrodillada, y con voz reposada dijo en nuestra lengua esta oración:



«Oh santísima e inspiradora Erotea,<sup>247</sup> madre piadosa, patrona eficaz de los amores ardientes y santos e infatigable auxiliadora de los fuegos de amor y de las dulces uniones, si a tu divino numen llegan las plegarias de estos y te son gratos y aceptables sus grandes ardores y su corazón, ya dedicado a ti, sé piadosa y propicia a sus oraciones, llenas de promesas cariñosas y religiosas y peticiones, y acuérdate de las exhortaciones y divinos consejos que dio Neptuno por tu causa al enfurecido Vulcano cuando estabas unida al enamorado Marte por los lazos que él mismo había fabricado, por lo que fuiste dejada en libertad sin sufrir daño; y escúchame con tu superior y piadosa clemencia y muéstrate propicia a colmar las peticiones y fogosos deseos de estos dos. Porque, siendo ella apta en esta su tierna edad para tu santo y laudable

servicio y el de tu hijo alado y ciego, dispuesta a tus sagrados misterios y separada de la fría Diana, se presta totalmente a tus fuegos amorosos y divinos (que conservan la naturaleza) con suma e íntegra devoción. Y sintiendo ya su alma atravesada por tu hijo que se complace en herir, y su tierno corazón arrancado del casto pecho, no se muestra renuente, sino que se inclina con paciencia y mansedumbre, lo arroja al divino fuego de tu altar sagrado con piedad singular y probada devoción, y lo dedica sinceramente y te lo ofrece, inflamándose sin remedio. Y ahora, sintiendo una amorosa gravedad que oprime su corazón, abrasado por el ardiente amor de este joven, se dispone diligente y firme y con ánimo inquebrantable y se prepara para tus deliciosos y honestos ardores, con tanto más fervor cuanto más le favorezca tu divinidad, ablandada por sus súplicas. Así pues, ya que estos dos están deseosos de conseguir tus favores y experimentar tus gracias santas y ver tu espíritu, oh madre Amathunta,<sup>248</sup> ruego yo ahora por ellos dos y suplico y pido, al realizar estos sinceros sacrificios, que puedan navegar y trasladarse, ayudados por tu poderosísimo hijo, a tu reino delicioso, triunfal y glorioso. Y que, por mi mediación, ya que soy observantísima religiosa de tus misterios, colmes sus urgentes y excitados deseos y apagues sus bajas inclinaciones y les concedas llegar al fin de tu venerable sacramento. Conmuévete ahora, diosa nacida sin ayuda, madre infatigable y benévola protectora de los mortales, y escucha favorablemente estas devotas peticiones, como fueron oídas las oraciones de Éaco, de Pigmalión y de Hipómenes,<sup>249</sup> hechas humildemente ante este divino altar tuyo, y ofréctete y preséntate favorable y llena de

gracia para socorrerles con aquella natural piedad que demostraste amorosamente al joven pastor, muerto por el celoso Marte y cuya divina sangre transformaste en rosas.<sup>250</sup>

»Y si nuestros méritos y súplicas fueran menos dignas ante tu alta majestad, haz que tu amorosa clemencia supla con las santas llamas misericordiosamente nuestra debilidad, ya que estos, con firmeza de ánimo, singular disposición de corazón y propósito inquebrantable, se han prometido cálidamente y unido estrechamente con obediencia total a tu servicio y a tus venerables y sacratísimas leyes, y no se apartarán de ellas en absoluto. Ya hace muchos días que el joven se ha ratificado en ellas, mostrándose continuamente impávido y valiente atleta, y ella lo mismo, pidiendo con esperanza tu protección divina y eficaz y tu refugio. Así pues, intercediendo por ellos, ruego a tu alta santidad y sublime poder, generosa Ciprogenia,<sup>251</sup> por las amorosas llamas que nacieron en ti al inflamarte de amor por Marte, y por tu furioso marido y tu rebelde hijo, que viven contigo eternamente en los supremos placeres y gloriosos triunfos.»<sup>252</sup>

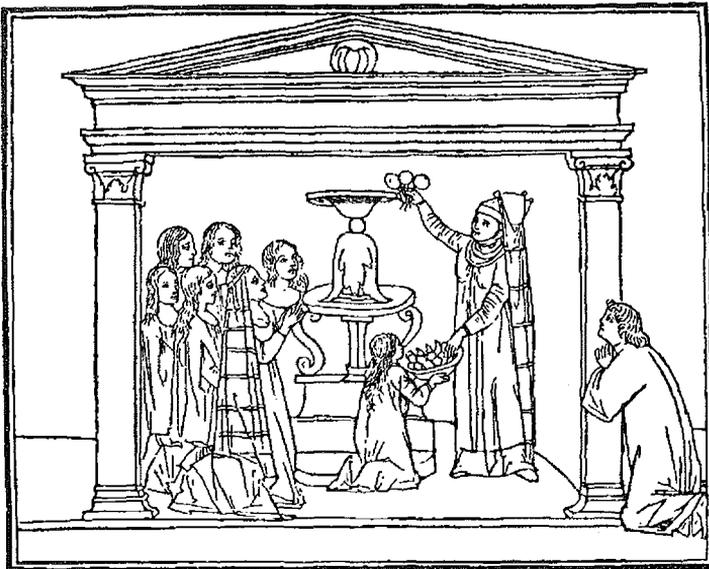
Todas las sagradas vírgenes respondieron a esto: «Así sea.»

Apenas se hubieron cerrado los santos labios de la sacerdotisa tras las devotas oraciones y el piadoso discurso, ella, expertísima en las cosas sagradas, cogió las rosas que estaban preparadas y bastantes conchas marinas y, llenas de ellas las purísimas manos, las esparció ceremoniosamente sobre el altar alrededor del receptáculo del fuego y, tras haber puesto agua marina del vaso en una concha, asperjó toda la divina ara.

Luego, degollados con el cuchillo los dos cisnes so-

bre la mesa del altar y mezclada su sangre en el vaso de oro con la de las tórtolas quemadas, entre devotas ceremonias y afectuosas súplicas, cantando las vírgenes canciones apropiadas y leyendo ella en voz baja, mandó que los cisnes muertos fueran quemados en holocausto en el sagrario, en un lugar preparado a este efecto, y que las cenizas fueran recogidas en una caja y arrojadas en una abertura situada bajo el altar.

Después tomó el vaso sagrado que contenía la sangre de los dos sacrificios y, mojado con gran reverencia su dedo índice en ella, la sacerdotisa sacrificante dibujó con diligencia sobre el terso y brillante pavimento muchos caracteres arcanos y, llamando a Polia, le mandó hacer lo mismo, mientras las vírgenes continuaban el canto dulcísimo de las agradables odas.



Hecho y cumplido esto, la insigne sacrificante se lavó las manos de la sangre con presteza, y también Polia, porque no estaba permitido otro contacto, con agua purísima y bendita que la niña vertía con el aguamanil de oro y que era recibida en un cubo igualmente áureo.

Luego Polia, obedeciendo a la expertísima sacerdotisa, borró perfectamente con una esponja virgen los caracteres dibujados con sangre y, comprimiéndola con sus manos purificadas, la lavó también diligentemente.

Después la sacerdotisa, mientras todas estaban con el rostro vuelto hacia el suelo, dejó caer devotamente y con gesto venerable aquella terrible agua sucia de sangre sobre el fuego del candelabro. Surgió de él súbitamente un humo que fue subiendo hacia el cielo convexo de la cúpula. Cuando lo hubo hecho, se arrojó al suelo inmediatamente y al punto sentí que la tierra se movía y se agitaba bajo mis rodillas, que el aire se llenaba de un estrépito indecible y que sonaba en el templo un ruido horrendo y estridente, como si hubiera caído al mar desde lo alto del cielo una gran mole. Los sonoros goznes de las puertas de oro chirriaron y su ruido fue aumentando por la bóveda del templo como si un trueno estallara horriblemente en lo más profundo de una caverna.

Lleno de terror sagrado y agitado por el espanto, invocaba en silencio cualquier divina ayuda y piedad y, apenas hube abierto mis ojos despavoridos, miré el ara humeante, de la que vi salir milagrosamente un humo purísimo que iba germinando y multiplicándose en forma de un verde rosal cuyas ramas crecían ocupando gran parte del santuario y subiendo hasta la cúpula, cubierto de bermejas rosas y de bastantes frutos redondos de co-



lor blanco rosado, que exhalaban un dulcísimo aroma y se ofrecían al gusto más gratos que los que se presentaban ante la boca hambrienta de Tántalo, y no fueron más bellos los deseados por Euristeo.

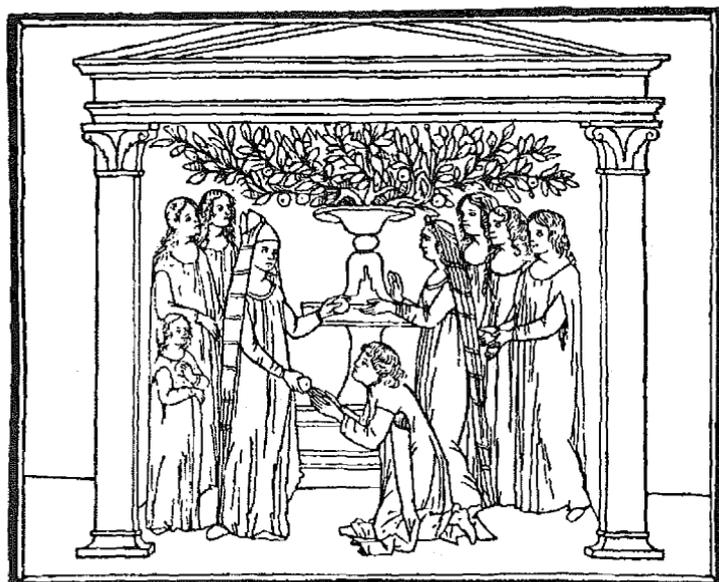
Sobre el rosal aparecieron luego tres palomas blancas y algunas otras avecillas, que revoloteaban entre sus ramas y saltaban, alegres y juguetonas, y cantaban dulcemente; yo sospeché que semejante visión era el espíritu de la santísima madre, que se presentaba oculto bajo aquella especie.

Entonces se levantó la sacerdotisa sacrificante, con majestad de matrona, y también Polia, resplandeciente de belleza, más grata que nunca a mis ojos y con el dulce rostro risueño. Las dos me tranquilizaron y me invitaron a entrar en la capilla sacrosanta y, habiéndome arrodillado en ella ante el divino altar entre la sacerdotisa y Polia,

aquella cortó tres de los milagrosos frutos con antigua ceremonia, reservando uno para sí y ofreciéndonos los otros dos a mí y a Polia, y los tres cominos con gran devoción y suma pureza de corazón.

Apenas hube degustado aquel fruto milagroso y dulcísimo, sentí al instante que se refrescaba y renacía mi inteligencia, que se me había embotado, y que mi enfermo corazón se recreaba de amorosa alegría, ni más ni menos que quien, sumergido hasta el fondo en lo más profundo del mar, vuelve a la superficie sin aliento y, sorbiendo ávidamente las frescas y alegres brisas, se siente revivir. Por eso, comenzaron enseguida a arder en mí unas llamas amorosas y me pareció que mi amor se transformaba con una nueva cualidad y más suave tormento, y comencé a conocer claramente y a sentir efectivamente cuáles son las gracias de Venus y de cuánta eficacia para los mortales y qué gran premio consiguen quienes, luchando intrépidamente por sus deliciosos reinos y perseverando en las batallas de amor, llegan a aquellos. Por último, tras la devota y sagrada comunión con los frutos milagrosos, aquel divino arbusto desapareció al punto, desvaneciéndose ante nuestros ojos. La sacerdotisa salió del santuario y Polia con ella, y yo y todas las muchachas.

Terminados y cerrados con este orden los místicos sacrificios y libaciones e inmolaciones y el culto divino, ambas se quitaron las vestiduras sagradas y devolvieron respetuosamente a la sacristía todos aquellos instrumentos misteriosos y pontificales, con noble veneración y gesto familiar y sacerdotal. Entonces la suma sacerdotisa, equilibradamente, con gran majestad pero también



con familiaridad, nos dijo: «Hijos míos, ahora que habéis sido purificados y bendecidos por mí, marchad al amoroso viaje que habéis emprendido. Ruego todavía a la madre divina que se os muestre favorable y afable y sea compasiva, favorecedora y propicia hacia vuestras amorosas intenciones. Y ahora, apagad los profundos y bundantes suspiros, posponed y abandonad los lamentos y deseched toda tristeza, porque, por mi mediación, esta hora presente os será saludable y favorable.

Que vuestro ánimo preste atención a estos buenos consejos míos y útiles órdenes, que ella os concederá con su piadoso y dulce afecto un feliz éxito.»

Después de que la sacerdotisa nos hubo hablado con dulce acento, nosotros, dando gracias eternas, nos despedimos respetuosamente de todas con dulces y mutuos saludos, y sus rostros húmedos de lágrimas indicaban que nuestra partida les dolía. Pero, diciendo adiós, salimos fuera del templo magnífico y soberbio y, después de haberse enterado mi áurea Polia de cuál debía ser nuestro camino, partimos finalmente.

«¡Oh compañía largamente deseada y gratísima, y feliz y próspera salida de las pasadas tristezas! Ahora que mi corazón está colmado de íntima dulzura y cubierto de rocío celeste, el maligno fuego de la duda ya no me perturba, porque con toda seguridad esta es mi deseadísimá Polia, mi diosa tutelar, el genio de mi corazón, a la que debo merecida enhorabuena por su buen servicio a la madre divina y por demostrarme su amor con su gratísima compañía.» Diciendo yo en voz baja estas palabras y otras semejantes, Polia, que las oyó, me miró con los risueños ojos encendidos de amor, más claros que las estrellas que brillan en el cielo sereno sin la presencia luminosa de la cornuda Cintia.<sup>253</sup> Centelleaban en mi agitado pecho como chispea el hierro al rojo cuando es martilleado sobre el yunque. Y disolvía toda mi inquietud hablándome con hermoso lenguaje, con acentos angelicales, con aquella boca purpúrea que era recipiente de toda fragancia, cofre de perlas orientales, siembra ubérrima de profundas y dulces palabras. Su manera de hablar habría sido capaz, sin duda, de volver agradable el terrorífico aspecto de Medusa y de mitigar la atrocidad horrenda de Marte cuando se enfurece y de despojarle de sus sangrientas armas, de arrancar al bellissimo

Ganimedes de las corvas garras del ave divina, de deshacer de ternura y romper en menudos fragmentos los mármoles más duros y el pedernal y las rocas y piedras más ásperas y abruptas de Persia y del impracticable y nuboso monte Atlas en la parte del Océano, de amansar y aquietar las más furiosas fieras de Libia y de dar vida a un muerto convertido ya en polvo y cenizas. Con semejante voz, cogiéndome de la mano, dijo así:

«Polifilo amadísimo, vamos ahora a la rugiente costa, porque espero y tengo por seguro que llegaremos muy alegres al lugar que nuestro corazón desea ardentemente. Por esta razón, renunciando a las leyes de Diana, he apagado la antorcha, he realizado los solemnes sacrificios y súplicas, inmolaciones y sahumerios y he orado humildemente y comido de los frutos milagrosos, para que los dos, expiados, purificados y dignos, podamos ver las divinas presencias, que no se conceden a la vista inmunda de los hombres mortales.»

Así que la insigne Polia y yo, llenos de inmensa ternura y robustecidos en nuestro sincero amor, hablando dulcemente de estos misterios y caminando muy juntos, llegamos alegres, festivos y contentos a un edificio antiquísimo que se alzaba cerca de un bosque sagrado y que estaba edificado en la orilla bañada por el resonante mar. Aún permanecían en pie una gran extensión de muros o paredes y de estructuras de mármol blanco y la fragmentada y destrozada mole de un puerto, en cuyas fracturas y grietas crecían el salsifí y el hinojo marino; y en algunos lugares vi el cachile y mucho kali y el oloroso ajeno marino y en los montones de arena el irringo y la verdolaga y la col marina y otras conocidas hierbas, y la

carancia y el mirsinto y otras plantas costeras. Desde el puerto se subía por muchos escalones impares a lo alto del propileo del templo que, arrojado al húmedo suelo por el tiempo voraz, la vejez corruptora y la negligencia, y demolido aquí y allá, conservaba algunas ingentes columnas de piedra persa de grano rojo sin capiteles y con los fustes decapitados, y otras de mármol migdonio alternando con ellas. Algunas tenían rota la contractura; no se veía la hipótesis ni el hipotraquelio ni el astrágalo. Vi también algunas de bronce de arte admirable, más bellas que las del templo gaditano, pero todas a la intemperie, dañadas por la corrupción y la vejez.

Mi prudente y honesta Polia me dijo aquí: «Polífilo mío dulcísimo, mira este digno testimonio de las cosas grandes dejadas a la posteridad, convertido en tan negligente ruina, en tal montón de trozos de piedra, áspero y jiboso. En sus tiempos de esplendor fue un templo egregio y admirable, cerca del cual se congregaba solemnemente la gente y venía a él todos los años una enorme multitud a celebrar las fiestas, y fue muy famoso por su elegante estructura y por la perfección con que se efectuaban sus sacrificios, y muy alabado por los mortales. Pero en el presente está abolida y olvidada toda su dignidad y yace roto y arruinado, como ves. Se le llamaba templo Polyandrión.<sup>254</sup> En él, Polífilo, corazón mío, hay muchas sepulturas en las que fueron enterradas las cenizas de los que morían miserablemente a causa de un amor funesto y desgraciado. Estaba dedicado al subterráneo Plutón y cada año, en los idus de mayo, todos aquellos que estaban enamorados, tanto hombres como mujeres, venían a este lugar, procedentes de diversas re-

giones y provincias próximas y también de lugares remotos a celebrar solemnes funerales y reuniones y ofrecer sacrificios y pedir al numen del Plutón de los tres cuerpos<sup>255</sup> que les librara de caer en la impiedad de ser cómplices de su propia e intempestiva muerte. Inmolaban víctimas negras y aún no conocidas por el macho sobre un brillante altar de bronce, los hombres al dios y las mujeres a la diosa, y celebraban tres noches de banquetes. Apagaban las llamas y el fuego del altar esparciendo sobre él agua ritual y multitud de rosas, por lo que aún puedes ver claramente en este lugar grandes rosales; coger aquellas rosas era un sacrilegio y sólo los sacerdotes podían hacerlo.

»Cuando acababa el sacrificio del fuego, el pontífice, con ínfulas y con un admirable y misterioso broche de oro adornado con una preciosa piedra sinoquita<sup>256</sup> en el pecho, daba a cada uno con gran devoción un poco de la santa ceniza con una copa de sacrificios de oro. Cuando la muchedumbre había recibido la ceniza, salía del templo y se dirigía con gran veneración hacia las orillas del mar cercano, cubiertas de juncos como ves, y poniendo la santa ceniza en una caña, la soplaban dentro del mar con religiosa ceremonia, diciendo en voz alta e inarmónica, mezclada con gritos femeninos: 'Perezca así quien sea causa y cómplice de la muerte de su amante.'

»Después de haber esparcido en el mar la ceniza y arrojado la caña, escupían en el agua tres veces, diciendo: 'Fu, fu, fu.' Luego volvían, diseminando por todo el templo otras rosas, con fúnebre llanto, especialmente sobre los sepulcros que estaban situados ordenadamente en el interior, y entonaban cantos lúgubres, sepulcrales y tristes, acompañados de flautas sagradas y milvinas.<sup>257</sup>

Por último, cada uno, junto con sus coterráneos, ponía en un círculo en el suelo la mesa y todos compartían los manjares y cuantas viandas habían traído para el festín. Aquí hacían el banquete con santo rito e invocando a los manes dejaban las sobras en las aras sepulcrales. Además de este aniversario, se realizaban juegos seculares.

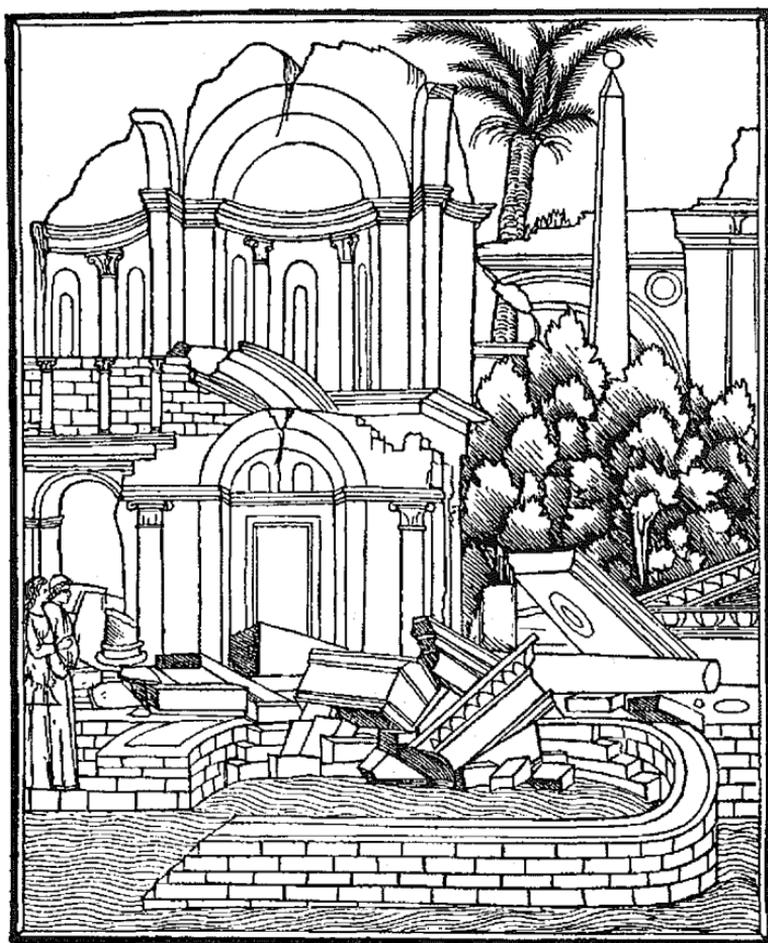
»Cuando habían terminado el banquete, salían fuera del templo y cada uno preparaba una guirnalda de flores y se la ponía en la cabeza; alegremente, como en una bacanal, rodeaban tres veces el templo danzando, para aplacar a las tres parcas fatales, Nona, Decima y Morta,<sup>258</sup> archiveras del tonante Júpiter; llevaban en las manos hojas del fúnebre ciprés y seguían a los sacerdotes salios, augures y presultores, que portaban, saltando, los objetos del sacrificio, mezclados con mujeres saltadoras, con tumultuoso batir de palmas y gran júbilo y tocando variados y múltiples instrumentos de viento y de cuerda; después regresaban al templo sagrado, donde era colgada en diversos lugares la rama de ciprés que llevaba cada uno. Por tradición, estas ramas permanecían colgadas aquí y allá hasta el aniversario siguiente y cuando transcurría el año los sacerdotes las recogían todas, que estaban ya secas, para encender con ellas los sacrificios en los altares. Finalmente, después de realizados todos estos sacrificios y preces con gran fiesta y suma observancia de los ritos, y tras haber hecho huir a cualquier genio maligno, el sumo sacerdote curión decía la palabra final 'illicet'<sup>259</sup> y entonces cada uno podía regresar libremente a su tierra y marchar contento a su casa.»

Mientras mi elocuente Polia me contaba hábilmente, con este orden y con suaves palabras, semejantes ritos,

dignos de alabanza y recuerdo, y habiéndome instruido en ellos, llegamos a la playa espaciosa y arenosa, bañada por las olas tranquilas, donde estaba situado el templo destruido y desierto.

En este lugar nos dispusimos a sentarnos sobre las hierbecillas frescas y floridas. Estando así, contemplaba yo con ojos insaciables su rostro y me admiraba de que en un solo cuerpo, perfecto y puro, se acumulara tanta armonía y tal belleza, que me hacía no hallar cosa alguna más graciosa ni de mayor contento, por lo que, recreándose en silencio y con gran alegría mi ardiente corazón con nuevas y hormigueantes ideas, desechadas las fantasías vulgares y comunes y con superior elevación de la inteligencia, contemplé el serenísimo cielo, el aire saludable y suavísimo, el placentero lugar, la deliciosa región, la hermosa vegetación, las agradables y suaves colinas adornadas de tupidos bosquecillos, el tiempo clemente y las puras brisas, el bello y ameno sitio adornado por los ríos que fluían regando los boscosos valles, con sus meandros discurriendo suavemente a derecha e izquierda por entre las colinas, y desembocando en el mar cercano, el campo saludable y riente de gramíneas, lleno de diversos árboles, resonante del canto de las aves, más hermoso que el campo y el río de Tesalia. Sentados aquí juntos entre las olorosas y primaverales rosas y flores, tenía yo mis ojos muy abiertos y clavados fijamente con gran amor en esta imagen celestial, con todos mis sentidos ocupados en aquella forma tan bella, rara y divina; y me volvían, aunque más agradables, los ardientes y torturadores impulsos, en los que mi alma se derretía de dulzura, hallándome como loco y completamente ansioso y extrañado

de por qué razón la preciosa carne de la gordezuela muñeca de la mano de ella, cuando yo la tocaba se convertía en purísima leche y desaparecía de ella el licor purpúreo durante algunos momentos; también me admiraba el arte con que la maestra naturaleza había esparcido en este hermoso cuerpo todo el perfume de Arabia y había fijado la parte más bella del cielo, es decir, la esplendorosa



Heraclea, en su frente estelar, cubierta de rizos de oro.

Luego, dirigiendo la mirada a los hermosos y pequeños pies, admiré aquellos zapatos rojos, muy tensos sobre el marfileño empeine, con los bordes en forma de luna y una abertura sinuosa, estrechamente atados con ganchitos de oro y cordones de seda azul, instrumentos aptísimos para quitar la vida y martirizar más el inflamado corazón. Enseguida volvía mi mirada lasciva a la recta garganta rodeada de perlas orientales, no distinguiendo bien la blancura de una y otras; y descendía al brillante pecho y delicioso seno, donde sobresalían dos redondos frutos que hinchaban obstinadamente el vestido, tales como sin duda no los recogió Hércules en el jardín de las Hespérides ni los vio Pomona en su cesto. Estos, blanquísimos, estaban colocados en el rosado pecho como la nieve en la estación de Orión en su ocaso, bajo el cuerpo de pez del plácido monstruo de Pan.<sup>260</sup> Entre ellos miraba con voluptuosidad un delicioso vallecito donde se hallaba la delicada sepultura de mi alma, como no la tuvo Mausolo con todas sus riquezas. Ocupado en esto y con el desgarrado corazón consciente de que los ojos, arrastrándolo a cualquiera de aquellas partes lindísimas, le hacían morir, no podía yo refrenar los suspiros amorosos y ardientes ni reprimirlos tan secretamente que no pudieran oírse.

Por esta circunstancia, ella, excitada y sacudida inmediatamente por el contagioso amor, volvía hacia mí sus miradas dulcísimas que eran envidia del sol, y yo sentía extenderse por mi cuerpo un incendio irritado que se difundía con gran comezón por mis partes bajas e íntimas y luego por todas mis venas. La contemplación continuada de sus nobles e insignes bellezas, hacía que se

acumulara en mí una meliflua suavidad y un dulce placer; pero algunas veces, atacado por un apetito desordenado e insaciable y gravemente oprimido por una fogosa e inoportuna excitación, rogándole secretamente con tiernas palabras llenas de peticiones suavísimas y vehementes, deseaba en silencio sus besos sabrosos, húmedos y dulcísimos y su lengua jugosa y vibrante como una víbora, imaginando sentir la extrema dulzura de sus labios sabrosos y pequeños, respiradero de olorosas brisas y de perfume de almizcle de fresquísimo aliento, e imaginaba entrar en el escondido tesoro de Venus y que allí, como un ladrón, inspirado por Mercurio, robaba las preciosísimas joyas de la naturaleza.

Y suspirando, ay de mí, me encontré sitiado por la madre divina y rodeado por su llameante hijo e invadido por la hermosa figura, enfermo e infectado. Cada cabello de oro de su cabeza era para mí lazo, correa y cadena; y, obsesionado por estos nudos que me apretaban y viscosamente cazado por tan ameno cebo y tanta dulzura, no era capaz de resistir con ningún valiente intento los ardores encendidos e invasores y los pensamientos irritantes. Y puesto que se ensañaba conmigo el flechador amor, me disponía a extinguir tan insoportable incendio, vencida mi paciencia y, desechado todo escrúpulo y madura reflexión, a intentar forzar con hercúlea audacia a la intacta ninfa en aquellos lugares solitarios, aunque solicitando antes piedad con voz suplicante, de este modo:

«Ay de mí, Polia, hija de un dios, pienso que morir por ti ahora es la máxima gloria, y me parecería la muerte más tolerable, y suave y gloriosa recibir de tus delicadas y gordezuelas manos el último fin y la destrucción,

porque, envuelta el alma en ardores tan torturantes, que crecen cada vez más cruelmente, hacen que languidezca en el ardor y la queman sin descanso ni piedad, de modo que no estoy en paz ni un momento.»

Por lo cual, queriendo poner fin a mi acerba excitación por esta vía, he aquí que sentía mi corazón abrasado por otros fuegos más crueles. «Ay de mí, ¿qué vas a hacer, Polífilo? Piensa los malos e infelices resultados de la violencia hecha a Dejanira y a la púdica romana<sup>261</sup> y a muchas otras. Considera que si los omnipotentes dioses han sido a veces rechazados por mortales, cuánto más no lo será un hombre lacerado y abyecto. Recuerda que las cosas llegan cuando uno es capaz de esperar mucho tiempo, y que los fieros leones se domestican con paciencia, y lo mismo cualquier otro animal salvaje y funesto. Y que la hormiga portadora de grano, aunque es pequeñísima, imprime su huella en la dura piedra con sus asiduos viajes. Con mayor razón una forma divina encerrada en un cuerpo humano debe recibir en sí la huella del ferviente amor.» Y considerando esto, reprimía mi pasión culpable y baja, esperando conseguir los amorosos frutos y los deseados resultados y el triunfal premio, recordando las santas oraciones, sacrificios y libaciones y la extinción de la antorcha, en cuyos divinos oficios ella se había encomendado en sus plegarias a sí misma y a su Polífilo señaladamente. Por lo tanto, pensé que, teniendo paciencia, conseguiría más eficaz merced y recompensa y ver cumplido antes mi deseo que si aumentaba mis crudelísimos tormentos con una peligrosa maldad y perdía luego toda esperanza.

La ninfa Polia, dándose cuenta de los cambios de co-

lor de mi rostro, que variaba más que la famosa tripolión o teutrión,<sup>262</sup> que muda el color de sus flores tres veces al día, y viéndome alterado y suspirando tan cálida y frecuentemente por su amor, moderaba y aliviaba cariñosamente con sus lisonjeras miradas mis impetuosos impulsos y la agitación que me embargaba. Y aunque mi alma ardía de este modo en estas llamas continuas e hirvientes asperezas, el amor me inducía a esperar con paciencia, del mismo modo que el fénix árabe espera renacer de las cenizas secas de las ramas aromáticas encendidas de cara al ardiente sol.

[XIX]

POLIA PERSUADE A POLÍFILO PARA QUE VAYA A VER LOS ANTIGUOS EPITAFIOS EN EL TEMPLO DESTRUIDO. ALLÍ VE POLÍFILO COSAS ADMIRABLES Y, AL CONTEMPLAR POR ÚLTIMO EL RAPTO DE PROSERPINA, TEME HABER PERDIDO INCAUTAMENTE A SU POLIA Y VUELVE A ELLA ASUSTADO. LUEGO VIENE EL DIOS AMOR, QUE INVITA A POLIA Y A POLÍFILO A ENTRAR EN SU NAVECILLA. HABIENDO LLAMADO AQUEL A CÉFIRO, NAVEGAN FELICES Y LOS DIOS MARINOS DEMUESTRAN A CUPIDO GRAN VENERACIÓN.



OBRE TODAS LAS FANTASÍAS Y EXQUISITOS tormentos de amor me asombraba, estupefacto, el hecho de que, aunque estaba cerca de mi deseada, saludable y visible amiga y dueña, contra todo orden

natural me sentía más enfermo, y de que sus hermosos gestos, sabrosa conversación y punzantes miradas, que deberían haberme devuelto la salud y que estaban tan cercanos a mí, me alejaban de ella. Por eso, cada vez crecía más en mí la persuasiva idea, grata a los ladrones, de no desaprovechar aquella ocasión propicia y provocadora: del mismo modo que un perro furioso y ladrador gruñe persiguiendo a un animal por los riscos, así yo deseaba satisfacerme con aquella presa que deseaba furiosamente. Habitado ya a una constante y familiar muerte de amor, no consideraba doloroso el mal que se derivara de esto y me persuadía de que cualquier inconveniente, por dañino que fuera, no me resultaría más perjudicial. Mi discreta Polía, dándose cuenta del grave estado en que me había puesto el ciego Amor, acudió en mi auxilio como protectora para detener tan inoportuno incendio y calmarlo un poco, y me dijo con benevolencia:

«Polífilo amadísimo, no ignoro que te agrada mucho ver las obras antiguas. Así que, mientras esperamos al señor Cupido, puede ir entretanto tranquila y libremente a contemplar ese templo desierto, derruido por la vejez voraz y destructora o devastado por el fuego o deteriorado por los años, y admirar para tu solaz los nobles fragmentos que quedan, que son dignos de veneración. Yo te esperaré descansando apaciblemente en este lugar y vigilando la llegada de nuestro señor, que debe conducirnos al reino santo y deseado de su madre.» Entonces yo, deseosísimo, por haber visto las otras valiosas obras, de ver también esta con detenimiento y detalle, me levanté del agradable lugar donde estaba sentado al lado de Polía bajo las templadas sombras del laurel y del mirto y entre

cipreses bastante altos. El lugar estaba cubierto alrededor por un voluble jazmín florido que nos cubría con suave sombra, esparciendo sobre nosotros copiosamente sus blanquísimas flores, que en aquella estación exhalaban un dulce perfume y sin otro pensamiento, me encaminé solícito por aquellos solitarios campos de ruinas amontonadas, ocupadas en su mayor parte por chameciso y terrambula,<sup>263</sup> y llenas de espinos. Conjeturé que este había sido un templo magnífico y maravilloso, de estructura eximia y soberbia, según me había dicho la excelente y esclarecida ninfa, que lo conocía bien. Parecía que a su alrededor estuvieron dispuestas tribunas, porque aún permanecían allí algunas partes semiintactas o semidestruidas, y grandes fragmentos de pilares con arquitrabes curvos y trozos de techumbre y de altas columnas de diversas clases, unas númeras, otras de mármol de Himeto y Laconia, entre las que dije más arriba, y de otras clases, todas hermosísimas, lisas y sin lineamientos. La disposición de las tribunas me hizo pensar que sin duda los sepulcros estuvieron colocados allí.

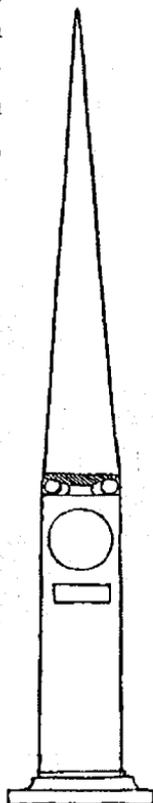
En este lugar vi ante todo, en la parte posterior del templo redondo, un obelisco grande y alto de piedra rojiza. En una de las caras de la basa cuadrangular que lo sustentaba vi estos jeroglíficos esculpidos. Primero, en un círculo, una balanza y tras ella un plato; a un lado había un perro y al otro una serpiente; debajo descansaba un arca antigua, sobre la cual se alzaba una espada recta y desnuda, con la punta sobresaliendo de los brazos de la balanza y atravesando una corona real. Los interpreté así:<sup>264</sup>

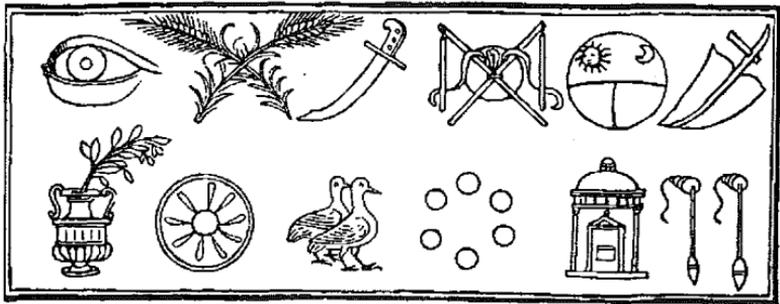
Luego, bajo esta, en otra figura rectangular, vi un ojo, dos espigas de trigo atadas atravesadas, un sable antiguo,

dos palos de trillar atravesados y atados sobre un círculo; un globo celeste y un timón; luego un vaso antiquísimo del que salía un ramo de olivo con frutos; seguía un plato plano, dos ibis, seis monedas en círculo, un templete con la puerta abierta y con un altar en medio y, por último, dos plumadas. Estas figuras las interpreté así en latín:<sup>265</sup>

De modo similar, en otro frente de la base cuadrada, había una figura circular redonda como la primera, a su derecha, con estos elegantes jeroglíficos: primero un caduceo con serpientes; en la parte inferior de su vara, una hormiga que crecía hasta convertirse en elefante, a uno y otro lado. En la parte superior vi igualmente dos elefantes que decrecían hasta ser hormigas; entre ellos, en el centro,

IVSTITIA RECTA AMICITIA ET ODIQ EVAGINATA ET  
 NVDA ET PONDERATA LIBERALITAS REGNVM  
 FIRMITER SERVAT





DIVO IVLIO CAESARI SEMP. AVG. TOTIVS ORB. GVBERNAT. OB ANIMI  
CLEMENT. ET LIBERALITATEM AEGYPTII COMMVNI AERE S. EREXERE.

había un vaso con fuego y al otro lado un platillo con agua. Lo interpreté así: «Pace ac concordia parvae res crescunt, discordia maximae decrescunt.»<sup>266</sup>

Al lado opuesto a este vi el siguiente relieve admirable: un ancla atravesada en el diámetro, sobre la que descansa



PACE, AC CONCORDIA PARVAE  
RES CRESCVNT, DISCORDIA MAXIMAE  
DECRECVNT

saba un águila con las alas abiertas, y en su barra una cuerda enredada; debajo, un soldado sentado entre algunos instrumentos bélicos sostenía, mirándola, una serpiente. Interpreté esto así:<sup>267</sup>

Contemplando con extremo placer estos nobilísimos conceptos expresados en tales imágenes, vi el cuarto círculo, al lado contrario

del primero. Vi un trofeo, en la parte baja de cuya lanza había dos palmas atravesadas. Y también atadas a ella, dos cornucopias llenas se separaban. En la parte mediana, a un lado había un ojo y al otro una estrella cometa. Esto quería decir.<sup>268</sup>

La magnificencia de este obelisco me hizo pensar que no se trasladó otro igual a Tebas ni fue erigido en el gran circo. Luego, volviendo a la parte delantera del templo, hallé roto todo el propileo y a la entrada de la arruinada puerta vi que yacía un trozo de arquitecra, friso y parte de la cornisa en una sola pieza: en el friso vi inscrito con elegante escritura de mayúsculas este epígrafe.<sup>269</sup>

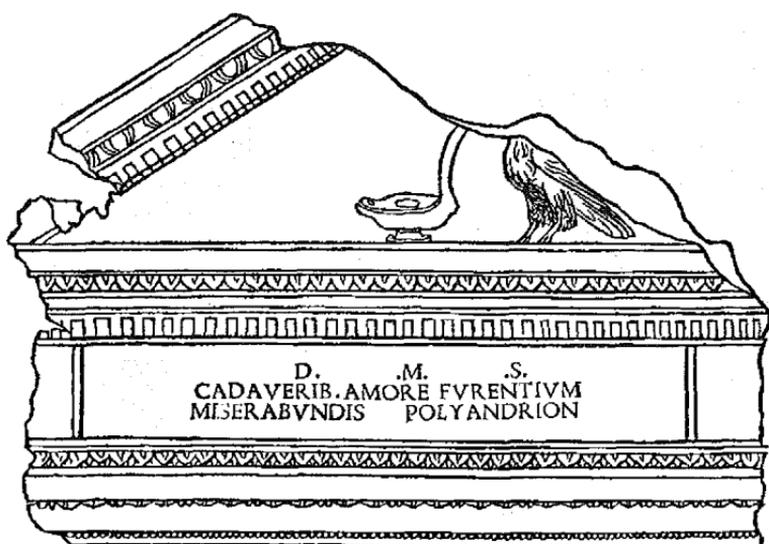
Este noble y bellísimo fragmento de una sola pieza era un solo pe-



MILITARIS PRVDENTIA, SEV  
DISCIPLINA IMPERII EST  
TENACISSIMVM VINCVLVM.



DIVI IVLII VICTORIARVM ET SPOLIORVM  
COPIOSISSIMVM TROPHAEVM,  
SEV INSIGNIA.



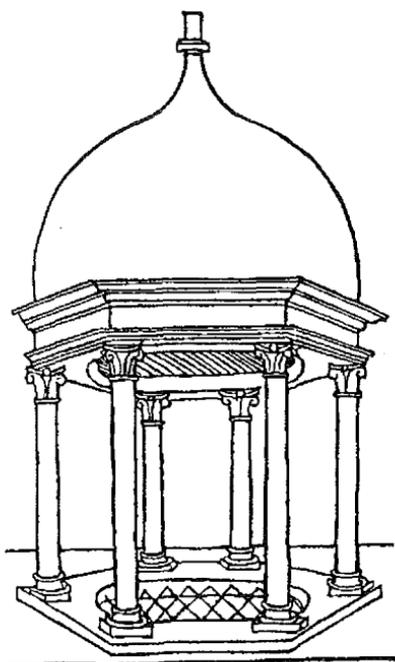
dazo y tenía una parte de su tímpano o frontón, egregiamente moldurado. En su superficie triangular vi dos figuras esculpidas rotas: un pájaro decapitado, que pensé que sería un búho, y una lámpara antigua, todo de perfecto alabastro. Lo interpreté así: VITAE LETHIFER NVNTIVS.<sup>270</sup>

Cuando llegué a la parte central del templo, la encontré bastante bien conservada y limpia de escombros. En ella el tiempo, que todo lo consume, sólo había respetado una obra digna de ser descrita, todo de pórfido rojizo. Era hexagonal, con las basas de las columnas sobre una piedra ofita de una sola pieza que hacía de pavimento; sus seis columnillas, distantes entre sí seis pies, sostenían el arquitrabe, friso y cornisa, puros y sin ningún adorno, que por fuera formaban un hexágono y por dentro un círculo. Sobre la parte superior de la cornisa nacía una cúpula de piedra de una sola pieza realizada con admirable habilidad, que se estrechaba en la cúspide for-

mando una alta chimenea abierta. Esta cúpula cubría una cavidad subterránea iluminada por una abertura circular, cerrada por una verja de metal de fundición. Encontré este admirable ciborio muy hermoso.

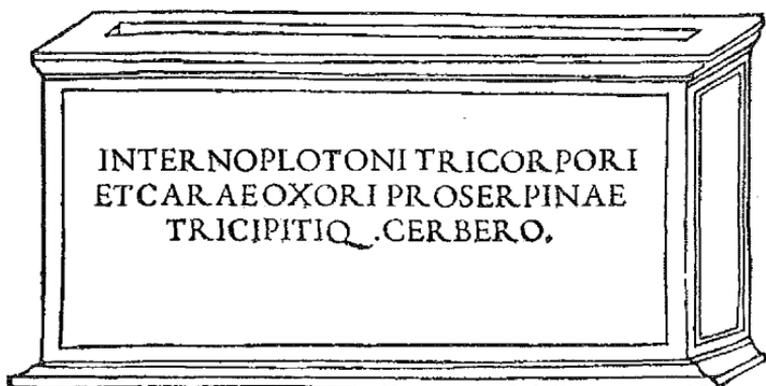
Mirando a través de la reja, me pareció ver debajo una especie de cuadrado, por lo que, encendido por el curioso deseo de descender a esta parte para explorarla, busqué entre aquellas fracturas y fragmentos y ruinas alguna entrada, y encontré una pilastra de mármol,

destrozada excepto en unos dos pasos y revestida por una yedra tenaz y flexible, que tenía semiobturada la abertura de una puertecilla, por la que entré sin pensarlo dos veces, demasiado seducido por el deseo de curiosar. Descendí por un oscuro declive con escalones y al penetrar me hallé en unas horribles tinieblas y una oscura calígene, pero al cabo de un rato, cuando mis ojos se acostumbraron un poco a ellas, comencé a vislumbrar algo y vi un lugar subterráneo grande y espacioso, redondo, de amenazadora resonancia a causa de la humedad. Era cupulado y estaba sostenido por seis columnas enanas situadas perpendicularmente debajo de las de la cúpula supe-



rior, con los arcos de tanta luz cuanta era la separación de las columnas de arriba. Encima de las enanas se hallaba la cubierta de este lugar, de mármol blanco en bloques cuadrangulares bien tallados, unidos sin cemento y cuyas juntas apenas se veían y en las que había aflorado mucho salitre o bórax. Encontré aquí la piedra bellísimamente trabajada, lisa y plana, pero manchada por la frecuentación de las lechuzas.

Entre las columnas enanas había un ara formada por dos cuadrados, toda de oricalco, de seis pies de larga y



tres de alta, con plinto y cornisa, que tenía el hueco funerario propio de un sepulcro. Pero en su abertura, a un sexto de la superficie hacia arriba, vi una reja o propiamente un enrejado de la misma materia y formando cuerpo con ella. En una cara había una ventanita, por la que pensé que los sacrificadores introducían el fuego para el sacrificio de las víctimas y sacaban las santas cenizas. También pensé que sobre aquella reja colocaban al animal para quemarlo o sacrificarlo con fuego, porque la parte inferior de la abertura aparecía ahumada. Con-

jeturé lógicamente que cuando el humo de los sacrificios subía, se elevaba por la embocadura de la cúpula de pórfido y salía fuera, y sospeché que tal vez el tholos o cúpula del centro estaba abierto a la manera egipcia para que el vapor del humo santo saliera sin dañar el edificio. En la otra parte del ara encontré esta inscripción con letras romanas incisas exquisitamente: pensé que se trataba del ara encontrada por Valesio en Tarento.<sup>271</sup>

Alrededor de este lugar subterráneo no vi más obra que unos asientos de su misma materia, dispuestos en círculo. Cuando hube mirado cuidadosamente con gran placer y singular devoción estas cosas, regresé arriba, donde, admirando la integridad de la insigne obra del ciborio, me ratifiqué en la idea de que el techo del templo estuvo abierto, ya que la ruina se acumulaba a su alrededor, dejando esta parte intacta. Entonces moví los ojos y vi una tribuna que se conservaba en parte; y enseguida, acompañando a los ojos con los pies, me dirigí a ella a buen paso. Vi que en su bóveda quedaba una pintura de mosaico, obra en colores sutilmente realizada con increíble esfuerzo y pericia del artista.

Aquí vi pintado un arco cavernoso, oscurecido por una espesa niebla y que mostraba una enorme y triste y terrible cueva, completamente carcomida como una piedra pómez, la cual, en su lado izquierdo, terminaba hacia la mitad de una roca asperísima, impracticable, quebrada y del color de la herrumbre, en la que se veía una apertura cóncava delante y en la cara opuesta un monte pedregoso, áspero y tallado por las tempestades, también abierto en forma de caverna y vacío. La distancia entre uno y otro estaba salvada por un puente de hierro

dividido en dos partes, una ardiente hasta la mitad y la otra de metal heladísimo. Más allá de estas piedras pendientes y putrefactas, en la separación entre una y otra, parecía haber dentro un lugar de ardiente fuego, lleno de chispas encendidas y voladoras y de blancas cenizas que caían por entre las llamas, cual densísimos átomos en los rayos solares, y un lago de fuego hirviente perfectamente representado y, entre las piedras, muchos respiraderos de fuego.

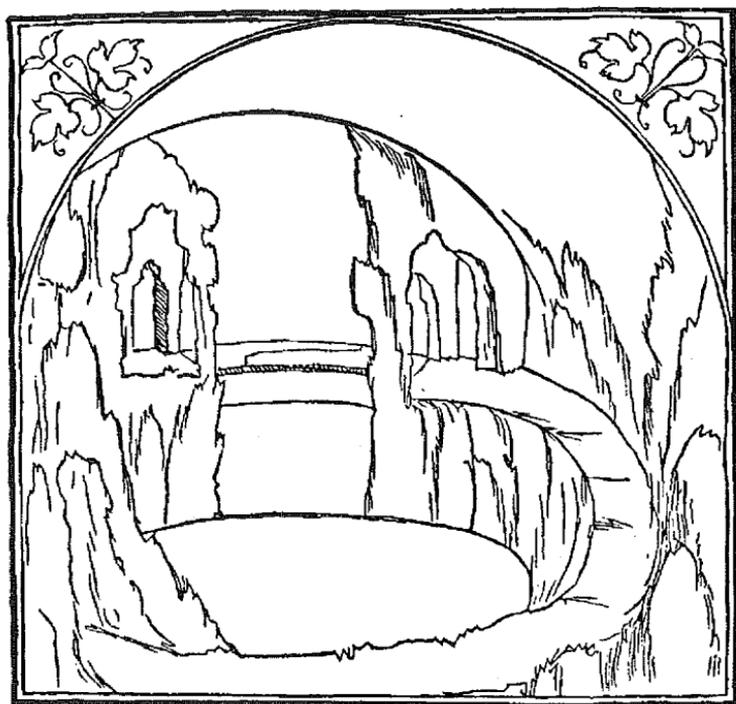
En la parte delantera aparecía un oscuro y fangoso lago helado y durísimo, y al lado derecho un monte prominente, áspero y de color rojizo y sulfuroso, que vomitaba por diversos agujeros un humo oscuro y caliginoso como de materia poco combustible a la entrada y luego de una supurante materia ardiente. Este vómito parecía crepitar o reventar, como un vapor encerrado que se expande al liberarse, y después se ve obligado a volver por las estrechas salidas. Y lo que un lugar no mostraba, el otro lo suplía, indicándolo. Aquí había una áspera rotura vacía a modo de caverna, con crueles, tristes e infernales sombras. En aquella fosa estaba pintado el Ténaro con una puerta de bronce rudamente puesta sobre esta ardiente y porosa piedra. Y aquí, bajo estas bóvedas cavernosas, aparecía el insomne Cerbero de tres fauces, de pelaje negrísimo y húmedo, con la cabeza cubierta de espantosas serpientes, de aspecto horrendo y terrible, y aliento poderoso, guardando las puertas metálicas en perpetua vigilia, con los ojos eternamente abiertos.

En la horrible y pedregosa orilla y desgraciada región del lago helado y fétido, estaba la malvada, furiosa y cruel Tesifón, con el cabello de serpientes, implacablemente

enfurecida con las almas mezquinas y desgraciadas, que caían a montones desde el puente de hierro al lago eternamente congelado y, tras haber rodado por las olas heladas, se apresuraban a huir del frío penoso y mortífero, y alcanzaban la heladísima orilla. Las infelices, escapando de la Fúria del Tártaro, huían rápidamente por una orilla difícilísima, trabajosa y escabrosa, a mano izquierda, con las bocas abiertas, las cejas bajas y los ojos enrojecidos y lagrimeantes, gritando y llorando de dolor. Apretadas y chocando una con otra a causa del horror y pisoteándose, se precipitaban en el gélido y profundo Averno, y las que lograban evitar la caída se encontraban en la escabrosa caverna con la otra horrible Furia, Megera, que impedía que se precipitaran en las llamas voladoras y les obligaba a saltar sobre el puente ardiente. Pensé que el suplicio de la otra parte era semejante, porque la luctuosa Alecto, hermana de las dos anteriores e hija de Aqueronte y de la oscura Noche, obstaculizaba e impedía furiosamente que las almas condenadas a las llamas eternas llegaran al lago helado. Por el contrario, espantadas por la horrosa Furia, saltaban también ellas y se encontraban con las otras en el odioso puente. Y así, me parecía que las almas que estaban condenadas al fuego ardiente deseaban trasladarse al hielo, y las que fueron adjudicadas al lago entumecedor, más frío que la laguna Estigia, deseaban fuertemente entrar en las malditas y ardientes llamas para restablecerse, pero, cuando se esforzaban en saltar la distancia falaz, el puente, por fatal disposición, se dividía de tal modo que las almas condenadas al fuego eterno caían al instante en su lugar eternamente destinado. De modo similar, las que intentaban huir del frío ine-

vitale se precipitaban desde el puente en el profundo lago. Por virtud de la justicia divina, el paso volvía después a su primitivo estado.

Otras almas doloridas intentaban lo mismo inintermitentemente y en vano y de ningún modo podían alcanzar lo que deseaban. Las desgraciadas almas que, agitadas por furioso horror y rabia, se apresuraban sin descanso a huir de las llamas y a venir a refrescarse en el hielo para aliviarse, no lo lograban. Y del mismo modo, las que se esforzaban en huir del frío durísimo y entrar en las ardientes llamas, no eran capaces de ello y se veían frustradas en su máximo deseo. Esto les resultaba un castigo inevitable e incesante, ya que siempre estaban deseando y siempre perdiendo la esperanza, y crecía en ellas tanta mayor avidez, cuanto que sobre el puente las ardientes sentían el frío de las heladas y las heladas el calor de estas, cuando se encontraban en su camino: y esto constituía un máximo avivamiento de la pena y el tormento. Vi que esta pintura era más perfecta de cuanto nunca podría realizarse, por su arte en el colorido y en la simulación de los gestos y de los movimientos. En su inscripción se indicaba que estaban condenadas a las llamas ardientes las almas de los que se suicidan a causa de un excesivo fuego de amor, y que estaban sumergidas en el horrible hielo las de quienes se habían mostrado obstinadamente rígidos y fríos y renuentes a él. Finalmente, vi que en el abismo odioso y espantoso en el que se encontraban el lago helado y el ardiente, a causa de su disparidad y eterna controversia, producían un terrible trueno, porque caían juntos en un abrupto precipicio que terminaba en una oscura, vasta y profundísima desembocadu-

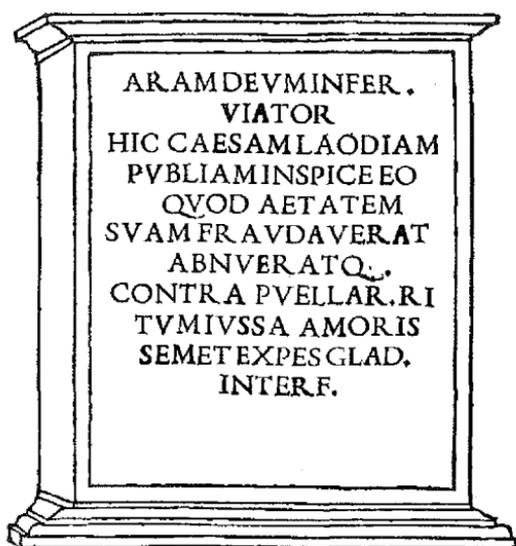


ra e inmenso abismo, cuya profundidad estaba tan hábilmente figurada por el artista con el color, que aquellas representaciones parecían verdaderas y el abismo semejaba una absorbente vorágine. Era obra en la que los colores imitaban maravillosamente la naturaleza y estaba dotada de simetría lineal y de perspectiva y las figuras eran elegantes y estaban dispuestas con increíble destreza; el efesio Parrasios, pintor insigne, nunca pudo gloriarse de una creación semejante.

El que considerara cuidadosamente esta representación, podría conjeturar fácilmente que así era, porque el autor, de ingenio fecundísimo y lleno de inteligencia, había figurado las almas exquisitamente en forma corporal: porque estas sombras no pueden ser visibles si su fluido no se concreta en tal efigie para que resulten aprehensibles por los sentidos. Muchas almas se tapaban los oídos, otras no se atrevían a mirar la sima terrible y abismal, llena de monstruos espantosos, horribles y diversos, y se cubrían los ojos con las manos; otras, pálidas, se apretaban los brazos contra el pecho para expresar el frío entumecedor; algunas vomitaban humo espeso para mostrar su calor; otras, para indicar su afligida tristeza y dolorosa pena, lloraban con los dedos de las manos entrelazados. Corriendo sobre el limitado espacio del puente amontonadamente, una y otra de las primeras chocaban y no podían retroceder, a causa del empuje de las que seguían. Entonces el puente se separaba por orden fatal y, arrojándolas, hacía volver a cada una a su lugar. Luego se cerraba enseguida y otras almas intentaban lo mismo sin cesar, pero se abría de nuevo. Las almas, doloridas y desesperadas, deseaban morir y aborrecían mucho más que a la odiosa muerte, deseada en vano, los lugares espantosos y aquellas horribles Furias. Este desgraciado y horroroso Erebo era tan perfecto y acabado que inducía a no poco espanto incluso a quienes lo contemplaban.

En este lugar vi un altar cuadrado, en cuya cara frontal encontré, escrita con perfectas mayúsculas, esta inscripción:<sup>272</sup>

Muy satisfecho me marché de allí, y hallé entre las ruinas una noble piedra de mármol cuadrada, rota en un

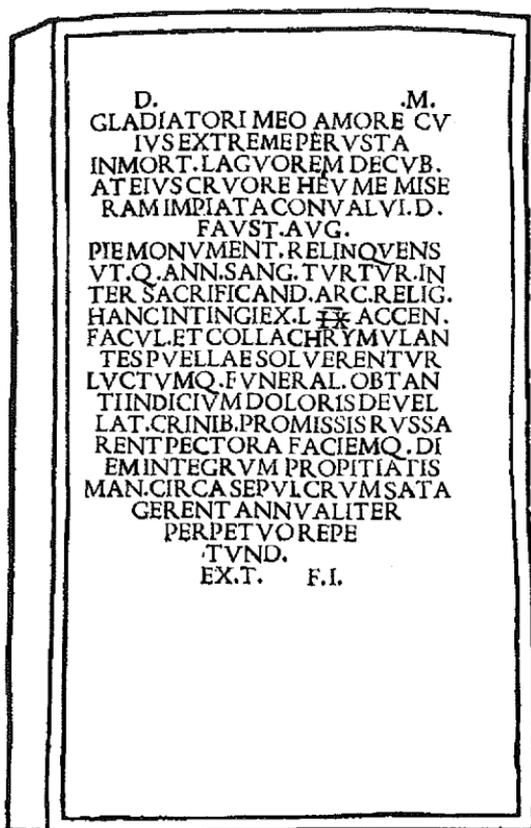


lado, pero conservada en su mayor parte. En uno de sus frentes, entre las molduras, había dos rectángulos con los lados superiores curvos y entre ellos un cuadrado cubierto por un arco. Uno de los rectángulos tenía una .D. y la cabeza de un espectro, y el otro una .M. y otra cabeza; la parte superior era un frontón partido del que sobresalía un antiquísimo vaso de bronce, abierto y sin tapa, en el que pensé que se depositaron las cenizas, con esta inscripción y con el resto de las molduras intacto:<sup>273</sup>

Yaciendo cerca de este, que estaba en el suelo, vi este elegante epitafio en una tablilla de pórfido, por la que conjeturé que había sido un soberbio sepulcro, ya que a ambos lados aparecía continua, aunque estaba rota, y no me pareció que se tratara de una simple tablilla. Carecía de molduras y sus letras estaban intactas; cerca de ella crecía el mastuerzo.<sup>274</sup>



Luego que hube leído cuidadosamente y visto con agrado estos dos epitafios continuando mi exploración volví los ojos y vi un sepulcro historiado al que me dirigí sin tardanza. En su cara anterior había un altarcillo junto con estas figuras: sobre su superficie, de admirable arteficio, estaba colocada una cabeza de macho cabrío salvaje, uno de cuyos cuernos era sostenido por un viejecillo con los cabellos confusamente revueltos a la manera antigua. Vestía sobre el cuerpo desnudo una capa



echada sobre el hombro derecho, viniendo por debajo del izquierdo, volviendo sobre el derecho y colgando en la espalda. Cerca de él había un hombre vestido con pieles de cabra, una delante y otra detrás, con las patas de delante anudadas sobre los hombros y las otras colgando entre las piernas, vuelto el pelo rojizo hacia la carne y ceñidas por una guirnalda o faja de acedera o vid negra con sus hojas.<sup>275</sup>

Este, apoyado en un tronco nudoso de dendrociso, completamente vacío a causa de la vejez, con hendiduras abiertas, ramas desiguales y escasa frondosidad en su follaje ralo, hacía sonar, con las mejillas hinchadas, dos flautas rústicas. Entre estos dos bailaba un niño desnudo: al otro lado había uno que, llevando sobre los robustos hombros un frágil vaso, arrojaba vino puro con el orificio vuelto hacia la cornuda cabeza de carnero. Cerca de él había una matrona cabizbaja y con los cabellos arrancados, estando esta y el portador del vaso desnudos. Ella derramaba lágrimas, sosteniendo una antorcha con la parte encendida hacia abajo. Entre estos dos aparecía un satirillo niño que agarraba con la mano una serpiente muy enroscada. Seguía luego una vieja campesina que llevaba una canasta y vestía sobre la piel desnuda un paño ceñido a los costados, que revoloteaba. Sobre la frente, en su cabeza desaliñada, llevaba un cojinete y encima una cesta de mimbre llena de frutos y hojas, mientras que con la otra mano sostenía un vaso de arcilla de cuello largo. Estas figuras es-

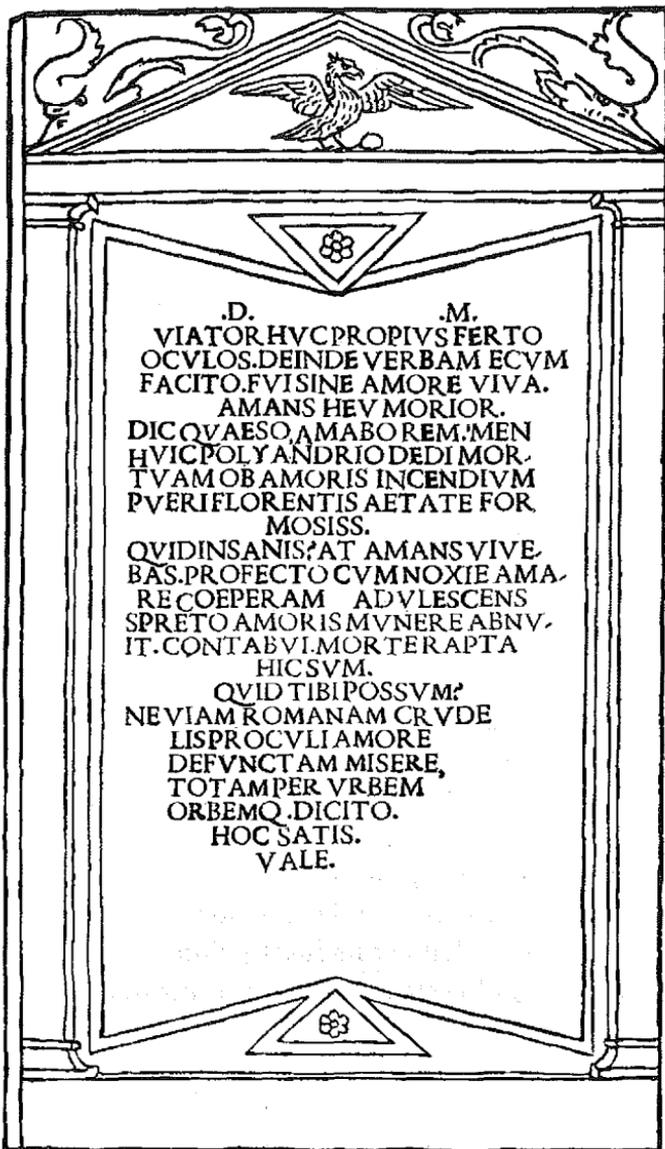


taban esculpidas de modo óptimo y con mucho relieve. En el altarcillo había esta inscripción.<sup>276</sup> Muy excitado por la antigüedad de estos monumentos, buscando más, me salió al paso un elegantísimo epitafio romano inscrito en una piedra, con el siguiente amenísimo diálogo y adornos.<sup>277</sup>

Dejando atrás esto, que vi con sumo gusto, entré en una tribuna rota, donde aún encontré parte de una egregia pintura de vivísimo mosaico, en la que vi a una matrona que, postrada sobre una pira encendida, asesina de sí misma, se suicidaba. Y aquí no aparecía otra cosa que pies femeninos calzados, algunas partes con las pantorri-llas y unas pocas con vestidos. Todo el resto fue tragado por el tiempo insaciable y voraz y destruido por la vejez y por los vientos y la lluvia. En este lugar la tumba estaba rota y su mayor pedazo caído del revés: dándole la vuelta, encontré que tenía estas letras.<sup>278</sup>

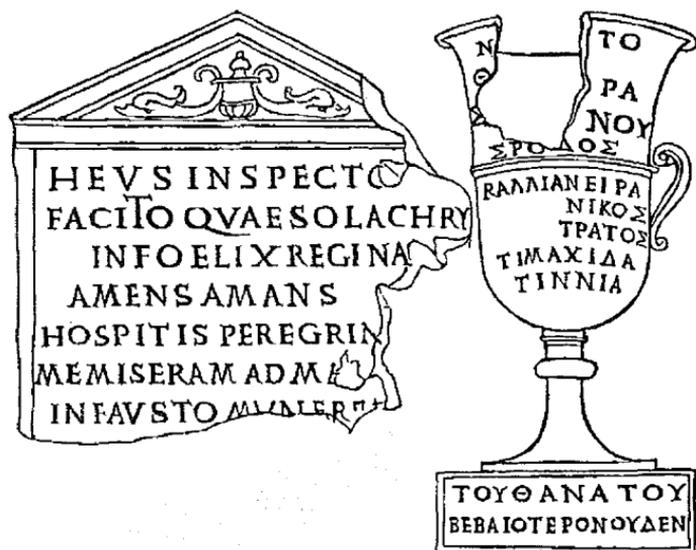
Próximo a este, caído en el suelo, hallé un vaso antiguo de alabastro de algo más de paso y medio de alto, con una de las asas perdida y roto en parte hasta el borde y en parte íntegro. Estaba colocado sobre un medio cubo o plinto de un pie o cuatro palmos de alto. En una cara del frente de la rotura estaba inscrito y también en la parte rota, como indicaban algunas letras, unas rotas y otras enteras. Luego, en la parte ancha de la moldura central hasta el fondo, donde estaban unidas las asas, debajo de la rotura, había esta inscripción.<sup>279</sup>

Abandonando estos monumentos arruinados, llegué a una tribuna destruida, en la que había algunos fragmentos de mosaico. Vi pintado allí un hombre que golpeaba a una muchacha, y un naufragio, y un muchachito que nadaba hacia una playa desierta, llevando sobre sus



.D. .M.  
VIATOR HVC PROPIVS FERTO  
OCVLOS. DEINDE VERBAM ECVM  
FACITO. FVISINE AMORE VIVA.  
AMANS HEV MORIOR.  
DIC QVAESO, AMABO REM. MEN  
HVIC POLYANDRIO DEDI MOR.  
TVAM OB AMORIS INCENDIVM  
PVERI FLORENTIS AETATE FOR  
MOSISS.  
QVID IN SANIS? AT AMANS VIVE  
BAS. PRO FECTO CVM NOXIE AMA  
RE COEPERAM ADVLESCENS  
SPRETO AMORIS MVNERE ABV  
IT. CONT ABVI. MOR TERAPTA  
HIC SVM.  
QVID TIBI POSSVM?  
NE VIAM ROMANAM CRVDE  
LIS PROCVLI AMORE  
DEFVNCTAM MISERE,  
TOT AMPER VRBEM  
ORBEMQ. DICITO.  
HOC SATIS.  
VALE.

espaldas a una muchacha. Y se veía parte de un león, y a aquellos dos remando en una navecilla. El resto estaba destruido e incluso esta parte se hallaba dañada en muchos lugares. No era capaz de entender totalmente la historia, pero en el muro revestido de mármol estaba fijada una placa de bronce que tenía inscrito en letras griegas



este epigrama. Y al leerlo, en el propio idioma, a tanta piedad que movía el desgraciado suceso, que no podía contener las lágrimas y hacía reproches a la diosa Fortuna. Habiéndolo leído varias veces, lo traduje al latín así, lo mejor que pude.<sup>280</sup>

Cuando me marché de aquí y paseaba mirando ávidamente por los montones de ruínas, encontré un ara cuadrada que tenía en su superficie una base sin plinto, es decir, una gola, y luego una fasciola y después un toro; el resto era plano. En esta parte se alzaba un plinto que se

HEV SVIATOR PAVLVLVM INTERSERE. MANIB. ADI  
 RAT. PRODITVM. AC LEGENS POLYSTONOS METAL  
 LOOSCVLATO ADDENS. AH FORTVNAE CRVLE  
 LE MONSTRVM VIVERE DEBVISSENT. LEONTIA PVLL  
 LALOLII INGENVI ADVLESCENT. PRIMARIA AMORIS  
 CVM INTEMPERIE VRGERET. PATERNIS AFFECTA  
 CRVCIATVB. AVFVGIT. INSEQVIT. LOL SED INTER AM  
 PLEXANDVM APYRATIS CAPTI INSTITUTE CVIDAM  
 VENDVNT. AMBO CAPTIVINA VEM ASCEND. CVM NO  
 CTVSIBILEONT. LOL. AVFERRI SVSPICARET. ARREP.  
 TO GLADIO NAVTAS CVNCTOS TRVCIDAT. NAVIS  
 ORTA MARISSAEVIT. SCOPVL. TERRAM PROPE COL  
 LISAMERGIT. SCOPVL. ASCEND. FAMIS IMPVLSVLE  
 ONT. HVMERIS ARKUPIENS IMPONO. FAVE ADESDVM  
 NEDT. PATER INQVIENS. NOS NOSTRAMQ. FORT. TI  
 BICOMMITTO. TVNC DELPHINEO NLXV BRACHIISSE  
 COVNDVLAS. AT LEONT. INTERNATANDVM ALLO  
 QVIT. SVM NE TIBI MEA VITAMOLESTIAE? TIPVLALE  
 VJOR LEONT. CORCVLVM. ATQ. SAEPICVLE ROGANS  
 SVNT NETIBI VIRESMEA SPES. MEA ANIMVLA? AIO.  
 EASEXCITAS. MOXCOLLVM AMPLEXATA ZACHARI  
 TER BAIVLANT EM DEOSCVLAT. SOLAT. HOKTAT.  
 VRINANTEM IN ANIMAT. GESTIO. ADLITT. TANDEM  
 DEVENIM. SOSPITES. INSPERATO INFREMENS LEO. AG.  
 GREDITVR. AMPLEXAMVR INVICEM. MORIBVNDIS  
 PARCIT LEO. TERRITICASV. NAVICVLAM LITTORI V  
 NA CVM REMICALIPAL MICVLA DEIECTAM FVGITIVI  
 ASCEN. VTERQ. ALTERNATIM CANT ANTES REMICA  
 MVS. DIEM NOCTEMQ. TERTIAM ERRANT. IPSVM  
 TANTVM VNDIQ. COELVMPATET. LETHALI CRVCI  
 MVR FAME. ATQ. DIVTINA INEDIA TABESCENTIB.  
 RVIMVS INAMPLEXVS. LEONTIA INQVIENS AMABO  
 FAME PERIS? SATTECV MESSE LOLI DEPASCOR. ASTIL  
 LA SVSPIRVLANS MILOLIDEFICIS? MINIME INQVAM  
 AMORE SED CORPORE. SOLISVIBRANTIBVSET MV  
 TVISLINGVIS DEPASCEBAMVR. DVLICITER. STRICTL  
 VSO. BVCCISHIANTIBVS OSCVLIS VAVE INIECTIS HE  
 DERACITER AMPLEXABAMVR. AMBO ASTROPHIA  
 MORIMVR. PLEMMYRIIS NEC SAEVIENTIB. HVCAVRA  
 DEVEHIMVR. AC AERE QVAESTVARIO MISERIPIS IN  
 NEXI AMPLEXVB. MANES INTER PLOTONICOS HIC SI  
 TISVMVS. QVOSQ. NON RETINVIT PYRATICA  
 RAPACITAS NEC VORAVIT LEONIA IN.  
 GLVVIES. PELAGIQ. IMMENSITAS  
 ABNVITCAPERE. HVIVSVRNVLAE  
 ANGVSTIA HIC CAPIT AMBOS.  
 HANC TE SCIRE VOLEBAM  
 INFOELICITATEM.

VALE.

\* \*

curvaba paulatinamente en un cuarto de su figura cuadrada; el saliente de sus ángulos no excedía la circunferencia del toro de abajo. Sobre este plinto descansaba el fondo circular de un vaso cuya circunferencia no sobrepasaba el saliente de los ángulos del plinto. Su boca era tan ancha como la parte baja de la gola de la basa. Sus bordes o labios, conservando su grosor, se curvaban hacia adentro sobre sí mismos. En el ara vi el siguiente epigrama.<sup>281</sup>

Cuando me marché de allí, encontré un noble fragmento de óptimo pórfido con dos calaveras de caballo esculpidas de las que salía una cinta que ataba dos ramos de mirto atravesados y colgantes. En el punto en que se cruzaban estaban unidas con un lazo de admirable factura. Entre una y otra calavera, sobre los ramos de mirto, vi esta inscripción de bellísimas mayúsculas jónicas: el resto de la escritura estaba destruido junto con la piedra.<sup>282</sup>

Muy excitado por la antigüedad de estos monumentos, continué explorando y encontré un epigrama un tanto

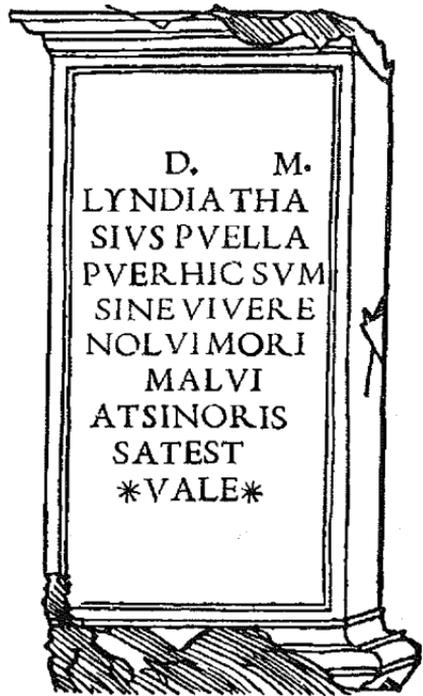


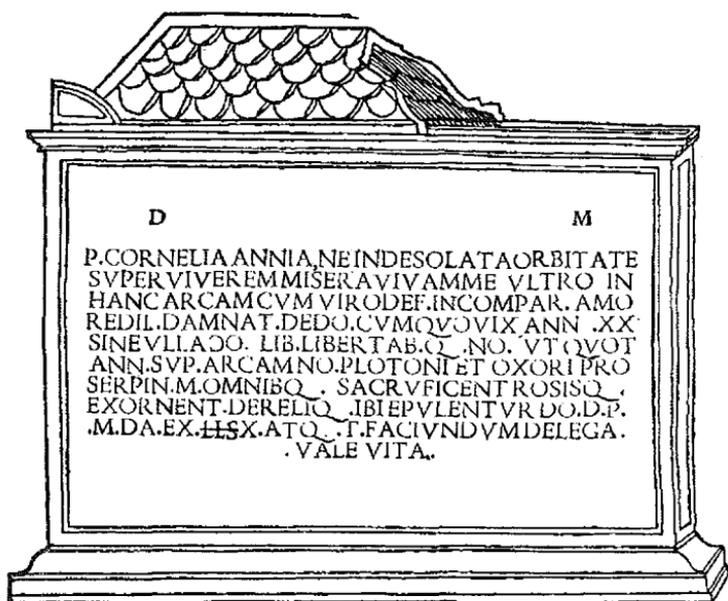


ambiguo sobre una piedra de mármol blanco de la que sólo quedaba la inscripción en una pequeña ara, mientras que el resto yacía roto en el suelo.<sup>283</sup>

Mirando con máximo deleite y placer

estos interesantes fragmentos y ávido todavía de encontrar algún otro nuevo, marchaba por el campo de ruínas de enormes trozos de columnas, algunas de las cuales estaban intactas, como un animal que busca el alimento cada vez más grato. Quise saber algo sobre la clase de aquellas columnas y medí una que estaba caída en el suelo y encontré que su fuste, desde el plinto hasta la contractura, tenía una altura de siete diámetros inferiores. Allí cerca hallé un sepulcro antiquísimo sin ninguna inscripción, y mirando por una de sus roturas vi sólo el sudario y los zapatos petrificados. Conjeturé razonablemente que

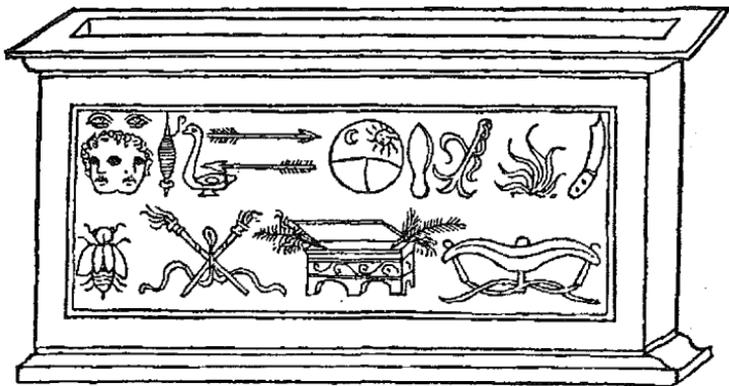




estaba hecho de piedra sarcófago de la Tróade de Asia y que el cadáver que contuvo fue el de Darío.<sup>284</sup>

Allí cerca vi, entre arbustos silvestres, un noble sepulcro de pórfido exquisitamente esculpido, que tenía la tapa en forma de tejado de templo cubierto de escamas; una de sus partes estaba íntegra y otra rota y caída en el suelo, y pude leer un elegante epitafio con esta interesante inscripción.<sup>285</sup>

Al marcharme de allí vi que, bajo una yedra errante de follaje muy denso y cubierta de racimos que colgaba de un roído fragmento de muro, había una hermosa caja de piedra marfileña todavía tersa y reluciente en su mayor parte. Miré con curiosidad por una fisura o rendija de su cubierta plana y vi en su interior dos cadáveres conservados íntegros, por lo que pensé con fundamento



DIIS MANIBVS. MORS VITAE CONTRARIA ET VELOCISSIMA  
 CVNCTA CALCAT SVPPEDITAT, RAPIT, CONSVMIT,  
 DISSOLVIT. MELLIFLVE DVOS MVTVO SE STRICTIM ET  
 ARDENTER AMANTES, HIC EXTINGTOS CONIVNXIT.

que este sepulcro estaba hecho de piedra chernita.<sup>286</sup> En su frente vi estos jeroglíficos egipcios esculpidos y en el interior muchas ampollas de vidrio y de arcilla y algunas estatuillas según la antigua usanza egipcia; y una lucerna antigua de metal encendida, hábilmente hecha y colgando de la cubierta, sostenida por una cadenilla; cerca de la cabeza de los sepultados había dos coronas. Pensé que estas cosas eran de oro, pero estaban oscurecidas por el tiempo y por el humo de la lucerna. Esta fue mi interpretación.<sup>287</sup>

OLECTORINFOELIXHOCMONVMENT.ADESDVMTE  
 VOCAT ET POST INDEROGAT IN QVO RECIDIT HV  
 MANAVOLVPTASVTLEGAS.DVVMCINISHICAMAN.  
 EST.QVIDVDVMVTVO CVM PRVRIENTI AMO  
 RE INSOLENTER EXARDESCERENT IMPROBO VO  
 LVPTATIS IMPVLSVEFFRENI DESERT. CONVENI  
 VNT IN LOC.SAXA INTER DIRVTA VBIETIAM FOR  
 TEAED.SACRAR.MVRICONFRAGOSI ETSALEBRAE  
 RVINAE EXTABANT ILLO VENERI OPTATA MVNE  
 RA AMBO SOLVERE ARSIBILITER VRGEREMVR.SV  
 PINAEGOLOPIDIA ANGVEMIN ALTVM LAPSVMMI  
 NIT ANTEM VIDEREM.HEVOEABINCOEPTODESINE  
 INQV IOMICHRYSA NTHE SVRGE.FVGEEN SERPENS  
 VORATVRVS NOS,IACIABVNDVM SESE EMVRO  
 PROSPICIO,MOXILLE EXTERRITVS SVSPICIENS.O  
 LOPIDIAINQVIT MEAAMABOITOVIAM.FVGETVVL  
 AM.SINE MEMORIBVNDVMDRACONEMIMPETERE.  
 VIX SVRREXERAM HEV TRISTEM MEMISERAM  
 QVODMEVMCHRYSA N.MEAMVITAMADEXITVM  
 IRRETTVMACANGVINEASTRICTIMCIRCVLATVM  
 VORTVGINE,IAMIAMANXIE RESPIRANTEM VIDE  
 BAM,DESVBITOQ.IVGVLVM MEI CHRYSA N.DEN  
 TIB.VVLNERAT MORDICVS,TVM SVFFOCARI ME  
 VMCHRYSA N.INTVEORATATPERIINFOEL.MEVM  
 CHRYSA N.MORISENTIO,STATIM FVRIBVNDAIR  
 RVO INSERPENT.CAPTOQ.FVSTE PLECTERE.FESTI  
 NO,AST SERPENS CERVICEMRIX ANTEM DIVORTIT  
 NEC COACTE COMPLICITVM ABIGEREVALVI,IC  
 TVMTAND.INCAVTEFALLENS CHRYSA N.MEVM  
 OCCIDI,INFOELICISS.HEVINTERII,QVIDFECI:QVIDFA  
 CIAM?TAMMISERASVPERSTES ERITAN SERPENSET  
 EGO:NEQVAQ.SEDHERCVLEO AVSV IMMOLARVA  
 LIFVRIA RINGIBVND A EO IPSOSTIPIT. CONVERSO  
 IMPETV CADAVERILAPSO CIRCINATAM IN BESTI  
 AMEAMFERIO ATQ.NECO,QVIDTVM PVELLA FAC  
 TVRAER AMPERDITA ET EMORTVA:MEVM CHR Y  
 sant. & belluā mei sceles testes scapulis supiectos i urb. effeto & ne ob  
 noxia euaderē suspiris cordolio & lachrymis idēridē irrotant. suggestū  
 quend. iforo publ. asēdo, ac suspiriā s palā rē facio, exrematim curū cō  
 cursū ad crudelē & iustum spect. fixatur, casum miseriter mixt. fortunā  
 icentiam uenerē dāat, tellos sceles meū aumina iser. iuoco. egi. ergo m  
 quā s me una cū meo chryfāt. pec. n. datūā suscipite, iūc culpa i me. mihi  
 oēm trāserā, cū desperata publico oium aspectu arcepto grad. pecc' trāsi.  
 eulq. cadauere hic me: a. themū. tumulo sepeliūdā dedi. nāc. iūc. iūc. iūc.

Lleno de increíble placer por tanta variedad de obras antiguas y magníficas, todavía me crecían insaciables deseos de investigar otras nuevas. Y si antes me movió al llanto el epitafio griego de los dos desgraciados amantes muertos de inanición, mucho más interesante, aunque triste, me pareció el monumento de otros dos amantes infelicitísimos que sobresalía en una gran piedra, con esta disposición: un rectángulo, la longitud de cuyos lados era dada por su anchura más la medida de la diagonal del cuadrado forma-



IN REM TVAM MATVRE PROPERA. VALE.

do tomando como base la anchura, contenía dentro de sí dos pilastrillas y estaba coronado por un arco. De los extremos de este, entre las pilastrillas, pendía una tablilla en la que leí este triste epigrama.<sup>288</sup>

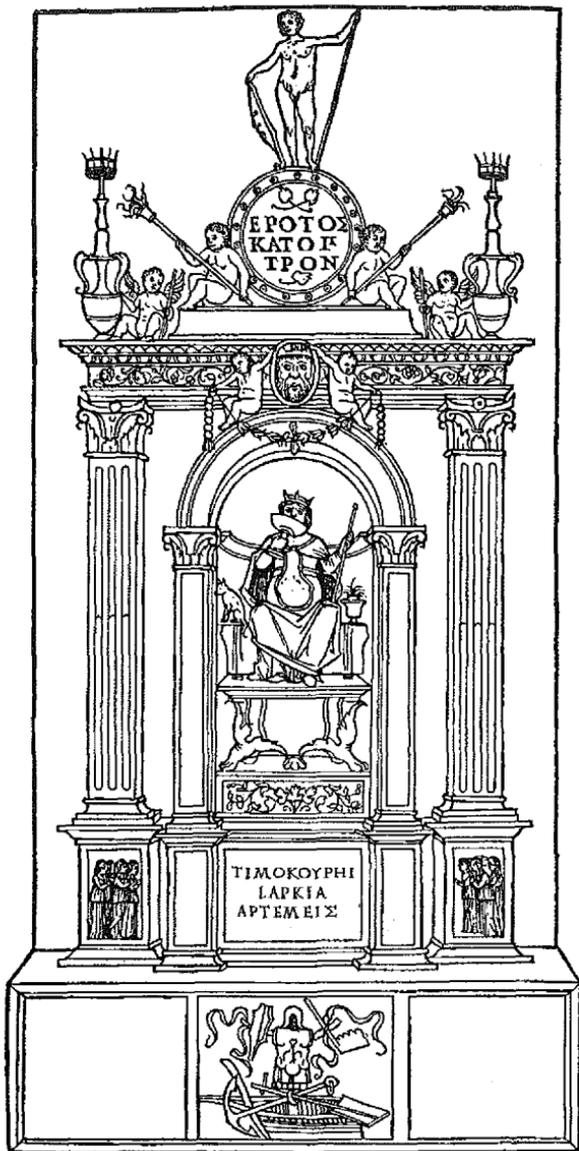
Cuando hube leído la enternecedora historia de los infortunados amantes de este epigrama interesantísimo, me marché de allí muy satisfecho y a los pocos pasos encontré intacta una noble tablilla de mármol cuadrada, rodeada por dos pilastrillas y coronada con un pequeño frontón. Llenando casi completamente el cuadrado, había una corona de hojas de relieve hecha con sumo cuidado, en medio de la cual leí la siguiente inscripción. Esta piedra yacía en el suelo, pero con la inscripción boca arriba; estas elegantes variedades llenaban mi ánimo de no poco placer.<sup>289</sup>

Cada vez me encontraba más ardientemente invadido por el deseo de investigar aquellas dignísimas obras antiguas. Se me ofreció entonces una tribuna rota que conservaba en pie la pared derecha, en la que ví con gran placer un sepulcro de pórfido, de invención dignísima, factura excelente, gran precio e increíble habilidad en la escultura. En los lados extremos tenía dos pilastras estriadas que sobresalían un tercio de su anchura, colocadas sobre un basamento. En la cara de cada basamento había tres elegantes ninfas de medio relieve, llorando al modo de las plañideras, vueltas hacia el centro. Con los correspondientes y requeridos lineamentos, sobre los dos capiteles se extendía el adornado arquitrabe y luego el friso, revestido de roleos de bellísimas frondas y flores, cubierto por una cornisa adecuada. Entre una y otra pilastra y a su mismo nivel, sobresalía un solio o nicho, flanqueado por dos pilastrillas con sus capiteles y basas,

sobre las que se elevaba un arco. Estas dos pilastrillas sobresalían al exterior tanto cuanto se metían en la piedra del fondo, de manera que sobrepasaban el nicho una lígula. Al nivel de los capiteles el nicho estaba ceñido por una moldura adornada con úndulas y encima se arqueaba la semicúpula. Estas pilastrillas estaban egregiamente adornadas con relieves. Bajo las pilastrillas había unos pequeños pedestales más bien altos y con los mismos excelentes adornos que ellas. Entre lo que sobresalía uno y otro vi una inscripción griega, por la que supe que este era el monumento fúnebre de la piadosa reina de Caria; decía así: ΑΡΤΕΜΙΣΙΔΟΣ ΒΑΣΙΛΙΔΟΣ ΣΠΟΔΟΝ.<sup>290</sup>

En el plano inferior del nicho había un plinto de la materia que antes dije, bellísimamente adornado con relieves, sobre cuya parte superior estaban fijadas cuatro garras de león idénticas, de metal dorado, que soportaban una arqueta antigua rodeada de molduras perfectas. Sobre su tapa había un escaño cubierto por una tela de seda con los bordes adornados.

Se sentaba en él una reina matrona de indumentaria regia y cubierta con un majestuoso manto, abrochado en el pecho sobre su vestido de seda, sobre el que caía del cuello para abajo una banda que se dilataba a la altura del vientre en forma de tetrápila o figura de cuatro semicírculos; en esta se leía lo siguiente en letras griegas: ΜΑΥΣΟΑΕΙΟΝ ΑΤΙΜΗΤΟΝ.<sup>291</sup> Sostenía en la mano derecha un cáliz que se llevaba a los labios<sup>292</sup> y con la otra una vara de oro o cetro. Tenía los cabellos sueltos y la cabeza ceñida con una corona rodeada de puntas, desde la que descendía la cabellera cuidadosamente peinada.



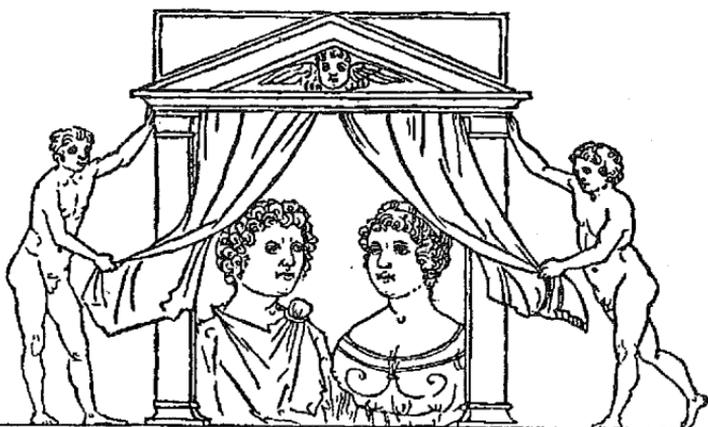
Sobre la clave del arco y hasta la sima de la cornisa, sobresalía una figura oval plana, en la que vi esculpido un rostro de regia majestad, coronado, con barba abundante y la cabellera revuelta. Pensé que se trataba de la verdadera efigie del marido. Estaba sostenida a ambos lados por dos amorcillos alados, sentados en las vertientes extremas del arco, los cuales, extendiendo el otro bracito, sujetaban una cuerdecilla de bronce que pendía curvada y por la que corrían algunos capullos, y de sus manos colgaba perpendicularmente un hilo de cobre con cuentas y borlas, todo ello perfectamente dorado.

Sobre la superficie de la cornisa ascendía un plinto un poco inclinado y con muchos adornos. Sobre su centro había un aro de metal que enmarcaba una piedra negrísima y espejeante en la que vi esta inscripción de mayúsculas griegas: ΕΡΟΤΟΣ ΚΑΤΟΠΤΡΟΝ<sup>293</sup> El aro de metal tenía un palmo de anchura y estaba hermosamente cubierto de bolas. En su cima se alzaba una perfecta estatua desnuda en pie, de metal dorado, sosteniendo con la mano derecha una jabalina y con la otra un escudo antiguo, egregiamente esculpido. A un lado y a otro del disco de piedra, con la espalda apoyada en él y sentados sobre el plinto, había dos niños alados que sostenían hacia fuera antorchas encendidas.

Otros dos, igualmente desnudos y alados, se sentaban sobre la cornisa, sosteniendo ante sus ojos un pequeño fruto, mientras que con el otro brazo cogían por un asa en forma de delfín un antiquísimo candelabro de bronce brillantemente dorado, en forma de vaso. Estas asas eran dos delfines que se arqueaban y mordían un nudo, con las colas reposando en la parte ancha del vaso,

que iba adelgazándose hasta la boca con otros dos nudos. Sobre su borde había un ensanchamiento circular al que estaban fijadas cuatro estaquillas, sobresaliendo en el centro una más alta. El pie del vaso estaba entre las piernas de los niños. Toda esta obra esculpida se asentaba sobre un plinto de ofita que descansaba en el suelo, desnudo de adornos excepto en su centro, donde vi el relieve de un trofeo naval o marítimo, por lo que pensé en la victoria sobre la flota de Rodas: se trataba de la proa de un navío antiquísimo, en cuyo centro resaltaba un tronco de cuyas ramas estaba colgada una coraza; las ramas sobresalían por la abertura de las mangas: de una de ellas pendía un escudo y de la otra un instrumento naval. Bajo la coraza colgaban del tronco un ancla y un timón. Sobre la cúspide estaba colocado hermosamente un casco con penacho. Todo esto era obra digna de admiración y de eterna memoria, dotada de simetría y de todas las molduras requeridas. El que conoce la proporción sesquiáltera llegará fácilmente a la conclusión de que sus medidas eran perfectas. Sospeché que al menos uno de los escultores del mausoleo había intervenido en esto.

Me resulta difícil expresar con cuánta alegría y cuidado contemplaba estas obras tan venerables y dignas de recuerdo, con el ánimo cada vez más excitado por el deseo de encontrar cosas nuevas. Apenas aparté los ojos de aquel magnífico y excelente sepulcro, explorando minuciosamente todavía por entre los pedregosos montones de ruinas, encontré otra piedra elegantísima. En ella vi esculpidos con increíble perfección dos niños desnudos, uno a cada lado, que recorrían una cortinilla y mostraban dos bellísimas cabezas, una de un adolescente y la



ASPICE VIATOR. Q. SERT VLLI ET DVLCICI V  
 LAE SPON. MEAE. Q. RANCILIAE VIRG. SIMVL  
 AC. POST INDE QVID FACIAT LICENTIOSA  
 SORS LEGIT. IN IPSA FLORIDA AETAT. CVM  
 ACRIOR VIS AMORIS INGRVER. MV TVO CA  
 PT. T AND. SOCERO. E. ET. M. SOCR. ANN VEN  
 TIB. SOLENNI HYMEN. NVPT. COPVLAMVR.  
 SED OFATVM IN FOEL. NOCTE PRI. CVM IM  
 PORT. VOLVPTATIS EX. L. FAC. EXTINGVERE  
 ET. D. M. V. VOTACOGEREMVR REDD. HEV IP  
 SO INACTV DOM. MARITALIS CORR VENSAM  
 BIAM EXTRE. CVM DVLCITVDINE LAETISS.  
 COMPLICATOS OBPRESSIT. FVNESTAS SO  
 ROR. NEC NOVI QVID FECISS. PVTA. NON E  
 RAT IN FATIS TVM NOSTRA LONGIOR HO  
 RA. CARIPARENTES LVCTV NECLACHRYMIS  
 MISERA ACLARVATA NOSTRA DEFLEATIS  
 FVNERANEREDDATIS IN FOELICIORA  
 ATVOS NOSTROS DIVTVR  
 NIORES VIVITE ANNOS  
 OPTIMELECTOR  
 AC VIVE TVOS.

otra de una noble virgen, con este desdichado epitafio escrito con caracteres perfectos:<sup>294</sup>

Suspirando a causa de la infeliz historia que acababa de leer, encontré, no muy lejos de este, otro monumento admirable y dignísimo. Estaba flanqueado por dos semicolumnas estriadas, con sus basas y capiteles, sobre los que reposaban el arquitrabe, el friso, la cornisa y el frontón. En este último había dos tórtolas blancas que bebían juntas en un vaso. En la parte contenida entre las columnas se arqueaba un sofito de casetones adornados con rosas pentáfilas, que disminuían de tamaño hacia dentro según las leyes ópticas. Bajo este sobresalía un poco una hermosa arca con dos puertecillas: por una de ellas entraban figuras desnudas y por la otra salían niños también desnudos. Leyendo los epígrafes contenidos en el medio, conjeturé lo que simbolizaba el arca con las dos puertas: la de entrada era la de la muerte y la de la salida la del nacimiento, y los que entraban y salían lo hacían llorando. Descansaba el arca sobre dos pies de arpía convertidos en follaje y en el centro había un pie libre de adornos. Bajo el arco vi este epitafio que narraba una historia desgraciada y desesperada:<sup>295</sup>

Me fui de aquí muy satisfecho y deseoso de ver cosas nuevas, y me dirigí rápidamente a una tribuna que se conservaba intacta en parte y en la que vi algunos restos pictóricos exquisitos de mosaico de obra vermiculada. En este lugar no encontré sepulcro alguno, pero en la pintura de vidrio se veía perfectamente a Proserpina con Ciane<sup>296</sup> y con las sirenas, cogiendo flores cerca del ardiente monte Etna. Plutón, abriendo el cráter del volcán taponado por la lava, la raptaba porque sentía por ella

un ardiente amor, y Ciane, doliente al no poder socorrerla, lloraba. Enormes piedras del muro estaban podridas y entre ellas crecían hierbas como el asterico y la urcelaria.<sup>297</sup> El muro había sido resquebrajado como por una cuña por las raíces de un viejo cabrahigo que, haciéndolas serpear por todas partes, había destruido las teselas y sus perfectas uniones, dejando vacías grandes extensiones de pared.

Sólo se veía parte de un riachuelo, con trazas de ser una figura humana metamorfoseada, obra de arte increíble y de admirable expresión, más hermosa que la tablilla del santuario de Minerva en el Capitolio pintada por Nicómaco, en la que se veía el rapto de aquella. Cuando estaba con la mente aplicada a tan placentera observación, sentí a mis espaldas la caída de algunas teselas y como me encontraba solo en un lugar desierto y silencioso, me asusté un poco, pero al volverme a mirar la causa del ruido, vi que tal destrucción había sido obra de una salamandra o matador de ratones.<sup>298</sup>

Me invadió no poco despecho por no poder ver la obra completa, ya que en su mayor parte estaba rota y abandonada a la intemperie. Pero al considerar el modo violento en que fue raptada súbitamente Proserpina, un pensamiento repentino y triste golpeó con fiereza mi corazón enamorado, pues decía: «¡Ay de mí, desgraciado, imprudente e infeliz! ¿De qué me habría servido mi inoportuna exploración y desenfrenada curiosidad hacia las cosas pasadas y las piedras rotas si, a causa de mi imprudencia y de mi negligencia, me fuera arrebatada mi bellísima Polia, que me es más grata que todos los tesoros del mundo?» Y al punto un golpe más violento atravesó mi



D DITI ET PROXER S

V. F.  
TREBIAE Q.  
I.S.TREBII FILIAE A  
moris monument. & pietatis aul.  
fubultus uir cum. Q. summo cum  
defiderio deliciose uix. mca. i. d. iiii

Hæc. m. ux. quam amantiff. mihi in-  
fœliciff. lachrymas & æternos lactus  
reliq. extremo perturbata zelome  
cum fufpiciter alia cu fœmi. i. a.  
cuiff. in furorem dulciff. conue-  
fo amore fœmet ferr. pectus per med.  
tranfuecto necauit. heu ux. cur hoc ?  
mi care con. nec factũ rat. fed et fufpe-  
ctum amanti demere debueras. uale  
lib. at ego incerta ifœli. &  
trepida uita foluta  
quiefco.

NATV  
RÆ  
NOVER  
CAE IN  
EVITA  
BILE  
STATV  
TVM

NATV  
RÆ  
MATRIS  
BENI  
GNVM  
EDI  
CTV  
M

triste corazón, acelerando sus latidos, al presentarse a mí  
mente confundida el desgraciado y penoso caso de aquel  
fugitivo de su patria en llamas que perdió a su amada  
Creusa, y me invadió el pavor al recordar que mi ama-  
dísima Polia se había quedado sola en la playa arenosa  
y solitaria sin mi compañía, y que Neptuno, el que lleva  
el tridente, podría hacer con ella lo que hizo con Medu-  
sa. ¡Ay de mí, en este momento experimenté lo que es  
la aflicción del espíritu y la cualidad de los verdaderos  
amantes! Realmente me encontraba más tembloroso,  
aterrorizado y aturdido y más angustiado y en estado  
más miserable que cuando me vi a las puertas de la muer-  
te, casi tragado y corrompiéndome entre las abiertas y  
horrendas fauces del venenoso dragón. Era tal mi terror  
que pensaba que había sido sacada del templo peleneo la  
imagen del dios por su sacerdote;<sup>298</sup> y habiendo perdido  
mi mente toda serenidad, un espantoso dolor se recru-  
decía cada vez más en mi vacilante corazón.

Impulsado por aquellas ardientes preocupaciones y  
urgentes angustias, abandoné la empresa de mi noble in-  
vestigación, mi laudable recorrido y virtuoso solaz y, sin  
demora alguna, con gran rapidez y con pies aéreos, eché  
a correr por aquellas sinuosidades, peligrosos matorrales  
y ásperas zarzas y por el lugar escabroso y erizado de  
espinos y por aquellas ruinas de mármoles e informes  
montones de piedras y picantes ortigas, por caminos pe-  
dregosos y a través de innumerables obstáculos, sin preo-  
cuparme por el deterioro de mi toga de paño, que era  
retenida aquí y allá por las espinosas frondas y estaba  
toda llena de bardanas y pelusa y espinas de cardos y de  
barbas de cabra y de cerraaja, con las voraces semillas

de cinoglosa en algunas partes, y pensaba firmemente que había llegado a las últimas desgracias y espantosos peligros y a la extrema y fatal privación de todo mi deseado bien, mi dulcísima y amadísima Polia; no vivo del todo, sino medio muerto, con el aliento entrecortado como el de un asmático o como si hubiese aspirado el pesado olor de la hendidura babilónica, apenas la encontré me precipité hacia ella con increíble congoja y muy angustiado y con los ojos llenos de lágrimas.

Y ella, tiernamente conmovida, aplacando los desbocados latidos de mi pecho doliente con su frente serena y el rostro benévolo y compadeciéndose de mí, que estaba pálido y tembloroso, me envolvió en sus dulces brazos con amorosa ternura y secó suavemente mi rostro húmedo y cubierto por el rocío de un abundantísimo sudor con un pañuelo sutilísimo y tenue. Luego me preguntó la causa y el motivo de tanta amargura y turbada angustia, hablándome benévolamente y confortándome con aquellas palabras persuasivas y aquella voz acariciadora, que eran capaces de hacer revivir a un muerto. Y yo, recuperada un tanto la salud, volví en mí y, creciéndome paulatinamente las agotadas fuerzas y alejado todo triste terror, yaciendo en su regazo, le conté suspirando y gimiendo la razón de mis temores. Sonrió agradablemente y, besándome con cariño, me tranquilizó con gran habilidad, diciéndome que esperaba a Cupido, el santo dios del amor, y me exhortó suavemente a que tuviera paciencia para dar libre curso a mis deseos, porque el sufrimiento es motivo, las más de las veces, de efectos nobilísimos.

Consolado, pues, y hallándome así cerca de mi bellísima Polia, me volvió la vida que casi había huido de mí

y mi palidez se convirtió en buen color y se aplacó el temblor que se había apoderado de mí, ya que, cuando estaba cerca de ella, revivía completamente, aunque me hubiera hallado como un cadáver reducido a cenizas o como un cuerpo corrompido y convertido en polvo. Por lo tanto, mis ojos, tenazmente fijos en ella, volvieron a su acostumbrado y particular alimento.

Y he aquí que mi admirable Polia, con gestos nobles, modestos movimientos, celestial semblante y alegre rostro y con sus ademanes patricios y su ínclita belleza, digna de ser mirada eternamente y con veneración, llena de ingenio, hermosura y pudor, con gran compostura y sin demora ni titubeo, se levantó del agradable lugar en que estaba sentada bajo el frondoso umbráculo y se arrodilló con respeto y veneración, con la cara más roja que las lustrosas manzanas claudianas.

Yo permanecí ignorante de la causa de su actitud, porque no era capaz de quitarle de encima los ojos, retenidos sin descanso en la contemplación de su inmensa belleza y ocupados en ella continuamente, pero hice lo mismo: de repente me acerqué a ella y me arrodillé en el suelo.

Y he aquí que la causa era, y yo no me había dado cuenta, que se acercaba a nosotros el divino Cupido, como un niño desnudo de hermoso cuerpo, que navegaba en una barquilla, con los ojos sin velo, hacia la susurrante playa donde estábamos esperándole. Y cuando alcanzó el antiguo puerto, destrozado por la vejez, mis ojos no soportaban, a causa de la desproporción del objeto, permanecer fijos en su forma celeste sino apretándome los párpados, tan rutilante esplendor rodeaba aquella cara infantil y divina, por lo que me convencí de que no me encontraba en-

tre los mortales, sino sin duda entre los héroes divinos, viendo a un ser espiritual y celeste adquiriendo forma corpórea y mostrándose a los ojos materiales, lo cual es cosa rara y desacostumbrada. Sumido mi ánimo en un extremo estupor, contemplaba su dorada cabeza cubierta de cabellos rizados y finísimos y los dos grandes y luminosos ojos, espantosos en su notable majestad, cuya luz mortificaba mi débil vista y me deslumbraba. Tenía las mejillas redondas y gordezuelas, cubiertas de rosas purpúreas y todas las demás partes tan bellas que yo consideraría feliz al que fuera capaz tan sólo de imaginarlo, ya que no era para dicho. Como dios volador, sobresalían en sus santos hombros dos alas de plumas de oro relucientes y tornasoladas de rosa y azul y verde como las de un pavo real.

Mi señora y divina Polia y yo permanecimos de rodillas mientras el dios volador comenzó a hablar. Conjeturé que él se admiraba de la gran hermosura de Polia, de la rareza admirable y la grandeza de sus virtudes y bellezas, y pensé con fundamento que, no sin deseo, la anteponeía en su ánimo a su bellísima Psique como más hermosa, de belleza más notable y de mayor excelencia. Y aquí, con una voz formada de aliento celeste, capaz de reunir cualquier cosa dispersa, de resucitar los cadáveres que duermen en la húmeda tierra y sacarlos de sus sepulcros eternos, y de refrenar la voracidad del insaciable Vulcano y de calmar la tumultuosa agitación de las olas terribles y de mitigar la inquieta crecida del mar en tempestad, de hacer cesar los gemidos de las costas y de apaciguar los espumeantes y roídos escollos y de incitar al casto al agradable servicio de la santa Venus, dijo estas persuasivas palabrillas:

«Ninfa Polia y tú, Polífilo, que rendís obsequios amorosos y sincero culto a mi venerable madre y que habéis optado valientemente por mis sagrados fuegos: vuestros sacrificios, ofrecidos con pureza, están en su divina presencia y han llegado a ella vuestras devotísimas oraciones y dedicado servicio y castos compromisos. Vuestros deseos se harán realidad a causa de vuestros méritos, según habéis suplicado con vuestras oraciones. Entra pues, Polia, tranquilamente con tu único compañero en mi navecilla, porque nadie puede ir al reino y a la isla de mi madre si yo no le hago atravesar el mar como piloto y conductor.» Y con estos divinos razonamientos, la invitó graciosamente a entrar.

Entonces Polia, sin demora y con viveza, tomó mi mano alegremente y se levantó en silencio pero muy decidida y, con elegante vivacidad, profunda veneración y gran reverencia, saltó conmigo sobre la navecilla sagrada, en cuya popa nos sentamos cómodamente, mientras las divinas ninfas se pusieron a remar ordenadamente para alejarse de la costa.

La navecilla era una barca de seis remos, no de juncos sino sólida, y no estaba ennegrecida con pez, sino calafateada por dentro y por fuera con una mixtura preciosa en la que se mezclaban con ordenada cantidad benjuí, resina, almízcle, ámbar, algalia y estoraque. Estaba compuesta de tablas de olorosa madera de sándalo blanco y amarillo y de pesado áloe, que resiste a la carcoma y que exhalaba una fragancia admirable y desconocida, ensambladas y unidas con excelente habilidad y fijadas con clavos de oro en cuyas bolas o cabezas relucían, engastadas con excelente arte, piedras preciosísimas. La cubierta y

los bancos eran de sándalo de color de sangre y hacían que el corazón se alegrara sobremanera.

En esta navecilla admirable y extraordinaria remaban seis muchachas competentísimas y sumamente dispuestas y serviciales. Los remos y sus palas eran de níveo marfil que brillaba, no por haber sido pulido con rábano silvestre, sino naturalmente, y los palos eran de oro y las cuerdas de seda mezclada y trenzada. Aquellas muchachas estaban ricamente vestidas de tela transparente que volaba agitada por las inconstantes brisas y ponía de manifiesto voluptuosamente los miembros de sus cuerpos en la tierna flor de la edad. Algunas llevaban la cabeza rodeada por abundantes trenzas muy rubias; otras tenían la espesa y lustrosa cabellera más negra que el ébano indio. ¡Qué grato se ofrecía a la mirada su contraste! Rodeando la carne sobremanera nívea de sus rostros, hombros y pecho, algunas tenían las espléndidas cabelleras negras dispuestas en moños y trenzas, lascivamente atadas con cordones de plata, con nudos y lazos tan agradables y voluptuosos a los sentidos que hubieran sido capaces de apartar la mirada de cualquier otro objeto, por admirable que fuera, y apretados en la nuca por perlas orientales más bellas que las que Julio compró para su amada Servilia. Otras tenían los rizados cabellos atados con guirnaldas de rosas y otras flores, y las lustrosas frentes sombreadas con rizos como zarcillos. Rodeaban sus lácteas y rectas gargantas suntuosos collares de piedras preciosas de colores distintos y armoniosos, talladas en forma cónica. Debajo de los firmes pechos llevaban un apretado ceñidor, obstinado obstáculo a la caída de la tenue tela que los cubría, pero ellos, aunque

sujetos, se agitaban un poco con el movimiento, lascivamente. Esta tela que cubría sus pechos tenía en torno al cuello un adorno de apretados hilos de oro, tejidos con un trabajo de perfección extrema, con los bordes adornados con redondas perlas y, a todo lo largo de él, con preciosísimas gemas dispuestas ordenadamente.

No sabría expresar correctamente todo lo que me fue permitido ver con generosidad y de lo que fui partícipe, pero cuando lo revuelvo en mi ánimo y lo abarco en la amorosa imaginación y lo busco en mi memoria, viene a mi mente un dulce goce ocasionado por tanta belleza como pude contemplar. Dos de ellas, Aselgia y Neolea,<sup>300</sup> estaban vestidas preciosamente y con lascivo adorno de damasco tejido con trama de oro y urdimbre de seda azul, tal como el rey Atalo no hubiera podido encontrarlo en Asia. Otras dos, Chlidonia y Olvolia,<sup>301</sup> llevaban un voluptuoso vestido babilónico de preciosa tela de color de mar de variada textura. Las últimas, Adea y Cyparia,<sup>302</sup> iban vestidas de nobilísima tela de color de miel, de costuras ribeteadas y menudísimas cuchilladas abiertas en distintos lugares y con las orlas inferiores cubiertas de hojas de oro. El vestido tenía en las axilas una amplia abertura, con todos los adornos adecuados y aditamentos ninfales, por la que salían los ebúrneos brazos desnudos, más blancos que el cuajo de la leche. Las frescas y lascivas brisas, según se movieran a un lado o a otro, ponían de relieve ora la forma del redondo, casto y duro vientre, ora el admirable pubis, ora las carnosas caderas, ora las trémulas nalgas. Llevaban los zapatos muy ajustados sobre los largos piececillos, con una abertura en forma de media luna, y lindísimamente orlados, ata-

dos con cordones de seda azul, verde y roja en el empeine, con bordes, broches y tacones de oro. En algunas, los cordoncillos de seda tenían los extremos puntiagudos de oro, que atravesaban alternadamente ojetes del mismo metal, y sus calzados estaban adornados con otros virginales y delicados adornos, inventados para gratificar los sentidos con un artificioso placer. Todas estas cosas se ofrecían a nuestro amoroso misterio más graciosas y admirables en su dignidad que a las ardientes llamas la grasa, a Vulcano el azufre, el Cerbero de tres cabezas la insomne custodia del abismo infernal, a Megera y sus hermanas el mortal espanto, y la florida juventud al amoroso Cupido, y a su madre los cómodos escondrijos.

Separados, pues, de la arenosa playa, estas divinas ninfas marineras engancharon los remos de marfil a sus aros en la cubierta, y volviendo alegremente y con majestuosa reverencia los rostros hermosísimos a su señor, que estaba desnudo en pie en la proa, nos dieron las blancas espaldas. Y Polia, mi genio, me dijo con palabras sumamente elocuentes: «Polífilo mío, a quien amo más que a cualquier otra cosa del mundo, que abandono y rechazo por ti, quiero que sepas y entiendas que estas seis virgencitas que están aquí presentes son excelentísimas compañeras de aquel señor y se prestan oportunamente a su placentero servicio.»

Cuando estas agradables, hermosas y excelentes ninfas se hubieron sentado en parejas sobre los bancos de sándalo, con el rostro vuelto hacia el divino señor y las delicadas espaldas hacia nosotros, el piloto divino, desplegando las ligeras alas, llamó hacia sí al suave Céfiro de perfumado hálito y dio al viento sus santas plumas, más

centelleantes que la luz de las antorchas y el ardiente carbúnculo, y cuando sus alas plumosas estuvieron llenas de perfumadas brisas, comenzamos a abandonar las costas murmurantes y a navegar sobre el mar profundo y ancho, tranquilo y en grata bonanza. Y estando mi enamorado y obstinado corazón lleno de sentimientos contrarios, de grande y temerosa veneración y de singular dulzura y alegría palpitante, pensaba entre mí profundamente dónde se podría encontrar un corazón tan inhumano o de tal dureza, o imaginarlo tan vivaz y vigoroso, más áspero que la corteza de la palmera, que, ante presencias tan bellas y deseables y objetos tan divinos, no se hubiera vuelto repentinamente tiernísimo, manso más allá de toda comparación, dulcísimo y mortificado, débil y sensible.

Y ¿qué reprimida y apagada concupiscencia y glacial y debilitado apetito no hubiera roto aquí vigorosamente sus tenaces murallas y mordientes cadenas y, restablecido por estos espectáculos hermosos, bellísimos y amorosos, no se hubiera convertido en un Etna llameante? ¿Qué Diana habría rechazado fuegos tan benignos, capaces de incendiar al casto Hipólito y de hacer caer en la lascivia a la purísima Orithia?<sup>303</sup> ¿Y cómo, por tanto, debían sentirse aquellos que eran completamente aptos para el amor y estaban a su lado y completamente predispuestos? Me encontraba como el pececillo nacido en el agua hirviente, que, cuando se le saca de ella y se le pone a hervir en otra, no se cuece nunca. Miraba perplejo aquel espíritu divino y veía en sus alas doradas algunas inquietas plumitas, tiernecillas y delicadas como las de las inmaduras alas del pájaro que permanece aún en el nido y no vuela, temblando a los vientos cargados de ro-

cío. ¡Oh, qué agradables y placenteras se ofrecían a los sentidos aquellas alitas de oro rojo! En algunas plumas refulgía el color del oro con un matiz purpúreo, en otras glauco o de tinte esmeraldino o de coloración violácea o azul o más amarilla que la avecilla ictérica, y todos estos colores de las plumas se unían notabilísimamente y con suma armonía en las divinas alas formando uno solo, que era áureo.

Esto me hacía pensar que todas las joyas de la fecunda naturaleza fulguraban distribuidas en ellas, que eran radiantes como hojas de oro purísimo suspendidas en el aire bajo el claro sol. Pintaban hermosamente las aguas con sus placidísimos colores, rotos por las olitas inestables y rizadas y borrados por las olas grandes, envidiosas de su belleza. Contemplaba también la incomparable belleza divinamente reunida en Polía, que cada vez parecía más delicada y hermosa. Luego consideraba el aire purísimo y sereno, el tiempo templado y tranquilo y las aguas cerúleas, limpias como transparente cristal, a través de las cuales se veía el fondo claramente. Vi aquí y allá muchos islotes arbolados e islitas esparcidas adornadas de hermoso verdor, verdeantes de espesos arbustos y gratamente sombreadas, y muchos lugares imprecisos que se perdían en la lejanía y aparecían, sobre las olas lisas, como manchitas. Los hermosos árboles sombreaban igualmente la costa y su verdoso reflejo espejeaba en las límpidas aguas y se veía tan perfectamente como ellos mismos.

Proseguimos, pues, nuestra navegación placentera y triunfal, presidida por el mando y la divina monarquía del poderoso amor, en la que reside aquel señor que en

la extrema dulzura se vuelve austero y en la austeridad se finge tan suavemente dulce, y en la dulzura tan amargo y en la amargura tan placentero. ¡Oh, feliz quien, navegando, percibiera sus alas propicias y favorables! Encontrándome así entre dos señores tan gratos—el uno me inflamaba y el otro me consumía—, he aquí que los dioses marinos Nereo con la gratisima Doris<sup>304</sup> y con sus hijas Ino y Melicerta,<sup>305</sup> venían en sus bigas sobre las olas sin espuma a venerar, festejantes, al niño divino. Y vi aquí a Melanto o Poseidón, habitante de las olas, con su cerúlea barba hirsuta y su puntiagudo tridente, arrastrado por grandes focas, y a los azulados tritones flautistas, tocando sonoras caracolas cuyo bramido resonaba por el aire y saltando con una caterva de ninfas dirceas,<sup>306</sup> y a las nereidas sentadas sobre los velocísimos y curvos delfines, a los que se califica de chatos, que siguen el soplo del aquilón y son transportadores de Arión, y ballenas y al monstruoso Cefiso.<sup>307</sup>

Y con este mismo orden vino el padre antiguo con su esposa Tetis y con sus festivas hijas Erate, Efira y Filira, Hippo y Prino;<sup>308</sup> y luego festejaban volando la hija de Nereo con el doliente Esaco,<sup>309</sup> con la voz triste, vestido de negro o de luto por su querida Epirife, mordida por la serpiente venenosa, y Alcíone, llorando a su querido y deseado Ceyx.<sup>310</sup> Y Proteo, arrastrado por hipocampos, y el pescador Glauco con su amada Escila y otros monstruos marinos con forma de pez y muchos caballos y hombres anfibios, con grande e indecible aplauso, sumergiéndose en el flujo y reflujo fragoroso de las espumosas aguas y gritando con veneración y solemne alabanza, con grandes chillidos que recorrían las olas. Les

respondía una multitud de avecillas costeras y blanquísimos cisnes, unos nadando y otros volando por el aire y cantando con hermosa voz y sumo concierto. Dieron unánimes gloria y alabanza al amor, como los fieles a los dioses omnipotentes, manifestando su alegría, haciendo gran ruido en el agua con movimientos juguetones, y sus ágiles saltos y los meneos de sus agallas, aletas y remanentes colas resonaban con agradable estrépito. Este espectáculo me agradaba increíblemente, ya que nunca había visto ante mí tanta variedad de dioses acuáticos y ninfas y monstruos como los que ahora danzaban y retozaban en honor del niño divino, y permanecí estupefacto mirándolo. No me consideraba menos triunfante que cualquiera que hubiera recibido en Roma la ovación, y me juzgaba más feliz que el afortunado Polícrates, ya que los dioses me habían comunicado benévolamente tanto bien.

Ocurrió entonces que, estando ya mi corazón hecho a un solo fuego en la plenitud de mi delicioso placer y al lado de mi encantadora y divina Polia, disfrutaba, más que de todos aquellos memorables espectáculos, de un aroma reparador que se desprendía de su suma limpieza y delicioso lujo. Sumido en un máximo estupor, decía entre mí: «He aquí que hoy he conseguido victoriosamente aquello que ardientemente deseaba, y que lo veo ante mí claramente y tengo abrazado el rico tesoro que he deseado largamente, con no menor contento y placer solaz que el de la esplendorosa Cintia cuando, dejando los reinos superiores, se solazaba con su amado Endimión, escrutador del fondo de las aguas, en la vacilante y ligera barquilla de pescador cerca de los escollos. Ni tanto podría gloriarse Paris del juicio litigioso ni de

su navegación cuando huía con la hija de Leda con las velas hinchadas por soplo del Austro, ni Jasón de la malfélica y engañada Medea, ni Teseo de la presa minoica, ni el capitán romano de la ambiciosa egipcia, ni las nietas del elevado Atlas de su abuelo, que sostiene con sus hombros robustísimos el estrellado cielo, ni el pintor Apeles del amoroso regalo que le hizo el Gran Alejandro,<sup>311</sup> ni la rubia Ceres de la siega, cuanto yo de tener a mi lado a mi divina Polia, cuya belleza habría acelerado al tardo Saturno y detenido al velocísimo Febo y fijado a Cileno,<sup>312</sup> que lleva el caduceo y es capaz de incendiar a la fría Diana y aun de arrastrar a los dioses a su servicio.»

Navegando, pues, con el leve y suave empuje de las rápidas brisas, no podía yo detener mis ojos escrutadores, curiosos e inconstantes, poniéndolos ahora en uno, ahora en otra, ni era capaz de discernir ni limitar la diferencia entre Polia y Cupido sino por la divinidad de este. Y entonces, arrastrado por una dulzura inimaginable, abdicaba mi alma en favor de ambos, encomendándola al poder de él, podía concederle los amorosos deseos y a la voluntad de la insigne Polia, para que prestase su consentimiento con benevolencia. Y tenía confianza y estaba persuadido de que, sin duda, de tan venerable y majestuosa presencia no podía seguirse otro efecto que el ardiente amor y que ella, por su parte, no podía huir de la navecilla triunfal ni descender de ella. Y sobre todo esperaba el buen término de mi extremo deseo al ver los amorosos jeroglíficos de la hinchada vela de esta gloriosa navecilla del divino y poderosísimo Cupido, por lo que exultaba al ser conducido a tal dignificación y me sentía felicísimo y me gloriaba de poseer tan excelente compa-

ñera y de su amor, tanto como no podría gloriarse Apolo del adorno de su aljaba y de su cítara ni de las hojas del laurel de Dafne, hija de Peneo, ni Polícrates del hallazgo de su anillo, ni Alejandro Magno de sus victorias y altos trofeos, cuando yo de mi gran triunfo. Me admiraba sobremanera también de que en aquel divino cuerpecito hubiera un fuego tan activo y fuerte, que inflama y consume el universo entero, penetra en los solidísimos cielos y desde ellos, sin disminuir un ápice, se dirige a las profundidades del abismo; fuego de naturaleza admirable al que no pudieron resistirse ni la líquida Tetis ni el antiguo padre Océano, ni Neptuno, el que lleva el tridente. ¿Qué clase de fuego es, que, muriendo en él los mortales de suprema dulzura, se nutren y viven de él? Estupefacto, estimaba mayor milagro el que entre los copos de nieve del delicioso pecho de Polia pudiera arder aquel y hacer germinar purpúreas rosas. Pensaba con ternura que tal fuego ardía en aquellos blancos lirios, llenos de fluida y jugosa leche. No me sentía capaz de comprender cómo se inflamaba con tanta fuerza entre aquellas brillantes rosas, que crecían entre las escarchas invernales del frío Capricornio. Me hallaba igualmente ignorante sobre el modo en que el Euro soplador provocaba en los alegres ojos de la bellísima Polia aquel inflamable fuego que irradiaba en mi corazón con más ardor que aquel con que los radiantes leones de la flota gaditana quemaron las naves del rey Terón;<sup>313</sup> tampoco sabía, y estaba loco por saberlo, de qué manera Pyragmon<sup>314</sup> y sus compañeros habían instalado en ellos aquella oscura y particular fábrica de rayos. Pero sobre todo, no encontraba ningún camino, por ingenioso que fuera, para llegar a saber con qué valor resistía mi ardiente corazón

debilitado, aplastado, mortificado y completamente abati-  
do, sumido en aquella lucha terrible y continua, cautivo y  
estrechamente atado, cercado por hostiles placeres y ro-  
deado por encendidas y agradables llamas suscitadas por  
aquellos ojos placidísimos, fieles dispensadores del santo  
tesoro del gran Cupido, las cuales, contra su propio deseo,  
al no poder encender aquel punzante zarzal y espesísimo y  
enredado abrojo, se enroscaban en él.

«Oh, dulcísimo ser alado—decía dirigiéndome al  
dios—¿Cómo puedes anidar suavemente en mi alma?»  
Y luego decía a los estelares ojos de Polia: «Oh, encanta-  
dores y dulcísimos verdugos, ¿cómo habéis sabido hacer  
de mi triste corazón una aljaba tan llena de flechas, para  
ceñirla a los divinos flancos del Amor? Pero yo os deseo  
cada vez con más calor, mucho más, sin comparación, de  
lo que Lucio, con sus largas orejas, deseaba las purpú-  
reas rosas y pasaba por ellas tantas penas y mortales tra-  
bajos,<sup>315</sup> y me sois más gratos y oportunos que a la infeliz  
Psique la ayuda de la hormiga, portadora de granos, y el  
águila y el inofensivo pinchazo de la saeta de Cupido.»<sup>316</sup>

Por todas estas cosas, no podía sacar mi alma ardo-  
rosa de los delicados brazos y voluptuosos abrazos de mi  
Polia, la de la hermosa cabellera, porque mis insacia-  
bles ideas la habían encarcelado y proscrito allí.

Con el alto señor dividían y compartían esta  
constante presa durante la navegación.

Pero esto era lo único que yo tenía  
por extrema dulzura de amor,  
a cuya presencia me invitaba  
aquella feliz celebra-  
ción y triunfo.

POLÍFILO CUENTA QUE LAS NINFAS, TRAS HABER FRENADO LOS REMOS, COMENZARON A CANTAR SUAVEMENTE. Y QUE SENTÍA UNA GRAN DULZURA DE AMOR, PORQUE POLIA COMPETÍA CON ELLAS EN EL CANTO.



ARCHÁBAMOS ASÍ, CON SUMO FASTO, soberbia y gran pompa, atrevido triunfo, inexpresable alegría y voluptuoso placer, y yo con aquellos excitantes dardos cruelmente clavados en mi lacerado corazón, que era diana libre y firmísima de los amorosos ojos de Polia y de las abundantes saetas de Cupido. Mi corazón dilatado ardía como un horno, cada vez más ávido de aumentar su ardor por causa de mis ojos insaciables e impacientes, a los que perdonaba de buena gana por consideración hacia la causa que los volvía tan ansiosos y aplicados y dirigidos continuamente a ella. Como la imagen de Apis, que siempre se vuelve a contemplar al sol, así se dirigían mis ojos a ella, que era un objeto notable y excitante, con aquel bellísimo rostro radiante, de una hermosura prohibida y proscrita en el mundo. Pero aún más criminales, vagos y ladrones eran los pensamientos de aquel señor y mucho más inicua y perjudicial la muerte que me hacían experimentar, pues eran óptimos cuestores, hábiles en esta materia y artífices muy capaces en la fabricación y composición en el taller de su imaginación, con fuego y llamas, de tan dulce tormento, tan venerable ídolo, tan hermosa imagen, tan

bella forma, y de concebirla tan placentera. ¡Oh, qué molestos y desenfrenados se mostraban, negándose a sucumbir, estos desmesurados y públicos asesinos de mi reposo y de mi tranquilidad, insaciables murmuradores de la nunca vista belleza de mi Polia de cabellos de oro, a veces dulces, a veces amargos, a veces alegres y la mayoría de ellas tristes, a veces alcanzables y a menudo fugitivos! ¿Qué fuerzas habrían sido tan poderosas que fueran capaces de encarcelar los sentidos incontinentes, que se resistían discrepando y discrepando se defendían y defendiéndose repudiaban y repudiando desdeñaban cualquier barrera y encierro, en aquel prado ameno y abundantemente florido que eran las singulares y eximias delicias de Polia y que (como susurrantes abejas) recogían copiosísimamente tanta belleza y placer y lo difundían por las abrumadas vísceras sin descanso y arrojaban sobre ellas, para invadirlas, serpeantes llamas? Por esto, no juzgaba digno ni conveniente que el enamorado y encendido corazón, resistente y vigorosamente ejercitado en estas tareas, fuera alejado de ellas o debilitado a causa de la incomodidad, sino más bien que yo debía soportar todo aquello con paciencia, ya que él había contraído tantas fatigas de buena gana y para mi placer.



AMOR VINCIT  
OMNIA

Ahora nosotros, que navegábamos por primera vez de esta forma desconocida, íbamos en la mágica navecilla donde palpitaban los misterios del amor, sin timón ni gobernalle y en la que la popa era proa y la proa popa, preparada para Cupido por su madre más digna y exquisitamente de lo que una lengua elocuentísima sabría expresarlo exponiéndolo y expresándolo reunirlo y reuniéndolo narrarlo claramente.

En su centro, a modo de palo mayor, se alzaba un asta de oro con un estandarte triunfal e imperial, que volaba agitado inconstantemente por los suaves soplos del primaveral y complaciente Céfiro. Era de fino tejido de seda de olor azul y en sus dos caras estaban perfectamente bordados tres jeroglíficos con gemas de colores adecuados y perlas blanquísimas, rodeados de follaje y con una decoración hermosísima. Había un vaso antiguo, en cuya boca ardía una llama; y luego un globo del mundo, estando unidos ambos con una rama de mimbre. Yo los interpreté así: «El amor vence todas las cosas.»<sup>317</sup>

Deseaba yo de buena gana poner mi mirada respetuosa y reverente en el divino piloto y hacía todo lo posible por lograrlo, pero aquel objeto era desproporcionado a mi débil vista, que no lo soportaba, aunque, entrece rrando los ojos, vislumbraba algo del divino niño: unas

veces me parecía doble, otras triple, otras de imágenes infinitas. Él y Polia hacían que nuestro viaje fuera feliz, dichoso y glorioso. Y el divino piloto Cupido, agitando en el aire sin cesar las sagradas plumas de sus alas, en las que Canente,<sup>318</sup> amante de Pico, se solazaba, las hacía relucir más que fúlgido oro con sus diversos y gratísimos colores, dando vueltas en círculo sobre las orillas. Era más bello y grato que el prisma triangular de cristal o columna de Euclides cuando se aproxima a los ojos.

Entonces las ninfas remeras comenzaron a cantar con suavísimas notas y entonación celestial, totalmente distinta de la humana y armonía increíble, y a tocar dulcemente con gran concierto y voces y melodía bien armonizada, de tal manera que dudé de poder resistir su ternura, sintiendo el corazón palpitante y herido de dulzura, casi fuera de su lugar y como si se me fuese a escapar por la boca. Y ellas, con las lenguas vibrando en el sonoro paladar, rompían las brevísimas notas acodadas, rizándolas y partiéndolas en dos o en tres cada una. Comenzaron cantando a dúo, luego en trío, luego cuatro juntas y por último las seis, y abriendo con moderación y cerrando graciosamente los labios de rosa, exhalaban el aliento modulado con armoniosa proporción, con dulce voz sincopada en el cálido corazón y con amorosa languidez. Aquellas voces, suspirantes y moduladas en trinos suavísimos, eran capaces de hacer olvidar las necesidades naturales. Acompañándose con instrumentos semejantes a las liras, cantaban las dulzuras y la naturaleza del amor, los graciosos engaños del supremo Júpiter, los placenteros ardores de la santísima Erotea,<sup>319</sup> las lascivias del festivo Baco, la fecundidad de la nutri-

cia y rubia Ceres, los sabrosos frutos de Hímeneo, expresándose en verso y rítmicamente, con canto bien medido.

Con la mente trastornada por esto, creía firmemente que el dulcísimo canto que liberó de las eternas llamas a Eurídice, raptada por el carro veloz y conducida a los infiernos y a los lugares oscuros, y el que utilizó Hermes para adormecer al pastor de los ojos innumerables,<sup>320</sup> no fueron como el que salía de aquellas preciosas bocas de coral y se esparcía por el aire purísimo. Y se veían pasar por las blancas gargantas los sonidos, que se difundían con modulada dulzura, porque aquella carne era celeste y de composición divina, transparente como cristalino y helado alcanfor refinado, teñido de carmesí.

Por este canto se habría olvidado Febo de venir a teñir de rosa a la aurora esplendorosa con sus rayos resplandecientes y de colorear las flores y de renovar el día, grato a los mortales. Y sin duda la arquera Diana habría olvidado por él los curvos arcos y las flechas voladoras y la asidua caza y las densas selvas y habría templado su gélida fuente y no habría rechazado la presencia del incauto cazador ni lo habría convertido en cornudo ciervo para que lo destrozaran sus feroces perros. Y la errabunda Selene habría dejado de iluminar con su esplendor los altos cielos y la tierra en tinieblas. Y la espantosa Proserpina no habría hecho sufrir a sus dolientes súbditos, si hubiera llegado a sus oídos semejante melodía. Y el placerero Baco se habría resistido a las lúbricas lascivias y habría desdeñado las colinas tebanas y Eleo, Naxos, Chíos y el monte Masichio y Mareotis y habría tenido en poco las dulces delicias de la vendimia otoñal. Y la nu-

tricia Ceres habría conservado las espigas siempre verdes, no haciendo caso de los feraces reinos de Ausonia, ni habría cambiado las bellotas de Caonia por las gruesas espigas de cuatro granos. Y el águila del tonante Júpiter no habría notado escurrírsele entre las garras el raptado copero, si este hubiera querido huir: tan dulcemente cantaban y armoniosamente tocaban las ninfas; y cantando cada una de ellas con mi Polia, procuraban melodías celestes a los oídos atentos.

Por estas se habría adormecido el negro, multiforme e insomne Cerbero y no habría velado con ojos inmóviles las puertas metálicas del Ténaro. Y la furiosa Tesifón y sus monstruosas hermanas se habrían mostrado amables y benévolas con las almas desgraciadas. Nunca se oyó tal armonía de voces, liras y flautas a Parténope y a sus hermanas Leucosía y Ligia,<sup>321</sup> hijas de Aqueloo y Calíope, que cantaban en las islas Capreas, cerca del Péloro. Por lo que mi alma, abrasada en un incendio, sacada de su sitio por los felices cantos y músicas, presencias, bellezas, compañía y majestad, no podía salvarse ni volver en sí, sino que permanecía estrechamente atada y ponía su residencia en los delicados brazos y en el blanco seno de Polia, a la que se rendía como rehén perpetuo. Y, meditando, llegaba a las delicias misteriosas por sendas deleitosas y placenteros caminos y luego, manteniendo ocultas todas mis fuerzas excitadas, no podía experimentar otra cosa que un placer imaginario y glorioso.

Por eso, mi mente, inquieta por numerosos pensamientos, se apacentaba con aliento espiritual y yo contemplaba ávidamente con miradas curiosas y lascivos

apetitos las bellezas manifiestas y perfectas de Polia, cuya rara apariencia era ya habitual, desdeñando cualquier otra cosa, por admirable que fuera, que me pudiera desviar de ella. Pero resultaba en aquel momento singularmente agradable su pecho resplandeciente, pintado maravillosamente de purpúreas rosas y lechosos lirios abiertos por primera vez a la llorosa Aurora, placentero espectáculo concedido abiertamente y sin obstáculo a mis ojos, y coloreado en armonía con aquel objeto hermosísimo que era su rostro, tan seductor y admirablemente bello, encantador y tan notable que no aparece con tal hermosura Hippe en el puro cielo.<sup>322</sup> Sus rizos como zarcillos, temblando sobre la rosada frente y las sienes lisas, caían con gran belleza por el cuello níveo y los blancos hombros y eran agitados por la brisa juguetona y primaveral. El altísimo Júpiter no pudo imaginar ni fabricar ni producir por la naturaleza de su poder rostro semejante, ni Apeles lo habría podido pintar, y mucho menos Arístides, que pintaba con su pincel almas humanas. No podía saciarme de esta visión, del mismo modo que las zumbadoras abejas no se sacian del oloroso tomillo ni del amelo, ni las cabritillas embestidoras del florido citiso ni de las frondas tiernas.

De buena gana y con increíble placer le habría abierto yo y despiezado mi corazón amorosísimo, no temiendo nada grave, ya que la experiencia me indicaba lo que puede soportarse cuando se ama, como abrió Antipater a César su pecho lacerado. Y puesto que mi alma había sido seducida rápidamente por su dulce rostro y su noble figura y había caído en servil rendición, le habría

franqueado mi pecho desgarrado del mismo modo que la piadosísima pelícano egípcia, habitante de la soledad del Nilo turbio y acéfalo, lacera con el punzante y cruel pico su pecho y saca fuera su corazón piadoso y materno cuando sus pollos pían de hambre. Pues mi corazón no estaba dedicado a Dionisos, sino perpetuamente sólo a ella. Excitado y difundíendose en mí los insanos amores, feroces como la hidra de Lerna, y los fogosos deseos y los pensamientos tentadores, mi corazón estaba de acuerdo en que me consumiera y disolviera en una llama quemante y ardentísima, creada completamente por mí mismo. El letal y mortífero dardo, traspasando sin daño mi corazón herido, se mantenía en equilibrio en él con mayor milagro que la flecha mortal que colgaba, sin que nada la sostuviera, en el templo de Diana en Éfeso. Mi alma, impedida por aquel, no era capaz de devolverme plenamente la vida.

Estaba mortificado por estas razones y ardiendo desmesuradamente y sólo sus deliciosas miradas me restablecían y sus amorosas señas me confortaban y sus reposadas y dulces palabras me vivificaban, solicitándome afectuosamente que prestara atención a los suaves cantos de aquellas cantoras tan egregias y divinas y disfrutara de aquellas cosas admirables con los sentidos, interrumpiendo la fijeza de mi mirada sobre ella y todo mi amoroso empeño. Pero mi hermosísima Polia era más grata a mis hirvientes ardores de lo que fueron tal vez las rápidas ondas del Xantho y del Simois a Ilión en llamas, ni le fue tan grato a Atalanta el honroso regalo de la cabeza del hirsuto jabalí que le hizo Meleagro, ni a Alcmena, amada por el benigno Júpiter, su regalo.<sup>323</sup> Ni le fue

tan grato y oportuno a Aníbal en los Alpes el elefante, cuanto era Polia a mi amor y mi alegría.

Así pues, perseveraba constantemente en mi primera actitud, entre el dulcísimo placer y la odiosa dilación, ni más ni menos que el pesado oro persiste ante el cemento más fuerte y los licores más sutiles. Me volvía luego hacia el divino niño y, murmurando, decía en voz baja: «Oh, flamígero Cupido, señor mío, una vez te heriste a ti mismo con tus crueles saetas hasta la extrema frontera del ardor por causa de la bellísima Psique, a la que amabas extremadamente como aman los mortales, y te plugo amarla sobre todas las demás muchachas y te dolió bastante el pérfido consejo que le dieron sus falaces hermanas y, airado contra ella, la atormentaste sobre el oscuro ciprés y la reprendiste duramente.<sup>324</sup> Ten piedad de mí y considera, como experto que eres, la fragilidad de los amantes deseosos y atempera un poco tus ardientes llamas y tus armas nocivas y pon freno a tu arco mortal, porque estoy completamente destrozado por el amor.

»Con razón argumento que, si tú fuiste cruel y despiadado hiriéndote a ti mismo, ¿qué puede convencerme para que no tema que te portes conmigo sin piedad, más rudo, desenfrenado y cruel?» Y así, exasperado, me sentía atrevido y aliviaba algo la fuerte invasión y el repetido empuje del ímprobo y ciego amor con diversas peticiones y preces y reclamaciones artificiosas y satisfacciones falsas. Pero todo esto no era capaz de calmar debidamente mi encendido corazón ni de satisfacer realmente mi apetito. Y lo que ahora le pedía era sólo que, por lo menos, pusiera fin a mi atormentada y larga espera y a la molesta impaciencia por salir de aquel encierro:

«Bien es cierto que resulta más dulce lo que se desea que lo que ya se ha disfrutado, pero todo amor ardiente tiende a su esperado fin. Así pues, abrevia, señor mío, con rapidez y con una espera razonable esta dilación, que me es más ingrata y desagradable que el humo a los ojos y la aspereza embotadora a los dientes y la lentitud en la ayuda al que se encuentra en una necesidad, porque es grave tormento, para el alma que desea algo, el aplazamiento odioso y la prórroga del fin deseado.» También acusaba con razón a la naturaleza de que, aunque todo lo tenga bien dispuesto y con gran ingenio, ha dejado discordante el querer con el poder. Luego, volviendo en mí, me admiraba mucho no poder saber dónde encontraba el amor materia tan dispuesta y duradera, como el Etna inconsumible, y fuego tan abundante dentro de mi pequeño corazón, tan fácil de abrasar, así que, finalmente, decidí limitarme a contemplar atentamente mi eximia y nobilísima compañía y el compuesto y hermoso objeto de mi amor, y apurar con mis cavernosas orejas aquellos dulcísimos cantos de entonación celestial, de los que recibía alivio inefable y que proporcionaban a mis sentidos un placer creciente y extremado.

Entonces, de esta manera desacostumbrada, nuestra rápida nave discurría cual leve libélula sobre las plácidas y lisas orillas del mar sin surcarlo, y las bellísimas remeras cantaban alegremente con bien entonado yastio,<sup>325</sup> y la divina Polía, sola y sin el acompañamiento de las otras, cantaba al modo lidio no desentonando, sino comparable en todo a ellas: no ofrecían los llantos de la furiosa tragedia, ni la hilarante sátira, ni la comedia engañosa, ni

las aflictivas elegías, sino que cantaban con bellísimos versos y elegantes palabras las supremas dulzuras de la santa y nutricia Ericina<sup>326</sup> y las agradables falacias de su hijo, que estaba presente. Y Polia, afable y magnífica, cantaba con gran elegancia las gracias por los favores recibidos, provocando admiración, con tal vehemencia y dulzura que no se podía igualar a la del ciego Demódoco cuando entonaba sus cantos, acompañado con la resonante cítara, en presencia de Ulises, que se cubrió la cabeza con el manto.<sup>327</sup> Mi gratísima compañera no

se deleitaba menos, hablando alegremente y

preguntándome con cariño qué me

parecían las cosas presentes,

y me decía el nombre

propio

de

cada

ninfa remera

y me repetía, con

dulce persuasión, que sólo la

perseverancia trae consigo la diadema

del triunfo. Así, libres y sin freno, navegamos alegremente y llegamos sin percances a la deliciosa isla de Citera.

LLEGARON ALEGREMENTE AL DESEADÍSIMO LUGAR, CUYA DIGNA AMENIDAD AFIRMA POLÍFILO, DESCRIBIENDO OPORTUNAMENTE SUS PLANTAS, HIERBAS Y AVECILLAS, PERO ANTES LA FORMA DE LA NAVECILLA. Y CUENTA QUE, AL DESCENDER DE ELLA EL SEÑOR CUPIDO, SALIERON A SU ENCUENTRO PARA HONRARLE MUCHAS NINFAS PORTADORAS DE TROFEOS.



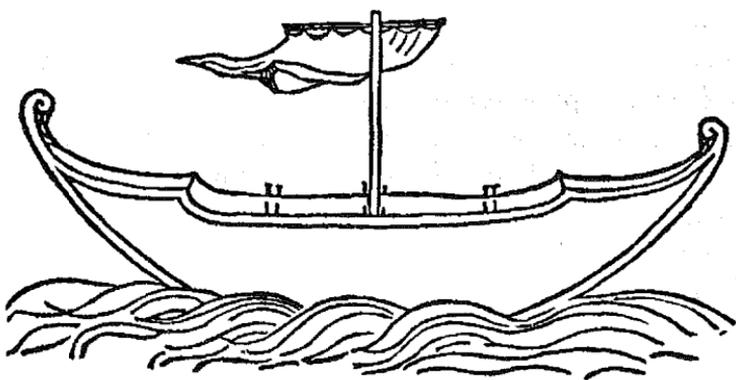
TILIZANDO EL NIÑO DIVINO LAS ALAS abiertas como velas e impulsados no por un odre como Ulises, sino por complacientes brisas cargadas de rocío, hijas de Astreo y de la rosada Aurora, navegábamos, encontrándonos Polia y yo de común acuerdo en el deseo ardiente de llegar a nuestro destino, yo con mayor amor del que ningún ser humano podría sentir ni imaginar ni menos contar. Este, aunque era excesivo en lo más profundo de mis entrañas, se veía aumentado por la presencia divina y la de aquellas hermosísimas ninfas remeras y por el canto dulcísimo y la forma misteriosa de la navecilla sólida e inquebrantable, oportuno instrumento organizado por el amor, y por la preciosidad de su materia y la dulzura y amenidad del lugar, y mucho más por la llama que Polia, con su eximia hermosura, encendía exuberante en mi inflamado corazón, porque sus ojos amorosos y relucientes, cayendo como un rayo sobre mis entrañas, provocaban en mí tumultuosamente un terrible incendio. Derretido y dañado por su ardor,

me brotaban frecuentes sollozos porque, del mismo modo que un cazo puesto sobre un fuego excesivo se sale por los bordes, así, ni más ni menos, los hirvientes suspiros encerrados en mi corazón se manifestaban ruidosamente, al ser calentados en exceso, y sólo era capaz de mitigar estos inoportunos incendios la belleza de Polia, mi hermosa conductora. Pero, aunque así fuese, yo experimentaba tantísimo deseo, que estaba totalmente absorto y más consumido de lo que podría expresar nunca mi lengua.

Finalmente llegamos, felicísimos, alegres y triunfantes, a la isla tan deseada, con nuestra soberbia nave de seis remos, no lastrada, sino libre, cuya forma era la siguiente. Dos cuartos de su longitud se repartían entre la popa y la proa, que tenían igual forma y adorno una que otra. Las otras dos partes correspondían al cuerpo vacío y a una y otra armadura que se iniciaba entre la proa y la popa, sobre las que discurrían los bordes. La concavidad de una armadura se proyectaba hacia delante un cuarto y desde allí se inclinaba paulatinamente hasta encontrarse con la de la otra. Estos flancos inclinados sobresalían de la cubierta dos pies, y entre uno y otro había fijados transversalmente tres bancos, elevados sobre la cubierta pie y medio. La quilla estaba revestida de láminas de oro y también los curvos costados panzudos, cuyos extremos se elevaban, adelgazándose en el «delfín», llamado así por su forma, encorvándose luego en forma de agradable voluta. En el círculo de esta relucía un adorno de gruesas piedras preciosas. En su curva hacia la cubierta de la proa y de la popa tomaba paulatinamente forma vegetal, convirtiéndose en una hoja antigua de óptimo oro, que

caía sobre la cubierta serpeando, con sus caulículos y bordes sinuosos orlados de una incisión, obra elegantísima. De esta espiral salía igualmente sobre la cubierta por el exterior, dejando un hueco en la parte de los bordes en que se insertaban los remos, un admirable friso de un palmo de anchura, de oro y piedras preciosas, de precio increíble, que ceñía la barca egregiamente, con maravillosa y armónica distribución y colocación de las gemas. Todo el maderamen estaba tan bien compuesto y con tan notable perfección, con las tablas dispuestas como las escamas de una lóriga, sin estopa ni ninguna clase de unión, y con tal igualdad, que parecía de una sola pieza. Sobre él, la capa del negrísimo y fragante calafateo, brillante como un espejo, estaba dibujada admirablemente al modo sirio<sup>328</sup> con oro molido, con todas las demás circunstancias ya referidas. Era así:

El aire sereno y el cerúleo mar estaban llenos de los amorosos triunfos y eufónicas voces de las muchachas marineras y de los confusos clamores de los dioses marinos, que saltaban las olas en tropel y hacían fiestas y dan-



zas y gran gesticulación y daban muestras de festiva alegría y devota veneración. Nos dirigimos entre ellos a un lugar amenísimo para desembarcar. Se ofrecía este a los sentidos tan benigno y grato, tan delicioso y bello, tan adornado de árboles, que nunca ojos humanos pudieron ver nada más excelente y placentero, y la lengua más fecunda sería acusada de parca al contarle y yo no podría comparar sin abuso este lugar con ningún otro de los que vi antes, porque era increíblemente agradable y estaba colmado de delicias, siendo a la vez huerto de hortalizas y de hierbas y frutales, ameno prado y gracioso y alegre jardín de árboles y arbustos. No era lugar de montes solitarios y extraños, sino que, eliminada toda aspereza, estaba allanado e igualado hasta el graderío curvo que encerraba el admirable teatro. Los árboles tenían un aroma dulcísimo y abundantes frutos y sus ramas se extendían ampliamente. Era huerto lleno de incomparables deleites, fertilísimo, cubierto de flores que lo alegraban, libre de obstáculos y de asechanzas, adornado con fuentes y frescos arroyos. El cielo no era duro, sino templado, amplísimo, diáfano y brillante, sin las horribles penumbras de los lugares cavernosos, inmune al tiempo variable e inconstante que pudiera ofenderle con la oculta insidia de vientos funestos, sin las molestas escarchas invernales ni el inoportuno sol del verano. No le invadía la tórrida aridez estival ni la horrible helada, sino que siempre se mostraba más primaveral y salubre que el aire de los egipcios que viven cerca de Libia, destinado a procurar larga salud y eternidad. Lugar sembrado de árboles verdes y frondosos, de verdura hermosísima y agradable y cuyas flores exhalaban un aroma increíble en el aire límpido,

todo su herboso suelo estaba cubierto de rocío y de prados floridos y colmado de deleites y bienes naturales más allá de todo lo imaginable, con coloreados frutos entre el follaje perpetuamente verde, con los caminos trazados por las plantas y techados con bóvedas de rosas. Ceda ante este el regado y arbolado campo de Termiscira.

Juzgo arduo y tengo por difícil querer narrar todo esto—incluso con ingenio penetrante—, pero trataré de describirlo brevemente lo mejor que me lo permita la memoria rapaz, retentiva y a la vez pobre.

Este santo lugar, dedicado a la placentera naturaleza, que sin embargo es deplorable para los mortales, morada de los dioses y asilo de los espíritus beatíficos, tenía de circunferencia, según calculé, tres mil pasos, y estaba rodeado por todas partes de limpidísimas aguas saladas. No era un montón de piedras y escollos batidos por los golpes de las olas hinchadas y espumeantes, lleno de acantilados como las fragosas Plotes, ni tenía playas con vados rotos y roídos por la violencia de las olas y por la sal corrosiva, ni estaba compuesto por la rocosa y soberbia Níobe,<sup>329</sup> ni aparecían aquí los agudísimos y durísimos hijos de esta, sino que era de brillante materia mineral irrompible, no deleznable ni fangoso, sino traslúcido, íntegro e incorrupto como claro cristal fruto del arte.

Examiné con atención cuidadosa sus playas cubiertas de agradables residuos, porque sus guijarros eran gemas relucientes, de distintas formas y colores. Aparecía aquí, diseminado en abundancia, el oloroso ámbar gris, resultante de la unión de las monstruosas ballenas, traído por las moderadas olas. Seguía luego una isla bellísima, cubierta de grato y perenne verdor primaveral y her-

mosamente llana. Pero primero, contiguo a la desnuda playa, vi un cinturón de cipreses de la misma edad, muy altos, con sus frutos en forma de cono, astringentes y llenos de rendijas, aptos para fabricar vigas y para techos, resistentes al peso y desagradables a las carcomas roedoras, uno separado de otro tres pasos. Este orden regular era observado en círculo todo alrededor de la isla. Luego había un alegre cinturón de mirto florido, que ama las murmurantes playas y está dedicado a la divina madre de los fuegos amorosos, compacto y densísimo, recortado en forma de seto a modo de pared, de paso y medio de alto, que incluía en sí los troncos de los rectísimos cipreses, el inicio de cuya copa sobresalía dos pies desde la parte superior del seto de mirto. Esta verdura rodeaba la playa como una cerca, dejando oportunas y bien distribuidas aperturas para el paso de los lugares adecuados. El seto no acusaba la menor rama, ya que estaba cubierto por la fronda deliciosa y florida tan bien recortada que no sobresalía ni una hoja de otra ni en la parte superior ni a los lados, que estaban perfectamente igualados.

Vi que dentro de este verde seto de mirto, que podía distar del centro de la isla alrededor de un sexto de milla, había veinte líneas desde la circunferencia hasta el centro, cada una de un estadio y un quinto. Siguiendo el seto externo de mirto, en cada división había un bosquecillo con prados de diversas hierbas y árboles, distribuidos específicamente según el correspondiente aspecto del benigno cielo. Ceda aquí la selva de Dodona. Esta división deriva de trazar oportunamente una línea hacia el centro de cada uno de los lados de un decágono, de lo que resultan veinte. La figura decagonal se traza formando pri-

mero una circunferencia, en la que dos diámetros al cruzarse proporcionan el punto central. Un semidiámetro de estos, el que quieras, pártelo por la mitad con un punto y traza en este oblicuamente una línea recta hacia la parte superior del semidiámetro, y en este punto superior sobre esta línea del semidiámetro, asigne una cuarta parte de un diámetro entero. Luego traza una línea desde el centro, cortando la circunferencia sobre esta señal: tal será la división de la figura decagonal.<sup>330</sup>

Estas veinte divisiones estaban separadas por nobilísimos setos, diversamente cerrados con oportunas y convenientes cancelas de mármol rojo brillantísimo, de dos pulgadas de anchura, situadas entre pilastrillas hermosamente construidas, de mármol blanco, revestidas de plantas trepadoras. En medio de cada seto había una puerta, que medía siete pies de anchura y nueve de altura hasta la clave del arco. Por las cancelas, que eran unas romboidales o rectangulares y otras cuadradas y de otras formas bellísimas, serpeaba el periclímeneo, el jazmín, la clemátide, el lúpulo, el tano o vid negra, enredaderas de campanillas de color violeta, casi azul o blanco y la momórdica: en cada una la planta era diferente. Había también algunas cubiertas de llama de Jove, de Esmílace, que por amor del hermoso Croco se convirtió en zarzaparrilla,<sup>331</sup> adornada con flores blancas que huelen como el lirio y hojas espinosas parecidas a la yedra; y de vitilago, de vitícula y de visicaria con las semillas manchadas de blanco, y de muchas otras trepadoras cuyo nombre se ignora.

En la primera parte, el bosque era un dafneo,<sup>332</sup> constituido por laureles de muchas clases: aquí vi el lau-

rel délfico, el chipriota, el mustáceo de hojas grandes y blanquecinas; y el silvestre tino y el laurel regio o bacchalia, el tejo, el padónico y el chamaedafne, más grato y amado por Apolo que los del monte Parnaso, nobilísimo regalo enviado a los romanos. Bruto no besó nunca tierra tan fértil en laureles, gratísimos a Tiberio, ni tal vio Drusila llevada por la gallina blanca, ni nacieron tan lozanos los plantados por orden del oráculo en la villa de los Césares. Sus hojas son adorno triunfal, principalmente las del estéril. Vi también el dafnoide o pelago o eutal, que huele a incienso. No tuvo tan hermoso verdor perpetuo la hija del río Peneo, con cuyas hojas solía Apolo adornar su cítara y su aljaba. Cedan aquí, pues, los montes Sículos, tanto por la dulzura de las fuentes como por la amenidad, aunque en ellos se solazase con Diana el hermosísimo hijo de Mercurio.<sup>333</sup> Estos árboles están a salvo de la ira del altísimo Júpiter, por lo que sirvieron para cubrir la calva de César. En el amenísimo suelo se mezclaban muchas hierbas.

Vi otro bosquecillo de igual disposición, que era un encinar gratísimo de frondas tiernas. Y aquí vi latifolias y encinas y robles y hemeris que producen frutos medicinales, y halifeos y salsicórtex y bastantes alcornoques y hayas y encinas de dos clases: esmilaces y aquifolias, de hojas perennes, cultivadas por las ninfas Querquetulanas.<sup>334</sup>

En otro seto seguía, con igual orden, otro gratísimo bosquecillo de olorosos cipreses silvestres: galigabanos, romidascalos o enebros, recortados por el arte de la jardinería en diversas figuras, con sus hojas punzantes y menudas, que conservan bien al marido de la madre di-

vina;<sup>335</sup> y altísimos cedros de follaje similar al del ciprés, muy útiles, de los que se obtiene aceite oloroso y materia con la que estaba hecha la imagen de Diana en Éfeso, sumamente apreciados en los templos más nobles a causa de su duración eterna y porque resisten la mordedura del tiempo y de las polillas, fecundos en Creta, bellos en África y olorosos en Asiria. Estaban intercalados hermosamente con brathis o sabinas, de verdor perenne, nocivas a Lucina, también recortadas en formas diversas.

Luego vi un elevado y frondoso pinar de piñas: estaban aquí, distribuidos con arte, el tarentino o pino silvestre y el urbano y el pino picra o pino de piñas y el pinastro y la sabina, con la resina en forma de lágrimas.

En otro cercado había un copiosísimo seto de boj, plantado en arriates de mármol redondos y cuadrados, entre hierbas olorosas y floridas, cual no se encontraría en el Citerón, monte de Macedonia. Estos bojes eran densísimos, disminuyendo de modo preciso y graduado hasta acabar en punta y trabajados con otras muchas hermosísimas figuras. Pero a todas estas obras excedía una maravillosa, porque vi compuestos hábilmente a la manera antigua los trabajos del ilustre Hércules en estos verdes arbustos y otras muchas figuras de diversos animales siempre verdes, regularmente, colocadas y distribuidas con intervalos convenientes por el prado herboso y florido.

Había otro semejante, compuesto por diversas clases de árboles, entre los que vi duros cornejos con frutos sangrientos, y otros con frutos blancos, y el amarguísimo tejo, grato y muy adecuado para fabricar los mortales instrumentos de Cupido. Luego, mezclados con ellos, vi

olmos, el sutilísimo tilo, vides, abedules y fresnos y la florida asta de Rómulo y muchos nísperos y ásperos serbales.

Ofrecíase a la vista también un bosquecillo de altos abetos, que, aunque rehuyan los lugares marinos y su sitio sean las montañas, aparecían aquí erguidos y dirigiéndose hacia el cielo, entremezclados ordenadamente con alerces cubiertos de hongos o agáricos, resistentes al fuego, colocados como aquellos con orden grato y oportuno.

Seguía otro muy notable en el que había nogales, antes llamados iuglandes, cuya sombra no era aquí dañina; y pérsicos y basílicos o moluscos y tarentinos, no sin la conveniente compañía de los avellanos. Cedan ante estos Averlino y Preneste y los póntricos. Les acompañaba la impaciente Filis convertida en árbol, que dio el nombre de «*phylla*» a las hojas, antes denominadas pétalos. Se ofrecía florida como a la llegada del tardo Demofonte:<sup>336</sup> se la llama nuez griega y almendra y *thasia*.

No sin gran placer vi un bosquecillo de castaños, con el fruto en su cáscara de pinchos, cuales nunca se encontraron en Sardes y que se llamaron con palabras griegas «*sardiani balani*» y a los que luego el divino Tiberio dio el nombre de *balanos*. Pensé sinceramente que estos eran mejores que los parthenios, los tarentinos, cuyo fruto es fácil de pelar, y los *balanites*, que los tienen aún más fáciles y más redondos. Había también *salarianos* y los *alabados corelianos* y los *coctivos* y los *tarentinos* y *napolitanos*. Y, mezclado con ellos, *esparto* o *myrca* o *aspálato*.

Había aquí también bosquecillos de nobilísimos *algodoneros* y *cidonios* y una plantación de *silicuas* como

no las produce Chipre. Y se ofrecía un denso bosquecillo de flexibles palmeras, cuyas hojas en forma de espada son utilísimas, árboles resistentes y poco dóciles al peso, adornados en la cima abundantísimamente de su carnoso fruto: no eran escuálidas y pequeñas como la palma líbica, ni como la de la Siria interior, que producen dulces dátiles, sino mucho más excelentes en tamaño y en dulzura que las que crecen en Arabia y Babilonia. Y había uno muy hermoso, de nobilísimos granados de todas clases: dulces, agrios, mixtos, ácidos y vinosos, a los que no se podrían comparar ni los egipcios ni los samios, ni los cretenses ni los chipriotas, y apyrinos y erythrocomios y leucocomios, fecundísimos en frutos y bayas.

Luego vi un gratisimo bosquecillo de lotos o agrifolios, habas sirias, ciceraso o melis o celtis, cosecha mucho más dulce que las de las Sirtes y Nasamón. Aquí se superó completamente a África. No faltaba tampoco uno de paliuro con su rojo fruto, que se asemeja al vino por su dulzura. Ceda ante esto la Cirenaica y el África interior y aun los que crecen cerca del templo de Ammón. Y una de las dos clases de moreras, una de las cuales expresa en su fruto un funesto amor<sup>337</sup> y la otra se nos ofrece como alimento y delicia. Vi también uno de olivos fecundísimos y otro de higueras de todas las especies, con frutos abundantes, y uno muy agradable de álamos y otro de hipomélides, con silicuas egipcias y el lacrimoso metopón, destilando una goma cual no se encontraría en el oráculo de Ammón.

Estos árboles, distribuidos con elegantísimo y habilísimo orden, semejante al del cielo, estaban colocados, junto con las hierbas y todo lo demás, óptimamente y sin

hacer violencia a la naturaleza. Pues esta, ingeniosa, mostraba aquí manifiestamente todas las delicias que ha producido en el mundo de modo disperso, de modo que aquí se podía ver reunido y notablemente ordenado todo lo creado. El suelo era herboso y florido y con fuentes umbrosas, brillantes de líquido cristalino, de las que chorreaban aguas más dulces que las de la fuente Salmacia.<sup>338</sup> No se padecía aquí el frío viento del norte ni el del sur, que produce nubes, sino que había un aire sanísimo, purísimo y brillante, transparente a los ojos, finísimo, uniforme e invariable, de buena temperatura y sol moderado, sin alteración alguna. Por el contrario, el cielo se mostraba despejado y libre de nieblas, límpido, sin vientos desenfundados, como los crujientes euros y el silbante aquilón, y sin la malignidad, aspereza y fragor de la furiosa tempestad y de cualquier mal tiempo, no sujeto a los tumultuosos cambios de aguas ni a la frígida Libra, sino mostrando todas las cosas en todo su esplendor y con una luz agradable, alegre y vivo en la estación de Aries, que secaba su vellón con el luminoso y hercúleo Febo. Su verdor no era caduco sino perenne, y estaba alegrado por el canto de pájaros como la galerita y el ruiseñor, que, volando por el aire, lo poblaban con sus cantos.

La circunferencia de un círculo mide tres de sus diámetros más dos onceavos, de modo que el diámetro de esta isla feliz era de una milla más sus dos onceavas partes. De modo que al extremo de este sexto de milla en el que se distribuían los bosquecillos, había en torno una egregia cerca de verdura, de ocho pasos de altura y de un pie de anchura, cuyo follaje era tan denso que no aparecía entre él el menor tronco, y estaba horadada por las

ventanas gemelas y puertas en arco situadas en los lugares oportunos para el paso. Estaba compactamente hecha con naranjos, limoneros y cidros de lustroso verdor en sus hojas maduras y sus ramas nuevas, profusamente adornados con frutos maduros y verdes y flores olorosísimas, y era tanto más grata y de notable aspecto cuanto que raramente se concede a los ojos de los mortales contemplar una obra semejante.

Por esta clausura alegre y deliciosa, entre el verdísimo seto de mirto y este otro de naranjos, discurrían libremente innumerables animales de diversas especies. Aunque su naturaleza les hubiera hecho enemigos, vagaban aquí inofensivos y mansos, mostrándose mutua amistad. Vi primero los caprinos sátiros, con las barbas colgantes y rizadas, y faunos bicornes de ambos sexos. Luego, ciervos semisalvajes y cabras, amantes de las rocas, y tímidos gamos, manchados cervatillos, corzos saltarines, liebres de grandes orejas, tímidos conejos y garduñas, que se comen a las gallinas, y blancos y amarillentos armiños y engañosas comadrejas, inquietas ardillas y somnolientas marmotas, feroces unicornios, y ciervos con barba de macho cabrío, y toda clase de leones, sin ninguna crueldad, sino más bien juguetones, y colosales jirafas, rápidas gacelas y otros infinitos animales, entregados a los solaces de la naturaleza.

Más allá de esta clausura hacia el centro, encontré la magnificencia de un noble y delicioso vergel de frutales como nunca podrán los humanos no sólo organizar, sino ni siquiera imaginar. Fácil es pensar que las segundas causas dependen de las primeras y afirmo que no se encontraría ingenio tan fecundo que pudiera dar digna-

mente una ligera idea de las obras excelentísima de este lugar sagrado. Cedan ante este los jardines colgantes contruidos por el rey Siro. Por eso, juzgué con razón que era el exquisito producto de un artífice divino, realizado con tal orden y efecto para la contemplación de la nutricia diosa de la naturaleza.

Este hermosísimo jardín, que se extendía hacia el centro en 166 pasos y medio, estaba dividido en prados, consistiendo la división en caminos de cinco pasos de anchura, radiales hacia el centro y trasversales circulares. Los prados primeros, en la primera línea de su perímetro, que daba al seto, medían 50 pasos de perímetro; pero su cuarta línea, la que daba hacia el centro disminuía, y de ella tomaba la dimensión la primera del segundo prado. Y del mismo modo sucedía con el tercero. Porque la fuerza de las líneas radiales que tendían hacia el centro causaba la curvatura y el estrechamiento de estos prados y calles. Pero, aunque se deformara su perímetro, los radios permanecían iguales.

Las calles estaban cubiertas de pérgolas y en cada cruce había una cúpula sobre cuatro columnas jónicas, cuya altura era de nueve diámetros inferiores. A un lado y otro de estos caminos o calles había aceras en forma de caja, de mármoles finísimos, con molduras excelentes, y en sus cuatro ángulos había columnas de las antes dichas. La forma de colocar las columnas y los intercolumnios era uniforme.

En las cajas, bajo el pedestal de las columnas, crecían rosales cuya altura no excedía de un paso, que formaban un seto delicioso entre columna y columna. Entre una columna y otra, elevándose perpendicularmente en el

centro, se alzaba un rectísimo tronco que, trepando sobre el arquitrabe que se extendía entre ellas y que era de piedra roja como el coral, brillante y sin adornos, elevaba sus frondas y flores para formar el techo vegetal, que se alzaba a una altura de cinco pasos, con las cajas, las columnas y el arquitrabe. Desde esta altura comenzaban a voltearse las cúpulas, cubiertas ellas solas de rosas amarillas, mientras que las pérgolas radiales lo estaban de rosas blancas de todas clases y las transversales de rosas rojas de distintas variedades. Todos los rosales estaban perpetuamente verdes y floridos y exhalaban un grato aroma. Fuera de las cajas crecían toda clase de flores y plantas aromáticas.

La primera pérgola curva era contigua al seto de naranjos, que tenía una ventana de anchura algo menor que el arco de la pérgola que daba hacia el centro del círculo, a un paso del suelo, igual al intercolumnio del seto.

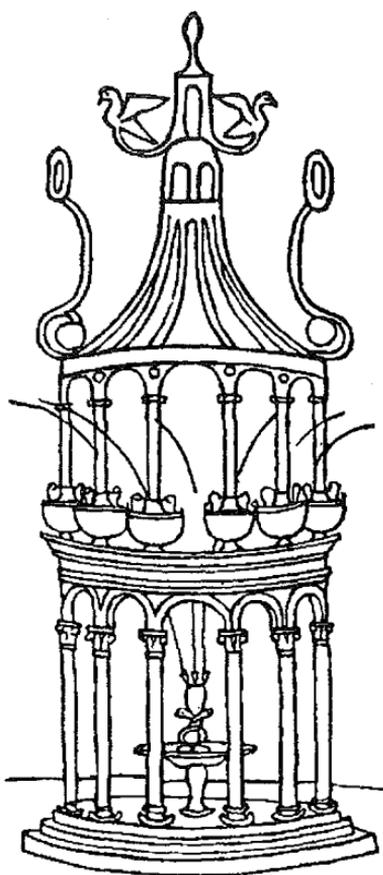
Cada prado tenía cuatro puertas en el centro de la columnata, en las que se interrumpían las cajas, y estas puertas se correspondían en todos los prados al mismo nivel.

En medio de los herbosos y floridos prados vi una obra de curiosa distribución y gran hermosura. En cada uno de los primeros se alzaba la notabilísima fábrica de una fuente, situada bajo una cobertura de boj de hábil factura.

Era igual en todo el círculo y en el quinto de los primeros prados y tenía esta disposición.

\*

En medio de cada uno había tres escalones circulares. El diámetro del superior era de dos pasos y medio y sobre él se asentaba un peristilo de ocho columnillas que tenían siete diámetros de altura medidos en la base, a la manera dórica, con sus basas y sus capiteles y dotadas de éntasis; entre una y otra se tendían arcos. Sobre los arcos corrían el arquitrabe, el friso y la cornisa, sobre los cuales, perpendicularmente a cada columna, se alzaba un vaso antiguo de tres pies de diámetro en su parte más ancha; su redondo pie acababa en punta y desde él se ensanchaba hasta la parte me-



dia, que estaba adornada con un friso exquisito. Desde este ascendía en moderado declive hasta la boca, ceñida por labios de gran hermosura: desde aquí hasta el borde, su altura era de pie y medio; el resto hasta el pie medía tres, y este medio pie. Estaba adornado con canaliculos o alvéolos que al principio eran finísimos y se ensanchaban luego moderadamente hasta los bordes, a modo de collares. Tenían dos asas retorcidas, que se curvaban de modo inverso en los bordes y la panza, imitando una

obra hecha a torno. De las bocas de estos vasos brotaban rectos troncos de boj con sus hojas, del mismo grosor que las columnas de debajo, excepto el éntasis. De un tronco a otro había un arquillo, y en cada enjuta un óculo.

Luego subían en declive hacia arriba, con una altura como la de los troncos desde la boca del vaso hasta el capitel, unas ramas, sobre la línea del friso que los cabalgaba. Tenían estas en su comienzo bastante separación, que disminuía conforme subían curvándose. En la parte inferior de cada rama había un vástago en forma de voluta, con una bola en la espiral de abajo y una corona libre circular en la de arriba. Como remate, había seis troncos rectos, de dos tercios de la altura de las ramas de debajo, con ventanitas en arco, y sobre ellos se alzaba una cupulilla. Encima había un prisma cuadrangular de paso y medio, con cuatro ventanas ovales de la parte inferior. De cada uno de sus ángulos salía una rama gancheda que sostenía un águila voladora de cara al espectador. El tejado del paralelepípedo se adelgazaba y sostenía sobre su aguja una forma redondeada.

Desde los jarros hacia arriba todo era de boj espeso y denso que brotaba de ellos, hábilmente formado y recortado, de modo que realmente no se podía ofrecer nada más hermoso con tal materia y del arte de la jardinería.

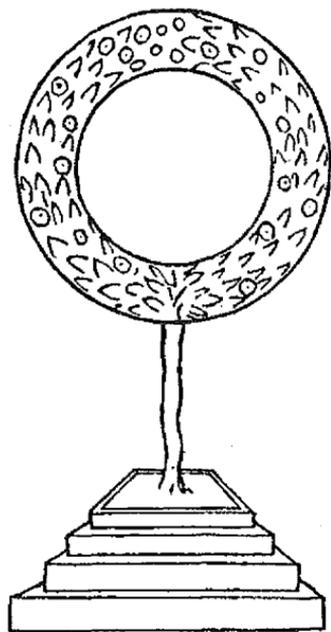
En medio del último escalón del peristilo hallé una fuente que descansaba en un círculo algo cóncavo, de cuyo centro surgía un balaustre invertido de dos pies de altura. Sobre él había una taza cuya boca tenía cuatro pies de diámetro. En su mitad reposaban las colas de las tres hidras de oro, que luego se unían estrechamente en

un bellissimo nudo, con la parte media de sus cuerpos arqueada hacia fuera, los cuellos entrelazados y las tres cabezas divergentes, que vomitaban en la taza agua perfumada. Sostenían estas un vaso oval de dos pies de altura sobre cuya parte superior había ocho pequeños caños de oro de los que brotaban finísimos hilos de agua, que salían por los intercolumnios de los troncos de boj, rociando todo el prado. El paso era libre y expedito entre la fuente y las columnas. La obra de piedra era toda de finísimo jaspe rojizo y amarillo, sembrado de infinitas manchas de diversos colores, y con elegantes y exquisitos relieves en los lugares oportunos.

En cada ángulo del prado cuadrangular, a una distancia conveniente de las cajas, estaba dispuesta una terraza cuadrada de cuatro gradas, que eran como cajas vacías. Su primer escalón a partir del suelo tenía dos pies de frente y pie y medio de anchura en la boca. Luego seguía otro en gradación, tan alto como la anchura de la boca del primero, y del mismo modo el tercero y el cuarto. En todos crecían hierbas olorosas: en el primero había rizada y menudísima albahaca, melisa y cerafolio, que no sobrepasaban el frente medio del escalón y cuyas hojas estaban perfectamente igualadas; esta disposición era igual en todos los escalones. El otro contenía tomillo menudo y oloroso, grato a las abejas para hacer miel. El tercero, menudo y amargo gliciacono o nectario o abrotano, al que no podría igualarse el de Sicilia. En el superior había espiga céltica de agradable aroma.

Tal era la distribución que se presentaba en las cuatro terrazas situadas en los ángulos de este primer prado, que estaba cubierto completamente de pervinca florida. La

abertura del escalón superior era de un pie de diámetro, y en cada uno de ellos había plantado un frutal nobilísimo y fecundo. En uno de los ángulos vi uno de manzanas apianas olorosísimas; en otro, de manzanas claudianas; en el tercero, del paraíso, y en el cuarto de cimianas; las especies de frutos variaban en cada prado de este primer orden. Vi aquí fecundos árboles frutales cuyo perfume se extendía por doquier, de hermosos colores y sabor dulce cual no lo era el del árbol de Hércules gaditano, ni tales fueron los árboles que Juno ordenó plantar en sus huertos, pues podrían llamarse con razón frutales dulcísimos. Sus copas estaban trabajadas por el arte de la jardinería en forma de corona vertical con el círculo hacia la mirada. Los tabiques de esta terraza escalonada eran de bellissimo jaspe con brillo de espejo, sembrado de chispas de oro y de manchas amarillas y serpentes venas azules y rojas que lo recorrían, y de ondulaciones de calcedonia; y estaban recuadrados con gratisimas úndulas.



Más allá de este primer orden descrito, en el centro del segundo, en la misma perspectiva, vi una obra admirable de jardinería realizada con boj. Había una caja de piedra de precioso cristal semejante a la calcedonia, de color de agua jabonosa, con las molduras adecuadas,

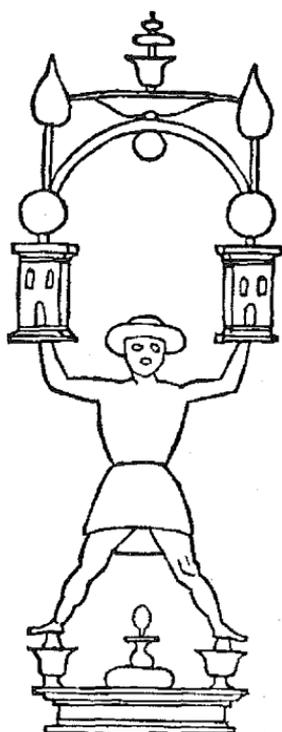
cuya altura era de tres pies y su longitud de tres pasos, que estaba fijada al nivel de las calles trasversales. En uno y otro de sus extremos, a menos de un pie, había un boj en forma de vaso antiguo, ambos de la misma altura e iguales, egregiamente realizados, con su pie, panza y boca, de un paso de altos y sin asas. Pisaba las bocas de uno y otro un gigante de tres pies de alto, que tenía las piernas abiertas.<sup>359</sup> De bulto redondo, estaba vestido hasta la rodilla y tenía los brazos extendidos en alto y la proporción de su cuello, cabeza y pecho eran humanas, con la armonía adecuada. Llevaba casco y sostenía en cada mano una torre de cuatro pies de anchura y seis de altura, con basamento de dos gradas, ventanitas, puertecillas y muros. Fuera de una y otra surgía una bola, del grosor del cuerpo de la torre, con algo de tronco. En la parte superior de cada bola salían troncos que se unían y formaban un arco como de fábrica, de flecha igual a la altura de una torre. Próximo a su curvatura o inicio de su salida de la bola, se alzaba un tronco grácil y recto que sostenía un cono menor que la bola de abajo; su anchura inferior estaba al nivel de la clave del arco, bajo la cual, fijada hacia abajo, había una bola como la de los troncos. A plomo con ella, en la clave del arco, nacía un tronco de medio pie que sostenía una concha algo cóncava y de boca ancha, poco menor que la rosca del arco. De ella salía un pedazo de tronco igual que el que tenía debajo, que sostenía un lirio de labios anchos.

Fuera de este lirio o cestillo nacía un boj con ocho bolas, cuyo tamaño decrecía de abajo hacia arriba y que estaban algo separadas unas de otras. Lo que había desde el arco hacia arriba, quitando el boj que acabo de decir, medía seis pies. En toda esta eximia obra de jardinería no se veía tronco alguno, excepto los ya dichos, porque estaba cubierta completamente de follaje tupido y muy igualado por el arte del cortador.

Entre uno y otro de los vasos de la caja se veía un boj sin tronco, en forma de cebolla, de un paso de ancho y dos pies y medio de alto. En su centro había una pera de cuatro pies

de altura, con el estrechamiento hacia arriba, que tenía sobre sí una figura circular plana de cuatro pies de diámetro. En la mitad de este óvalo se alzaba un tronco que sostenía otra forma oval, tan alta como la pera de debajo.

También en los ángulos de este segundo prado, como en el primero, había cajas de cuatro gradas, de igual disposición y dimensiones, pero de ámbar negro tal como lo hicieron con sus lágrimas las Faetóntidas cerca del Eridano, y no se encontraría semejante en las islas Eléctridas, ni lo produce el templo de Ammón. Tenía brillo de espejo y atraía la paja cuando era frotado. Estas cajas eran circulares.





En la inferior crecía la olorosa canela; en la otra, el nardo perfumado; en la tercera, la ninfa Menta, mostrando el fiero odio de Proserpina;<sup>340</sup> en la cuarta el infortunado Amaraco,<sup>341</sup> muerto entre su propio perfume, tal como no lo produce Chipre. En el centro de la superior había plantado un frutal en cada una, diferente en el fruto y en el arte de la jardinería de los primeros, pues los cuatro tenían una bellísima forma esférica y producían cuatro especies de peras: uno, peras almizcleñas, otro crustumnas, el tercero frágiles y jugosas sirias, el último tiernísimas cur-

múndulas. Los frutos de este prado tenían hermoso color, olor gratísimo y sabor muy dulce. El suelo estaba revestido de oloroso y menudísimo serpol, y las terrazas de diversas hierbas aromáticas.

Voy a describir ahora del tercer prado hacia el centro, que tenía en su mitad una caja redonda, de tres pies de altura y dos pasos de diámetro, con las molduras correspondientes. Crecía en ella un artístico boj, compuesto en la siguiente obra de jardinería. La caja era de finísima piedra de Armenia.

Salía de ella un tronco de pie y medio que sostenía una forma como de cebolla, que sobrepasaba un poco el círculo de la caja y que estaba vacía y abierta en su parte

superior. Sobre la boca de esta abertura, de paso y medio de diámetro, daba la vuelta una columnata de troncos cubiertos de follaje con arquitos de cuatro pies de altura. Ascendía sobre ellos un remate piramidal o pie metálico en forma de cáliz, en cuya cima reposaba una bola perfecta de tres pies de anchura.

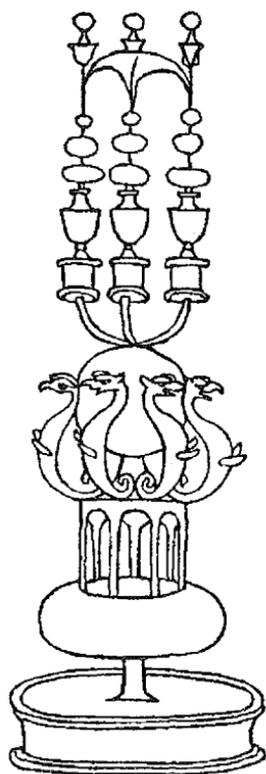
En la parte inferior de la pirámide, a plomo con cada tronco, se enroscaba la cola de una serpiente, cuyo vientre se arqueaba a nivel con la cebolla de abajo, uniéndose por el cuello a la bola, con la cabeza hacia fuera y la boca abierta, por la que, a través de cañerías ocultas, salía un agua perfumadísima. Tenían las patas extendidas hacia la cabeza y las alas abiertas, y su número era de seis.

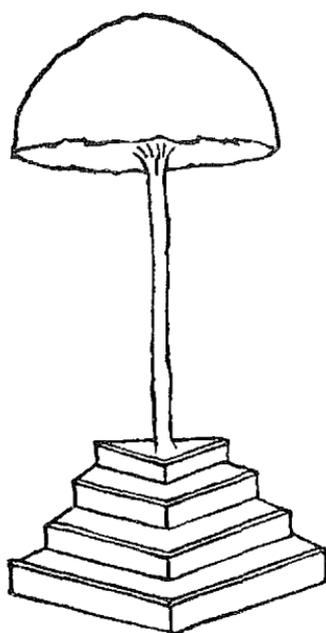
De la parte superior de la bola surgían tres ramas divergentes e inclinadas de dos pies de altura. Cada una sostenía en su cima un pedestal redondo o cilindro de perfección exquisita, con una coronita encima y las golas correspondientes abajo, de corte excelente, su altura, sin las molduras, era de tres pies. Sobre la parte superior de cada uno de estos cilindros descansaba una hidría antigua de cuatro asas, cuya altura era de tres pies. De cada una nacía un boj recortado en dos figuras redondas, la inferior de las cuales excedía en anchura a la hidría y se levantaba desde su boca sobre un tronco de un pie; la superior, un poco menor, distaba de ella lo mismo. Más allá, a igual altura, había una bola del grosor del vaso, fuera de cada una de las cuales salía un tronco rectísimo, uniéndose todos entre sí por tres arcos semicirculares. En los arranques de los arcos había una elegante rama recta. Sobre los tres arcos se formaba hermosamente una cúpula o umbráculo. Las ramas rectas no sobresalían de la cúpula y sostenían

un cáliz en forma de lirio y sobre él un cono con la punta hacia arriba. La graciosa hermosura de estas obras bellísimas se ofrecía a la vista tanto más agradable, cuanto que los cuerpos y figuras eran de follaje, tratados con tal perfección, que no se podría componer cosa mejor ni formar con semejante materia obra más bella de jardinería.

En este prado, cuyas diversas hierbas eran más floridas que en una pintura, había también en los ángulos terrazas con el orden ya descrito, pero de ámbar amarillo dorado tal, como no es el recogido por las vírgenes Hespérides, con un olor a limón al ser frotado más delicioso que el que exhala el que se recoge en la isla Citro de Germania, traslúcido y claro como no lo son las lágrimas de las Meleágridas. En la caja inferior crecía la olorosa valeriana; en la segunda, poleo de monte; en la tercera, Iádano y cisto; en la última, la fragante artemisa.

Los frutales tenían forma semiesférica convexa y eran todos de la misma altura y producían diversas clases de frutos. Había aquí pistachos, albaricoques, toda clase de ciruelos y de hipomélides y ciruelos de Damasco y muchos otros frutos delicadísimos, de especies diversa y desconocidos e inusuales colores, formas y sabores, además de los que nos son familiares.



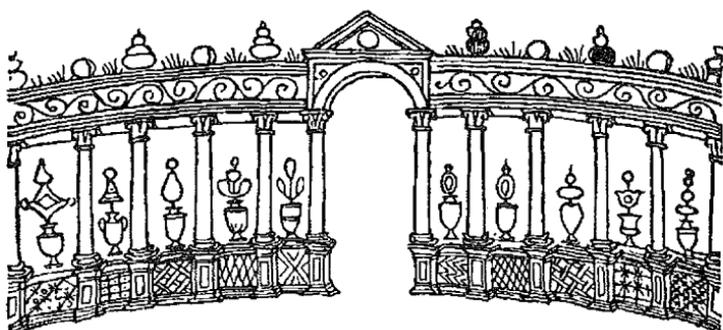


Estaban cuajados de frutos y flores y sus hojas no eran caeducas, ofreciéndose gratamente a todos los sentidos. No tenían las ramas oblicuas, díscolas ni intrincadas, sino trabajadas cuidadosamente en formas diversas; ni estaban sujetos a las fases de la luna ni al ensombrecimiento del sol, sino que siempre permanecían fecundos, con tierno y jugoso verdor, constantes en el mismo estado sin cambios y produciendo continuamente sus frutos.

También eran duraderas las flores y las hierbas aromáticas, cuya fragancia deliciosa e inusual se difundía por doquier. Los rosales me resultaban muy gratos, por cuanto que eran de las variedades más diversas, algunas desconocidas para mí: florecían aquí en abundancia las rosas de Damasco, de Preneste, pentáfilas, de Campania, rojas de Mileto, de Paestum, de Trajín y de Alabanda y de otras especies nobles y muy celebradas, que permanecían siempre con su olor suavísimo y alegre colorido entre las verdes hojas perennes, de modo que, cuando una se marchitaba, brotaba otra.

Las cajas estaban fabricadas con sumo arte; su lustre de espejo hacía que parecieran tener aire y frondas, flores y hojas diseminadas.

Bajo las obras de jardinería y las pérgolas, las calles



estaban pavimentadas con la mejor piedra y con un trabajo que no podría haber sido concebido por ingenio humano.

Más allá de los tres prados que se repartían igualmente, había un magnífico y admirable peristilo eústilo,<sup>342</sup> hermosamente curvado, que formaba una valla de separación en círculo. El murete de la columnata estaba constituido por una cancela nobilísima, ordenada y artística, en la que se intercalaban los pedestales, con un zócalo abajo y un cimacio y golas arriba. El intercolumnio tenía los intervalos de la anchura de dos columnas y un cuarto, y donde los caminos desembocaban en el peristilo había una abertura de su misma anchura, que rompía la continuidad del círculo, en la que estaba construida una puerta nobilísima. Los cuernos de su arco descansaban en sendas columnas, cuya altura y colocación eran semejantes a las de las otras, pero diferían de ellas en anchura, para acomodarse a la simetría de los miembros que soportaban. Sobre el arquitrabe curvo descansaba el frontón, con todos sus adornos correspondientes cuidadosamente esculpidos. Sobre la columnata cabalgaban sin

interrupción el arquitrabe, el friso y la cornisa, de arte admirable y adecuados lineamentos, que estaban excavados en una magnífica obra como de cajas y llenos de tierra, y crecían en ellos toda clase de flores maravillosas, entre bojes recortados y enebros, plantados a plomo con las columnas de debajo. Alternadamente y con orden uniforme sobresalían, sobre una columna una bola redondísima de boj sin tronco, y sobre otra el enebro, con un pie de tronco, con cuatro bolas superpuestas de tamaño creciente, y entre ellos crecían las flores.

Este admirable peristilo tenía los muretes y el sobrecolumnio de alabastro nobilísimo y diáfano, brillante sin haber sido frotado con tierra de Tebas ni con piedra pómez, pero el color de las columnas era diverso, porque las que estaban a ambos lados de la puerta eran de calcedonia traslúcida, las siguientes sobre el murete de verdísima piedra hexaonthalito que tenía manchas de colores diversos y brillantes; las otras dos, a uno y otro lado, eran de brillante hieracita de negrura agradable; luego había otras dos de blanca galactita; las dos siguientes eran de crisoprasa y las últimas de fúlgida atizoe, de brillo de plata y olor agradable.

Alternaban así armoniosamente, con increíble placer para la vista; su éntasis estaba hecho tan hábilmente como si hubieran sido pasados por un torno, con tal arte que los arquitectos Teodoro y Tolos no consiguieron cosa semejante al tornejar las columnas en su taller; era obra ciertamente suntuosa, soberbia, preciosa y elegante.

Las columnas eran jónicas, con los capiteles con equinos dentro del lanceado, envuelto en la voluta, y sus basas de óptimo oro, como no lo producen el aurífero

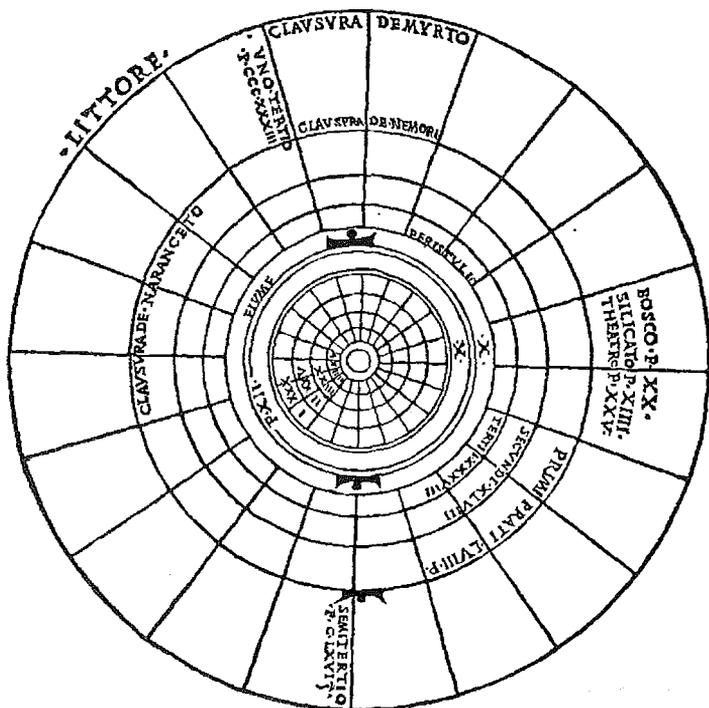
Tages en Hesperia, ni el Po en el Lacio, ni el Hebro en Tracia, ni el Pactolo en Asia, ni el Ganges en la India. El arquitrabe estaba adornado con hojarasca antigua, formando espirales, egregiamente esculpido. Las cancelas entre los pedestales eran de mejor electro que el que dedicó Helena en forma de mama en el templo de Minerva en la isla de Lindos.

Sobre la planta del murete, en cada intercolumnio, había un antiguo vaso adecuado al espacio, artística obra de diferentes piedras y colores: de sphragis de calorita, de calcedonia, de coaspite, de ágata y de muchas otras piedras preciosas y gratísimas, reflejando cada una con su lustre de espejo cualquier objeto, y acabados y realizados hermosamente con adornos que juzgué sobrehumanos. Crecían en ellos maravillosas hierbas y plantitas de diversas formas, trabajadas por el arte de la jardinería: mejorana, el aromático y rizado ajeno, abrótno, mirto y otras, de tal forma que ningún otro objeto podría ser más agradable a los ojos.

Desde este peristilo hasta las orillas de un río, el suelo estaba ocupado por césped cubierto de rocío. Crecían en él, con agradable distribución, el florido gladiolo, lavanda, orégano, polícaro, orégano blanco y la ninfa Menta, que recibió de Plutón el bellissimo regalo. También florecían las lágrimas de Helena, llamadas helenio, planta saludable para el rostro y propiciadora de la Madre santa, y otras innumerables y famosísimas plantas aromáticas de olor gratísimo, y jacintos blancos y cerúleos y purpúreos, como no los produce la Galia.

Entre las floridas y tiernas frondas había innumerables pájaros de hermoso plumaje, de tamaño pequeño y

mediano, que revoloteaban de acá para allá y jugueteaban con sus alitas y plumillas, piando deliciosamente. La suave sonoridad de su canto, resonando por doquier, habría sido capaz de agradar al corazón más selvático e insensible. Estaban aquí el quejoso ruiñeñor, Dedalión llorando la muerte de la hija de Licaón,<sup>343</sup> los manchados mirlos, la alondra cantarina o galerita, la terraneola, parrá o alondra, los solitarios gorriones, el papagayo charlatán, vestido de blanco, amarillo, rojo y verde; el único —pero no aquí—y maravilloso fénix y blanquísimas palomas y Pico, esposo de Pomona,<sup>344</sup> poniendo de manifiesto las hinchadas heridas que le produjo la ira de Circe; Idona, llorando a su querido esposo Ithilo,<sup>345</sup> Asteria con los pies calzados de rojo y los dos picos,<sup>346</sup> Progne, que habita en los tejados<sup>347</sup> y la piadosa Antígona, demasiado bella incluso sin lengua,<sup>348</sup> e Itys, de dolorosa y funesta mesa,<sup>349</sup> y la oropéndola de largo cuello, y Tereo, que habita entre las rocas, conservando en las plumas la pompa real, murmurando «pu, pu» y llevando en la cabeza la cresta como una cimera,<sup>350</sup> y el pastor adormecido por Siringa,<sup>351</sup> y los pájaros de Palámedes,<sup>352</sup> y la cerceta, y la lasciva perdiz, y el porfirión, y Periclímeno, cuya forma usó Júpiter licenciosamente para sus amores;<sup>353</sup> y la sigólida o melancorifo o becada de cabeza negra, que cambia de plumaje en otoño; y el eritaco o pato de cabeza roja y otros muchos cuya enumeración sería prolija.



Para mayor aclaración diré que la circunferencia de esta isla deliciosa y amenísima era de tres millas. Tenía una milla de diámetro que, dividido en tres partes, daba un tercio que contenía 333 pasos, un pie y dos palmos y algo más. Desde el borde de la playa hasta el seto de naranjos había un sexto, es decir; 166 pasos y diez palmos. Desde aquí comenzaban los prados, que ocupaban hacia el centro otro sexto. Distribuido, pues, cuidadosamente un tercio entero, queda un sexto hasta el centro, es decir, 166 pasos y diez palmos. Desde el peristilo antedicho había algún espacio entre los prados, para evitar la estre-

chez de los cuadrados, que no acababan hasta cumplir todo el tercio. Todo esto estaba distribuido hábilmente para dar buena proporción al último cuadrado. El espacio intercalado entre el río y el peristilo se ofrecía gratamente cubierto de hierba muy agradable, como ya se ha descrito antes suficientemente. Este espacio terminaba en las floridas orillas de un río más límpido que el Argirondes en Etolia y el Peneo en Tesalia, y su lecho era de precioso mármol espartano muy verde, como los puertos augústeos del Tíber, trabajado formando escamas. Las orillas no estaban cubiertas de mimbres, ni de sauces, ni de juncos, sino lamidas por las aguas purísimas y plateadas. Su superficie aparecía cubierta de muchas flores conocidas, agradables y hermosas. El río, que nacía y corría por caminos y canales subterráneos, salía ordenadamente en lugares diversos y determinados y luego regaba por igual todo este lugar placentero y feliz, discurriendo rápidamente y con agradable susurro por acequias de piedra finísima.

Después las aguas desembocaban en el mar, de tal modo que el clarísimo río, arrojando el exceso por medio de sus emisarios que lo distribuían, no se desbordaba, sino que permanecía siempre igual. Su anchura era de doce pasos. Las venas que surgían de él sobrepasaban a cualquier fuente célebre, incluso las de Cabilla de Mesopotamia. El agua de la fuente de la virgen Castalia no era tan dulce, olorosa y pura como la que proporcionaban estas, que tenían dieciséis palmos de profundidad, ni la fuente de Hércules en Cádiz brotaba con tanta abundancia y dulzura. Estas aguas eran tan límpidas, puras y sutiles, que no constituían un obstáculo entre el

sentido y el objeto ni lo deformaban, sino que todo lo que había en su fondo se veía perfectamente y además reflejaban íntegramente las cosas de arriba como un espejo. Su fondo de arenilla aurífera era llano, lleno de finos y brillantes guijarros de diversos colores.

Las verdeantes, herbosas y húmedas orillas de este río estaban adornadas por narcisos floridos y el bulbo vómico o cepa marina. No faltaban el jacinto y los lirios del valle y abundaban el gladiolo campestre y el ilírico, y la caléndula y la hiposetis o cola de caballo y la de león; e infinitas violetas tusculanas, marinas, calatinas y otoñales; y la balsamita o ciamidón o trachiotis, y otras plantas nobilísimas que viven cerca de las aguas. Había también innumerablesavecillas rivícolas, como el martín pescador de plumitas azules, y otras que viven sobre las aguas, como los cisnes de largos cuellos, nadadores, gratos en los auspicios y que cantan en el agua al morir.

A uno y otro lado de las hermosísimas orillas que digo, había, distribuidos armoniosamente, naranjos, cidros y limoneros, cuyos troncos guardaban entre sí una distancia de tres pasos.

En estos troncos comenzaban a extenderse las ramas a un paso del suelo, adelantándose unas hacia otras y uniéndose óptimamente, formando un arco de tres pasos de altura.

Las otras ramas se unían entre sí sobre el río, curvándose a modo de bóveda y daban amena sombra, ya que formaban una pérgola excelente.

Esta mostraba una igualación admirable, pues una rama no salía más que otra, y con frondosa densidad y suma gracia y hermosura daban placidísima sombra.

Eran agitadas por el suave soplo del céfiro y se mostraban como recién brotadas, bien nutridas y brillantemente verdes, con sus flores blancas y sus frutos colgantes, oportuno refugio del quejumbroso ruseñor, que siempre se lamenta cantando dulcemente, resonando sin eco su voz por la limpia y purísima hija de ojos glaucos del alto y tonante Júpiter.<sup>354</sup> Esta pérgola medía siete pasos desde su punto más alto hasta el agua. ¡Con qué dulce seducción atraía todo esto a su contemplación a los ojos errabundos! Porque por este río discurrían algunas barquitas y esquifes deliciosamente cubiertos de oro, en los que remaban muchas muchachas de cabelleras hermosas y onduladas y ceñidas de guirnaldas de diversas y perfumadas flores, vestidas con limpias camisas rizadas y de color de azafrán, bordeadas de oro, sobre el ninfal cuerpo desnudo, que no impedían ofrecerse a la vista las rosadas carnes que cubrían. Las primaverales brisas, al apretarlas voluptuosamente sobre los cuerpos, ponían de manifiesto la forma deliciosa de sus pubis o cualquier parte determinada, según su movimiento; los blanquísimos pechos redondos estaban descubiertos, con gracia máxima y voluptuosa, hasta la mitad, y elegantemente rodeados con orlas de oro y piedras preciosas. Peleaban en broma con muchos adolescentes, enzarzándose con ellos, jugando y riendo con jocosos encarnizamiento, en una batalla naval. Volcaban las barquillas para conseguir como botín de guerra los vestidos, y se quedaban despojados sin compasión y desnudos en el agua, sin oponer resistencia a su desgracia, sino divirtiéndose alegremente. Luego las muchachas dejaban a estos y luchaban entre sí, hundiendo las barquillas que atrapaban; y algunas

se dedicaban a recuperar las que estaban hundidas en el agua y a reanudar con placer la jocosa lucha, riéndose infantilmente con las graciosas bocas, lanzando gritos agudos, saltando y regocijándose.

El agua estaba llena de multitud de peces de formas hermosas y variadas, con las escamas de color dorado y glauco, con los que la naturaleza se mostraba propicia, pues nada les molestaba y estaban seguros y sin temor y no huían. Algunos eran tan grandes, que transportaban cómodamente a la lucha a las muchachas, sirviéndoles de vehículo, y ellas rodeaban con las níveas pantorrillas y los lindos piecitos sus cuerpos escamosos y complacientes, que no olían a pescado y nadaban suavemente. Ellas se sentaban de costado y los montaban a la manera femenina y, saltando con ellos como si fueran caballos, se acometían unas a otras. También se agolpaban allí los blancos cisnes, profiriendo gritos y derramando lágrimas por su amado Factón,<sup>355</sup> y nutrias y castores y otros animales acuáticos que, muy alegres bajo la sombra de la pérgola, festejaban con gran placer, sin otro pensamiento que el de apartar cualquier cosa que les causara molestia o que fuera obstáculo a su diversión y solaz. En mi ánimo surgía este deseo tácito: «De buena gana viviría yo eternamente en este lugar con mi divina Polia». Extinguido y repudiado luego cualquier otro deseo, volvía al amor firmísimo y único de mi queridísima Polia. Consideraba esto excelente sin ninguna duda y deseable sobre cualquier otra cosa y por encima de cualquier placer por dulce que fuera.

De igual modo, en el primer círculo y arbórea clausura de los bosques, siempre en el mismo seto y con

aquellos animales, habitaban personas de ambos sexos entregadas al placer.

En los verdes prados dentro del peristilo, por la otra parte, vi a innumerables adolescentes y lindas muchachas que se divertían con músicas y cantos, bailando y abrazándose con afecto puro y sincero, cultivando su belleza y su adorno, componiendo canciones y ocupados en otras varias operaciones, y pensé que allí se aspiraba más a la virtud que a cualquier placer lascivo.

Luego, más allá de este río clarísimo y placentero, había un prado de hierba curvo y continuo, tan grande como el contenido entre el peristilo y el río. Este estaba atravesado por puentes colocados simétricamente, contruidos con maravillosa exquisitez de óptima piedra hermosamente tallada, alternando uno de pórvido con otro de ofita de brillo espléndido. Conservaban la dirección de las calles, tendiendo hacia el punto central de aquella isla misteriosa, primaveral y dotada de gran abundancia de delicias.

Tras el prado antedicho, comenzaban siete escalones circulares continuos, de un pie de anchura y otro de altura: su altura en conjunto era de siete pies y su anchura de otro tanto. Estaban hechos de mármol de color alternado: uno de triglita roja y otro de un mármol negro resistente al buril, más oscuro y de mayor dureza que la patavia, brillantísimo por naturaleza, no por haber sido pulimentado por medio del cilindro o con polvo húmedo; no guardaban la regla de la anchura de menos de un sexto o más de tres cuartos, ni la de la retracción de pie y medio o dos pies, sino que eran de un pie, como he dicho más arriba, todos iguales.

Sobre el último escalón de piedra negrísima, corría en círculo una elegante columnata picnóstila,<sup>356</sup> con las columnas más separadas en los tramos en los que desembocaban los puentes, de la misma anchura que las calles. Estos puentes egregios estaban debidamente cubiertos por la pérgola ininterrumpida que techaba el río y, aunque las calles se dirigían directamente hacia el centro, no por ello se interrumpían los escalones en su íntegro recorrido circular. Luego, como acabo de decir, sobre la parte superior de los escalones, los intercolumnios eran de la misma anchura que los caminos. Pero la vía regia que llevaba directamente a la puerta del admirable circo estaba exenta de guardar la estrechez de las líneas: era única en su anchura y no tenía escalones, sino un cómodo plano inclinado, por lo que aquí, necesariamente, los escalones se interrumpían.

El picnóstilo tenía columnas dobles, el plinto de cuyas bases ponía en contacto transversalmente unas con otras. Las columnas eran de hermoso jaspe reluciente, de coloración alternada, y cada siete había un pilar rojizo que tenía en su parte superior una bola de bronce dorado. Todas ellas estaban ligadas y ceñidas con un arquitrabe, friso y cornisa pequeños, con molduras apropiadísimas, de la materia y color del pilar, excepto los capiteles de las columnitas; de esta, las de en medio, en número de seis, eran de calcedonia y de jaspe verde moteado alternando, colocadas todas a las debidas distancias.

Vi que sobre este bellísimo picnóstilo se paseaban petulantes o estaban parados innumerables pavos reales blancos, rojizos o de su color corriente, unos haciendo la rueda y otros con las preciosas colas gachas, entremez-

clados aquí y allá con toda clase de papagayos, sirviendo de ornato delicioso a la obra.

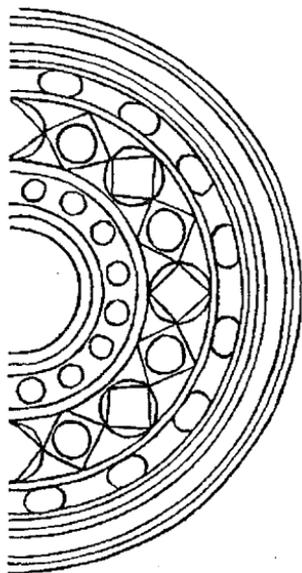
Los frentes de los escalones estaban incisos maravillosamente con nobles entrelazos asirios y, para que resaltara más, lo inciso estaba relleno completamente de pasta azul en los escalones rojos, y blanca en los negros.

Entre esta admirable columnata y los escalones siguientes, había una calle plana de mármol de seis pies de anchura, que daba la vuelta, tras la que comenzaban inmediatamente otros siete escalones de la obra ya dicha de la misma medida, materia y color.

Sobre el superior había una cavidad en forma de caja de cuatro pies de abertura y suficiente profundidad, y lo mismo en los siguientes. Nacía en ella un seto de boj verde y lustroso como el vidrio. Y al nivel de los puentes y las calles vi una torre del mismo verdor, de nueve pies de alta y cinco de ancha, con una puerta abierta de tres pies de luz y seis de altura; y lo mismo en las siguientes.

Este primer seto, de tres pies de ancho y seis de alto, como los siguientes, tenía un follaje densísimo y recordado en figuras. Entre una y otra torre ví, egregiamente formado, un triunfo con caballos que arrastraban un carro de cuatro ruedas, precedido por algunos soldados hábilmente realizados, portadores de armas y trofeos. Las bellísimas obras variaban, y en otro espacio entre dos torres había una batalla naval. Entre otras dos, un combate marítimo, entre otras uno terrestre, escenas de caza y antiguas fábulas de amor, de forma perfectísima y exquisita. Los siguientes eran semejantes, variando las escenas ordenadamente.

Dentro del primer seto se ofrecía a los ojos una calle en círculo igual que la inferior entre la columnata y los escalones, de admirable mosaico y delicioso artificio, capaz sin duda de fatigar toda mirada y sentido humanos. A primera vista pensé que se trataba de una serie de alfombras extendidas en el suelo, dibujadas y coloreadas de la forma propia de tal labor, a modo de graciosa pintura en la que se agrupaban diversamente figuras y signos, con la oportuna diversidad de colores de las hierbecillas según la disposición de la obra que se fingía: unas eran de color intenso, otras oscuras, otras medianas, otras claras y de color pistacho, otras color puerro, otras verde pálido, algunas rojizas, con combinaciones acertadísimas. Las figuras principales, que contenían en sí muchos dibujos, eran un círculo entre dos rombos y un rombo entre dos círculos, alternándose continuamente todo alrededor, menos en la parte en que las vías se entrecruzaban. Las calles siempre pasaban entre dos figuras uniformes.



Las figuras estaban rodeadas por una banda circular que imitaba, como se ha dicho, la forma de la isla. Primero las rodeaba la calle que corría próxima al seto de bojés, unida armoniosamente con las rectas que tendían hacia el centro. Estas calles estaban pavimentadas así: su parte media, en una anchura de tres séptimos del total,

de negrísima piedra espejeante cual no se encontraría en el río Oxus. A un lado y a otro, dos bandas de piedra de una blancura tal como nunca se vio en los vidrios lechosos de Murano, durísima y lustrosa; los extremos eran otras dos partes, una a cada lado, de finísima piedra más roja que el coral pulido; en la piedra negra era donde estaban incrustadas las teselas. Esta hermosa disposición se observaba invariablemente en todas las calles de las zonas siguientes.

Entre las calles examinadas estaban incluidas las figuras que dije: círculos dentro de rombos y rombos dentro de círculos; luego, otras figuras de entrelazos, de grata y fecunda invención. En el centro de los círculos había plantado un ciprés y en el de los rombos un pino rectísimo y frondoso. De modo similar, en los frisos que daban la vuelta entre los límites de las calles, a uno y otro extremo, había, distribuidas con moderación, varias obras y figuras ovales y semicirculares, en cuyo centro surgían verdísimos abetos, utilizados por la madre divina para esconder el engaño,<sup>357</sup> correspondientes al intervalo entre el pino y el ciprés y cuyas copas eran iguales y del mismo tamaño. Luego, en los lugares convenientes, habían sido plantadas hábilmente flores hermosísimas cuyos colores armonizaban con elegancia y cuyo perfume era intenso.

Estos jardines bellísimos y amenos estaban habitados por personas de ambos sexos, entregadas a la obra de la fecunda naturaleza y al cuidado y conservación de estas cosas como jardineros. Alcinoo, el rey de Feacia, no mostró tanta diligencia en el cuidado de sus huertos como la que aquí se observaba con afán constante y maravilloso, de modo que cada objeto aparecía iluminado por los es-

pléndidos mármoles. Y del mismo modo ocurría en los círculos siguientes.

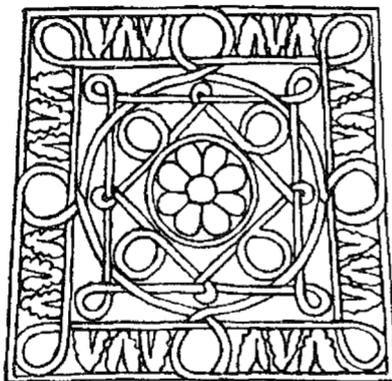
El segundo claustro de verdura seguía inmediatamente tras la obra expuesta, en cuyo extremo comenzaban ordenadamente los otros siete escalones hacia el centro. Sobre el último había un seto sumamente hermoso de diversos árboles de distintos colores, con torres o atalayas formadas con naranjos. A ambos lados de la puerta había dos troncos que, sobresaliendo de ella, se unían convirtiéndose en uno solo, sobrepasando en tres pies la altura de la torre. Luego comenzaba el espeso follaje en forma de ciprés de altura moderada; y así en círculo por todas, de dos pasos de altura. El seto entre las torres estaba formado por árboles de distintos colores: entre dos, estaba tejido de enebro; entre otras dos, de lentisco; luego de madroño, de ligustro, de incienso, de cinacanto, de olivo, de laurel, siempre frescos, con las hojas tiernas y verdes. Al último seguía otra vez el primero, formando una bellísima obra de jardinería en el que las hojas, perennes, no dejaban ver los troncos.

En la mitad del espacio entre dos torres, se alzaba sobre el seto un pino admirable, y entre ellos plantas de boj exquisitamente trabajadas en forma de media luna con los cuernos hacia arriba; esta obra de jardinería llenaba el intervalo entre las torres. En medio de los cuernos sobresalía un enebro que se alzaba en diez figuras en gradación decreciente hacia la punta, que era delgadísima, como si sus punzantes hojas hubieran sido igualadas y sometidas a la acción del torno. Su tronco sobresalía de los cuernos pie y medio y a esta altura se redondeaba una bola de boj proporcionada justísimamente.

Dentro del espacio encerrado entre los límites de las calles, había recuadros vegetales de factura admirable, alternando hasta llenar todo el circuito, compuestos por distintas clases de hierbas.

El primer recuadro, separado del siguiente por las calles, que hacían que estos cuadrados fueran irregulares y trapezoidales, era un entrelazo dibujado con gran perfección con bandas de tres palmos de anchura. La primera banda formaba un círculo, que se unía a otra que distaba de aquella cuatro pies. En los lugares en que las bandas se cruzaban, una tapaba a la otra y se alternaban: en unos lugares una estaba debajo, y en otros arriba. Dentro del primer cuadrado una de las bandas formaba otro, y sus nudos ocupaban los ángulos en el espacio que quedaba entre ellos.

Luego formaban otro cuadrado, equidistante del segundo cuanto el segundo del primero. También los ángulos de este se anillaban hacia los ángulos del segundo según la diagonal, pasando por encima y por debajo del círculo su banda alternativamente. Dentro de este último

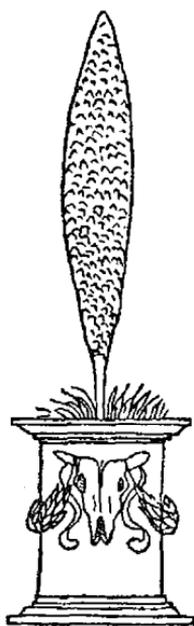


cuadrado había un rombo, cuyos ángulos estaban enlazados con menudos nudos a la mitad de la banda del último cuadrado interior.

En los espacios triangulares entre el rombo y el cuadrado en el que se inscribía, había en los ángulos unos círcu-

los libres de relleno. En el rombo se inscribía un círculo, en cuyo centro había una rosa de ocho pétalos. En el centro de la rosa se alzaba un pedestal vacío cilíndrico, de piedra núcida amarilla, con tres bucráneos esculpidos. Entre un bucráneo y otro, de osada escultura, colgaban guirnaldas de hojas y frutos hinchadas en el centro, con cintas voladoras al lado de los cuernos, a los que estaban atadas. El zócalo y el ábaco estaban decorados con una bellísima gola y otros nobles ornamentos. En la abertura del pedestal se amontonaban múltiples querófilas y en su centro se alzaba un abeto en forma de ciprés.

Las hierbas que componían la pintura del primer cuadrado estaban dispuestas así según los colores: la primera banda era de apretada mejorana; la segunda, de abrotano; la tercera, de germandrino; el rombo, de serpol de monte; el círculo contenido en el rombo, de verónica; la rosa, de violetas de color amatista. Alrededor de la rosa y fuera de su ámbito había violetas blancas densamente floridas. Los cuatro círculos contenidos dentro del último cuadrado, inscritos en los triángulos formados entre el cuadrado y el rombo, eran de neguilla o gyth; dentro había violetas amarillas. Todo el resto de los triángulos era de ciclamen. Los círculos entre el primero y el segundo cuadrado estaban llenos de ruda. Los círculos del tercero, de primulas floridas. En el espacio entre el primer cuadrado y el segundo, había hojas de acanto, una colocada invertida

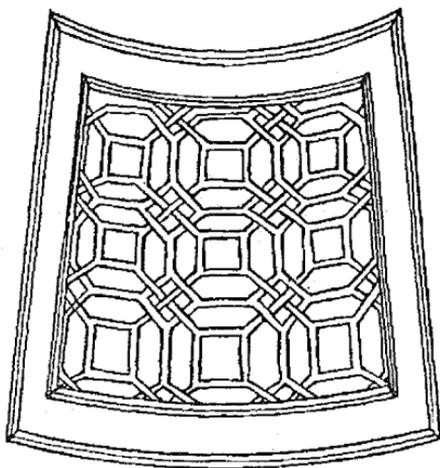


entre otras dos, formadas por poleo de monte y limitadas por culantrillo. En el centro de los círculos colocados sobre las diagonales se alzaban sendas bolas iguales, de cerca de pie y medio, menos en los cuatro que se formaban en el cuadrado interior en los ángulos diagonales, en cuyos centros se levantaban macizos de tres codos de malvarrosa purpúrea y de lilas de muchas hojas y flores de cinco pétalos, muy floridos; en el primero, sentónica; en el segundo, dendrolívano. En los dibujos de la figura circular contenida en la banda exterior y primera cuadrada, había, en los centros, bolas de hisopo. Esta era la dimensión de los cuadrados que dejaban, al cortarse, las calles en círculo y las rectas hacia el centro, limitadas entre el seto y las gradas.

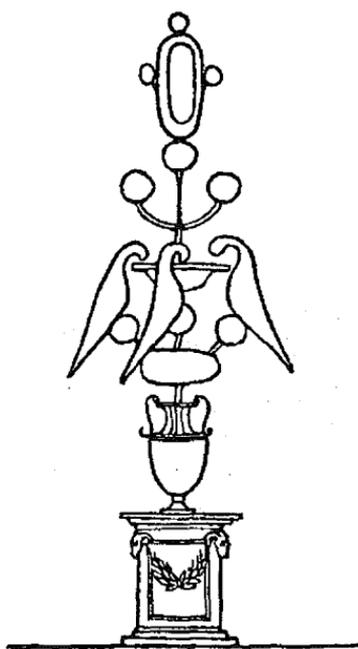
El cuadrado compañero de este en esta clausura era muy alegre y hermoso, obra admirable digna de comentario, con las hierbas maravillosamente distribuidas por colores formando un entrelazado nobilísimo. Junto a los límites de piedra de las calles que lo rodeaban, corría alrededor del cuadrado que quedaba y que estaba deformado en trapecio, una banda de un pie y tres cuartos de anchura, de la que partían todas las demás que componían la obra de este cuadrado, separado del otro por otra calle. Nueve cuadrados estaban distribuidos dentro del grande, unidos unos a otros por los ángulos, mientras que las bandas se juntaban en la mitad con precisión. Estas líneas llenaban el cuadrado, terminando y uniéndose con la banda exterior en los extremos; se anudaban en cada sección con disposición romboidal, pues los cuadrados también se unían transversal y perpendicularmente. A causa de estas relaciones mutuas, las bandas forma-

ban hermosamente un octógono incluido en otro. Todas estas figuras, uniéndose unas con otras alternativamente por encima y por debajo, originaban un elegante entrelazo de dibujo variado, que llenaba completamente el cuadrado. Las bandas estaban hechas de placas de mármol blanquísimo fijadas al suelo, de tres octavos de anchura, que ceñían a modo de muretes las hierbas que crecían apretadamente coloreando el dibujo: ostentación, por Júpiter, conspicua y agradabilísima a los sentidos.

La distribución de los colores de las hierbas era la siguiente: los cuadrados libres internos estaban cubiertos de ciclamen florido; sus bandas, de mirsinite; las bandas que limitaban los otros nudos de sección vacía, de poleo de monte; los cuatro cuadraditos de la sección cruzada, de serpol. Los octógonos que rodeaban los cuadrados libres, se ofrecían así, con la requerida variación de hierbas: uno de laurencia, otro de dragoncillo, el tercero de aquilea, el cuarto de senículo, el quinto de menta, el sexto de terrambula, el séptimo de digital, el octavo de mejorana y el último de polítrico. Estos dos cuadrados que he descrito, alternándose, llenaban maravillosamente el espacio de esta zona.



Pero queda por decir que en el cuadrado de en medio había un pedestal de pórfido en cuyos ángulos resaltaban cuatro cabezas de carnero con cuernos en forma de caracol, unidas cerca de la cornisilla y exquisitamente esculpidas, de las que pendían guirnaldas curvas. Este pedestal tenía todos los accesorios del redondo ya descrito. Sobre él descansaba un vaso antiguo en forma de ánfora, con cuatro asas iguales, de óptimo sardónice al que se unía bellísimamente su pariente el ágata, constituyendo una obra admirable. Fuera de él salía un hermoso boj con una bola interior de un paso de diámetro, en cuyo culmen brotaban cuatro ramas de un pie de altura, cada una de las cuales sostenía una bola más pequeña.



Sobre cada bola había un pavo real con la cola gacha y la cabeza inclinada sobre un plato situado sobre un tronco que sobresalía de las cuatro bolas. Sobre el plato subía otro tronco con otras cuatro ramas, cada una de ellas rematada en una bola. El tronco tenía en medio otra bola, sobre la que surgía un óvalo con dos ramitas con bolas pequeñas a cada lado y otra en el centro. Esta disposición se observaba en todos los vasos, ya que en cada cuadrado central eran



iguales el lugar, el boj, el pedestal, el vaso y las demás líneas.

Cerca seguían los otros siete escalones. Sobre el último corría un seto óptimamente formado a modo de muro de mirto verdísimo, con torres

como las ya descritas, con los cipreses y todo el resto, y con la parte superior formando una batalla naval. Dentro de este claustro alternaban otros dos cuadrados con dibujos hechos con hierbas, con esta disposición: eran dos trapecios, rodeados de bandas y con entrelazos y círculos inscritos, como el que describí primero. En el círculo de uno se veía, pintada egregiamente, un águila con las alas extendidas llenando todo el espacio. En lugar de hojas de acanto, había aquí letras mayúsculas; primero, al lado izquierdo, en el espacio dejado por los círculos, entre dos bandas, había dos: .AL.; en el otro, cuatro: .ES. .MA.; hacia el seto, en el primer espacio entre los círculos, tres: .GNA.; en el siguiente, cuatro: .DICA.; del mismo modo, hacia la calle, de la misma manera y con la misma colocación, cuatro: .TA.OP.; en el otro, tres: .TIM.; en la línea extrema hacia las gradas, conservando el orden ya dicho en la escritura, dos: .IO.; en el siguiente, dos: .VI.<sup>358</sup>

Las bandas, los círculos y el redondel de en medio eran de ruda espesa; el águila, de serpol; el fondo, de po-

leo de monte; las letras, de mejorana, rodeadas de jara. El relleno de los círculos era, uno de violeta morada, otro amarilla, el tercero blanca, con gran abundancia de sus florecillas perennes y con las hierbas siempre verdes uniformemente, escapando a su destino natural. En cada uno de los triángulos formados entre el redondel central y el segundo cuadrado, había un círculo del mismo color que los otros; el resto era de mirsinites. En sus centros había plantadas cuatro bolas de mirto muy denso e igualado sobre un tronco de dos pies.

El otro cuadrángulo tenía las bandas y el círculo como el que acabo de describir. En su redondel había dos aves: en una parte un águila y en la otra un faisán, con los picos enfrentados. Descansaban sobre los bordes de un vaso que tenía un poco de pie, y las alas de ambas estaban levantadas. Entre los lazos de las bandas, en la parte del águila había tres letras abajo: .SVP.; y arriba otras tres: .ERN. En la parte de arriba, en el primer espacio, tres: .AEA.; en el siguiente, otras tres: .LIT. Del



lado del faisán, en el espacio superior, tres: .ISB.; en el de abajo, tres: .ENI. Entre las bandas inferiores, en el primer espacio, tres: .GNI.; en el siguiente, tres: .TAS.<sup>359</sup>

Dentro del redondel, salvo las figuras, todo era de

poleo de monte. Las bandas, de laurencia; el águila, de senículo; el vaso, de nardo silvestre. El espacio entre los bordes de alrededor, de mirsinites. Las bandas extremas, en todo su curso, de pervinca; la otra banda, de aquilea. Los círculos de los ángulos, de mejorana; lo que estaba dentro y fuera de ellos, de digital. Las letras, de serpol; los espacios entre ellas, de polítrico. Los campos de las bandas redondas, de santónico. En los centros de los círculos situados entre los triángulos había una bola, dos de ellas de oloroso abrotano, y las otras dos de lavanda; se alzaban pie y medio sobre su tronco. En los restantes alternaba una bola de sabina y una de enebro de tres pies. Todas las hierbas tenían hermosísima densidad, fresco verdor y aspecto alegre, obra admirable por su exquisitez, amenidad y gusto, y estaban regadas por estrechísimos caños, distribuidos ordenadamente, que arrojaban una tenuísima lluvia de rocío.

Seguidamente y con el mismo orden ascendían otros siete escalones, cuya parte superior estaba rodeada por una cancela bellísima de jaspe rojo y brillante, de un grosor de un sexto de su altura, elegantemente vaciada en figuras gratuitas. Esta cancela y la siguiente carecían de aberturas y eran continuas, acabando aquí las calles rectas que se dirigían al centro de la isla, y sólo podía pasarse por la vía triunfal.

En esta voluptuosa clausura vi un bosque muy denso y umbroso, compuesto por numerosísimos arbustos. Había aquí las dos clases de terebintos hembras, resistentes al paso del tiempo, de notable y negro esplendor y olor agradable; el bedelio, de follaje rojizo; el manzano medicinal, que siempre da frutos; el precioso ébano, el árbol

de la pimienta, el tamarisco, las tres clases de sándalo, el árbol de la canela y el alabadísimo bálsamo, como no se encontraría en el valle de Jericó o en Metorea en Egipto. Vi también aquí el blanco costus, tal como no lo produce la isla Patale; el nardo frutal con la copa en espigas, cuyas espigas y hojas son alabadísimas; el áloe, de perfume inenarrable, cual no lo produce el acéfalo Nilo; y el cinamomo y el árbol de la mirra y el del incienso como no crece en Saba, y otros infinitos arbustos y frutales aromáticos sobre un suelo llanísimo cubierto de ásaro, como no lo produce el Ponto, ni Frigia ni Iliria, rival del nardo. Este lugar delicioso era refugio y morada de los pájaros más raros y hermosos que nunca fueron vistos por ojos humanos, entregados al amor, gorjeando gratísimamente, cantando entre la moderada frondosidad de las ramas cuyo verdor era vivacísimo y nunca caduco. Este bosque hermoso, feliz, amenísimo y frondoso, estaba atravesado por aguas que corrían por canalillos y riachuelos, con murmullo adormecedor, procedentes de las fuentes puras, clarísimas y sagradas. Y aquí, bajo las frescas y densas sombras y la suave inclinación de los árboles, mientras el trino múltiple y agudo de los pájaros corría entre las hojas nuevas, innumerables ninfas y muchachos se proporcionaban unos a otros un discreto placer y, cantando con antiguos instrumentos, buscaban las sombras más espesas y los lugares apartados, fugitivos del suave Cupido. Iban cubiertos negligentemente con sutiles vestidos de seda rizados y de tinte semiazafranado, muchos de ellos blancos y algunos de color ciclamen, y calzaban zapatitos y sandalias ninfales.

    Todos los habitantes de estos lugares de voluptuosi-

dad, al sentir la llegada triunfal de su dueño el flechador, se presentaron sin demora a venerarle festivamente, excepto estas últimas ninfas. Luego volvieron a su placer propio y continua diversión.

Por último, más allá del mencionado bosquecillo, sin nada entre medias, se hallaba la última escalera de siete gradas, con el orden mencionado; en el escalón superior estaba bellamente cerrada por una columnata semejante en cuanto a estilo y materia a la que antes describí y que se hallaba tras el río. Rodeaba un espacio amplio, despejado y plano, de obra séctil, con maravillosos emblemas de mosaico y entrelazo de figuras diversas: circulitos, triángulos, cuadrados, cilindros, óvalos, rombos y escaleras, que se entrelazaban hermosamente, con brillo de espejo y colores variados y extraordinarios.

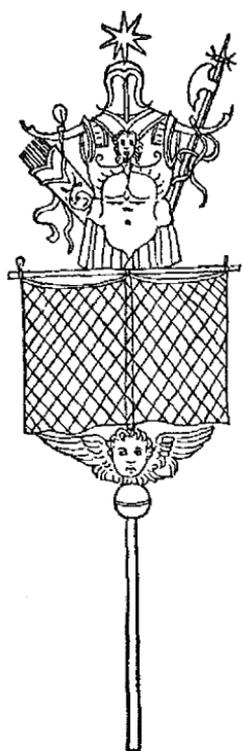
Para finalizar, diré que la mitad del tercio de milla desde el río hasta el centro, estaba distribuida armoniosamente de la siguiente manera: este sexto constaba, como se ha dicho, de 166 pasos y medio; el río tenía 12 pasos; el prado más allá del río, 10. Todos los escalones ocupaban una anchura de 8 pasos y 2 pies, e igual altura. La calle medía 6 pasos; el primer jardín, 33; el segundo, 27; el tercero, 23; el bosque, 25, el espacio alrededor del teatro, 16; del teatro hasta el centro, 16 pasos. Y ya basta de medidas de la isla.

\*

CUANDO SALIERON DE LA NAVECILLA, VINIERON A SU ENCUENTRO INFINITAS NINFAS CON TROFEOS, SOBERBIAMENTE VESTIDAS. POLÍFILO DESCRIBE LA MISTERIOSA FORMA DE LOS OBJETOS PROCESIONALES QUE OFRECIERON A CUPIDO Y LA PROCESIÓN DEL CARRO TRIUNFAL, QUE FUE SEGUIDO POR ÉL Y POLIA ATADOS. Y QUE LLEGARON EN MÁXIMO TRIUNFO A LA PUERTA DEL ADMIRABLE ANFITEATRO, EL CUAL DESCRIBE POLÍFILO COMPLETAMENTE POR DENTRO Y POR FUERA.

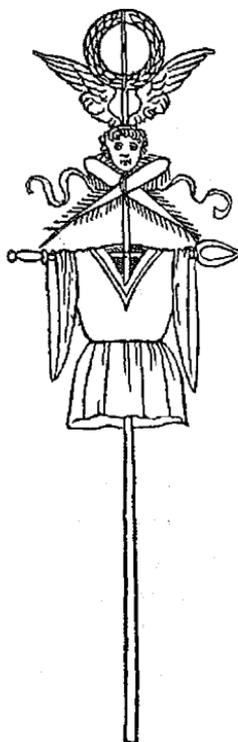


UANDO LLEGAMOS A LA PLAYA, EMPUJADOS suavemente por la brisa del Céfito, que hacía vibrar las hermosas y doradas plumas del niño divino, y salimos de la navecilla sagrada, se presentaron en tropel a su encuentro infinitas semidiosas portadoras de regalos, e insignes ninfas de notable belleza y edad tierna y florida, con gran aparato de ornamentos y suntuosas vestiduras, fasto divino y pompa más que regia, exquisito adorno y solemne veneración, bailando alegremente danzas pírricas, ofreciéndose a él con virginal atractivo y celestiales rostros resplandecientes de humildad, con obsequiosidad dignísima. Delante de todas iban las cazadoras, las portaestandartes y las portadoras de torres,<sup>360</sup> abriendo jubilosamente la marcha, con trofeos de instrumentos militares dispuestos en astas de oro acabadas en punta. Una llevaba la coraza del furioso y encendido Marte y sus otras armas atadas y el arco colgando



trasversalmente sosteniendo la coraza, con la aljaba llena de flechas y el hacha atadas a sus extremos, y la red extendida bajo la coraza, sobre una cabeza alada de niño y una bola que estaban situadas en el centro del asta; en la parte superior estaba el casco con la estrella.<sup>361</sup>

Otra llevaba otro trofeo: en la punta de la lanza había una coronita de laurel, debajo un par de alas de águila negra



abiertas y luego el rostro de un niño nobilísimo; seguían después transversalmente dos rayos, atados con cintas voladoras tejidas de oro y seda; atravesando el asta, había un cetro del que colgaba una vestidura soberbia.<sup>362</sup>

Otra portaba como trofeo un casco con un bucráneo y debajo una coraza antigua, con dos escudos atados a las hombreras; entre ellas pendían a cada lado dos cintas que sostenían la piel del león con la nudosa clava.<sup>363</sup>

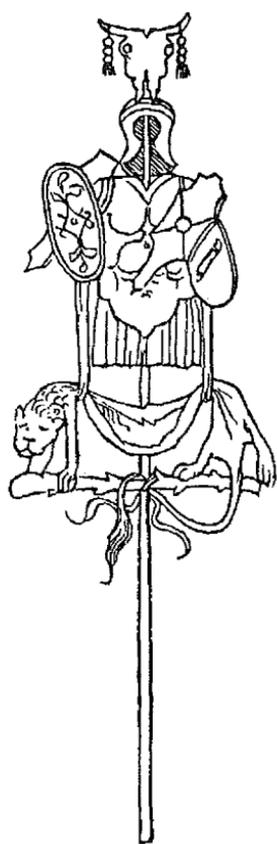
Seguía una que llevaba un trofeo de notable belleza. En su extremo había una tapadera sobre un círculo, a

modo de plato, de un doceavo de grosor, en cuyo centro vi otro círculo con una especie de pie de vaso. Debajo había una tablilla con la siguiente inscripción en letras mayúsculas: QVIS EVADET?<sup>364</sup> Seguía al letrero una bola y luego otro círculo como el superior, pero más pequeño, rodeado por unas alas y puesto sobre una escudilla sólida y maciza, de la que descendía un balaustre alargado y luego una bolita.

Otra llevaba un asta en cuya punta había un óvalo con el borde adornado de bolitas en círculo y en su centro un cabujón de zafiro también oval, de una onza de grosor, y debajo una placa con esta inscripción: NEMO. En medio de dos alas pasaba el asta, que en esta parte era abalaustrada. En la parte inferior seguía una escudilla como la que antes he dicho.

Tras este era llevado otro trofeo nobilísimo. En la punta del asta sobresalía una bola sobre un pie piriforme, entre dos plumas cubiertas de hojas de oro, una puesta ordenadamente sobre la otra. Las alas tenían forma de media luna. Luego había un círculo vacío, a modo de corona, atado con una cinta en medio del asta, que aquí se abalaustraba. Bajo la corona había una bolita sobre el fondo de un vaso de cuello estrecho invertido, que descendía sobre dos alas unidas por el hueso remero. Seguía un óvalo con una bola blanca que relucía en su centro. Bajo este había una bola estriada en forma de melón, con cintas voladoras oportunamente atadas.

Había muchos otros trofeos, que sería prolijo enumerar, cuyas astas eran de ébano, de sándalo rojizo, amarillo y blanco, de blanquísimo marfil y algunas doradas o cubiertas de plata, y de otras muchas maderas preciosas.



Todo estaba hecho de oro finísimo, plata y materias pulidas y de seda verde y de otros colores agradables, adornada con flores hechas con múltiples gemas; cada cosa estaba situada armoniosamente en su lugar adecuado y aplicada hermosamente con adornos colgantes de piedras preciosas horadadas y atravesadas por hilos de oro; y todo pintado con colores hermosísimos y brillando con chispeante esplendor. Las portadoras llevaban guantes de tejido de aguja de seda, oro y plata, de diversos colores, rematados por

un borde adornado con piedras preciosas y atados a los brazos rosados y carnosos con cordones trenzados de oro y seda de elegantes colores.

Delante de todas estas portadoras de trofeos iba una que llevaba la bandera que había quitado de la navecilla y la había traído corriendo. La seguía inmedia-



tamente otra con un asta triunfal que llevaba en la parte superior un Cupido alado y desnudo que tensaba el arco y pisaba una bola, colocada en la parte superior de una corona de laurel que reposaba sobre el fondo de un vaso de cuello estrecho invertido. Las cintas, que lamían por arriba la rosca de la corona, volaban luego hacia fuera. Dentro del espacio vacío de la corona había una tablilla atravesada por una varilla, en cuyos extremos colgaban sargas de piedras preciosas. En la parte de abajo de la corona había un vaso de cuello estrecho invertido, con la boca abalaustrada, que mordía una figura ovalada, rodeada de molduras que seguían su forma, con dos bolitas sobre la circunferencia, una a cada lado, y otra bola en la parte inferior. Por último, había un nudo de oro con cintas voladoras. En ambas caras de la tablilla estaba escrito este epígrafe con mayúsculas griegas: ΔΟΡΥΚΤΗΤΟΙ.<sup>365</sup>

Y llevaban muchos otros adornos de diversas flores, frondas y frutos, no sin la mezcla de hojas de oro y plata y de toda clase de colores pintados a la encáustica, con infinitos ornamentos y exquisita elegancia de acabado, marchando contentísimas con otras insignias y carteles de victoria y despojos y trofeos de los vencidos por el poderoso y divino niño, con paso de procesión triunfal, guardando distancias moderadas, batiendo palmas, danzando entre músicas y los gritos de júbilo de las que llevaban las insignias.

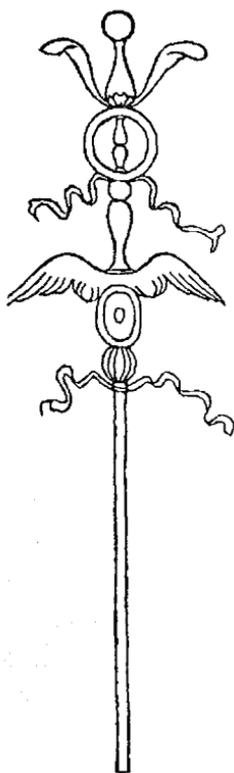
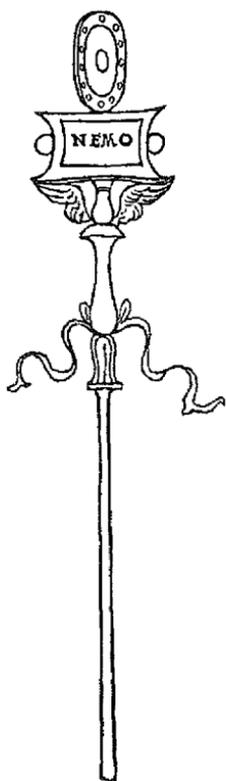
La primera que se presentó fue su divina esposa Psique, cubierta con un regio vestido de terciopelo carmesí tejido con oro y bordado, de una seda como no la producen Hermaria ni Malicha de Hesperia.<sup>366</sup> La seguían sus compañeras, vistiendo con elegancia de diosas vestiduras

de diversos colores, con trajes soberbios nunca vistos e insólitos, adornados opulentamente con piedras preciosas,

cuales la madrastra naturaleza ha prohibido hacer a los ingenios humanos, con rizados pliegues sobre sus cuerpos delicados y perfectos y sobre las caderas virginales, movidos al suave impulso de las frescas brisas.

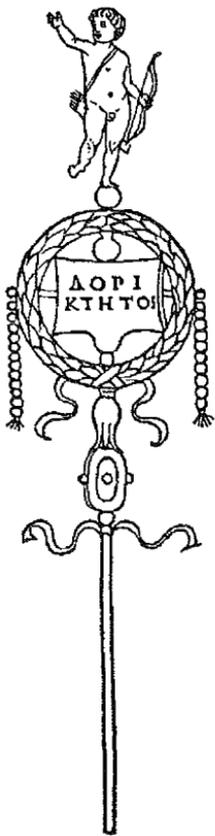
Algunas llevaban apretados pectorales de escamas de oro con hermoso y adecuado ornamento de relucientes gemas; otras mostraban el inicio de la hinchazón de los orgullosos pechos, redondos como manzanas y más blancos que la escarcha de Capricornio, por

los escotados vestidos. Sobre ellos, cosida al pectoral de terciopelo azul, daba la vuelta una suntuosa orla cuajada de perlas orientales. El pectoral, un poco hinchado por los pechos, ocupaba suntuosamente hasta el cinturón y estaba adornado con volutas de egregio follaje de pedrería,



como nunca fue inventado por los frigios en Frigia. En los vestidos de color rojo, este adorno era de verdes esmeraldas redondas; en los de color verde claro, de ardiendes rubíes en forma de baya; en los azafranados, de relucientes zafiros en forma de vértebras; en los de color purpúreo o carmesí brillante, de diamantes esplendorosos tallados en pirámide; en los de color amatista o morado, de redondas y blanquísimas perlas.

Aún había, guardando estos mismos contrastes, otros colores hermosos y vivísimos, como el malva, el rojo púrpura, el púrpura violáceo, el rojo sándalo, el azul cerúleo y el de la flor de granado. Algunos de estos vestidos de seda eran lisos, otros de terciopelo y algunos con tres o cuatro niveles de pelo, tejidos formando gratísimas figuras de flores y animalillos. Otras llevaban tejidos de urdimbre de seda y trama de oro y plata, tejidos con sumo arte y habilidad con toda clase de colores y figuras. Las vestiduras de otras eran a rayas, alternando una de oro o azul con una verde o plateada y de otros colores armoniosamente distribuidos, de hermosa textura y placentera apariencia. Algunas llevaban vestidos purpúreos teñidos dos veces y otras mantos de tejido sutil y brillante de algodón, cual nunca se hicieron en Escitia, rayados de diversas maneras y teñidos de colores. Otras llevaban un tenue vestido de seda que cubría el hermoso vientre adhiriéndose estrechamente a él.



Las abundantes cabelleras iban hermosamente adornadas con cintas y bandas cubiertas de piedras preciosas con orden admirable, sujetas por exquisitas redecillas cuyas mallas romboidales y de otras figuras estaban tejidas con hilos triples trenzados: dos hilos de seda y uno de oro. Entre los maravillosos nudos estaban cosidas gemas redondas y esplendorosas, según el color del traje, como los adornos que dije. Otras iban tocadas con tiaras de oro y otras aún con diademas doradas.

En los rombos de las redecillas llevaban rosas blancas hechas con seis gruesas perlas, en cuyo centro resplandecía una gran piedra en forma de cono, del mismo tipo que las que orlaban la diadema por la parte que rodeaba la espaciosa frente, donde se veía el arranque de los copiosos cabellos, con hermoso vestigio de ligeras ondas. Otras habían arreglado sus cabellos de oro en un rodete de trenza en la hermosa nuca, recogiénolos y entremezclándolos con cordoncillos de seda y oro a la manera de las ninfas. Otras se habían anudado la fina cabellera sobre las sienas lisas, cubriendo con ella parte de la frente, con los cabellos rizados y resplandecientes como hilos de oro. A algunas el cabello les caía sobre la frente y alrededor de la cabeza y por el cuello, al soplo de

las brisas inconstantes. Detrás, sobre las bellísimas orejas, pendían los extremos de las cintas, bordeados de rubíes centelleantes, diamantes, primaverales esmeraldas y zafiros profundamente azules, y adornos de hojas de oro y plata que refulgían intermitentemente, y llevaban las trenzas recogidas con sartas de perlas orientales. Desde allí, el resto de la copiosa cabellera descendía suelta en suavísimas ondas y bajaba por los hombros delicadísimos hasta más allá de las redondas pantorrillas resbalando sobre las algas duras y fresquísimas.

Algunas habían atado coquetamente en dos crenchas con cintas de oro los exquisitos cabellos que bajaban de la nuca, separándolos sobre el lácteo cuello. Luego los habían retorcido y unido con eximia elegancia en la parte superior de la cabeza en un moño puntiagudo, en el que un precioso fleco de perlas sostenía apretadas las trenzas, que, traídas magistralmente por debajo de las pequeñas orejas sobre las sienes lisas, llegaban a un tiempo, adelgazándose a la par en los extremos, a la residencia y voluptuoso lugar que les estaba destinado.

Unas tenían los cabellos rojizos, ceñidos de hermosísimas guirnaldas de flores primaverales. Otras, más rubios que escogido arsénico escamoso, de su mismo lustre y color, compuestos en rizados al modo de las ninfas y deliciosamente adornados con diversas piedras preciosas. Algunas, más negros que las plumas de Esaco y relucientes, hermosamente peinados y enroscados, cubiertos por velos transparentes de oro de airoso y hermoso vuelo, sujetos con agujas y rodeados de cintas, aderezados con un esplendor, un arte y una habilidad, que sobrepasaban toda la coquetería y el afán de embellecerse propio de las

mujeres. Aquellas cabelleras, tan bien peinadas y artísticamente compuestas, eran lazos amorosos hechos para retener y mordaces y nocivos cebos para los corazones amorosos. Llevaban también pendientes de valor incalculable, colgados de sus orejas horadadas, y el recto y niveo cuello rodeado y ceñido por gargantillas preciosas y collares admirables, suntuosamente adornados con piedras preciosas; en suma, mostraban más coquetería femenil en el adorno de la que nunca se podría imaginar.

Además, algunas calzaban sus piececillos con coturnos de púrpura con cintas de oro que acababan sobre la blanca carne de las pantorrillas, rodeadas por un borde recamado noblemente de piedras preciosas de una pulgada de anchura, atado con lazos de oro y seda. Algunas llevaban los pies desnudos calzados con sandalias rojas, con graciosa coquetería; muchas calzaban sandalias de cuero dorado con elegantes bajorrelieves; bastantes llevaban zapatos de cuero rojizo bordeados de oro; otras, calzados de abertura en media luna, y sandalias con correas y ligaduras más insólitas y maravillosas de lo que soy capaz de decir, de seda cerúlea e hilos de oro, con entrelazos libres y gratos que se anudaban cerca del carnoso talón de la manera más hermosa que cabe imaginar. Y de la estrecha suela salía un correa roja hermosamente anudada, que ataba el dedo pulgar y desde él pasaba al meñique, más blancos ambos que los huesos calcinados, y luego, subiendo por los carnosos tobillos, se unía bellísimamente con una lengüeta que salía de la ligadura que rodeaba el talón, obra vermiculada de oro y relucientes piedras preciosas.

Algunas calzaban medias de raso de seda de distintos colores, diferentes de los del vestido soberbio y ninfal,

cerrada con broches de oro y ganchitos curvos y atadas con lazos. Los exquisitos zapatitos eran retenidos a los carnosos piececillos con elegantes cordones pasados por ojetes de oro, bandas de perlas y lazos de seda de colores y oro, con las cabezas de plata brillante, bello adorno capaz de cegar y sacar los ojos a los desenfrenados espectadores. ¡Oh, cuánta elegancia, belleza y esplendor, cuánto hábil adorno, qué obras nunca vistas! ¡Con qué aguda diligencia se había pensado proporcionar a quienes lo miraban un dulce y excitante placer y una muerte deliciosa!

En el vestido mostraban también una decoración de invención soberbia y deliciosa, tanto más hermosa por cuanto que se acomodaba a sus lugares adecuados: artísticas franjas, flecos y colgantes, sutiles cortes y admirables y elegantes remates. Por delante, del apretado cinturón para abajo, colgaban ordenadamente peras doradas de labor de incrustación. Algunas, en lugar de peras, llevaban colgantes de perlas del grosor de avellanas, en forma de lágrimas, o bien una franja de oro tejido, de un sexto de anchura, de obra vermiculada, cuyos menudos flecos caían hasta la orla de alrededor. Algunas, en lugar de perlas, llevaban gemas cónicas, sin facetas en ángulo, con armoniosa elegancia en la combinación de sus colores y formas. Ví que algunas vestían de un modo especial, soberbio y divino, de adorno insigne, egregio y suntuosísimo y preciosidad incomparable, estas llevaban sobre los torsos corazas de raso de seda de brillante color amatista, que descendían por detrás hasta la última vértebra y por delante hasta el pubis con curva moderada y estaban adornadas con follaje antiguo en relieve, cuyos roleos remataban en los pechos y el ombligo en perlas medianas;

había en ellas preciosas rositas de gemas y otras figuras admirables, bordadas en oro y adornadas con notables pinturas encáusticas y obras vermiculadas. Los extremos de las corazas eran admirables, a la manera de las túnicas de los actores trágicos, de oro, rodeados de una orla de cuyo borde pendían, al-

ternando, gruesas perlas y peras, que se movían juguetonas. Descendía luego una vestidura de seda verde de trama de oro, que bajaba hasta las rodillas; por debajo de ella, hasta más allá de los talones, caía otra de color carmesí con trama de oro. Estas, finalmente plisadas, tenían una orla de oro de una anchura de onza y media, con dos filas de gruesas perlas en los extremos. El interior de la orla de la primera túnica estaba ocupado por inestimables rombos hechos con gemas, que alternaban con otras redondas que destacaban bellamente del fondo de oro y eran de colores armoniosos.



Más allá de los bordes extremos había estrechas almenas de cada uno de cuyos ángulos colgaba una piedra redonda, y en la parte inferior, entre las almenas, finos adornos de oro que se movían libremente. De esta orla

descendían hilos de oro anudados en forma de rombo, que sostenían una gema en forma de almendra. En cada una de las secciones se interponía otra, a través de la cual pasaba un hilo de oro transversalmente. Bajo esta gema, en la parte inferior de la orla, había otra circular, semejante a las colaterales en forma y tamaño, colgante y adornada de flecos; en el hilo transversal que digo, en medio de la figura romboidal, había una piedra oval y, enhebrada en medio de cada lado, otra en forma de almendra, cada una con distribución adecuada, elegante orden y diversa coloración, guardando la línea de los rombos. De todos los ángulos inferiores de la figura descrita, intercaladamente, pendía una inestimable plaquita cuadrada y preciosa, bajo la cual y colgando de ella había una piedra en forma de baya. Entre una y otra colgaba una ovalada, todas ellas de grosor admirable. En la orla de la segunda vestidura, había entre las perlas plaquitas en forma oval, de una pulgada de longitud y media de anchura, separadas por dos redondas, y luego dos rectangulares, con otros aditamentos de piedras unidos hermosamente en los lugares vacíos, de colores fulgurantes, para delicia y agrado del espectador y estupor de la naturaleza. Las mangas eran bellísimas y tenían el mismo adorno que la coraza. Sus uniones con los hombros y los cuellos estaban rodeadas también de orlas y adornos hermosísimos. Los brazos iban cubiertos por dos piezas: desde la axila al codo y desde el codo a la muñeca; eran de tejido de oro de notable trabajo, rodeadas de una orlilla de invención ninfal, y tenían en la unión del codo bellos lazos de cordones de oro. Por las junturas salían copiosamente y con gran elegancia los bullones de la nivea, finísima y brillante cami-

sa, atados en los lugares adecuados con cordoncillos de seda que pasaban por ojetes de oro y estaban rematados en puntas áureas y nudillos exquisitos. Aquí el deseo y el anhelo se conciliaban con el saber, y el poder con la voluntad, y se ofrecían a los ojos amorosos tantas cosas y tan deliciosas que, por Júpiter, no se deseaba realmente otra cosa que poder mirar aquello eternamente; y las ninfas eran tan hermosas, de rostros tan atractivos, tan soberbiamente aderezadas, tan resplandecientes en sus níveas vestiduras de suprema elegancia, tan excitantes, que un hombre se hubiera expuesto por ellas de buena gana a la áspera muerte.

¡Oh seductor artificio, oh atractiva compañía, oh máquina de guerra capaz de infectar repentinamente, subvertir, asolar y abatir al instante y subyugar totalmente y atraer sin remisión a cualquier corazón, por sano, prudente, valiente, tranquilo, libre y resistente que fuera; y de derribar cualquier moderada, increíble y obstinada continencia! Estos son los verdaderos e infalibles satélites del laborioso amor, los carniceros crueles que acechan los pensamientos libres y lejanos; a esta sujeción es imposible resistirse, por muy audaz que sea el ánimo, ante dulzuras tan inevitables y atractivas, ante tanta habilidad para enredar en sus lazos y tanto genio para inventar obras exquisitas y tal artificio de la fecunda naturaleza y tan eximio instrumento de tortura, que, ay de mí, debería emplearse más bien con las estatuas de mármol que no con los frágiles corazones humanos. Porque, si aun estando aquel sexo noble y divino despojado y desnudo, infecta y envenena a los que se inclinan ante él, qué será con el voluptuoso artificio de tales lazos, que es

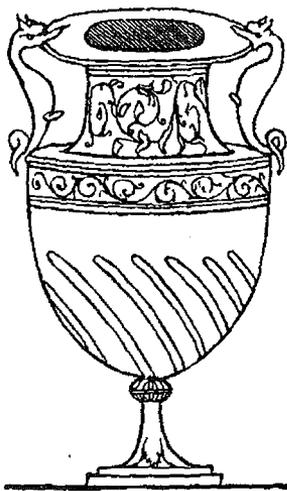
realmente una perniciosa invención. Pues ellas no juzgan suficiente que se muera naturalmente de amor, sino que lo aumentan de manera calculada, para conducir con mayor facilidad a los amantes desgraciados y tiernos a la destrucción y excitar continuamente las chispas que los encienden y las llamas amorosas y ardientes que los consumen, con estos divinos objetos capaces de llenar y confundir el cálido pecho con ardientes suspiros y hacer que el amor fermente en el corazón. No sabría yo explicar de manera razonable cómo uno, enamorado tan sincera y firmemente como yo de Polia, podía sentirse sacudido por estas insidias inevitables y premeditadas e impetuosas violencias. «Ay de mí—decía para mis adentros—, oh amadísima Polia, hermosa mía, ten cuidado con la presa que has cazado, porque es una gran prueba el tránsito por tan piráticos enredos y asesinos manifiestos y ladronzuelos traidores, que traicionan toda lealtad y que son alabados por sus amorosos agravios, y tanto más deseados, respetuosamente requeridos y dulcemente amados cuanto más desgraciados hacen a los que dañan.»

En los rostros gratísimos de aquellas ninfas, bajo dos cejas arqueadas como sutiles y negrísimos hilos de seda más brillantes que el electro, resplandecían dos ojos flechadores y juguetones, más que las radiantes estrellas en el cielo purísimo. Y en su rostro, las mejillas se mostraban más bellas que rosas encarnadas y frescas, no maquilladas, sino con rubor más grato y natural que el de las manzanas que maduran en el vinoso otoño y más lustrosas que el blanquísimo marfil pulido. Nunca se apareció a los aquemenios el titán Sol más claro, ni a los egipcios Osiris o Isis o Serapis con el cestillo y la imagen de

tres cabezas, ni a los persas Mitra<sup>367</sup> en la cueva sagrada, como se mostraban a la llegada de su señor aquellas ninfas deliciosas y divinas, con semblantes nobles y respetuosos y compuestos y mesurados ademanes, rutilantes de rara belleza, con noble vasallaje, hermosas en su elegante honestidad y adornadas bellísimamente con un lujo insolente.

En este punto, encabezando a la caterva que saludaba con veneración y rodeada de abundante compañía, la bellísima Psique recibió a su queridísimo esposo con agrado y reverencia, apasionada y cariñosa, y le puso en la cabeza con gran veneración una corona preciosísima, como tal vez no lo fue la ofrecida por Hierón. Una de las ninfas que la acompañaban respetuosamente, llamada Imeria, recibió a Polia con dulzura, y otra, la hermosísima Erototimóride,<sup>368</sup> me tomó de la mano. Luego se acercaron alegremente muchas otras, de tres en tres, con paso solemne, gran orden y pompa y veneración, haciendo profundas reverencias.

Primero vino Toxodora, que ofreció a Cupido prestamente el curvo arco homicida, que estaba muy bien tensado. Acompañaban a esta otras dos, Ennia y Phileda.<sup>369</sup> Ennia llevaba en sus gordezuelas manos un vasito de dos asas de brillante zafiro de color intenso, con el orificio moderadamente ancho y armoniosamente esculpido. Su cuello, que iba creciendo en an-



chura hacia la panza, estaba tallado con máxima perfección con motivos vegetales, y las asas, hermosamente figuradas en forma de víboras, mordían el borde, que tenía una elegante gola. Seguía luego en torno a su panza un friso con admirables figuras en relieve y hermosamente compuesto. Donde su grosor comenzaba a decrecer hacia el delgado fondo, el vaso estaba estriado oblicuamente con canalillos de moderada profundidad, que acababan en un nudo redondo de tamaño adecuado, desde el que comenzaba el pie. Estaba lleno de flores bellísimas y de diversas clases que eran arrojadas por Ennia y recogidas por su compañera Phileda en su seno.

De modo semejante, entre otras dos ninfas elegantísimas, se adelantó Velode,<sup>370</sup> que presentó festivamente a su señor una admirable y soberbia aljaba de egregio arte e invención, con dos flechas velocísimas, una de ellas con la punta de plata pura y la otra de plomo negro, pesado, frío y funesto,<sup>371</sup> para que él ciñese a su flanco tierno y divino sus armas voladoras. Y sus compañeras Omonía y Diapraxe jugaban con dos bolas, arrojándose las recíprocamente; pero la de Omonia era de oro y la de Diapraxe<sup>372</sup> de frágil cristal; y cuando una de ellas cogía la de oro, arrojaba a la otra la cristalina, evitando cuidadosamente que se juntaran.

Seguían ordenadamente a estas las otras tres. Una era la bellísima y respetuosa Typhlote, de méritos religiosos y gran dignidad. Inclinandose ante su señor, le ofreció un velo sutilísimo para que se tapara los ojos. Llevaba como compañeras a dos lascivas muchachas de semblante impúdico, Asynecha y Aschemoryne.<sup>373</sup> La primera, daba vueltas a derecha e izquierda y bailaba orgullosa-

mente con inconstancia, saltando y jugueteando histriónicamente como la famosa Thimele.<sup>374</sup> Y la otra, la única entre todas las demás, que estaban vestidas, se presentó desnuda, impertérrita y lasciva, ni más ni menos que si hubiese bebido en la fuente Salmacia. En la mano izquierda sostenía una esfera formada por láminas de oro y con la diestra se recogía voluptuosamente la larga cabellera para impedir que le cubriera las carnosas y bamboleantes nalgas, con impúdico descaro, como una lasciva buscona, poniendo de manifiesto obscenamente su insolencia grosera con la mirada arrogante de sus ojos inconstantes y ociosos y con gestos encendidos de lascivia, como una procaz gaditana, gesticulando con mayor torpeza que si se mirara en los espejos cóncavos del sucísimo Hostio.<sup>375</sup>

Por último se presentaron otras tres mujeres poco previsibles:<sup>376</sup> la primera era Teleste,<sup>377</sup> vestida de ar-



diente púrpura, con los cabellos sueltos y rizados pendiendo sobre su frente ceñida con una diadema, que entregó a sus dios con gesto elegante una antorcha encendida. Una de sus compañeras, Vrachivia,<sup>378</sup> llevaba una preciosa urnita de esmeralda de forma antigua, obra atrevida si había sido hecha por manos humanas. Tenía el cuello cubierto de estrías curvas que acababan en la mitad de la anchura del vaso con distribución niveladísima, ensan-

chándose un poco. Luego, el hermoso cuerpo descendía hacia el fondo redondeado, adelgazándose paulatinamente, revestido de hojas de apio de inestimable factura. Los bordes se continuaban hacia el cuello, curvándose en unas hojas exquisitas que formaban las asas. Por el orificio salían chispas voladoras y crepitantes que relucían en el aire y luego se apagaban y caían convertidas en pavesas.

Su otra compañera, Capnolina,<sup>379</sup> llevaba un vaso de arcilla de cuello alto y estrecho y que se adelgazaba mucho en el fondo. En la panza, bajo las asas, tenía impresas circularmente a distancias iguales trece letras griegas perfectas: ΠΑΝΤΑ ΒΑΙΑ ΒΙΟΥ,<sup>380</sup> y muchos otros adornos y estrías oblicuas. De las letras para arriba el cuello estaba agujereado y por los orificios salía un humo perfumado que se desvanecía en el aire sin dejar rastro.



Finalmente, habiendo recibido las misteriosas ofrendas y los fatales despojos de amor y sus armas propias, el niño divino se sentó en un carro antiguo y áureo, que estaba preparado allí para el triunfo, completamente cubierto de láminas de oro, con todos los bordes rodeados por un friso que medía tres cuartas partes de su anchura y en el que relucían como el sol ostentosas gemas incrustadas, de tamaño y valor impensables y hermosísima factura y muy raras. El carro estaba dispuesto y preparado divina y ordenadamen-

te, con dos ruedas que tenían la circunferencia de oro y los radios, que salían del eje, en forma de esbeltos balaustrés y hechos de diversas piedras preciosas de colores resplandecientes.

Cuando él se hubo sentado en el carro, al punto Polia y yo fuimos apresados y cautivados por las hermosas ninfas Plexaura y Ganoma,<sup>381</sup> a las que el triunfante niño había dado la orden de hacerlo con una señal de su cabeza; y, con los brazos a las espaldas y las manos ligadas, Polia y yo fuimos enredados y atados como vencidos con guirnaldas hechas de rosas y otras flores, y arrastrados tras el carro pomposo y divino del máximo vencedor por la hermosísima ninfa Sinesia,<sup>382</sup> con suavidad y voluntariamente.

Esto me hizo casi echarme a temblar, pero, como las ninfas y mi Polia, de fama universal, se reían graciosamente, me tranquilicé al punto. Nos seguía inmediatamente la curiosa Psique y tras ella las jóvenes que habían hecho las respetuosas ofrendas. Psique llevaba sobre sus vestidos, con empaque de matrona, un suntuosísimo manto de oro o clámide, tal como no se la dio a Darío Silosonte y más hermosa de la que pudo usar jamás el rey Numa, su primer inventor, terciada sobre el hombro derecho, atada de un modo complicado y cerrada con broches redondos, en los que, entre carbunclos muy gruesos y purísimos paragonios resplandecientes, tenía engastado un diamante de dedo y medio de largo, de una pulgada de ancho, que centelleaba acerbamente y estaba lleno de admirables figuras en relieve, de mayor precio que el donado a Apolo pitio por Gíges. No fue éste esculpido por el noble Pirgoteles, sino por manos divinas, y en

él aparecía Cupido hiriéndose a sí mismo cruelmente, y la incauta Psique tocando la saeta que producía heridas mortales. En el brazo libre llevaba la voladora y vehemente flecha de oro o venablo de fuego, y en la otra mano, elegantemente cubierta con el reverso de la clámide que descendía sobre el hombro izquierdo, de áureo y sutilísimo fieltro aterciopelado, una lámpara de jacinto de obra antigua y de hermosa forma, encendida y chispeante. La suntuosísima clámide estaba lujosamente orlada con piedras preciosas admirables, sobre un manto exquisito de seda verde tejida con oro purísimo, ceñido bajo el pecho un poco hinchado, de hechura divina y deliciosa.

Arrastraban el soberbio vehículo del Amor triunfante dos dragones escamosos, de tamaño mayor que el natural, adecuados y capaces a este amoroso oficio y misterioso transporte, con tres lenguas vibrantes de fuego y cuatro patas, los cuellos estirados hacia delante y los escamosos pechos atados con nudos maravillosos de correas y ligaduras tejidas con cintas de oro y adornadas con prominentes bolas de variado y excelente relieve de oro, que alternaban con brillantes piedras; estas ligaduras estaban sujetas con broches de oro y las riendas iban adornadas de gruesas gemas. No arrastraban el carro rápidamente, sino con sosiego propio del paso triunfal.

Como he dicho antes, precedían a este triunfo divino las ninfas portaestandartes; luego iban las que llevaban los trofeos, después las portadoras de fascias de oro y luego las de las luces, con lámparas de oro, teas y velas de cera blanca y purísima, que iluminaban con clara luz. Marchaban a continuación las portadoras de perfumes,

con vasos de oro de factura nunca vista y con pebeteros y arquillas de incienso, esparciendo una fragancia maravillosa que sobrepasaba incluso a la que exhalaba por doquier aquel feliz lugar. Algunas, con vasitos de oro de boca estrechísima, arrojaban sobre todos una lluvia de licor perfumadísimo, gota a gota. Había otras que, con orden celeste, llevaban en sus largas manos sonoros instrumentos musicales: flautas horadadas, tibias que sonaban suavemente y retorcidos cuernos de oro y piedras preciosas. Algunas cantaban juntas armoniosamente al modo lidio, dulcemente, con voces angélicas, hermosos cantos, con sonos inauditos. Unas iban con címbalos tintineantes, otras con ruidosos y roncós tambores colgados de la mano izquierda y atados con cordones de oro y seda a los carnosos brazos cerca de la muñeca; y luego tapaban seductoramente con sus dedos torneados y largos la agujereada flauta simple, mejor que la inventada por Mercurio, que recibía el sonoro aliento que salía de entre los labios purpúreos, haciendo que las mejillas rojas se hincharan graciosamente y luego dejaban libre el aire. Y con la mano derecha golpeaban la piel tensa con palillos de marfil blanquísimo, con participación medida y exacta y sonido ronco, moderado y grato, concorde con el de las flautas.

Algunas tocaban flautas dobles, mejores que las inventadas por Marsias y que las frigias; otras, liras de dulce sonido; y algunas, cítaras, arrancando con los dedos tiernos y delicados o con el plectro sonidos bronceos de las cuerdas de bronce, armonizando con otros instrumentos nobilísimos y maravillosos, como sistros áureos de agudo tintineo y triángulos de acero, o entrechocaban

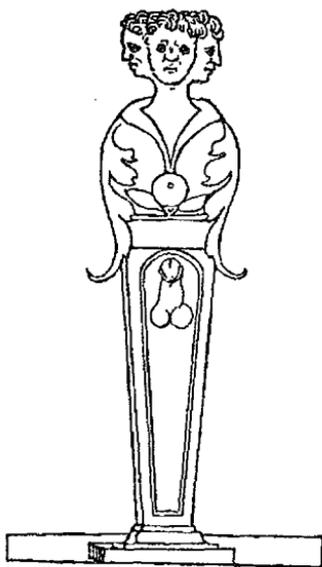
anillos estridentes; otras difundían una armonía infinita, tocando cuernos curvos y ruidosas trompetas.

Iban coronadas de diademas hechas con piedras preciosas de colores floridos y primaverales, mezcladas con hojas de oro y diversas flores, principalmente violetas moradas y flores de comino y purpúreos amarantos y holocrisos y ciclámenes, y ceñidas con guirnaldas compuestas de melilotos, violetas amarillas y blancas y otras flores armoniosamente mezcladas, a modo de coronas, y con las cabelleras rodeadas y trenzadas con blancas perlas y otras gemas, y algunas con elegantísimas cintas. Regalaban al auditorio con una armonía tan dulce como la que tal vez nunca produjo Apolo con su lira para cautivar a las musas heliconias; ni tales y tan suaves sonidos oyeron los navegantes tirrenos, ni con tal música realizó Arión su viaje hacia Ténaro sobre el delfín que lo transportaba. Las muchachas que tocaban no estaban todas juntas, sino dispuestas en orden procesional en sus lugares correspondientes, entre la desbordante muchedumbre, para mayor alabanza y gloria de la triunfal empresa.

A causa de la divinidad de estas cosas, estoy firmemente convencido de que sería vano el empeño de cualquier lengua, por fecunda y elocuente que fuera, de expresar una parte mínima de los suavísimos sonidos, dulcísimos cantos, solemnes y alegres danzas y fiestas de las divinas ninfas y nobles muchachas, de su singular e incomparable belleza y de su ornato excelente y elegantísimo, capaz de interrumpir y arrancar la agradable vida y de destruir el corazón más duro y obstinado. Marchaban alegres, con su cargamento diverso y triunfal, y avanzaban con jubilosa gesticulación, y me fue dado ver

clara y realmente, especialmente favorecido por la gracia de la Citerea y el privilegio de Cupido, aquel suntuoso y soberbio triunfo y sus delicias y amenidad y aquella inmensa cantidad de preciosas riquezas y aquella opulencia máxima, más divina que las de la naturaleza.

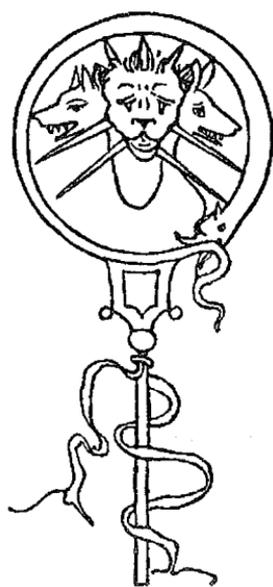
Inmediatamente detrás de las serpientes que arrastraban el carro, marchaban dos sátiros pánicos y procaces, con barbas de macho cabrío y los pies hendidos de cabra, que, lascivos y jocosos, con guirnalda de satirión florido y flores de helenio y de cinosorce sosteniendo sus desaliñados cabellos sobre la frente arrugada, llevaban cada uno un monstruo rudamente tallado en madera y dorado, humano y vestido solamente desde la triple cabeza hasta el diafragma; el resto era un prisma que se adelgazaba hacia la parte de abajo, donde acababa en una base con una gola y una pequeña lastra. En lugar de brazos tenía unas hojas antiguas, y en el pecho un fruto; en medio del prisma, en su parte más ancha, aparecía el falo erecto.



Delante de ellos iba una linda ninfa, en cuyo rostro de nieve brillaban las mejillas rojas como el pórfito, con la frente coronada de racimos de yedra, vestida con un manto partido que revoloteaba de acá para allá a los suaves soplos del céfiro sobre el seno; llevaba un vasito de

oro redondo en forma de teta,<sup>383</sup> que arrojaba leche por un conducto estrechísimo.

La precedían otras dos ninfas, una de ellas coronada de hojas de linostote femenino y la otra de hermopoane masculino.<sup>384</sup> Una llevaba en la mano derecha un niño dorado entero y en la otra otro con la cabeza, los bracitos y el cuello cortados.<sup>385</sup> La otra era portadora, con gran respeto y reverencia, de la imagen de Serapis, venerado por los egipcios: consistía en una cabeza de león en medio, una de obsequioso perro a la derecha y otra de lobo rapaz a la izquierda. Esta imagen estaba envuelta y rodeada por una serpiente enroscada y emitía agudos rayos. La serpiente, con la cabeza en la parte derecha de la imagen, estaba hermosísimamente dorada.



Así iba acompañado el triunfante muchacho en distancias convenientes y con largo y solemne paso y nosotros, Polia y yo, con él, gozosos, atados con guirnaldas de rosas y de ramas. Las ninfas, alegres por naturaleza, se mostraban complacientes y benévolas con nosotros y nos hacían tiernas caricias, con rostros festivos y riendo con naturalidad, y nos consolaban amorosamente.

Finalmente, marchábamos así, en este paseo misterioso y triunfal y con tales pompas de victoria y amorosos trofeos, entre las flores perfumadas, precedidos por el estandarte de la insigne victo-

ria, entre los cantos de las jóvenes ninfas que iban delante iniciando alegremente el cortejo con sus antorchas encendidas y claras luces, entre fragantes perfumes, verdes árboles, frutos olorosos, con el aire perfumado y clemente y el cielo limpidísimo, por la vía rodeada de toda clase de árboles frutales y cubierta por todas partes de hierbas y césped verde, sin que a cada paso faltaran rosas y otras clases de flores y todo tipo de cosas fragantes en aquel lugar feliz, grato, delicioso y amenísimo; la procesión marchaba, con aquel divino cortejo de la multitud de ninfas, con particular pompa, religioso paso triunfal y buen orden, guardando las distancias establecidas, bajo la pérgola de flores y de verdes hojas y frondas, que resonaba con el dulce estrépito del cortejo.

Y aquí todo el suelo estaba cubierto en abundancia de pétalos de rosa y flores de azahar, de violetas de color amatista y de alhelfes amarillos, blancos y purpúreos y de jazmines, lirios y otras flores nobles y olorosas; sobre el suelo igualadísimo, empedrado de mármol reluciente adornado con incrustación de infinitas teselas, estaba diseminada singularmente la semilla del malvavisco y ramitas de mirto florido. Muchas ninfas llevaban tirsos rematados por ramos de flores; otras, ramas de olivo; algunas, de laurel; muchas, de mirto y de otros árboles célebres, en los que las atrevidas avecillas se posaban tranquilas, cantando y arrullando suavemente, mientras que resonaban por doquier los himnos, cantos y salmos de las ninfas cantoras, con modos dulcísimos, coreados con celeste aplauso, alegres ceremonias y danzas delicadas y virginales. Algunas ensalzaban a la madre divina y a su poderoso hijo con danzas pírricas<sup>386</sup> y alabanzas en voz

alta. Así, con festivo espectáculo, máximo triunfo y pompa soberbia, llegamos poco a poco a un proscenio en el que se alzaba la puerta abierta, de materia y obra noble, artística y elegantísima, de un admirable anfiteatro, sublime por su construcción llena de arte y de hábiles ornamentos, nunca visto ni en Atela ni en cualquier otro lugar famoso, construido exquisitamente y de modo impensable con arreglo a las normas del arte, del que podría decirse por la perfección máxima de su estructura, que antes era obra divina que humana y cuya descripción sería larga.

A través de la vía triunfal, con alegría increíble y solemnísimas y gran placer y rociados de perfume por pequeños caños de oro, llegamos, pues, ante la puerta de su entrada, cuyo artificio juzgué estupendo. Esta estructura era de litármeno oriental en el que se distinguían infini-



tas chispas de oro resplandeciente, como limaduras dispersas; y de este mismo metal puro eran las basas de las columnas exentas y los capiteles. El arquitrabe, el friso, la cornisa y el tejado, el dintel y las antas de la puerta y otras obras eran de la antedicha materia, que rechaza al duro y tenaz acero, trabajada con relieves variados y antiguos, obra graciosa, elegante y maravillosa y estructura sobremanera magnífica, de la que pienso que no podría haber sido hecha por mortales ni siquiera con mucho gasto y dispendio, pesada y constante fatiga y no mediocre ingenio, cuidado, industria y diligencia. El cierre de todos los arcos era de piedra ofita y las dos columnas colaterales de pórfido; luego, las otras variaban, siendo una de ofita y otra de pórfido; las de en medio, encima de las de pórfido, eran ambas de ofita, y las pilastras medianas

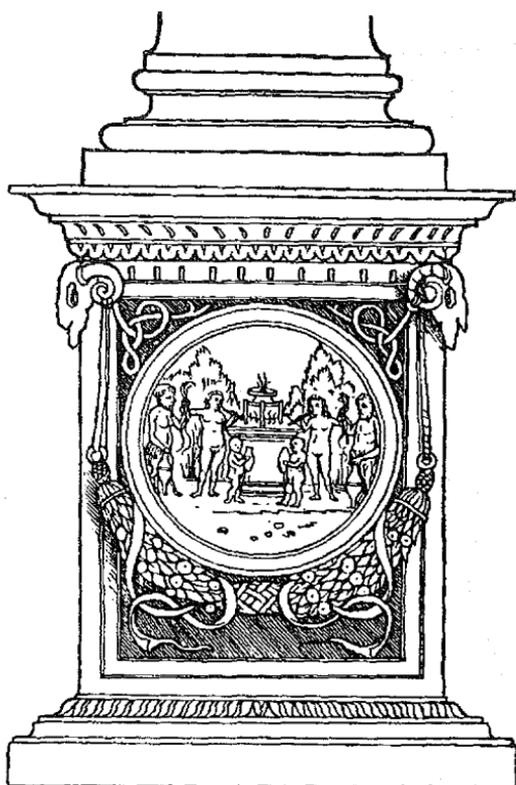


superiores de pórvido y luego se alternaban, y del mismo modo los capiteles, basas y plintos.

A cada lado de la puerta había un vaso preciosísimo, uno de zafiro y otro de esmeralda, realizados con sumo arte de escultura, que me hicieron pensar en los vasos que estaban a la entrada del templo de Júpiter en Atenas.

Ante esta admirable puerta que he descrito, el señor arquero descendió de su vehículo triunfal y rápido. El anfiteatro era de estructura increíble, nunca vista e inaudita, porque su elegante basamento, las ligaduras que lo rodeaban con armonía y las simétricas columnatas redondas, los arquivoltas, frisos y cornisas, todo era de bronce fundido brillantemente dorado al fuego. El resto, de alabastro diáfano de reluciente esplendor, como las antas con los arcos o arquivoltas curvos: ni M. Scauro durante su edilidad realizó una obra semejante. Tenía por la parte externa dos órdenes iguales de arcos vacíos intercalados entre columnas, uno sobre otro, formando un semicírculo con sus accesorios. Entre la abertura de estos arcos sobresalían del muro semicolumnas estriadas con una profundidad de un tercio, con astrágalos o tenias y algunas estaban cubiertas de signos y pequeñas imágenes como nunca se vio en Éfeso. Bajo las basas yacían proporcionados plintos con sus molduras adecuadas.

En sus ángulos, a cada lado, había cabezas de carnero fijadas, con los rugosos cuernos en espiral o caracol, de las que salían cintas que ataban y sostenían una guirnalda de hojas poco salientes y prominentes frutos. En la superficie frontal del pedestal cuadrado, dentro del campo de la corona, había, notablemente esculpido, un sacrifi-



cio campestre con un altarcillo en el que, bajo un trípode, hervía una olla antigua; a cada lado había una ninfa desnuda, soplando el fuego con una caña, y, cerca del altarcillo, dos niños, uno a cada lado, con sendos vasitos. También había dos lascivos sátiros, representados como si estuvieran gritando, que sujetaban estrechamente un puñado de serpientes con el brazo levantado hacia las dos ninfas; con la otra mano tapaban la boca de un vaso ligero. Ellas cogían con una mano el brazo del sátiro y lo mantenían alejado y con la otra sostenían la cañita y se entregaban, atentas y

sin inmutarse, a su tarea. Algunas otras columnas de esta misma forma, con los dos tercios de acanaladura estriada y los pedestales como se ha dicho, cambiaban los adornos alternando de dos en dos: unas presentaban niños jugando, entre prominentes guirnaldas curvas de frutos y flores; algunas, múltiples trofeos egregiamente esculpidos; muchas, gran cantidad de despojos; otras, insignias, diosas aplaudiendo y niños y victorias, cornucopias, inscripciones y otros ornamentos apropiadísimos.



Sobre la parte superior de los fustes descansaban los eximios capiteles de las mencionadas columnas, con artísticos ábacos bajo los que sobresalían las hermosas volutas mayores, y el arquitrabe, el friso y la cornisa alrededor, con su proyección a plomo sobre las columnas.

Entre uno y otro saledizo del primer orden, el de la puerta, en la parte media del friso había un noble relieve de un antiquísimo vaso estriado, de cuya boca brotaban frondas antiguas; a uno y otro lado, yacía un buey prostrado, con las patas delanteras extendidas hacia el vaso y la cabeza levantada. Le cabalgaba un hombre desnudo que empuñaba con la diestra muchas varillas, como si le

estuviera golpeando, y con la otra mano le abrazaba por la papada. Cerca de él se sentaba en los lomos una muchacha desnuda, que con un brazo rodeaba al hombre desnudo por la cintura y con el otro tenía cogido un paño que volaba sobre su cabeza adornada con cintas; este paño estaba bajo el lugar en que se sentaba y salía por el brazo con que ella abrazaba al hombre. Delante había un sátiro que agarraba con una mano el cuerno del buey y con la otra, levantada hacia la mujer, sostenía un nudo de serpientes. En el fondo, otro sátiro cogía el otro cuerno con una mano y con la otra las cintas de una guirnalda de follaje, que se curvaba moderadamente en la parte inferior del vaso e iba al encuentro de la otra mano de otro sátiro; la parte posterior del buey se remataba en nobilísimas espirales que se convertían en frondas antiguas. Todo el friso estaba decorado con este mismo motivo, que se repetía, hermosamente esculpido.

Sobre esta primera ligadura ascendía otro orden de columnas en todo igual a este y no diferenciándose en nada de él. Y, aunque el arte de construir reclama que las columnatas superiores sean menores que las otras en un cuarto, sin el pedestal, y las terceras en un quinto, esta regla no se observaba en este elegante edificio de excelente simetría, sino que las superiores y las inferiores eran de la misma dimensión. Las pilastras del tercer orden sí que obedecían la regla, y estaban unidas a las de abajo por una ligadura igual a la otra, que rodeaba el edificio. Sobre esta ligadura, las pilastras estriadas sobresalían un tercio del muro y en el lienzo de este, entre una y otra, se abría una ventana, no cuadrada a la manera de las de los templos, sino en arco, como en los edificios profanos.

Sobre las columnas se curvaba la regia cornisa, sin saledizo, con todos los ornamentos y molduras requeridos, armoniosamente proporcionada a todo lo que tenía debajo, principalmente al entablamento. Sobre ella daba la vuelta un muro nítido y libre de un paso y medio de alto.

Todo este edificio célebre, ilustre, soberbio y sumamente digno de alabanza, estaba artísticamente construido de finísimo alabastro indio de brillo vítreo, óptimamente decorado y egregiamente acabado, sin unión de cal, arcilla o cemento, sino con cohesión estable y perfecto acuerdo. Su lustrosa materia no estaba manchada por el humo, ni empalidecida por haber sido untada con aceite, ni amarillenta por el derramamiento de vino rojo, sino libre de manchas en todas las partes, con su brillo soberbio y resplandeciente preservado. El área tenía un diámetro de 32 pasos y el grosor del conjunto era de ocho.

El reparto de las columnas eran cuaternario con relación a la circunferencia. Cada uno de estos cuartos constaba de ocho divisiones iguales, en las que habían sido colocadas las columnas, cuyo cuerpo tendía hacia el centro, mientras que lo soportado por ellas eran trasversal en círculo; entre una y otra se abrían los huecos y, hábilmente, los pórticos cubiertos o accesos. Las líneas se estrechaban con maravillosa conveniencia, tanto las rectas como las trasversales en círculo, y todo contribuía a la armonía del conjunto. El pavimento era de obra séctil, igual en el piso superior que en el inferior, de admirable invención y noble arte; estaba formado por piedras bellísimas de diversos colores y de precioso brillo de espejo, cuya igualadísima cohesión hacía que parecieran una sola pieza. El hábil arquitecto, que sabía hacer bien las cosas, había

cubierto los techos con un bellissimo adorno de mosaico de elegantísimos colores, con escenas que narraban todos los efectos de Cupido. Así, pues, en este edificio admirable consideré la pericia, la aguda y grande habilidad del artífice, el arte estupendo del escultor y la fuerza del ingenio del mosaísta; cedan ante esta construcción magnífica el admirable templo de Éfeso, el Coliseo romano, el teatro de Verona y cualquier otra, porque todos los elementos de esta, las columnas, los capiteles, las basas, cornisas, relieves, pavimentos, estatuas, diseños y todos los demás accesorios eran obra divina y magnífica y digna de admiración, y estaban maravillosamente compuestos y coordinados y eran perfectamente regulares y bien acabados. Ceda ante esto la fama orgullosa y la admiración por la imagen del divino Augusto y por los cuatro elefantes dedicados en el templo de la Concordia, y no se equipare con él la magnífica imagen de Menelao y cualquier otro prodigio, por estupendo que haya sido.

Todas aquellas ninfas servidoras permanecieron fuera de esta entrada maravillosa o puerta media y regia, sin entrar por ella. Sólo entramos, con gran placer, el divino señor con su amada Psique, nosotros y las dos ninfas que nos habían atado. En esta entrada no había espacios vacíos, sino que todo estaba murado y rodeado y cerrado con losas de la piedra noble que antes se dijo; desde allí llegamos, bajo el techo, a otra puertecilla, cuya parte superior era contigua a una pérgola de la que se hablará más adelante.

Cuando atravesamos la entrada y nos hallamos en el área lisa del teatro, digno de admiración como obra maestra, tuve ante mis ojos desde la primera ojeada una obra milagrosa y estupenda, porque todo el pavimento

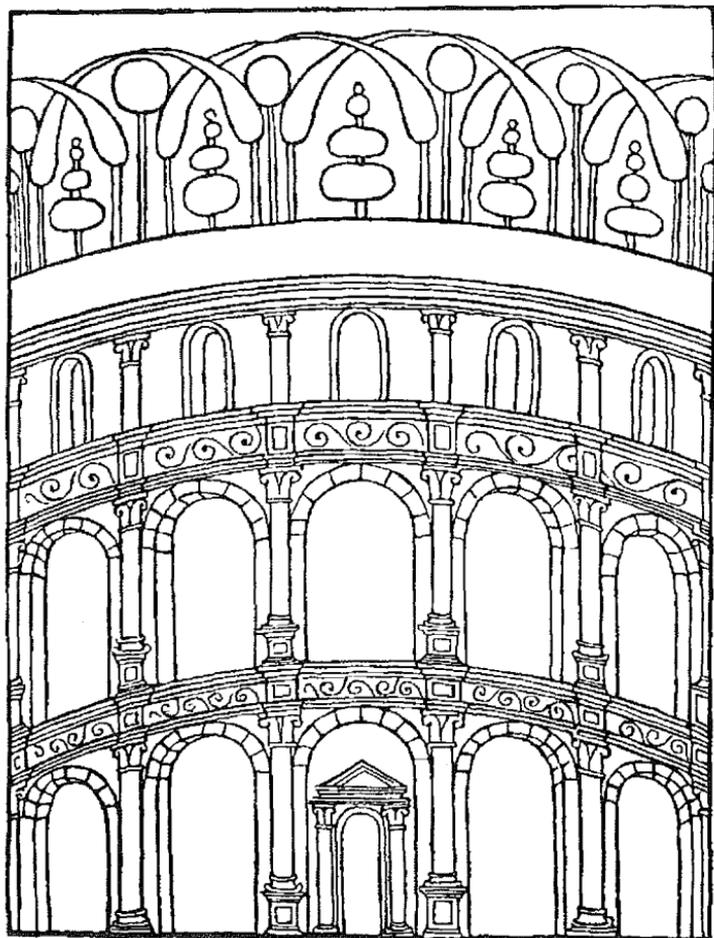
del espacio de la cavea del teatro era una sola pieza de obsidiana, de negrura extrema y dureza indestructible, tan tersa y brillante que, al poner en ella por vez primera el pie derecho, pensé al instante que caía en un abismo, muriendo de amor y de dulzura; pero su patente resistencia me restituyó el ánimo conmovido y aterrado, con daño del engañado pie. En esta piedra se veía clara y perfectamente, como en un plácido mar en calma, la pureza del cielo profundo, todas las cosas que había alrededor, que se reflejaban mejor que en el más puro espejo, y también las superiores.

En el centro del área se alzaba artísticamente la fuente santísima y deliciosa de la madre divina y señora del amor. Antes de hablar de esta fuente bellísima, trataré primero de la inaudita disposición y felicísima composición del teatro, que sin duda fue realizado milagrosamente y más allá de la capacidad de nuestra imaginación, en forma, como he dicho, de teatro.

Sus gradas comenzaban desde el pavimento de la piedra reluciente y sus escalones no eran sólidos ni macizos, sino vacíos, cuatro en cada división del graderío, uno sobre otro; la altura de los asientos era de seis palmos y la anchura de su abertura de dos pies y medio. Eran en realidad, todo alrededor, cajas llenas multitud de flores, cuya altura no excedía la mitad de la caja siguiente. El escalón cuarto y superior tenía la abertura a igual nivel que los bordes de un pasillo interpuesto de cinco pies de anchura, que daba la vuelta y estaba cubierto por una pérgola de paso y medio de ancha.

Más allá de la parte superior de la bóveda de esta pérgola, seguían ordenadamente otros tantos escalones:

el primero de abajo comenzaba en el muro o pared interior a una altura adecuada, de modo que la pérgola no impidiera la vista de su frente, y la misma simetría se observaba en los siguientes. Luego, la cuarta grada de este segundo orden y la del tercero estaban provistas, como la del primero, de pasillo y pérgola.



Las paredes o antepechos de las pérgolas en círculo eran de piedra negra de brillo de espejo. La primera pared de la pérgola inferior tenía recuadros de piedra espartopolia; la segunda, de hieratita y la tercera de cetionide. Su brillo, bajo las pérgolas, hacía que el aire se reflejara en ellas y que no parecieran un cerramiento.

La piedra se elevaba bajo la obra de la pérgola hasta el nivel en que comenzaba esta a arquearse por la parte interna; más allá de la piedra negra hasta el primer escalón del primer orden, había un muro de la misma materia de las cajas. Todo esto estaba maravillosamente realizado con invención divina, hábil pericia, exquisita observación de las reglas del arte, artificio incomprensible y sabiduría digna de ser descifrada, y era objeto digno de contemplación, porque todo estaba perfectamente ordenado y sin confusión de las partes y se veía limitado desde la parte superior a la inferior, en línea recta sobre los ángulos de las gradas.

La pared unida a la última pérgola, que la ceñía, era tan alta que la bóveda de esta no impedía verla a los que miraban desde el suelo. Dentro de esta pared había un canal vacío de un paso y medio de capacidad, con el muro superior nítido y espaciado sobre el orden de las ventanas.

El cinturón interior de toda esta fábrica, es decir, los escalones vacíos, estaban hechos de jaspe óptimo, pesado, uniforme y oriental, tal vez de Chipre, de color diversamente vetado. Orlaba bellísimamente los bordes de las cajas y el zócalo un circuito continuo de oro puro formando adornos de úndulas, que corría también sobre la cohesión de la justa división de las tablillas, con obra extraordinaria que excedía todo pensamiento humano.

Debe perecer aquí la fama de la suntuosidad de los vasos de oro de Basso y de Antonio, y la gloria de Nerón, que doró el teatro pompeyano, y la de Gorgias de Leontinoi con su estatua; jamás cosa igual fue desenterrada para los escitas por las hormigas y los grifos.

El canal superior, o caja hecha a modo de canal y llena de tierra, tenía cipreses plantados de dos en dos, distando cada pareja tres pasos. Estos, conservando la misma forma y disposición, se unían entre sí por las copas con tal perfección que parecían uno solo; la cúspide del cuarto se unía con la del cuarto, es decir, el de la derecha de cada pareja se unía con el cuarto de la derecha, y el de la izquierda con el cuarto de la izquierda, alternando uno por arriba y otro por abajo, vinculándose mejor de lo que se puede decir. Entre una y otra inflexión de los cipreses colaterales, había un boj densísimo cortado en bolas decrecientes hacia arriba, con tanta perfección que ni una sola hoja se salía de su sitio.

Entre los arcos que formaban las uniones de los cipreses, se alzaba un rectísimo tronco de enebro con la copa en forma de bola, de fronda primaveral, que adornaba el vacío triangular de los arcos de los cipreses, como aparece dibujado en la parte superior del teatro. En el resto de la caja crecían abundantes y exquisitas hierbas aromáticas cuajadas de flores.

La primera pérgola desde abajo, hábilmente cubierta de mirto oloroso y florido, era de varillas de oro unidas a la cornisa y curvadas sobre los arquillos de unas columnillas de oro, que descansaban con sus basas sobre la superficie del borde interno de la cuarta caja, rodeada de exquisita labor de metal.

La parte plana bajo la primera pérgola era capaz, no tanto de volver estupefacta a la inteligencia, sino más bien de enloquecer a los sentidos: pues toda ella estaba pavimentada en torno de olorosa resina con graduada mezcla de ámbar, almizcle, estoraque y benjuí, condensada y de color oscuro. En esta mixtura fragantísima habían sido fijadas después perlas blanquísimas a modo de teselas, que formaban un friso de follaje antiguo que daba la vuelta, con sus frutos, zarcillos, flores, animalitos y avecillas, obra divina e incomparable y pavimento digno de los pies de los dioses, cual Zenodoro nunca fue capaz de inventar.

La cubierta de la segunda parte plana, bajo la pérgola cargada de rosas, que estaban diseminadas con opulencia, y que tenía los mismos accesorios que la primera, era de pasta de coral que, al ser desmenuzado, había conservado su hermoso color rojo. Y fulguraba en él, hermosamente pintado con piedras preciosas, un friso admirable e igualadísimo de antiquísimas frondas, que estaban hechas de esmeraldas finísimas, con sus flores de zafiro.

Igualmente, la tercera pérgola, de mirto menudo y florido, tenía la calle hecha de un compuesto preciosísimo de lapislázuli pulverizado, pesado, con su color azul virando un tanto al verde, mezclado con fragmentos de todas las piedras preciosas que ha sido capaz de producir la fecunda naturaleza y sembrado de puntitos de oro, cortado de modo admirable en lastras, con una superficie tersísima y reluciente. Piensa cuánto deleite, cuánto placer y solaz conferiría a los sentidos humanos tal obra, que se ofrecía como maravillosa a los espíritus bienaventurados.

El frente anterior de las pérgolas estaba sostenido por las columnillas de oro con sus arquitos, formando una especie de peristilo continuo dispuesto en círculo bellísimamente. El vacío triangular entre un arco y otro se cerraba con relucientes tablillas de calcedonia, ágata, jaspe y otras piedras preciosas, planas y sin adorno alguno. La parte interna de la pérgola, no arqueada, sino en línea recta, estaba fijada al muro, sobre una cornisa que daba la vuelta, con friso y arquitrabe de admirable escultura, con ménsulas que se unían a los capiteles de las columnillas.

Bajo las pérgolas danzaban incesantemente muchas ninfas sumamente alegres, que siempre se encontraban exactamente debajo de los arcos y todas se inclinaban con respeto hacia la fuente a tiempos medidos. Después de la reverente inclinación, partían todas a la vez de aquel centro y se desplazaban al arco siguiente; los dos coros extremos giraban en sentido contrario al de en medio, con saltos regulares y elegantes vueltas, de modo que todas se encontraban siempre en medio de los arcos. Realizaban su danza al son de cuatro trompetas de oro y de cuatro suavísimas voces: epífona, antifona, mesófona y chaméfona,<sup>387</sup> que surgían de instrumentos torneados hechos con sándalo rojo, amarillo y blanco y de ébano negrísimo, no sin muchos adornos de oro y gemas. Su sonoridad deliciosamente unítone y con brevísimas dilaciones, resonaba a modo de ordenada sinfonía en esta clausura deliciosa y felicísima, que la reflejaba; las bailarinas lanzaban gritos de alegría, pero sin tumulto ni romper la música. De este modo, se oía allí una maravillosa variedad de voces y una igualdad de proporción, suavi-

dad y armonía que yo nunca había escuchado y que agradaba extraordinariamente a mi mente y, acariciándola, la mantenía prisionera.

Las ninfas del coro central estaban desnudas, mostrando sus cuerpos blancos y hermosísimos; las otras, exquisitamente aderezadas, con los divinos cuerpos admirablemente adornados, vestidas con túnicas de lino fino y camisas sutiles, realizando movimientos y gestos virginales con infantil complacencia. La negrísima piedra finía, reflejándolas, otras tantas en el suelo.

Enfrente de la puerta por la que habíamos entrado, había una escalera con siete escalones de la misma piedra que las cajas, por los que se subía al plano de la primera pérgola. Contra la escalera, bajo la pérgola, se abría en la pared una puertecilla, entrando por la cual se podía pasar y caminar por los pasillos y cubiertas y por todo el edificio cómodamente, a través de escaleras, pasos y caminos interiores. Y debajo de las otras pérgolas, al nivel de la primera, había igualmente puertecillas con las hojas de oro hermosamente trabajado.

El orden primero o inferior de los escalones de la planta baja tenía en la mitad de su circunferencia la puerta de entrada y, al otro lado, la mencionada escalera. El primer escalón o caja inferior sobre el pavimento, a ambos lados entre la escalera y la puerta, estaba lleno de tierra en la que crecían violetas de color amatista, eternamente floridas. En las cajas del segundo orden había violetas blanquísimas en las cajas; en el tercero, amarillas; en el cuarto, narcisos como no se encontrarían en los montes de Licia, con más flores que hojas.

Más allá de la primera pérgola, en la primera caja

crecía el ciclamen, con las hojas de color de yedra y el reverso rojo y con sus olorosísimas flores. La segunda grada era de flores azules de aciano. En la tercera florecían en abundancia purpúreos claveles de follaje muy denso. En el último, densísimos melilotos.

En el tercer orden, sobre la segunda pérgola, brotaban en el primer escalón las glaucas y bellísimas flores de la hierba tora,<sup>388</sup> en el segundo rojas anémonas, en el tercero olorosos perifollos pentáfilos y de muchas hojas. El superior, dividido en diez partes iguales, tenía toda clase de variedades y bellísimas flores, armoniosamente dispuestas: la primera contenía prímula, la segunda heliocriso, la tercera amaranto, la cuarta matronales violetas rojas, la quinta panizo violeta, la sexta alhelíes blancos, la séptima alhelíes amarillos, la octava lirios del valle de flores blancas, con los ramos pendientes y muy olorosos, la novena diversos lirios, uranio,<sup>389</sup> hyreo blanco<sup>390</sup> y jacinto amarillo y rojo; la última, la florida aquilea, que producía flores blancas y rojas.

Esta disposición deliciosa y noble de las hermosas flores no sucumbía aquí a ninguna mudanza del tiempo, que era mejor que el de Menfis, sino que siempre estaban frescas y cubiertas de rocío, en perpetua primavera.

Contemplando estupefacto la majestad y delicia del lugar, con su ordenada elegancia y la variada y alegre armonía de los colores de las diversas flores, frescas y cubiertas de rocío como no se ofrecen al alba, y todas las maravillas que he contado, permanecí completamente atónito y exánime, con mis sentidos internos y externos envueltos en un inefable placer, sin saber en qué estado del ser me hallaba, con mi gran amor ardiendo todavía violentamente en mí

corazón desgarrado y asediado sin tregua por las bellezas incomparables de mi hermosísima Polia, mis delicias. Finalmente, cuando hubimos entrado en este lugar felicísimo y delicioso, las dos ninfas que nos habían atado nos desataron enseguida y la venerable Psique restituyó riendo y con gran respeto la flecha de oro a su amadísimo esposo, que nos presentó ante la santa fuente citerea.

[XXIII]

POLÍFILO DESCRIBE EL ADMIRABLE ARTIFICIO DE LA FUENTE DE VENUS QUE HABÍA EN EL CENTRO DEL ÁREA DEL TEATRO, Y CÓMO FUE ROTA LA CORTINILLA Y VIO A LA MADRE DIVINA EN SU MAJESTAD Y CÓMO ELLA IMPUSO SILENCIO A LAS NINFAS QUE CANTABAN, DE LAS QUE CONSIGNÓ TRES A POLIA Y TRES A ÉL. LUEGO CUPIDO LES HIRIÓ A LOS DOS Y LA DIOSA LES MOJÓ CON EL AGUA DE LA FUENTE Y POLÍFILO FUE REVESTIDO. POR ÚLTIMO, A LA LLEGADA DE MARTE, SE DESPIDIERON Y SE RETIRARON.



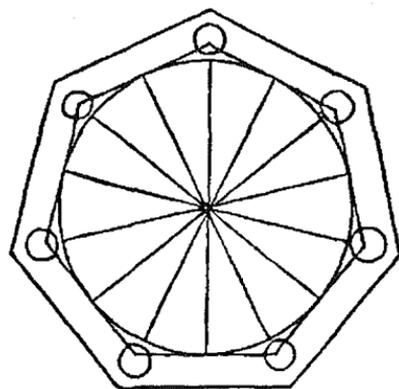
STANDO LA PRUDENTE POLIA Y YO arrodillados amorosamente ante la fuente misteriosa de la madre divina con la adecuada veneración y gran homenaje, sentía yo que me invadía difusamente una dulzura imperceptible que me agitaba, y no sabía qué hacer. Porque, a causa de la amenidad e increíble delicia del lugar, deleitoso más allá de todo lo imaginable por su

adorno de verdor primaveral y por lasavecillas que volaban trinando por el aire purísimo y por las frescas frondas, sumamente agradables a los sentidos, y oyendo cantar y tocar a las ninfas nobilísimas, que producían sonidos insólitos, y viendo sus gestos divinos y modestísimos movimientos, ardía en voluptuosidad extrema. Y, pensando curioso en la dignidad y la invención de semejante fábrica de disposición elegantísima y aspirando ávidamente tan desacostumbrada fragancia, por Júpiter inmortal, no sabía a qué sentido u objeto atender, aturdido por el placer excesivo, y me acusaba de necedad. Todas aquellas cosas bellas y dulcísimas me ofrecían un placer tanto más agradable y deseable, cuanto que yo comprendía que la celeste Polia participaba de ellas plácidamente y se deleitaba viendo en este lugar la rareza y excelencia de la admirable fuente.

Estaba esta en medio de aquel edificio sobrehumano, construida divinamente de este modo. En el centro de la piedra negrísima y monolítica que constituía por sí sola el pavimento del área del teatro, sobresalía un murete de un pie de altura, de gran perfección y con los adornos adecuados: por fuera era heptagonal y por dentro redondo, teniendo alrededor un pequeño cimacio y un zócalo y plintos y molduras según las reglas del arte y, sobrepuestas ordenadamente sobre el punto medio de los ángulos, las bases de siete columnas provistas de éntasis o vientre y torneadas exquisitamente. Dos de ellas correspondían a la entrada, donde nosotros estábamos arrodillados.

Una de estas torneadas columnas, la de la derecha, azuleaba de refulgente y finísimo zafiro, y la de la izquierda verdeaba de esmeralda de color hermosísimo,

más reluciente que las piedras puestas por ojos a los leones del túmulo del reyezuelo Hermías; y no fue tan admirable como esta la esmeralda dada por Tolomeo a Lúculo, ni tan preciosa la presentada por el rey de Babilonia al de Egipto ni de tanta estima las del obelisco en el templo de Júpiter, ni de tal maravilla la estatua de Hércules en Tiro. A su lado seguía una columna de turquesa de color azul hermosísimo, con la virtud que le había sido dada graciosamente, y es que, aunque era opaca, relucía no menos lustrosa y espejeante. Contigua a la columna



de zafiro, descansaba una de piedra ciega,<sup>391</sup> de color tan hermoso como el del meliloto y de brillo semejante al de la lustrosa flor del vatraquio. A su lado había una de jaspe de color verde y otra de reluciente topacio áureo. La séptima era la única de forma hexagonal,

de limpidísimo berilo indio de brillo aceitoso, que reflejaba los objetos al revés. Esta correspondía a la mitad de las dos primeras, porque toda figura de ángulos impares tiene un ángulo en medio de otros dos de la parte opuesta, pues, cuando has trazado el círculo, con dos de sus radios trazas un triángulo equilátero y luego una línea desde el centro hasta la base: esta es la división séptima de la circunferencia.

En medio del fuste de la séptima columna, la de berilo, por la parte interna que daba a la fuente había un mucha-

cho hermafrodita, maravillosamente esculpido en la misma piedra, casi exento, retenido por un pedúnculo. Las tres relucientes columnas del lado derecho tenían igualmente un niño admirable en un nicho excavado; igualmente, en el fuste de cada una de las preciosas columnas de la izquierda, estaba fijado el sexo femenino.<sup>392</sup> Y este arteficio místico, estaba figurado al natural en medio de las columnas, con un brillo tal como no lo da la corrosión del esmeril ni la creta de Trípoli. Las basas, los capiteles, el arquitrabe friso y cornisa eran de oro purísimo. Los arcos entre una y otra columna, de la misma piedra de una de las columnas, es decir, de zafiro hacia la de esmeralda, y de esmeralda hacia la de turquesa; y así, por este orden, estaba construida toda la arquería admirablemente.

En los ángulos de la cornisa sobre la línea perpendicular de cada columna, había un pedestalillo y sobre él se alzaba la imagen de un planeta con su atributo correspondiente; su altura era de un tercio de la de la columna y su materia oro purísimo. En el frente anterior, a la derecha, estaba Saturno con su hoz, y a la izquierda Cintia,<sup>393</sup> que brilla por la noche, comenzando el orden por el primero y acabando el círculo en Selene. Debajo de estos, en el friso que daba la vuelta se veían, esculpidos con arte exquisito, los doce signos del Zodíaco con sus nombres y caracteres, figurados con eximia escultura.

Culminaba esta fuente admirabilísima en una atrevida y refulgente cúpula de cristal limpidísimo, óptimo, sin vetas y transparente; ni Xenocrates vio otro igual, ni se encuentra semejante en Chipre, ni se produce en Asia ni en Germania, pues se veía sin tara ni mancha, sin niebla ni fragilidad ni pelos; ni siquiera Nerón rompió uno

semejante, pues era puro y sin mezcla. La cúpula estaba ceñida por un adorno de follaje con algunos monstruillos y niños jugando por ella maravillosamente enlazados, y era esta de egregia corpulencia y convexidad. En el estrechamiento de su culmen tenía fijado un milagroso adorno que consistía en un cáliz de oro hermosísimo con un carbúnculo reluciente de forma oval y del tamaño de un huevo de avestruz.

En la cara del murete de piedra oscurísima sobre el que se alzaban las columnas, estaban esculpidas perfectamente unas antiquísimas letras griegas de un noveno de la altura, en cuyos alvéolos relucían estas palabras copeladas en plata. En el frente anterior sólo se veían dos letras de elegante mosaico de oro; y luego, en las otras caras, de tres en tres, que decían esto: ΟΣΠΕΡ ΣΓΙΝΖΗΡ ΚΗΛΗΖΜΟΣ.<sup>394</sup>

Cada cara medía tres pies. Y la altura desde las basas de oro hasta el arquitrabe era de siete pies. Pienso que si el artificio de esto se admira y se calla, mejor preservada estará su dignidad; pues considero que, si hablara de ello, me mostraría pobre y árido.

Aquí, entre la columna de zafiro y la esmeralda, colgaba de unas anillas, atada con lazos, una cortinilla o velo, que era la cosa más bella que jamás pudo producir la fecunda naturaleza como más grata a los dioses; su tejido y materia eran tan hermosos que no sabría yo expresarlo; del color del sándalo, estaba tejida con flores bellísimas y tenía sutilmente bordadas en oro cuatro letras griegas: ΨΜΗΝ.<sup>395</sup> Ceda ante esta con toda justicia la cortina admirable enviada a Delfos por los de Samos.<sup>396</sup> Parecía sumamente grata a mi Polia, pues ocultaba, velándola como un precioso tesoro, la presencia majestuosa y

divina de la venerable madre. Y estando los dos, Polia y yo, hincados de rodillas e inclinados, el divino señor Cupido dio la flecha de oro a la ninfa Sinesia y le hizo vivas señas de que se la ofreciera a Polia y de que esta rompiera la nobilísima cortina con la dicha temible saeta. Pero Polia, doliéndose del mandato de tal desgarró y rotura, aunque estuviera sujeta a la autoridad de aquel dios, parecía indecisa, rehusando asentir. En aquel mismo momento el señor ordenó sonriendo a la ninfa Sinesia que se la diera a la ninfa Phileda para que luego ella me la presentase a mí y yo hiciera lo que la dulce y purísima Polia no se atrevía a hacer, ya que yo estaba avidísimo de lo que debía ocurrir al mirar a la santísima madre; y, apenas toqué el instrumento divino, inflamado ciegamente, no lo rechacé sino que golpeé la cortina excitadísimo y, al romperse esta, vi que Polia casi se afligía y la columna de esmeralda pareció ir a fragmentarse completamente y reventar.

Y he aquí que de repente vi mostrarse con claridad en la fuente salada la forma divina, de cuya venerable majestad emanaba deliciosamente toda belleza; apenas aquella aparición inesperada y divina se mostró ante mis ojos, ambos, excitados por una extrema dulzura e impulsados por aquel nuevo placer tan largamente deseado, permanecemos juntos casi en éxtasis, con devoto temor.

\* \* \*  
\* \*  
\*

Encontrándome así, comencé a espantarme de estas cosas un poco, temiendo la visión que tuvo el hijo de Aristeo en el valle de Gargafia<sup>397</sup> y experimenté al mismo tiempo maravilla y terror.

La divina Venus estaba en pie, desnuda en medio de las aguas transparentes y límpidísimas, que le cubrían hasta las amplias y divinas caderas y no deformaban la visión de su cuerpo ni lo hacían grueso ni doble ni roto ni corto, sino que se veía completamente íntegro y simple como era. Y en el escalón inferior surgía una espuma que olía a almizcle. El cuerpo divino se ofrecía con tanta luz y notable transparencia en su majestad y venerable aspecto como un carbúnculo precioso y resplandeciente brillando a los rayos del sol, compuesto con una belleza admirable nunca vista ni imaginada entre los humanos.

Tenía—¡oh, con cuánta belleza!—su áurea cabellera dispuesta hermosa y delicadamente, rizada sobre la frente láctea y cándida con bucles errantes e inquietos, a los que una bellísima disposición en ondas no impedía extenderse y fluir libremente por los rosados hombros. Su rostro era de rosa y nieve; sus ojos como estrellas, iluminados por una mirada amorosa y santísima. Las mejillas como rojas manzanas, la boca pequeña y rojísima de color coral, domicilio y predio de cualquier fragante germen; el pecho más blanco que la nieve, con dos tetitas redondas que se resistían a inclinarse; el cuerpo de marfil bruñido, el semblante divino, el aliento oloroso a ambrosía y almizcle, el cabello bellissimo, como hilos de oro finísimo tejidos, que no se sumergían en las límpidas aguas sino que flotaban larguísimos, esparcidos alrededor, émulos de los del melenuado Febo, que irradiaba sus

rayos luminosos en el sereno Olimpo. Los rizos cubrían parte de la hermosísima frente con gran abundancia y exuberancia de bucles y se adelantaban hasta sombrear las pequeñas orejas, de las que colgaban dos perlas prodigiosas, como no pendía en el Panteón en Roma la perla que le arrebataron, ni tales les produjo nunca la isla Taprobane, cuyas perlas son célebres por su blancura. Rodeaba su frente una guirnalda o diadema refulgente de rosas blancas y rojas entretrejidas con gemas.

Y en el ámbito interno de la fuente santísima, entre los intersticios de los suntuosos escalones, crecía el florido y purpúreo Adonis<sup>398</sup> entre sus hojas rojizas, fuera del agua. Y al lado izquierdo florecía del mismo modo con sus pálidas uvas el thelygono, y a la derecha el arsenógono, hierbas hermosísimas y siempre floridas. Y alrededor de la diosa revoloteaban algunas candidas palomitas que, como siervas acostumbradas a obedecer, sumergían los picos dorados en las purísimas aguas y rociaban misteriosamente el cuerpo de la Citerea; y la gotas no parecían sino perlas orientales, resbalando sobre la carne traslúcida. La ninfa Peristería permanecía cerca de ella, presta a los servicios amorosos con el ánimo dispuesto y apasionado.

Igualmente, fuera de la fuente, sobre el pavimento de piedra, al lado derecho como Peristería había otras tres muchachas divinas desnudas, graciosas hijas y fieles servidoras de la diosa madre, abrazadas indisolublemente, de modo que dos de ellas, Eurydomene y Eurymone, se mostraban con el rostro vuelto hacia nosotros, y la tercera, Eurymedusa,<sup>399</sup> dándonos las blanquísimas espaldas y con las nalgas ocultas por la larga y rubia cabellera. Por

último, la diosa tenía en una de sus manos divinas una concha abierta llena de frescas rosas primaverales y en la otra una antorcha encendida.

Desde el escalón superior en el que se alzaban las columnas hasta el límite de la fuente, descendían aún seis escaloncillos de ágata oscura, y lo mismo el fondo, ve-teada de las más ricas, graciosas y agradables manchas que pudieran presentarse como objeto delicioso a los sentidos. El agua de la fuente llegaba hasta la parte superior del cuarto escalón, quedando los otros libres del agua.

Sobre el escalón superior estaba sentado ociosamente un ser lascivo, bajo la forma de un hombre y a la vez un dios nocturno.<sup>400</sup> Tenía el rostro de muchacha atrevida y noble, sumamente alegre, el pecho descubierto hasta el diafragma y la cabeza cornuda coronada con una guirnalda de pámpanos retorcidos y adornada con racimo de yedra; se apoyaba en dos tigres velocísimos.

Y a la izquierda, al mismo nivel, estaba sentada cómodamente una matrona bellísima y fecunda,<sup>401</sup> con la dilatada y rizada frente ceñida con una rubia corona de espigas. Esta ilustre diosa se apoyaba sobre dos escamosas serpientes. Cada uno tenía en su regazo sendas bolas de una materia tenue y suave, con las que, en determinados momentos, arrojaban a la fuente gota a gota, por un orificio hábil y mágico a modo de pezón, un líquido dulcísimo, espumoso y eficaz. Prestaban diligente atención a no mojar en la fuente salada sus hermosos piececillos, de los que se veían los dedos, más saliente el que estaba próximo al mayor, y los demás disminuyendo de tamaño gradualmente hacia el redondo talón.

En esta divina disposición, pues, residía hermosa-

mente la majestad santísima de la diosa en el centro de la fuente, y la parte del cuerpo divino que estaba entre las aguas parecía un rayo de sol reluciendo en un cristal limpidísimo.

Mientras permanecíamos aquí, arrodillados devotamente, vacilaba con mi mente sobremanera maravillada, sin ser capaz de mirar fijamente al divino numen, que exhalaba su aroma por doquier, y me preguntaba por qué méritos me era concedido ver claramente con mis ojos no dispuestos a tal objeto semejantes misterios. Pero pensé que sólo se trataba del efecto de la libre voluntad de los dioses inmortales, del benévolo consentimiento de Polia y de su fiel oración. Pero sobre todo me resultaba molesto el que, entre tantas personas celestiales y divinas, fuera yo sólo despreciable y extraño, con las vestiduras ajadas y oscuras, tan diferente de ellas, pareciendo abyectísimo y paupérrimo; me hubiera sido muy grato cualquier modo de cubrir mi deformidad, como a Erictonio ocultar sus patas de reptil. Pero, increíblemente maravillado, alababa sumamente en mi ánimo la bondad divina que había permitido que un hombre terrestre contemplara claramente las obras divinas y el tesoro de la fecunda naturaleza.

Por eso, aquellas insignes ninfas que estaban bajo las pérgolas, festejaban alegremente con sus aplausos, cantos y suave armonía la vencida presa que debía conseguir triunfante el alado y atrevido Cupido, el cual, más perspicaz que Linceo y que Argos, el de los ojos innumerables, estaba preparado vigorosamente con sus armas. Cuando pareció el momento oportuno a la diosa madre, habiendo impuesto silencio a las celestes músicas y a los

cantos, nos habló a ambos con elocuencia divina y gracia seductora, con dulce lenguaje; y la boca santísima produjo un sonido suave, unas palabras sutiles que sin duda habrían sido capaces de adormecer la vigilante custodia del tesoro de Colcos y de devolver la forma humana a Aglauros, hija de Cécrope, y a Dafnis el ideo y de quitar a Cadmo y a Hermione la voz silbante y el cuerpo escamoso. Dijo a Polia:

«Hermosa Polia, sierva mía, tus santas libaciones, atentos obsequios y religiosos ministerios me han hecho propicia hacia tí, que eres digna de nuestras gracias dulcísimas y fructíferas, y por tus sinceros, suplicantes y puros sacrificios y solemnes ceremonias te has vuelto mercedora de nuestro aplacamiento.<sup>402</sup> Y, puesto que he sido suplicada con corazón devoto y observado ministerio, quiero mostrarme benéfica y favorecedora y protectora generosa, y que tu inseparable compañero Polífilo, que se abrasa aquí de amor por ti, sea contado del mismo modo entre los amantes sinceros y felices, y, purificado de las vilezas plebeyas y vulgares y de todo sucio sacrilegio, si por ventura hubiera caído en él, se purifique por infusión de mi rocío y te sea siempre amante entregadísimo y presto y diligente a cumplir tus apacibles deseos y no rehúse cualquier voluntad tuya. Y los dos, amándose igualmente, serviréis a mis amorosos fuegos con libre voluntad y con total acuerdo, engrandeciéndoos, y, con vuestra vida bajo mi tutela, seréis felices y dichosos. Ahora, para que vuestro amor tenga feliz éxito, quiero, Polífilo, darte y encomendarte cuatro nobles doncellas y dotarte de sus preclaras virtudes, muy conformes a tu dignidad, excelente espíritu y generoso amor. Obsérva-

las constantemente y sé con Polia más respetuoso que el firme Pico con su Canente.»

Y sin demora llamó de las pérgolas a la hermosa ninfa Enosina<sup>405</sup> y le dijo: «Toma contigo a la singular Monori<sup>404</sup> y a la vigilante Phrontida<sup>405</sup> y a su silenciosa hermana Critoa<sup>406</sup> y sed compañeras inseparables de este, nuestro atleta y servidor, amante de Polia. Y sed por mi mandato la razón de que los dos se amen con mutuo afecto y amor igual». Y sin interrupción sacó de la concha dos anillos, cada uno de los cuales tenía engastada una preciosa piedra violácea llamada anterota,<sup>407</sup> y entregó uno a Polia y otro a mí con la dulcísima orden, dada con frente serena y rostro seductor, de que lleváramos siempre aquel regalo divino y siguiéramos constantemente sus mandatos.

Y, volviéndose, dijo al punto: «A ti, Polia, te doy igualmente como compañeras perpetuas otras cuatro vírgenes nobles y expertísimas, que deben dignificarte y honrar este famosísimo amor tuyo.»

Y, llamadas de su lugar Adiocorista con sus tres nobles hermanas Pistinia, Sofrosinia y Edosia,<sup>408</sup> que dejaron sus cantos y músicas, les ordenó: «No abandonéis desde ahora nunca a esta, para que, amando rectamente a su Polífilo, viva adornada con el nudo herculano del más hermoso y bello amor, más célebre y digno de recuerdo del que nunca se oyó en su siglo, entregada a él y no defraudándole nunca, ofreciéndose como víctima no sometida al yugo, con fe sincera y pura fidelidad, y dejándose llevar por él y recibíéndole benévola cuando esté ansioso y agitado y uniéndose a él complaciente con vínculo indestructible.»

Todas estas ninfas divinas comenzaron a ejecutar sin

tardanza la orden de la diosa suprema, cada una abrazando estrechamente y besando con cariño a su encomendado, con muchas delicadezas ninfales y deliciosas caricias. Y habiéndose abrazado y besado también entre sí, muy alegres, indicando a la divina madre con la reverencia debida y conveniente que asentían a su mandato, comenzaron su misión de servirla a ella y a su divino hijo. Apenas pronunciadas las santas palabras y acabado el divino parlamento, él, con atrevimiento y sin piedad, tomó una flecha de oro y el arco divino y, apenas tensada la cuerda, disparó la saeta, que atravesó por la mitad mi corazón desprevenido y se tiñó de la sangre de mi inflamado pecho, brotando de la herida una cálida sangre humeante, no restañable con el tragión, fruto cretense; y sin demora traspasó el palpitante pecho de mi Polia, la de cabellos rutilantes, con la misma flecha, teñida con mi sangre, y luego la sacó ensangrentada y, lavándola en la fuente de su madre, la devolvió a su sitio.

¡Ay de mí, que de repente comencé a sentir que tenía en las entrañas la dulce quemadura de una llama que se difundía exuberantemente y se propagaba como la hidra de Lerna y me llenaba el fuego del amor y se me velaban los ojos! Y sin pausa se abrió mi pecho encendido y la arrastró hacia sí, más tenaz y mordazmente que los serpeantes tentáculos del pulpo y que el tifón que sorbe el agua. Y el precioso amor y la divina efigie imborrable de Polia, con sus nobles, castas y dulcísimas condiciones, se introdujeron en el sujeto preparado y amorosamente dispuesto, donde permanecieron dominando eternamente. Y aquella imagen celeste, indeleble y preciosa, quedó impresa firmísimamente, y en mí, como en paja seca, ar-

dió con súbito y violento fuego como la llama de una antorcha encendida, no permaneciendo ni una partícula de cabello en la que no penetrara la amorosa llama. Y casi me pareció que me metamorfoseaba, con gran vacilación y lamento de la inteligencia al no poder comprenderlo sino por comparación con lo que ocurrió a Hermafrodito y Salmacia cuando se abrazaban en la viva y fresca fuente y vieron que se transformaban en una sola persona con dos sexos; y me sentí ni más ni menos que como la infeliz Biblis cuando sentía que sus lágrimas la convertían en la fuente de las ninfas náyades. Así, permaneciendo en las dulcísimas llamas más muerto que vivo y casi sin pulso y cuando, en la suprema dulzura, daba libre curso a mi espíritu para que me abandonara, pensando que me había invadido la epilepsia estando de rodillas, de repente la piadosísima Diosa, dejando la concha, tomó agua salada en el hueco de sus manos, cerrando los largos dedos, y nos roció divínamente, mojándonos, no como la indignada Diana al infortunado cazador al que convirtió en bestia para que le destrozaran los perros, sino todo lo contrario, volviéndome grato y amable a las ninfas.

Apenas lo hubo hecho cuando, mojado y perfumado yo por el rocío marino, mi excitado espíritu se aclaró inmediatamente y me volvió el sentido sin tardanza y los abrasados miembros a su primitivo estado, sintiéndome rejuvenecer sin mengua de las cualidades dignas, y supe verdaderamente que era restaurado de modo similar a Esón, y me pareció que había regresado a la deseada luz, no de otro modo que el virbio Hipólito, vuelto a la apetible vida por los ruegos de Diana con la hierba glisici-

da. Las ninfas que me servían me quitaron mi toga plebea y me vistieron de nuevo, complacientes, con una rica vestidura blanca. Y, tranquilos ya en nuestro estado amoroso y confirmado, llenos de felicidad, consolados y conmovidos y ungidos por la alegría, ellas nos hicieron besarnos dulcemente con besos frescos y unir las vibrantes lenguas y abrazarnos. Y, de igual modo, recibiéndonos las alegres y festivas ninfas para un nuevo aprendizaje del oficio de la fecunda naturaleza en su sacro colegio, nos besaron todas a ambos cariñosa y agradablemente.

La diosa madre, con elegantísimo discurso y tranquilo coloquio, majestuosa mirada y divino aliento, que olía a bálsamo mágico, nos explicó cosas que no pueden ser propagadas ni contadas a los hombres vulgares, para consolidar y hacer fructificar nuestros encendidos amores y unir unánimes nuestros corazones largamente bajo sus leyes fecundas y dulces, y para que fuéramos magnánimos en nuestro estable y mutuo amor. Y por tanto prometió ser siempre piadosa con nosotros y prodigarnos generosamente sus favores y su protección contra cualquier daño, confiriéndonos en aquella conversación su tiernísima gracia con gran donaire.

Llegó entonces un fuerte soldado de aspecto divino,<sup>409</sup> por la parte inferior de las gradas bajo la primera pérgola, acercándose valerosamente a la fuente sacrosanta, con el rostro majestuoso, vehemente, de ferocidad formidable y reflejando una gran valentía. Era musculoso y alto, de anchos hombros, con los ojos penetrantes y crueles, pero de una dignidad venerable. Iba armado de un modo suntuoso, soberbio y divino, con un hermosísimo escudo de plata, como no lo hicieron Brontes y sus

compañeros para el desterrado troyano; con la cabeza cubierta por un brillante yelmo adornado con una guirnalda de olorosas flores, con prominente penacho e insigne cimera sobre la punta; vestido con una coraza de oro como no la trajo el divino Julio de Britania ni la ofreció a la diosa en su templo, ni tal hizo nunca el ilustre artífice Didimao; con el tahalí ceñido de través, sosteniendo un suntuosísimo sable corto de oro como el de los persas, y con todos los demás arreos militares, teniendo en la robusta mano un látigo y acompañado de su aullador Licaón.<sup>410</sup>

Una vez que llegó a la agradable y deliciosa fuente, se mostraba deseoso de despojarse de las armas y acercarse a su amada diosa desarmado; y aquí se abrazaban ellos dos estrechamente, no con ternezas y caricias humanas, sino con gestos y pasión divinos. Por lo cual la ninfa, al advertirlo, pidieron permiso para retirarse con palabras humildes y reverentes. Y también yo y mi vehemente

Polia, haciendo lo mismo, nos marchamos después

de dar las gracias lo mejor que pudimos por

los divinos favores alcanzados. Quedaron,

pues, solos la divina madre, el niño,

los que rodeaban la fuente perpe-

tuamente y el guerrero, habiéndose despojado de todos

los arreos para entregarse a los divinos

y gozosos placeres.

\* \* \* \* \*

\* \* \* \* \*

\* \* \* \* \*

\*

\* \* \* \* \*

POLÍFILO CUENTA QUE, A LA LLEGADA DEL GUERRERO, SALIERON DEL TEATRO CON SUS ACOMPAÑANTES Y LAS OTRAS NINFAS. LLEGARON A UNA FUENTE SAGRADA, DONDE LAS NINFAS HABLAN DEL SEPULCRO DE ADONIS Y DE CÓMO LA DIOSA ACUDÍA A ÉL TODOS LOS AÑOS A CUMPLIR LAS CEREMONIAS SANTAS; Y, CESANDO EN SUS DANZAS Y CANTOS, CONVENCIERON LUEGO A POLIA DE QUE CONTASE SU ORIGEN Y SUS AMORES.



I HERMOSA POLIA Y YO, QUE ESTABA adornado de nuevas cualidades, nos alejamos con nuestras compañeras y salimos por la misma puerta por la que habíamos entrado, donde nos esperaban todas las ninfas que cantaban y tocaban los instrumentos, que nos acompañaron alegremente. Y estando yo lleno de fecundo amor, con el encendido pecho dilatado de dulzura, dejamos atrás los antiguos dolores, apagada toda contrariedad, refrenado todo pensamiento ambiguo, yo no dudando ya de Polia, que era única augusta de mi alma, silvia de mi corazón, tolopea de mi vida, arsácida de mis sentidos, reina de mi amor y patrona y reverenda emperatriz<sup>411</sup> de todo mi ser. Humildemente festivo y alegre y entregado por completo a mi felicidad, con amor más intenso, sincero y meritorio que el del piadoso emperador por su querida, bella y divina esposa adúltera,<sup>412</sup> habiendo conquistado su precioso amor y espontáneo corazón en este amoroso certamen de primera fila.

Y la amabilísima multitud de las ninfas regresó a sus primitivos esparcimientos y solaces, a las celestes armonías y los conciertos angélicos, a los juegos infantiles y las placenteras bromas, mostrándose alegres y risueñas por la obtención y consumación de nuestros deseos, haciendo alrededor nuestro un corro grandioso y saltarín y marchando por la santa isla, por los caminos o calles delimitados por las plantas de los huertos de frutales, que tenían verdor perenne y primaveral y estaban vallados de boj a modo de muro, y de mirto y enebro alternados, de diez pasos de largo por uno de alto. Tras estas clausuras sobresalían elegantes cancelas de mármol de un sexto y medio, con una simétrica columnata distribuida oportunamente y colocada con todos los adornos requeridos; las cancelas, rojas y brillantes como el cinabrio, tenían los huecos en forma de rosas y de rombos con hermoso reparto de colores, y trepaban por ellas, enredándose como parras, rosales de diversos colores y distinto tipo de follaje.

Las ninfas, que nos llevaban a ambos de la mano, comenzaron a conducirnos por estos lugares, persuadiendo juguetonamente a Polia de que debía recoger flores y tejer para mí amorosamente una corona, del mismo modo que ellas llevaban guirnaldas ciñendo sus rubias cabelleras. Y aquí, con gran diversión y placer, algunas de las divinas ninfas compañeras se inclinaban plácidamente a recogerlas para ayudar a mi deseadísimas Polia. Esta, incansable, activa, impulsada por las reglas del amor, comenzó a tejer con manos prontas y diestras la corona circular con diversas y olorosas florecillas. Y, arrancando de su abundante cabellera algunos de los ru-

bios y larguísimos cabellos, que brillaban como hilos sutilísimos de oro y pendían sueltos sobre la casta espalda en hermosas ondas, ataba con ellos flores hábilmente. Y, regocijándonos sin cesar con tales placeres y diversiones, bailando por los prados floridos, ora por verdísimos bosques rodeados de canalillos de riego y trémulos arroyos, ora por las suaves sombras de las calles arboladas, cubiertas de florida pervinca y techadas con obras de jardinería, atraídos, seducidos y provocados con voluptuosa invitación por la amenidad del lugar y la clemencia del cielo, libre de las molestias de la lluvia y del calor excesivo, llegamos alegremente a una fuente clarísima y sagrada que brotaba de un ancho manantial y cuyas orillas no eran musgosas ni estaban cubiertas de polítrico ni de culantrillo ni de asplenón, sino rodeadas y adornadas con límites de mármol macedónico, no rojo, sino de vetas de distintos colores y muy lustroso, sombreadas por diversas hierbas acuáticas con muchas clases de flores de perfume diverso y grato, y con sus fresquísimas, goteantes y perfumadas frondas.

Un riachuelo gratísimo llevaba las puras aguas que manaban de ella, discurriendo bajo los ornamentos vegetales y corriendo con dulce y suave murmullo. Y en este lugar ameno palpitaban las sombras de un bosquecillo de laurel inmortal, de follaje abundante mezclado con sus rojos frutos, y de cónicos cipreses, que no vuelven a crecer cuando son cortados, y de un alto palmeral y de una alameda y de un resinoso pinar de frutos en forma de cono, ordenadamente situados a distancias regulares y distribuidos en círculos en torno a esta fuente sagrada y adornados con flores y follaje. El suelo aterciopelado es-

taba cubierto de tiernas y finas hierbecillas y por la sombra fresca de estos árboles, como por una alfombra. Por entre sus rectísimos troncos, libres de ramas hasta una altura de un paso, se veía hermosamente el espacio de los alrededores.

En la fuente sagrada, de santa figura hexagonal, de doce pasos de perímetro, el seto interior de árboles distaba de su continente, es decir, de los límites de mármol, cuatro pasos, y su circunferencia era de treinta y seis pasos. Todo él estaba compuesto de naranjos, limoneros y cidros, que ofrecían una clausura amenísima y placidísima, presentando a los ojos una bellísima ostentación de densidad de alegre follaje y perfumadas flores, y el gratísimo color rojo y amarillo de sus frutos maduros y relucientes, que eran muy abundantes. Cada árbol estaba separado de los otros con ordenado intervalo y estaban igualados, uniformes, llenos de toda clase de aves cantoras, principalmente ruiseñores, tórtolas y solitarios mirlos, que trinaban suavemente de amor en aquel tiempo primaveral.

Y aquí, junto a los troncos redondos de los árboles mencionados, corría en círculo una artística cancela de madera de sándalo de un pie de altura, con entrelazos de diversas formas, en la que se enredaban rosales de hojas perennes de rosas griegas de cien hojas, otoñales y purpúreas de insólito perfume.

Cuando entramos devotamente por una puertecilla hecha de lo mismo, vi que enfrente de la entrada a la fuente había una pérgola cuya anchura era la de una cara de esta de ángulo a ángulo, y de otro tanto de altura, distribuida así: un paso para la línea perpendicular y otro



para la curva. Tenía doce pies de larga y estaba cubierta de nobles rosales de flores de color púrpura e intenso perfume elevados sobre varillas de oro resplandeciente. El brillante pavimento estaba hecho de obra séctil y vermiculada de piedras preciosas, y cerca de la armadura de la pérgola había asientos de jaspe dispuestos elegantísimamente, con los oportunos adornos y una superficie para sentarse de siete onzas y medio as.

El suelo de todo el área encerrada allí era verde por todas partes, sin ninguna calva, de menudísimo serpol oloroso cuyas hojas no sobresalían una de otra, cubrien-

do con agradable densidad e igualado corte hasta las orillas de la fuente.

Debajo de la pérgola vi una obra venerable, que reverenciamos devotamente aquellas ninfas divinas y nosotros: era un sepulcro maravilloso y lleno de misterio, de cinco pies de longitud y la misma anchura menos un sexto, y de alto otro tanto, excepto el plinto y la cornisa, que medían cinco onzas. Las ninfas dijeron que aquel era el túmulo del cazador Adonis, asesinado en aquel lugar por el colmilludo jabalí; y que también en este lugar la santa Venus, al salir desnuda con rostro gesticulante e indignado y con el espíritu atormentado, para socorrerle cuando era abatido por él, se hirió en una pantorrilla con aquellos rosales—esta escenilla se veía esculpida perfectamente en uno de los lados largos del sarcófago—, y que su hijo Cupido había recogido luego la purpúrea sangre en una concha, y añadieron que esta había sido colocada junto con las cenizas con todo el santo ritual. En el frente del sepulcro que daba a nuestra entrada, se había vaciado un círculo inscrito en el cuadrado y relleno luego con una preciosa piedra de jacinto transparente de color bermejo, que centelleaba en virtud de las llamas de la luz que ardía inestable en el interior, de modo que mis ojos apenas eran capaces de detenerse en ella a causa de su parpadeo.

En el otro lado, en la parte larga del sarcófago, vi igualmente al cazador Adonis con algunos pastores, ocultos entre unos arbustos, con perros y el jabalí muerto, y a él, muerto por el jabalí. Y Venus, llorando doliente, que caía exánime entre los brazos piadosos de tres ninfas vestidas de paño sutilísimo, que lloraban con la

diosa. Y el niño, llorando también, enjugaba los ojos de su madre, empapados en llanto, con un ramito de rosas.

Aquí, entre las personas de uno y otro sexo, vi esto escrito en una corona de mirto: IMPVRA SVAVITAS;<sup>413</sup> y del mismo modo, en la otra escena, estaba escrito en griego: ΑΔΟΝΙΑ.<sup>414</sup> Estas cosas se presentaban tan exquisitamente fingidas por la escultura, que yo me sentí movido a una dulce compasión.

El cuadrado opuesto al de la luz daba perpendicularmente sobre la fuente y en él estaba fijada hábilmente una serpiente de oro que fingía salir de una grieta de la piedra, con sus anillos en espiral del grosor adecuado, vomitando ampliamente el agua clarísima en la fuente sonora. El hábil artífice había fundido la serpiente enroscada para frenar la fuerza del agua, que, si hubiera salido por un camino libre y directo, se habría vertido fuera de los límites de la fuente.

Sobre la superficie plana del sepulcro estaba sentada la madre divina, admirablemente esculpida de precioso sardónice de tres colores, como después de haber dado a luz, sobre una silla antigua cuyo relieve no excedía de la veta oscura de la piedra; por increíble artificio, todo el cuerpo de la Citerea era de la veta lechosa del ónice, casi desnudo porque sólo había sido dejado en la veta roja un velo, que ocultaba el secreto de la naturaleza y velaba parte de una pierna; el resto caía sobre la tapa del sarcófago, subiéndolo luego por el pecho izquierdo y pendiéndolo sobre los hombros hasta el agua, acusando con escultura admirable los santos miembros. Tenía abrazado a Cupido, dándole de mamar con el pecho derecho. La imagen mostraba el afecto maternal y las mejillas de am-

bos tenían el agradable color de la veta rojiza. ¡Qué obra tan bella, admirable de contemplar carente sólo del soplo de la vida! Ella tenía el cabello divino cerca de la frente en dos bandas de rizos que caían sobre las lisas sienes y se anudaban en la nuca en un hermoso rodete atado. La parte suelta de aquel se extendía desde allí hasta el asiento en rizos de escultura, con las espirales horadadas a trépano, reservada de la veta oscura que brillaba traslúcida, más hermosa que la gema dedicada a Augusto, incluida en el cuerno de oro, en el templo de la Concordia por el feliz Polícrates. Estaba sentada con el piecillo izquierdo atrasado y el otro extendido hasta el borde de la tapa; este pie santo fue besado por las ninfas, postradas de rodillas, con gran devoción, y también por nosotros. Debajo de él, en la cornisa había una banda sin molduras, en la que ví escrito este dístico en pequeños caracteres:

Non lac, saeve puer, lacrymas sed sugis amaras,  
Reddendas matri carique Adonis amore.<sup>415</sup>

Tras haber hecho debidamente esta ceremonia respetuosa y devota, salimos de la pérgola sagrada y las ilustres ninfas nos dijeron con afable elocuencia: «Sabed que este lugar es misterioso y muy celebrado y que todos los años, el primer día de las calendas de mayo, viene aquí con gran pompa religiosa la madre divina con su hijo querido, y con ellos todas nosotras, sus servidoras, que nos reunimos espontáneamente bajo su mando con servidumbre respetuosa y gran solemnidad. Cuando llega aquí, nos pide con dulces lágrimas y suspiros que arranquemos todas las rosas de la pérgola y de la cancela



y las esparzamos sobre el sepulcro de alabastro y lo cubramos completamente, entre invocaciones rituales en alta voz; y luego, con el mismo orden, se marcha. Al día siguiente los rosales despojados vuelven a florecer con el mismo número de rosas blancas que tenían antes.

»Y en los idus, volviendo de nuevo la diosa como la vez primera, nos hace recoger las rosas del sepulcro y arrojarlas solemnemente todas dentro de la fuente, desde donde son arrastradas por el riachuelo que nace de ella.

»Luego que la divina señora se ha lavado en la fuente como acostumbra y sale de ella para conmemorar a su

querido Adonis, muerto por Marte, se arroja sobre el sepulcro abrazándolo, con los ojos arrasados en lágrimas que caen mojando sus mejillas de rosa, y llora tiernamente entre nuestros penosos clamores de plañideras, porque en tal día se pinchó con las espinas de estas rosas la divina pantorilla del pie que nosotros hemos besado; y por eso en aquel mismo día se abre solemnemente la tumba y todas nosotras cantamos alegres y exultantes, con gran ceremonia, y su hijo lleva la concha con la sangre divina y ella, oficiando como sacerdotisa, el ramo de rosas, que conservan su frescura, muy alegre y con serena hermosura.

»Apenas es sacado el precioso licor, de repente todas las rosas blancas se tiñen de púrpura, como aparecen ahora. Con este orden damos tres veces la vuelta al sepulcro solemnemente, y ella, que llora y tiene los ojos arrasados en lágrimas, se los enjuga con el puñado de rosas. A la tercera vuelta, las cosas sagradas se devuelven a su sitio y todo este día célebre se dedica a los placeres, danzas, músicas y cantos, y en él se alcanza fácilmente su favor.»

Frente al sepulcro había en la fuente cinco escalones de la misma piedra, que conducían al fondo, no rocoso ni lleno de guijarros, sino pavimentado con precioso mosaico vermiculado y séctil. El lecho del riachuelo emisario llevaba el agua sobrante subterráneamente hasta más allá de las cancelas.

Cuando las felices ninfas hubieron narrado apacible y elocuentemente un misterio tan memorable y curioso, comenzaron a tocar de nuevo y a cantar con dulzura y gran placer aquellas historias y sucesos y a danzar alrededor de la fuente durante largo rato. Luego nos senta-

mos todos, participando de aquella amenidad y alegre verdor, con las rodillas dobladas. Entonces yo, despojado y exento de toda inhibición, completamente invadido por la exhalación como de bálsamo de la fragancia de limpieza y perfume que emanaba de las delicadas ropas de mi encantadora Polia, me coloqué amorosa y familiarmente en su regazo, besando con ardor la láctea mano y aquel pecho de nieve que brillaba con lustre de marfil. Y luego, ya que aquellos actos no le eran desagradables sino deseables, nos demostrábamos mutuamente nuestro amor. Por esto, las tocadoras que yacían sobre la hierba dejaron sus melodiosos instrumentos y, encerradas en sus pechos deliciosos las dulces voces, guardaron silencio.

Y así, estando alegre y voluptuosamente ociosas, charlaron entre sí durante algún tiempo y luego se mostraron deseosas de oír nuestro estado y condición; y una de ellas, llamada Polyorimene, sumamente alegre y amable, dijo: «Oh, Polia, compañera nuestra y fiel servidora de la diosa madre, la hermosura de tu aspecto, tu elegancia y nobleza, tus preclaras virtudes, tu discreción y tu belleza sobresaliente e incomparable hacen que estemos deseosas con razón de saber la causa de vuestros felices amores y el origen de tu noble y generoso linaje, que pensamos que debe ser eximio y elevado y de ilustres comienzos, porque sabemos de tu honestidad, inteligencia y no mediocre cultura, de tu notable ingenio, que se muestra con destacada gracia en tus gestos virginales, de tu hermosura, de tu belleza, de tu castidad y de que eres digna de honores. Porque tu imagen nobilísima y celestial forma humana, extremadamente bella y sobrenatural no es totalmente terrestre, sino que muestra todavía claros indicios de divinidad. Nos sería

grato, o mejor dicho, gratísimo, oír los fatigosos afanes y los desdenes deshonestos que se generan por la disposición discordante y desigual y el que alguna vez una muchacha se finja sorda y no escuche los solícitos ruegos de los lascivos y apasionados amantes, y cómo, cuando no se ven unos a otros, alimentan solamente sus tristes y deseosos corazones con una consoladora esperanza que procede de la imaginación y de ficciones deleitosas, satisfaciéndose vanamente a sí mismos con dulces suspiros y falsos consuelos y placeres; y, ya que estamos en este agradable ocio, nos daría gran gusto escucharte.»



Cuando la ninfa puso fin a sus palabras dulces y persuasivas y a pertinentísima insinuación, mi Polia de hermosa cabellera se levantó pronta y amable, con el semblante alegre y lindísimo y las purpúreas mejillas y la roja boca cubiertos de un rubor honesto y respetuoso, para satisfacer por todos los medios la honesta petición, porque su naturaleza la inclinaba a todas las virtudes. Al principio no pudo contener un suspiro dulcísimo, que penetró como un reflejo en lo más íntimo de mi corazón, que era suyo, a causa de su disposición concordante, como ocurre a dos instrumentos que se tocan juntos. Y, habiendo mirado a cada una con cierto atrevimiento, con la divina mirada de aquellos ojos juguetones y relucientes capaces de romper los diamantes en mil fragmentos, ay de mí, y tras haber hecho una respetuosa reverencia a cada una con voz humilde y gesto elegantísimo, volvió a su placentero sitio sobre el suelo tapizado de serpol, y se sentó. Y, después de haber guardado silencio un instante, comenzó a narrar su historia con elegancia y sencillez, de esta manera.

\*

FIN DEL PRIMER LIBRO  
DE LA LUCHA DE AMOR EN SUEÑOS  
DE POLÍFILO

\*

POLÍFILO COMIENZA EL SEGUNDO LIBRO DE SU «HYPEROTOMACHIA», EN EL QUE POLIA Y ÉL CUENTAN INTERCALADAMENTE CADA UNO SUS AMORES.

[XXV]

CUENTA AQUÍ LA DIVINA POLIA SU NOBLE Y ANTIGUO ORIGEN Y CÓMO TREVISO FUE EDIFICADA POR SUS ANTEPASADOS. Y QUE ERA ORIUNDA DE LA FAMILIA LELIA, Y DE QUÉ MODO, SIN ELLA ADVERTIRLO Y SIN DARSE CUENTA, SE ENAMORÓ DE ELLA DESMESURADAMENTE SU QUERIDO POLÍFILO.



I DÉBIL VOZ, GRACIOSAS Y DIVINAS ninfas, sonará tan destemplada e inarmónica a vuestros oídos como la terrible ronquera del flotante Esaco frente al suave canto de la sollozante Filomela.<sup>116</sup> Sin embargo, trataré de satisfacer con todas las fuerzas de mi débil inteligencia y con mi escasa capacidad vuestra grata petición, que, para ser atendida como se merece, requeriría sin duda mayor elocuencia, una elegancia más rotunda y una pronunciación más pulida que las mías. Pero, aunque balbuciendo confusa y torpemente, trataré de seros grata y me sentiré satisfecha, felices ninfas, prestándome a cumplir vuestros deseos con buena voluntad y devotamente, contándoos, más con ánimo humilde que con elocuencia clara, pulida y hermosa, mi antiquísima genealogía y estirpe y mi amor fatal. Porque, estando en vuestra venerable compañía y presencia y viéndome tan carente de elocuencia y siendo vuestro

rango tan noble y divino, ninfas servidoras del ardiente Cupido, y estando en lugar tan dulce, deleitoso y sagrado, refrescado por brisas puras y aromas de flores, siento vergüenza y temor de hablar, así que, ante todo, sed benévolas, ninfas bellísimas y felicísimas, con mi balbuceo y mis esfuerzos femeninos terrenales y pusilánimes, si ocurre que cometo incautamente alguna inconveniencia. ¡Oh, fuente sacrosanta, en la que se halla misteriosamente la disposición de los arcanos y del tesoro de la madre celeste, llena de constante santidad y de apacible culto, en cuyas floridas orillas se sientan con tanto consuelo las semidiosas insignes, y que finges tener entre tus aguas como un espejo la parte más excelente y digna de contemplación de su cuerpo precioso, por lo que eres sumamente digna de veneración, perdóname si, al mirarte a ti o a cualquier otra, me invade el temblor y mis ojos piadosos derraman fluidas lágrimas, cuando acuden a mi mente tranquila, para conmovérla, la destrozada Dirce, la llorosa Biblis, la envidiada Galatea, la huidiza Aretusa y la dolorosa Egeria,<sup>417</sup> y no me encuentro del todo libre de mis penas! Pues ¿en qué estado de ánimo y con qué afán y votos es invitada mi tosca lengua a semejante narración? Porque mi stirpe original fue infeliz, ya que se vio transformada en fuentes y fluyentes ríos por la justa venganza divina. ¡Oh deplorable metamorfosis! ¡Oh caso infortunado y desgraciado y tristemente doloroso! ¡Oh encadenamiento indisoluble del destino, oh orden inevitable y perpetuo en este caso funesto y desgraciado! ¿Podré yo hablar de ti sin profundos suspiros y voz doliente y palabras imperfectas y entrecortadas por los sollozos y sin que se derramen lágrimas por mis

enjutas mejillas, como cuando el errante Ulises lloraba al contar a Alcinoos, rey de los feacios, la desgraciada destrucción de Troya, y no romperán mi pecho los suspiros, prohibidos en este santísimo lugar de felicidad? Pues aquí los ojos se vacían con razón de lágrimas y el pecho de suspiros, que son remotos y ajenos a tan feliz y agradable audiencia como tengo, y sobre todo a causa de la dulcísima y carísima victoria de mi muy amado Polifilo.

No os maravilléis, pues, ninfas felices, hermosísimas y celestiales, si, a causa de mi conmovedora parentela y progenie y por las dificultades de mi primer amor, interrumpo alguna vez con mis sollozos mi prolija narración, digna de lentitud y demora y de atención atenta, porque sin duda conoceréis por ella dos cosas maravillosas. En primer lugar, mi insólita, inaudita e inhumana, o más bien bestial, crueldad y atrocidad increíble, que sin embargo ha llegado al resultado feliz y amoroso que veis ahora claramente, en segundo lugar, el mayor y más increíble amor del mundo, que tiene este comienzo e introducción:

Divinas ninfas de Citerea, en los tiempos en que la verde y fecunda palma, crecida entre la milagrosa cinta de lana en los vestales velos de la frente de Ilia Silvia, sombreaba triunfante la espaciosa tierra y el mar inmenso,<sup>418</sup> la nobilísima familia Lelia<sup>419</sup> se veía realzada con grandes dignidades públicas a causa de sus óptimos hechos y múltiples victorias conseguidas laboriosamente. No se os oculta el hecho de que los hombres magnánimos y cualquier acción virtuosa eran gratificados con justicia en la antigua e imperial ciudad.<sup>420</sup>

Uno, pues, oriundo de esta estirpe antigua y honorable, llamado Lelio Syliro,<sup>421</sup> fue designado por el santo Senado—larga sería de contar la poderosísima razón—y enviado como cónsul a la región de la Marca Taurisana, así llamada por su alto monte. Era principal del lugar un señor magnífico, opulento y riquísimo y gobernador ilustre, llamado Tito Butanechio, padre de una hija única que le dio en solemne, justo y puro matrimonio. Contrajo matrimonio, pues, gozosamente con esta noble joven, provista de virtud, de noble naturaleza y seriedad de mujer madura, aparte de su destacada belleza y de sus abundantes bienes de fortuna. Ella, noble, generosa, adornada de muchas virtudes y muy culta, magníficamente criada en regias delicias y complacencias de sus padres, llamada Trivisa Calardía Pia—su madre se llamaba Rhoa Pia—, fue generosamente dotada por su padre de patrimonio, pues le dio este una gran parte de la región de Venecia, lugar llano, protegido por altos montes, boscoso y abundante en fuentes, ríos, cascadas y animales inofensivos.

Celebradas, pues, magníficamente las legítimas bodas y desatado el nudo herculano, e invocada religiosamente la santa Cinxia,<sup>422</sup> se cumplieron las leyes del matrimonio y, favoreciéndoles la divina Zigia Lucina,<sup>423</sup> tuvieron numerosísima prole, engendrando alternativamente hijos e hijas. El primogénito fue Lelio Maurio, llamado así por su color oscuro; el segundo, Lelio Halcioneo; el tercero, L. Tipula; el cuarto, L. Narbonio; el quinto, L. Musilistre. La naturaleza dotó a las hijas de las virtudes superiores y les concedió tal belleza y hermosura que no parecían concebidas por humanos. La primera

se llamaba Murgania, la segunda Quintia, la tercera Septimia, la cuarta Alimbrica, la quinta Astorgia, la sexta Melmia. Para decirlo brevemente, los padres, olvidando el beneficio fecundo de la diosa, que preside los partos y gloriándose de su noble prole, la creían engendrada por su propia virtud. ¡Ay de mí! ¿Quién puede permanecer libre de la falaz, inconstante y móvil Fortuna? Porque a aquellos les había venido inmerecidamente tanto don divino, como a Atalanta e Hipómenes. Y además, se comparaban abusivamente a nuestra señora Cipria,<sup>424</sup> madre de nuestro flechador señor, y se creían más bellos y dignos. ¡Oh hecho malvado y nefando y abuso atrevido! Cuando los años de su infancia comenzaron a quedar atrás, la plebe y el vulgo rudo y el innoble e inculto pueblo no pensaban sino que Murgania era la misma Venus. Y le construyeron fuera de la ciudad un santuario en el que ella se mantenía escondida y sólo se mostraba, con gran ceremonia, en determinadas ocasiones. Y el populacho la veneraba supersticiosamente todos los años con votos y súplicas. De ahí surgió el nombre actual de Fata Murgiana, y el lugar conserva aún en su memoria el nombre de Murganio.<sup>425</sup>

Esta injusta enormidad y cruel impiedad humana, audaz, avara, ambiciosa, soberbia y nefanda fue castigada por los dioses, que no soportan impunemente las ofensas de los mortales ni consienten sus insolencias, airándose cuando los terrestres se les quieren igualar ilícitamente usurpando su divinidad. La santísima madre de nuestro terrible señor, al que servimos mercedísimamente, se mostró vengativa y cruel, no de otro modo que Juno hacia Antígona y la indignada Eribea hacia Isis,<sup>426</sup>

fulminando el impío templo. La casa real, que no se encontraba muy lejos de él, fue carbonizada por un rayo y permaneció con el nombre eterno de Casa Carbona,<sup>427</sup> y Murgiana fue convertida en fuente junto con todos los que se encontraban en aquel lugar. Del mismo modo, sus hermanas Quintia y Septimia, que huyeron, fueron también convertidas en fuentes no lejos de Murgania;<sup>428</sup> y Alimbrica,<sup>429</sup> no lejos de ellas, fue reducida a cenizas por el terrorífico rayo del gran Júpiter, y todo el palacio y la mansión real que había sido edificada en aquel lugar para recreo, se convirtieron en carbones y el lugar fue llamado Carbuncularia:<sup>430</sup> de allí nació también un riachuelo. La fugitiva Astorgia, que lloraba los tristes sucesos, fue convertida en riachuelo que corre hacia el padre, e igualmente Melmia,<sup>431</sup> dando ambas su nombre perpetuo a aquellos lugares y abrazando con sus ondas a su querido padre Lelio Syliro. Este, transformado en agua y alimentado por sus queridas hijas, es un célebre río de aguas purísimas que aún se ve, fluyendo fresquísimo, en aquella alegre región: se le llama con su nombre partido, Sili. Y su esposa, fulminada mientras lloraba aquellos sucesos desgraciados y horribles, se convirtió en una notable fuente llamada, por causa de nombre, fuente Callardia,<sup>432</sup> que está próxima a su querido padre Tito Butanechio,<sup>433</sup> que había sido convertido en río cuando lloraba la dura y cruel fortuna de su familia, junto con la madre, Rhoa,<sup>434</sup> que se halla entre su marido y su queridísimo hermano Caliano,<sup>435</sup> desembocando en el dulcísimo hijo Sili.

No permaneció tampoco impune de la ira celeste y justa venganza ninguno de los varones. Pues el hijo segundo, Lelio Musilistre,<sup>436</sup> convertido en riachuelo de su mismo nombre, abraza a su padre con sus álamos cuando se desborda. Y los otros dos hermanos menores, todavía niños impúberes y en la dentición, algo atemperada la divina venganza por ello, fueron metamorfoseados, uno en la avecilla de su nombre, el alción, vestido con plumas reales e incorruptibles, y el menor en el animal llamado túpula.<sup>437</sup> Estos, sin separarse del padre, siempre están con él en los ríos.

De este suceso horrible y desgraciado sólo se libró el primogénito Lelio Maurio que, habiendo sido invitado en su niñez por sus parientes, señores de los Altinati, a un solemne aniversario fúnebre fuera de la puerta Mania, en un lugar llamado «ad Manes», en donde se sepultaban los cadáveres de toda la ciudad—y, aun corrompida la palabra, se dice «alli Mani»—,<sup>438</sup> cuando acabaron las pompas fúnebres, celebradas con ritos antiquísimos y a la manera patricia, permaneció allí recreándose con algunos adolescentes y ocurrió que, encontrándose en lugares marítimos cerca de la atalaya o faro del puerto de Altino, llamada Turricella, por cuya razón se llama Turricello el castillo fundado allí,<sup>439</sup> aquellos nobles adolescentes fueron cautivados por los piratas invasores. A él le condujeron a una famosa ciudad que ahora se llama Teramo y fue adoptado, a causa de su noble condición, por un hombre ilustre y magnífico llamado Teodoro,<sup>440</sup> y creció como un patricio. Además de a la pertinente cultura, se dedicaba activamente a los ejercicios militares con asiduidad. Allí permaneció y con el transcurso del

tiempo llegó a la edad viril, realizando óptimas hazañas y consiguiendo constantemente diversas victorias de su ánimo fuerte, excelso, generoso y robusto, y cumplió toda la carrera militar y fue exaltado como Belerofonte por Heurio. Por esta razón no se le llamó ya Lelio Maurio, sino que, por su noble condición y sus valores fue nombrado Calo Maurio, extinguiendo con sus eximias virtudes el nombre nefasto.

Por todo esto fue designado por el santísimo Senado romano para una prefectura militar con paludamento y llegó a habitar por casualidad el lugar donde había nacido y de donde era oriundo, conservando su patria segura y preservada de las invasiones bárbaras: este lugar, agradableísimo por su sombra y su aire y ameno por sus ríos y fuentes, fue llamado por él Calo Mario, de modo que aquella comarca privilegiada, tras la molesta asiduidad del enemigo invasor, fuera capaz alguna vez de deleitar con su espacio verde y revestido de hierbas y flores.

Aquí, después de haberse asentado como guardián de la ciudad, en memoria de su madre amadísima señaló los confines de otra noble y gran ciudad de compatriotas suyos, llamada por su colina Taurisana,<sup>44'</sup> que fue próspera en las letras y las armas, bien situada y amena, de culto antiquísimo y gran santidad y religiosidad, junto al rápido padre Sili, y le dio el nombre de su piadosa madre Trivisia, que conserva hasta ahora.

Durante muchos años fue dominada felizmente por él y por sus sucesores, con crecientes riquezas, paz ciudadana y amistad de sus vecinos y vida pacífica. Pero, a causa de la inconstancia de la fortuna engañosa y del tiempo traidor, fue ocupada por diversos tiranos y final-

mente vino a caer bajo el imperio justísimo del santo y feroz león marino,<sup>442</sup> ayudada por el óptimo y máximo Júpiter hecho hombre,<sup>443</sup> y yo fui hija y descendiente de los familiares supervivientes de la antigua familia Lelia y se me puso el noble nombre de la casta romana que se mató por culpa del hijo del soberbio Tarquino.<sup>444</sup> Fui criada como patricia entre muchas delicias y llegué a la flor de mi edad en el año de la redención humana de mil cuatrocientos sesenta y dos.

Estaba yo, como acostumbran a hacer las inconstantes muchachitas, en la ventana o mejor dicho en la terraza de mi palacio, secando al sol mis rubios cabellos, delicias juveniles, sueltos sobre los blancos hombros y pendientes de la nuca perfumada, rutilando como hilos de oro a los rayos de Febo, y me los peinaba ufana cuidadosamente, cuando pasó por casualidad Polífilo, y me atrevo a decir que no le parecieron tan bellos a Perseo los de Andrómeda, ni los de Fotis a Lucio<sup>445</sup> como a él los míos. Así que, se acercó a mirarlos con atrevimiento y sin mesura y de repente se encendió el amor en él y, a la primera y pura mirada, su corazón tierno y propicio se abrió sin remedio y se rompió por la mitad, como se rompe el rudo roble al ser golpeado por el rayo de Júpiter. Y el activo Cupido se introdujo en él con sus ardientes y crecientes llamas y le atrapó de repente sin encontrar ninguna defensa ni resistencia, como cae una simple ave-cilla en la trampa por un cebo miserable y el pececillo muerde por él el anzuelo. Cedió él plácidamente y, contemplando deseoso mi belleza, me apetecía con ardor. Yo, al mirar en el espejo mi hermoso aspecto, había temido muchas veces que me ocurriera lo mismo que a

Narciso. Y esto no debe ser tenido por jactancia, pues lo veis ahora vosotras claramente, y dice el refrán que es vicio fingir y simular lo que es falso, pero también ocultar la verdad. Así pues, martirizado su pecho por el tormento amoroso de los fuegos nuevos y primeros, enamorado de mí y preso de esta trampa amorosa, tomaba él cada día el camino de mi palacio, por ver si su amor tenía alguna correspondencia. Y, mirando las altas y vacías ventanas, no llegó a colmar nunca su punzante deseo de volver a verme al menos una vez más. Por esta razón, tras haber pasado tantos días y noches en semejante angustia, derrochando vanamente sus vigiliás, cantos y músicas, palabras y suspiros, sólo conseguía pena y tedio y llevar una vida desesperada, fastidiosa, y molesta y afligir su ánimo en continuas tristezas y amarguras, porque, a pesar de su astucia y de su vigilante solicitud, no lograba verme por ningún medio. Y si esto ocurría, aunque raramente, no advertía en mí la menor señal ni indicio de amor ni de complacencia, del mismo modo que estos

no aparecen en una dura roca. Pues ocurría que

mi frío corazón no estaba dispuesto ni remo-

tamente, hermosísimas ninfas, a los ardores

del amor; y, además de tener yo la mente

completamente indispuesta e inepta

para él, no sabía el supremo y amo-

roso afán que hacía que Polífilo

estuviera muriendo cruel-

mente a causa de un

amor vehe-

mente.

\*

ATACADA POLIA POR LA PESTE, HIZO UN VOTO A DIANA Y, HABIÉNDOSE CONSAGRADO A ELLA, POR CASUALIDAD LA VIO POLÍFILO EN EL TEMPLO, DONDE UN DÍA DESPUÉS LA ENCONTRÓ SOLA ORANDO. CONTÓLE SU PENA Y EL MARTIRIO QUE SUFRÍA AMÁNDOLA Y LE PIDIÓ ALIVIO, PERO ELLA, PERMANECIENDO INMISERICORDE, LE VIO DESVANECERSE COMO MUERTO Y EMPRENDIÓ LA HUIDA COMO UN MALHECHOR.



N AQUELLOS DÍAS HABÍA POR DOQUIER una gran mortandad de personas de todas las edades, a causa de que el aire estaba infectado y corrompido por una peste contagiosa y mortífera, y atroz terror y espanto descendieron sobre la tierra enferma. Los hombres, mortalmente aterrados, huían de sus ciudades y se refugiaban en lugares suburbanos y rurales. El exterminio de gente era horrible y casi se sospechaba que nos hubiera traído aquella desgracia el hediondo soplo del viento austro desde el húmedo Egipto, porque una riada del Nílo arrojara a sus orillas en los campos animales que luego se pudrieron, infectando el aire con su corrupción; o que el sacrificador de Argos había perdido de nuevo los bueyes del sacrificio de Juno,<sup>446</sup> y se temía que ocurriera lo mismo que había ocurrido en Egina antes del bello sueño de Eaco<sup>447</sup> y antes de que Deucalión y Pirra arrojaran las piedras en el monte Parnaso.<sup>448</sup> Yo, a causa de mi débil constitución, me sentí atacada por los

bubones en mi ingle virginal, placiéndoles esto tal vez a los dioses superiores para mi beneficio, y, habiéndoseme multiplicado la infección de la ingle, me sentía gravemente enferma. Por esta causa fui abandonada por todos, salvo por mi piadosa y buena nodriza, que permaneció junto a mí para recoger mi último aliento y servirme de compañía a la hora de la muerte. En medio de mi enfermedad, que se iba agravando, gritaba palabras descompuestas y lanzaba frecuentes lamentos y gemidos y a veces volvía en mí vacilante. Y pedía ayuda sinceramente, lo mejor que podía y sabía, a la divina Diana, porque entonces no tenía noticia ni sabía de otro dios que de ella, y la invocaba con voz trémula y corazón puro, dirigiéndole muchas oraciones y súplicas. Atormentada por mi grave enfermedad, hice voto de observar sus santas y frías virtudes y de vivir siempre religiosamente en sus sagrados templos con castidad tenaz, si se compadecía de mí y me libraba de mi enfermedad mortal, teniendo en la mente el firme propósito de cumplir mis promesas y tanta mayor esperanza cuanto que recordaba el benigno favor que esta diosa había concedido a Ifigenia cuando Agamenón quiso inmolarla en sacrificio por el oráculo de Apolo; pues, mientras los apiadados parientes lloraban con fuertes voces, la diosa se conmovió e interpuso una nube de humo para ocultar a la muchacha e hizo que encontraran en su lugar una cierva. Acordándome de este caso, me sentía casi segura y esperaba su santa ayuda y defensa. No tardé mucho en ser curada y, recuperándome milagrosamente, me fue restituida mi antigua salud. Por lo tanto, sintiéndome ligada a las altas y espontáneas promesas y a las solemnes

obligaciones que había contraído, me dispuse a cumplirlas escrupulosamente y a poner en práctica mis votos, proponiéndome conservarme virgen con no menor empeño que las matronas que duermen en las calles sobre las hojas del árbol agno durante las fiestas tesmoforias, y con no menor devoción y religiosidad que las de Cleobis y Bitón.<sup>449</sup> Y habiendo entrado con mis compañeras en la soledad del santo templo y convento y siendo recibida por muchas otras muchachas vírgenes que servían a la diosa pura y castamente, comencé a visitar a menudo y a venerar con ellas humildemente los altares de Diana. Y así, consumiendo en las castas frialdades casi la parte más hermosa de mi floridísima adolescencia y edad del placer, ocurrió que nuestro Polífilo, ferviente y extraordinariamente enamorado, el muy desgraciado estuvo triste y amargado durante todo este tiempo, que fue de más de un año. Ya no pudo de ninguna manera volver a ver mi rostro y mis rubios cabellos, y habiéndose alejado de mi frío corazón y estando más apartado de él que Abila de Calpe y hurtado sin amor de mi estéril pecho y debilitado y borrado de mi recuerdo, nunca acudía a mi mente: no estaban tan borrados de las paredes del templo de la Bona Dea<sup>450</sup> los escritos y pinturas de animales machos y vedado el ingreso de cualquier viviente, cuanto había sido arrojado fuera de mi corazón todo pensamiento sobre Polífilo, como si yo hubiese bebido el agua del Leteo, hijo de Flegetonte, y ni más ni menos que si el buen Hebreo me hubiera puesto el anillo como a la amorosa y olvidadiza Etíope. Pero él, que estaba herido ferozmente por el fuego ciego y por el excitado amor y con el pecho desgarrado por la saeta de Cupido, me encon-

tró en el día en que, con otras cuantas doncellitas, iba yo a celebrar mi consagración (no sé si su intelecto lo pudo imaginar o si es que su fortuna favorable le presentó benignamente la frente cubierta de cabellos o sí, tras haberse destruido y consumido en la aspereza del amor, el cruel Cupido se mostró bondadoso con él inesperadamente). En esta solemnidad es frecuente que la atrevida caterva juvenil se congrege ávidamente en los espectáculos sagrados. Él, al darse clara cuenta de mi presencia, se perdió completamente. Y luego, por eso, esperaba haber encontrado el remedio adecuado y oportuno para su inflamado corazón; pero ignoraba qué debía hacer y no hacía otra cosa que mirar y remirar intensamente mi cabeza gratísima para él, adornada por las rubias trenzas, en cuya belleza había colocado sólidamente y fabricado todo su ameno y deleitoso placer y contento y fijado su pensamiento. Pero, puesto que yo me había ligado libremente al voto de no dejarme ver nunca, o rarísimas veces, por un hombre, y entrar y salir del templo ocultamente y con la cara cubierta por un velo, tenía la intención de preservarme invisible y casi desconocida durante largo tiempo. Polífilo, desgraciado amante que no apreciaba más la agradable vida que la muerte espantosa, muy ansioso y perplejo, contaba como años los días en que no podía verme, pero con ánimo constante y obstinado y con astucia y cauta e insomne investigación y diligencia, cual hombre encadenado y arrojado a una horrenda mazmorra, que sólo piensa en huir, y como un enfermo, deseoso de salud, ansía la curación, supo indagar tanto por doquier, dirigido tal vez en sus pesquisas por el volante amor, que un día en que me quedé sola a

orar en el templo, él, cegado por su amor excesivo y enloquecido por su fogoso deseo (como un animal irracional que no piensa sino en saciar su apetito), se presentó ante mí medio muerto. Y apenas le vi en mi presencia, al punto me sentí manchada y mi corazón indispuerto se heló rígidamente, como el frío diamante que no se altera por el fuego, volviéndose más gélido que la piedra de pórfido y, con el ánimo áspero y fiero, rechazada y ahogada toda piedad, le odié grandemente, con un odio tal vez más atroz e inhumano que el de Eteocles y Polinice, quienes, enemigos en grado sumo, se dieron mutuamente muerte con heridas recíprocas y, al ser arrojados sus cadáveres a la ardiente pira, no pudieron quemarse de ninguna manera hasta que no fueron separados, mostrando su constante odio incluso en la muerte; y fui más cruel que Isifila, y Orestes no tuvo tanta maldad contra Clitemnestra. Vi que él, que me miraba y remiraba con ternura, estaba sin duda medio muerto, y que su carne palidecía de dolor y vergüenza y que el calor natural huía de sus miembros y le invadía un mortal desmayo. Aunque se encontraba con escasas fuerzas y gran debilidad y laxitud y con el rostro descolorido, fue capaz de decirme, con una vocecilla sumisa y trémula y no sin acompañamiento de lágrimas y suspiros, estas delicadas palabras:

«Ay de mí, Polia, ninfa de hermosa cabellera, diosa mía, corazón mío, vida mía y dulcísima asesina de mi alma, ten piedad de mí: si en tu divina naturaleza y en tu belleza singular vive aquella virtud ante la que mi alma se ha inclinado ardientemente, ofreciéndome como a mi dueño principal no renuente sino festivamente, muéstra-

te benévola y benigna y dulce, prestando socorro a mis graves martirios. Porque me doy cuenta claramente de que, si no te muestras propicia con ellos y los socorres, toda mi esperanza se truncará para siempre y moriré con toda seguridad, por no poder soportar todas estas tristes e incesantes penas mías; y desde luego sería mi último refugio la muerte, porque en el presente la prefiero a vivir tristemente sin tu amor. Y me expongo con más gusto a morir que a vivir miserablemente mi triste vida sin tu amor deseadísimos, porque más vale morir de un modo rápido que poco a poco. Y si acaso algún dios me oprime con crueldad inexorable, que me permita al menos morir por ti si no me es lícita la dulce vida, porque ¿qué mal más dañino y más mortífero podré sentir que el de ver separada de mis ojos tu presencia angelical y venerada y alejado aquel solaz verdadero, único y placentero que yo tomaba de ella ávidamente y sin hartazgo? No esperaba poder conseguir oportuno remedio para estas enfermedades mías ásperas e insoportables sino cuando los cielos benignos me concedieran volver a verte, porque de otro modo veía amenazada por áspera ruina toda mi tediosa vida. Por lo tanto, como el condenado que, esperando el inevitable golpe mortal, casi no siente dolor, puse mi vida desgraciada en manos de las terribles hermanas,<sup>451</sup> enloquecido a veces y más enfurecido a causa del rabioso y excitante amor de lo que nunca estuvieron Atis y la miserable Agave y sus hermanas cuando alcanzaron a Penteo, porque me veía abandonado como Aqueménide cuando fue dejado por Ulises entre Escila y Caribdis, tanto me exarcerbaban los urgentes ardores que bullían en lo más íntimo de mi pecho, no esperando ni

deseando como principal y valiosísima medicina salvo a ti sola, Polia. Y yo era ignorado por ti y estaba privado de ti y abandonado por ti. Y cuanto más pensaba en la ingrata ausencia de tu hermosura, celeste belleza y lindísimo rostro y del noble cúmulo de tus eximias virtudes, tanto más crecía en mí la pena y la amargura de no poder disfrutarlas. Por estas cosas, ay de mí, amante desgraciado, acepté con tanta impetuosidad, imprudente y precipitado, estas horrendas injurias y falaces dulzuras y seducciones engañosas de amor, que ocultaban y cubrían la amargura y la inquieta agitación que yo debía conseguir que me invadieran algunas veces, mejor dicho, siempre. Y habiendo soportado con intención pura y tanta tolerancia y voluntariamente por ti, señora mía Polia dulcísima, estas acerbos insidias, luego me han hecho permanecer injustamente, ay triste de mí, durante tanto tiempo sin volver a verte a ti, que eres todo mi bien, toda mi esperanza, todo mi consuelo, placentero calabozo de mi corazón, y sin el espectáculo del eximio y venerable adorno de tu bellísima cabeza y sin poder contemplar este rostro tuyo tan gracioso e insigne y tu imagen admirable. Cual el lago Arbonense de África, cuyas aguas hierven cuando se ausenta el sol y en su presencia, al mediodía, se hielan, así yo en tu ausencia, Polia, sol mío radiantísimo, hiervo y me deshago como cera que se derrite, y ahora, en tu presencia solar, me hielo de horror. Piensa un poco, pues, Polia, delicia y sostén mío, que me he encontrado durante mucho tiempo en suma angustia y gran peligro de mi vida, la cual, por tu amor y perpetuo servicio, preservaba yo voluntariamente de un peligro mayor del que experimentan las rubias y maduras míses

en los campos espaciosos ante los rayos crepitantes y los relámpagos y las tormentas y las rachas de viento. Y de un modo semejante a la yedra serpeante y díscola que abraza al viejo álamo y que, cuando es arrancada y separada de él, no es capaz luego de sostenerse por sí misma y, cayendo al húmedo suelo, permanece yaciendo en él floja y débil y apática; y como la parra trepadora que se cae si no es sostenida por estacas o por el grato olmo, así y no de otro modo caigo yo sin ti, firmísima columna y pilar mío y sostén solidísimo en el que he apoyado mi vida amorosamente con propósito inflexible y obstinado. Tu ausencia, pues, es la causa de que, abandonado, me arrastre hacia la muerte. Por esto, mi locura había crecido tanto, que ya no sentía mi grave dolor, sino que más bien, hostigado y punzado por el solícito amor, me entregaba desenfrenadamente a un alivio falaz. Imaginaba en mi ánimo vanamente muchas cosas, fingiendo venturas y prosperidad, y componía conmigo mismo muchas ayudas, placeres y socorros ficticios y me prometía generosamente cosas de admirable magnificencia en el amor: veo que todo ello no eran sino falsas esperanzas y vanas imaginaciones. Por esto, alejada tu noble y tan seductora presencia y apartada de estos tristes ojos míos, comencé desde lo más íntimo a destruir el soporte fundamental de mi vida y a herir con frecuentes sollozos mi pecho agitado y jadeante. Y me hallaba sin mi alma, que sólo en ti se encuentra y vive, como caña vacía de su médula. Las más de las veces, afligido, sin saber qué hacer, lloraba y gemía entre mí y te imaginaba como enemiga de toda mi tranquilidad y te acusaba de ser la razón de todos estos errores, por huir de mi ardiente amor, y te ca-

lumniaba como dulce enemiga de mi salud, y, habiéndome vuelto casi ciego y demente y excitado contra ti la ira de Cupido, te juzgaba atroz y cruel, impiamente despectiva con sus santos fuegos y única razón de mis sufrimientos.»

Tras haber oído pacientemente semejantes razonamientos contra mí, que hasta entonces había ignorado todo aquello, enrojeciendo de indignación, me levanté de repente y me marché de allí, interrumpiendo su molesto, desagradable e ingrato discurso y sus imprecaciones, que juzgué vana palabrería, y no sólo no le respondí, sino que ni siquiera le miré a la cara y huí, riéndome de él. Pero al día siguiente, pensando que no se atrevería a molestarme de nuevo con otra intromisión, fui a orar al mismo lugar y he aquí que le vi venir, con la cara abrumada y triste, dispuesto a perturbarme del mismo modo, y que, suspirando, me dijo así rápidamente:

«Ay de mí, Polia bellísima, o más bien ejemplo conspicuo de toda belleza, conmuévete y ten piedad de estas penas que me acosan y me afligen sin descanso día y noche, obligándome a acudir a ti, y ablanda un poco tu duro corazón, muéstrate conmigo un poco cariñosa y no te hagas sorda a mis justos deseos, provocados por el amor que, a causa de tu belleza sobrehumana, has difundido dolorosamente por todo mi ser. Desata los estrechos nudos de tu mente obstinada y trata de restablecer con misericordia y con amor equivalente este poco de vida, fluctuante y en peligro, que me queda y que se consume en lágrimas nocturnas y se aniquila en abatimientos diurnos. Te ruego que no envilezcas tu condición sobrehumana con la crueldad, siendo un monstruo para quien te ama tan cálida y dulcemente y te desea y te ve-

nera. Porque, ya que eres noble, sumamente bella y notablemente dotada de toda virtud y elegancia, y te encuentras en una edad floridísima y eres apta para los misterios amorosos, no oscurezcas tantos dones generosos de la benigna naturaleza con tu perversa e impía obstinación, impropia de tu sexo dulce, tierno y cariñoso, y deja de mostrarte como lo hiciste ayer sin razón conmigo, que soy tan desgraciado. Ay de mí, ay de mí, Polia, dueña primera de mi corazón, si tú sentiste una mínima partícula de amor y sentirla fue cruel e ilícito, al menos, corazoncito mío, ten en cuenta que mis deplorables y lamentables palabras no proceden sino del íntimo tormento de mi corazón enamorado y aquejado de una herida más mortal que la de Filoctetes. Por ella padezco tan dolorosamente esta mordedura y la pena me corroe continuamente más que la polilla roedora a los vestidos de lana, y más que la sedienta oruga a la savia de las pálidas hojas de Minerva,<sup>452</sup> y más que la mordaz carcoma a la viga bajo el hirsuto Aries, y más que las llamas a los árboles y a los troncos podridos, y más que el mordiente gusano a la carne del cerdo, y más que el amarillo óxido al duro acero, y más que las olas blancas de espuma a las rocas de la costa, a las que van demoliendo con su empuje. Y me resulta más nociva que Anteo a Libia y al castillo Lixo del promontorio Ampelusa o Tinge, y sostengo una lucha más dura que la de las grullas contra los pigmeos. De la manera que te he relatado, disipé infructuosamente los años de mi solitaria adolescencia y me atormento continuamente con este amor cruel que se ha encendido en mí, encontrándome en peor estado y condición que las criaturas insensibles, como las verdes

plantitas abrasadas bajo el tórrido sol en el feroz León y cuando Sirio está en la boca del ardiente Can; las cuales luego, cuando la noche muere, son regadas por el rocío matutino y se restablecen y reviven, como si no hubieran sentido la lesión del día anterior. Ay de mí, desgraciado amante, por tu amor, Polia, escúchame, me enciendo por la tarde, en el crepúsculo me inflamo, al comienzo de la noche ardo, en su mitad me consumo y al alba me siento reducido a cenizas. ¿Y qué hace luego tu triste Polífilo, oh Polia mía deseadísima? Del mismo modo, amargado por tu amor, al amanecer me conmueven llantos y suspiros, con las primeras luces me encuentro helado y empapado en lágrimas, en la brillante aurora maldigo mi estéril y madrastra fortuna. Y, congratulándome, bendigo mi ardiente amor, provocado por la ninfa más elegante y hermosa del mundo: en la fresca mañana comienzo otra vez a encenderme, en el nuevo día que empieza me encuentro completamente inflamado, a mediodía me siento morir de languidez sin trazas de la menor ayuda para mi amor adverso y sin ningún consuelo en tan gran ardor. ¿Qué fortaleza y qué cuerpo sería tan robusto como para poder resistir tantos y tales suplicios? Pero sin duda, alma mía hermosa y dulce, con sólo imaginarte me finjo y miento un suave placer y una placentera ficción, porque si así no fuera, el espíritu me abandonaría, como en este momento siento que va a ocurrir. Y de este modo, noto que mi corazón conmovido se restablece un tanto y respira un poco.

Luego me veo de repente totalmente decepcionado y dejado inane y vacío de toda ayuda y socorro. Y así, cayendo de nuevo en las agitaciones que antes dije, en círculo vicioso, transcurren y huyen mis días, viviendo dolorosamente esta vida exasperada. ¡Ay de mí! Muchas veces, con pensamiento cansado y cuerdo, quisiera sustraerme a esta carga tan pesada y este dominio abrumador y opresivo yugo, intentando librarme de los dulces pensamientos puestos en ti y de esta sujeción funesta. Pero, ay de mí, entonces Cupido, airado e indignado por mis errores, me encadena y se vuelve más vigilante a causa de mis intentos de huida y me enreda más y me envuelve, impidiéndome huir. Oh, la más bella de las hermosas ninfas, ojalá plugiese más a los dioses supremos que me fuera dada hoy por ti la odiosa muerte que no que deso-  
yeras en el presente estas mis amorosas y justas peticiones, en tan exasperada amargura, producidas por la ocasión propicia entre ruegos afectuosos y prolijos lamentos y concebidas y amontonadas cada vez más en mi corazón abrasado. Porque, Polia dignísima de veneración, estoy convencido de que sería hermosa cosa y eterna gloria y digna de preclara alabanza morir por tu amor y por la discordante ferocidad de Cupido, que puede perdonarme con justicia si, haciéndole reproches en mi locura, le maldigo a él y a su cruel y maléfico poder, que me ha sometido y aprisionado tan fuertemente al arbitrio tiránico de sus leyes opresoras y falaces y, habiéndome cautivado en tan fuerte llama y retrocedido después, me ha despojado de este modo y arrancado toda ayuda y robado todo reposo. Luego, reflexionando profundamente, me desdigo de tales imprecaciones y maldiciones, temiendo, ay

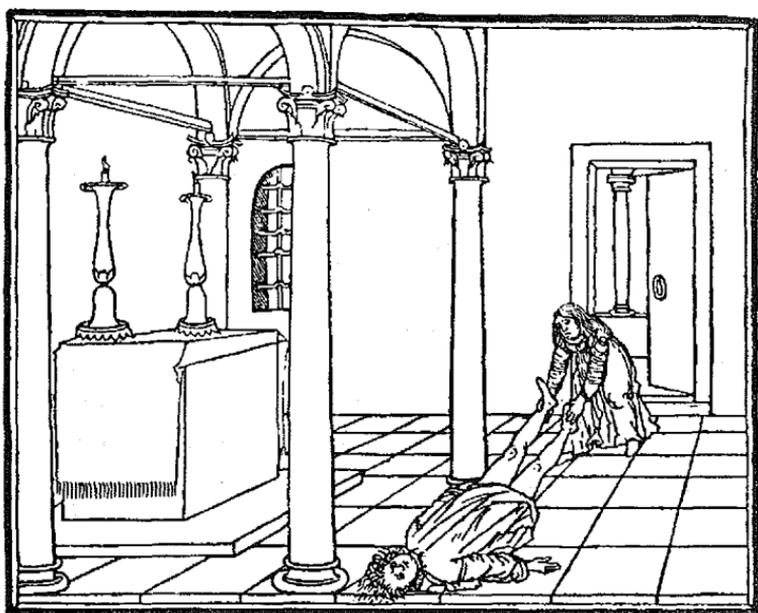
de mí, atraerme iras aún más terribles y que luego él haga crecer más fecundamente la pena y el dolor en mi corazón y que encienda más mi amor y mi ardiente deseo de tu notable belleza y encanto y te haga a ti más intratable y menos piadosa, como ahora sospecho que ocurre. Pues cuando, ay de mí, considero en mi interior la impiedad que tuviste ayer conmigo, me parece estar en las fauces de dientes rechinantes y espumosa saliva del jabalí calidonio y de la serpiente Pitón y del león,<sup>453</sup> que devoran mi carne desgarrándola; y me parece que oigo murmurar tristemente a las almas de los muertos y a todas las furias infernales y a la espantosa Proserpina con su cabellera de serpientes y al Cerbero de tres cabezas y al oculto Plutón y a Aqueronte, desgraciado porteador del Tártaro, que me invita a navegar en su terrible barco por las ondas estigias del Leteo y el Cocito hacia el tremebundo juicio de Minos, Radamante, Eaco y Dite. Pero, más que todas estas cosas abominables, hiera mi mente algo aún más horroroso y formidable: el temor de ser rechazado también hoy por ti como ayer. Ay de mí, ¿hay cosa peor? En verdad, nada. Y así, me aterro y me pierdo, abandonando toda esperanza. Pero luego me recupero, diciendo: En mí no se encuentra la falsa jactancia de Ixión, ni la de Anquises, ni la insolencia de Salmoneo, ni los sacrilegios de Brenno y de Dionisio de Siracura, ni la impudicia de Eco, ni la sacrílega locuacidad de Siringa, ni la temeraria audacia de las Picas, ni la tonta confianza de la tejedora Aracne, ni la crueldad de las hijas de Dánao.<sup>454</sup> Así pues, ¿por qué Cupido se muestra conmigo abiertamente tan duro y cruel? ¿Por qué engaña tanto, para su ruína, a los amantes tiernos y crédulos, ofreciéndose a

ellos con tanta dulzura fingida, con tanta falacia, con tanto veneno mortífero y tan pestilente brebaje? Ya que no me dirijo hacia la salida de mi destino maligno y de mi suerte criminal y de la inminente ruina de mi pequeña vida, no sé a qué desastre me conduce la fortuna ni puedo imaginar ni prever en qué calamidad, en qué desgracia, en qué luto y tristeza estoy complicado y condenado al eterno llanto, si tú, mi principal esperanza, no me socorres en las angustias presentes en que he caído y me he hundido. Considerando este efecto del amor, desproporcionado a la causa, no puedo de ningún modo llegar al conocimiento de ella. Porque este amor me parece cosa dulce, pero el efecto que siento es sumamente amargo. No entiendo, pues, la naturaleza de este amor monstruoso y sólo sé que tú, Polia, consientes que me atormenten semejantes angustias, pues no veo indicio alguno de piedad y clemencia en tu rostro angélico. Y sólo por esto, por tu desdén, siento que mi alma huye exasperada y que no la puedo sujetar, por lo que pierdo mis helados ánimos, mi valor y mi salud. ¡Ay de mí, el más infeliz y triste de los amantes! Soy el más desgraciado de ellos y veo ante mí la oscura muerte que me amenaza: su aspecto me aterra, me consterna y me oprime y sólo tú eres la esperanza de mi vida. ¡Oh falaz, oh inicua, oh pérfida, tú me has conducido hasta este amargo punto! Ay, Polia, mi Polia, ¿qué debo hacer, si no puedo intentar otra huida ni esperar socorro? ¿Adónde me dirigiré? Ay, Polia, ayúdame, que sin ti no puedo prestarme auxilio a mí mismo y me siento morir por ello.» Y con la desgraciada voz ahogada por las lágrimas relucientes, el pobrecillo, tras haber pronunciado la última palabra, cayó muerto al suelo.



Aquel, piadosísimas ninfas, había llegado al extremo en que el hombre pierde el uso de todos sus miembros y sentidos, excepto el de la locuaz y obstinada lengua, e hizo lamentos más largos de lo que yo puedo ahora reflejar, llorando tiernamente con tanta amargura de corazón que superó el llanto de la desgraciada Ariadna, que fue capaz de conmover al hijo del celeste Júpiter.<sup>455</sup> Pero, cuando hubo dicho la última palabra, yo noté que por toda mi persona se extendía una obstinada frialdad y me sentí arisca con él y despiadada y sorda a sus súplicas, mirándole con displicencia y torvamente y con el ceño fruncido, más dura que Dafne, más criminal que Medea, más inícuo que Atreo y Tiestes, más bárbara que Teseo, más huidiza que Narciso y mucho más áspera que Ana-

xarete<sup>456</sup> con su Ifis. Entonces, atribulado y amargamente dolorido, con los ojos destilando gruesas lágrimas y quejándose de mi crueldad y fiera dureza con suspiros sonoros, se lamentaba apasionadamente de mi obstinado silencio y de que no le dijera ni siquiera una sola palabra como respuesta, pero yo tenía mis oídos sordos y cerrados a cualquier súplica suya. No había en mí el menor vestigio de piedad, que por mi voluntad, estaba cautivada en mi bárbaro pecho, más duro que la piedra de aquel santo sepulcro,<sup>457</sup> no de otro modo que si hubiera bebido en el río de los Citonios.<sup>458</sup> Y él, dándose cuenta de ello, perdida toda esperanza y consumidas sus fuerzas naturales, no podía resistir más ni escapar de la vecina muerte, reflejándose en su rostro una gran tristeza, yendo en aumento su palidez y desolación, mostrando, con



los ojos clavados en el suelo, un enfermizo cansancio de la vista de la luz del día; y le vi caer al suelo postrado, con las macilentas mejillas mojadas por ríos de lágrimas, habiendo enmudecido sus sonoros suspiros y sus gimientes voces y, cerrando los ojos hundidos, se desplomó muerto a mis pies.

Pero, aun viéndole desmayado ante mí, no por ello cambié mi fiera actitud ni di otro signo de compadecerme de él, sino que traté de huir y dejarlo a su suerte, aunque antes le cogí apresuradamente por los fríos pies—  
¡oh insensibilidad mayor que la de las fieras!— y, tras haberle arrastrado hacia un ángulo del templo, sacrílegamente profanado y manchado por mi impiedad, lo dejé allí sin más exequias y me apresuré a huir ocultamente. Miré en torno mío muchas veces con ojos errantes y, no viendo ni oyendo a nadie, salí de la basílica santa y me encaminé por calles apartadas para alejarme de allí velozmente, tal vez más que Hippe, y dirigirme a mi palacio como un malhechor, afligida por un gran abatimiento de espíritu.

POLIA TERMINA DE CONTAR SU CRUELDAD Y CÓMO, AL HUIR, FUE ARREBATADA POR UN TORBELLINO Y TRANSPORTADA SIN DARSE CUENTA A UN BOSQUE, DONDE VIO QUE DOS MUCHACHAS ERAN DESPEDAZADAS. LUEGO, CÓMO VOLVIÓ EN SÍ ESPANTADA. DESPUÉS, DURMIENDO, LE PARECIÓ SER RAPTADA POR DOS VERDUGOS. ATERRORIZADA POR ELLO, SE MOVIÓ EN SUEÑOS Y SE DESPERTARON ELLA Y SU NODRIZA, LA CUAL LE DIO ÚTIL CONSEJO SOBRE LA RAZÓN DE AQUELLO.



L LLEGAR POLIA A ESTE PUNTO DE SU narración, no pudo reprimir ni contener unos tiernos suspiros. Y a veces, al hablar saltándosele las lágrimas de los amorosos ojos y mojado las rosadas mejillas, había provocado también la compasión de las ninfas presentes hacia el desgraciado amante Polífilo, que había muerto tan tristemente a causa de su vehemente amor y del dolor excesivo: arrancados desde lo más íntimo de sus corazones amorosos suspiros y volviendo bondadosamente hacia mí sus ojos dulces y húmedos, casi condenaban a Polia. Pero, ya que estaban deseosas de oír y entender el final de tan injusto caso, tras una breve pausa solicitaron que continuara su gracioso discurso. Y entonces Polia, tomando discretamente el pañuelo sutilísimo que pendía de sus blancos hombros, se enjugó los ojos húmedos y las purpúreas mejillas, interrumpió los cálidos suspiros y, con voz más firme y gestos propios de una matrona, continuó, diciendo así:

Felicísimas ninfas, oíd mi gran maldad, que no sé yo qué ánimo sería tan sereno y piadoso que no se alterara y se indignara contra mí. ¿Dónde se ocultaba el castigo divino contra mi malvada obstinación y dura terquedad, ya que había hecho morir indignamente a mi amado Polífilo? Oh venganza celestial, ¿por qué te demorabas? Pues no debías haberte contentado con mi ánimo inicuo y pérfido en aquel momento. Pero no iba a transcurrir mucho tiempo sin que viera yo claramente encenderse las iras de la diosa ofendida y de su hijo flechador si no expiaba mi dura iniquidad y no aplacaba, abrasando mi frío y helado corazón, a aquel numen santísimo devotamente, ni corregía oportunamente las falsas persuasiones y vanos pensamientos y opiniones falaces y falsas de mi mente y mi pertinaz propósito.

Pues, no haciendo otra cosa que emprender la secreta huida, mi duro corazón perseveraba en su aspereza y tenía la mente irreductible y la voluntad dura y malvada, más cruel que la de Fineo y Harpálice, y mi pecho más frígido y helado que el duro cristal de las montañas del norte y más rígido que la piedra gagites, que conserva el huevo de las águilas, como si me hubiera mirado en el espejo espantoso de Medusa. Este corazón mío era inhóspito al amor y estaba cerrado a la compasión y, aunque Polífilo solicitaba humildemente ayuda y merced para sus tan asiduos abatimientos y lacrimosos ayes, con quejosos lamentos y tristísimas voces suplicantes y abundantes lágrimas, más tiernas de las que nunca lloraron las Híades, y con maneras más dulces y usando para conmovirme unas voces más angustiosas y lamentables de las que nunca profirió Británico cuando contaba al pueblo

sus desgracias, intentando apartarme de mi inclinación áspera, dura y atroz e insistiendo para convencerme y seducirme. Pero yo me mostraba inexorable con sus tormentos y desoía sus súplicas dulcísimas y cordiales imprecaciones y amorosos ruegos y no me conmovía su perdurable angustia, sino que, rechazando yo toda humanidad y cualquier consentimiento, no hubo manera de que en aquel nefasto día pudiera él dominar y conmover un poco aquel rígido pecho de tigre, mucho más inalcanzable y maldito de lo conveniente, al que el amor no podía fijarse ni aproximarse en modo alguno, ya que era desdeñado y paralizado su poder, que se enseñorea tan diversamente de los corazones humanos cuando se aplica a ellos, del mismo modo que la cera, aunque viscosa, no es capaz de pegarse a la piedra mojada y es rechazada por ella. ¡Oh caso demasiado espantoso y cruel, del que no sólo no me asustaba, sino que ni siquiera me conmovía! En mí, la más cruel de todas las mujeres, ningún estímulo suscitaba indicio alguno de dolor y piedad ni me arrancaba un sola lágrima ni me provocaba un gemido, y de ningún modo era capaz de hallar suspiro alguno en mi duro pecho, en el que no podía romper las cadenas de la piedad encarcelada. Así pues, cuando ya Febo quería encontrar las ondas de la extrema Hesperia con la secuaz Véspero, no haciendo caso yo del fallecido Polífilo, pues así pensaba que estaba, me daba a la fuga, consciente y culpable asesina de su enamorado corazón.

Por lo cual, encontrándome en medio de siniestros auspicios, lejos ya del templo que había abandonado rápidamente, aceleraba con agilidad mis pasos juveniles. Y he aquí que de repente y sin darme cuenta, fui envuelta y

arrebatada por un torbellino de viento y transportada por el aire y dejada al punto sin daño alguno en un bosque salvaje, espeso y sombrío, de árboles enmarañados, altos y enormes, impracticable y obstaculizado por espinos horrorosos. Y aquí, con el corazón palpitante e increíblemente espantada por un suceso tan repentino e inesperado, comencé a oír gritar fuertemente, como oyó y vio el noble ravenata,<sup>459</sup> unos alaridos femeninos y voces afligidas y pavorosos lamentos, como los que yo misma hubiera querido lanzar.

Enseguida vi venir a dos muchachas dolientes y desdichadas que movían a gran piedad, cayéndose aquí y allá desordenadamente, uncidas a un carro de fuego y atadas a su yugo con cadenas candentes de fuerte acero muy apretadas y que abrasaban sus carnes tiernas, blanquísimas y delicadas. Y con el cabello arrancado, desnudas,



con los brazos atados a la espalda, lloraban miserablemente, entrechocando los dientes, y las lágrimas, al caer sobre las cadenas ardientes, producían un chirrido. Eran azuzadas sin cesar por un niño alado iracundo,<sup>460</sup> furiosísimo e implacable, que estaba sobre el vehículo ígneo: su aspecto era horroroso, indignado y más horrible de lo que fue la terrible cabeza de la gorgona a Fineo y sus compañeros. Golpeaba sin cesar con rabia bestial y gran furia, con un látigo ardiente y hecho de nervios, a las muchachas atadas, para azuzarlas, con una venganza mayor que la de Zeto y Anfión contra su madrastra Dirce.

Ellas, errantes y sin saber qué hacer, intentaban la huida por lugares impracticables y extraviados y por densos espinos, locas de dolor a causa del lacerante y mortal azote y por el ardor del carro encendido, saliéndose del camino muchas veces, pataleando por los arbustos, laceradas de pies a cabeza y con los miembros lloviendo sangre y las carnes desgarradas. Y yo vi cómo la sangre roja y humeante se esparcía copiosamente por las agudas espinas y por la tierra. Inflamadas de rabia furiosa, arrastraban penosa y desordenadamente de acá para allá, entre las zarzas densas y punzantes, el carro ardiente y pesado, que quemaba cruelmente las carnes tiernas y delicadas, las cuales no sólo se asaban, sino que rechinaban como cuero quemado. Y, afligiéndose con ayes y desgraciados gritos, lanzaban altos clamores y llantos y alaridos miserables, con mayor furia que Orestes. Todo el escabroso y boscoso lugar resonaba con sus tiernos lamentos y, con las mandíbulas ya apretadas y la voz cansada, enronquecida y consumida, no podían más, doloridas y exánimes. Al cabo de poco tiempo les alcan-

zaron muchos animales salvajes. Y el niño, verdugo cruel, tras haber atormentado a las desgraciadas muchachas larga y cruentamente, bajó del carro, como hombre sanguinario y ejercitado en semejantes carnicerías, con un dardo y una cortante espada y las desató del molesto yugo y las libró del pesado arrastre, pero, despojado de cualquier benevolencia y conmiseración, con severidad rigurosísima e intacta, de repente atravesó por la mitad sus corazones palpitantes.

Y acudieron a la herida muchos perros de caza de pelaje hirsuto, hambrientos, lanzando ladridos feroces y disonantes, más fieros que los que el rey albano entregó como regalo a Alejandro Magno; y a la cálida sangre y nefando festín se presentaron leones salvajes y rugientes y lobos aulladores y, por el aire, águilas rapaces, ham-



brientos milanos y silbantes buitres. El niño, sin ninguna humanidad, cuando las muchachas hubieron proferido el último quejido y voz, las cortó por la mitad y, desgarrando su femenino pecho, les sacó el corazón todavía vivo y se lo arrojó a las fieras aves, y las vísceras humeantes a las águilas, y el resto de los pálidos cuerpos, troceado, fue arrojado a las fieras. Yo veía a los crueles leones saltando para devorar y poner con ávida glotonería sus dentadas mandíbulas en las carnes humanas y desmembrarlas y romperlas y lacerarlas con las garras, y sus rubias melenas se teñían en la sangre purpúrea, por último, hicieron una terrorífica carnicería y despedazamiento en los miembros esparcidos de las dos muchachas de tierna edad, muertas prematuramente. ¡Qué cruel espectáculo, qué horrible sepultura! Ay de mí, figuráos, piadosas ninfas, espantada a la vista de tanto daño y cruel fiera, me encontraba sin ayuda ni consejo, alterada e increíblemente asustada. Estaba escondida y oculta entre zarzas revueltas con ciruelos espinosos, rosas silvestres, escaramujos punzantes y ásperos espinos. Permanecí bajo esta espesura de setos silvestres y cubierta por las sombras del bosque, aterrada por esta visión, que me ponía en mayor espanto que el fantasma de Clitemnestra, armado de serpientes y de ardiente fuego, al matricida Orestes, temiendo que las fieras salvajes, dotadas de fino olfato, me descubrieran en aquella selva escondida y espesa, estando yo sola e inerme y sin esperanzas de ayuda y siendo simple y de sexo y edad débiles, e hicieran conmigo una carnicería semejante. Y decía entre mí, temblando: «Ay de mí, ¿habré sido traída por los vientos como Ifigenia entre los crudelísimos Taurices para ser víctima?



Ay de mí, ¿qué Cáucaso, qué Hircania, qué Libia interior o Agisinua,<sup>461</sup> que nutren tantas bestias malvadas y sanguinarias, podría competir con tan increíble crueldad?» Ay, desgraciada de mí, esta excedía sin comparación todas las fieras atrocidades y rabias, porque aquellos animales crudelísimos despedazaban a la presa yacente y la destrozaban para devorarla.

«¡Oh espectáculo de increíble dureza y crueldad insigne, oh inaudita y osada calamidad, escena horrible de mirar, desgraciada de considerar, horrorosa y espantosa de oír y despreciable y repulsiva al pensamiento! ¡Ay de mí, triste y desgraciada de mí! ¿Cómo he venido a parar así, sin esperanza, a estos peligros mortales? Ay de mí, afligida y desconsolada, ¿qué cosas son estas, malditas y violentas, que veo claramente?» Invadida por esto de

espanto mortal, creyendo que se me aproximaba la hora inevitable y decretada de la muerte, comencé a llorar dolorosamente con lágrimas copiosas y frecuentes y reprimidos suspiros y gemidos silenciosos, esperando que se hiciera conmigo una laceración semejante, cuidando con tensa atención de que el niño iracundo y atroz, con sus armas y su malvada severidad, no viera que estaba oculta en aquel lugar. Luego inclinaba un poco los ojos llorosos, que yo creía que se me deshacían en lágrimas, hacia el brillante y casto pecho mío y, vacilando, con palabras ansiosas interrumpidas por los sollozos y frecuentes gemidos que nacían de mi inflamado pecho y luchaban por desahogarse, decía calladamente, con voz débil y lengua trabada: «¡Oh día infausto y funesto, oh jornada horrorosa y terrible, que tendría que consagrar durante toda mi vida al luto y al más amargo llanto! ¡Ay de mí, doliente e infeliz, en qué desgracia he caído y me veo envuelta, que ya ni soy capaz de explicar en qué estado me encuentro! Pues ¿quién vio a la taimada Fortuna en tan maligno y cruel aspecto? ¿Deben estas carnes mías, femeninas y virginales, oh, santa Diana, señora a la que sirvo, ser despiadadamente inmoladas y consumidas y la flor de mi grata edad perecer en este bosque espinoso y selvático, y acabar mi vida así, entre tanto martirio y crueldad? Siento que mis fuerzas femeninas disminuyen y que mi alma amada huye de su lugar.» Y entonces, casi enloquecida por este sufrimiento, llorando amargamente abundantísimos ríos de lágrimas—humor especial, sin duda fecundo y preparado—que regaban mi cara y mi pecho húmedo, puse las manos, desesperada, en mi rubia cabellera, odiando mi belleza, y, soltándome los

cabellos, lloraba y me afeaba el rostro bellísimo arañándolo con las uñas. Y, atribulándome y afligiéndome sobremanera, aumentaba mi grave dolor el hecho de que no podía lanzar al viento los angustiosos lamentos y gemidos y no era capaz de abrir el claustro de mi dolor, hallándome en una suerte tan aflictiva y perdida y en penas tan atormentadoras, y sentía que mi corazón impaciente no podía contenerse más, sobre todo porque no había forma de ser capaz de comprender este caso turbuléntísimo. Pero, traída sin daño y sin darme cuenta, llorando asustada y temblando, me encontré ilesa sin tardanza en el mismo lugar de donde había sido raptada y trasladada.

Ay de mí, ninfas celestes, pensad cuán alegre y contenta me encontré, tanto que ninguna inteligencia podría explicarlo; y, enajenada mi mente del lamentable caso del desgraciado Polífilo (que me importaba poco), lo tenía borrado de mi atormentada memoria, que sólo estaba ocupada por las muchachas devoradas y muertas impiamente y que habían sufrido tanta crueldad, y por aquella carnicería tan criminal. No encontrando impedimento ya a los sollozos y frecuentes suspiros ni manera de sosegar mi mente angustiada, reprimiendo apenas las lágrimas que pugnaban por correr, regresé a mi deseada y segura morada más muerta que viva, rememorando calladamente en mi encendido corazón la enormidad que había presenciado.

Ya el ardiente Febo comenzaba a mostrar hacia Hesperia la redonda grupa de sus veloces y voladores caballos Píroo y Ethon, cuyas crines se teñían de oro en el azafrañado esplendor, comenzando a pintarse bellamente las estrellas en el cielo sereno y ya todos los animales

deseaban entregarse al dulce y soporífero descanso tras las fatigas diurnas, y yo igualmente, tras haber consumido todo aquel día espantoso en gravísimas penas y gastado en suspiros y llantos, afligiéndome grandemente no saber cuál podía ser la fatal razón de la crueldad insólita, rara e ímpía que me hizo ver a las desventuradas muchachas. Y además de esto, la repentina manera en que había sido apartada del camino que seguía en mi huida y llevada por los aires. Considerando todas estas cosas separadamente entre suspiros y sollozos, ay de mí, afligida —oh ninfas felicísimas, escuchadme—, pensaba si no me estaría fatalmente destinada para el porvenir una vida de angustias y llantos, ambigua y doliente y, temerosa y como atontada por esto, intentaba en vano, por medio de pensamientos diversos y confusos, adivinar la causa de lo que ocurría. Pasé todo aquel día nefasto y desgraciado pensando en ello, consumiéndolo fastidiosamente en callados gemidos, y hubiera preferido haber encontrado en él al pálido Coridón que ser golpeada por tristezas tan inusitadas. Y, envuelta en dolores acerbos y muy oprímida por penas molestísimas, huía de mí toda seguridad y, no atreviéndome a dormir sola a causa de los engaños nocturnos y de la noche oscura y perfumada, llamé conmigo a mi nodriza, a la que yo quería y respetaba como a una madre y en la que tenía y había colocado toda mi confianza y esperanza: porque me había conservado sola y púdica con mi diosa Diana a causa de lo que había pasado.

Cuando llegó la hora en que la blanca Cintia deja sus rocas lamias y los espesos bosques y pone fin a sus placenteras cacerías, cerramos ambas el dormitorio finalmente y nos dirigimos juntas al reposo nocturno. Y aquí,

con el pecho palpitante, que aún saltaba a veces con latidos inquietos, apenas reunidos los espantados y turbados ánimos, colmado de fatigas y esfuerzos, habiéndose calmado un tanto el largo curso de las redondas y go-teantes lágrimas, comencé a dormir, pero mal y con dificultades, despertándome a veces sobresaltada.

E inmerso mi cuerpo cansado y conmovido en el primer sueño, que es el más profundo, dulce y soporífero, dormía en la callada noche. Y he aquí que me pareció, como si me hubiesen puesto debajo de la cabeza una piedra eumetes,<sup>462</sup> que se descorrían con grande y estrepitoso ímpetu los cerrojos y se rompían las cerraduras y se abrían violentamente las puertas de mi alcoba y entraban en ella atrevidamente, con paso vehemente y rápido, dos horribles verdugos con las mejillas hinchadas de cólera, talante grosero, gestos rústicamente atroces y rudos y aspecto salvaje y desagradable, con los ojos espantosos y torvos, más grandes y redondos que los del mortífero basilisco, inquietos y hundidos y cavernosos bajo las hirsutas cejas, que estaban erizadas espesamente de pelos duros y largos sobre los prominentes arcos superciliares. Tenían dos grandes hocicos colgantes con los labios hinchados y gruesos y de color mortecino, y grandes dientes desiguales y podridos como hierro oxidado, sembrados al azar en las encías y sobresaliendo de los labios, que no los cubrían, y las bocas dentonas como los jabalíes y el aliento fétido. Su rostro era torpe y deforme, de color moreno o humoso, surcado de arrugas; los cabellos hirsutos, grasientos y desgreñados, negrísimos y sembrados de canas y que parecían ásperos como la corteza de un olmo viejo. Querían usar cruelmente conmigo, desgra-

ciada niña, sus manos callosas, grandes, ensangrentadas y sucias, de dedos fétidos dotados de feas uñas. Malditos y blasfemos, tenían la frente hundida y erizada de cabellos crespos y la cara hinchada. Sobre los hombros robustos llevaban dos retorcidas cuerdas y bajo su cinturón estaban atravesadas dos hachuelas. Iban vestidos de piel de cabra sobre el cuerpo desnudo, el cual sospechaba yo que era el vestido de los verdugos sanguinarios y de los hombres viciosísimos. Les oí hablar con voz atroz, como bueyes mugiendo en una caverna, con hablar soberbio y arrogante y ánimo insultante y obstinado, diciendo: «Ahora ven, ven orgullosa y malvada. Ven, ven, rebelde y enemiga de las órdenes de los inmortales; ven, ven, tonta muchacha, remolona y negligente con sus deseos. Ay, desgraciada, desgraciada, ahora, ahora sentirás sobre ti, mujer asesina, la cruel y justa venganza divina y una gran carnicería. Así como ayer por la mañana viste lacerar los miembros de otras dos malvadas adolescentes semejantes a ti, dentro de poco verás que se hace lo mismo contigo.» ¡Ay, desgraciada de mí! Aterrada por los reproches que se me hacían en aquel altercado, pensad, ninfas indulgentes, en qué espantado estado de ánimo me encontraba. Pues, viendo que habían entrado en mi habitación aquellos dos sicarios crudelísimos, cuya llegada juzgué más espantosa y desagradable que la del hijo de la ninfa Tiro con el pie desnudo al sacrificante Pelias,<sup>463</sup> sus rudas y terribles palabras me espantaron más que las dichas por el infortunado Polidoro al piadoso Eneas<sup>464</sup> y sentía mayor angustia que Andrómeda en la costa y mayor terror que Aristómenes al verse convertido en tortuga por Pantia y Meroe.<sup>465</sup> Inmediatamente,

extendiendo hacia mí los malvados y nervudos brazos, sacrílegos y profanos, con las manos sanguinarias, sucias y manchadas comenzaron a arrastrarme impiamente por mis rubios cabellos, gruñendo deshonestamente, arrancándomelos sin ninguna piedad, que en ellos era inexistente. Me provocaron más espanto y terror que Sexto Tarquino a la casta Lucrecia cuando, con la espada desenvainada en la mano, la amenazaba de oprobiosa muerte. Por lo cual, increíblemente asustada y casi sin sentido, aquellos hombres crueles y sanguinarios me infundieron al mismo tiempo miedo y estupor y sentía, agotada y exánime, que cada vena fluía hacia el corazón dolorido y afligido, más tímida que un cervatillo y más asustada que la orejuda y temerosa liebre cuando, escondida entre los densos arbustos y los juncos, se oye rodeada por los ladridos de los perros crueles y feroces. Por eso comencé a llorar inmediatamente a lágrima viva y a voces y, con los cabellos arrancados por aquellos, a gritar «ay de mí, ay de mí», y quería resistirme a sus tirones y detenía sus brazos cuanto era capaz y trataba de mitigar con mis fuerzas debilitadas el arrastre violento de aquellos hombres furiosos, más duros que Scirón,<sup>466</sup> hijo de Neptuno, y más ásperos que Fineo y Polidectes de Sérifos.

\*

Ningún ruego o súplica podía hacerles desistir de su propósito, sino que trataban de sacarme de mi ya húmedo lecho. Cuanto más rogaba por Dios y pedía socorro y me resistía con los pies desnudos y ambas manos, más violentos y rabiosamente airados se mostraban ellos en su avance, ofendiendo mi olfato con un hedor nauseabundo que exhalaba la rancia suciedad de sus asquerosas carnes cuando se movían y que me resultaba insopportable, y me aterraban su odioso aspecto y su frente fieramente arrugada.

Por último, durando ya largo tiempo esta aflicción angustiosa de mi lucha con ellos, fuertemente turbada por amargos llantos y exánime, me agitaba y daba vueltas en mi lecho virginal, tanto que mi piadosa nodriza, que dormía profundamente, sintió mis movimientos en el sueño y mis balbuceos incoherentes y se despertó, y cuando estuvo despierta me despertó a mí de la pesadilla. Me abrazó sin tardanza y me zarandeó, diciendo: «Polia, hija mía querida, Polia, queridísima alma mía, Polia, vida mía y sangre de mis venas, ¿qué tienes?» De repente, apartándose de mis ojos el sueño maldito y desgraciado y la pavorosa visión, me desperté sin decir nada, sino sólo murmurando entre suspiros: «Ay de mí, ay de mí», encontrándome completamente agitada y llena de un pesado abatimiento. Y mi pecho conmovido y alterado era sacudido por el corazón vivaz y aterrorizado con más frecuente e inoportuno palpito que el del solícito Vulcano cuando fabrica golpeando los rayos tremendos del tonante Júpiter. Había mojado ya con mis lágrimas las blancas sábanas y la sutilísima camisa, que se pegaba a mi vientre virginal empapada, y me hallaba des-

peinada, con el alma afligida por un doloroso martirio y rodeada e invadida por pensamientos mortales. De ninguna manera podía hacer uso de mis juveniles y exiguas fuerzas, sino que, abandonada por ellas y con los mortificados miembros postrados por una gran debilidad, me encontraba más muerta que viva y casi paralítica, no juzgando agradable la vida, atontada y abandonada por las energías y desesperada. Y luego mi bondadosa nodriza, viéndome en estas angustias, animándome con muchas caricias y dulces ruegos y femeninas persuasiones y socorriéndome, me convenció dulcemente de que me levantara y me consolara, ya que estaba deseosa de saber y entender lo que me había ocurrido y lo que sentía.

Y teniéndome entre sus viejos brazos, se dolía de mi mal y de mi incomprensible accidente. Y llorando amargamente conmigo, atendidas mis angustias, tras largas caricias y algo restablecido mi ánimo, le conté la horrenda visión entre suspiros, temblando más que el supremo Júpiter cuando se presentó ante los gigantes convertido en hirsuto carnero, y le narré los hechos de la víspera y lo que me sucedió cuando volvía del templo violado, pero no lo que yo juzgaba inconveniente e inoportuna muerte de Polífilo, diciéndole solamente que me había mostrado necia, inútil y malévola contra el Amor. Apenas hube contado esto, ella se quedó pensativa y sospechaba la razón, con su gran experiencia de anciana, y me reconfortó tiernamente, tranquilizando un tanto mi espíritu con muchas ternezas y mimos, diciéndome que pondría remedio a todas mis tristezas graves y molestas si yo hacía caso de sus razonables y saludables consejos. Entonces, libre de cualquier otro pensamiento y reflexión, me ofre-

cí a seguir sus consejos fieles y expertos con obediencia completa si ella arrancaba de mi mente aquel peligro tan angustiioso, afflictivo y prodigioso y aquella tristeza y aflicción tan grandes de la vida que me quedaba.

[XXVIII]

POLIA CUENTA DE QUÉ MODO LA SAGAZ NODRIZA LE ACONSEJÓ, POR MEDIO DE VARIOS EJEMPLOS Y PARADIGMAS, QUE EVITARA LA IRA Y LAS AMENAZAS DE LOS DIOS; Y CÓMO UNA MUJER, DESESPERADA POR UN AMOR DESMESURADO, SE MATÓ; Y LE RECOMENDÓ QUE FUERA SIN TARDANZA A LA SACERDOTISA DEL SANTO TEMPLO DE LA SEÑORA VENUS, QUE LE DARÍA UN CONSEJO CONVENIENTE Y EFICAZ.



NO SIN SUMA FATIGA Y GRAN TRABAJO, divinas y nobles ninfas, puede renunciar a un propósito un ánimo dispuesto e inclinado a él, sobre todo cuando está dificultado por la obstinación y acostumbrado a él ya largo tiempo, y más si en él encuentra su placer y recompensa; y se muestra sumamente difícil querer revocarlo cuando se está enajenado por un error. Y no vale maravillarse sí el sentido, depravado alguna vez y torcido y corrompido, tiene a menudo las cosas materiales que de por sí son dulces por ingratas, duras, despreciables y amargas. Y es menos de extrañar, hermosísimas ninfas, que la blancura ofenda, apareciendo negruzca, a

los ojos enfermos, impuros y legañosos. Y si las cosas rutilantes por un blanco revoque y las que brillan de blancura y esplendor, son acusadas de estar llenas de óxido, cubiertas de oscuridad, rociadas de vómito negro y oscurecidas con tinta como la de la sepia, sin duda no se trata de un defecto del objeto, sino de la enfermedad de los sentidos que lo perciben. Así y no de otro modo, se me volvía a mí muy difícil aceptar la llegada del ardiente Amor, después de haber estado habituada y destinada y ligada firmemente a las frialdades de la casta Diana.

Y, no acostumbrada a su dulzura, le había puesto pertinaz obstáculo como a un enemigo cruel y me había repugnado. Si quería introducir honestamente en mi gélido corazón el nuevo amor, necesitaba deshacerme trabajosamente de estas contradicciones que me lo hacían repugnante. Entonces, mi nodriza astuta y sagaz, deseando ardientemente romper la dura mole de hielo que durante largo tiempo se había formado y endurecido en mí, como ella pensaba sabiamente con juicio puro y sincero, doliéndose de no poder ver efectivamente y por sí misma las amenazas divinas, me dijo como mujer experimentada:

Polia, dulce hija mía y mi fortaleza, tenemos averiguado que el que toma consejo no puede morir nunca por sí solo, como suele decirse. Piensa bien si no has ofendido a los dioses desconsideradamente con alguna obstinada simpleza, porque cuando su ira contra los que no han reverenciado su poder y se han rebelado ha sido acerba y dolorosa, no hay duda de que la culpa fue máxima, y tanto mayor cuanto más se retrasa su venganza espantosa e inevitable. Por eso, no hay que maravillarse si alguna vez

se os presentan sus temibles castigos y venganzas a vosotras, jovencitas, por una tonta e imprudente nimiedad y por una opinión supersticiosa y desconsiderada. Ciertamente, conocemos las iras crueles desencadenadas contra Ajax Oileo como rebelde y maledicente contra los dioses severos: un rayo celeste le hizo perecer miserablemente. Del mismo modo perecieron los hambrientos compañeros de Ulises, y aquel que, a causa de los ruegos de la cazadora Diana, llamó a Hipólito a la luz de la vida desde la oscura muerte.<sup>467</sup> Y así muchos, de este modo, han muerto miserablemente a causa de su negligencia y por su escaso temor a la amenazadora venganza divina: las desvergonzadísimas Propétides,<sup>468</sup> que despreciaron a la santa Venus, fueron transformadas desgraciadamente en duras rocas, y la joven tejedora lidia<sup>469</sup> fue metamorfoseada por Minerva en araña; y, a causa de su desobediencia, la hermosa Psique se encontró perniciosamente sumida en tantos trabajos tristes e intolerables. No menos amargo se mostró el inexorable castigo divino, de distintas y terribles maneras, con la dureza malévola de otras muchas nobles muchachas que usaron con sus enamorados devotos una crueldad ruda y feroz. Además, hay que recordar cuán cruel, desalmado, despiadado y violento se muestra en sus castigos el poderoso hijo de la madre divina, tanto que, por experiencia verdadera e indudable, sabemos abiertamente, aunque esté oculto, que no sólo ha herido vigorosamente a los hombres mortales, sino incluso los pechos divinos, sin ningún respeto ni piedad, inflamándolos acerbamente. ¿No sabemos acaso que ni siquiera Júpiter, señor de la tempestad y de la calma, ha podido evitar sus llamas amorosas y ardientes ni salir

ileso de ellas, habiéndole hecho Cupido encarnarse por amor de muchas mortales y conseguir así los deleitosos ayuntamientos? Pensemos ahora en otros dioses y hablemos del furibundo y guerrero Marte que, aun llevando continuamente su coraza impenetrable y sus armas duras y fatales, nunca pudo defenderse ni protegerse de las flechas de Cupido ni alejarle de su pecho robusto ni resistírsele, ni menos evitar sus heridas amorosas ni oponer resistencia a sus punzantes saetas. Pues, hija mía Polia, corazoncito mío, su poder es grande. Y si no ha perdonado ni siquiera a los dioses omnipotentes, ¿qué crees tú que hará con los hombres mortales, y principalmente con aquellos que son adecuados y aptos para su servicio, y mucho más con los que, siendo débiles, frágiles e inermes, se atreven a rebelarse y a sentir repugnancia hacia él? Se muestra mucho más irascible, activo y laborioso contra aquellos que le rehúyen y les ataca con muchas y violentas invasiones y daños espantosos. Y si él mismo no pudo dejar de enamorarse de la bella Psique, ¿cómo va a ser inofensivo con los demás? ¿Acaso no sabemos muy bien que en su aljaba maravillosa guarda dos flechas diferentes, una de fulgurante oro y otra de plomo lívido y nefasto? La primera enciende en los corazones un amor esforzado, violentísimo y vehemente y les inclina a amar; la otra, por el contrario, provoca una soberbia intolerable, un odio rabioso y violento y una desapacible crueldad: y usando las dos, clavó dura y vilmente en el traidor Febo la del amoroso incendio, y a sus amadas las hirió con la flecha de plomo, porque aquel, que todo lo ve, se atrevió, el temerario, a poner de manifiesto los santos amores de la divina Venus y quiso impedirlos. Por ello tuvo que su-

frir largamente repudios y rechazos y malos resultados: y lo mismo ocurre a todos los que se encuentran sometidos a él; y ninguno de sus amores prosperó. Cuanto más ardiente se mostraba, más despectivas, crueles y duras se volvían con él las muchachas afectadas, rehuyéndole: y esto mismo ocurrió a su linaje y progenie. Y sin embargo, muchos de toda condición cayeron en este doble juego y castigo por querer resistirse estúpidamente y desdeñar y tener en poco sus flechas: esto es lo que ha demostrado por medio de crueles imágenes de pesadilla en esta noche funesta.

Oye, pues, hijita mía, y acepta este consejo sabio, sano y útil: no te opongas nunca a lo que no puedas resistir con igualdad de poder, ni huyas de lo que no puede ser de otra manera, y no hagas oídos sordos a los consejos ponderados y maduros. Porque, habiendo sido creada por el supremo artífice hermosísima y perfecta de cuerpo, despierta de ánimo y elocuente de lengua, de belleza rarísima y memorable y con el rostro de facciones hermosas y elegantes, deberías considerar cuidadosamente que casi se puede pregonar que él ha mostrado en ti una belleza celeste, un conjunto incomparable. Y además de las hermosuras nobles e increíbles que puso en ti, adornó tu linda cara con dos ojos amorosos y espléndidos, de tal modo que la corona de Ariadna no aparece tan adornada en el límpido cielo con sus nueve estrellas, tres de ellas más luminosas que las otras, en el hombro izquierdo de Arctofilax y pegadas al talón del pie derecho de Engonasin, en la salida de Cáncer y cuando el León sale y el Escorpión se esconde, y no se ve tan adornada la frente de Tauro por las hermanas Híades. Tal vez la señora Venus, a causa de estas cosas valiosísimas, te

quiere para sus aras santas y te ha llamado a ellas misteriosamente y no ha de perderse tanta belleza y elegancia insigne sin sus amorosos fuegos, como el sauce, que pierde sus frutos. Porque la hermosura de tu rostro indica que es más digno de sus cálidos servicios que de los de la gélida e infructuosa Diana. Tal vez por eso, por disposición divina y por tu destino, los dioses, apiadándose de tu tierna edad, te han querido advertir, por medio de una revelación nocturna y de prodigios monstruosos, qué te podría suceder fácilmente como ocurrió a muchas otras, ya que el que olvida en esta vida el mandato de la naturaleza se hace enemigo de los dioses. Por tanto, ten presente el siguiente breve ejemplo que voy a ponerte.

Hijita mía querida, conocí yo no hace muchos años, en nuestra ciudad, a una muchachita bellísima, generosa como tú y de notable hermosura y origen ilustre y noble, adornada con muchas virtudes, deliciosa y apta para cualquier labor, delicada y vivaz, de educación exquisita y gran elegancia, cultivadora del encanto de su feminidad, que crecía entre riquezas y delicias. Encontrándose en la edad florida que suele ser grata a los dioses soberanos, fue requerida frecuentemente por muchos jóvenes principales; pero especialmente entre ellos por un adolescente de similar elegancia y cuna, de notables prendas y ánimo generoso, que la pretendió muchas veces. Y tras una larga corte e inoportunos ruegos, ella no consintió de ningún modo en ser suya y, perseverando en tan soberbia ligereza, consumió sus años floridos y la parte más hermosa y bella de la juventud—que es breve y corta, Polia—, sin pensar que no hay cosa más amable y conveniente que el amor compartido en edades semejantes,

y permaneciendo sola en aquella insensata distracción del ánimo, sin tener compañía en su frío lecho. Finalmente, habiendo cumplido ya los veintiocho años, Cupido, que no olvida las injurias que se le hacen, tomó iracundo e implacable su arco curvado y doloroso y la hirió en medio del soberbio pecho y atravesó con una flecha de oro, que penetró hasta el fondo, su corazón salvaje y obstinado. Y habiendo atravesado el límite y anidando ardiente en su seno, el fortísimo Amor comenzó a encenderse con ciegos fuegos, y la herida fue tan profunda, peligrosa, atroz y diversa, que no podía cicatrizar ni cerrarse ni sanar. Ella, amorosamente arrebatada por aquellos excitantes ardores y atormentada por la impaciencia bajo el desacostumbrado bocado y freno, y espoleada frecuentemente, comenzó a morir de languidez, deseando ahora que se repitieran las dulces peticiones que le había hecho antes en vano el noble adolescente, que no volvió a aparecer. Y ya Amor, usando lícitamente de las violencias que le son propias, crecía en ella inmodestamente y sobre toda medida y se hacía urgente, y, habiéndose desatado en su herido corazón un incendio como el de un horno, ella, convertida por su mala fortuna en una mujer libidinosa, habría apreciado como muy oportuno para calmar sus deseos ardientes y voluptuosos y la comezón de su concupiscencia no ya sólo al bellissimo y elegante joven, sino a cualquier hombre, sin importarle su condición. Creo yo que si se le hubiese ofrecido, no ya uno de nuestros patricios sino un egipcio o etíope o un hombre de baja estofa, no habría rechazado ella su requerimiento. Por último, la noble dama, excesivamente languideciente de amor y hostigada por lo acerbo de las fuertes

llamas e increíblemente agitada por la comezón de los apetitos y de la lascivia e irritada por una lujuria tan inoportuna, como si fuera oriunda de Dídima, no resistiendo ya semejante tensión, cayó en cama tristísima y enferma. Y del mismo modo que el médico Herasítrato descubrió, al tomarle el pulso, la enfermedad de Antíoco, hijo de Seleuco, que estaba enamorado sobremanera de su madrastra e invadido por ello por un abatimiento mortal, por la misma vía averiguó claramente el médico hábil y experto de aquella mujer que se encontraba en semejante prostración a causa de la impaciencia que le provocaba un amor desmesurado. Consultando sobre aquello al padrastro y la madre, hallaron remedio oportuno en casarla. No pasó mucho tiempo sin que le encontraran a un hombre patricio, de buena familia y rico, pero viejo, cargado de años, de senectud caduca—más de lo que parecía, por ser flaco—, que casi había llegado a la edad crítica. Sus mejillas eran colgantes, sus ojos ulcerosos, sus manos temblonas, su aliento fétido y llevaba la cabeza cubierta, porque parecía el lomo de un perro sarnoso. Su vestido estaba cubierto de babas en el pecho.

\*

Tenía el ánimo obsesionado solamente y dedicado por entero a una avaricia rapaz y a una insaciable codicia. Y habiendo llegado la hora del infeliz matrimonio, como bajo los auspicios funestos del nocturno, infausto, cruel y malvado Ascálafo,<sup>479</sup> y celebrado el contrato matrimonial tan suntuosamente como se suele hacer, llegó la deseada noche que aquella encendida mujer había esperado tan larga y ansiosamente, pensando firmemente que sería el momento de extinguir sus fogosos y venéreos apetitos, sin tener en cuenta qué clase de marido era aquel. Porque estaba cegada hasta tal punto por la lujuria y llena de tan desenfrenado deseo, que solamente perseguía el fruto de la deleitosa unión. Y deseando sobremanera gozar y encendida de lascivia, pegóse al frígido e impotente viejo y se metió entre sus débiles brazos, desmesuradamente inflamada por el deseo incontinente y punzante del coito, ya que Cupido la excitaba y ensanchaba su incendio más que un soplo que aviva un pequeño fuego. Pero, por su mala fortuna, no consiguió otra cosa sino que su linda cara y su boca purpúrea fueran mojadas y cubiertas de esputos por los labios babosos del viejo, como si le hubiera pasado por encima un caracol. Ni con palabras de cariño ni con gestos venéreos y atrevidas caricias pudo calentar, conmover ni excitar a aquel viejo asqueroso, impotente y estéril, ni hacerle entrar en erección. Su aliento parecía aire de pútrida cloaca y de fétido pantano. Sus fauces tenían los lívidos labios abiertos y su voz era disonante y su boca estaba casi desdentada, pues en la mandíbula superior no le quedaban más que los dientes cariados y cavernosos como piedra pómez, y en la inferior otros cuatro, dos a cada lado,

rotos y poco firmes en su sitio. Su barba era dura como los pelos de un asno orejudo o como un zarzal espinoso, larga y canosa; los ojos rojos, húmedos y lacrimosos; la nariz arremangada, con los agujeros llenos de pelos y abiertos y mocosos y siempre resoplante, de modo que toda aquella noche pareció como un odre que se deshinchaba. Tenía el rostro feo, la cabeza blanca de caspa y las mejillas cubiertas de verrugas y salientes cejas sobre los ojos; su garganta era de piel áspera como la de una tortuga, deforme y descoyuntada, y las manos temblonas y sin ningún vigor; el resto del cuerpo, flojo, enfermo e incapaz, y su caminar era lento e inseguro; al moverse sus vestidos exhalaban un fétido olor de orines. Por eso, hija mía, atiende y guarda en tu memoria lo que estás oyendo, aquella mujer lasciva, totalmente frustrada en sus voluptuosas apetencias, no pudo nunca, aunque realizaba todos los esfuerzos de una puta, excitar aquellos miembros abatidos por la pesada y débil vejez. Y ocurrió que no pudiendo recibir de aquel viejo malvado, fastidioso, ocioso, inerte, desidioso y flojo, más celoso que el decurión Bárbaro,<sup>471</sup> otra cosa que golpes, habiéndose convertido su vida en un conjunto de infinitos celos y quejellas y gritos y pereza fría y lánguida y fastidioso tedio, decepcionada en su deseo desenfrenado, reconoció que la mala suerte se había vuelto contra ella, como castigo de su mala obstinación. Se entristecía con un gran dolor, no tanto por el fastidioso y nauseabundo viejo y por su unión infructuosa sino por el tiempo perdido, irrecuperable, gastado inútilmente desde su infancia hasta la hora presente, que, bien lo sabía ella, no podía esperar de ningún modo y a ningún precio volver a tener ni a

conseguir. Y además, su desdicha aumentaba mortalmente cuando pensaba en las otras, casadas, felices y contentas, viniéndole frecuentemente a la mente la idea de aquellas que yacían en los dulcísimos brazos de sus deseados amantes, y de los amorosos y deleitosos placeres de que gozaban y de las satisfacciones de sus apetitos y deseos, como ella pensaba estimulada por la desenfrenada naturaleza y el malvado e impío amor. Finalmente, se reprendía a sí misma y se sentía traspasada por una ardiente envidia, dando vueltas en su mente a la soberbia intolerable y tediosa del odioso viejo y harta de su vida dolorosa y desconsolada, se arañaba y se golpeaba la cara y el pecho con las manos, truncada toda su esperanza, deshecha en lágrimas. Y, derramando sus ojos llantos más amargos que los de Egeria, nada le parecía grato ni apetecible sino la muerte cruel y el rápido fin que se dio Ifis.<sup>472</sup> De aquí nació una locura rabiosa que la convirtió en penoso y crudelísimo verdugo de sí misma. Un negro día tomó, a escondidas como un criminal, sin saberlo el marido, un cortante cuchillo de hierro, y viéndose impotente para cumplir sus deseos y rota toda su fe y convertida en mortal enemiga de sí misma, consintió en su loca idea y puso en práctica el castigo horroroso y terrible. Pues, coronada de funesta yedra y de hojas de ostría,<sup>473</sup> invocando a las Furias infernales y luctuosas, se clavó impíamente el hierro—¡oh crimen inaudito!—en mitad de su triste corazón.

¡Oh mísera y desgraciada de mí, si te ocurriera, como podría suceder, un infortunio semejante a causa de una ofensa parecida! ¡Que los dioses me libren! Me moriría de dolor y de tristeza antes de tiempo, acelerando el fin

de mi vida. Ay de mí, ¿quién sería capaz de comparar la horrible, infaustísima y urgente turbulencia y desgraciada muerte de aquella mujer con mi desgracia en género y amplitud, en peso y aspereza? ¿Qué sombras, qué lemures, qué manes, qué larvas, qué fantasmas nocturnos, qué terroríficos demonios más malvados y horribles podrían atacarme, si estos dolorosos ojos míos contemplaran tu mal y tu daño? Así pues, Polia, hija y esperanza mía dulcísima, préstame mucha atención: la ira inevitable de los dioses suele infligir infaliblemente semejantes castigos tarde o temprano, como le sucedió a Castalia a causa de haber desdeñado a Apolo. Lo mismo le ocurrió a la hermosa Medusa, que con tanta dureza de alma despreció y rechazó a los jóvenes principales que la cortejaban; a causa de su feroz crueldad, sus rubios cabellos fueron convertidos por los dioses soberanos en serpientes horribles y sinuosas,<sup>474</sup> y cuando luego apeteció sus amores, aquellos, aterrados por su cabeza cubierta de serpientes, se dieron a la fuga; y ella, agitada rabiosamente por el deseo, los buscaba y no podía volver a tenerlos. Y así, teniendo poca consideración con las celestes disposiciones y ordenadas causas que hacen que los jóvenes se enamoren a su debido tiempo, las tontas muchachas que se encuentran en esta edad apreciadísima en la que estás tú, sin darle importancia, oponen resistencia a tales misterios, injuriando a los cielos y a la bondadosa naturaleza, por lo que no es maravilla que a veces perezcan de esta manera miserable. Ay, bellísima Polia, hija mía queridísima, el tiempo de nuestra vida ha de sernos más estimado y apreciado que los enormes tesoros de Darío y la riqueza de Creso y la felicidad de Polícrates y sobre toda

otra cosa del mundo. Pues esta vida nuestra es tan breve, que corre más rápidamente y emprende la fuga más veloz que los rápidos caballos de Febo y se rompe antes que una delicadísima pompa de jabón. Por eso debemos entregar alegremente nuestros dulces años al hermoso Amor, cuando llega oportuno y maduro, porque luego en la incómoda vejez queremos fingir la juventud y por ello arrancamos de nuestras cabezas canosas los cabellos blancos o los teñimos de negro con espuma de plata y cal viva o corteza de nuez, y queremos fingir y conservar largamente con artificios aquello que la naturaleza ya nos niega, dar lustre a la piel y extender afeites sobre ella y conservar la fofa carne turgente y fresca. Y tenemos en el corazón una pena continua y sin tregua y suspiramos y lloramos por el pasado tiempo delicioso, amoroso y placentero y por el desprecio que se hace a nuestra edad y por las raras miradas de los jóvenes que nos rehúyen y que tanto deseamos, porque la edad requiere paridad y semejanza. Recordando los amores desaparecidos y sus amables dulzuras y deseando ávidamente vivir más que en el tiempo de la florida juventud, en la que no se tenía conciencia del final, al aproximarse la privación nos urge el apetito de vivir tantos años como Néstor y Príamo y la Sibila, si ello fuera posible. Así pues, Polia, tesorito mío querido, ya que consideras agradable tu vida presente y tu florida edad, guárdate de que se vuelva Cupido contra ti por esa razón, no sea que con tales visiones y apariciones presagie sus iras, ya encendidas y concebidas contra ti. ¿Acaso crees que vas a agradar y a propiciarte a los dioses supremos con una opinión supersticiosa y vana? Cuida cautamente de que no te ocurra como a la repu-

diada Hebe, quien, cuando servía al sumo Júpiter y a los otros dioses, se descuidó y se cayó y, levantándosele las leves vestiduras, puso al descubierto las partes obscenas y pudendas: no estaba en su ánimo ofender, pero Júpiter se enfadó, le arrebató su oficio de copera y se lo dio a Ganimedes. Deshazte, pues, de tus fríos propósitos, si alguno queda en ti, y marcha al santuario de la santísima Venus, donde ordinariamente se juzgan estas cuestiones, y busca a la sacerdotisa que es principal conductora de los divinos sacrificios y juez, y cuéntale lo que sepas de la razón de tales amenazas y confíésale abiertamente tu obstinación y releva aquello que tal vez el ocultarlo sería peor para ti que manifestarlo. Ella te dará bondadosamente y sin tardanza oportuno consejo y te brindará su necesaria ayuda y las saludables enseñanzas con las que podrás huir y escapar de la duda y de los afanes de tantas preocupaciones y de las iras divinas e irrefrenables, si algunas te estuvieran preparadas por tu desconsiderada rebelión y malvado desprecio.

\* \*

\*

POLIA, TEMEROSA DE LA IRA DIVINA A CAUSA DE LOS EJEMPLOS DE LA PRUDENTE NODRIZA, COMENZÓ A ENAMORARSE CON BUENA DISPOSICIÓN Y FUE AL TEMPLO DONDE YACÍA MUERTO POLÍFILO Y, LLORANDO Y DERRAMANDO LÁGRIMAS Y ABRAZÁNDOLE, LE HIZO RESUCITAR. Y CUENTA CÓMO LAS NINFAS DE DIANA LOS PUSIERON EN FUGA Y LAS VISIONES QUE VIO POLIA EN SU CÁMARA. Y QUE LUEGO, YENDO AL SANTUARIO DE VENUS, ENCONTRÓ AL ENAMORADO POLÍFILO.



PENSANDO MI EXPERTA Y ASTUTA nodriza que me había aconsejado suficientemente con suma prudencia y habilidad sobre el presagio nocturno, puso fin a sus cordiales amonestaciones y discretos consejos y a su discurso. Cuando ya el cielo había disipado la niebla oscura y hecho huir las tinieblas de la negra noche, y el áureo sol naciente había pintado el aire del nuevo día y secado algo el rocío matutino de los herbosos prados, yo, pensando en todo aquello oportunamente y con el ánimo entristecido por los pavorosos y graves recuerdos, comencé a suspirar íntimamente. Y habiendo salido ella de la alcoba, quedé sola, reflexionando escrupulosamente sobre sus útiles palabras, sus cálidas y ponderadas advertencias y los claros y terribles ejemplos que habían tocado hábilmente aquella parte que me condenaba y me hacía digna de las iras celestes, ya que yo era contumaz y rebelde al amor. Aterrorizada,

deseando con todas mis fuerzas escapar de ellas y ser libre y evadirme al mismo tiempo de mis escrúpulos, me acordé, ignorando cualquier inquietud celeste, del enamorado Polífilo, del que sabía que, a causa de mi impía ferocidad, había sido despojado amargamente de su agradable vida en el templo sagrado. Pues el astuto Amor, encontrando en este primer impulso una puerta de entrada, comenzó a penetrar paulatinamente junto con los encendidos suspiros en el lugar prohibido, y anidó quietamente con sus primeros y dulces fuegos en mi duro y entumecido corazón. Ya sentía yo una agradable llamita que corría y se ensanchaba por mi corazón hasta el fondo de mi pecho inexperto y que comenzaba a nutrirse de este consentimiento un suave deseo mío de entrar, vigorosa e intrépida, bajo las leyes amorosas del placentero Cupido y de no querer obstaculizar más sus flechas amorosas ni serle extraña y, estando dispuesta a su servicio, pensaba dudosa varias ideas y disposiciones de la variable suerte y múltiples soluciones que se me presentaban, ocupada sólo mi industriosa y tenaz memoria por este dulce amor: por eso bullía en mi mente el recuerdo de las pavorosas venganzas de Juno, que me aterraban grandemente; meditaba luego sobre la doliente Filis, que, por el ciego amor del tardo Demofonte, vio sus delicadas carnes cubrirse de duras cortezas y transformarse en leños;<sup>475</sup> imaginé en mi mente a la incontinente y ardorosa Dido, que, cegada y enloquecida, se mató con el funesto regalo del hijo de Anquises; y a la mentirosa Estenobea, que pereció por el noble adolescente Belerofonte.<sup>476</sup> Luego vino a mi memoria Escila, hija de Niso, rey de Megara, que, impulsada por un in-

moderado amor hacia el rey de Creta, cortó con ánimo fiero el cabello de oro de la cabeza del padre<sup>477</sup> y no consiguió otro resultado, la muy desgraciada, que el de morir de mala manera. Del mismo modo, no vi sino la oscura muerte coronando el ardiente afecto de aquellos dos nobles egipcios.<sup>478</sup> Y a Eco, a causa del infructuoso hijo de Cefiso, ¿qué le ocurrió?<sup>479</sup> Ay, triste y desgraciada de mí, recordaba el indebido amor de Biblis<sup>480</sup> y de la llorosa Dríope<sup>481</sup> y el deseo ilegítimo que tuvo Mirra de Cíniras.<sup>482</sup> Y Níctimene, hija de Nícteo, ardiendo en un criminal deseo de unirse con su padre, se vio luego convertida en avecilla nocturna, enemiga y fugitiva de la preciosa luz del día.<sup>483</sup> También la fogosa Menta, a causa del marido de Proserpina, fue mudada por esta en hierba aromática;<sup>484</sup> y la desgraciada virgen Esmílace se volvió yedra por su amado Croco.<sup>485</sup> Y vi las lágrimas de la desgraciada Canens<sup>486</sup> dispersas por las amenas orillas del Tíber. Pensé a menudo en aquel que fue muerto por Polifemo con la enorme piedra, y, por último, qué incendio y cruel estrago provocó la fuga de Helena. ¡Oh desgraciada y pobre de mí! ¿Es posible que yo, no acostumbrada a tales ejercicios, debiera entrar tan inerme y débil, ignorante e inexperta, a luchar en tal combate? ¿Acaso—me decía—no están consagradas religiosamente a Diana estas carnes mías puras e intactas? Pues, Polia, deja y desecha este primer rudimento de amor y estos nuevos sufrimientos y esta espantosa empresa y piensa a quién estás consagrada y a qué servicio te encuentras obligada. Y entonces, casi enloquecida, vacilante, temerosa, pensando en los perros de Acteón, que destrozaron tan rabiosamente a su dueño, y en el desgraciado caso de

Calisto,<sup>487</sup> comencé a temblar aún mucho más, como el suspendido tejido de la atrevida Aracne que se rompe al ser agitado por los vientos impetuosos y como los juncos puntiagudos que silban cuando son movidos por las fuertes brisas. Pensando entre mí todas estas cosas y apenas hube concebido este rechazo imaginario, sentí que dentro de mi corazón tembloroso y duro se encendía una llama tibia e inesperada, que crecía paulatinamente y se difundía por todo mi ser con dulce pálpito y divino impulso y que, alterándome y fecundándome, esparció en mí una angustia mortífera, del mismo modo que se difundió el veneno de la hidra por el cuerpo robustísimo de Hércules con la sangre del centauro Neso. Y entonces, súbitamente, el solícito y diligente Cupido me asestó un nuevo golpe y apartó hábilmente mi mente vacilante y díscola de aquellos pensamientos bullentes y vacuos y de frívola opinión y vanas frustraciones y, alcanzada yo por él completamente, con todo mi ánimo inclinado a amorosos sentimientos, volví a pensar en el angustiado Polífilo, deseando que regresara a la vida y doliéndome sobremanera su muerte. Tras muchos pensamientos diversos, oblicuos, ambiguos y molestos y terrores de dos cabezas,<sup>488</sup> decidí vivamente ir a verle y contemplar muerto a aquel a quien, con impía malignidad, no había querido ver vivo. Ay de mí, ya esta solitud me angustiaba no poco el alma, considerando honestamente que había juzgado enemigo mortal a quien me amaba tiernamente, y quería de todas maneras entender lo que le había ocurrido. Pero, desgraciada de mí, temiendo que me ocurriera lo que a la crudelísima y, como yo, despiada Anaxarete cuando fue a ver al infortunado

Ifis, casi me volvía atrás en mi propósito; pero, vencida por los ciegos y nuevos impulsos y arrastrada por un amor obstinado, no tuve fuerzas para sumar otro espanto, por mucho miedo que experimentara. Por el contrario, el incremento de mi amor inspiraba menosprecio de todo peligro a mi desmesurado deseo, ardiente y perseverante: tan profundamente estaba herida. Y así, sola, acelerando el paso, llegué inmediatamente a la sagrada basílica.

Después de haber entrado en ella con gran ansiedad, sin presentarme devotamente ante los santos altares como era mi costumbre, sin decir ni hacer nada, me encaminé al lugar donde había arrastrado a Polífilo como impía sepulturera. Y aquí lo encontré con el rostro bañado en lágrimas, con las mejillas hundidas, yaciendo verdaderamente como un muerto, más frío y helado que un duro mármol; y de este modo había estado la noche pasada, exangüe, pálido y demacrado: y yo palidecí también de temor y lástima.

En tal situación, célebres ninfas, amargamente afligida, triste y doliente, mis ojos se llenaron de abundantes lágrimas de compasión y les di amplio curso, alternando mis callados lamentos con suspiros agitados, deseosa de compartir su suerte. Y del mismo modo que la desconsolada Laodamia se tendió sobre el muerto Protesilao para morir, me arrojé yo sobre su cuerpo helado y, abrazándole estrechísimamente, dije:

«Oh, crudelísima, terrible y prematura muerte, devoradora de todo bien e inevitable fin de toda tristeza, no tardes en unirme con este, que por causa mía, ya que soy la más cruel de todas las mujeres del mundo y malvada y de una desvergüenza inoportuna, ha salido de esta luz deseable, siendo inocente y no teniendo culpa. Este,

que me amaba excesivamente, me consideraba su único, singular y destinado bien. Ay de mí, inicua y feroz, cruel sobremanera, maligna y asesina y más malvada que Fedra contra el inocente Hipólito, ¿quién se negaría ahora a darme la muerte y a sacarme de esta vida turbulenta y odiosa? ¡Oh, maldita sea la primera luz que se presentó agradable ante mis ojos! Malditos soplos vitales, ¿por qué duráis tanto? Oh espíritu odioso, ahora retenido, ¿por qué no encuentras salida y apertura, ya que no quiero permanecer ni subsistir en esta vida triste y molesta? Malditos ojos que no queríais ver vivo a este, ¿me lo hacéis mirar ahora muerto? Oh tremendos rayos del alto Júpiter, por los que el cielo y la tierra se estremecen, ¿dónde estáis, apagados, que no me abrasáis y me convertís justamente en polvo y ceniza? ¡Maldito sea el día



en que me fue quitado de la boca el seno nutricio! ¡Qué hora nefasta la de mi salida del útero! Oh Lucina, invocada entonces como favorecedora del parto, ¿por qué no hiciste abortar a mi madre? Ay de mí, doloroso caso, oh cruel fortuna mía, ¿qué puedo hacer sino morir yo también? Pues, ¿quién de nosotros es ahora más desgraciado e infeliz, mi enamorado Polífilo muerto o yo, que he quedado en tan inconsolable vida? Venid, pues, todas las Furias como ante Orestes y usad con mi alma la suprema crueldad, porque por mi causa maligna y perversa y sólo por mí, perra y pérfida bárbara, indigna e inmerecedora de él, el desgraciado Polífilo ha muerto por mi amor y por culpa de tanta maldad.»

Mis ojos hicieron un lago de llanto, ya que de ellos manaban frecuentes lágrimas, que caían fluyendo gota a gota, del mismo modo que hizo la fidelísima y valiente Argia al llorar sobre el cadáver de su amado Polinice. Y con la mano puesta sobre su frío pecho, sentí rebullir en él un latido ligero y sordo y, abrazándole cada vez más estrechamente, hice que se calentaran los espíritus que habían huido de él. Al sentir su corazón, que todavía estaba vivo, la carne tan deseada puesta en contacto con él, ya que su alma se nutría de ella, despertóse suspirando y abrió los cerrados párpados. Yo, anhelando avidísima su recuperación, que no esperaba, estreché sus debilitados brazos, que las fuerzas habían abandonado, y le abracé y zarandé y besé muchas veces tiernamente, sollozando y dejando caer sobre él lágrimas dulcísimas y amorosas, y le mostraba abiertamente mis blancos pechos, redondos como frutos, que eran suyos, con rostro humanísimo y ojos invitadores. Él volvió en sí enseguida en mis castos y delicados

brazos, como si no hubiese padecido lesión alguna, y recuperó un poco su decaído vigor. Cuando fue ya capaz de hablar, me dijo blandamente con voz trémula y entre suspiros: «Polia, dulce señora mía, ¿por qué me has hecho esto?» De repente, ay de mí, célebres ninfas, sentí que mi corazón se partía por la mitad de amorosa dulzura y alegría tierna y excesiva, porque notaba que mi sangre exhausta abandonaba mis venas a causa de aquella alegría inusitada, tras haber estado retenida durante largo tiempo por el dolor y el temor; y, muy absorta y atónita, no sabía qué decir, de modo que con audacia desenvuelta ofrecí cariñosa a aquellos labios, pálidos todavía, un beso lascivo y dulce como el mosto, y nos unimos ambos en amorosos abrazos como se unen las serpientes en el caduceo de Hermes y en el báculo del médico divino.<sup>499</sup>



Apenas aquel hubo recuperado completamente sus fuerzas naturales en mi regazo y en mis brazos y tuvo un tanto empurpuradas ya sus mejillas, vino hacia nosotros la sacerdotisa suprema del sagrado templo con un numeroso grupo de sacerdotisas y muchachas de la servidumbre sagrada, que tal vez habían oído mis angustiosos lamentos y sollozos y mis altos y fuertes suspiros, que resonaban en el templo. Y cuando advirtió, al llegar, nuestras ilícitas operaciones, prohibidas en aquel lugar santo y puro, gravemente irritada, se encolerizó junto con sus otras servidoras, que nos separaron golpeándonos unas con varas y otras con ramas de encina, perturbando nuestro dulce abrazo.

Temí que, a causa de este sacrilegio, me sucediera lo que a la terrible Medusa, que recibió el airado furor de



Minerva cuando se acostó en su puro templo con Neptuno, y lo que sucedió igualmente a Hipómenes y a la ávida y veloz Atalanta, que a causa de su ilícita unión fueron convertidos en leones, y también la furia de Juno hacia las Prétides.<sup>490</sup> Huimos de sus manos con gran trabajo y, arrojándome fuera del templo sagrado y de su casta compañía, me declararon rebelde y prevaricadora y me expulsaron con grandes reproches. Una de ellas, llamada Algerea,<sup>491</sup> que antes había sido mi compañera en las cosas sagradas del templo, me cogió por los sueltos cabellos y las deshechas trenzas, lanzándome graves insultos y torpes injurias. Pero entonces yo emprendí la huida, queriendo salir del templo, con todas mis débiles fuerzas, dejando en sus manos los sutilísimos velos y recibiendo sobre mis delicados hombros muchos golpes. Los dos fuimos arrojados y expulsados juntos del santuario de Diana, alegremente, sin dar importancia a semejante exilio ni a las penas pasadas ni a los oprobios ni a los insultos ni a nada de lo que nos pudiera ocurrir a causa de la amargura de la sacerdotisa sagrada—ya que nuestro amor encendido nos fortalecía—y finalmente llegamos cerca de la ciudad. Allí, tras haber departido larga y tiernamente sobre nuestras desgracias, me despedí de mala gana de Polífilo, con muchos dulces besos, estrechos abrazos y recíprocas promesas de fidelidad y con gran alegría. Polífilo, extremadamente contento, siguió su camino.

Y yo me dirigí a mi querida morada y regresé a mi deseado palacio, con paso moderado, ardientemente agitada por el amor y con el ánimo ocupado en numerosos proyectos amorosos, sin preocuparme de nada, transfor-

mada y muy alegre y contenta. Al entrar en mi alcoba conocida y familiar, no volví a ver la imagen de Diana, que comenzó a borrarse de mi imaginación, en la que se había introducido la benévola efigie de mi dulcísimo Polífilo. Pensaba sólo en él y le sentía dominando eficazmente en cada rincón de mi corazón, en el que estaba fijado: de allí procedió este efecto.

Estando sola y encontrándose mi mente en amoroso cautiverio, no podía pensar nada más que en mi Polífilo deseadísimos. Por ello, entregada a mis tareas sedentarias y acostumbradas, me puse a confeccionar, inspirada por Cupido, un corazoncito de seda carmesí con bordados en los que figuraba lo que el amor pintaba con arte en mi propio corazón. Adorné sus bordes con brillantes perlas y dibujé con ellas en su centro su nombre enlazado con el mío, es decir, dos pequeñas letras griegas unidas, obra tanto más perfecta por cuanto que el mismo amor presente me dirigía. Y también hice un cordón retorcido de seda verde, hilos de oro y algunos de mis largos cabellos arrancados, en señal de amor perfecto y ferviente, para que lo llevara colgado del cuello, y después se lo envié.

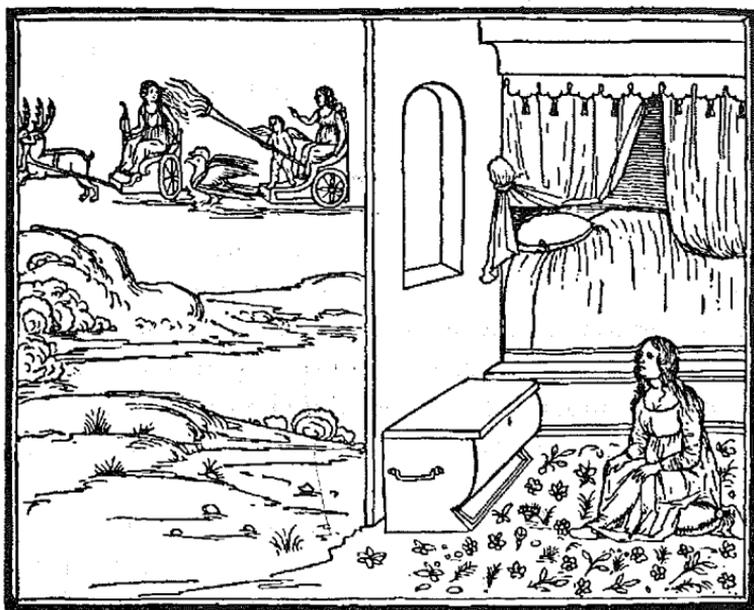
Por eso, creciendo Amor en mi pecho casto e inexperto con firmeza duradera y con una llama cada vez más fuerte, que aumentaba por momentos, sólo conservaba la mente ocupada en mis nuevas heridas y ligada indisolublemente al grato Polífilo, que reinaba en ella como señor elegido por encima de cualquier otro y como dueño único de mi corazón enamorado, atado estrechísimamente por un lazo perpetuo y eterno. Me entregaba por entero a dulces pensamientos y no pensaba sino en recuperar las delicias pasadas y abandonarme a mi amor re-

ciente. A causa de este amor, yo deseché todo rigor y toda austeridad y, convertido en un horno mi corazón helado que Amor encendía, transformé mis costumbres salvajes y feroces en mansa disposición, tornándome de tímida en magnánima, de fría en fervorosa, de vergonzosa en amante despreocupada, habiendo cambiado mis odiosos desdenes en amor inseparable y afecto duradero. Mi mente, inestable y móvil, se había vuelto inmutable y me encontraba sumamente deseosa de aquello que no había experimentado todavía, y me sentía completamente disuelta en los placenteros deleites de un amor extremado y que el activísimo Cupido amontonaba en mí por momentos un vendado y ciego deseo de placer y que tenía dentro de mí una masa de flechas que habían penetrado con máximo placer en mi alma, procedentes de mi amadísimo Polífilo, en el que no podía dejar de pensar, porque en él y en aquella herida encontraba un placer increíble. Subyugada ya por tales imaginaciones y ávida de ponerme bajo las leyes extremas del amor, me entregaba con mente vigilante y ávida a realizar con el ausente lo que no podía ni sabía realizar en su presencia.

Descansando sola en mi alcoba, rodeada por estos fuegos desacostumbrados, he aquí que, repentina e inesperadamente, ví salir por las ventanas abiertas con gran vehemencia e ímpetuoso estrépito y espanto un carro de hielo cristalino, arrastrado por dos ciervos blancos y cornudos, atados con cadenas de lívido plomo. Iba sentada en él una diosa irritada,<sup>492</sup> coronada con una guirnalda de sauzgatillo, con un arco sin cuerda y la aljaba vacía, mostrándome con su aspecto terrorífico, ardiendo de furia, que quería usar conmigo una venganza cruel. Huía

perseguido por otro que era todo de fuego ardiente, tirado por dos cisnes blancos atados con cuerdas de oro, sobre el que se sentaba en triunfo una matrona poderosa y divina con la frente estrellada y coronada de rosas.<sup>493</sup> Tenía consigo a un niño alado con los ojos desvelados, que llevaba una antorcha encendida<sup>494</sup> con la que ponía en fuga a la diosa fría y helada que me amenazaba con su odio; y tras haber perseguido por los aires durante un corto espacio de tiempo al carro de hielo, que se derretía por su calor, ambos se alejaron y desaparecieron.

Después de haber contemplado esto con amoroso atrevimiento, encontré todo mi seno y el pavimento de mi alcoba cubiertos de olorosas rosas esparcidas y de ramas de mirto verdeante y florido, por lo que perdí todo temor y tomé una legítima seguridad, por el solo hecho



de que aquel niño parecía patrocinar mi causa y defenderme contra la venganza que me amenazaba y que combatía victoriosamente por mí como mi señor absoluto. Por eso, tras haber llegado a este punto del amor e impulsada por un estimulante deseo, me propuse con ánimo resuelto y firme proseguir por esta vía y entregarme a esta empresa deleitosa, a esta dulce expedición y voluptuoso oficio.

Pero, ante todo, postergando cualquier otra razón inoportuna, y muy dispuesta y excitada—estimulada por Cupido—, decidí seguir el sincero consejo de mi fiel nodriza de todos modos y llevarlo a la práctica e ir sin falta a los altares venerables de la madre divina, porque en este momento me parecía conveniente descubrir y pro-palar el oculto incendio que me devoraba tan ardientemente y que laceraba todo mi corazón como un cardo erizado de punzantes y mordientes espinas, y que debía dar alimento, sin tardanza, a las llamas impacientes y recuperar el tiempo inútilmente perdido y gastado sin provecho. Era ya venida la hora tan deseada en que yo debía enajenar eternamente mi alma bajo la voluntad de otro (del mismo modo que el cojinete puesto bajo un fardo aligera el peso). Y cuando entré con gran ansiedad por la santísima puerta con ánimo firme vi orando al solícito Polífilo, que esperaba restablecerse por mi causa. Y tras haber clavado mis ojos escrutadores en el objeto conocido, no me presenté ante Polífilo, sino, advertida por mi nodriza, humildemente ante la sacerdotisa sagrada, por medio de la cual esperaba con gran confianza aplacar las iras celestes y entregar mi alma al amor que antes había despreciado.

Después de haberle contado íntegramente los accidentes que me habían producido un horror tan perturbador y las apariciones nocturnas y diurnas que había visto, le dije las crueldades que había cometido, y que había sido más dura y feroz que una tigresa y más sorda a los lamentos de sus graves dolores y amorosas penas que un áspid ciego inmovilizado por un encantamiento, y más desagradable que Dictina hacia Minos, teniendo en poco sus súplicas y desgraciados lamentos, mostrando un odio hostil y rabioso hacia mi Polífilo, y que había estado exenta de misericordia, desprovista de piedad, inhumana y sin compasión. Ella, casi aterrada por mis rebeldías, me reprendió severamente. Yo, arrepentida, disgustada de mí misma, sentía que era vano pensar en las desgracias pasadas; pero, con el corazón desmesuradamente agitado e invadida por el ardor que me inundaba, comencé de nuevo, pero ahora mucho más, a languidecer por amor de mi Polífilo. Este, en cuanto se dio cuenta de mi entrada, volviendo los ojos avidísimos hacia mí, me lanzó una mirada mordiente como una veloz saeta lanzada por un arco, que se clavó en mi corazón preparado y libremente dispuesto, y yo sentí que la dulzura del amor crepitaba y hervía por todo mi ser.

Así pues, ninfas placidísimas, me incliné en presencia tan digna de respeto, implorando perdón por el pasado y fortaleza para la lucha presente, ofreciéndome con fe firme, como sincera y valiente seguidora del culto de la madre venerable. Y prometí no rebelarme ni desobedecer cualquier mandato de su poderoso hijo ni rehusar a cualquier deseo concupiscente de mi enamorado señor Polífilo, sino mostrarme buena, piadosa y obe-

diente con él y siempre dispuesta y entregada a la suma observancia de los votos amorosos, y vivir con él en mayor paz y sincera concordia de como vivieron juntos los Geriones. Apenas hechas las promesas irrevocables, la sagrada sacerdotisa llamó a Polífilo a su presencia.

[xxx]

POLIA SE ACUSÓ ANTE LA SACERDOTISA DEL TEMPLO DE SU PASADA IMPIEDAD Y DECLARÓ, MOSTRANDO A POLÍFILO PRESENTE, QUE AHORA ESTABA COMPLETAMENTE LLENA DE UN AMOR ARDIENTE. LA RELIGIOSA MATRONA LLAMÓ ANTE ELLA A ESTE, EL CUAL SUPLICÓ QUE LES CONFIRMARA A AMBOS EN SU MEDITADA RESOLUCIÓN. POLIA, A CAUSA DEL AMOR IMPACIENTE QUE CRECÍA EN ELLA SIN CESAR, INTERRUMPIÓ LA RESPUESTA.



POLÍFILO, APARECIENDO RÁPIDAMENTE y sin demora ante la venerable sacerdotisa, se presentó e hizo una devota inclinación y, cuando estuvo a mi lado, yo comencé a lanzar unos suspiros afectuosos y resonantes, que reverberaban por la cúpula del templo y que Eco volvió a enviar a nuestras orejas atentas. Tenía yo los ojos fijos sólo en él, despojada ahora de toda fría dureza. Por el contrario, aplacada y clemente, le abrí completamente mi corazón ardoroso, del que hice para él morada y albergue delicioso, sumamente encendida por sus

ojos alegres, festivos y atentos a mí: le dejaba ver cortésmente mi deseo de que fuera su digno y legítimo señor y que iba a disponer a su arbitrio de toda mi vida y de mí misma. Me parecía entonces tanto más agradable cuanto más le había odiado antes y cuanto más me había desagradado, y se había vuelto el más grato, eficaz y oportuno remedio que requería mi ardiente amor, más saludable de lo que aparecen a los navegantes, cuando el mar está tempestuoso y el cielo lluvioso, las brillantes estrellas Géminis, es decir Cástor y su hermano, situadas a la derecha del Auriga y sobre Orión, y más aún que los puertos deseados y seguros.

Por eso, herida de amor en grado sumo, le contemplaba inmóvil con miradas de agrado y esto constituía un cúmulo de fuego que invadía mi pecho. A mi ánimo, libre de toda otra preocupación, sólo él le agradaba, sólo lo deseaba a él, y sólo él se ofrecía como solaz y objeto deleitoso a mis miradas insaciables y deseosas. Estaba yo tan impaciente por su carencia y tan ávida y arrastrada por un apetito inmoderado y tan cautivada y poseída por estos placeres amorosos, que le contemplaba casi fuera de mí e inmóvil, como en éxtasis. Y en cuanto a mis ojos desenfrenados, como yo sentía y experimentaba lo que era el nuevo amor, compadecida, les perdonaba con razón su escrutadora impertinencia. Pero Polífilo, que sostenía más allá de sus propias fuerzas la obstinación del ciego Cupido, no tenía otra idea que la de alcanzar el objeto de sus anhelos, aplicándose con gran afán a obtener por medio de la venerable sacerdotisa, ante la cual se había presentado, que ambos fuésemos unidos fuertemente con un solo vínculo. Y confortado por mi vista, le dijo alegremente con palabras acariciadoras:



«Ilustre y sagrada matrona, si ante tu santo auditorio y tribunal merecen ser oídos los servidores suplicantes y devotos y entregadísimos al culto de la divina Pafia,<sup>495</sup> piadosísima señora, sean ahora escuchadas por ti mis plegarias y piadosas oraciones, que elevo ante ti en la confianza de conseguir tu favor, insigne sacerdotisa de este templo, a quien juzgo mi último refugio en esta empresa amorosa y a quien miro como un eficazísimo amuleto contra mis aflicciones acerbadas y verdadera y eximia remediadora de ellas, porque estás en este lugar, unida a los altares de los sacrificios de la santísima Citerea para servirle sinceramente y con tanta pureza, para ayudar mediante su gracia a los ánimos ineptos y discordes y unir en una misma voluntad y consenso a los amantes. Por lo tanto, he venido con confianza ante tu presencia

majestuosa, porque sólo tú eres capaz de ser patrona de los amantes desgraciados que, como yo, languidecen a causa de la desigualdad de las crueles heridas que produce su injusto hijo. Eleva, pues, tus gratas preces a aquella madre y señora para que ordene a su hijo, el de los ojos vendados, que vuelva a tomar sus armas amorosas y que arroje indignado su dardo punzante y penetrante, el mismo que sin ninguna piedad clavó en mí, hacia este corazón de piedra. De este modo equitativo, darás tú satisfacción a mis tristezas y todos mis importunos y urgentes suspiros y mis languideces serán remediados. Pues, aunque son pesados y molestos, sería capaz de soportarlos pacientemente y de buena gana si Polia sintiera igualmente lo que es amar intensamente y lo dulce y deleitoso que resulta el que dos corazones se reúnan en uno solo. Por eso, clementísima sacerdotisa, me sentiría muy feliz si tú pudieras igualar esta desagradable semejanza. De modo que, sublime señora, no te extrañes de que tenga una audacia tan grande y de que te hable así de semejante asunto.

»Porque debes saber que me invade un amor mayor de lo conveniente y me golpea como un ariete y me exaspera y obliga a esto, haciéndome postergar cualquier otra cosa, y no espero escapar de mis tormentos ni conseguir que se aplaquen y acaben más que cuando (por tu piadosa mediación) haya mitigado y suavizado el corazón desapacible y la crueldad de esta, cuyo dulce y divino aspecto es engañoso, pero que, con su elegante belleza y por medio de sus ojos llenos de encantos, vierte en medio de mi corazón desbordante una esperanza no mediocre de mitigar mis increíbles dolores y de aplacar algo

mis fuegos violentos y ardientes, lo cual conseguiré si puedo hacerme con su voluntad y su mente, que están separadas de la mía, ay de mí, más que la Osa del Olimpo. Porque la amo tan desmesuradamente que nunca soy del todo mío, sino siempre completamente suyo; por eso, es justo que, así como yo soy todo suyo y su humilde siervo, sea ella mi señora venerada y mi total posesora. Así pues, excelente sacrificadora, ya que es a ti sobre todo y solamente a quien corresponde el poder de unir bajo este yugo de amor y adoctrinar con suma pericia y disciplinar a los que son adictos con corazón sincero y puro a este sagrado culto de sus santas y misteriosas llamas, te digo que creo, si no me equivoco, que ahora esta noble y bella luz preclara de singular virtud y celeste esplendor de belleza, habiendo venido aquí conmigo, consiente en ser re-



cibida en tales servicios y ser contada entre quienes los cumplen.»

Ya el elocuente e inflamado Polífilo había puesto fin a su discurso dulce y gratísimo, con amenísimas y graciosas palabras, y su boca suavísima acariciaba mi ánimo. Yo ya no sentía en mí mi alma, que había sido cautivada y aprisionada por su lengua meliflua y, emigrando entre los rosados labios, gozaba deliciosamente. Su semblante satisfacía plenamente mis ojos avidísimos y me era más grato que el hijo del rey de Efira a la culpable Estenobea,<sup>496</sup> por lo que me sentía ligada a él y dispuesta a consentir en sus justas peticiones. Por esta suma dulzura que me envolvía completamente, ya invadida por un amor desbordante, me disponía a concedérselo todo y, muy conmovida por la piedad, ahora no simulada, que sentía hacia él, me inclinaba a satisfacerle, no habiendo olvidado mi corazón su desgraciada vida. Aquellos fuegos se encendieron en mí tan intensamente que no era yo capaz de ocultar ni suprimir siquiera un poco su llama importuna y vehemente. Por eso, si no les hubiese dado curso y salida, sin duda hubiera muerto. Y, interrumpiendo la respuesta de la sacrificadora, di libre curso, por lo tanto, al vuelo de mis llamas inmediatamente. Inflamada y llena de mansedumbre, dije así al enamorado Polífilo.

\*    \*

\*

APENAS HUBO ACABADO POLÍFILO SU DISCURSO, POLIA LE EXPRESÓ EL VEHEMENTE AMOR POR EL QUE HABÍA SIDO ÍNTIMAMENTE ALCANZADA, ASÍ COMO LA GRAN AVIDEZ QUE SENTÍA DE AMARLE, CON VARIOS EJEMPLOS. Y PARA MANIFESTARLE SU PASIÓN ARDIENTE, LE DIO UN BESO DULCÍSIMO COMO PRUEBA DE SU GRAN AMOR. DESPUÉS CUENTA LO QUE LE RESPONDIÓ LA VENERABLE SACERDOTISA.



O SÉ CABALMENTE, POLÍFILO AMANTÍSIMO, con qué equitativa compensación debo pagar la injuria cruel que te he hecho, si no es con una fidelidad sincera y con un ardiente y verdadero amor y con una piedad dulce y singular. Tales vicisitudes piden ser remuneradas con una compasión semejante a las de las Híades. Tu honesta petición, por otra parte, no me provoca y me conmueve menos que el estado de abatimiento en que te ví por mi culpa, pues experimento por momentos que su efecto ha sido considerable. No me fue menos doloroso que como apareció a los ojos llenos de lágrimas de la dolorida Andrómaca<sup>497</sup> la vista de Héctor expirando, cuando, arrastrado por el polvo, arrojando ríos de sangre humeante, con la rubia cabellera ensangrentada y la cara sucia y manchada de tierra, era contemplado por su amada esposa. ¡Oh corazón mío! ¡Oh mi único bien! ¡Oh mi dulce esperanza! Tú, cuyo corazón torturado y traspasado se llenó de amargura por la

ferocidad de mi ánimo cruel, duro, despiadado y equívocado, que has atravesado durante tan largo tiempo una vida fastidiosa entre lloros y gemidos incesantes y que ahora te ofreces a mis ojos llenos de lágrimas más cargado y lleno que un navío con las tribulaciones insultantes del amor, sabe que yo quiero estar a la misma altura que tu alma noble, dotada de las más ardientes cualidades del amor. Esta alma tuya no encontrará ahora a un auditorio sordo, pues en breve término me verás poner fin saludable a tus dolores, porque si, como te está permitido, alojas en mi seno el ciego deseo de tus ojos devoradores de mi corazón y en mi pecho que está pronto a recibirlos, no lo encontrarás vacío ni inmune, porque soy partícipe de tus males y estoy en comunión con ellos. Por eso, no estoy dispuesta a ahorrar mi vida, que está a merced de tu arbitrio y de tu voluntad, ni de negar a tus ardientes deseos y agradables votos mi doncellez florida y virginal. Si no actúo como debí haberlo hecho antes si hubiera tenido prudencia, podría incurrir fácilmente en las cóleras inevitables de mi señor Cupido. Por eso, me dispongo, con fe solemne y ratificada y con firmísima lealtad, en presencia de la madre divina y de su inseparable hijo, el dios volador, cuya crueldad obstinada me espanta, porque me ha sido hecha entrever por un presagio amenazador, a vivir contigo siempre amorosamente y a no exponerme a ningún reproche en la santa sociedad de los amantes coronados, por el hecho de mi crueldad obstinada.

Pero, ya que tú te entregas tan alegre y resuelto a sus furiosas antorchas y al agobiante peso del enorme Cupido, ligándote a él como vasallo perpetuo, y has soporta-

do por mí tantas y tan injustas tribulaciones y penosas heridas, estimo un deber de equitativa reciprocidad el que yo me someta a tu voluntad y refresque tu ardiente deseo satisfaciéndolo, y que tú tomes un abundante placer libremente de mi persona inmaculada y en flor. Por eso, Polífilo, querida y dulce almita mía, mi único dueño e insigne triunfador de mi pecho, asilo protector donde me refugio con total seguridad, empujada ahora por el insolente Cupido, tesoro mío preferido a todas las joyas del mundo: desde que, mirando aquí en torno mío, te he visto y te he contemplado llena de deseo, rompiendo y alejando toda dureza y rechazando cualquier vacilación, me dispuse a responder con palabras amables y plácida-mente a tu amor precioso y a entregarme a él con todo mi corazón, toda mi alma y todas mis fuerzas. Porque, encontrándome quemada y ardiente en lo más íntimo de mis entrañas y en la base misma de mi vida y de mi alma, quiero remediar oportunamente nuestros males mutuos, temiendo con razón que sea usada contra mí, como podría suceder, la crueldad inexorable que padecieron las muchachas que vi. Me doy cuenta claramente de que Eurídice la de Rodope no habría sido mordida por la víbora venenosa ni luego llevada a la profundidad de las moradas infernales del Tártaro, en el carro de tres caballos de Plutón, si se hubiera prestado con complacencia a los deseos de Aristeo. Del mismo modo, Dafne, hija de Pe-neo de Tesalia, no se hubiese arrepentido vanamente al verse convertida en verdes frondas, si se hubiera mostrado favorable a los repetidos requerimientos de Febo, ni Hesperia hubiera sufrido la mordedura del diente de la serpiente tortuosa si se hubiera mostrado acogedora ha-

cia Esaco, y la ninfa Aretusa no habría visto sus miembros virginales convertidos en ondas que corrían por un lecho subterráneo, cuando se bañaba en las aguas alfeas, si se hubiera mostrado amable con Alfeo, y Pico no se hubiera visto cubierto de plumas si se hubiera rendido a los deseos de Circe. Muchos han experimentado de este modo cuán grave es mostrarse esquivo y rebelde a los gratos amores. Además pienso, con toda la agudeza de espíritu de que soy capaz, que el poderoso hijo de la divina Venus posee, como dueño absoluto, los cielos estrellados y cálidos, la espaciosa tierra fértil y nutricia y el mar de ondas resonantes, y que puede penetrar sin obstáculo ni oposición en todos los lugares donde quiere hacerlo. No creo que ninguna coraza, ninguna loriga triple, ningún casco de acero, ningún escudo protector, por mágicos que sean, puedan resistir ni sean capaces de rechazar los golpes de su arco lanzador de flechas, semejante a los de los itureos,<sup>498</sup> ni hay corazón tan rudo, feroz, rígido, resistente e independiente que no sea traspasado por sus disparos rápidos y punzantes.

Debería, pues, temer que, airado contra semejante debilidad de ánimo, lanzara sus flechas maléficas contra mí, que estoy desprovista de toda protección, y que no pudieran aplacarle mis lloros, mis suspiros y mis gemidos, y que se vengara de mí como hizo con el hermoso joven que fue transformado en flor purpúrea al borde de una fuente fría por haberse mostrado inexorablemente desdeñoso hacia la ninfa Eco.<sup>499</sup> Sin duda Siringa no se hubiera transformado en gracioso instrumento musical si no se hubiera mostrado desagradable y feroz con Pan y hubiera accedido a sus deseos. No tenía yo todavía nin-

guna experiencia en los servicios amorosos, piadosísima señora, y ya sentía nacer por Polífilo un deseo mordiente, pues, desde que ofreció a mis ojos apiadados su rostro descolorido y triste, y desde que sus palabras encantadoras y sus dulces lamentos llegaron a mis atentos oídos, invadida por un amoroso ardor, partí por la mitad mi corazón y me mostré con él no menos alegre y agradable que Atalanta a Hipómenes y que la amable reina de Cartago al recién llegado hijo de Anquises y que el león feroz al cautivo Androcles.<sup>500</sup>

Así pues, Polífilo mío, mi alegría, mi solaz, mi esperanza, mi refugio y mi ardiente amor, recupera la alegría y muéstrate festivo y feliz, pues de ahora en adelante obtendrás de mí tan notable cariño y placentero contento que olvidarás tus tormentos pasados y tus anteriores tris-



tezas. Serán éstas disipadas por mis caricias y dulzuras, ni más ni menos que las nubes formadas en la tierra pantanosa por los vientos violentos, que las hacen desvanecerse en el aire como un polvo ligero. Recibe ahora este beso de amor (acompañado por un brazo virginal) como las arras que te da mi corazón inflamado por el extremo amor que ha concebido.» Entonces él me estrechó y yo le di con mi pequeña boca redonda y rojísima un beso dulce, húmedo y sonoro, en el que mutua y suavemente nos mordimos las lenguas.

Tras haberle besado y abrazado como un pulpo y habiéndome devuelto él el beso, la venerable matrona sagrada que lo veía y escuchaba todo, junto con todas las presentes, conmovida y maravillada, lanzando dulces suspiros y con los ojos húmedos, comenzó a decir:

Amorosos jóvenes, creo entender que vuestra intención es la de amaros mutua y ardientemente. Por lo tanto, no es necesario que me entrometa a conciliar unos sentimientos sobre los que veo que estáis de acuerdo. Lo habéis demostrado perfectamente y habéis dado completa satisfacción, por lo que me parece superfluo añadir cualquier socorro en esta placentera empresa. Amor, que mueve todas las cosas que son semejantes, os ha llamado y conciliado oportunamente. Por eso, ya que he oído con gran placer una parte de vuestro litigio y discordia, tú que me has dicho poco, Polífilo, cuenta ahora y desarrolla compendiosamente y dime cómo ocurrió que te enamoraras tan extremadamente de la señora Polia y cómo ella, que por sus votos estaba sujeta a cierto severo rito, se resistía a una atracción tan dulce, pues tu relato me encanta y me place.» Cuando la amable sacer-

dotisa hubo dado fin honestamente a sus graves palabras, Polífilo, muy alegre y contento, se puso a narrar lo que sigue.

[XXXII]

OBEDECIENDO LAS ÓRDENES DE LA SACERDOTISA, POLÍFILO ALABA LA PERSEVERANCIA Y CUENTA, SUPRIMIENDO LO QUE YA HA DICHO DE SUS AMORES, CÓMO VIO A POLIA EN EL TEMPLO DURANTE UNA FIESTA Y CÓMO FUE AGITADO SUMAMENTE POR EL AMOR. LUEGO SE DUELE DE SU ALEJAMIENTO. LE MANIFIESTA SU TORMENTO TRAS HABER TENIDO LA IDEA DE ENVIARLE UNA CARTA.



EVERENDA Y SANTA SACERDOTISA, es una gran virtud saber mantenerse en las arduas y crueles fatigas, en las adversidades y en las pruebas penosas, en una persuasiva esperanza y poner freno con honradez y habilidad al ánimo intemperante y no precipitarse y caer en la impaciencia y la ligereza, sino soportar la propia suerte y perseverar en la empresa, por áspera y difícil que sea, y ceder con flexibilidad a los obstinados cambios de la propia fortuna y a sus ultrajes y a su insidiosa versatilidad, porque no se vence con la violencia sino con la virtud y el ingenio: así, Belerofonte obtuvo la gloria gracias a su perseverancia y el soldado valiente prefirió el honor a todas las recompensas y provechos. Queriendo, pues, conseguir yo mismo el legítimo honor que

era la obtención del objeto de mi amoroso tormento, me dispuse a soportar valerosa y firmemente lo que el violento Cupido hiciera conmigo, desdeñando toda oprobiosa inconstancia y juzgando locura y ligereza el hecho de que el que es tímido y cobarde afronte el combate, y pensando que no hay nada más sólido que la fortaleza del ánimo. Me persuadía de que no hay mayor deshonra para un soldado que volver la espalda al comienzo del combate y que, sobre todo, nunca le conviene abandonarse a la desesperación y retirarse de la acción emprendida, porque más vale no emprender nada que renunciar a la empresa que se ha comenzado. De esto concluyo, si no estoy equivocado, que no me parece que se pueda llamar verdaderamente feliz al que no ha luchado un poco: porque de ello nace la insolencia y se genera la confianza de la que procede una muerte desgraciada, como la de Polícrates.<sup>501</sup> La perfección del parangón se prueba por su contrario, como lo muestra claramente la piedra de toque de Bato.<sup>502</sup> Además, sagrada señora, si Polia, egregia muchacha aquí presente, cuyas bellezas inusitadas corromperían fácilmente a los espíritus celestes, hubiera cedido a mis deseos sin fatiga ni trabajo ni amargura de corazón y sin exponerme a perder la amable existencia, por Júpiter inmortal, podría dejarla con igual facilidad. Porque quien no encuentra resistencia, no conquista la palma del triunfo ni la puede conservar, ya que no hay gloria ni triunfo ni se puede conseguir bien alguno sin industriosa fatiga. Pues la fatiga es causa del bien y la perseverancia y sus compañeras le dan a luz. Por eso, lo que se adquiere con trabajo es de mayor precio que lo que se obtiene fácilmente. Así, Lucio Sicinio Dentato<sup>503</sup> no hubiera sido

juzgado digno de gloria y de memoria por su valor si los estigmas de sus heridas le hubieran sido vistos en la espalda, porque es fácil que los soldados degenerados sean golpeados por detrás, en tanto que sólo corresponde a los fuertes y resistentes el ser heridos por delante. Por lo que, habiendo invadido más allá de toda medida mi corazón ya contaminado e infectado y abatido por sus mórbidas cualidades, Amor cometió conmigo unas maldades más ardientes que las que comete el meridional Etón<sup>304</sup> de Febo cuando quema las flores frescas y las tiernas plantas y hierbecillas, con menos moderación que el insaciable y volcánico Etna. Por esta causa, encontrándome estrechamente atado y lleno de accidentes infinitos y otras desgracias, me hizo ver con peligro evidente mi fortuna despiadada, débil y poco firme, que jugaba conmigo. Comenzaré ahora, para obedecer en parte a tu deseo, a narrarte brevemente estos casos perniciosos y mortales.

Insigne sacerdotisa e ilustrísima señora, ahora que estoy tranquilo y que se han apaciguado un tanto mis mortales abatimientos, satisfaré tus benévolos mandatos más bien con palabras agradables que con lágrimas y sollozos y (pasando por alto lo que ya he dicho) trataré la parte de donde procede el noble amor que no hizo sino abrumarme cada vez con mayor ardor y actividad.

La graciosa presencia de Polia, que me hace creer en la felicidad, y la tuya harán que tome un modesto atrevimiento, porque veo en tu rostro que no muestras ningún fastidio al oír mi discurso.

Habiéndose levantado Febo para secar las lágrimas frescas de la llorosa Aurora y puesto en fuga con sus renovados rayos de oro a toda estrella del oriente, iluminaba con su Eous<sup>505</sup> nuestro hemisferio delimitado por el horizonte. Y nacido el día laborioso, puesta en fuga la perezosa tranquilidad y estando revestida la pesada tierra de nuevo verdor y todo animal aplicado alegremente a la obra de la prolífica naturaleza, llegué al templo sagrado de la casta Diana, no esperando volver a ver nunca más a esta. Pero en este santo día celebraba allí ella, acompañada de buen número de otras muchachas nobles, distinguidas y alegres, los oficios religiosos y los solemnes ritos. Del mismo modo que el leño que ha estado ya en el fuego se vuelve a encender cuando se pone de nuevo en él con mayor rapidez de lo que haría si jamás hubiera sentido la llama, como si retomara de improviso su forma primitiva, igualmente, cuando vi a esta joven, mirándola tranquilamente, me pareció una diosa surgiendo entre ninfas, adornada con las más altas bellezas (multiplicadas por mi gran deseo) más hermosa y elegante que nunca, ofreciéndome visiblemente su forma angélica, con los brillantes ojos más bellos y luminosos que el claro sol, que iluminaban todo el lugar, y cargada con una enorme cantidad de otras virtudes. Excitado por un ardor dulcísimo y sintiéndome completamente estúpido, me inflamé de nuevo y ardí de pies a cabeza y entonces me di cuenta de que estas llamas y amorosas luces procedían de su frente serena y de su plácido rostro y de la novedad de su belleza admirable. Y del mismo modo que Ceres, dispensadora de todos los dones,<sup>506</sup> sembró por vez primera en la tierra fértil, trabajada por

el curvo arado, productivos granos, y lo mismo que Meliso, rey de los cretenses, que ofreció el primer sacrificio a los dioses, del mismo modo le ofrecí yo a ella por vez primera mi alma y mi corazón, e igualmente ella fue la primera en sembrar en mi tierno corazón, arado por las punzantes saetas, los amorosos incendios, semilla más dañina y cosecha peor que las de Jasón. Yo me incliné súbitamente bajo el peso de aquella presta y repentina rapiña, más tierno que la blanda cera que se vuelve líquida con el fuego y se dispone luego a recibir la impresión de las imágenes. Por ello, convertido mi corazón por el ardor continuo en un horno incandescente, me dispuse en mi mente a amar a esta eternamente, como ahora la amo en exceso. Yo estimaba que su hermosa y honesta presencia era un rocío celestial, un remedio para mi corazón combustible y frágil y un saludable refugio, mientras observaba sin cesar con mirada escrutadora y aplicada el oficio divino, con los ojos fijos siempre en el rostro delicado y elegante desde el que Cupido arrojaba contra mí frecuentes rayos. El aspecto de este rostro me parecía más hermoso que el amplísimo cielo—a través del aire transparente, fluido, sereno y purísimo que había entre medias—, adornado por las estrellas resplandecientes; pues en él centelleaban dos de las más luminosas, bajo la forma de dos ojos festivos y resplandecientes sobre los que se arqueaban dos cejas finísimas y muy negras, había en ellos tanto incentivo para el amor y tan singular belleza, cuanta nunca pudo imaginar poner en ellos jamás el habilísimo Júpiter, que puso en el resto de su forma y hermosa figura un cuidado más perfecto que el de Fianor,<sup>507</sup> imitador de la naturaleza, cuando

pintó la imagen de Neptuno: parecía una mezcla de rosas purpúreas con lirios lechosos y blancos. Y entre sus labios rojísimos exhalaba tanta fragancia como una tienda de perfumes encerrada en el blanquísimo marfil de los pequeños dientes bien ordenados. Tenía los cabellos más rubios que la paja madura de la Bética, más bellos a los ojos que si hubiera bebido del río Gracis.<sup>508</sup> Cuando veía manifiestamente todas estas cosas notables de ella, aparte de las ocultas, me hubiese juzgado no sólo contento sino ciertamente el más feliz de los amantes, si ella me hubiese dado su preciosísimo cariño. Con el ánimo volando hacia ella, decía entre mí: «Oh dioses supremos, que yo pueda obtener y plegar a mis deseos inflamados a esta, del mismo modo que Acontio subyugó a Cídipe por medio de la engañosa manzana o con la buena fortuna con que el fiero Aquiles conquistó a la gentilísima Deidamia, o por cualquier otro medio.» Y me aplicaba a gustar este placer inmenso y alegre solaz, de modo que me parecía disfrutar de la presencia de una aparición celestial. La veía claramente reírse y hablar en voz baja y a veces dirigir hacia mí sus ojos gratos y semejantes a estrellas, acompañados de dos rosas bermejas, llenos de candor y de elegancia, y ayudar con pericia y habilidad a la celebración de los sacrificios con gestos de ninfa, gran devoción e integridad y con gravedad de matrona. Algunas veces su voz llegaba a mis oídos y, excitando mi alma, la invitaba a que saliera y repudiara a su querido compañero, y todo el espíritu se me conmovía y me sentía totalmente lleno y rodeado de una dulzura que hasta entonces no había sentido, hasta el punto de que mi alma, olvidando su morada natural, hubiera consentido

en morir con tal de encontrarse siempre junto a mi señora Polia en tan agradable entretenimiento. Conocí, pues, por ello el asalto del fuego impetuoso del amor, que crecía con su contemplación. Y por mucho que se esforzara mi ingenio, no podía apartar mis ojos insaciables de su rostro hermosísimo, que encantaba a mi corazón, sino que, suspirando en silencio, decía con firme propósito:

«Ciertamente pertenezco por completo a esta insigne ninfa. Toda mi esperanza se encuentra en su pecho blanquísimo, en el que he puesto e introducido todo mi bien. La reverencio y honro y doy culto por encima de todas, ni más ni menos que los atenienses a su Palas y los tebanos al placentero Baco y los indios a Dionisos, los romanos a Liber y los árabes a Adonis, los efesios a Diana, los de Pafos a la santísima Venus y los tirios a Hércules y los de Aricia a la Diana que lleva la antorcha. La sigo sin descanso como Clímene, transformada en girasol, vuelve su rostro en persecución de su amado Febo. Quiero ser suyo de la misma manera, cultivando su amor, siempre con este mismo estado de ánimo, sin que jamás me muevan el terror ni el placer, sino sucumbiendo humildemente a su voluntad y estando al servicio de su amor, del mismo modo que la tímida perdiz sucumbe a las agudas garras del águila rapaz. No conservo en el fondo de mi corazón ninguna otra imagen pintada o esculpida, ningún simulacro ni otro altar que los suyos. Y espero poder restablecerme por ella y vivir contento con su amor, que estimo un adorno más hermoso que la corona para los reyes, la púrpura para los emperadores, el gálero<sup>509</sup> para los pontífices y el báculo para los augures. Polia dominando a Polífilo: esta será mi gloria, mi ala-

banza, mi honor y mi exaltación, entregarme a ella así, vencido y prosternado, esperando que lleguemos juntos a los reinos triunfales y el imperio placentero de la divina Cíterea.»

Estando, pues, arrebatado, distraído y absorto en estas engañosas y tan deliciosas imaginaciones y pensamientos, crecían por momentos en mi alma, que los consentía, las ciegas heridas que me habían sobrevenido. Y, tras haber recibido de mí Cupido, que la había usurpado, mi jurisdicción y un poder libre y tiránico, entregado yo completamente al misterio del amor, sólo deseaba esto en grado sumo: «Ay de mí, ojalá pudiera yo abrirle y descubrirle mi alma y darle cuenta de mis deseos íntimos, abrir una ventana en mi pecho con amor socrático<sup>510</sup> y mostrarle mi amorosa llaga y el amor desmesurado que le tengo y hablarle del lazo que me oprime y de la llama que me quema, por la que mi corazón se destruye derritiéndose y mostrarle cómo disipo mi vida por su amor y decirle con palabras enternecedoras y dulces y lamentos y gemidos la lucha que sostengo amándola.» Y así, con la mente errabunda, díscola, extraviada y vaga, languidecía de un modo supremo a causa de aquel desmesurado ardor. Y, ya suspirando ya alegre, ora plácido y tranquilo ora indignado, desesperado, dubitativo y descontento, consumí en tales pensamientos y sentimientos contradictorios y mezclados aquel día sagrado y célebre, que consideré más breve que un átomo de tiempo y más que un instante. Y ya el sol rubicundo e imberbe indicaba, en los extremos confines de Hesperia, la serenidad del día siguiente, cuando las delicadas y nobles mujeres se reunieron para la partida y pusieron fin a los solemnes



oficios y observancias ceremoniales, no como los egipcios que celebran el culto de Isis y Osiris dándose golpes, ni como los bárbaros danzando al son de címbalos y tímpanos, sino como los griegos, con coros, cantos melodiosos y consagrando con devoción y alegría pequeñas ramas que llevaban. Entonces, separada de mis ojos insaciables y vacilantes sentidos su noble imagen sobrehumana, me encontré cocido y asado por un amor vehemente, crepitando como sal al fuego. Y con los ojos deslumbrados por su brillante belleza y el esplendor y mágica perfección de su forma graciosa, la saludé varias veces y le dije entre mí: «Adiós, adiós, ladronzuela, que me arrebatas todo mi bien», y repitiendo varias veces en silencio mi adiós, con lo poco de corazón que me quedó tras su partida, sintiendo que arrebatava y se llevaba

consigo mi alma, me retiré con gran dolor, pues su seno blanco como la leche, almacén de delicias, había hecho de mí un despojo de guerra y un trofeo. Sólo podía, ay de mí, seguirla con los ojos llenos de deseo, del mismo modo que la ardiente Laodamia cuando, dolorida, miraba partir a su amado Protesilao, y la desgraciada, cuando le perdió de vista, cayó moribunda sobre la playa, bajo el golpe de una tristeza mortal, llorando y llamando muchas veces a su esposo. Del mismo modo yo, dolorido, llamaba, invocaba y volvía a llamar a Polia, con lágrimas dulcísimas que caían con la abundancia de gotas de lluvia. Oh desgraciada Ariadna, ¿te encontraste tan privada de toda esperanza al no ver a tu pérfido seductor Teseo, gritando su nombre y llamándole en vano por los vastos antros y rocas cavernosas de la desierta Día,<sup>511</sup> no apareciendo ante tus ojos húmedos más que roídos escollos, duros montes de múrice, arbustos selváticos de acebo y las ásperas costas, con sus curvas mordidas por el choque de las olas espumosas que ruedan por ellos? ¿Te encontraste como yo me encuentro ahora, desgraciado, abandonado por mi amor reencontrado, por mi único bien y remedio eficazísimo, en angustia tan deplorable y áspero tormento, con tal recrudescimiento de un amor cada vez más feroz y tan agobiado por toda clase de dolores? Sentía que me derretía, al ver que ella era el único alivio de mis angustias. No puedo creer que tú, infortunada Io, te sintieras tan afligida cuando viste reflejada en tu claro padre Inaco tu forma cambiada, tus trenzas rubias convertidas en peligrosos y duros cuernos y tu voz en un mugido de trueno y tuviste como inusitado alimento los verdes prados. Lamentándome no menos, yo

permanecí también quejándome desconsolado y consternado, porque mis placeres se habían transformado en gravísimas penas y mis ojos en ríos de lágrimas por haberseme arrebatado aquella clara luz, a causa de la cual di rápida y abierta entrada a aquella santa saeta de oro, sin oponerme en absoluto, sino inclinándome humildemente como una rama flexible de sauce retorcida en forma de corona, teniéndolo como favor extremo y singular regalo que me había dado el señor Cupido. No sería capaz de describir jamás plena y escrupulosamente y con todas sus circunstancias el placer que recibía y saboreaba de su incomparable belleza y de sus demás preciosas cualidades. Estaba abandonado, sin la antorcha luminosa y celeste que ella utilizaba con suma eficacia para iluminar mis oscuros pensamientos. ¡Oh luz espléndida de mi ciega mente, señora de mi vida y de mi voluntad, reina de mi corazón, diosa dominadora de mi alma! Esta alma mía, asediada y rodeada por todas partes, comenzó a alterarse gravemente dentro de mi pecho en llamas. Y por esta razón, encendida y quemándose en tales fuegos, enviaba junto con los suspiros dolorosos, provocados por aquel duro tormento, un suave mugido semejante al del escultor y fundidor Perillo cuando fue encerrado en la máquina vacía del toro de bronce por el tirano de Agrigento, mi alma, encerrada del mismo modo en mi pecho convertido en horno, se consumía en un amor fogoso y ardiente. Ciertamente, la humanidad no se alegra ni hace tantos aspavientos cuando disfruta de sus deleites cuanto se duele luego y se entristece por la privación de aquellos. Pero yo no consideraba una carga destruirme y morir por una doncella semejante, sino que estaba

dispuesto a exponerme a mayores suplicios. De ello, pues, resultaba que esperaba volver a ver su belleza que me había sido arrebatada, recuperar las alegrías perdidas, recobrar las dulzuras que habían sido robadas a mis ojos, restablecer aquel amor nuevo y excelente y conservarlo y, al conservarlo, aumentarlo. Pero ella ay de mí, me hacía desgraciado al huir de mí injustamente, después de haber provocado en mi corazón aquella áspera excitación y mordiente deseo. Sin embargo, desgraciado de mí, me enardecía audazmente, siendo débil contra un amor tan fuerte y frágil ante su tremendo poder, reprochando con malas palabras al arco del amor que no hiciese con ella lo que conmigo y que no la contagiara mis penas, lanzando imprecaciones contra ella y diciendo: «Oh altísimos dioses superiores, haced morir a esta cruel que tan impiamente me hace morir a mí. Y si yo muero y ella no, al menos vengaos de la crueldad que utiliza conmigo y que ella, viviendo, suplique la muerte y no sea oída por vosotros, de modo que, viviendo en la desgracia, no adquiriera una muerte tan gloriosa.» Pero, ay de mí, de repente me volvía la razón y me desdecía de todas estas maldiciones absurdas que había lanzado contra mí Polia: «Ay, Polífilo, ¿cómo te atreves a blasfemar contra todo tu bien, contra tu alma, contra tu corazón y contra tu esperanza y a invadir de un modo nefando aquel sagrario de toda virtud, como Eróstrato?»<sup>12</sup> Condenaba, pues, la rabia amorosa que me hacía arder de furia y me volvía loco de este modo, rogando luego para ella a los dioses todo lo contrario y bendiciéndola. Entonces, teniendo en poco igualmente la muerte que una vida semejante, me dispuse a ponerle en un conocimiento tan

hábil como honesto de ello y a darle noticia de mi abatimiento molesto e insoportable y hacerle partícipe de mi idea fija, pensando con razón que en el corazón humano no hay cosa tan dura que el fuego del amor no pueda enternecer, vencer y domeñar. Pues una bola redonda, capaz de rodar, se está quieta, pero cuando se la empuja, realiza la función propia de su forma esférica. Por esta razón, pensé escribirle y probar cuál era el ánimo de una ninfa tan noble y preclara, admirable conjunto de bellezas y de todas las virtudes, pero que resultaba para mí una lucha continua y una ansiedad incesante, un dolor perpetuo, una muerte habitual, a causa de la privación de una cosa tan elegante, deseable y amada. Y no podía persuadirme de que no hubiera en ella propiedades tales como una noble condescendencia y una humanidad flexible, por lo que hice que le dieran en secreto la carta siguiente.»

[XXXIII]

PRIMERA CARTA QUE POLÍFILO CUENTA HABER ESCRITO A SU POLIA, Y QUE, COMO ELLA NO SE CONMOVIÓ EN ABSOLUTO, LE ENVIÓ LA SEGUNDA.



VIDO EN EXCESO, DESEOSO DE REVELAR un poco la llama no mediocre de mi corazón impaciente, que, violentamente inflamado por tu amor preclaro y singular, se consume languideciendo, oh noble ninfa dignísima de veneración, único y perfecto ejemplar

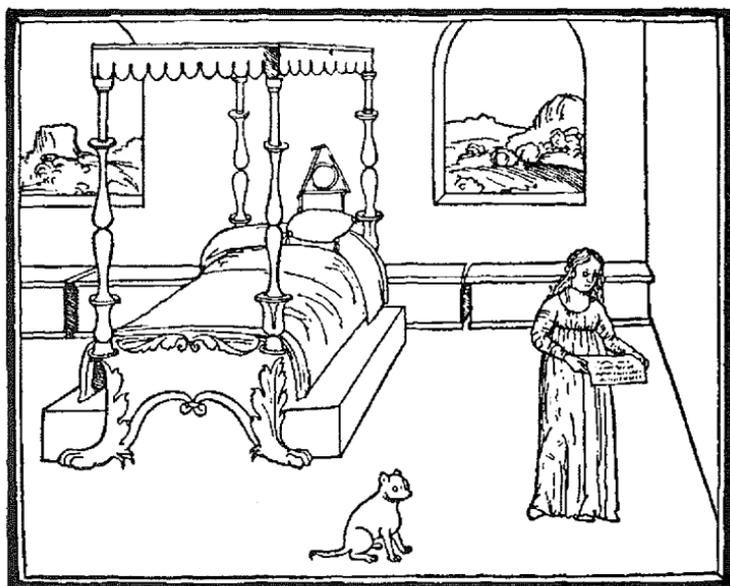
de la belleza terrestre y admirable, emborronando este papel no con palabrillas sino con lágrimas que derramo y no contengo, me he tomado esta licencia tolerable y honesta de escribirte, no por temeridad sino impulsado fuertemente más allá de lo creíble por el continuo estímulo y la molesta asiduidad del amor, y de descubírte y declararte mi pasión increíble y el sincero cariño que te tengo, dulce bien mío y mi esperanza, remedio único de fatigas que tú no conoces y de languideces en las que nunca has pensado. A ti me encomiendo en el estado en que me encuentro, con voz enternecida, palabras respetuosas y ruegos humildes, con el corazón atravesado y herido por la flecha del amor, suplicándote que me socorras y moderes mi desordenado incendio. Oh Polia, luz divina y venerada diosa mía, te suplico que no te muestres sorda a mis justas plegarias y ruegos, que te hago con el rostro inclinado, ardiendo en un amor calidísimo, y te llamo, te invoco para que me proporciones a tiempo una ayuda saludable, un consuelo eficaz, un alivio que me es necesario. Porque, ya que el corazón me ha sido arrancado del pecho con las uñas rapaces de tus ojos como estrellas, se ha originado la causa de que te escriba de esta manera inepta y desordenada, en la confusión que ha causado en mí el amor. Ya en los días pasados hubiera intentado hacer lo mismo, pero no encontré una ocasión tan favorable y secreta y, por esta causa, he diferido manifestarte mi cruel tortura. Pero he aquí que ahora no puedo ocultar por más tiempo el deseo reprimido que se encierra en mi corazón, porque la violencia de mi amor así lo quiere y mi mala suerte me empuja y me arrastra a tomar este partido y a componer este exordio dulcísimo, oh ninfa egregia y la

más bella de cuantas hubo jamás. Escúchame, pues, y atiende y conmuévete y muéstrate benévola y apacible ante mi gran cariño y este amor, que supera todo pensamiento, y sé la protectora necesaria de este misterio. Porque ahora he tenido que dar permiso para salir y respirar a este fuego ciego que arde en mí y que rehusaba estar por más tiempo reprimido y cubierto, y debo manifestarte cuán grande es la crueldad y la insolencia de este intenso amor, que crece por momentos y es lo bastante apasionado como para traspasar mi corazón y partirlo en dos, revelando así el secreto martirio que yo soporto al amarte, no pudiendo ocultar por más tiempo mis penas perpetuas e incesantes. Juzgo laudable acción e integridad de ánimo soportarlas de buena gana y amargarme por tu amor venerado, sobre todo porque creo firmemente que eres de naturaleza humanísima y tierna, noble y magnánima, de honestas costumbres, de apariencia dulcísima, de ingenio notable y de una elegante urbanidad, generosa y liberal, dotada de todas las virtudes ilustres. Los altos cielos te regalaron todos estos dones peculiares y amplísimos, junto con tu elocuencia innata y notable y brillante don de la palabra y tu divino aspecto y semblante atractivo y una forma de belleza sobrehumana y una gracia refinada y admirable, que me impulsan a trasladar mi alma y mi corazón y mi vida a tu blanco seno; me atraen a venerarte y contemplarte insaciablemente y luego me dejan enloquecido. Después, considerándolas con mayor agudeza, creo que se cumplirá mi esperanza de conseguir lo que tanto deseo. De otro modo, estas cualidades tuyas tan exímias y sublimes no serían sino espejismos, ofendiendo con ingratitud la bondad del gracioso artífice que

las formó. Hermosísima Polia, ojalá te plazcan ahora estas primeras palabras mías y mi escritura angustiada y quieras ofrecerme un semblante sereno y que creas con fe exenta de dudas que yo siento por ti el amor más grande y singular que nunca amante alguno tuvo por una mujer en el mundo. Por eso, oye con benevolencia estas peticiones mías, justas y honestas, porque sólo te pido tu placentero y precioso amor, que, además de un adorno, será el solaz y la conservación de mi vida fugitiva y remedio de mis angustias acerbadas y su adecuado paliativo. Mientras yo viva, sin duda jamás podré amar a otra que a ti y seré un esclavo que te venerará y estará sujeto a ti, teniéndote como mi único y divino señor, ya que tus increíbles bellezas me han traído a este punto, tan peligroso que ya no sé imaginar de qué modo estoy completamente vivo en ti y en mí completamente muerto, sin hacer cuenta de las desgracias de mi vida miserable.

Para salvar esta no encuentro más ayuda que la de pensar en ti dulcemente día y noche y a cualquier hora y, pensando, fingir que siento un remedio eficaz, que en estos momentos necesito más que nunca. De otro modo, incapaz de resistir el incremento de esta llama que no cesa, me sobrevendrá sin duda la muerte rapaz. Por esto, tendré que aceptar de ti una de estas dos cosas: si te muestras benévola conmigo y dulce de ahora en adelante, alcanzaré la felicidad y una victoria triunfante y una corona de amor y estaré lleno de alegría. Pero si por ventura, lo que no creo, hicieras lo contrario, estaría triste y descontento y sería desgraciado. Si sucede lo primero, estaremos satisfechos ambos, si lo segundo, descontentos y de nada valdrá arrepentirse después. No consientas

por tanto, Polia, adorno de las ninfas y amadísima mía, incurrir en la infamia de permitir el asesinato de mi alma, porque tu condición sublime no casa con la impiedad. Yo te ofrezco mi alma como víctima y te inmoló mi corazón, del que puedes disponer a tu arbitrio como señora mía, porque soy tuyo, vivo y muerto, perpetua y afectuosamente. Adiós.»



Creía yo, sagrada señora, que esta dama se conmoviera debidamente, al menos un poco, con mis palabras de amor, como Coridón cuando fue llamado por Bato para que le socorriera en su dolor, pero derroché en vano mi escritura y mis palabras como si las hubiera dirigido a una estatua de mármol, y produjeron tanto fruto como un huevo estéril. Sin embargo, considerando razonable-

mente que el primer golpe no derriba el árbol, decidí, con la audacia hercúlea que Amor me inspiraba, escribirle de nuevo y utilizar aquella vía que me resultaba cómoda y al cabo de pocos días, preocupado por mi salud, le envié esta segunda cartita, que decía:

«Polia, ninfa bellísima, si mi áspero tormento fuera menor que la crueldad que me demuestras, una dulce esperanza me persuadiría a soportar con paciencia estas aflicciones mías que tanto duran. Pero ahora comprendo claramente que, por mi mala y poco propicia estrella, tu crueldad insensible y tu fiereza sobrepasan y van mucho más allá que cualquier ardiente martirio mío. Pues ¿de qué le sirve a Amor hacer crecer e incrementar a cada momento este dulce fuego en mi corazoncillo ya consumido, si cada vez te muestras más atroz y fría que el rígido hielo, si tu pecho es más helado que las fuentes Dirce y Nome, si eres más fría que la salamandra, que apaga el fuego con su contacto, frente a mi paciencia servil y esclava y a los votos que te he notificado y al afecto que te he declarado, que se enciende tanto más cuanto más contrario se le muestra tu desdén? Tampoco puedo desatar la cadena amorosa y sólida que me retiene fatalmente unido a este yugo tan dulce y pesado: por el contrario, cuanto más me resisto, tanto más me enredo y me encuentro preso y cautivo en esta red amorosa, como una mosca envuelta en la obra inextricable de Araene y, atado tan estrechamente y esclavizado y cautivo, no soy capaz de huir sino que me veo obligado a inclinarme ante ti, porque en ti sola consiste mi preciosa libertad y todo el bien que yo deseo. Por eso, señora, si ves claramente un cariño tan sincero y probado, una sujeción tan

voluntaria, un amor tan activo y laborioso, ¿por qué no quieres aceptar estas cosas que se te dan de un modo tan generoso y toda mi vida, que te ofrezco, que pende de tus delicadas manos y que es tan insegura? Ay, dulcísima y hermosa Polia, socórreme, te lo ruego, y deja que penetren un poco en tu corazón estas palabras mías, que no son soberbias ni arrogantes sino devotas, y deja que te muevan a una cierta compasión. Recibe mis cálidos suspiros, escucha mis lamentos íntimos y familiares, ten un poco de benevolencia, atiende a un súbdito tuyo tan fiel y manso. Porque veo claramente que me muero, que me consumo por culpa del amor desmesurado que te tengo, del que todo el mundo no podría apartarme ni alejarme, ya que en esto soy más firme que Milón, ni hacer que no te ame sobre cualquier otra cosa, por preciosa que sea, y te rinda culto y te reverencie y te adore prosternado, oh verdadera efigie y simulacro de diosa, tan conspicuo y noble, presentado abiertamente ante mis ojos, en el que veo limpidísimamente pintada mi salvación y esculpidos toda mi paz, amor y alegría.

»Por lo menos, esperanza mía, no me rehúyas, ya que soy todo tuyo y te suplico piedad tan tiernamente, y que temples el fuego que me abrasa, porque ya no puedo vivir si tú no le pones remedio; y, aunque pudiera, no querría. Tengo puesta una firme esperanza en tu semblante angélico, en tus costumbres modestísimas y hermosas, en tu aspecto encantador y noble, de los que creo que alguna vez recibiré ayuda. Porque este aspecto tuyo es sin duda claro y notorio indicio de que el supremo Júpiter te ha formado para ostentación milagrosa, con un cuidado sumo y exquisito, dotada de todas las más excelentes be-

llezas, que sin duda sobrepasan las de las otras hermosas muchachas del mundo y que sólo están reunidas perfectamente en ti. Por eso no dudo, sino que creo firmemente, que si aquel mismo artífice ha puesto en ti tantos bienes celestes y tales dones y te ha hecho a su semejanza, sin duda habrá puesto en tu corazón humano algún fragmento de clemencia y que no te ha creado entre los griegos hiperbóreos ni de una madre como Níobe y un padre como el salvaje y rudo Apulio, ni te ha engendrado del cruel Diómedes el tracio, ni del furioso Orestes ni en la maligna Fedra,<sup>513</sup> sino en unos padres excelentes y tal vez sobrehumanos. Esto es principalmente lo que me conserva y sostiene mojado y húmedo en medio de tan gran incendio, porque de otro modo mi corazón se habría convertido en un carbón y mi alma, irritada, habría huido para siempre. Socórreme, pues, y muéstrate conmigo auxiliadora y salutífera, porque no te suplico con el insolente deseo de Midas ni con el de Pígmalión, sino que sólo te pido que te me muestres propicia, que me concedas tu favor, que satisfagas mis necesidades; así pues, sé piadosa, aplaca tu ira, tranquiliza tu ánimo y tu mente, suaviza tu corazón, acoge mi amoroso afecto, sé la dueña de quien quiere servirte eternamente, siendo tu siervo fidelísimo.

Adiós.»

POLÍFILO PROSIGUE SU DOLOROSA HISTORIA Y CUENTA QUE, YA QUE POLIA NO SE MOSTRÓ CONMOVIDA POR SUS CARTAS, LE ENVIÓ UNA TERCERA Y CÓMO, PERSEVERANDO ELLA TODAVÍA EN SU CRUELDAD, LA ENCONTRÓ POR CASUALIDAD SOLA Y REZANDO EN EL TEMPLO DE DIANA, DONDE ÉL MURIÓ. LUEGO RESUCITÓ ENTRE SUS DULCES ABRAZOS.



EÑORA IRREPROCHABLE EN LAS COSAS sagradas y sacerdotisa divina, a fin de no alargar el imperfecto y mal hilado relato que acabo de hacer en tu presencia santa y benévola, daré fin brevemente a mi prolijo discurso y me atreveré a continuarlo para complacerte. Como ocurre a menudo a los que aman irreflexiva e intensamente, quise persuadirme de que la perseverancia es oportuna y útil en tales casos, pero debes saber que este se conmovió y se inmutó tanto a causa de las cartas de que he hablado como el monte Olimpo ante los vientos desenfrenados; pero, ya que no podía yo abandonar la lucha que había comenzado, le mandé todavía una tercera para investigar cuidadosamente lo que ella tenía en su ánimo, si su corazón era una dura roca o si estaba hecho de materia humana, a lo que me empujaba el vigilante Amor y mi apetito insolente, impregnado de una dulce esperanza. Le escribí, pues, de este tenor:

«Preclara y nobilísima joven, mi lengua se consumiría antes de que yo fuera capaz de expresar sobre el blan-

co papiro cuán fatigosa, cuán pesada, cuán acerba es la amarga pena que crece en mi corazón languideciente día y noche sin descanso, al verte tan sorda y desapacible. Esto es sólo porque me doy cuenta de que estás descontenta y saturada de mis graves tormentos, que ahora no son menores, sino mucho mayores, que aquellos de los que no hace mucho te he escrito dulcemente dos veces. Pero el Amor falaz, lleno de fuerzas, cruel y provocador de mis dolores, junto con la impía Fortuna y mi adversa estrella, me obligan fatalmente a que te sirva como un esclavo, ninfa de belleza admirable sobre todo lo humano, proveniente de una raza noble y encantadora, pero, me atrevo a decir, más despiadada y cruel que ninguna otra y semejante a una fiera salvaje e indómita, más rígida y desapacible que el feroz y hambriento león de Androcles.<sup>514</sup> Estas cualidades malignas desmienten tu naturaleza humana y tu imagen divina, apacible y hermosa, y denigran tu forma celeste y rara, ya que estás desprovista de humanidad y te rebelas a los fuegos amorosos de la Citerea y desprecias el imperio divino de la industriosa naturaleza. Con justa razón y por odiosa experiencia, me veo obligado a decir que he consumido en vano tanto tiempo precioso, que ha volado y huido con gran celeridad, amándote desmesuradamente día y noche, inflamado y ardiendo, y que te he elegido sólo para destruir mi vida, por lo que veo; porque, cuanto más te amo, tanto más me parece que, endureciéndote te convierto en piedra. Ay, Polia, ¿es posible que no se halle en ti ni un átomo de piedad, que no pueda encontrar en ti atención alguna a las cartas que te envío, que no pueda conmoverte con mis resonantes suspiros ni con las lágrimas que flu-

yen sin cesar de mis húmedos ojos? Estos lloran ahora su condición desgraciada y su dolorosa situación, cuando pensaban con una fe sincera que tu belleza incomparable estaba asociada indisolublemente con alguna dulzura de ánimo. Pues estos ojos míos, por su apresurado deseo y su ardiente petulancia, han sido la causa y el comienzo de la ruina y el cautiverio de mi vida y ya no puedo re-frenarlos con ninguna moderación, porque no desean otra cosa que mirar continuamente el sol brillantísimo que les ha obnubilado y me obligan a recaer en mi pernicioso condena. Tal vez, espíritu celeste e ídolo que yo venero, si no concedes atención a mis palabras escritas, es porque yo estoy ausente. Pero, amable señora mía, si me vieras destruirme y languidecer y derretirme en lágrimas y continuos suspiros en tu presencia y tratar de inclinar tu ánimo con dulzura y suplicarte misericordia, y si yo pudiera, con mansedumbre reverente y propia de un esclavo, contarte el increíble amor que te tengo y la amargura que llevo en el corazón y el fastidio que me causa esta vida odiosa y lo que sufro desgraciada y continuamente por tu causa, ay de mí, noble Polia, adorno de las ninfas, estoy seguro de que te movería a piedad y que verías claramente que merezco pedir tu favor y recibir de ti una ayuda pronta. Si, persistiendo en tu pertinaz impiedad, sigues negándome este auxilio y te muestras indiferente ante un amor tan ferviente e impetuoso, deduzco que me dices que muera por ti. ¿Qué razón tienes para consentir una desgracia tan grande? ¿Qué alabanza, qué premio, qué victoria, qué contento podrás conseguir de esto? Más bien una pública mala fama de crueldad vituperable y, tal vez, el inexorable castigo de los dioses

vengadores, el cual no cesa jamás ni deja huir al que ha cometido un crimen. No consientas pues, un mal tan vituperable sino, para tu suma gloria, vuélvete piadosa conmigo y dulce y complaciente. De ello obtendrás un adorno más para tu belleza y un alivio para nuestra vida caduca, y alegría y tranquilidad, y sentirás en breve que crece en ti un fruto dulcísimo y grato: porque no hay en el mundo tesoro más precioso que el de dos amantes que se corresponden, ni cosa más desgraciada y malvada que la de que tú seas amada y no ames. Por eso, si ahora no te muestras favorecedora de mi amor y aliviadora de mis desgracias, ¿qué quieres que haga con esta triste vida, tan nociva y dolorosa en adelante por tu culpa? Pues es cierto que, si perseveras obstinadamente en tu implacable dureza y tu estúpida crueldad, me obligarás a abandonar esta triste vida, a causa de mi pasión insoportable, y de este modo cesará finalmente tu inicua resolución y la enormidad de mi dolor. Adiós.»

Intentaba por esta vía reducirla y humanizarla y ablandarla dulcemente y mitigar la aspereza de la tarea que había iniciado, que era dura y peligrosa. Pero ni ella ni el pérfido Amor hacían caso de mis persuasivas palabras ni de mis altos juramentos, aunque yo mostraba claramente todas mis dulcísimas llamas para que ella sintiera también su dulzura y me amara con la reciprocidad que mi amor requería. Me esforzaba con el arte más ingenioso y con toda la aplicación de mi pensamiento en encender en ella aquel afecto verdadero, desnudo, simple y óptimo y aquel fuego amoroso del que me nutría continuamente y sin ningún remedio, como el piraulo.<sup>515</sup> Y además muchas veces fingía en mi imaginación soste-

ner con ella un coloquio encantador y le decía, exponiéndole mis razones con cierta audacia y con interjecciones arrancadas a mi tormento: «Oh ninfita mía de corazón inhumano y propio de una fiera, niña de naturaleza suave, pero más dura que el sólido acero y que la piedra múrice, más tenaz que un arpón, más resistente que una viga encastrada, más mordiente que un gancho y más rapaz con mi corazón que las crueles y mancilladoras arpías, ¿cómo puedes seguir mostrándote ante mis ruegos con tanta dureza e impiedad, más despiadada que Mitridates, más cruel que Alcameo, más ingrata ante tanto amor que Paris hacia Enona?»<sup>16</sup> Aleja, pues, de tu corazón de ninfa estas inicuas abyecciones y esta vulgaridad manifiesta, y muéstrate propicia a mis súplicas. Permite, señora mía, que yo consiga la tranquilidad que deseo y escucha mis suspiros atormentados y consiente en mi ardiente amor.» Entregándome así a semejantes lamentos y peticiones, no era capaz de desprenderme de la agitación que me provocaba mi continuo dolor, que se ha adherido tanto a mis entrañas y ha hecho crecer tanto sus raíces amargas en mi corazón que no sé ni puedo ni soy capaz de extirparlo por otra vía ni modo sino el de mi suprema esperanza. De menor provecho eran aún los lamentos que yo lanzaba en vano en torno a su soberbio palacio, pues ella se mostraba más sorda que Ícaro hacia las advertencias de su padre y más despectiva que Cauno ante la desesperada Biblis, aborreciendo el dulce amor, persistiendo en sus falsas opiniones acostumbradas, que se habían endurecido en ella desde su edad más tierna y virginal. Es difícil abandonar lo que se ha impuesto en el ánimo alguna vez y no se lo

puede borrar fácilmente. Por eso fue el comienzo y origen de que yo me viera enredado en aquellas envolventes y falaces redes, esclavizado en estas ataduras falsas, caducas, inciertas, fugaces y momentáneas, en estas artimañas del amor, y que me hallara subyugado y caído bajo esta molesta tiranía y desgraciada servidumbre, de manera que encontraba mi único placer y solaz amándola extremadamente y no rechazando las voladoras flechillas del ciego Cupido. Entregándome a él sin resistencia, le acepté humildemente y me dediqué sin descanso a observar sus leyes turbulentísimas, sutiles, inquisitoriales, díscolas y desenfrenadas, confiando en el aspecto angélico de ella y pensando todavía que su corazón sería tal, que la parte se conviniera con el todo, de modo que armonizara este con un conjunto tan bello, tan elegante, tan hermoso y admirable y divino, y esperando razonablemente que el saetero Cupido, que había herido íntimamente y de un modo tan cruel mi triste corazón, protegería mi amor pernicioso y no correspondido y pondría remedio a aquellos ciegos errores y me socorrería con piedad, no dejando sin recíproca compensación aquel ardor. No esperaba ayuda y remedio más que de él, si usaba contra ella su arco duro y cruel con el que me había herido duramente en el corazón lanzándome su funesto disparo sin retorno. Pero él, maltratando mi ancha herida, exacerbaba aún más su dureza y hacía crecer aún más mi mortal dolor; mas yo conservaba siempre una fe firme y una esperanza cierta de que él curaría aquella herida, ya que yo estaba completamente sometido a él y era su presa, su esclavo, su cautivo, su botín, su despojo y su abundante trofeo, y que me aplicaría el mismo remedio

que aplicó su madre piadosísima y señora mía a la herida de Eneas y que, imitando la piedad materna, me auxiliaría. Y también que, habiéndome entregado a él completamente, me prestaría la misma protección que la santa Vesta a su sierva y criada Tucia cuando, por el milagro de la criba, ocultando la culpa que había cometido, la libró del oprobio público y del suplicio infamante.<sup>517</sup> Por eso, como ocurre a menudo a los amantes, desesperado por aquel grave litigio en el que estaba privado de juez y de parte contraria, condenaba yo a los dos que se habían conjurado para mi daño mortal, llorando y lamentándome quejosamente, acusándoles de ser reos y refinados enemigos de toda humana piedad. Otras veces, alegre y contento, revocaba esta sentencia; otras, excitado como un perro rabioso e impaciente que muerde la cadena que le retiene, quería evitar y huir el áspero nudo del amor y desatarme de aquel lazo molesto. Luego, entregándome a vanas imaginaciones, fingía muchos y deliciosos solaces y placeres, falsas venganzas, temerarios insultos, peligros turbadores y una muerte intrépida; pero luego me encontraba atado más estrechamente y más sólidamente cercado. Consumiendo así mi atribulada vida en tales debates y apetitos frustrados, entre suspiros y amargos sollozos, no quedó lugar que no visitara con solicitud y que no fuera investigado por mí con una vigilancia perpetua y escrutadora y no hubo caminos ni calles ni pequeños senderos, por impracticables que fueran, que no recorriera, explorándolos vigilante y frecuentándolos para ver de hallar la manera de volver a encontrarla.

Ocurrió por último que, estando Amor y Fortuna apaciblemente unidos en conjunción benigna, me condujeron, sin yo esperarlo, al templo sagrado al que ella iba frecuente pero ocultamente. Y encontrándola aquí sola, mi corazón, olvidando todo otro deseo, semejante a un león que asalta a su presa, me hizo acercarme a ella furiosamente juntando todas mis fuerzas, pero, derretido súbitamente como la cera por un fuego cercano, me encontré exánime y consternado. Y no sabiendo qué hacer ni qué decir, comencé a hablarle con palabras rústicas y desaliñadas, abandonado por todas mis fuerzas, de modo que apenas me quedaba una voz trémula y una escasa presencia de ánimo, con el aliento casi incapaz de salir de entre mis labios y la lengua paralizada por la tristeza y con todo el cuerpo y los miembros entorpecidos y temblorosos, lamentándome: «Ay de mí, Polia, áurea y preciosa columna de mi vida, única esperanza de consuelo para mis penas, han transcurrido ya muchos días durante los que no sólo te he amado con fervor extremo, sino que te he venerado como a una deidad y te he adorado en detrimento de los dioses, con mi corazón inmolado en el holocausto de una ardiente llama como si fuera uno de los sacerdotes que hacían sacrificios a Belona,<sup>518</sup> y he puesto mi vida espontáneamente bajo tu arbitrio y voluntad. Sin embargo, desgraciado de mí, te has mostrado injustamente cruel conmigo y más irritada y exterminadora de todo mi bien que si hubieras sido herida por mí, como Juno cuando perseguía por sus iras a los troyanos, y más hostil que las piedras de Britania a las abejas que hacen miel y más contraria a mi voluntad que Tetis contra su enemigo Vulcano y más desagradable de lo que le era a Lucio su cola mó-

vil,<sup>519</sup> más nociva que la helada a los frutos y que el sonoro granizo a las frondas tiernas y que el ardiente Febo a las flores primaverales y a los prados herbosos.»

Finalmente, queriendo aplacarla, volverla propicia y complacerla con toda la dulzura de mi corazón y con unas palabras suaves y mansas, y apartarla de su propósito duro y obstinado y de su rígida y feroz voluntad, y tranquilizar sus agitaciones y su ánimo refractario e inconveniente y moverla a piedad y misericordia y modelar su ferocidad y curar su corazón enfermo de maldad con mis lágrimas y suspiros, y colmar con mi amor abundante la penuria de sus afectos, acariciándola tierna y dulcemente entre lágrimas y suspiros dolorosos, intentaba reducir la rigidez de su pecho y suavizarlo y alimentarlo. Una tierna ramita de mimbre, por frágil y seca que esté, puede ablandarse por medio de un líquido y un poco de fuego, y ser retorcida hasta formar una guirnalda junto con otras; pero esta, aunque su sexo frágil y tierno es flexible y apto para arder de amor, no se encendió, ni se enterneció con mi amor ardiente ni con las abundantes lágrimas—la afligida Isis no lloró con tanta ansiedad por su amado Osiris—, ni con mis palabras amables, ni fui capaz de hacer que aceptara mi amor cordialísimo. Nada la podía seducir ni hacerla cambiar de ninguna manera, aunque yo le ofrecía con gran pureza el corazón más sincero y más exento de cualquier otro amor y un afecto resplandeciente, tal como no fue el que demostró Tiberio Graco a su amadísima esposa Cornelia cuando creyó en el prodigio de las dos serpientes;<sup>520</sup> mayor que el de la reina Alcestis, que quiso sufrir espontáneamente la muerte por su queridísimo esposo;<sup>521</sup> y mayor sin compara-

ción que el amor que demostró aquella que llegó a tragar carbones encendidos de la ardiente pira del marido, al que lloraba e invocaba;<sup>522</sup> y aún mayor que el de la amantísima Pantea hacia su consorte,<sup>523</sup> y que el amistoso afecto de Pílates hacia su Orestes.

En fin, queriendo tornarla tratable y bien dispuesta, perseveraba en mi propósito de volver manso y domesticar su corazón selvático y fiero, y proveerle de alguna humanidad y ternura. Pero él se endurecía y persistía inmovible, indómito, sin inmutarse y volviéndose como de piedra, tan ignorante de la mansedumbre y exento de piedad como si ella hubiera nacido en Hircania o en la tenebrosa selva de Ida entre las rudas y nudosas encinas y fuertes robles, o en el monte Ismaro, o se hubiera criado entre los antropófagos o entre las horribles furias del Cíclope o en la caverna de Caco o entre las Sirtes.

Su crueldad hacía que yo continuara constantemente en mi atormentada exasperación y en mi dolor no simulado y mi tristeza, por lo que comenzaron de nuevo a resonar en mi pecho en llamas los roncosp suspiros, aún más dañinos, más estrepitosos que los rugidos de un león famélico o febril en un antro sonoro o una caverna. Pensando haber soportado en vano por su obstinación tantas fatigas y considerando que no se puede llenar un tonel sin fondo, casi desesperando de una empresa tan ardua, se acumulaban en mis ojos llorosos fuentes de lágrimas infinitas, más dolorosas que las que destila la atormentada Mirra en su dura corteza.<sup>524</sup> Por eso, mi amorosa enfermedad crecía fuera de toda medida e improbablemente, de modo que me encontraba en un estado de multiplicado incremento y creciente aumento del tor-

mento incesante de mi corazón enfermo hallándome sin ninguna esperanza al considerar que ella persistía en su crueldad, tras haber escuchado mis lamentos atormentados y mi llanto y haber contemplado mi increíble amargura; ella permanecía helada con mayor rigidez que la fuente Estigia de Arcadia y totalmente desprovista y carente de cualquier benevolencia, sin dar signo alguno de benignidad, así que sentí que mi genio, testigo de aquellas injurias, se disponía a huir rápidamente. Y aquí en el templo, en presencia de aquella que, impertérrita, inmovible y con el ánimo obstinado, veía la prematura muerte que me sobrevénía, llorando y ahogándome, implorando misericordia, caí al suelo de espaldas y quedé como muerto.

Nadie emprende cosas nuevas si no se arrepiente de las pasadas. Por este motivo ella, tal vez instigada por los dioses y advertida de su malignidad y perversidad rígida e inhumana, regresó al día siguiente por la mañana, antes del amanecer al templo violado para contemplar el crimen que había cometido la víspera con mi alma. Y abrazándome piadosamente con virginales caricias y dulce ansiedad y entre suspiros y besos infinitos y salvajes lamentos, llorando y rociándome con sus abundantes

lágrimas, llamaba dulcemente a mi alma. Esta, apenas salió de mi cuerpo, fue transportada y llevada a la presencia y ante el alto trono

de la divina diosa madre. Y cuando

volvió al familiar domicilio

de mi cuerpo vacío,

jubilosa y llena de

alegría por la victoria y la gracia

que había obtenido, me dijo así, alegremente:

POLÍFILO PROSIGUE SU NARRACIÓN Y CUENTA QUE SU ESPÍRITU, AL REGRESAR A ÉL, SE LE APARECIÓ Y LE HABLÓ ALEGREMENTE, DICIÉNDOLE QUE HABÍA ESTADO EN PRESENCIA DE LA DIVINA PAFIA, PROPICIA Y BENÉVOLA, Y QUE, TRAS HABER OBTENIDO SU GRACIA, ESTABA DE REGRESO FELIZMENTE PARA VIVIFICARLE.



H, PEQUEÑO CUERPO MÍO, MI GRATA morada y amadísimo domicilio, exulta amorosamente de contento y placer y extrema alegría y tranquilo solaz, olvidando todas tus graves perturbaciones y dolores malignos y deseos afflictivos, y vuelve a cobrar ánimos, pues el tuyo regresa a ti, y pon atención a las dulzuras que hemos conseguido y a los amores obtenidos y a la victoria alcanzada y al triunfal trofeo que hemos tomado con justicia, que nunca victoria alguna habrá estado tan adornada como la nuestra con tales botines y despojos y trofeos e insignias tan diversas y soberbias, ni habrá sido tan gloriosa. Por eso, suprime completamente tus afflictivas angustias y tus ingratas tristezas y convierte tantas ataduras y una opresión tan agobiante en libertad preciosísima, ya que te encuentras desencadenado, desligado y libre, y cámbialas en placeres festivos, porque en los siglos que corren no se encontrará jamás alguien mas afortunado y feliz que tú, por las gracias que has obtenido. Por eso, no dudo un ápice que los benévolos dioses superiores se han apiadado de mí y

favorecido y patrocinado mi causa amorosa. He visto cosas que, aunque quisiera contarlas durante largo tiempo, apenas sabría expresarlas. Pues la señora Venus estaba entonces sin duda apartada y lejana de la fría, entumecida e infecunda virgen Astrea<sup>225</sup> y alejada del vengativo y nebuloso Orión y del hirsuto Áries, cuando, muy agitada y gimiente, me presenté ante aquel trono excelso y divino en presencia de su grave, santa y severa majestad. Allí, lamentándome, acusé a su hijo malhechor e inicuo, lo mejor que pude, de que, siendo yo inocente, libre de culpa e irreprochable, me había dado con sus flechas hirientes y rápidas, en mi corazón, ya herido como una criba, más punzadas que granos hay en una haba; y que, aparentando concederme bienes y falsas delicias, había adelantado el término asignado a mi vida y me había



arrancado amargamente de mí agradable y alta fortaleza y me había entristecido a causa del amor de una doncellita crudelísima, volviéndome errante y vagabunda, fugitiva, proscrita, pálida y desprovista de reposo.

Habiendo oído con benevolencia mis quejas y lamentaciones, la deidad gloriosa y sublime señora llamó inmediatamente a su presencia a su hijo volador y le preguntó por la causa de tantos males. Entonces él, sonriendo de un modo seductor, se apresuró a decir: «Madre amorosa, no transcurrirá mucho tiempo sin que estas discordias y litigios sean acordados y acomodados con recíproca igualdad.» Apenas hubo pronunciado graciosamente estas palabrillas, volviéndose hacia mí (y mostrándome la verdadera y divina efigie de Polia), dijo con dulce voz:

«Contempla atentamente esta hermosa imagen: ¿Cuántos, por grandes que fueran, no se darían por satisfechos y se considerarían felices y dichosos sólo con poder contemplarla, y no digamos si fueran amados por ella? Ni si guiera a Talasio le tocó en suerte semejante virgen en el rapto de las Sabinas. Observa y aprecia y maravíllate de estos regalos preciosísimos y raros que te dan los dioses que no deben desdeñarse, porque, aunque nosotros acostumbremos a concedérselos a los terrestres, es verdad que muchos de ellos los querrían y no pueden conseguir una cosa como la que yo te doy ahora graciosamente y las primicias de tan glorioso conjunto de virtudes y bellezas corporales que como yo te ofrezco a cambio de nada.»

Y luego dijo así a su madre: «Señora madre, gloriosa nodriza de los cálidos amores, esta es la causa del mal y del duelo y del exilio pernicioso y molesta proscrición



de esta alma pobre y desgraciada, desterrada y doliente. Pero, alma desconsolada, en breve contentaré completamente tu deseo y te haré volver sin daño al lugar de donde has sido arrancada. Quiero unirte y juntarte estrechamente con tu cruel adversaria y remover y romper todos los obstáculos que se oponen a la penetración de mi vuelo.» Habiendo entonces cerrado sus labios divinos, tomó sus armas ardientes, penetrantes y agudas de la aljaba que pendía de su flanco santísimo, y entonces vi claramente que lanzó con su arco curvo y rigurosamente tenso hacia el delicado pecho de la imagen que me había mostrado una flecha de oro con la cola de mordientes espinas y adornada de diversos colores. Apenas esta saeta hiriente y resplandeciente se clavó en él, propagando el fermento del amor, aquella muchacha, mostrándose fle-



xible, fácil, dulce y benévola, se inclinó alegremente, prosternándose, mostrando una discreción de ninfa, como los que, débiles e inermes, no son capaces de resistirse a la crueldad y fiera maldad que se emplea con ellos.

Entonces, estando allí en la presencia felicísima de aquellas tres personas, dos de ellas divinas y la tercera poco menos que celestial, como yo la consideraba, vi clara y abiertamente unas visiones misteriosas y arcanas, lo que es concedido raramente a los ojos y sentidos materiales de los mortales. Pero yo que, por especial gracia e indulto singular y privilegio gratuito, contemplaba cuidadosa y atentamente el regalo divino que, herido, me ofrecía graciosamente el ardiente Cupido, esperaba conquistarlo junto contigo<sup>526</sup> para gozarlo amorosamente. Allí, completamente alucinada y atónita de que en un pe-

queño cuerpo de ninfa se acumularan todas las gracias en tal alto grado y aquel hermoso agregado de bellezas, miraba y remiraba este bello y perfecto conjunto de hermosura que causaba admiración incluso a los dioses presentes y, entre otras cosas bellísimas y celestiales, dos ojos resplandecientes y espléndidos, más claros que estrellas matutinas, tales que dirías que bajo aquellas cejas resplandecían dos Febos, en los que centelleaban incesantemente unos rayos de oro que comunicaban a mi vista el brillante esplendor de todas sus nobles virtudes. Hacían estos vacilar mi atenta mirada poco menos que los rayos del sol resplandeciente, y me eran, sin comparación, más saludables y agradables que la proximidad de la costa a los náufragos, y más que la salud recuperada al enfermo, y más de lo que le fueron las deseadas riquezas a Darío y las victorias a Alejandro, y más que la crecida del húmedo Nilo a los campos egipcios, y más que a Baco la tierra cultivada, y a la rubia Ceres los blandos terrenos de labranza. Allí, aquella ninfa bellísima, adorno etéreo, la más hermosa de las hermosas, se ofrecía amablemente con su pecho lácteo, en el que Amor había hecho su delicioso vergel y amenísimo jardín, y que era plantel y huella manifiesta de Júpiter. Sus abundantes cabellos de oro, trenzados rodeaban con arreglo ninfal en la noble cabeza, apretados en torno a ella sin ayuda del arte de la peluquería, dejando escapar rizos flotantes y cayendo en parte en ondas sobre los hombros blanquísimos. Blanqueaba en estos una candidez de nieve mezclada con licor rosado, haciéndola más deseable que el oro sagrado a la inicua Atalanta y más que al esclavo Myrmex,<sup>527</sup> y más que el brazaletes a la traidora Tar-

peya;<sup>528</sup> y no fue tan oportuna la corona de laurel a la calvicie de César, ni tan saludable y eficaz a la enamorada Faustina la sangre del desgraciado gladiador, cuánto se ofrecía ella como medicina oportuna, saludabilísima y eficazísima a mi ardor de horno, más grata de lo que le pareció a Lucio el agua fangosa cuando estaba abrasado por la borra de estopa.<sup>529</sup> Pues tal es su belleza, que no creo que fuera semejante la de Deiopea, prometida a Eolo.<sup>530</sup> Estando yo, pues, arrebatada de este modo y embelesada y estupefacta por la contemplación de aquellas obras celestiales, la divina madre, habiendo cortado el curso de mis abundantes lágrimas y escuchado benévolamente mis lamentos dignos de compasión, habló con inefable majestad y santidad y con una voz venerable y nunca oída entre los mortales, capaz de serenar los cielos tempestuosos, de arrebatarse al belicoso Marte su temible armadura y a Júpiter los rayos de sus propias manos, de rejuvenecer al viejo Saturno, de volver negro como un etíope al bellissimo Febo, de hacer balbucear al elocuente Cilenio<sup>531</sup> y de corromper a la casta Diana, y profirió palabras divinas con un aliento divino y con tal afable armonía que no se le igualó la que, saliendo de la flauta vacía colocada entre los labios de Mercurio el de los talones alados, resonó en los oídos de Argos, el de los mil ojos. Por su suavidad se transformaría el pedernal de Libia e incluso los diamantes indios, que se volverían blandos y se romperían.

Y hablando de este modo, me aseguró mi salvación y la prosperidad de mi amor y mi feliz regreso a ti. Y dijo a su hijo, sonriendo de un modo encantador: «En cuanto a ti, si por casualidad apartaras a la muchacha que has herido de este oficio amoroso y la hicieras abandonar el

alma aquí presente, responderá ante mí. Así pues, pequeño cuerpo mío, mi albergue, líbrate de todos tus ásperos dolores y de todo sufrimiento y recíbeme en ti toda entera, unida a ti como no lo estuve jamás. Vuelvo con un famoso nombre impreso en mí, por el cual huí de tu lado y que está grabado, impreso y sellado en mí, más creciente y fecundo que los de Enona y Paris, esculpidos en la rugosa corteza de los árboles, y de allí nunca será borrado ni quitado, sino que permanecerá sellado eternamente. Ahora, huésped amantísimo, recíbeme como habitante tuya que, para remediar tus graves e insoportables tribulaciones, ha atravesado y pasado por tantas aguas de llanto y por tanto fuego de amor y por tan supremos trabajos y finalmente ha sido transportada a un lugar en el que no pueden estar tus semejantes; hasta tal punto he experimentado la bondad divina que, separada de ti durante un tiempo, te traigo con mi regreso una salud vigorosísima e intacta.» Yo respondí al genio que había regresado a mí: «Ven, habitante mía y señora de la más alta atalaya de mi mente, óptima parte de mi razón. Ven, corazón mío, domicilio de mis ardores. Ven, parte extrema donde tiene su residencia Cupido, mi exhortador, y hagamos los dones de la convalecencia,<sup>532</sup> festejando tu regreso.»

<sup>532</sup> *Convalescentia*, *Convalescentia*.

POLÍFILO DICE QUE APENAS SE HUBO CALLADO SU ALMA, SE HALLÓ VIVO ENTRE LOS BRAZOS DE POLIA. LUEGO, ROGANDO A LA SACERDOTISA QUE LES UNIERA A AMBOS EN UN AMOR PERPETUO, PUSO FIN A SU DISCURSO. Y POLIA CONCLUYE EL RELATO QUE HIZO A LAS NINFAS DE CÓMO SE ENAMORÓ DE POLIFILO, Y ÉL DE ELLA.



ENERABLE Y SANTA MATRONA, DIGNÍSIMA e ilustre sacerdotisa de este templo sagrado, tal vez parezca increíble e indigno de crédito el hecho de que, apenas mi alma hubo dado fin a sus saludables razonamientos y vuelta a mí la apetecible vida, me encontrara de pronto fuertemente estrechado entre los brazos y cubierto por los besos dulces y sabrosísimos de esta ninfa, olorosa flor virginal. En el orden en que esta, encantadora, festiva y elocuentemente, ha narrado nuestro caso, creció maravillosamente en nuestro interior nuestro amor hasta el momento presente. Por eso, ya que ahora estamos ante ti, insigne religiosa y sacrosanta presidente de este lugar, te corresponde por derecho propio alejar y apartar todo el mal y hacer que prospere el bien y elevar las cosas humildes y bajas y dirigir y sostener las vacilaciones y poner luz en las cosas oscuras, y enmendar y corregir las adversas. Así pues, te pedimos que establezcas entre nosotros con igualdad un lazo indisoluble y que unas nuestros ánimos en una sola voluntad y confirmes y establezcas nuestro sólido y mutuo amor, ya que

estamos dispuestos a someternos y ser esclavos perpetuos de la madre divina, sirviendo a su alto imperio.» Y entonces Polifilo se calló.

La divina sacerdotisa nos hizo besarnos amorosamente sin tardanza y dijo: «Hágase la voluntad de los dioses inmortales. Me parece santo y justo que paséis de vuestro primer estado a uno más laudable. Sed, pues, benditos por mí y vivid felices en vuestro amor y visitad a menudo este templo santo, que será vuestro refugio y el seguro protector de vuestro amor mutuo y de vuestro cariño recíproco. Y si uno de vosotros pone obstáculos a este amor sagrado, que sea perseguido por las flechas dañinas y temibles y por los venablos de Cupido, y que él hiera a uno con la de oro y al otro con la funesta saeta de plomo.»

Tal fue, ninfas gloriosas, la aventura y el origen de nuestro amor, en cuyas ardientes llamas nos abramos de un modo parejo, tal como he narrado largamente, tal vez causándoos aburrimiento. Con estas palabras Polia, casi cansada por la prolijidad de su discurso, le puso fin. Y encerrando modestamente su aliento de almizcle en aquellas filas de perlas orientales y entre los labios de púrpura, se calló.

\*

CUENTA POLÍFILO QUE CUANDO POLIA SE CALLÓ, HABÍA TERMINADO AL MISMO TIEMPO LA GUIRNALDA DE FLORES, QUE LE PUSO EN LA CABEZA, BESÁNDOLE SUAVEMENTE. LAS NINFAS, QUE HABÍAN ESCUCHADO DURANTE TODO AQUEL TIEMPO LA HISTORIA DE AMOR, VOLVIERON A SUS PLACERES Y SE DESPIDIERON. POLIA Y POLÍFILO SE QUEDARON SOLOS, HABLANDO DE AMOR. Y POLIA, ABRAZÁNDOLE ESTRECHÍSIMAMENTE, DESAPARECIÓ JUNTO CON EL SUEÑO.



NO DUDO UN ÁPICE QUE LAS AGRADABLES ninfas que durante tan largo rato habían escuchado atenta y benévola-mente, además de tomar de ello un gran placer, sintieron no poca admiración de los amores que Polia, aún siendo una chiquilla, les había narrado con tanta claridad y elegancia. Y cuando la prolija historia terminó, se levantaron todas del apacible sitio en que estaban sentadas. Polia, según iba narrando con elocuencia suma y maravillosa, tejía al mismo tiempo las florecillas olorosísimas en una guirnalda redonda que, cuando dio fin a sus dulces palabras, puso afectuosamente en mi cabeza, estando yo de rodillas, y me besó como una paloma con sus labios que sabían a néctar y cinamomo. Las ninfas la alabaron extremadamente, aprobando su encantadora forma de hablar y su elegante elocuencia y hermosos gestos y la preclara belleza que había habido en su pulidísimo discurso, que había sido elevado y digno de recuerdo. Y

luego dijeron que les había resultado gratisimo conocer su alto y noble origen y su egregia estirpe y la generosa pro-sapia de su insigne, ínclita y antigua familia, y el feliz término de su amor, que había narrado de forma tan ordenada.

Enseguida volvieron todas muy alegres y risueñas a sus esparcimientos ninfales y juegos y placeres, comenzando a tocar los instrumentos que habían permanecido mudos y a acompañarlos con cantos celestes, danzando en corro en torno a la limpidísima fuente sagrada, de la que fluían con susurro encantador dulces aguas por los prados tiernos, cubiertos de rocío y adornados con flores de distintos colores bajo las espesas sombras de los bosquecillos amenos de árboles frutales. Y aquí, tomándonos a Polia y a mí, nos enlazamos todos festivamente en el alegre corro, saltando ellas con eximia alegría, con gestos hermosos, ninfales y deliciosos, y batiendo palmas, entregándonos durante un rato a un solaz y placer inefables. Tras haber hecho gran fiesta y muchos bailes y danzas, las ninfas se alejaron de allí con placer indecible, después de haberse despedido de nosotros cariñosamente con palabras amistosas y dulcísimos abrazos mutuos y mordientes besos.

Entonces, permaneciendo solos en aquel lugar santo y amenísimo yo y mi delicada Polia, comencé a decirle, inflamado por fuegos venéreos y deliciosos, excitado por el incremento de mi amor: «Valerosa<sup>533</sup> Polia deseadí-sima, elegantísima delicia mía, ahora que ha sido arrojado para siempre todo pensamiento vulgar y toda turbia duda, tú eres la única que he elegido entre las mortales, ninfa dotada de preciosas magnificencias, que conservas intactas las primicias amorosas de tu persona florida y

pura, por la que me he afligido dolorosamente, con mi ánimo atado y encadenado a tu afecto gratísimo, hasta el punto de que no he estado tranquilo y sin el peso de la amargura ni un solo instante. Pero ahora te has con vertido para mí en algo más grato que el claro día para los mortales y más adecuada y oportuna que la cosecha anual para la alimentación de los hombres: conserva, pues, con amorosa custodia en tu amor eterno a mi alma. Sólo tú eres tan sumamente bella, tan superiormente deliciosa, que nunca se podría imaginar crear con la fantasía algo más elevado, cargada con un coro de todas las virtudes de honestidad y de dignas costumbres, acompañada de toda clase de bellezas, imagen admirable ofrecida por el cielo a mi contemplación, a quien estoy ligado eternamente con un amor profundo, cuidadosamente escogida entre infinitas muchachas como la más hermosa, principal señora de mi vida y mi querida protectora, única emperatriz triunfante de mi corazón inflamado y casto que ha caído en el abismo de semejante ardor amoroso y al que sólo tú has vencido, llevándote con justicia los despojos de mi vida y el elevado trofeo, tú, única diosa de mi alma y de todo mi bien.» Y cuando hube dicho esto, ella me respondió sin demora:

«Polífilo, delicia mía, mi único y alegre reposo, mi ameno solaz y delicioso placer y principal contento de mi mente y dueño legítimo de mi corazón apuñalado y atravesado, más estimado por mí que todos los tesoros preciosos y riquezas y las más opulentas gemas del mundo: te ruego que no pongas en duda lo que ahora sabes abierta y claramente y que has podido comprender cuando lo he expresado en la divina presencia de tantas nin-

fas, que yo me entrego completamente a ti con todo lo que me pertenece y me rindo completa y justamente y te prometo que llevaré siempre en mi corazón tenaz y ardiente tu precioso amor como habitante eterno. Soy tuya firmísimamente y nunca fui de ningún otro, y lo seré aunque viva más años que el terebinto del Hebrón.<sup>534</sup> Tú eres la sólida columna y soporte de mi vida y mi apoyo verdadero e inmutable y mi principal amor, en el que veo claramente establecida toda mi esperanza de salvación, atada con lazos de diamante y cadenas indisolubles, y de la que no puedo separar ni distraer mis ojos ni dejar de mirarla.» Y abrazando mi cuello con sus brazos lácteos e inmaculados, me estrechó y me besó, mordiéndome suavemente con su boca de coral. Y yo, sintiéndome morir, le devolví el beso con la lengua dulce y húmeda y, transportado por una extrema dulzura, le di al besarla un mordisco más dulce que la miel, mientras que ella, cada vez más excitada, se colgaba de mí como una guirnalda, estrechándome entre sus brazos. Entonces vi que un rubor rosado y adorable nacía en sus níveas mejillas y se extendía por el brillante marfil de su piel como un tinte purpúreo que le daba una gracia suprema y servía de adorno a su belleza.

Aquella extrema dulzura hizo surgir en sus ojos brillantísimos unas pequeñas lágrimas que parecían cristal transparente y perlas redondas, más bellas que las de Euríalo<sup>535</sup> y que las que la Aurora vierte a modo de rocío sobre las rosas matinales. Y suspirando, aquella imagen celeste semejante a una diosa se disolvió en el aire entre un vapor de fragancia desconocida, como una espiral de humo de ámbar y almizcle que se eleva, oloroso, en el

aire con gran placer de los espíritus celestes, y desapareció de mis ojos rápidamente junto con el sueño delicioso, diciéndome: «Adiós, Polífilo, querido mío que tanto me has amado.»

[XXXVIII]

ACABA AQUÍ POLÍFILO SU LUCHA DE AMOR EN SUEÑOS, LAMENTANDO QUE AQUEL NO FUERA MÁS LARGO Y QUE EL SOL ENVIDIOSO PRODUJERA EL NUEVO DÍA.



IÉNDOME ARREBATADO AQUEL PLACER inconcebible y apartado de mis ojos aquel espíritu angélico y retirado de mis miembros adormilados el dulce y suave sueño, me desperté, ay de mí, amorosos lectores, muy afligido de que me hubiera abandonado el abrazo de aquella imagen feliz y deliciosa presencia y venerable majestad, habiendo pasado de una dulzura maravillosa a una amargura intensa cuando se alejaban de mí mirada aquel sueño gratísimo y aquella sombra divina, cuando se disipó aquella misteriosa aparición por la que había sido conducido y elevado a pensamientos tan altos y sublimes y secretos. Tal vez el sol, llevado por la envidia de un sueño tan feliz y queriendo robárselo a la gloriosa noche, como público enemigo y sicofante de la madre divina,<sup>536</sup> vino de pronto a pintar con sus luminosos esplendores de color rosado a la blanca Aurora y a detener el curso de aquella noche eterna. Y cuando el

nuevo día se iluminó y se interpuso entre aquella y yo, permanecí lleno de un dulce y penetrante engaño. Pensad, pues, qué lívida palidez de indignación habría tenido aquel si yo hubiese disfrutado realmente de los favores voluptuosos de una muchacha tan hermosa y divina y de una ninfa tan insigne, que no hubiera permitido concederme una noche tan larga como la de Alcmena,<sup>537</sup> ya que aquella era una diosa y a los mortales no les está permitido nada semejante. Ay de mí, ¿por qué no moderó su rapidez, apiadándose de mi descanso, y no retrasó un poco el cumplimiento de su deber? ¿Y por qué no me fue concedido entonces el sueño estigio encerrado en la caja de la curiosa Psique? Entonces Filomela,<sup>538</sup> cantando tristemente al despuntar el día, revelaba las violencias del adúltero e infiel Tereo, diciendo con sus cánoros trinos: «Threus, Threus, eme, ebiasato!»,<sup>539</sup> escondida entre las zarzas espinosas y entre los bosquecillos de jóvenes encinas de denso follaje, envueltas en enredaderas. Yo, saliendo del dulce sueño, me desperté de repente suspirando y diciendo: «Adiós, pues, Polia».

En Treviso, cuando el desgraciado Polifilo estaba liberado de las preciosas ataduras del amor de Polia.

EN LAS CALENDAS DE MAYO DEL AÑO 1467<sup>540</sup>

## EPITAFIO DE POLIA<sup>541</sup>

Feliz Polia, que vives enterrada,  
Polífilo, descansando de su Marte ilustre  
Hasta conseguido ya que veles como protectora.

## EPITAFIO EN EL QUE HABLA POLIA

CAMINANTE, DETENTE UN POCO, TE LO RUEGO.  
ESTA ES LA TIENDA DE PERFUMES<sup>542</sup> DE LA NINFA POLIA.  
¿PREGUNTAS QUIÉN ES POLIA?  
POLIA ES AQUELLA FLOR HERMOSÍSIMA,  
PERFUMADA CON TODAS LAS VIRTUDES, QUE,  
A CAUSA DE LA ARIDEZ DEL LUGAR,  
NO ES CAPAZ DE VOLVER A CRECER  
NI SIQUIERA CON LAS LÁGRIMAS DE POLÍFILO.  
PERO, SI ME VIERAS FLORECER COMO PINTURA EXIMIA,  
TE DARÍAS CUENTA DE QUE AVENTAJA A TODAS  
EN HERMOSURA,  
Y DIRÍAS: «FEBO, LA QUE TU ARDOR DEJÓ INTACTA,  
FUE MUERTA POR LA SOMBRA.»  
AY, POLÍFILO, DEJA DE LAMENTARTE:  
LA FLOR QUE SE HA SECADO NO REVIVE JAMÁS. ADIÓS.

## NOTAS

1. Para *Leonardo Grassi* o Craso véase *Introducción*, p. 19.
2. Para *Gianbattista Scita* véase *Introducción*, p. 20. Dísticos latinos.
3. Se refiere a *Baco*, que nació dos veces: una, prematuramente, de su madre Semele, y otra del muslo de Júpiter, que completó la gestación cuando ella murió.
4. Dísticos latinos.
5. En lengua vulgar.
6. Poema anónimo en tercetos en lengua vulgar, con abundantes palabras vénetas. Traduce a (4).
7. Para *Andrea Marone* véase *Introducción*, p. 20.
8. Este epitafio da a Polia por muerta y temporalmente resucitada para los doctos por Polífilo en sueños. No es contradictorio que en la dedicatoria que sigue se la interpele como viva, porque quien habla en ella es ya el mismo Polífilo. Al final de la novela hay dos epitafios más que la lloran.
9. Sobre la cuestión del estilo comenzado y abandonado, véase *Introducción*, p. 33.
10. *Matuta Leucothea*: diosa de la mañana.
11. *Cintia sin cuernos*: la luna llena.
12. Las *Híades*. Se trata de las siete hijas de Atlas y Etra, que flo-raron la muerte de su hermano Hías hasta que los dioses las convirtieron en estrellas, cuya aparición coincidía con el comienzo de las lluvias de primavera.
13. El Insomnio.
14. Se refiere al calzado femenino con suela de corcho.
15. *Toga* también en el original. POZZI piensa que se trata de una forma anticuada de referirse al vestido en general. Según CALVESI, podría tratarse de una alusión a la indumentaria «a l'antica» de los «fratres» de la academia de Pomponio Leto. A lo largo de casi toda la novela, Polífilo aparece obsesionado por la fealdad de sus ropas, por sus desgarrones y por las espinas que se pegan a ellas a lo largo de su viaje iniciático, hasta que se le concede un vestido nuevo, de claras connotaciones simbólicas (capítulo XXIII).
16. Se refiere a Títono, amado por la Aurora, que le concedió la

inmortalidad pero no la juventud eterna, por lo que fue envejeciendo y arrugándose, y finalmente se metamorfoseó en cigarra.

17. En el original: «achori», «barba silvana», «lisimachia» y «muscariata imperatoria». Casi todas ellas proceden de Plinio. Ver POZZI, *Commento*, p. 56.

18. Constelación de Capricornio.

19. La palabra del texto original es «rhombo».

20. Se refiere a la hierba que protegió a Odiseo de los encantos de Circe. Plinio la describe con raíz negra y la denomina mercurial como hallada por Mercurio (*Nat. Hist.* xxv, 26).

21. Serpiente cuya mordedura provoca calentura y una sed ardiente, mencionada entre otros por Lucano y Ovidio.

22. En el original: «coronetta undulata».

23. Nombre inventado por Colonna. *Libicus* señala una procedencia presuntamente egipcia.

24. El período «No de otro modo...» debería ir después del que comienza por «En cuanto a los Gigantes...», pero respetamos el orden del texto original.

25. Según Vitruvio, es areóstilo el edificio en el que los intercolumnios son mayores que tres módulos, es decir, que tres veces el diámetro inferior de las columnas (111, 3).

26. *Sic*. Término que se emplea aquí en un sentido distinto del vitruviano, aunque prácticamente la totalidad de la terminología arquitectónica de este capítulo depende de Vitruvio y Alberti, así como las proporciones de los elementos.

27. *Hypothesis*: confusión de Colonna del término vitruviano «apothesis», que es la parte en que la columna se une con el capitel.

28. Enumera aquí Colonna todos los tipos de pórtico hipóetro, es decir, a cielo abierto, que conoce. Los hemos traducido lo más ceñidamente que nos ha sido posible, pero damos aquí las palabras originales, por considerarlas de especial interés: «suscipava de Hippodromo, overo di Xysto, overo Paradromyde, overo Ambulacri, coie Ambulatione, overo ampla latitudine di portici hypetri, overo loco de temporario Euripo.» Traducimos «Xysto» por «pista de carreras» porque deriva de Vitruvio (v, 12), que dice que servía para que los atletas corrieran en invierno. Y «Paradromyde» por «paseo porticado», aunque en realidad es un término equivalente al anterior. El «Euripo» es una parte de la espina del circo romano que podía inundarse para exhibir animales acuáticos.

29. Perillo, no *Perylaos*, escultor ateniense constructor de un toro que «mugía» si se encerraba dentro a un hombre y se calentaba el metal. Él fue el primero en experimentar los efectos de su invento (Plinio, xxxiv, 8). Hiram fue un bronceista tirio que trabajó para el templo de Salomón.

30. Este detalle no aparece en los grabados de las ediciones italianas, aunque sí en las Kerver francesas.

31. Se refiere al caballo de un tal Seius, que, según Aulo Gelio (iii, 9), traía la desgracia a quien lo poseía.

32. «Trabajo y talento».

33. «Estaría desnudo si no me cubriera el animal. Busca y encontrarás. Déjame.»

34. «Quien quiera que seas, toma de este tesoro tanto cuanto puedas. Pero te aconsejo que tomes la cabeza y dejes el cuerpo.»

35. «Sacrifica a Dios con generosidad los dones de la naturaleza obtenidos por tu trabajo. Así, poco a poco irás conformando tu ánimo con el suyo. Él custodiará firmemente tu vida, gobernándola con misericordia, y te conservará incólume.» El jeroglífico está compuesto de modo ideográfico, correspondiendo cada objeto del dibujo a una o más palabras latinas: bucráneo = «ex labore», ojo = «Deo», pájaro = «naturae», altar = «sacrifica», páttera = «liberaliter», ovillo = «paulatim», aguamanil = «reduces», vaso = «animun», suela = «subiectum», ánco-  
ra = «firmam», oca = «custodiam», lucerna = «vitae», mano = «tuae», olivo = «misericorditer», timón = «gubernando», ganchos = «tenebit», delfín = «incolumem», cintas = «que», cofre = «servabit».

36. «Origen», «linaje».

37. *Rectas* designa a las líneas verticales; *transversales*, a las horizontales. Toda la explicación geométrica que sigue hace pensar que en el manuscrito hubo uno o más esquemas dibujados y señalados con letras, que luego no se tallaron. POZZI ha tratado de reconstruirlos (*Commento*, pp. 70-73).

38. El corte sintáctico que se observa entre estas oraciones y la siguiente, parece indicar que justamente aquí debía ir colocada una estampa que finalmente no se incluyó.

39. *Stylopodio* y *columnipedio* son palabras inventadas por Colonna basándose en la vitruviana «stylobates». Designan el pedestal de las columnas, que otras veces, siguiendo a Alberti, denomina simplemente «aras».

40. Se trata de Vulcano, representado en su fragua forjando las

alas de Cupido. Tanto esta escena como la del otro pedestal, derivan de plaquetas y medallas de bronce del siglo xv, especialmente abundantes en el Véneto. Véase *POZZI*, «La cultura figurativa di Francesco Colonna e l'arte veneta», pp. 159-160, y el *Commento*, pp. 77-78. *CALVESI* las hace depender de una plaqueta de Bertoldo (Londres, Victoria and Albert Museum).

41. Parece tratarse de Minerva, por los atributos del casco y la lanza, pero el detalle de los pechos desnudos hace dudar de esta identificación y apunta más bien a Venus Guerrera.

42. Estas columnas presentan una mezcla de caracteres dóricos y corintios. La medida de su fuste de siete diámetros de altura es la dada por Vitruvio a la dórica, en contraposición de los nueve de la jónica (IV, 1, 8). Los junquillos que refuerzan la acanaladura en nuestra traducción corresponden al calificativo «rudentate», que Colonna aplica a estas columnas y que está tomado de Alberti. El capitel de las columnas de Colonna es corintio.

43. En el original, «*spina...overo fibula overo cuneo*». «Cuneus» es término vitruviano tomado por Alberti, que lo hizo sinónimo de «spina». «Fibula» es también vocablo albertiano.

44. Rapto de Ganimedes por Júpiter metamorfoseado en águila. Ovidio, *Met.*, x, 140-160.

45. Colonna emplea el término *pastophora* (portadora de la imagen de un dios) por el de «nike» o victoria portadora de un trofeo, que es el pertinente aquí.

46. «A los divinos Venus, madre piadosísima, y su hijo Amor, se lo dedican de su peculio Baco y Ceres».

47. Se refiere a Vitruvio (III, 1, 3).

48. Se trata del mito de *Clitia*, confundida aquí con la oceánida Clímene. Amada por Apolo, fue abandonada y reemplazada por Leucótoe. Languideció, negándose a alimentarse y siguiendo siempre con la vista el curso del sol, hasta ser convertida en girasol. Ovidio, *Met.*, IV, 206-270.

49. *Cipariso* fue convertido por los dioses en ciprés. Ovidio, *Met.*, x, 106 y 142.

50. Leucótoe, hija de Orcamo y Eurynome, fue amada por Apolo, que abandonó por ella a Clitia. Esta, sintiéndose ultrajada, propagó a los cuatro vientos los nuevos amores del traidor. Al llegar los rumores a oídos de Orcamo, este enterró viva a su hija para castigar la deshonra que había hecho caer sobre su casa. Apolo la convirtió en el árbol del incienso. Ovidio, *Met.*, 190-255.

51. El mito de *Dafne* es el más conocido de los que adornan la puerta. Habiéndose enfadado Cupido con Apolo porque este se había burlado de su manejo de las flechas, subió al Parnaso y lanzó dos: una de oro contra Apolo y otra de plomo contra Dafne, ninfa hija de Peneo y consagrada a Diana. La flecha de plomo provocó en la joven el rechazo del enamorado Apolo y, corriendo un día perseguida por este, los dioses la trasformaron en laurel para que pudiera escapar a los importunos deseos del dios (Ovidio, *Met.*, I, 452-567). Colonna llama a Apolo *Delio* por haber nacido en la isla de Delos.

52. Para evitar que Saturno devorara a Júpiter, este fue enviado recién nacido a Creta, donde fue criado por la cabra *Amaltea* o por una ninfa de este nombre. Según algunas versiones del mito, Amaltea y su hermana Melissa fueron hijas de un rey cretense que acogieron y criaron a Júpiter niño.

53. Scopas, Timoteo, Bryaxis y Leocares son citados por Plinio como autores de los relieves del Mausoleo de Halicarnaso. El quinto, *Theon*, es mencionado como pintor por Vitruvio (III, *Introducción*).

54. «A Zeus que lleva la égida.»

55. Baco y Tetis: el vino y el agua. La referencia de Colonna depende de Plinio (XVI, 155), según el cual los vasos hechos con madera de hiedra separan el agua del vino, si este está adulterado: el vino sale de la vasija y queda en ella sólo el agua.

56. Se refiere a Plinio, autor de la *Naturalis Historia*.

57. Arquitecto que, según Vitruvio, construyó el Mausoleo de Halicarnaso.

58. *Simandro* parece ser en el texto un topónimo, por confusión con el río del mismo nombre, pero debe de tratarse, como ha señalado Pozzi, del faraón Osymandyas, constructor, según Diodoro (I, 47-9), de los tres colosos de Memnón.

59. El verbo aparece en singular después de unas oraciones en plural porque ahora se refiere a cosas contadas por Plinio, el «historiador de la naturaleza» al que ha aludido más arriba, en tanto que las obras anteriores tiene su fuente en Diodoro y Alberti.

60. Todos estos monumentos están tomados de los libros XXXIV y XXXVII de Plinio y son colosos, como el de Rodas («la maravilla de Cares Lindio») y la estatua gigantesca de Nerón que dio nombre al Coliseo de Roma por haber sido situada en sus proximidades (el realizado por Zenodoro).

61. Cadmo no fundó Atenas, sino Tebas de Beocia.

62. En su enfrentamiento con el gigante Tifoeo, los dioses huyeron en principio a Egipto, metamorfoseándose en animales, mito que constituye la explicación griega de la zoolatría egipcia.

63. *Trasileo* es personaje de la *Metamorfosis* de Apuleyo. Se trata de un ladrón al que sus compañeros disfrazan de oso (IV, 15-21). En cuanto a Lucio, protagonista de la *Metamorfosis*, convertido en asno por un ungüento mágico, se vio amenazado de muerte en diversas ocasiones (especialmente en IV, 32). La historia de Psique ocupa el libro V y parte del VI.

64. Casi todas las plantas de este primer párrafo, así como sus propiedades, están tomadas de Plinio. Los ciclámenes son «nocivos a Lucina» porque, según Plinio (XXV, 115), su raíz provoca el aborto (Lucina es la advocación de Juno como protectora del alumbramiento). Los «melampodios» (el eléboro) reciben su nombre del pastor Melampopus (XXV, 47). Para la «triangular», véase POZZI, *Commento*, p. 90.

65. Se refiere al parto de Latona de Apolo y Diana en la isla de Delos, hecha brotar por el tridente de Poseidón, y en la que Latona, tras nueve días y nueve noches de sufrimiento, dio a luz a sus hijos, concebidos de Zeus y cuyo nacimiento quería impedir Hera.

66. «Apresúrate siempre despacio.»

67. «A la madre de todos.»

68. *Sémele*, una de las amantes de Zeus, se dejó engañar por la celosa Hera, metamorfoseada en su nodriza *Béroe*, quien le aconsejó que se cerciorara de la divinidad de su amante pidiéndole que se presentara ante ella con la misma majestad que ante la propia Hera. Sémele lo hizo así y murió fulminada. Ovidio, *Mét.*, III, 259-278.

69. Se trata de los Cinco Sentidos, personificados en las cinco muchachas.

70. *Aphea*, tacto; *Osfressia*, olfato; *Orassia*, vista; *Achoe*, oído; *Geussia*, gusto.

71. «Bañera», «baño».

72. *Litharmeno* o «piedra de Armenia»: piedra azul semejante al lapislázuli.

73. Denominada así por su color blanco. Plinio, XXXVI, 162.

74. Esta figura representa probablemente a *Arión*, músico y poeta de la isla Lesbos que, al embarcarse en Tarento para volver a su patria, hizo en el barco ostentación de sus riquezas ante unos mercaderes, que decidieron arrojarle al mar para quedarse con ellas. Arión

pidió como última voluntad que le dejaran tocar la lira, a cuyos sones apareció un delfín, que le transportó a Laconia. Su leyenda fue representada por Mantegna en la *Cámara de los esposos* del palacio de Mantua en dos de los lunetos.

75. «Ridículo».

76. En el original no se lee *Hippanis*, sino *Hippiari*.

77. *Cinosia*, movimiento.

78. *Indalomena*, imaginación, fantasía.

79. *Mnemosyne*, memoria.

80. Los motivos ornamentales de la sala, especialmente los grutescos, son corrientes en la pintura y los relieves del Quattrocento, especialmente en Mantegna y los Lombardi, por una parte, y Pinturicchio y su escuela por otra.

81. En el original, *Amenone* y con el participio pasivo masculino. POZZI lo corrige por *Amemone*. Se trata de un nombre de mujer y no de hombre. Amymone fue una de las cincuenta Danaides, amada por Poseidón, del que tuvo a Nauplio.

82. En el capítulo siguiente sabremos que esta joya despertó la curiosidad de Polifilo, que pregunta sobre ella y es informado de que tiene tallada la victoria de Júpiter sobre los Gigantes (victoria del libre albedrío sobre la esclavitud de las pasiones).

83. Polifilo deplora muchas veces a lo largo del libro lo inadecuado de su vestimenta y el hecho de que se halle deteriorada por su paso por el bosque, es decir, por una etapa de confusión y oscuridad.

84. Pese a que el águila es ave jupiterina, acompaña aquí a Helios por su facultad de mirar directamente al sol sin deslumbrarse, creencia arraigada desde la antigüedad a través de los bestiarios medievales.

85. La referencia a Popea no viene al caso de los rizos, sino del color rubio de los cabellos, semejante al del ámbar.

86. El número siete es especialmente caro a Colonna, como a Vitruvio y a Alberti. Aquí se corresponde con el de los planetas y el resto de los medallones de las paredes. Estas siete muchachas cantan «como las sirenas», recordando las sirenas platónicas que producen la armonía que mueve las esferas.

87. Referencia a la presencia de Dios en la eucaristía, aunque aquí vertida a lo pagano, ya que la divinidad a que se refiere es Baco.

88. «Inaurato»: dorado, no en el sentido del color, sino, según POZZI, como referencia a las hojas de oro con que en la época se cubrían los asados.

89. Lugar de la isla de Chipre que producía un excelente azúcar.

90. Esta extraña semejanza parece más bien un recurso literario que un elemento simbólico; hasta aquí, Colonna hace la comida de Polifilo demasiado placentera, introduciendo con esta misteriosa muchacha un elemento de inquietud que debe acompañar al personaje hasta el final del libro, ya que no puede ser completamente feliz sin el amor de Polia.

91. La terminología arquitectónica de todo este texto depende de Alberti, cuya huella, por otra parte, está presente en todo el capítulo.

92. Lo que traducimos por «capitanes de fortaleza» es en el texto *custodi della rocha overo arce*; los «muditos o secretarios», *taciturnuli overo secretarii*; los «caballeros», *equiti*.

93. *Telosia* significa «fin». POZZI opina que es la «causa finalis» de la Escolástica. Aquí funciona como alegoría del destino del hombre, lo que explica las enigmáticas palabras que dice de ella la reina Eleuterilide.

94. *Logistica* personifica la Razón.

95. *Thelemia*: la Voluntad o el Deseo.

96. «La riqueza de la Naturaleza.»

97. A causa de su fragilidad.

98. «La gloria mundana es como una burbuja.»

99. «Divino».

100. De marzo a febrero, es decir, un año completo. Cada vuelta supone siete años.

101. «Son felices los que conservaron el término medio.»

102. «El lobo de los dioses es insensible.» La frase es oscura, pero «el lobo de los dioses», que aquí simboliza la Muerte, es el nombre que, según Alberti, dan los poetas a la tierra, que devora y consume todas las cosas.

103. Representan tal vez los distintos dioses paganos como aspectos diversos de una sola divinidad, simbolizada por el obelisco central. En el grabado de las ediciones Kerver se trata de estatuas de hombres y mujeres, entre los que se puede identificar a Hércules.

104. «Incomprensible» o «difícil de comprender».

105. «El Ser».

106. «A la divina e infinita Trinidad de una sola esencia».

107. «Indecible», «Inseparable», «Inescrutable».

108. «Atempera tu velocidad sentándote y tu pereza levantándote».

109. THEODOXIA: Gloria de Dios; KOSMODOXIA: Gloria del mundo; EROTOTROPHOS: Madre del amor.

110. PYLOURANIA: Puerta del cielo.

111. *Theude*: Piadosa; *Parthenia*: Virginitad; *Edosia*: Observancia; *Hypocolinia*: Abstinencia; *Pinotidia*: Prudencia; *Tapinosa*: Humildad; *Ptochina*: Timidez.

112. Euclélia: Gloria. Boccaccio la describe en el canto iv de la *Amorosa Visione* como una mujer de aspecto valeroso y magnánimo, coronada de laurel, con una espada en una mano y una manzana de oro en la otra. Sobre ella hay el siguiente rótulo: «Io son la gloria del popol mondano» (v. 75).

113. *Merimnasia*: Cuidado; *Epitide*: Necesidad; *Ergasilea*: Trabajo; *Anectea*: Tolerancia; *Statia*: Firmeza; *Olistea*: Fugacidad.

114. *Philtronia*: Seducción.

115. *Rastonelia*: Ocio; *Chortasina*: Gula; *Idonesa*: Belleza; *Trypbelea*: Delicia; *Etiania*: Molicie; *Adia*: Igualdad en la edad.

116. Se refiere a Venus, llamada así por tener un bosquecillo sagrado en la ciudad de Idalium, en Chipre.

117. Se refiere al juicio de Paris.

118. La isla de Cos era famosa en la Antigüedad por la fabricación de telas transparentes.

119. Se refiere al mismo tiempo a la cabellera de Berenice y a la constelación del mismo nombre.

120. Las Musas y su madre, Mnemosyne. Thespis es un lugar al SW de Tebas, en Beocia, donde había un santuario dedicado a las Musas.

121. En el incunable, «Aperie» y «Esacho». *Esaco*, hermano de Héctor, vio un día en sus correrías por los montes cercanos a Troya a *Hesperie*, ninfa del río Cebreno, secándose al sol los cabellos. Preadado de su belleza, la persiguió y ella fue mordida por un áspid mientras huía, lo que provocó su muerte. Desesperado, Esaco se arrojó al mar desde un promontorio, pero Tetis lo transformó en somormujo.

122. Marte.

123. Apolo y Diana, dados a luz por Latona en Delos.

124. Plinio, xv, 239.

125. *Pélope* fue muerto por orden de su padre Tántalo para ofrecerlo como manjar en un banquete dado a los dioses. Estos, al darse cuenta de la naturaleza del nefando alimento, lo rehusaron, excepto Deméter, que devoró uno de sus hombros. Devuelto Pélope a la vida

por los dioses, el hombro devorado por Deméter fue sustituido por otro de marfil.

126. Polífilo tiene aquí la misma reacción de temor y vergüenza por su miserable aspecto y condición que ya le asaltara ante las ninfas de los Cinco Sentidos y ante Eleuterilide.

127. Señal de sometimiento del vencido. Entre los romanos significaba «me rindo».

128. Ver el interesante comentario de POZZI sobre la *momordica* en *Commento*, p. 133.

129. *Tifis*, piloto de los Argonautas.

130. *Milicta* es una advocación oriental de Venus. Cuando Adonis fue muerto por el jabalí enviado contra él por Marte celoso, Venus regó su sangre con néctar y lo convirtió en anémona. *Peristera* es una ninfa de Venus que la ayudó en su contienda con Cupido y a la que este trasformó en paloma. En todos estos sucesos mencionados por Colonna, la protagonista es Venus.

131. *Ixión* trató de violar a Hera, por lo que fue castigado. El *tracicio* es Licurgo, que prohibió beber vino. *Galantide* fue una sirvienta de Alcmena que, para liberar a su señora de los dolores del parto de Hércules, retrasado por Juno, engañó a la diosa; como castigo, fue convertida en comadreja, animal que, según Ovidio, pare por la boca. Todos ellos se entrometieron en asuntos divinos y fueron castigados por ello.

132. La palabra que emplea Colonna para nombrar a Deméter es *Dimitra*. Las fiestas *Tesmoforias* se celebraban en el Ática para conmemorar las leyes que Deméter había dado a los mortales. Eran celebraciones femeninas y no se permitía en ellas la participación de los hombres. Durante cinco días, algunas vírgenes vestidas de blanco transportaban de Atenas a Eleusis canastillos con objetos simbólicos, entre ellos la imagen de un niño que representaba a Triptólemo.

133. Episodio relatado por Valerio Máximo, IX, 1.

134. La terminología textil de todo este párrafo depende esencialmente de Plinio.

135. Las piedras preciosas de este capítulo y sus propiedades, derivan de Plinio y Marbodio.

136. Europa.

137. *Nadie*. Esta palabra vuelve a aparecer en el *Triunfo de Cupido* del capítulo XXII, en el que una ninfa lleva un estandarte con la inscripción *Quis evadet* («¿quién puede escapar?»), y la siguiente otro en el que se lee: *Nemo* («nadie»).

138. *Ixión* quiso copular con Juno, pero lo hizo sólo con un fantasma de la diosa. De su semen nacieron los centauros.

139. *Erictonio*: rey mítico de Atenas al que se atribuía la invención del carro.

140. Leda quedó preñada de Júpiter metamorfoseado en cisne y dio a luz dos huevos: uno contenía a Helena y Clitemnestra, y el otro a Cástor y Pólux. El de la llamita del grabado es el de Helena, y el de las estrellas el de los muchachos (representa la constelación de Géminis). El lema: *A uno le será grato el mar, el otro será grato al mar*, se refiere a Helena (viaje por mar con Paris) y a los Gemelos (orientación para los navegantes).

141. Cupido hace que Júpiter se metamorfosee en animal para poseer a sus amantes mortales.

142. Juicio de Paris.

143. *Sic: Theseo*. Debe de ser una confusión por Thespis, padre de Leda.

144. Dánae.

145. Historia de Perseo y Medusa. Del cuello decapitado de Medusa surge Pegaso, que hace brotar con sus cascos la fuente del Helicón.

146. Marte (Apuleyo, *Met.*, v, 30). El tema del castigo del Amor por Venus es de origen alejandrino y se extendió a la literatura y el arte de fines del Quattrocento. El detalle de las plumas deriva de Apuleyo (*Met.*, v, 30). Véase DEONNA, «Aphrodite, la femme et la sandale» en *Revue internationale de Sociologie*, 44 (1936), pp. 5-63; y POZZI, «La cultura figurativa...», p. 166.

147. «Eres para mí dulce y picante.»

148. Animales emblemáticos de la castidad.

149. Los amores de Psique y Cupido son narrados por Apuleyo en la *Metamorfosis* (v-vi). La chispa de la lámpara de Psique no quemó al dios en la pierna, sino en el hombro derecho (v, 23). «Perfer scintillam...»: «Soporta esa chispa, tú que enciendes al cielo y a todos nosotros.»

150. Las *Hélides* son las hermanas de Faetón, que lloraron sobre su tumba hasta ser convertidas en álamos y sus lágrimas en una resina que dio origen al ámbar.

151. El tema dionisiaco de los «putti» vendimiadores es frecuente en el arte funerario romano y paleocristiano, en el que fue adquiriendo un simbolismo eucarístico. En el Quattrocento se revitali-

zó y aparece en grutescos y decoraciones diversas. Aquí representa la infancia de Baco y tiene al mismo tiempo un simbolismo funerario.

152. Los antiguos consideraban a los corales como vegetales que se petrifican al contacto con el aire. Situaban su origen mítico en las hierbas y algas sobre las que dejó Perseo la cabeza de Medusa para luchar con el monstruo que atormentaba a Andrómeda. Ovidio.

153. Grito de aliento de Júpiter a Baco durante la Gigantomaquia.

154. *Calisto*, ninfa del cortejo de Diana que fue amada por Júpiter bajo la forma de la misma diosa cazadora, pese a lo cual quedó preñada. Cuando Diana reparó en el embarazo de su ninfa predilecta, la arrojó de su cortejo. Tras el nacimiento de su hijo Arcade, Juno la convirtió en osa.

155. *Antíope* fue amada por Júpiter metamorfoseado en sátiro y tuvo de él dos hijos: Anfión y Zeto. Arrojada de su casa por su padre, se fue a vivir a la de su tío, casado con Dírce. Esta la sometió a malos tratos y fue castigada por los dos jóvenes, que la ataron a los cuernos de un toro salvaje.

156. *Issa*, ninfa de lesbos, fue poseída por Apolo bajo la forma de pastor.

157. Ignoramos de quién puede tratarse. POZZI la identifica con Anticlea, hija de Autólico, mujer de Sísifo y de Laertes y madre de Ulises. Sin embargo, puede no tratarse de ella, puesto que no fue amada por ningún dios.

158. *Cánace*—«Danace» en el incunable—, hija de Eolo, se enamoró de su propio hermano, Macareo, del que tuvo un hijo. Su padre la obligó a suicidarse.

159. Ignoramos de quién puede tratarse. POPELIN lee el «Athasio» del incunable como *Atamante*, y piensa que puede tratarse de su hija Hele o bien de su esposa Ino.

160. *Asteria*, titánida hermana de Latona e hija de Ceo, fue amada por Júpiter metamorfoseado en águila.

161. *Alcmena*, esposa de Anfitrión, amada por Júpiter bajo la forma de su propio esposo. Tuvo de él a Hércules y sufrió un parto terrible, a causa de las iras de Juno.

162. *Egina*, hija del río Asopo, fue amada por Júpiter bajo la forma de una llama, y tuvo de él a Éaco.

163. Se refiere a *Hirie*, que no era madre de *Filio* («Fullo» en el incunable), sino de Cygno, transformado en cisne al arrojarse desde

lo alto de una montaña porque Filio había rehusado concederle un capricho. Hirie, creyendo muerto a su hijo, se transformó en estanque a fuerza de llorar.

164. *Menefrón* («Menempho» en el incunable) amó a su propia madre Blías y a su hermana Cillena.

165. *Dioide* fue amada por Júpiter bajo la forma de una serpiente.

166. Se refiere a *Io*, transformada por Júpiter en vaca.

167. *Astyoquia* fue amada por Hércules, del que tuvo a Tlepólemo.

168. *Antígona*, princesa troyana, osó compararse con Juno, y esta la castigó convirtiéndola en cigüeña.

169. *Curifis*, hija del Océano, inventora de las cuádrigas.

170. *Garamántide*, amada por Júpiter, cuando huía de la persecución del dios por las orillas del río Bagra, fue retenida por la mordedura de un cangrejo y el dios pudo darle alcance.

171. *Asteria*, nuevamente. (Ver nota 160).

172. Erigone fue amada por Baco, metamorfoseado en racimo de uvas para que la muchacha, engañada, lo deseara y se acercara a él.

173. Se refiere a *Arné*, hija de Eolo («Chollo» en el incunable), amada por Neptuno bajo la forma de un toro, que la preñó de Boiotos, héroe epónimo de Beocia. POPELIN lo identifica con Europa.

174. Se refiere a *Tito*, amada por Neptuno bajo la forma de su propio marido, Enipeo.

175. Se refiere a *Teófana*, hija de Bisaltes, a la que Neptuno amó bajo la forma de un carnero, del que tuvo a Chrysomallos, cuya piel constituyó el toisón de oro.

176. *Melantha*, hija de Deucalión, fue amada por Neptuno bajo la forma de delfín.

177. *Filira* fue amada por Saturno en forma de caballo, del que tuvo al centauro Quirón.

178. No se conocen amores de Ceres con ningún dios que adoptara para poseerla la forma de una serpiente. Tuvo amores con Neptuno bajo la forma de un caballo. La serpiente, sin embargo, es atributo suyo y una pareja de ellas o de dragones arrastra su carro.

179. Júpiter amó a *Juturna*, ninfa nombrada en la línea siguiente, y *Lara* se lo comunicó a Juno, por lo que fue castigada por el dios, que le cortó la lengua y la hizo acompañar a los Infiernos por Mercurio, que abusó de ella por el camino. De su unión nacieron los Lares. El *Argifonte* es Mercurio.

180. Apolo.
181. Amante de Virgilio. En el cementerio del capítulo XIX hay grabado y descripción de su tumba imaginaria.
182. La *Ilíada*. Ignoramos por qué Colonna la llama Melanthis («Negra»), a no ser como alusión a la ceguera de Homero.
183. Una de las hijas del rey Preto de Argos, convertida en ternera por haber ofendido a Hera. El adivino Melampo le restituyó la forma humana haciéndole comer eléboro, y se casó con ella.
184. Se refiere al poeta griego Estesícoro, nacido en Hímera (Sicilia).
185. Cortesana romana, amada por Cornelio Galo.
186. Se refiere a las obras de Estacio, *Tebaida* y *Silvae*.
187. Némesis, amada por Tibulo; *Corina*, por Ovidio; *Lesbia*, por Catulo; *Delia*, también por Tibulo; *Neaera*, por Horacio; *Crocale*, por Calpurnio. Representan la lírica amorosa.
188. *Quintila*: cantada por Catulo y amiga de Lícinio Calvo.
189. *Cintia*: amante de Propercio.
190. *Nauta*: cognomen de Propercio, aunque en el incunable esta palabra aparece unida a Cintia («Cynthia Nauta»). POPELIN traduce «Cynthia la nautique».
191. Cantada por Estacio.
192. Alusión a *Lesbia*, amada por Catulo y mencionada más arriba.
193. Mujeres amadas y cantadas por Horacio.
194. Alusión a *Safo*.
195. Probablemente, *Beatriz* y *Laura*.
196. *Narciso*, hijo de la ninfa Liríope y del río Cefiso, murió de inanición junto a la fuente en que se contemplaba sin descanso, hasta ser convertido en su flor homónima.
197. La *Hélides*, convertidas en álamos.
198. El laurel en que fue transformada esta ninfa cuando huía perseguida por Apolo.
199. El moral. Los *amantes babilónicos* son Píramo y Tisbe, desgraciada pareja que se suicidó a causa de un error.
200. Nombre de Calisto cuando fue convertida, junto con su hijo Arcade, en constelación (la Osa Mayor).
201. *Byrrenna* y *Pánfila* son personajes femeninos de la *Metamorfosis* de Apuleyo; la primera, antigua nodriza de Lucio; la segunda, una bruja esposa de Milón, en cuya casa de Hipata se aloja Lucio y por cuya causa se convierte en asno.

202. *Sosias*, esclavo de Anfitrión, fue suplantado por *Mercurio* («falso Atlantiáde»), mientras Júpiter copulaba con Alcmena, esposa de aquel.

203. *Hércules*. Se trata del episodio de Hércules en la encrucijada. Las puertas son invención de Colonna.

204. Circe.

205. Jacob.

206. *Milanión*, un enamorado de Atalanta, a veces identificado con Meleagro o con Hipómenes. Según Ovidio, muerto por *Ilileo*, que a su vez lo fue por Atalanta.

207. *Castianira*: concubina de Príamo y madre de Gorgythion. Homero, *Ilíada*, VIII, 302.

208. *Inarime*, actualmente Ischia, isla bajo la cual Zeus sepultó al monstruo Tifoeo.

209. *Ticio*, gigante hijo de Zeus y Elara, fue instigado por Hera contra Leto, a la que intentó violar. Zeus lo castigó a que su hígado fuera devorado eternamente en los infiernos por dos serpientes o dos águilas.

210. Animal parásito del cocodrilo.

211. *Milón de Crotona* fue un atleta famoso, vencedor varias veces en los juegos píticos y en los olímpicos. Paseábase un día, ya viejo, por un bosque, vio un árbol hendido y acordándose de su antiguo vigor, quiso desgajar las dos mitades. Pero el árbol se cerró, atrapándole por las manos. No se pudo desasir y por la noche lo devoraron los lobos.

212. *Siringa*, ninfa de Arcadia, huyó del acoso de Pan y se transformó en caña. El dios cortó algunos de sus tallos y fabricó con ellos el primer caramillo. La alusión a la locuacidad es desconcertante. Tal vez se deba a una confusión de Colonna con el mito de *Eco*, también amada por Pan, aunque más abajo la menciona como distinta.

213. *Eco* retenía a Juno con sus largos discursos mientras Júpiter se acostaba con sus amantes. La diosa la castigó a que su boca no pudiera pronunciar más que las últimas palabras que dijera su interlocutor.

214. Esculapio, hijo de Apolo, fue condenado a convertirse en mortal por haber resucitado a Hipólito con la hierba mencionada por Colonna.

215. *Feronia* era una divinidad agrícola etrusca, incorporada al panteón romano como protectora de los árboles y los bosques.

216. «Ofrezco a quienes me dan culto perfecta salud de cuerpo, vigor estable, las castas delicias de la mesa y una feliz seguridad de ánimo.»

217. Las flechas, puesto que se trata de Cupido.

218. «Consagrado a la florida primavera.»

219. «A la rubia mies».

220. «Al vinoso otoño» («mostoso», en realidad: *mustulento*).

221. «Al ventoso invierno».

222. Príapo con el falo erecto.

223. Jano no tiene que ver nada con los temas tratados hasta aquí. Creemos que Colonna lo incluye como equivalente de Sileno que cierra los cortejos báquicos. En este contexto tiene un significado temporal, como personificación de Enero (*Januarius*), mes bifronte que mira al año que termina y al que comienza, enlazando con lo simbolizado por la clepsidra de Vertumno, a cuyo carro sigue.

224. Cantos rústicos de tradición oral, de origen etrusco.

225. *Náyades*, ninfas de las aguas dulces; *Nereidas*, ninfas marinas.

226. Ninfas semejantes a las dríadas y oréadas, protectoras de los bosques y los árboles.

227. Estas columnas son corintias por el capitel, pero su fuste, en lugar de tener los ocho diámetros de altura correspondientes al orden, tiene nueve como en el jónico.

228. A partir de este momento, son frecuentes los elementos tomados del libro VII del tratado de Alberti.

229. Se refiere a Alberti.

230. Esta expresión, como tantas otras de esta descripción tan confusa, es oscura. No está claro si se trata del espacio en torno a las ventanas o entre las pilastras. POZZI se inclina a creer que sea en torno a las ventanas.

231. *Petosiris* y *Necepsa* son matemáticos y astrónomos egipcios mencionados por Plinio y Juvenal.

232. Una clase de piedra blanca.

233. Lugar del Himeto donde había un templo de Venus.

234. Dioses romanos guardianes de las puertas.

235. Virgilio, *Églogas*, II, 65. Las dos frases inscritas en la magnetita («A cada uno le atrae su placer» y «A cada uno le conviene actuar de acuerdo con su naturaleza») aluden a la atracción del destino y de la voluntad sobre el individuo, muy pertinentemente con el material que están grabadas.

236. Se refiere al mausoleo de Teodorico en Ravena.
237. Juego de palabras intraducible. «Myropolia» es vocablo griego que significa «tienda de perfumes». Polifilo califica así a Polia en diversas ocasiones.
238. Para el complejo simbolismo de las Tres Gracias, véase WIND, *Misterios paganos...* pp. 35 y ss. Aquí aparecen como compañeras de Venus y favorecedoras del amor.
239. Moisés. Ritos descritos en el *Levítico*.
240. *Ramnusia* es uno de los nombres de Némesis, la Venganza.
241. *Anxur* o Terracina, ciudad de los Volscos, donde se veneraba a Júpiter niño.
242. El nombre está equivocado en el original. Se trata de *Feronia*, diosa romana de los bosques que tenía un templo cerca de Anxur.
243. Mujeres tracias que practicaban orgías báquicas.
244. Orfebre mencionado por Plinio.
245. Vestal de tan gran virtud. Encendió el fuego sagrado de Vesta, que se había apagado, con sólo poner sobre él su velo.
246. Ámbar gris.
247. «Diosa del Amor», es decir, Venus.
248. De *Amathus* o *Amatunte*, ahora Limisso, ciudad del sur de Chipre en la que se practicaba el culto de Venus.
249. *Éaco*, hijo de Zeus y de la ninfa Egina y rey de la isla de este nombre. Siendo devastada la isla por una peste, Éaco rogó a Zeus que la repoblara, y el dios convirtió en seres humanos a sus hormigas. Nada tiene que ver con Venus. *Pigmalión*, rey de Chipre, se enamoró de una estatua femenina de marfil, que Venus convirtió en mujer para él. *Hipómenes*, gracias a que Venus le facilitó las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, pudo adelantar en la carrera a Atalanta y conseguir su mano.
250. Se refiere a *Adonis*, cuyo mito desarrolla en el último capítulo de este primer libro.
251. *Ciprogenia*: nacida en Chipre, isla a la que arribó Afrodita tras su nacimiento en el mar.
252. Recuerdo del *Oremus* de la liturgia católica: «Por Nuestro Señor Jesucristo tu Hijo, que contigo vive y reina...»
253. La luna.
254. *Polyandrión*: cementerio.
255. El Plutón de la mitología clásica no tiene tres cuerpos. Tal

vez se refiere al tribunal infernal de tres miembros (Minos, Éaco y Radamante).

256. Piedra que servía para invocar a los muertos.

257. Se trata de una flauta romana de sonido muy agudo.

258. Nombre romanos de las Parcas griegas. En principio fueron aplicados a los *Tria fata* del hombre: Nacimiento, Matrimonio y Muerte.

259. «Puedes irte, se ha terminado.»

260. Se refiere al invierno. El *monstruo de Pan* es Capricornio.

261. Lucrecia, esposa de Colatino, violentada por Sexto Tarquino.

262. Plinio, XXI, 44.

263. Herbario Roccabonella, 393. Véase pozzi, *Commento*, página 178.

264. «La justicia recta y desnuda y despojada de odio y de amistad, y una ponderada liberalidad conservan con firmeza el poder.» La equivalencia de las palabras y los objetos del grabado y la descripción del jeroglífico es la siguiente: La balanza = «justicia»; el plato = «liberalitas»; el perro = «amicitia»; la serpiente = «odio»; el arca = «servat»; la espada = «evaginata et nuda»; la corona real = «regnum»; las cintas = «firmiter». Cfr. GIEHLOW, pp. 54-55.

265. «Al divino Julio César siempre Augusto, gobernador de todo el orbe, se lo erigieron del tesoro común los egipcios a causa de su liberalidad.» La equivalencia de las palabras del texto y de las figuras del grabado es la siguiente: ojo = «Divo»; espigas = «Julio» (mes de julio); palos de trillar = «Augusto» (agosto, mes de la trilla); globo = «totius orbe»; timón = «gubernator»; vaso = «ab omni»; olivo = «clementiam»; plato = «liberalitatem»; ibis = «Aegyptii»; seis monedas = «comuni aere»; templete = «sacrum»; plumadas = «erexere». GIEHLOW (p. 56) señala que Colonna se inspiró para estos jeroglíficos en monedas romanas, pero pozzi (*Commento*, pp. 179-180) cree que son invención del autor.

266. «En la paz y la concordia crecen las cosas pequeñas; en la discordia disminuyen las mayores.» El caduceo equivale a «pacē ac concordia»; la hormiga, a «parvaeres»; el elefante, a «crescunt»; el fuego y el agua, a «discordia». El lema es de Salustio (*Iug.*, x, 76). El empleo del elefante y la hormiga para simbolizar cosas grandes y pequeñas deriva de San Jerónimo (*Epist.* 1x, 12).

267. «La prudencia militar o disciplina es tenacísimo vínculo del imperio.» La equivalencia es la siguiente: soldado = «militaris»; scr-

piente = «prudencia»; armas = «disciplina»; águila = «imperii»; ancla = «tenacissimum»; cinta = «vinculum».

268. «Copiosísimo trofeo o enseña de las victorias y saqueos del divino Julio». La equivalencia es la siguiente: el ojo = «divi»; la estrella = «Julii»; las palmas = «victoriarum et spoliorum»; las cornucopias = «copiosissimum»; el trofeo = «tropheum seu insignis». La estrella como símbolo de César se encuentra frecuentemente en los autores clásicos a partir de Suetonio (*Iul.* 88).

269. «Consagrado a los dioses Manes. Cementerio dedicado a los desgraciados cadáveres de los que enloquecieron de amor.»

270. «Mensajero de la muerte a la vida». El búho equivale a «letifer nuntius»; la lucerna, a «vitae».

271. «Al Plutón interior de tres cuerpos y a su querida esposa Proserpina y a Cerbero, el de las tres cabezas.»

272. «Altar de los dioses infernales. Paseante, ves aquí a Laodia Publía muerta, que por haber defraudado a su edad y despreciado, contra la costumbre de las muchachas, el amor, se mató desesperada con una espada.» Este personaje es invención de Colonna.

273. «A la joven incomparable Annira Pucilla, que imitó a Dido, se lo erigieron sus tristísimos padres.» Personaje inventado por Colonna.

274. «A los dioses Manes. A mi gladiador, abrasada por el amor del cual extremadamente, caí en una languidez mortal; pero, restaurada con su sangre, desgraciada de mí, me restablecí. La divina Faustina Augusta deja con piedad este monumento para que lo tiñan con la sangre de las tórtolas sacrificadas, y sesenta muchachas plañideras con antorchas encendidas hagan luto y funeral, destocadas para expresar tanto dolor y con los cabellos sueltos, golpeándose el pecho y la cara durante todo un día, y cada año se repita perpetuamente este duelo para propiciar a sus Manes. Lo mando hacer por testamento.» Se trata de Faustina, esposa de Marco Aurelio, que se enamoró perdidamente de un gladiador y sólo pudo volver a la cordura tras haber bebido su sangre. En las ediciones francesas este epitafio está mal interpretado y mal traducido, apareciendo en él un tal Q. ANNIUS que no es sino una interpretación errónea de la abreviatura Q. Ann. («quot annis»). POZZI trae un desarrollo correcto de todas las abreviaturas (*Comento*, p. 182).

275. La inscripción del altar significa: «Salud, Leria, la más amada de todas. Adiós.» La historia de los errores de interpretación de

esta inscripción es larga. Jean Martin leyó: «Ha Valeria»; Saxl, «Valeria»; Donati, «Havelería». Pozzi lee: «Have, Leria» y pone en relación este nombre con el de la Leria amante de Virgilio, conclusión cuyo acierto parece fuera de dudas. Las diferencias que señala Donati («Studio esegetico...», pp. 145-146) entre el texto y el grabado parecen un tanto exageradas; la única que advertimos es la colocación del satirillo de las serpientes, que según el texto está situado entre las dos figuras desnudas y en el grabado entre la mujer desnuda y la vieja del extremo. Véase SAXL, «A scene from the Hypnerotomachia...», pp. 170 y ss.; *Pagan Sacrifice...*, p. 360; POZZI, *Commento*, pp. 183-184.

276. Este anuncio de inscripción carece de su continuación lógica, probablemente porque en el manuscrito se encontraba aquí el esbozo del grabado.

277. «A los dioses Manes. Paseante, acerca más tus ojos y luego habla conmigo. Mientras estuve viva, no tuve amor; amando, ay de mí, muero. —Dime, te lo ruego, ¿cómo es eso? Pues me gustaría saberlo. —Me suicidé en este Poliandrión por causa del ardiente amor de un muchacho hermosísimo en la flor de la vida. —¿Estás loca? Vivías amando. —Ciertamente había comenzado a amar ardentemente cuando el muchacho, desdeñando el regalo de mi amor, me rechazó. Me consumí y fui arrebatada por la muerte. —¿Qué puedo hacer por tí?—Di por toda la ciudad y por todo el mundo que la romana Nevia murió miserablemente por el amor de Próculo. Eso bastará. Adiós.»

278. Se interrumpe aquí la descripción porque en el manuscrito debía de ocupar este lugar la ilustración, que luego pasó más adelante para unirse a la del vaso. La lápida de Dido, pues esta es la mujer cuya muerte se representó en el mosaico, dice: «Te ruego, ya que miras, que llores. Yo, reina infeliz, amando insensatamente, desgraciada de mí, me dí la muerte a mí misma con el infausto regalo del huésped peregrino.» Se refiere, naturalmente, a Eneas.

279. La inscripción de la parte superior del vaso es difícil de reconstruir. En la inferior sólo son identificables tres nombres propios: Nicostratos, Timachida y Tinnia. En el pedestal se lee el proverbio: «Nada hay más cierto que la muerte.»

280. «Eh, caminante, detente un poco, por los Manes, y, leyendo esta narración, besa este desdichado metal, diciendo: “oh, Fortuna, monstruo cruel, estos deberían haber vivido.” La joven Leoncia, arrebatada con gran ardor por su primer amor hacia el adolescente

Lolio y atormentada por los malos tratos de su padre, huyó. Lolio la sigue, pero, habiendo sido ambos secuestrados por unos piratas mientras se abrazaban, son vendidos a un mercader. Suben, cautivos, a la nave. Lolio, sospechando por la noche que Leoncia le ha sido arrebatada, toma una espada y da muerte a todos los marineros. Una tempestad hace que la nave se hunda entre unos escollos cerca de tierra. Subo a ellos y, acuciado por el hambre, me pongo a Leoncia sobre los hombros, diciendo: "Ayúdanos, padre Neptuno: te encomiendo nuestras personas y nuestra fortuna." Entonces corto las olas con los brazos como un delfín, pero Leoncia me dice mientras nado: "¿No soy una carga para ti, vida mía?" "Leoncia corazoncito mío, eres más ligera que un insecto." Y como ella me pregunta a menudo: "¿Te quedan fuerzas, esperanza mía, almita mía?", digo: "Tú me las multiplicas." Después, abrazada a mi cuello, me besa dulcemente mientras cargo con ella, me consuela, me exhorta y me anima mientras nado. Salto de alegría, pues llegamos a la costa y nos refugiamos en ella. Inesperadamente, un león se nos acerca rugiendo y nos abrazamos, pero el león respeta a los que están a punto de morir. Asustados por aquello, subimos a una barquilla abandonada en la playa y que tenía un solo remo muy pequeño. Yendo a la deriva, durante tres días y tres noches no vemos otra cosa que el cielo. Nos atormenta un hambre mortal y, desfalleciendo de inanición, caemos abrazados. "Leoncia—le digo—, ¿vas a morir de hambre?" "Me alimento, Lolio, suficientemente con tu presencia." Y ella dice: "Lolio, ¿me abandonas?" "No, amor mío—digo—, sólo te abandonaré mi cuerpo." Nos alimentábamos dulcemente con nuestras mutuas y dulces lenguas, con las bocas abiertas y unidas en un suave beso y nos abrazábamos más estrechamente que la hiedra. Ambos morimos de inanición dulcemente y sin violencia. Fuimos traídos aquí por la brisa y por el viento favorable y puestos en este lugar, enlazados en aquel mismo abrazo, entre los Manes plutónicos. La pequeñez de este urnita nos contiene a nosotros, a los que no pudo retener la rapacidad de los piratas ni devoró la glotonería de un león y que la inmensidad del mar no quiso acoger. Quería que supieras esta desgracia. Adiós.»

281. «A los dioses y diosas inferiores. El adolescente C. Vibio, abrasado por un fogoso amor hacia la gratísima joven Putillia Sexta, no soportando que fuera entregada a otro, se dio muerte con la cruenta espada. Vivió 19 años, dos meses y nueve días. Nadie sabe las horas.»

282. POZZI traduce: «All'onorata fanciulla, Artemide, la quale alluntana il pericolo» y piensa que esta lápida está dedicada a Ifigenia (*Commento*, p. 186). Jean Martin interpreta: «A Timocure Larcie, Diane».

283. «Joven Lyndia, aquí estoy yo, el joven Tarsio, que prefería morir a no vivir. Pero si lo sabes, es bastante. Adiós.»

284. Esta piedra es citada por Plinio y Alberti. Polífilo conjetura que el cadáver es el de Darío, porque los dos autores traen la noticia de que el rey persa fue enterrado en un sarcófago de piedra chérnites. Alberti la contrapone a la piedra *sarcófago* de la Troade, que hace que los cadáveres se consuman.

285. «A los dioses Manes. Yo, P. Cornelia Annia, para no sobrevivirle en desolada privación, me condené por mi voluntad a enterrarme viva en este sarcófago con el difunto al que amé con amor incomparable y con el que viví durante 20 años sin ninguna disputa. Di a nuestros libertos y libertas, para que todos los años hagan sacrificios sobre nuestro sepulcro a Plutón y a su esposa Proserpina y a todos los Manes y lo adornen con rosas y den con el resto un banquete, un legado de mi dinero de 10.000 sextercios, y por testamento mandé que lo realizaran. Adiós, vida.» Sobre el aspecto de «auténtica» de esta inscripción, véase POZZI, *Commento*, p. 187.

286. Plinio, XXXVI, 132.

287. «A los dioses Manes. La muerte contraria a la vida y velocísima, todo lo pisotea, lo desprecia, lo arrebató, lo consume, lo disuelve. Unió aquí, muertos, a dos que se amaban mutua, dulce y ardientemente.» La equivalencia entre las figuras del grabado y las palabras de la inscripción es la siguiente: Ojos = «Diis»; cabeza doble = «Manibus»; huso = «mors»; lucerna = «vitae»; las flechas en distinta dirección = «contraria et velocissima»; el globo terrestre = «cuncta»; la suela = «calcat»; el ancla = «suppeditat»; la llama = «rapit, consumit»; el cuchillo = «dissolvit»; la abeja = «melliflue»; las antorchas atadas = «duos mutuo se strictim et ardentem amantes»; el sarcófago con ramas de ciprés = «hic extinctos»; el yugo, «coniunxit».

288. «Oh lector, acércate a este desgraciado monumento que te llama y después te ruega que leas en qué deviene la pasión humana. Pues aquí están las cenizas de dos amantes que, ardiendo de amor mutuo más allá de toda medida y arrastrados por un irrefrenable impulso lujurioso, fueron a un lugar desierto entre piedras rotas, donde se alzaban los muros derruidos de un templo y sus ásperas ruinas.

Cuando estábamos en él, disponiéndonos a entregar cálidamente a la diosa Venus los deseados dones que le son propios, yo, Lopidia, que yacía de espaldas, veo sobre nosotros una serpiente que nos amenazaba y digo: "Chrysante mío, detente, levántate, huye: una serpiente va a devorarnos." Veo que el animal se arroja desde el muro. Luego él, aterrizado al verlo, dice: "Lopidia mía, te lo ruego, márchate." "Huye tu primero." "Déjame que ataque al dragón para matarle." Apenas me había levantado, ay triste y desgraciada de mí, vi que mi Chrysante, mi vida, iba a morir y que, rodeado estrechamente por los nudos de la sierpe, apenas podía respirar y que de repente la bestia hiere su cuello con sus dientes. Entonces pienso que mi Chrysante va a ser estrangulado. Digo: "Te va a matar, desdichado." Y siento que se muere. Al punto, furiosa, me arrojo contra la serpiente y, cogiendo un palo, me apresuro a golpearla. Pero ella desvió la cabeza amenazadora y no fui capaz de impedir que se enroscara y, fallando el golpe, maté a mi Chrysante. "Oh desgraciadísima de mí, me he perdido, ¿qué he hecho? ¿Qué haré, miserable de mí? ¿Vamos a sobrevivir la serpiente y yo? De ningún modo." Con hercúleo atrevimiento, o más bien airada como una furia infernal, volviendo mis ímpetus contra la bestia que rodeaba el cadáver caído, la golpeo con la misma estaca y la mato. ¿Qué iba a hacer entonces yo, una muchacha perdida y acabada? Echándome a los hombros a mi Chrysante y la bestia, testigos de mi crimen, los llevo a la ciudad y, para no escapar sin castigo, subo acongojada entre sollozos y lágrimas a un lugar elevado en la plaza pública y cuento el caso suspirando. Una gran muchedumbre de ciudadanos se precipita en tropel hacia aquel espectáculo cruel e inusitado y se admiran y compadecen su causa y acusan a la fortuna y declaran culpable a Venus. Confieso mi crimen e invoco a los espíritus infernales, diciendo: "Vamos, tomadme a mí, que me entrego en expiación de mi crimen y del de mi Chrysante: yo cargo con toda la culpa." Entonces, desesperada, tomé una espada y, a la vista de todos, me atravesé el pecho y me entregué, desgraciada, para ser enterrada con su cadáver eternamente aquí en este túmulo. Adiós.»

... 289. «Lector, quien quiera que seas, que te acercas a mí: si amas, ten cuidado; pero si no amas, piensa, desgraciado, que quien vive sin amor no consigue ninguna dulzura. Pero yo, al anhelarla, me perdí por ser incauto, y el amor fue la causa. Deseoso de complacer a la joven Dirvionia y de captar toda su atención, yendo a caballo, me caí por azar, quedándoseme el pie enganchado en el estribo, por lo que

fui arrastrado y morí.» Las dos ramas marchitas del vaso del frontón del grabado representan a los amantes muertos, así como las dos aves: el águila al muchacho y la paloma a la joven.

290. «Cenizas de la reina Artemisia». Se trata de la esposa de Mausolo, rey de Caria.

291. «Mausoleo sin gloria». Ignoramos la intención de este epígrafe; tal vez quiere decir que el monumento sepulcral de la reina no fue conocido en la antigüedad, contrariamente al de Mausolo.

292. Según las fuentes clásicas, Artemisia se bebió las cenizas de Mausolo disueltas en un brebaje. No sabemos la razón por la que el artista francés de las ediciones Kerver situó en el solio de su grabado a una figura masculina y barbada. Probablemente interpretó mal el sexo de la del italiano, cuyo rostro es ambiguo.

293. «Espejo del amor».

294. «Mira, paseante, la imagen mía (soy Q. Sertulio) y de mi dulce esposa virgen Caya Rancilia y luego lee que efectos produce la suerte desenfadada: en una edad pareja y florida, arrastrados por la fuerza de un amor mutuo, con el consentimiento de su suegro y mi suegra, nos unimos en solemne matrimonio. Pero ¡oh, destino infeliz! en la primera noche, cuando nos disponíamos a extinguir nuestro fuego al amparo de la ley y a dar a la madre Venus los votos que le son debidos, ay, de repente, mientras ambos estábamos abrazados muy alegres con suprema dulzura, la casa marital se derrumbó y nos aplastó. Piensa que las funestas hermanas no hicieron con esto nada nuevo: no estaba en los hados el que nuestra hora fuera más larga. Queridos padres, no derramáis vuestras lágrimas sobre nuestros cadáveres convertidos en manes; no les hagáis más desgraciados. Por el contrario, vivid vosotros los años que nos han sido negados. Y tú, óptimo lector, vive los tuyos.»

295. «Dedicado a Dite y Proserpina. A V. F. Trebia, hija de Q. L. S. Trebio, en recuerdo de su amor y su piedad, su marido Aulo Fibustio, que vivió con ella deliciosamente y con sumo agrado un mes y tres días. Esta, mi esposa amadísima, me dejó muy infeliz, sumido en lágrimas y luto eterno. Perturbada en extremo por los celos—ya que sospechaba que yo había yacido con otra mujer—, convertido su dulcísimo amor en furia, se clavó un puñal en mitad del pecho y se mató. “Ay, esposa, ¿por qué lo hiciste?” “Querido esposo, deberías haber correspondido a quien te amaba, no sólo con los hechos, sino también con las apariencias. Queda libre. Yo descanso liberada de la vida incierta, infeliz e inquieta.”» A la parte izquierda del arca: «Es-

tatuto inevitable de la madrastra naturaleza». A la derecha: «Edicto benigno de la madre naturaleza».

296. Ninfa de Sicilia que intentó detener a Plutón cuando este raptaba a Proserpina. Ovidio, *Met.*, v, 409-437.

297. No son dos plantas distintas, sino una sola. Plinio, xxi, 43.

298. En el original, «Uno Ascalabote overo murilego».

299. Cuentan Plutarco y Alberti que entre los peleneos había una estatua que, cuando el sacerdote la sacaba del templo, producía entre la población un gran terror y nadie se atrevía a mirarla.

300. *Aselgia*, Impudor; *Neolea*, Compañía Juvenil.

301. *Chlidonia*, Molicie; *Olvolia*, Felicidad Terrena.

302. *Adea*, Seguridad; *Cyparia*, Chipriota (como Venus), probablemente alegoría de la hermosura.

303. Hija de Erecteo, rey mítico de Atenas. Pese a su casto rechazo, fue raptada por Boreas y tuvo cuatro hijos, los Boréadas, dos de los cuales tomaron parte en la expedición de los Argonautas.

304. *Chlori* en el original, pero debe de ser Doris, hija del Océano y esposa de Nereo.

305. Confusión de Colonna. *Melicertes* era hijo de Ino y Atamante; *Ino* tampoco es hija de Nereo y Doris, sino de Cadmo y Harmonía.

306. Las *dirceas* no son ninfas marinas, sino de la fuente de Dirce, en Tebas de Beocia.

307. Suego de Erecteo, convertido en monstruo marino cuando lloraba la suerte de su nieto, convertido en foca por Apolo.

308. El *padre antiguo* es el Océano, que desposó a Tetis, hija de Urano y Gea (distinta de la hija de Nereo y Doris y madre de Aquiles). Las hijas citadas aquí son las llamadas «Oceánidas».

309. La «hija de Nereo» es la otra *Tetis*, la madre de Aquiles y esposa de Peleo. *Esaco*, que se arrojó al mar desde un promontorio tras la muerte de su amada Hesperie, fue transformado por Tetis en somormujo. *Epirife* debe de ser una confusión de Colonna o una errata por *Hesperie*, que al huir del acoso de Esaco fue mordida por una serpiente.

310. *Ceyx*, rey de Traquinia (Tesalia) y su esposa Alcione, perseguidos constantemente por un destino cruel, fueron transformados finalmente en alciones.

311. *Presa minoica*: Ariadna; *capitán y egipcia*: Marco Antonio y Cleopatra; *regalo de Alejandro a Apeles*: Campaspe, su concubina, modelo para la Afrodita Anadyomene.

312. Mercurio, que lleva alas en los pies. Se le llama *Cileno* por haber nacido en el monte del mismo nombre, en Arcadia.

313. Cuenta Macrobio (*Saturnalia*, I, 20, 12) que cuando la flota gaditana luchaba con el rey Terón, aparecieron en su ayuda unos leones aureolados de fuego.

314. *Pyrgmón* es uno de los Cíclopes.

315. Se refiere, una vez más, al protagonista de la *Metamorfosis* de Apuleyo, que, convertido en asno por haberse aplicado un ungüento mágico equivocado, sólo podía ser desencantado si comía rosas.

316. Se refiere a las pruebas a las que sometió Venus a Psique cuando esta perdió el favor de Eros. Los animales ayudaron a la muchacha en algunos de los trabajos. Por último, Eros se reconcilió con ella y la transportó al Olimpo, donde ambos fueron unidos en matrimonio por Júpiter. Véase Apuleyo, *Metamorfosis*, libro VI.

317. Vaso con la llama = «amor»; globo = «omnia»; mimbre = «vincit». «El amor lo vence todo.»

318. En el incunable, *Tannes*. Los amores de *Pico* y *Canens* son narrados por Ovidio en las *Metamorfosis* (XIV, 320-440).

319. Venus.

320. Argos.

321. Las Sirenas.

322. Hija del centauro Quirón, convertida en estrella.

323. Tras haberla poseído, Zeus regaló a Alcmena un maravilloso vaso que luego heredó su hijo, Hércules.

324. Apuleyo, *Metamorfosis*, V, 24.

325. Uno de los quince temas musicales.

326. Venus.

327. Se refiere a que cuando *Demódoco*, el cantor feacio, cantaba en la mansión de Alcinoo las proezas de Odiseo estando este delante sin haber sido reconocido aún, el héroe se cubrió la cabeza con el manto para que no le vieran llorar. Homero, *Odisea*, VII, 83-92.

328. Con arabescos, llamados en esta época «dibujos sirios» e incluso «asirios».

329. *Níobe*, tras la muerte de sus hijos e hijas por Apolo y Diana, se consumió de dolor y fue convertida en peñasco. Un torbellino lo transportó a Lidia, a lo más alto del monte Silipo (Ovidio, *Met.*, VI, 146-312). Colonna la califica de «soberbia» porque se enorgullecía en exceso del número y la belleza de sus hijos, proclamándose inclu-

so más afortunada que Latona, madre de Apolo y Diana, por lo que fue castigada.

330. La fórmula del trazado del decágono de Colonna, que tanto ha deslumbrado y confundido a algunos críticos, no es original, sino copiada de Alberti. Es algo embrollada y ha dado lugar a diferentes interpretaciones. Cfr. TEMANZA, p. 29; BARCA, pp. 13-15; E. CLUZEL, «Poliphile et le nombre d'or», *Bulletin du Bibliophile et du Bibliothécaire*, 1959, pp. 164-169.

331. *Croco* amaba a la ninfa *Esmílace*. Rechazado por ella, fue metamorfoseado en azafrán. Ella lo fue después en la planta que lleva su nombre y que Plinio hace sinónima de «autophoro», aunque en el texto del *Sueño* la palabra es «antophoro». *Croco* y *Esmílace* son mencionados brevemente en las *Metamorfosis* de Ovidio (IV, 283).

332. Bosque de laureles, derivado del nombre de *Dafne*.

333. Céfalo, cazador infatigable.

334. Las nociones sobre las encinas están sacadas del libro XVI de Plinio. Las *Querquetulanas* eran las dríadas de los encinares. CALVESI ve en ellas una alusión al feudo colonés de Querquetula, cerca de Preneste.

335. Se refiere al fuego. El marido de la «madre divina» (Venus) es *Vulcano*, bajo cuyo patrocinio se encuentra este elemento.

336. *Demofonte* es calificado de «lento» o «tardo» por Colonna porque, a causa de su demora en Chipre lejos de su amada Filis, princesa de Tracia, esta se suicidó, siendo metamorfoseada en madroño estéril. Cuando *Demofonte* volvió al fin, abrazó el árbol y este reverdeció y fructificó.

337. Íd. El «funesto amor» expresado en una morera (la de frutos rojo oscuro) es el de *Píramo* y *Tisbe*.

338. Vitruvio (II, 8, 12), contrariamente a otros autores clásicos—como Ovidio—, ensalza las cualidades de esta fuente, a cuyas aguas atribuye una acción civilizadora.

339. Recuerda vagamente las descripciones y dibujos antiguos del Coloso de Rodas.

340. Proserpina odiaba a la ninfa Menta, que fue convertida en su planta homónima, por haberse dejado anar por Plutón.

341. Se trata de la mejorana, en la que fue convertido el siervo perfumista *Amaraco*.

342. Vitruvio llama «eústilo» al edificio que presenta una co-

lumnata con intercolumnios de  $3 \frac{1}{4}$  módulos y cuyas columnas centrales distan 6 módulos (III, 3, 6).

343. El gavilán. Ovidio, *Met.*, XI, 266-404.

344. *Pico* no fue amante ni esposo de *Pomona*, sino de *Canens*. Por resistirse a la seducción de *Circe* fue transformado en picoverde.

345. *Idona* o *Aedón*, hija de *Pandareo*, tuvo de *Zeto* a su hijo *Iti-lo*, al que mató involuntariamente, siendo convertida después en ruiseñor (Homero, *Odisea*, XIX, 521-522); no es, pues, esposa de *Itilo*, sino su madre.

346. La codorniz. *Asteria*, hija del titán *Ceo*, para escapar de *Zeus*, que la perseguía, se arrojó al mar y fue convertida en ave y luego en la isla rocosa de *Ortigia*, que más tarde se llamó *Delos*.

347. La golondrina. *Progne* y su hermana *Filomela* fueron metamorfoseadas en pájaros cuando huían de la persecución de *Tereo*, esposo de esta, después de haber dado muerte a su hijo *Itis* para vengarse del horrible proceder de aquel.

348. La cigüeña. *Antígona*, hija del rey de *Troya* *Laomedante*, se preciaba de tener una cabellera más bella que la de la misma *Juno*, por lo que fue castigada por esta y convertida en cigüeña, para que se aplaudiera a sí misma con el cloqueo de su pico.

349. El faisán. *Itis* fue servido como alimento a su padre *Tereo* por *Progne*.

350. La abubilla. *Tereo* fue convertido en este pájaro tras la tragedia de *Itis*.

351. Se trata del pavo real, en el que fue convertido *Argos* por *Juno* tras haberle dado muerte *Mercurio* para liberar a *Io*. Recuérdese que el dios adormeció al pastor contándole la historia de *Siringa*.

352. Las grullas. *Palamedes*, hijo de *Nauplio* y *Clímene*, participó en la guerra de *Troya*. Enemigo personal de *Ulises*, fue acusado por este de traición y murió lapidado. Inventó la letra *Y*, cuya forma adoptaron las grullas al volar en bandadas.

353. El águila. *Periclimeno*, hijo de *Neleo*, tomó parte en la expedición de los *Argonautas*. Tenía la facultad de metamorfosearse voluntariamente. Fue muerto por *Hércules* cuando se hallaba transformado en águila durante un ataque a *Pilos*.

354. El aire, identificado a veces con *Minerva*.

355. *Cygnus*, hijo del rey de los ligures *Steneleo*, era amante de *Faetón* y, consumido de dolor por la muerte de este, fue transformado en cisne. Hay más personajes mitológicos transformados en cis-

nes: un Cygnos, hijo de Poseidón, muerto por Aquiles; otro, del mismo nombre, hijo de Ares, muerto por Hércules, y otro, hijo de Apolo.

356. Picnóstila es la columnata cuyos intercolumnios miden tres radios, es decir, diámetro y medio de la circunferencia del fuste de la columna medido en la parte inferior. Vitruvio, III, 3, 2.

357. Traducimos por «abeto» la palabra «vrathe». No está claro a qué se refiere aquí Colonna con su aposición. POPELIN piensa que se trata de una referencia a la fábula de Psique, y POZZI a la de Atis.

358. La inscripción resultante es: *Ales magna dicata optimo Jovi* («gran ave dedicada al óptimo Júpiter»).

359. *Supernae alitis benignitas* («Benevolencia del ave suprema»). Se refiere a las cualidades positivas del águila, entre las que se cuenta la generosidad de repartir las presas con otras aves. En este caso se relaciona con el faisán, que es uno de los pájaros que simbolizan el amor.

360. En el original, *thercutice, pastophore, pyrogophore*.

361. Las armas son las de Marte como dios guerrero y la estrella el planeta que lleva su nombre. Este trofeo celebra el triunfo de Amor sobre el dios de la guerra.

362. Trofeo de Júpiter vencido por Amor.

363. Trofeo de Hércules vencido por Amor.

364. «¿Quién escapa?» Se refiere a que nadie, como reza la inscripción del trofeo siguiente, puede escapar del amor.

365. «Tomados en la guerra.» Hace referencia a los trofeos del amor.

366. *Hesperia* es forma corriente entre los antiguos para designar a España. POZZI cree que Colonna alude a las sedas españolas y que *Malicha* es Málaga y *Hermaria*, Almería (*Commento*, p. 210).

367. La palabra «Aquemenios» (*Aquemenii* en el original) designa a algún pueblo oriental adorador del Sol. Colonna califica a este de titán para distinguirlo de Apolo. No se trata de una alusión a los persas, puesto que una línea más abajo se habla de ellos directamente. *Mitra*, en el incunable *Initra*, corregido en la edición de POZZI. La iconografía de Serapis con el cesto en la cabeza y acompañado por el monstruo de tres cabezas, depende de Macrobio, *Sat.*, I, 20.

368. *Imeria*, Deseo; *Erototimoride*, Venganza de Amor.

369. *Toxodora*, Donadora del Arco; *Ennia*, Pensamiento (amoro); *Phileda*, Voluptuosidad.

370. *Velode*, Saeta.

371. Toda la traducción literaria desde Ovidio (*Met.*, I, 470), pasando por Brunetto Latini y Boccaccio, refleja el mito de las dos flechas de Cupido: la de oro, que enamora, y la de plomo, que causa desamor. Colonna conocía esta tradición y en algunos lugares del *Sueño* la refleja correctamente; aquí, sin embargo, la flecha que enamora es de plata.

372. *Omonia*, Concordia; *Diapraxe*, Satisfacción. La bola de la Concordia es de oro porque se trata de un sentimiento duradero y noble; la de la Satisfacción, de cristal, por su carácter efímero y frágil.

373. *Typhlote*, Ceguera, *Asynecha*, Incontinencia; *Aschemoryne*, Impudor.

374. Bailarina favorita de Domiciano.

375. Pervertido de cuyas costumbres habla Séneca, *Nat. Quaest.*, I, 16.

376. En el original, *Impraemeditabonde*; simboliza la brevedad de la vida y del amor.

377. *Teleste*, Final. Simboliza la pasión que se esfuma rápidamente.

378. *Vrachivia*: Corta Vida.

379. *Capnolina*: Que se desvanece como el humo.

380. «Todas las cosas de la vida son breves.»

381. *Plexaura*, Ligadora; *Ganoma*, Dulzura.

382. *Sinesia*: Unión.

383. ROZZI recuerda que Plinio menciona un vaso de electro dedicado por Helena a Minerva (XXXIII, 81), pero nos parece que la fuente directa de Colonna es en este caso Apuleyo: en la procesión del libro XI en honor de Isis, uno de los sacerdotes lleva un vasito de oro en forma de mama, que derrama leche (XV, 10).

384. Plinio, XXV, 38. Se creía que esta planta, el *linozoste*, llamada *hermopoane* por considerarla descubierta por Hermes, tenía macho y hembra y que su sexo, si era bebida en una infusión por una embarazada, influía en el del niño.

385. Osiris mutilado.

386. Las *pírricas* eran danzas guerreras que se realizaban en honor de divinidades belicosas (Marte, Hércules), no de Cupido ni de Venus. Pero hay que recordar que Colonna hace aquí del niño un soldado vencedor que se pasea en triunfo.

387. Distintos tonos de voz enumerados en sentido descendente, desde el más alto al más bajo, con palabras griegas compuestas.

388. Según POPELIN, se trata de una planta de los Alpes, una especie de ranúnculo del que se servían los galos para envenenar sus flechas.

389. Según POZZI, planta no identificada. POPELIN la identifica con el «*lilium purpureum*» de Dioscorides (II, p. 238).

390. Según POPELIN, lirio blanco de Hyria, región de Beocia (II, p. 239).

391. Esmeralda oscura u opaca.

392. Debe de referirse a que había tres niñas, de modo que los ángulos del heptágono estaban adornados con un hemafrodita, tres niños y tres niñas.

393. La luna, nombrada más abajo como Selene.

394. «La seducción es como una chispa.»

395. «Virginidad».

396. Lo enviado por los de Samos a Delfos fue un trípode de hierro, «ferream cortinam», que Colonna interpretó como «cortina» en el sentido de velo.

397. El hijo de Aristeo es *Acteón*, desgarrado por sus propios perros tras haber sido convertido en ciervo por Diana. El valle de *Gargafia* está al pie del monte Citerón. Ovidio, *Met.*, III, 156.

398. Se refiere a la *anémona* en la que Venus transformó a Adonis cuando fue muerto por el jabalí.

399. Las Gracias no reciben este nombre entre los clásicos, sino los de *Aglæ*, *Talia* y *Eufrosina*. Los que proporciona Colonna son en realidad los de sus presuntas madres. Probablemente la confusión se debió a un error de interpretación de un texto de PEROTTI. Véase Pozzi, *Commento*, pp. 227-228.

400. Baco.

401. Ceres.

402. En el libro II se explica cómo Polia ofendió gravemente a Cupido y Venus al negarse a corresponder al amor de Polifilo. Ahora la diosa se siente aplacada por su cambio de actitud.

403. «Unión».

404. «Fidelidad».

405. «Reflexión».

406. «Elección».

407. Piedra favorecedora del amor. Plinio, XXXVII, 123.

408. *Adiocorista*, Inseparable; *Pistinia*, Fidelidad; *Sofrosina*, Sabiduría; *Edosia*, Pudor.

409. Marte.

410. *Licaón*, rey de Arcadia, visitado por Júpiter bajo la forma de un campesino, le ofreció como comida la carne de un niño, para probar su divinidad. El dios lo convirtió en lobo, animal consagrado a Marte.

411. Esta pedante relación de aposiciones a Polia—augusta, silvia, tolomea, arsácida... —es una lista de ilustres dinastías romanas y helenísticas, no confeccionada al azar, sino copiada de un texto de Servio (*In Aen.*, xii, 529), identificada por Pozzi (*Commento*, página 229).

412. Se refiere a *Marco Aurelio*, cuya esposa, *Faustina*, se enamoró de un gladiador y sólo pudo librarse de su pasión tras haber bebido su sangre. Esta tradición debió de impresionar a Colonna particularmente, ya que la menciona en más de una ocasión e incluso incluye en su Políandrión una falsa inscripción que la recuerda: véase nota n.º 274.

413. «Impura dulzura».

414. Alusión al muchacho enterrado.

415. «No chupas leche, niño cruel, sino las amargas lágrimas que vas a dar a tu madre para llorar el amor de su querido Adonis.»

416. *Esaco*, que se suicidó arrojándose por un acantilado por haber causado la muerte a la ninfa Hesperie, fue transformado en somormujo. *Filomela* fue transformada en ruiseñor tras haber dado muerte, junto con su hermano Progne, al hijo de este, Itys, para castigar a Tereo.

417. Dirce, Biblis, Galatea, Aretusa y Egeria fueron convertidas en fuentes, del mismo modo que los antepasados de Polia.

418. Quiere decir en el tiempo en que Roma dominaba el mundo. *Ila Silvia*, o Rea Silvia, fue una vestal amada por Marte, del que tuvo a Rómulo y Remo; aquí es una metonimia de Roma.

419. Esta familia no es una total invención de Colonna—aunque sí su leyenda—. Efectivamente, en su tiempo hubo en Treviso unos *Lelli* que procedían de Teramo.

420. Roma.

421. Este personaje y todos los que le siguen son imaginarios.

422. *Cinxia* es el nombre de Juno cuando preside el matrimonio. La palabra deriva del nombre del cingulo que llevaba la novia y que era desatado por el esposo en el lecho.

423. *Zygia Lucina* es el nombre de Juno como protectora del

alumbramiento. Aparece en esta misma forma en Apuleyo (vi, 4), del que probablemente lo tomó Colonna.

424. Natural de Chipre. Es uno de los nombres que recibe Venus.

425. *Morgano*, a ocho kilómetros de Treviso.

426. *Antígona* se atrevió a comparar su belleza con la de Juno y fue castigada por esta y convertida en cigüeña (Ovidio, *Met.*, vi, 93). *Eribea* es uno de los nombres de Juno. *Isis* era confundida por los griegos con *Io*, rival de Juno a la que esta persiguió duramente (Ovidio, *Met.*, i, 568-747).

427. *Casacorba*, en la fuente del río Sile, en la región de Treviso.

428. Hay dos pueblos, *Quinto* y *Settimo*, cercanos a Treviso.

429. *Limbraga*, afluente de la izquierda del Sile.

430. Actualmente, *Carbonera*.

431. Respectivamente, *Storga* y *Melma*, afluentes de la izquierda del Sile.

432. Fuente recordada en la Edad Media con el nombre de *Galearda*.

433. Río *Botteniga*, afluente del Sile.

434. Arroyo *Roggia*, cuyo curso deriva del Botteniga.

435. Arroyo de S. *Chiliano*.

436. *Musestre*, afluente de la izquierda del Sile.

437. Díptero semejante al mosquito, aunque algo mayor.

438. Isla *Ammiana*, antiguo lugar de enterramiento de familias ilustres.

439. Se refiere al castillo de Torcello.

440. Alusión a Teodoro Lelli, obispo de Treviso de 1464 a 1466.

441. Treviso.

442. Venecia, bajo cuyo señorío estuvo Treviso desde 1344.

443. Cristo, denominado así frecuentemente por los humanistas de la época de Colonna.

444. Lucrecia.

445. *Fotis* es uno de los personajes femeninos de la *Metamorfosis* de Apuleyo. Amada por Lucio, el protagonista, fue la causa de que este se transformara en asno. Lucio habla largamente de los cabellos de Fotis en el libro 11, 9.

446. Se refiere a una peste que atacó a los animales de Argos tan duramente, que no se hallaban con vida ni los bueyes necesarios para hacer un sacrificio a Juno con el fin de impetrar su ayuda. Virgilio, *Geórgicas*, III, 478 y ss.

447. *Eaco*, hijo de Zeus y de la ninfa Egina, fue rey de la isla de este nombre. Hera desencadenó contra ella una peste terrible que diezmo la población. Eaco reclamó ayuda de su padre y le pidió ver su reino tan poblado como un hormiguero. Por la noche soñó que unas hormigas que había visto ese día se convirtieron en hombre. Su sueño se hizo realidad y dio a sus nuevos hombres el nombre de *mirmidones*, de «mírmex», hormiga. Ovidio, *Met.*, VII, 614-60.

448. Cuando Zeus desencadenó sobre la tierra el Diluvio, sólo se salvaron *Deucalión* y *Pirra*. Zeus les pidió que formularan un deseo, que no fue otro que el de ver la tierra repoblada de seres humanos. El oráculo de Themis les ordenó que lanzaran sobre sus hombros los huesos de su madre. Pirra lanzó piedras (los huesos de la madre tierra) que se convirtieron en mujeres; las lanzadas por Deucalión, en hombres.

449. *Cleobis* y *Bitón* hijos de Cídipe, sacerdotisa de Hera, fueron premiados por una acción piadosa con el sueño eterno.

450. *Bona Dea*: Buena Diosa, divinidad romana hija o esposa de Fauno.

451. Las Parcas.

452. Se refiere al olivo, consagrado a esta diosa.

453. Se trata de monstruos míticos, dos de ellos vencidos por Hércules (el jabalí y el león de Nemea) y el otro por Apolo.

454. En esta lista de pecadores ilustres se nombra a algunos de los condenados al infierno a causa de pecados de *hybris* (orgullo sacrílego): *Ixión*, que pretendió violar a Hera; *Salmoneo*, que quiso ser adorado como un dios e imitaba el trueno de Zeus haciendo rodar su carro por un puente de bronce, y el rayo arrojando antorchas sobre sus súbditos; y las *Danaides*, cincuenta hijas de Dánao, que asesinaron a sus esposos en la noche de bodas. *Anquises* se había unido con Afrodita, de la que tuvo a Eneas; la diosa le había pedido que no divulgara sus amores, pero él se fue de la lengua durante una borrachera y fue castigado con la ceguera. Las *Picas* o Piérides desafiaron en el canto a las musas y fueron transformadas en urracas. *Aracne*, que desafió a Atenea en el tejido, fue metamorfoseada en araña. *Eco* distraía a Hera con su charla mientras Zeus se unía con sus amantes, por lo que la diosa la castigó a repetir el final de la frase de su interlocutor y no poder decir nada por sí misma; esto provocó un mortal aburrimiento a su amado Narciso, que la abandonó. *Siringa* se arrojó a un río y fue convertida en caña por huir del amor de Pan, que se fabricó

con ella un caramillo. *Brenno* saqueó el santuario de Delfos y *Dionisio* de Siracusa hizo quitar la barba de oro de una estatua de Esculapio. Las fuentes de todo el párrafo son conocidas: Ovidio, Valerio Máximo, Higino y Tito Livio.

455. *Dionisos*, que encontró a Ariadna, abandonada por Teseo en la isla de Naxos, se enamoró de ella y la desposó.

456. La fábula de *Ifis* y *Anaxarete*, contada por Vertumno a Pomona para convencerla de que abandonara su indiferencia hacia el amor, es una de las mejor traídas por Colonna a cuento de su narración, ya que se asemeja a la situación de Polia y Polifilo e interviene en ella incluso una nodriza, como en el *Sueño*. Ifis se enamoró de Anaxarete, a la que enviaba cartas y regalos y dirigía súplicas en vano, terminando por suicidarse. Al ver pasar su cortejo fúnebre, Anaxarete se dio cuenta de su crimen y se transformó en roca. Ovidio, *Met.*, XIV, 609-771.

457. Se refiere Polia al sepulcro de Adonis, junto al cual se desarrolla su monólogo.

458. Confusión con los «ciconios», en cuyo país, según Ovidio, había un río cuyas aguas petrificaban las entrañas del que las bebía (XV, 313-14).

459. La crítica no está de acuerdo sobre la persona a la que alude Colonna. POPELIN y FABBRINI, entre otros, piensan que se trata de Dante, apoyándose sobre todo en los siguientes versos de la *Divina Comedia*:

«Qu'ivi sospiri, pianti ed altri guai  
risonaván per l'aer...»

(III, 22)

Actualmente es más común la opinión de que alude al personaje de Boccaccio, Nastaglio degli Onesti, sobre todo porque el texto que viene a continuación es copia del cuento VIII de la jornada quinta del *Decamerón*. Por otra parte, a Nastaglio «subito gli parve udire un grandissimo pianto e guai alitissimi messi da una donna».

460. Cupido.

461. *Agisina*: POPELIN traduce «India». CIAPPONI cree que se trata del río Agisina, mencionado por Boccaccio en *De Montibus* (*Commento*, p. 245).

462. Plinio, XXXVII, 160. Tenía la virtud de convertir en oráculos los sueños de quienes la ponían bajo la almohada al dormir.

463. *Pelias* era hijo de Neptuno. Un oráculo le predijo la muerte cuando viera venir hacia él un hombre descalzo mientras realizaba los sacrificios. Jasón acudió un día a ellos habiendo perdido una sandalia. El «hijo de la ninfa de Tiro» es el propio Pelias, no Jasón.

464. *Polidoro*, hijo de Príamo y Hécuba, había sido enviado por su padre a Tracia para educarse, pero el rey de la región lo mató y lo enterró en el campo. Tiempo después, queriendo Eneas arrancar de allí unos arbustos como leña para realizar un sacrificio, las raíces salieron manchadas de sangre y se oyó la voz de Polidoro, que le contó su desdichada muerte. Virgilio, *Eneida*, III, 40-48.

465. *Pantia* y *Meroe* son dos brujas de la *Metamorfosis* de Apuleyo. Cuando estaban realizando sus maldades con el desgraciado Sócrates, Aristómenes, amigo de este, contemplaba la escena bajo la cama, que se había derrumbado sobre él dejándole en una ridícula situación, como una tortuga bajo su concha (I, 12).

466. *Scirón*, situándose en un acantilado, obligaba a los viajeros a lavarle los pies y luego les empujaba y les hacía caer desde lo alto de las rocas. Teseo lo arrojó a él y los escollos de los alrededores conservaron su nombre.

467. *Esculapio*, que fue castigado por los dioses por resucitar a los muertos, entre ellos a Hipólito.

468. Las *Propétides*, mujeres chipriotas, se atrevieron a negar la divinidad de Venus, por lo que fueron castigadas por la diosa, que las convirtió primero en prostitutas y luego en piedras. Ovidio, *Met.*, x, 221 y ss.

469. *Aracne*. Ovidio, *Met.*, VI, 1-145.

470. *Ascalafó* era un dios infernal, hijo del río Aqueronte y de la ninfa Orfné. Estaba presente cuando Perséfone comió de la granada y la denunció, por lo que la diosa le convirtió en búho, pájaro de mal agüero.

471. El *decurión Bárbaro*, cuando se marchaba de viaje, dejaba a su esposa bajo la severa vigilancia de un esclavo para evitar su infidelidad. Apuleyo, *Met.*, IX, 16-17.

472. El joven *Ifis* se ahorcó, desesperado por el desdén de Anaxarete.

473. Planta de mal agüero. Plinio, XIII, 117.

474. Las fuentes clásicas no atribuyen este origen a la cabellera de serpiente de Medusa, sino al sacrilegio de haberse unido con Neptuno en un templo de Minerva.

475. *Filis*, hija del rey de Tracia, se enamoró de Demofonte, hijo de Teseo, que partió de su lado hacia Chipre y se olvidó de ella. Cuando llegó el día en que debía regresar a su lado, Filis, desesperada por su tardanza, se ahorcó y fue convertida en almendro.

476. *Estenobea*, esposa del rey Preto—que había acogido hospitalariamente a Belerofonte—, se enamoró del joven y, al no ser correspondida por él, le acusó de haber querido violarla. Atormentada por los remordimientos, se envenenó.

477. *Escila*, enamorada de Minos, arrancó de la cabeza de su padre Niso un cabello purpúreo al que estaba ligado el destino del anciano y se lo ofreció al joven, pero Minos lo rechazó. Desesperada, Escila se arrojó al mar tras sus naves y, cuando trepaba por la de Minos para penetrar en ella, fue atacada por Niso, convertido en gaviota. Ella se soltó, pero no cayó al mar, porque fue metamorfoseada en airón.

478. Se refiere sin duda a *Píramo y Tisbe*, pero estos no eran egipcios, sino babilonios.

479. *Eco*, desdeñada por Narciso, se consumió de pena y no quedó de ella más que la voz.

480. *Biblis* se enamoró de su hermano Cauno y, desdeñada y abandonada por él, se convirtió en una fuente.

481. *Dríope* fue convertida en árbol mientras cogía flores en el campo para su hijito. Fue amante de Apolo, pero posteriormente se casó con Andremón y era feliz cuando tuvo lugar su extraña metamorfosis.

482. *Mirra*, enamorada de su propio padre, *Cinyras*, rey de Chipre, se unió con él varias veces en la oscuridad de la noche, aprovechando que su madre estaba ausente celebrando las fiestas de Ceres. Cuando Cinyras se dio cuenta de su incesto, quiso matarla, pero ella huyó. Cuando estaba a punto de dar a luz, pidió a los dioses ser metamorfoseada y fue convertida en el árbol de la mirra, pariendo luego a Adonis.

483. *Nictímene*, hija de *Nicteo*, rey de Lesbos, tuvo que plegarse a los deseos incestuosos de su padre. Atenea, apiadada de ella, la convirtió en *lechuza*, ave lucífuga.

484. La ninfa *Menta*, amada por Plutón y despedazada por Proserpina como castigo por su adulterio, se convirtió en la planta que lleva su nombre.

485. A causa de sus amores desgraciados, *Croco* fue metamorfoseado en azafrán y la ninfa Esmílax, que le rechazaba, en hiedra.

486. Ovidio, *Met.*, XIV, 320-440.
487. Polia se acuerda de lo cruel que llega a ser Diana cuando se encoleriza, y especialmente de las desgraciadas historias de *Acteón*, devorado por sus propios perros por haber visto desnuda a la diosa, y de *Calisto*, que, seducida por Júpiter, rompió el voto de castidad propio de sus ninfas y fue convertida en osa.
488. *Ancipiti terriculamenti*: terror al castigo de Diana y al de Cupido.
489. Esculapio. CALVESI interpreta esta referencia como una clave alquímica. *Op. cit.*, 228.
490. Las hijas de Preto ofendieron a Juno al comparar su belleza con la de la diosa, por lo que esta las castigó transformándolas en vacas.
491. «Dolorosa».
492. Diana.
493. Venus.
494. Cupido como Eros nupcial.
495. Venus. Se la denomina *Pafia*, por el nombre de uno de sus principales santuarios, el de Pafos, del mismo modo que en otras ocasiones ha sido nombrada en el *Sueño* Amatonta, Idalia, Gnidia o Citera.
496. Véase nota 476.
497. En el original, «Andromeda», sin duda por confusión.
498. Habitantes de Iturca, región de Palestina, famosos por su manejo del arco.
499. Se refiere a Narciso. Ovidio, *Met.*, III, 339-510.
500. En el incunable: *Androdo*.
501. *Polícrates*, cuya felicidad era proverbial y al que Colonna menciona en diversas ocasiones, murió crucificado.
502. Cuando Mercurio robó las vacas del rebaño de Apolo, sólo fue visto por *Bato*, al que el dios ladrón sobornó, regalándole uno de los animales. Pero, para probar su discreción, Mercurio tomó la forma de Apolo e interrogó a Bato, prometiéndole una ternera y un toro si le revelaba quien había llevado a cabo el hurto. El viejo habló y Mercurio le transformó en piedra de toque.
503. Valiente soldado que fue herido por delante 45 veces. Plinio, VII, 101, y Aulo Gelio, II, 11.
504. Uno de los caballos de la biga de Febo.
505. Uno de los caballos de la biga de Febo.
506. En el incunable: «Pandora Cerere».

507. En el incunable, «Phianor»; en realidad se trata de *Eufra-nor*, pintor que debía representar en Atenas a todos los dioses olímpicos, pero que puso tanto arte en la imagen de Neptuno, que luego no fue capaz de realizar las de los otros. Valerio Máximo, VIII, 11.

508. Según Ovidio (xv, 315) y Estrabón (iv), el río *Crathis*, que pasaba por Síbaris, tenía la virtud de volver rubio el cabello de quienes se bañaban en él.

509. Bonete de piel que llevaban los pontífices romanos.

510. Cita casi literal de Vitruvio (introd. al libro 111) que escribe que, según Sócrates, los pechos humanos deberían tener ventanas, para que los pensamientos de cada cual estuvieran a la vista de los demás.

511. Isla de Naxos, donde Teseo abandonó a Ariadna tras haber dado muerte al Minotauro en Creta con su ayuda.

512. Efesio que, para hacerse mundialmente famoso, prendió fuego al templo de Diana de su ciudad.

513. *Apulio*: se refiere a un pastor de Apulia rudo y grosero, que se burlaba de las ninfas y fue convertido en acebuche como castigo. *Diomedes* alimentaba a sus caballos con carne humana hasta que fue muerto por Hércules. *Orestes* asesinó a su madre para vengar el adulterio de esta con Egisto y la muerte de Agamenón. *Fedra* provocó la muerte de Hipólito con sus calumnias, despechada por no ver correspondida su pasión hacia el muchacho.

514. *Androcles*.

515. Insecto que vive en el fuego, según Plinio, xi, 119.

516. *Mitrídates* vi hizo tragar a su prisionero Manio Aquilio oro fundido. *Alcameo* mató por orden de su padre, Anfiarao, a su madre Erifile, que había revelado su escondite, sobornada por un collar de oro, y por cuya causa aquel había muerto ante los muros de Tebas. *París* abandonó a su esposa *Enona* por Helena.

517. Vesta realizó el milagro de que su sacerdotisa *Tucia* pudiera transportar agua del Tiber en una criba para probar que era falsa la acusación de incesto que se le imputaba.

518. Los sacerdotes de *Belona*, diosa guerrera hermana y esposa de Marte, se mutilaban en su honor. La referencia se inserta en la lucha que constituye el *Sueño*.

519. Se refiere al protagonista de la *Metamorfosis* de Apuleyo, transformado en asno por haberse untado con un bálsamo mágico equivocado.

520. *Tiberio* encontró en el lecho dos serpientes y sus adivinos le aconsejaron matar sólo a una de ellas, pero advirtiéndole que si mataba al macho moriría él mismo, y si a la hembra, su esposa *Cornelia*. Él, sacrificándose, dio muerte a la serpiente macho y poco después murió. Valerio Maximo, IV, 6.

521. Un oráculo dijo al rey de Tesalia *Admeto* que moriría si un familiar suyo no se ofrecía a morir por él. *Alcestis*, su esposa, se ofreció y murió, pero fue rescatada de los infiernos por Hércules.

522. Se refiere a *Porcia*, mujer de *Bruto*, que se suicidó tragando carbones de la pira funeraria de su esposo, porque el dolor de su pérdida no le permitía sobrevivirle.

523. *Pantea* («Panitia» en el incunable), esposa de Abradotes, se suicidó sobre el cuerpo de su esposo, muerto en una batalla.

524. *Mirra*, amante de su propio padre y madre de Adonis, fue transformada en el árbol de su nombre.

525. *Virgo*. Estas referencias a las constelaciones indican que el suceso tiene lugar en primavera, tras el otoño (Orión) y el invierno (Aries).

526. Recuérdese que quien habla es el alma de Polífilo y que se dirige a su cuerpo.

527. Personaje de la *Metamorfosis* de Apuleyo. Se trata de un esclavo al que su dueño, el decurión Barbaro, que debía salir de viaje, dejó encargado de la custodia de su linda esposa. El esclavo se dejó corromper por un galán, Filesitero, a cambio de unas monedas de oro, y actuó como alcabute en aquel adulterio (IX, 17-21).

528. Entregó su ciudad a los sabinos a cambio de un brazalete de oro.

529. Apuleyo, *Metamorfosis*, VII, 20.

530. Juno prometió conceder a Eolo la más bella de sus ninfas, llamada *Deiopea*, si destruía las naves de Eneas cuando este huía de troya. *Eneida*, I, 65-75.

531. Se refiere a *Mercurio*, nacido en el monte Cileno de Arcadia. Es dios de la elocuencia, por lo que Colonna le aplica el calificativo de «elocuente».

532. La palabra del incunable es «soterie», que designa los regalos que se llevaban en Roma a los convalecientes en señal de congratulación. Véase CIAPPONI, *Commento*, p. 265.

533. *Philareta Polia*.

534. El *terebinto de Hebrón* («Chebron» en el incunable), había

estado en pie desde el principio del mundo hasta la época de Flavio Josefo (*De Bello Iud.*, iv, 7).

535. Se refiere a las lágrimas, no a las perlas. *Eurialo* es un personaje de la *Éneida*, cuya amistad con Niso exalta Virgilio al contar la historia de ambos, que murieron juntos en el campamento de los rútu-  
los (ix, 179 y ss.).

536. Se refiere a la enemistad de Apolo y Venus por haber revelado este a Vulcano los amores de la diosa con Marte.

537. Se refiere a la noche en que Alcmena yació con Júpiter, que había tomado la forma de su esposo Anfitrión para poseerla, que duró lo que tres noches normales.

538. Para la fábula de *Filomela*, trasformada en ruiseñor, véase Ovidio, *Met.*, vi, 412-674.

539. «Tereo, Tereo, me violentó».

540. El uno de mayo, fecha tradicionalmente consagrada al amor.

541. En el original:

«F oelix Polia, quae sepulta vivis,  
C laro Marte Poliphilus quiescens  
I am fecit vigilare te sospitam.»

Las primeras letras de los versos forman el acróstico: «F (ranci-  
sucus) C (olumna) I (nvenit)». *Marte* equivale a «Batalla», haciendo referencia a la «maquia» del *Sueño* (*Hypnerotomachia*).

*Sueño de Polifilo* (Venecia, 1499), es uno de los libros más curiosos y enigmáticos salidos de unas prensas. Quienes lo conocen bien saben que oculta una rara hermosura y un apasionado anhelo de perfección, sabiduría y belleza absolutas, bajo el signo del Amor. Desde el mismo siglo XVI, el *Sueño de Polifilo* se ha visto rodeado de un aura de esoterismo enfermizo. Por otra parte, pese a que se trata de uno de los libros más atractivos del Renacimiento, salido de una imprenta ilustre y hermoseedo con abundantes y preciosas xilografías, está, todavía hoy, envuelto en misterios.

En realidad, es un injerto de poema alegórico de estirpe medieval y enciclopedia humanística de vocación totalizadora, ya que contiene una ingente amalgama de conocimientos arqueológicos, epigráficos, arquitectónicos, litúrgicos, gemológicos y hasta culinarios.